

01085  
5



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA  
DE MÉXICO

PROGRAMA DE MAESTRIA Y DOCTORADO EN HISTORIA

LA DIVISION DEL NORTE

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE  
DOCTOR EN HISTORIA

P R E S E N T A :

PEDRO AGUSTIN SALMERON SANGINES

CIUDAD UNIVERSITARIA

OCTUBRE DE 2003

L. A

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

**TESIS CON  
FALLA DE  
ORIGEN**

## LA JUNTA DE LA LOMA

*En la madrugada del 29 de septiembre de 1913 varios centenares de hombres sucios y mal vestidos, pero montados en briosos caballos y armados hasta los dientes, empezaron a llegar al viejo casco de la hacienda de La Loma, Durango, situado en la ribera derecha del río Nazas, unos kilómetros antes de que este haga su entrada a la Comarca Lagunera por la Boca de Calabazas: eran los revolucionarios chihuahuenses de las brigadas Villa y Benito Juárez, y los duranguenses de la Brigada Morelos. Con el famoso guerrillero Pancho Villa, jefe de la brigada de su nombre, venían Toribio Ortega, Fidel Avila, Trinidad Rodríguez, Agustín Estrada, Julián Granados, Feliciano Domínguez y otros ameritados guerreros, jefes de los rebeldes de los pueblos del centro y centro occidente de Chihuahua y del desierto oriental de ese estado. Con el general Maclovio Herrera Cano, caudillo de la Brigada Benito Juárez, venían Federico Chapoy, Ernesto García, Eulogio Ortiz, Luis Herrera y otros jefes de prestigio de Hidalgo del Parral y el sur de Chihuahua. El general Tomás Urbina, jefe de la Brigada Morelos, llegó acompañado de José E. Rodríguez, Rodolfo Fierro, Pablo Seáñez, Petronilo Hernández y otros jefes famosos por su valor.*

*Poco después arribaron las vanguardias de las brigadas Primera de Durango y Juárez de Durango, con sus jefes natos, los generales Orestes Pereyra y Calixto Contreras, acompañados de oficiales que llevaban tres años combatiendo en la región de los valles y el semidesierto de Durango y en la Comarca Lagunera, entre los que destacaban Severino Ceniceros, Mateo Almanza, Uriel Loya, José Carrillo, Valente de Ita, Máximo Mejía Sanabria, Canuto Pérez, Bibiano Hernández, Pedro Favela y muchos más. Tras ellos llegaron sus hombres, no tan bien armados y montados como los de Chihuahua, pero igualmente bravos.*

*Ya avanzada la mañana, desde la región de San Pedro de las Colonias y Matamoros, donde habían dejado a sus tropas, llegaron fuertemente escoltados seis coroneles que tenían el mando de los revolucionarios de la Comarca Lagunera: Eugenio Aguirre Benavides, Juan E. García, José Isabel Robles, Sixto Ugalde Guillén, Raúl Madero González y Benjamín Yurjar. Los acompañaban algunos oficiales fogueados, como*

1

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN



*Máximo García, Juan Pablo Estrada, Santiago Ramírez, Mariano López Ortiz, Camuto Reyes, Roque González Garza, y Enrique Santos Coy.*

*Los principales jefes se reunieron en la casa grande de la hacienda, y Pancho Villa, quien los había convocado en ese lugar para planear el ataque a la cercana ciudad de Torreón, tomó la palabra diciendo que las necesidades de la campaña exigían la unificación de todas esas fuerzas bajo un mando común, por lo que proponía que de inmediato se eligiera, de entre los presentes, a un jefe que asumiera dicha responsabilidad, para lo cual Pancho Villa se proponía a sí mismo, o a Tomás Urbina y Calixto Contreras como opciones alternativas.*

*Siguieron en el uso de la palabra varios de los presentes sin hacer otra cosa que darle vueltas al asunto, hasta que el coronel Juan N. Medina, jefe de Estado Mayor de la Brigada Villa, explicó claramente la situación, mostrando que cuanto podía alcanzarse mediante la lucha guerrillera se había alcanzado ya, y que era llegado el momento de pasar a la guerra regular o estancarse y ceder la iniciativa al enemigo, y la guerra regular, dijo, requería una organización superior y una indiscutible unidad de mando. Finalmente, reiteró las candidaturas de los generales Villa, Urbina y Contreras, a la que añadió la del coronel Juan E. García.*

*A la exposición de Medina siguió un instante de silencio que interrumpió el general Calixto Contreras, quien se puso de pie y tras rechazar su candidatura por no considerarse capacitado para asumir la enorme responsabilidad que el nuevo mando implicaba, resultó, como contó después un testigo presencial, "el prestigio del general Villa, como hombre de armas y experiencia, indiscutible valor y capacidad organizadora y pide a todos que reconozcan a Francisco Villa como jefe de la División del Norte". Entonces terminaron las vacilaciones y todos a una y sin mayores discusiones, aclamaron a Pancho Villa como jefe. Así nació la División del Norte y, con ella, apareció en escena el villismo como movimiento revolucionario autónomo y con características propias. En las páginas que siguen encontrarás, paciente lector, la historia de los hombres que le dieron vida y las razones por las que lo hicieron.*

## INTRODUCCIÓN

1. ¿Quiénes eran los villistas? ¿De donde venían? ¿Por qué hicieron una Revolución? ¿Cómo la hicieron? ¿Qué esperaban de esta Revolución? Estas son las preguntas a las que busqué respuesta a lo largo de esta investigación: la historia de la División del Norte, el ejército revolucionario más poderoso de la historia de América Latina y, sobre todo, la historia de sus hombres.

Estas preguntas inquietan por las raíces, las razones y los efectos del villismo, uno de los mitos más persistentes en nuestra historia, un movimiento que, aunque fue derrotado, incidió profundamente en la historia del siglo XX mexicano, quedó marcado con tintas indelebles en la conciencia nacional y sigue siendo bandera e inspiración de movimientos sociales muchas veces contradictorios. Inquietan también por el potencial revolucionario y la capacidad de indignación (es decir, la dignidad) de los campesinos mexicanos y por lo que hace que una revolución sea eso y no otra cosa.

Al no encontrar en la historiografía de la Revolución mexicana respuestas suficientes a estas preguntas,<sup>1</sup> las busqué en las tradiciones y necesidades, los impulsos rebeldes de los actores colectivos que constituyeron el villismo; de sus formas de organización y liderazgo antes, durante y después de la Revolución; y de lo que había detrás de las demandas revolucionarias que pudieron plasmar en el papel. El lector dirá que tan satisfactoria fue esta búsqueda y cuán convincentes sus resultados.

2. ¿Cuál es el "Norte" de esta "División"?, es decir, ¿cuáles son los límites espaciales de la historia aquí contada?: el estado de Chihuahua, el norte y el oriente de Durango y el

---

<sup>1</sup> Cuando empecé este trabajo, las respuestas que a estas preguntas y a otras similares daba la historiografía de la Revolución eran claramente insatisfactorias o de plano inexistentes, y estaban perdidas en cerca de un centenar de biografías de Pancho Villa. Ya iniciada la investigación apareció el largamente esperado Pancho Villa, de Friedrich Katz, un "libro gigantesco y magistral [...], una obra abarcadora y de enorme autoridad" (Womack, 1999, 76), pero que responde a preguntas distintas de las que dan pie a esta investigación. El libro de Katz eliminó el que era quizá el principal obstáculo para el estudio del villismo: el enorme y contradictorio peso de las leyendas sobre el Centauro del Norte, cuyo brillo eclipsaba el de sus hombres y sus propias acciones revolucionarias. En mi tesis de licenciatura, presentada en 1997, cuyos resultados están resumidos en Salmerón, 2000, paso revista a lo que se había dicho del villismo en la historiografía de la Revolución, así como a las preguntas que originan el libro de Katz y los aportes del mismo en función de mis propias preguntas, remito a ese artículo.

suroeste de Coahuila, es decir, la Comarca Lagunera compartida con Durango. De ahí salieron casi todos los hombres que dieron vida a la División del Norte; fueron esas las regiones más firmemente controladas por el villismo durante el pináculo de su trayectoria y fue ahí, también, donde más tardó en apagarse la resistencia guerrillera luego de la derrota y disolución de la División del Norte.

¿Y cuando ocurrió esta historia? Antes del nacimiento de la División del Norte no puede hablarse propiamente de un movimiento revolucionario villista porque los grupos de guerrilleros que habrían de unirse para dar vida a la División estuvieron subordinados a dirigentes nacionales que defendían programas ajenos a las aspiraciones de los futuros villistas. Sólo en cuanto se unieron, dando vida a la División, empezaron a convertir sus demandas en un programa revolucionario (cuyo sentido y contenido se explica en el capítulo 9). Con todo, a partir de noviembre de 1910 surgieron los grupos guerrilleros que habrían de unirse en septiembre de 1913 para dar vida a la División del Norte, y el estudio de esos grupos guerrilleros es inseparable del de la División, porque forman parte de una misma historia.

La División del Norte nació el 29 de septiembre de 1913, en la hacienda de La Loma, Durango, tal como se cuenta en el prólogo de este libro, y fue disuelta el 25 de diciembre de 1915, en la hacienda de Bustillos, Chihuahua. Los 26 meses de su existencia pueden dividirse en cuatro periodos: en el primero, de septiembre de 1913 a marzo de 1914, se consolidó la alianza de los grupos guerrilleros que fueron convirtiéndose en un ejército revolucionario al calor de las primeras batallas dignas de ese nombre en la región en que operaban, al mismo tiempo que el ejercicio del poder en los territorios conquistados, les permitió empezar a discutir lo que de la Revolución querían, definiendo los ejes fundamentales del programa revolucionario que habrían de construir. El segundo periodo, de marzo a septiembre de 1914, es el de la consolidación del villismo como movimiento revolucionario en torno a la victoriosa División del Norte. El tercer periodo, que va hasta marzo de 1915, es el del auge (la cresta de la ola) del movimiento revolucionario villista, cuando extiende sus dominios mucho más allá de sus territorios originales, acrecienta enormemente sus efectivos y sus bases de apoyo y es capaz, en alianza con el zapatismo, de presentarse como una alternativa real. El ocaso de la División va de abril a diciembre de 1915, cuando las fuerzas villistas fueron derrotadas en la serie de batallas de mayor

magnitud de la historia militar de nuestro país. Lo que siguió, los cinco largos y sangrientos años de la resistencia guerrillera, ya no cabe dentro de la historia de la División del Norte, porque aunque en ocasiones las guerrillas villistas asumían aquel legendario nombre, la División había sido formalmente disuelta en la fecha que indicamos y el villismo no volvió a ser alternativa real al Estado que empezaron a construir quienes lo habían derrotado.

En la primera parte de este libro se atienden a las tres primeras preguntas que encabezan la presente introducción. Busco entender las razones de la Revolución en el norte, los agravios, los impulsos rebeldes de los hombres que presentaré. Es esa la historia de los individuos y los pueblos, de sus conflictos y problemas, de esas pequeñas guerras que terminan por lanzarlos a la guerra de verdad. La segunda parte cuenta la trayectoria pública de los personajes presentados en la primera parte, desde la gestación del antirreeleccionismo hasta marzo de 1914. Las etapas posteriores de la División del Norte serán historiadas en el siguiente volumen de esta historia, que está en preparación. Ahora bien: este corte temporal obedece también a razones académicas y personales que se explican en los agradecimientos.

3. Los hilos conductores que me permitieron llegar a la comprensión del villismo aquí propuesta, que el lector deberá tener presente desde buen principio, es la vinculación de las corporaciones militares integrantes de la División del Norte con determinadas regiones y con caudillos revolucionarios particulares. De esta vinculación se desprende la estructura de la División del Norte, cuyo elemento principal son las brigadas.

En Chihuahua, Durango y La Laguna, los rebeldes que respondieron al llamado a las armas hecho por Francisco I. Madero en el Plan de San Luis, lo hicieron de manera colectiva, más que respondiendo a una decisión individual. Se alzaron por pueblos y los rebeldes de cada pueblo se dieron su jefe y tendieron a asociarse con los rebeldes de los pueblos vecinos, que solían tener agravios e impulsos rebeldes parecidos, además de añejos vínculos de sangre. Así surgieron los grupos guerrilleros que pulularon en las sierras y llanuras norteñas durante la rebelión maderista y que en términos generales habrían de mantener su identidad corporativa y sus propios jefes durante las campañas militares que siguieron, hasta la formación de la División del Norte, conservándolos también en ella.

La razón que me lleva a identificar a estos grupos y a sus caudillos no tiene por objeto presentar una historia militar como las que se escriben en México: se hablará de brigadas y regimientos y también de batallas, porque un ejército hace su historia de esa manera, pero lo que busco es mostrar los agravios y las demandas particulares de estos grupos regionales o sociales y su participación colectiva en la lucha armada.

Una vez identificados los pueblos de origen de cada una de las brigadas que constituyeron la División entre septiembre de 1913 y junio de 1914, dividí la geografía villista en las regiones vinculadas a cada brigada y busqué la historia particular de cada una de ellas y las razones particulares por las que sus hombres se fueron a la Revolución y elevaron de entre sus filas a determinado caudillo. De esa manera, en los doce apartados que conforman los cuatro capítulos de la primera parte, se cuenta la historia de una región, vinculada a una brigada particular. Se empieza con su historia remota, no porque crea yo que el estilo colonizador del capitán Francisco de Ibarra o la política de frontera de Carlos III sea la causa de que Tomás Urbina o Toribio Ortega hayan tomado las armas en 1910, sino porque esa es la manera de entender el carácter de una región y de sus hombres. Cada parte empieza y acaba con los hombres que en los pueblos historiados se levantaron en armas, poniéndolos en escena al principio y explicando sus razones al final, luego de revisar la historia regional. Sus razones están vinculadas muchas veces tanto a una tradición guerrera y autonomista que viene de muy atrás, como a una serie de agravios infligidos a nuestros personajes a lo largo del porfiriato.

No hay que perder de vista, entonces, que los protagonistas de esta historia son los actores colectivos que dieron vida al villismo.

4. Aunque esta manera de construir la historia me permite presentar las razones de los villistas y las causas de la revolución que hicieron, también tiene sus inconvenientes: de pronto puede parecer que la historia avanza y retrocede sin ton ni son y, al mismo tiempo, que siendo a veces extremadamente detallista cae en otras ocasiones en el vicio contrario, consistente en mencionar apenas un asunto fundamental, sin explicarlo. Lo primero sucede porque no se sigue un orden cronológico: al presentar una región cuento su historia remotándome a veces dos o tres centurias, y cuando llego al final, a los conflictos del porfiriato, paso a la región siguiente y vuelvo a regresar, en un salto mortal cuya red es esta

explicación. Sucede entonces que hay asuntos que afectan directamente a varias de las regiones que se presentan, como la "Ley sobre medida y enajenación de terrenos municipales", promulgada el 25 de febrero de 1905 por el gobernador de Chihuahua, Enrique C. Creel; o los efectos de la rebelión de Tomóchic, de 1892; por lo que tendrían que ser presentados en el primer capítulo, que sufriría así de gigantismo y en el cual el curso de la explicación se detendría a cada momento en meandros interminables.

Hay entonces temas que parecen mencionarse de paso, pero si son importantes se explicarán después, en algún otro momento elegido no del todo al azar. Pretendo que el lector tenga a la vez una explicación de las historias, tradiciones y agravios particulares, y una visión de conjunto del proceso histórico del septentrión. A falta de otra guía mejor, confía también que los índices, mapas y anexos que acompañan al texto permitan al lector orientarse en caso de extravío. La segunda parte del libro tiene un orden cronológico aparente, pero también en ella intento contar las andanzas de cada grupo, aunque aquí los saltos no parecen tan graves: si en la primera parte avancé así a lo largo de décadas o centurias, en la segunda voy por años, por meses e incluso por semanas; si la primera parte cuenta una historia larga, aquí entramos a la velocidad propia de las coyunturas violentas.

El otro problema no tiene remedio: la historia está hecha de sucesos particulares, cada uno de ellos único e irrepetible, como los propios hombres que la hacen y, como historiador, encuentro placer en el detalle, pues como dice un colega:

Quien dice en un libro de historia: "Rodríguez se levantó en Cocóspera con 150 hombres" y sigue de largo, suple la explicación del hecho con su mera enunciación, omite lo esencial: quién era Rodríguez, quiénes los 150, por qué Rodríguez estuvo al frente y por qué los demás lo siguieron. Y así en cada incidente.<sup>2</sup>

Pero un libro de historia, para no quedarse en el nivel de la crónica, de la historia muerta, debe intentar explicaciones más ambiciosas, debe procurar que sus lectores comprendan y hagan suyos los hechos narrados, a través de un proceso de interpretación, máxime en un libro como éste, que intenta ofrecer una visión de conjunto. Dice otro historiador:

---

<sup>2</sup> Aguilar Camín, 1985, 10.

hay en toda investigación momentos en que una ojeada de conjunto, forzosamente incompleta, puede ser más útil que una monografía acabada. Porque, a su vez, la monografía bien orientada supone que se han plantado ciertos mojonos y que ciertas cuestiones se han tratado sobre un plan más amplio, en el cual puede el investigador disfrutar de perspectivas, comparar, captar una evolución en función de acontecimientos que sobrepasan en gran medida el marco local de una simple provincia. Tal es la única ambición del presente trabajo. En resumidas cuentas ¿acaso el papel del historiador no consiste tanto en plantear problemas como en resolverlos?<sup>3</sup>

Aunque en este caso, una nueva mirada de conjunto es posible, justamente, porque existen ya un buen número de excelentes monografías, de las que daré cuenta en el párrafo 8 de esta introducción.

5. Una de las más ambiciosas intenciones de este trabajo, además del rescate de los actores colectivos, es la de presentar a cierto número de personajes olvidados por la historiografía, invitando a que sean trabajados. Estos personajes son los caudillos regionales y los jefes pueblerinos del villismo, algunos de los cuales empiezan a recibir la atención que merecen, pero el resto son completamente ignorados, o mencionados apenas como lugartenientes de Pancho Villa.

En el momento que termina este libro, el 18 de marzo de 1914, en Estación Yermo, Durango, eran jefes de brigada los generales Eugenio Aguirre Benavides, Calixto Contreras Espinosa, Manuel Chao Rovira, Máximo García Contreras, Miguel González, Rosalío Hernández Cabral, Maclovio Herrera Cano, Toribio Ortega Ramírez, Orestes Percyra, José Isabel Robles, José E. Rodríguez, Trinidad Rodríguez Quintana y Tomás Urbina Reyes. Estaban a punto de alcanzar esa categoría Severino Ceniceros Bocanegra, Martiniano Servín y Mateo Almanza. Juan E. García había muerto meses antes siendo jefe de brigada, y Felipe Ángeles Ramírez, Manuel Madinabeytia Esquivel y Andrés Villarreal eran jefes de corporaciones dependientes del Cuartel General de la División, a los que se consideraba con igual nivel que a los jefes de brigada. Finalmente, José Carrillo y Benajmín Yuriar fueron, fugazmente, jefes de corporaciones similares en las filas de la División del Norte.

---

<sup>3</sup> Chevalier, 1999, 66-67.

Hay que tomar en cuenta a otros caudillos<sup>4</sup> que llegaron a ser jefes de brigada después de abril de 1914, o que nunca lo fueron, pero cuya influencia regional era equivalente, hombres como Julio Acosta, Isaac Arroyo, Benito Artalejo, Fidel Ávila, Emilio Bencomo Casavantes, Pedro Bracamontes, Fortunato Casavantes, Agustín Estrada, Juan Pablo Estrada, Rodolfo Fierro, Julián Granados, Petronilo Hernández, Raúl Madero González, Porfirio Ornelas, Matías Pazuengo, Canuto Reyes, José Ruiz Núñez, Porfirio Talamantes, Sixto Ugalde Guillén, Andrés U. Vargas y muchos más.

Al llamar la atención sobre ellos, no quiero hacerlos héroes,<sup>5</sup> menos en un país como el nuestro, en el que el tránsito de la colonia al México independiente significó también un tránsito del culto a los santos al culto a los héroes, exigiéndoseles a estos pureza de intenciones similar a la que la hagiografía canónica atribuía a aquellos, pureza de intenciones y de acciones, y milagros probados. Estos no son héroes, son hombres que vivieron la vida que les tocó vivir, hombres salidos casi de la nada que durante un breve espacio de tiempo tuvieron una fama, poder y prestigio inesperados y que murieron, en su mayoría, durante sus años de mayor gloria o inmediatamente después: de los primeros trece enlistados, González, Ortega y T. Rodríguez murieron en 1914; Aguirre Benavides, Herrera, Pereyra y Urbina en 1915; Contreras y J. Rodríguez en 1916; Robles en 1917; y sólo Chao (fusilado en 1924), García y Hernández sobrevivieron a la epopeya villista.

No se trata, pues, de llamar a que les construyan estatuas, sino de comprenderlos,<sup>6</sup> de saber por qué estos hombres, en cuya vida anterior no había nada que los prefigurara como caudillos de una gran revolución popular, se convirtieron en eso. Pero no sólo se busca comprenderlos a ellos; también a otros, aliados, jefes, enemigos o simples contemporáneos suyos, empezando por otros revolucionarios que sin ser caudillos militares jugaron un papel destacado en la construcción del villismo, como Silvestre Terrazas, Federico y Roque González Garza, Miguel Díaz Lombardo, Francisco Escudero, Miguel

<sup>4</sup> Donde el término caudillo tiene la connotación derivada de la tipología weberiana, según lo explico largamente en el último apartado del capítulo 9.

<sup>5</sup> Dice el Diccionario de la Real Academia: "Entre los antiguos paganos, el nacido de un dios o una diosa y de una persona humana, por lo cual le reputaban más que hombre y menos que dios; como Hércules, Aquiles, Enéas, etc." 2. Varón ilustre y famoso por sus hazañas o virtudes.// 3. El que lleva a cabo una acción heroica.// 4. Personaje principal de todo poema en que se representa una acción, y del épico especialmente.// 5. Cualquiera de los personajes elevados de la epopeya".

<sup>6</sup> Donde "comprender" se entiende en el sentido que le da al término R. G. Collingwood (1953, 92-120), cuando habla de una historia que no es otra cosa que interpretación histórica del presente.



Silva, Emiliano G. Saravia M., Luis Aguirre Benavides, Enrique Pérez Rul, Francisco Escudero y otros intelectuales y administradores; incluyendo también a jefes revolucionarios anteriores o paralelos al villismo, como Francisco I. Madero, Venustiano Carranza y Abraham González; o aquellos hombres contra los que se hizo la revolución en Chihuahua, empezando por Luis Terrazas Fuentes y Enrique C. Creel, dos personajes verdaderamente notables, como notables son otros hombres olvidados por los historiadores, que han tenido mala prensa y que aquí también queremos poner en escena y mostrar de una manera distinta a la tradicional: los caudillos "colorados": Pascual Orozco, José Inés Salazar, Benjamín Argumedo, Jesús José Campos, Emilio P. Campa, Antonio Rojas, Rodrigo M. Quevedo, Marcelo Caraveo y otros más.

6. En virtud de que muchos de los protagonistas de esta historia ostentaron un grado militar, y que a fin de cuentas esta es la historia de una corporación militar (la División del Norte), no creo que sea por demás traer a colación algunos de los términos que serán usados constantemente, sobre todo en la segunda parte del libro.

Según el artículo 5º de la Ordenanza General del Ejército vigente cuando inició la Revolución Constitucionalista y que los ejércitos revolucionarios adoptaron, "La clasificación jerárquica en el Ejército es la siguiente":

I. Tropa: soldado raso, soldado de primera, cabo, sargento segundo y sargento primero.

II. Oficiales: subteniente, teniente, capitán segundo y capitán primero.

III. Jefes: mayor, teniente coronel y coronel.

IV. Generales: general brigadier, general de brigada y general de división.<sup>7</sup>

Según los diccionarios militares, una división es "la mayor de las grandes unidades elementales" del ejército; una brigada es una "gran unidad elemental [...] formada por más de dos regimientos o más de dos batallones, complementada con un Estado Mayor"; un regimiento es "la máxima unidad de elementos de la misma arma o servicio".<sup>8</sup>

Durante la revolución maderista las guerrillas rebeldes empezaron a asumir estos nombres, aunque fue hasta después de los Acuerdos de Ciudad Juárez que los grupos

---

<sup>7</sup> Ordenanza..., 1912, 4-5.

<sup>8</sup> Glosario..., 1985.

revolucionarios que quedaron sobre las armas fueron equiparados a las corporaciones ya existentes, como "Regimientos Irregulares" o "Cuerpos Rurales". Las Brigadas aparecieron en Chihuahua hasta la primavera de 1913, y la División hasta septiembre de ese año. Según las definiciones y la práctica, las Divisiones eran las mayores unidades operativas del Ejército Constitucionalista, con jurisdicción sobre vastos territorios. Durante el periodo que abarca este libro, el comandante en jefe de una división era un general de brigada.

La División del Norte estaba integrada por varias brigadas, generalmente de caballería, aunque a veces mixtas, más un Estado Mayor. Comúnmente el jefe de una brigada era un general brigadier, aunque en ocasiones un general de brigada o un coronel desempeñaban ese cargo. Las brigadas estaban divididas a su vez en Regimientos (de caballería o artillería) y algunas, muy pocas, tenían además batallones de infantería, que se consideraban equivalentes a los regimientos. Según la ordenanza del Ejército Federal, los regimientos y batallones estaban mandados por un coronel, un teniente coronel y un mayor, pero en las filas revolucionarias esto no siempre se daba, aunque sí solían ser coroneles o teniente coroneles los jefes de Regimiento. Los regimientos de caballería estaban divididos en escuadrones, los regimientos de artillería en baterías y los batallones en compañías, los que según la ordenanza debían ser mandadas por un capitán primero y un capitán segundo, pero que en las filas rebeldes solían ser mandadas lo mismo por capitanes que por mayores. Finalmente, como se verá, estas corporaciones tenían números muy variados de elementos: entre octubre de 1913 y marzo de 1914, las brigadas de la División del Norte podían tener de 400 a 2,500 hombres.

7. ¿Por qué seguimos refiriéndonos a los hechos iniciados en 1910 como una Revolución? La pertinencia del concepto de revolución se ha complicado pues, como ha mostrado Luis Villoro, los historiadores "revisonistas" de diversas revoluciones han terminado por desechar "la noción de ruptura y recomienzo" como lo significativo de una revolución: vista desde un periodo largo, la ruptura con el pasado habría sido más ilusoria que real. En fin, si la continuidad prevalece sobre el cambio, si la revolución no es un giro decisivo, si tiene lugar más en la mente de sus actores que en la realidad histórica ¿sigue siendo un concepto útil para la historia?<sup>9</sup> Immanuel Wallerstein sostiene también "que no ha habido

---

<sup>9</sup> Villoro, 1993, 71.

revoluciones en los estados que conforman el moderno sistema mundial, y que no podía haberlas si por revolución entendemos un cambio que transforma la estructura social subyacente y el funcionamiento del Estado", aunque las llamadas revoluciones "han sido elementos muy importantes en la historia de la evolución del moderno sistema mundial".<sup>10</sup>

Aunque muchos de los historiadores revisionistas de la Revolución mexicana no estarían de acuerdo con él, fue a partir de la cuidadosa lectura de sus obras que Villoro propuso una reformulación del concepto de revolución, según el cual, lo que caracteriza a las revoluciones modernas no es la transformación de las estructuras, sino la de la "actitud", o la relación de los individuos y grupos con la sociedad y la manera de entenderla y de ubicarse en ella.<sup>11</sup> Es también este cambio de actitud (aunque no lo llamen así) lo que resulta significativo en la obra de ciertos "revisionistas" de la revolución mexicana: en la obra de Arnaldo Córdova, por ejemplo, si bien queda claro que la revolución pertenece al mismo proceso histórico iniciado en México con el triunfo de la República (si no es que antes), que puede resumirse en una frase: el desarrollo del capitalismo en México. Pero también es cierto que "la Revolución fue una gigantesca movilización de masas" que llevaron su programa, sus exigencias y su influencia al primer plano de la vida nacional.<sup>12</sup> Los revisionistas franceses lo explican así: no es que la revolución haya transformado radicalmente las estructuras de Francia, pero sí convirtió a los súbditos en ciudadanos, si transformó la actitud del grueso de la sociedad francesa, aunque antes de esto ya hubiese quienes proclamaban, exigían o soñaban tal cambio.<sup>13</sup>

Así en nuestro caso: después de haberle dado vida a la División del Norte, la "actitud", la forma de concebir el mundo y su situación en él de los hombres del norte de México cambió enormemente, a pesar de la derrota. Y , por cierto, su mundo también

---

<sup>10</sup> Wallerstein, 1998, 11.

<sup>11</sup> Las actitudes son las "disposiciones comunes a los miembros de un grupo, favorables o desfavorables hacia la sociedad existente, que se expresan en creencias sobre la sociedad de acuerdo con preferencias y rechazos e impulsan comportamientos consistentes con ellas. Las actitudes implican la adhesión a ciertos valores y el rechazo a situaciones que no permiten realizarnos", Villoro, 1993, 72. Como ha señalado María José Garrido en trabajos inéditos, esta definición acusa una clara influencia del pensamiento de José Ortega y Gasset, en particular en la forma en que este define las ideas y las creencias y el lugar de ambas en la conformación de una ideología; apud en José Ortega y Gasset, 1943, II:1657-1700.

<sup>12</sup> Córdova, 1973.

cambió: algunos de los eventos más espectaculares del reparto agrario o de la "irrigación revolucionaria" tuvieron lugar en los países del villismo.<sup>14</sup>

8. Fueron dos los libros que me hicieron ver la necesidad de estudiar a la División del Norte en tanto ejército popular, atendiendo a una estructura militar que reflejaba variantes regionales y problemas distintos, uno de esos libros no está directamente vinculado con el tema de este trabajo (Eduardo Ruiz, Historia de la guerra de intervención en Michoacán), pero el otro sí: los Hechos reales de la Revolución, en los que Alberto Calzadiaz, con base en la información proporcionada por numerosos veteranos villistas, pone en escena (entre muchos otros datos e informes muchas veces poco confiables) a las brigadas de la División del Norte, a sus hombres y jefes y a los pueblos de que eran originarios.

Considerando los objetivos del trabajo las fuentes más ricas fueron las memorias e historias escritas por veteranos de la División del Norte y otros revolucionarios, publicadas a partir de 1914. Estos textos, que pueden verse en la bibliografía, se deben a las plumas de Vito Alessio Robles, Adrián Aguirre Benavides, Luis Aguirre Benavides, Felipe Ángeles, Francisco B. Azcona, Mariano Azuela, Juan Barragán Rodríguez, Manuel Bonilla jr., Encarnación Brondo Whitt, Nellic Campobello, Marcelo Caraveo, Baudelio Caraveo Estrada, Federico Cervantes Muñozcano, Luz Corral de Villa, Silvestre Dorador, Marte R. Gómez, Martín Luis Guzmán, José María Jaurrieta, Bernardino Mena Brito, Salvador R. Mercado, Ignacio Muñoz, Rafael F. Muñoz, Álvaro Obregón, Francisco de P. Ontiveros, Matías Pazuengo, Enrique Pérez Rul (Juvenal), Ramón Puente, John Reed, Federico P. Robledo, Silvestre Terrazas, Adolfo Terrones Benítez, Elías L. Torres, Francisco L. Urquizo, Juan B. Vargas Arreola, José Vasconcelos y Ernesto Zertuche González.

Complementarias de estas fuentes fueron las entrevistas hechas a más de un centenar de veteranos villistas por varios historiadores y antropólogos en los años sesenta y

---

<sup>13</sup> Véase, por ejemplo, Furet, 1980. Véase también un excelente análisis particular de la distancia entre lo soñado por los revolucionarios y la realidad de la revolución en Deutscher, 1968, 16-79 ("El poder y el sueño").

<sup>14</sup> Hace falta seguir la historia del villismo más allá de 1920, pero entre tanto pueden verse las transformaciones de que hablo en algunos trabajos pioneros excepcionales, como Aboites, 1986 y 1988; y Navarro, 2000. En general, la prolja bibliografía sobre la reforma agraria en la Comarca Lagunera omite el antecedente villista de la región y de varios de los impulsores del reparto.

setenta, en el Proyecto de Historia Oral del Instituto Nacional de Antropología e Historia.<sup>15</sup> También debemos contar entre estas fuentes los nueve tomos de la obra ya citada de Alberto Calzadafaz, y las entrevistas hechas por Rubén Osorio.

De los historiadores posteriores, ninguno como Francisco R. Almada, que en sus libros, sus diccionarios y los documentos que transcribió para el Archivo Histórico de la Revolución Mexicana (que nos permiten conocer una documentación fundamental, cuyos originales perecieron en un incendio del Palacio de Gobierno de Chihuahua), hizo un trabajo de extrema y puntillosa erudición sobre el cual podemos trabajar con confianza y gratitud. Aunque menos eruditos (en lo que a la historia de la Revolución se refiere) hay que mencionar a los pares de Almada para Durango y Coahuila: Pastor Rouaix y Vito Alessio Robles.

Ahora bien: muchas ideas de la primera parte y de los datos que las sustentan se deben a los excelentes trabajos de historia regional del norte que proliferaron en los años ochenta y noventa bajo la triple influencia del revisionismo histórico de la Revolución, el auge de la historia regional y las enseñanzas directas e indirectas de Friedrich Katz. Muchas de las peculiaridades de la historia del norte y del villismo, que este trabajo intenta sintetizar, aparecen en las obras de Luis Aboites, Ana María Alonso, Graziella Altamirano, Felipe Ávila Espinosa, Pedro Castro, Arnaldo Córdova, Chantal Cramaussel, Carlos González Herrera, Odile Guilpain, Lilian Illades, María Teresa Koreck, Ricardo León García, Jane-Dale Lloyd, Álvaro Matute, William K. Meyers, César Navarro, Daniel Nugent, Víctor Orozco, Rubén Osorio, Manuel Plana, Juan Puig, Martha Rodríguez, Antonio Saborit, Jesús Vargas, Guadalupe Villa y Marc Wasserman.

---

<sup>15</sup> Muchos de los testimonios de estos veteranos arrojan luz sobre problemas oscuros o desconocidos y son fuentes riquísimas, a pesar del tiempo transcurrido y de la escasa pericia, en términos generales, de los entrevistadores, que muchas veces desconocían el tema e interrumpían al entrevistado justo cuando estaba por abordar asuntos importantísimos y no tratados por los historiadores (por ejemplo, las medidas tomadas por los gobernadores villistas de los estados dominados por la División del Norte; el funcionamiento de las fábricas y haciendas administradas por los villistas; la estructura de la División del Norte o la personalidad de algún caudillo "secundario") y que pasaban por alto algunas de las reglas elementales que ellos mismos se habían impuesto (por ejemplo, "El que entrevista [...] debe abstenerse de expresar opiniones personales que influyan o varíen el punto de vista del sujeto entrevistado", en Meyer y Olivera, 1971, 377). Con todo, hay que reconocer la enorme valía y esfuerzo de quienes, a través de este proyecto, rescataron testimonios vitales.

Estos trabajos fueron complementados con las historias del septentrión novohispano y decimonónico de Vito Alessio Robles, José Fuentes Mares, Peter Gherard, José Luis Mirafuentes, Guillermo Porras Muñoz, Phillip Wayne Powell, Atanasio G. Saravia, María del Carmen Velázquez y otros muchos. Y, sobre todo, con dos riquísimas fuentes de primera mano: el Archivo Histórico de la Secretaría de la Reforma Agraria (o Archivo Nacional Agrario), que nos permite enterarnos de los conflictos de tierras en cada caso particular; y El Correo de Chihuahua, un periódico diario del que se hablará en su momento, porque es a la vez fuente y parte de esta historia. Menos importantes, pero también útiles, fueron los censos, las estadísticas, los periódicos oficiales y otras fuentes.

Para la segunda parte las fuentes fundamentales fueron, además de los testimonios villistas ya mencionados, los archivos de la Secretaría de la Defensa Nacional y los magníficos textos de Friedrich Katz, Santiago Portilla y Miguel Ángel Sánchez Lamego.<sup>16</sup>

Sólo queda decir que las citas a pie de página están comprimidas al máximo. En la última revisión dejé únicamente las referencias que me parecieron indispensables y aún esas, las agrupé al máximo. También por economía de espacio, por afán de reducir las citas a la mínima expresión, las referencias son crípticas: las bibliográficas tienen el apellido del autor, el año de publicación y la página (Vargas, 1988, 23). Las hemerográficas, las siglas de la publicación en cuestión, la fecha y la página (POECH, 20 de noviembre de 1910, 15). Las de archivo, las siglas del archivo, el legajo, tomo o expediente y el folio (AHSRA, 23/374, 15).

---

<sup>16</sup> Véase una valoración general de las fuentes para estudiar el villismo, en Salmerón, 2000.

## PRIMERA PARTE:

### La tierra y la gente de la División del Norte

La División del Norte se integró con voluntarios provenientes, en su inmensa mayoría, de tres estados de la República Mexicana: Chihuahua, Durango y Coahuila. Mejor dicho, de buena parte de Chihuahua, del norte y oriente de Durango y del suroeste de Coahuila.<sup>1</sup> En la primera parte de este libro revisaremos con cuidado este norte villista, sus características geográficas y, sobre todo, histórico-sociales, que nos permitan comprender las razones y peculiaridades del más poderoso, heterogéneo y contradictorio de los movimientos populares de nuestra historia. Es decir, buscamos dar respuesta a varias de las preguntas de que parte esta investigación: ¿quiénes eran los villistas?, ¿de donde salieron?, y sobre todo, ¿por qué se levantaron en armas a partir de 1910?

La ocupación del septentrión de la Nueva España fue una aventura desmesurada y audaz, que no ha recibido la atención que se merece. Unos pocos centenares de hombres (españoles y criollos, mestizos e indígenas mesoamericanos –tlaxcaltecas sobre todo) ávidos de aventuras, honores y riqueza y bajo los más brutales y los más generosos impulsos, se lanzaron a ocupar unos territorios ásperos y vastísimos, escasamente habitados por belicosas naciones nómadas, mucho más difíciles de reducir que las altas culturas de Mesoamérica, llevando a tan difíciles tierras su cruz y su espada, sus viñas y sus trigales, sus vacas y ovejas (los caballos llegaron por su cuenta y riesgo), su ambición y su espiritualidad, su miseria y su grandeza. En el dilatado Septentrión nació, en medio de guerras interminables, una sociedad distinta de la novohispana, una sociedad de frontera inestable y violenta, cuyos habitantes vivían rodeados de peligros, pero sin las sujeciones

---

<sup>1</sup> Es este un territorio que coincide con el que tuvo el reino de la Nueva Vizcaya entre 1732 y 1785. Dice un erudito estudioso de este reino: "Yo quiero tratar en este trabajo de la provincia más extensa, menos poblada por los españoles y más castigada por los indios, que jamás tuvo el Imperio español", Porras, 1980, 10.

del orden señorial tradicional establecido en el centro.<sup>2</sup> La guerra y la paz con los indios fueron la preocupación vital y definitiva para los habitantes del Septentrión, desde la expedición de Nuño de Guzmán a la Nueva Galicia, en 1530, hasta 1880, cuando se enfrentaron los guerreros de Victorio con los “campañadores” del coronel Joaquín Terrazas, en el último combate masivo de la guerra apache.

No es el asunto de este libro la historia del norte de la Nueva España y su carácter de frontera, de las inacabables guerras con las naciones indígenas y de las hazañas del puñado de misioneros, soldados, mineros y agricultores que a lo largo de 250 años recorrieron la frontera desde el río Lerma hasta el río Bravo; tampoco son nuestra materia las guerras indias que revitalizaron el carácter fronterizo de esta sociedad entre 1830 y 1880.<sup>3</sup> De todos modos, esos asuntos asomarán una y otra vez a lo largo de estas páginas.

Estas regiones experimentaron una serie de bruscas y aceleradas transformaciones en las últimas décadas del siglo XIX y la primera del XX; resultando la pérdida de su carácter fronterizo, su orgulloso aislamiento y su incorporación al mercado mundial en la época del capitalismo imperialista. Estos cambios afectaron profundamente a los habitantes

---

<sup>2</sup> Los españoles y los “indios de paz” de la Nueva Vizcaya, “tenían conciencia de que su existencia transcurría en una frontera, es decir, que tenían a su lado o estaban circundados por tribus guerrera que, en ocasiones muy frecuentes [...] ponían en peligro la vida y los bienes particulares y la seguridad de la provincia” Porras, 1980, 12.

<sup>3</sup> La historia del septentrión de la Nueva España puede estudiarse en Velázquez, 1974 y Porras, 1980, dos textos que intentan presentar una visión global y comprensiva del carácter de estas fronteras. Para las guerras indias pueden verse la indispensable guía documental de Mirafuentes, 1989 y el texto clásico sobre la primera de ellas, Powell, 1984, al que no hay que ponerle mayor reparo que comulgar demasiado —culpa de su origen anglosajón— con la leyenda negra antiespañola; lo mismo puede decirse del estupendo trabajo de Gerhard, 1996, que nos ubica como ningún otro en el espacio y el tiempo del septentrion novohispano. En ese sentido, véase también Jordán, 1956, quien acuñó uno de los términos favoritos de los historiadores posteriores, lo mismo que de sus muy numerosos lectores en Chihuahua: “longitud de guerra”. Para una reconstrucción histórica más erudita y detallada, hay que recurrir a los viejos historiadores tradicionalistas del norte, principalmente Vito Alessio Robles, 1931, 1938 y 1945-46, Atanasio G. Saravia, 1978-79, Pablo Martínez del Río, 1954, y Esteban L. Portillo, 1984. La misión como una institución fundamental de la frontera, puede verse en el magnífico trabajo de Bolton; una muy comprensiva explicación de los impulsos de la ocupación del norte, en Zavala (ambos en D. Weber, 1976). En fin, véase en Rubio Mañé la relación entre los procesos de la frontera septentrional con el resto del virreinato. No puedo recomendar un texto similar sobre el presidio como la otra institución señera de la frontera, aunque en la bibliografía pueden verse algunos estudios particulares. En fin, hay muchos textos de historia regional que se ocupan de las particularidades de esta historia, y que a diferencia de los que están en esta nota, que me han permitido formarme una visión global sobre el asunto, están debidamente citados en su momento.



del norte de México, generando una serie de agravios sociales y económicos que, coincidiendo con una situación política muy particular, desataron una revolución popular de enorme magnitud.

En los siguientes capítulos pasaremos, pues, revista a las razones por la que hombres pertenecientes a muy diversos grupos sociales (también mostraremos el heterogéneo carácter de la revolución villista) tomaron las armas en 1910 con la intención de hacer una revolución, a los agravios que a ello los empujaron y a las condiciones que les permitieron hacerlo.

## I. EL PAÍS DE VILLA

En la noche del 17 al 18 de noviembre de 1910 16 jinetes bien armados encabezados por un individuo poco recomendable que se hacía llamar Francisco Villa, salieron subrepticamente de la ciudad de Chihuahua rumbo a la Sierra Azul, situada a pocos kilómetros al oeste. Habían estado escondidos en la ciudad como guardia secreta de don Abraham González Casavantes, jefe del maderismo en el estado, y ahora salían de ella para iniciar puntualmente la rebelión, convocada, como es sabido, para el 20 de noviembre a las cinco de la tarde.<sup>1</sup>

En los tres días siguientes se fueron reuniendo en la Sierra Azul los hombres convocados por Francisco Villa. De San Andrés, Chuvíscar y los ranchos de la Sierra Azul llegaron numerosos hombres de a caballo que reconocían por jefe a Santos Estrada y por tenientes a José "el tío" Chavarría, Lucio Escárcega, José Sánchez, José Dolores Palomino y Santos Regalado. Del municipio de Santa Isabel llegó la gente convocada por Feliciano "Chano" Domínguez. De Ciénega de Ortiz, San Lorenzo, Santa Rosalía de Cuevas y Santa María de Cuevas procedía un grupo de jinetes bien armados y mejor montados, encabezados por Javier Hernández. Desde Satevó subieron cuarenta hombres en briosas cabalgaduras mandados por Fidel Avila, contándose entre ellos a algunos que alcanzarían enorme prestigio en los años por venir, como José E. Rodríguez y Liborio Pedroza. Otro grupo numeroso llegó desde la aún más lejana comarca de Huevojitán y Balleza; eran sus jefes Trinidad Rodríguez, Macedonio Almada y Mercedes Luján. De esta forma, para el 20 de noviembre se habían reunido 300 individuos que reconocían como jefe a Francisco Villa: los hombres que habrían de conformar el más poderoso ejército revolucionario de la historia de México empezaban a juntarse.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Eran estos Feliciano Domínguez, José Sánchez, Pánfilo Solís, Lucio Escárcega, Antonio Sotelo, José "el tío" Chavarría, Leónides Corral, Eustaquio Flores, Jenaro Chavarría, Andrés Rivera, Bárbaro Carrillo, Cesáreo Solís y Ceferino Pérez, oriundos de los municipios de San Andrés y Santa Isabel (hoy Riva Palacio y General Trías, Chihuahua) y de los ranchos de la Sierra Azul, y dos viejos compañeros de correrías de Pancho Villa: Eleuterio Soto y Tomás Urbina. Guzmán, 1984, 25-26.

<sup>2</sup> Corral, 1958, 11-16; Calzadías, 1958, 1:36; Almada, 1964, 1:170-172. Según estas fuentes en la Sierra Azul se reunieron 375 hombres, pero basado en un temprano testimonio de J. Ruiz, Friedrich Katz sugiere que el número de soldados reunidos por Villa en este primer momento era menor: Katz, 1998, 1:99-100.

La región que hemos ido delimitando con la sola mención de estos pueblos forma el corazón de lo que aquí llamaremos "el país de Villa": un estrecho corredor imaginario que baja de las goteras de la ciudad de Chihuahua y el valle de San Andrés, directamente hacia el sur hasta los confines del estado, incluyendo algunas poblaciones del extremo norte de Durango, siendo la principal de ellas el mineral de Guanaceví, de donde era oriundo un tal Isaac Arroyo, que habría de incorporarse a la guerrilla de Trinidad Rodríguez. Completaremos "el país de Villa" con tres comarcas adyacentes, que ubicaremos en torno al antiguo real de minas de Santa Rosa de Cusihuiríachic, a la antigua colonia militar de Namiquipa y a la antigua misión jesuita de Jesús de Carichic, cuyos "ciudadanos en armas" no tardarían en subordinarse a Pancho Villa (a los de Cusi los mandaban Agustín Estrada y Pedro Ignacio Chacón; a los de Namiquipa, Andrés U. Vargas, Candelario Cervantes y José de la Luz Nevárez; y a los de Carichic, Daniel Rodríguez, Julián Granados y Cruz Domínguez).

Llegaron también, desde la ciudad de Chihuahua, Guadalupe Gardea, al frente de unos veinte jóvenes obreros y artesanos, militantes de las asociaciones mutualistas de la ciudad de Chihuahua; entre los que iban dos adolescentes que habrían de alcanzar enorme fama: los hermanos Martín y Pablo López Aguirre, hijos de un ranchero de Santa Isabel, aprendices de panadero en la capital del estado y socios de la Sociedad Nicolás Bravo de Panaderos.<sup>3</sup> A todos ellos, así como a otro grupo numerosos que salió de Chihuahua directamente a sus órdenes, los había reclutado Cástulo Herrera, un famoso dirigente de la Unión de Caldereros (del ferrocarril) Mexicanos, que tenía nominalmente el mando de la Revolución en el centro del estado, aunque pronto sería desplazado de esa posición por Pancho Villa. Inmediatamente a las órdenes de Cástulo Herrera venían, además de Lupe Gardea, otros dirigentes mutualistas como Alberto Chacón, Antonio Ruiz y Francisco Valdez Vázquez.<sup>4</sup>

¿Por qué hacemos de las regiones de San Andrés y Santa Isabel, San Lorenzo, Satevó, Huejotitán y Balleza, Cusihuiríachic, Namiquipa y la capital del estado "el país de Villa"? Porque de aquí surgieron los hombres que formaron el pie veterano de la Brigada Villa, la mayoría de los oficiales de absoluta confianza del Centauro, los primeros que con él se la jugaron en 1910 y los primeros que volvieron a unírsele en 1913. ¿Por qué los hombres de estos pueblos se lanzaron a la lucha tan pronto y con tanta determinación?, ¿por qué reconocieron a Pancho Villa como jefe

---

<sup>3</sup> Calzadiaz, 1968, 7-10.

<sup>4</sup> Almada, 1967, 35.

antes que nadie?, ¿de donde salieron estos jinetes de leyenda? Esos es lo que procuraremos contestar en las próximas páginas.<sup>5</sup>

## I. Los pueblos y sus agravios.

La parte fundamental del país de Villa está formada por estrechos valles y llanuras más amplias que van desde Huejotitán y Balleza en el sur hasta San Andrés, en el norte, y de San Francisco de Borja, Carichic y Cusiuhuiríachic al pie de la Sierra, hasta Chihuahua, en los límites con el desierto: entre ellos están Santa Isabel, San Lorenzo, Satevó, Santa María de Cuevas, Santa Rosalía de Cuevas, Valle de los Olivos, El Tule, Valle del Rosario, Ciénega de Ortiz y algunos otros. En esa región se encuentra dice el infatigable viajero Fernando Jordán, "al chihuahuense típico", mestizo: generoso y honrado; orgulloso, sobrio, rudo y violento, más violento aún, dice nuestro viajero, que el propio serrano. Pero es la suya una violencia serena, que no conoce el exabrupto ni el impulso ciego.<sup>6</sup>

Durante el porfiriato, la principal actividad económica en estos valles y llanuras era la ganadería, pero la agricultura tenía un papel mucho más importante que en otras regiones del estado, pues se sembraba intensivamente en las tierras de los pueblos que crecían a lo largo del río San Pedro y sus tributarios, el Santa Cruz, el Santa Isabel y el Balleza, donde se concentraba el 12% de la producción agrícola del estado.<sup>7</sup>

La cuenca del San Pedro-Santa Cruz-Santa Isabel corresponde a la parte meridional de los valles del pie de monte donde se concentraban en el siglo XIX bastante más de la mitad de los ranchos y los pueblos libres del estado: al norte están las otras ricas cuencas agrícolas, las del

---

<sup>5</sup> El país de Villa forma parte, casi integralmente, de la región de las llanuras, recargado en las estribaciones de la Sierra Madre. Podríamos constreñirlo a los actuales municipios de Namiquipa, Bachiniva, Cuauhtémoc (antes San Antonio de los Arenales), Riva Palacio (San Andrés), Cusiuhuiríachic, Gran Morelos (San Nicolás de Carretas), General Trías (Santa Isabel), Doctor Belisario Domínguez (San Lorenzo), San Francisco de Borja, Satevó, Valle del Rosario (antes municipio de Valle de los Olivos, hasta el traslado de la cabecera municipal), Huejotitán y El Tule, más la porción sudoccidental del municipio de Chihuahua, la septentrional del de Carichic y la nororiental del de Balleza.

<sup>6</sup> Jordán, 1956, 363-364.

<sup>7</sup> Sobre la agricultura chihuahuense durante el porfiriato, y su concentración en cinco "corredores agrícolas" a lo largo de ciertos ríos (corredores Jiménez-Parral, Camargo-Julimes, Sauz-Chihuahua-Aldama, valle del Papigóchic y éste, sobre los ríos Santa Cruz y Santa Isabel), véase el excelente trabajo de C. González, 1993.

Papigóchic y el Santa María de las que hablaremos en “ el país de Orozco”. En los valles septentrionales se dio la mayor concentración de rancheros y campesinos libres, pero también en los que ahora nos interesan (los de los ríos Santa María, San Pedro, Santa Cruz y Santa Isabel, más el Balleza) los rancheros independientes, eran también el más importante grupo social de estas comarcas. Según los datos del censo de 1900, seguían prevaleciendo los rancheros y los pueblos libres, aunque su proporción empezaba a disminuir respecto de las haciendas.<sup>8</sup>

Desde el siglo XVIII la región perteneció a la jurisdicción de Cusiuhuirfachi, salvo algunos de sus pueblos del noroeste, que pertenecían a la de Chihuahua (los distritos benito Juárez e Iturbide del porfirato).<sup>9</sup> El poblamiento de estos valles y llanuras se debió al establecimiento de tres prósperos grupos de reales de minas fundados fuera de esta región agropecuaria, pero inmediatos a ella: al sur, Santa Bárbara, el primero de todos, que durante muchos años dio nombre a la provincia hasta ser desplazado por la gran riqueza de las minas de Parral. Al noreste, Chihuahua y Santa Eulalia. Al noroeste, Cusiuhuirfachi. Antes se habían fundado algunas haciendas ganaderas sobre el río Florido (ya hablaremos de Valle de Allende), pero la verdadera ocupación hispana de estos lares se dio a partir del descubrimiento de las vetas de Parral y se reforzó con el de las de Cusiuhuirfachi y Chihuahua.

Antes del descubrimiento de las minas habitaban las llanuras los conchos y los tarámuris o tarahumaras. Durante el siglo XVII las políticas de colonización oscilaron entre la misión y la guerra, misión que se entendía como civilizadora y protectora de los naturales, y guerra a veces justificada como defensiva y a veces descaradamente orientada al exterminio. Entre la espada, la cruz y las terribles epidemias, los conchos desaparecieron y los tarahumaras fueron empujados a las agrestes cumbres de la Sierra Madre, donde hoy habitan. No fue este un proceso sencillo ni pacífico, ni los tarahumaras, por muy buenos cristianos que fueran según las crónicas de los siempre optimistas misioneros jesuitas, acostumbraban simplemente poner la otra mejilla y más de seis veces se levantaron en armas contra los “chabochis” entre 1621 y 1703, pero en el siglo

---

<sup>8</sup> Escudero, 1834. Ponce de León, 1907, 12-79. Orozco, 1995, 18-21.

<sup>9</sup> Una excelente síntesis de la historia colonial de la extensa jurisdicción de Cusiuhuirfachi, que se extendía por el sur hasta el Conchos y por el norte hasta Cruces; por el oeste hasta las más altas cumbres de la Sierra y por el sureste hasta el río Santa Cruz, en Gerhard, 1996, 231-238. Para su importancia agrícola, basta conocer la que estas cuencas tenían desde el siglo XVIII (y desde antes, pues en ellas se concentraban los tarahumaras sedentarios) y ver los mapas de Chihuahua.

XVIII eran un pueblo vencido, que vivía arrinconado en sus escarpadas montañas y sus inaccesibles barrancas.<sup>10</sup>

Justamente como misiones franciscanas entre los tarahumaras de las llanuras nacieron los dos pueblos atacados por los soldados villistas el 20 y 21 de noviembre de 1910, de los que procedían cerca de la mitad de los rebeldes del primer momento: San Andrés y Santa Isabel, fundados en el siglo XVII. Para el siglo XVIII ya eran pueblos mestizos, predominantemente agrícolas, que llevaban sus productos a la no muy lejana ciudad de Chihuahua. Aunque aislados y a veces asediados por partidas de indios insumisos y bandoleros del camino real, los pueblos florecieron relativamente, hasta que empezaron las guerras contra los apaches.

“Apache” fue un término inventado por los españoles para definir a los indios nómadas que viajaban de norte a sur en las extensas e ignotas fronteras del septentrión; y fueron apellidados chiricahuas, gileños, mimbrenos, lipanes y otros más, de acuerdo con la zona en que, según los españoles, estaban sus lares. Empujados por otros grupos aún más belicosos (de los que los estadounidenses darían cuenta, en guerras prolongadas y sangrientas) y aprovechando el vacío dejado por los conchos y tarahumaras, en el siglo XVIII se convirtieron en una mayor amenaza de la frontera. En el siglo XIX estos belicosos nómadas, bravíos y orgullosos, asolaron Chihuahua en una guerra en que no se daba ni se pedía cuartel, donde ambos bandos hicieron gala de igual valor y similar crueldad y que sólo terminó con la absoluta derrota de los apaches. En el próximo capítulo hablaremos de los efectos sociales de esta larga y sangrienta guerra, baste por lo pronto con insertar en ella a los vecinos de San Andrés, Santa Isabel y San Lorenzo.<sup>11</sup>

En sus Memorias, el coronel Joaquín Terrazas, caudillo de los chihuahuenses en las últimas fases de la guerra contra los apaches, elogia una y otra vez a los fusileros de San Andrés, que formaban el pie veterano de las columnas volantes con las que salía en persecución de las ágiles partidas enemigas. La batalla de Tres Castillos, municipio de Coyame, ha quedado en la memoria de los chihuahuenses como la puntilla dada a los “bárbaros”. Ciertamente no acabó ahí la guerra, pero sí fue un golpe formidable asestado a los apaches, que señaló los últimos y desesperados años de resistencia de los valerosos nómadas, condenados al exterminio y confinamiento. Siguiendo las memorias del coronel Terrazas en la campaña de 1880, coronada en

<sup>10</sup> Sobre los tarahumaras, sus guerras y sus derrotas, y cómo fueron arrinconados en las cumbres y barrancas de la sierra, véase León García, 1992, 28-50; González y León, 2000; y Mirafuentes, 1989.

Tres Castillos, podemos percibir quiénes hicieron la guerra contra los apaches, y cuales eran las condiciones de esta.

En julio de 1880, cuenta Terrazas, los guerreros del jefe Victorio entraron por enésima vez al territorio nacional, acamparon entre las lagunas de Guzmán y Santa María (en el distrito Galeana) y divididos en pequeñas bandas asolaron aquella región. Los vecinos de los pueblos se prepararon para la lucha y Joaquín Terrazas salió de Chihuahua para reunirlos. El primer pueblo que tocó fue San Andrés, donde se unieron sus leales fusileros y los voluntarios de Santa Isabel y San Lorenzo. En septiembre se le fueron uniendo los hombres de los pueblos del distrito Guerrero, con el afamado Santana Pérez a su cabeza (entre estos hombres estaba, cuenta la tradición, un tal Cruz Chávez, del remoto pueblo de Tomóchic); y la gente del distrito Galeana que mandaba su jefe político, Juan Mata Ortiz, “el capitán Gordo” al que el bravo apache Júpiter había jurado quemar vivo (y vivo lo quemó). También se incorporaron los hábiles exploradores tarahumaras de Arisíachic, con su capitán, Mauricio Corredor (“el indio Mauricio”).

El 1º de octubre empezó formalmente una campaña que consistió, como era usual, en la minuciosa búsqueda del rastro de los apaches y en largas jornadas a caballo en su persecución. Del noroeste de Chihuahua los “campañadores”, como se llamaba a los voluntarios de los pueblos que hacían la guerra contra los apaches, se movieron hasta el oriente del estado. Entre el 10 y el 14 de octubre los voluntarios encerraron a un importante número de apaches mediante una serie de hábiles movimientos y entre el 14 y el 15 de octubre fueron exterminaron al grueso de los guerreros de Victorio, quien murió, según la tradición, de un certero balazo disparado por el indio Mauricio.<sup>12</sup>

Luego de Tres Castillos hubo algunas campañas contra los últimos merodeadores apaches y después llegaron el ferrocarril y la modernidad y las guerras indias dejaron de ser asunto público primordial para irse convirtiendo en orgulloso recuerdo. Lo importante era construir, acumular y enriquecerse, y los vecinos de estos pueblos no tomaron parte en los nuevos asuntos del día. Casi quedaron al margen y dejó de hablarse de ellos. Por no salir a la superficie, no participaron siquiera en los motines y asonadas que entre 1888 y 1896 fueron pan cotidiano en el distrito Guerrero (ahí al ladito, a una jornada a caballo o unas horas en ferrocarril). Pero a partir

---

<sup>11</sup> Jordán, 1956, 179-189. Un estudio reciente, sintético y muy comprensivo sobre el problema apache en Chihuahua durante el siglo XIX, es el de González y León, 2000, 131-206. El mismo problema, desde la perspectiva de los vecinos de los pueblos de Chihuahua, en Orozco, 1995.

<sup>12</sup> Terrazas, 1994, 111-120.

de 1904 empezaron a quejarse de un montón de cosas, aparentes minucias pueblerinas, enviando cartas a un periódico local y ocurso a la Secretaría de Fomento y al gobierno del estado y en 1909 San Andrés estuvo durante más de una semana en los titulares de prensa.

Y es que ese "no pasar nada" entre los últimos estertores de las guerras indias y los quejas que se multiplicaron desde 1907, fue mera apariencia. Estos pueblos, como todos los de Chihuahua, sufrieron transformaciones tan profundas que, entendidas en buena parte como agravios, se convertirían en combustible de la revuelta, la rebelión y la revolución, que de las tres hubo en momentos sucesivos.

En 1884 el Ferrocarril Central Mexicano enlazó Chihuahua con la capital de la República y con Ciudad Juárez y unos años después el Ferrocarril del Noroeste comunicó a Santa Isabel y San Andrés con el resto del mundo. El ferrocarril limitó, aunque no erradicó del todo, la inseguridad de la región, porque si bien los apaches estaban dejando de ser un peligro, el bandolerismo había tomado su lugar, manteniéndose alejado de la vía férrea. Los conflictos de tierras que numerosos pueblos tuvieron con las haciendas, empujó a algunos de sus habitantes por la senda del abigeato. Con todo, no era lo mismo lidiar con bandas de robavacas que con los apaches y la menor inseguridad aunada a los ferrocarriles, disparó el valor de la tierra y las ambiciones sobre ella, dando lugar al crecimiento de haciendas que criaban ganado en pie para la exportación al pujante suroeste estadounidense. Las haciendas expandían sus potreros a costa de tierras desocupadas, que hasta entonces habían sido terrenos de caza de los vecinos de los pueblos; de las tierras de los propios pueblos; y de sus propios arrendatarios, a los que les rescindían contratos de décadas y hasta siglos de antigüedad. Más adelante mostraremos las formas y los ritmos del crecimiento de los latifundios y el despojo de los pueblos, por el momento sólo veremos cómo afectaron estos procesos a los rancheros de la región.<sup>13</sup>

En muchos sentidos, era la primera vez que los vecinos de estos pueblos veían llegar de fuera algo tan importante. Acostumbrados a su aislamiento y orgullosos de él, los rancheros empezaron a resentir la presencia de un gobierno que quería, efectivamente, gobernarlos, lo cual empezó a preocuparles seriamente cuando las primeras muestras palpables del nuevo orden de cosas fueron la presencia o la posibilidad del rápido arribo de fuerzas militares que ya no estaban formadas por los "campañadores" de los pueblos, sino por soldados profesionales, enviados y

<sup>13</sup> Friedrich Katz llamó la atención sobre el despojo de los pueblos de Chihuahua mostrando las raíces agrarias de la revolución en el estado e impulsando el estudio de sus características. Mucho de lo que al respecto diré a lo largo de esta primera parte está apoyado en sus descubrimientos y los de sus discípulos.



pagados por ese centro remoto y hasta entonces casi inexistente para todo fin práctico. ¡Ah!, y por supuesto, la presencia efectiva de recaudadores de impuestos.

San Andrés, Santa Isabel, Chuvíscar, San Lorenzo, Carretas, Satevó, Santa María de Cuevas, Santa Rosalía de Cuevas, Ciénega de Ortiz y los pueblos y ranchos circunvecinos, permanecieron ajenos a los sucesos que en las décadas de 1880 y 1890 sacudieron al vecino distrito Guerrero y al un poco más lejano distrito Galeana, pero sus habitantes vieron llegar e irse a los soldados que no dejaron piedra sobre piedra de Tomóchic. Al mismo tiempo empezaron a acostumbrarse a ver pasar en el otoño trenes cada vez más grandes de reses procedentes de las dos secciones del latifundio Zuloaga (la hacienda de Bustillos y anexas, que tenía su estación ferroviaria en San Antonio de los Arnales, y la hacienda Tres Hermanos, que desde Satevó enviaba las vacadas hasta la estación de Santa Isabel). El ganado de los rancheros no podía competir con el de las haciendas, pero el trigo que producían empezó a encontrar un mercado creciente en la ciudad de Chihuahua luego de que se establecieron dos molinos en Santa Isabel y otro en la cercana hacienda de Baeza. La población aumentó, los pueblos perdieron su independencia política, las propiedades de los rancheros fueron gravadas por los tasadores de impuestos, no faltó quien emigrara hacia las minas de la sierra, las factorías de Chihuahua o los campos agrícolas de California. Y eso que no pasaba nada.<sup>14</sup>

Friedrich Katz encontró en los archivos de la Secretaría de la Reforma Agraria materiales que documentan la lucha emprendida por los vecinos de San Andrés, en defensa de las tierras del pueblo, contra la vecina hacienda de San Juan Guadalupe, propiedad de la familia del jefe municipal de San Andrés.<sup>15</sup> Lucas Murga. En 1904, para protegerse frente a la ofensiva final contra las tierras de los pueblos, Macario Nieto, a nombre de 120 vecinos de San Andrés, pidió la parcelación y titulación de los terrenos municipales entre los vecinos, pero los deslindadores respondieron diciendo que no había tierra suficiente para hacer el reparto. Efectivamente las tierras amparadas por los títulos del pueblo eran insuficientes, pero los vecinos usufructuaban una buena porción de terreno que la hacienda de San Juan Guadalupe les había cedido en 1735, a

---

<sup>14</sup> Sobre el latifundio Zuloaga véanse Castro Martínez, 2000, 16-20 y 95-98; y Porras Muñoz, 1993, 31-35; sobre la agricultura, C. González, 1993. Sobre el ferrocarril y las nuevas condiciones, puede verse González y León, 1996.

<sup>15</sup> Como explicaremos más adelante, en Chihuahua no había presidentes municipales electos por sus conciudadanos, sino jefes municipales designados por el gobernador del Estado. Esto era resultado de una serie de reformas constitucionales instrumentadas en 1888 y 1889, y aplicadas por Enrique C. Creel sin ningún miramiento con los grupos pueblobrinos.

cambio de que además del pueblo y sus tierras los de San Andrés defendieran también la hacienda de las depredaciones apaches. Los títulos de esta cesión se perdieron o no existieron nunca, pero se mantuvo en los hechos hasta 1905, cuando se aprobaron las leyes que ordenaban la reducción a propiedad privada de las tierras de los pueblos. Temerosos de quedarse sin las tierras que habían trabajado durante más de siglo y medio, los rancheros pidieron a los dueños de la hacienda que se formalizara la antigua cesión, a lo que los Murga contestaron negativamente. Entonces, durante tres años, buscaron en el Archivo General de la Nación y en el Archivo de Notarías del Estado alguna referencia formal a la cesión de 1735, a la vez que acribillaban al gobierno del estado y a la Secretaría de Fomento con memoriales en que pedían que se titularan a nombre de sus poseedores las tierras que habían usufructuado pacíficamente durante tanto tiempo. Todo fue en vano y hacia 1907 un buen número de rancheros que se creían propietarios, se convirtieron en aparceros o medieros de las tierras que sentían suyas.<sup>16</sup>

Así como San Andrés perdió prácticamente todas sus tierras,<sup>17</sup> en otros pueblos de la región pasó lo mismo: cuando los vecinos de Santa Isabel solicitaron tierras en 1920, de acuerdo con el artículo 27 de la nueva Constitución, no quedaba nada de los antiguos ejidos del pueblo, y lo mismo pasaba, al parecer, en Chuvíscar, Santa María de Cuevas, Santa Rosalía de Cuevas y Ciénega de Ortiz.<sup>18</sup> Otros pueblos cercanos conservaron parte de sus antiguos ejidos: en 1921 Satevó (que había sido la cabecera del trabajo misional jesuita entre los tarahumaras y era desde el siglo XVIII un pueblo de rancheros mestizos) conservaba “3.984 hectáreas de tierra de mala calidad” que habían sido acaparadas por un pequeño número de particulares “que ni siquiera son vecinos del pueblo”. Los vecinos disputaban desde décadas atrás más de mil hectáreas a la hacienda Tres Hermanos y desde 1890 la hacienda había ganado el pleito.<sup>19</sup> Por su parte, cuando en 1924 los vecinos de San Lorenzo solicitaron tierras al gobierno, argumentaron que sólo conservaban 2,219 hectáreas, impropias para la agricultura, pertenecientes al “antiguo ejido” y alegaban, aunque reconocían carecer de pruebas, que la hacienda de los Remedios, propiedad de Iván Benton (hijo de aquel William Benton ejecutado en 1914 por orden de Pancho Villa), había

<sup>16</sup> Katz, 1998, 1:47-48.

<sup>17</sup> Cuando el pueblo fue dotado de tierras durante el gobierno de Alvaro Obregón, no quedaban, al parecer, rastros de los “antiguos ejidos”. Véase AHSRA, 23/374.

<sup>18</sup> Los expedientes que se conservan en el Archivo Agrario son a veces poco claros y a veces muy explícitos en lo tocante a las propiedades afectadas para dotar a estos pueblos, percibiéndose entonces la desaparición total de los antiguos ejidos. Así es el expediente de Santa Isabel (AHSRA, 23/369 y 25/369).

<sup>19</sup> AHSRA, 23/12731 y 25/13731, legajo 2.

usurpado tierras que eran suyas.<sup>20</sup> Los vecinos no presentaron pruebas del despojo porque seguramente éste no fue tal, sino que se trató más bien de la ruptura de añejos contratos de arrendamiento que, como el acuerdo que los vecinos de San Andrés decían haber firmado con la hacienda de San Juan Guadalupe en 1735, databan de los años más violentos de la guerra apache. En 1908 los vecinos de San Lorenzo hicieron llegar su queja al Periódico Oficial de Chihuahua, en estos términos:

La agricultura de temporalidad, que como se ha manifestado antes, es el único elemento de vida para estas comarcas, sufrirá en el año próximo una rebaja aproximadamente como una mitad, porque actualmente un gran número de labradores que hacían sus siembras como arrendatarios en terrenos de las haciendas de Coyotillos y de Remedios, propiedades colindantes con los pueblos de San Lorenzo, Santa Rosalía Y Santa María de las Cuevas, dejarán de hacerlas.

El nuevo dueño de estas haciendas, Sr. Guillermo Benton, según las noticias que tiene la Jefatura Municipal, se propone utilizar sus terrenos exclusivamente en la cría de ganados para lo cual está empoderando todas sus líneas. Ya no habrá arrendamientos en esas haciendas de terrenos agrícolas ni de pastos, en consecuencia las siembras quedarán reducidas a lo que pueda hacerse en los terrenos municipales y demás propiedades particulares que son pequeñas y de inferior calidad, sin pastos para los animales destinados a los trabajos agrícolas, lo que hará las siembras sumamente costosas.<sup>21</sup>

Esta demanda indica a las claras lo que estaba pasando en estos pueblos. Tomás Moro y Carlos Marx mostraron cómo las ovejas expulsaron a los agricultores de las comunidades inglesas en el siglo XV. Aquí, en una de las regiones tradicionalmente agrícolas de Chihuahua nuevos hacendados, a los que tenían sin cuidado los pactos de sangre de la guerra apache, reemplazaban a los rancheros por vacas. Los vecinos de San Lorenzo, Santa María de Cuevas y Santa Rosalía de Cuevas, como los de San Andrés, carecían de argumentos legales para respaldar sus exigencias y hacia 1907 dejaron de enviar ocurso y súplicas al gobierno del estado, cansados de las puntillosas y legalistas respuestas que les llegaban. Su inconformidad se volvió contra las autoridades municipales y distritales y en 1909 se afiliaron al antirreeleccionismo.

En cambio, la documentación existente no muestra conflictos de ésta índole en la región de Huejotitán y Balleza (y probablemente hasta Valle del Rosario por el norte y Guanaceví hacia el sur), cuna del pie veterano de la Brigada Cuauhtémoc, de la División del Norte. Parece ser que

---

<sup>20</sup> AHSRA, 23/421. El presidente Calles decretó en 1926 dotar al pueblo con poco más de 5,000 hectáreas expropiadas a Iván Benton, dando así la razón, implícitamente, al pueblo.

<sup>21</sup> POECh, 13 de agosto de 1908, pp. 16-17.

en esa zona, donde la llanura es más seca y que quedó muy lejos del ferrocarril, la ambición de los hacendados golpeó menos a las tierras de los pueblos y a una forma de propiedad que se acostumbraba en esos lares: el mancomún.<sup>22</sup>

Mas o menos por la época en que los vecinos de San Andrés, San Lorenzo y Satevó empezaron a canalizar su inconformidad a través de la política local, un grupo de rancheros de la sección de Chuvíscar, municipio de Chihuahua, fueron acusados de algo que desde unos años antes parecía estarse volviendo muy común en el estado: ladrones de ganado. A fines de abril de 1907 apareció una denuncia contra las autoridades del pueblo, en las páginas de El Correo, periódico que se publicaba en Chihuahua cotidianamente (salvo el séptimo día de descanso) y llegaba a buen número de poblaciones del estado. Este periódico, ya lo veremos, se había convertido en la caja de resonancia de los conflictos políticos y sociales en la entidad. Según la carta enviada por seis vecinos, el 16 de abril había salido de Chihuahua una sección de rurales que, acompañada por las autoridades de Chuvíscar, recorrió varios ranchos de la Sierra Azul sacando a sus habitantes de sus casas y llevándoselos presos a Chihuahua, donde fueron liberados por falta de pruebas, todo ello sin orden judicial.<sup>23</sup>

Unos días después, el jefe de la sección municipal y otras "gentes de orden" del poblado, respondieron señalando que quienes habían sido sacados de sus casas y llevados a Chihuahua eran abigeos conocidos o habían robado recientemente algún burro, alguna vaquilla, y eran además, vagos, ebrios consuetudinarios, tahúres y rateros conocidos, que cada vez que bajaban al pueblo se dedicaban a emborracharse y escandalizar. Eran, según estas "gentes de orden", individuos perniciosos "que quieren vivir entre las montañas como Moro sin Señor, siendo éstos un amago constante para los intereses del campo, porque ¿qué se puede esperar de hombres sin ocupación y que continuamente viven en las cantinas?"<sup>24</sup>

Esta pintoresca acusación (además de la extensión del abigeato, de la que ya hablamos y sobre la que volveremos) nos indica claramente la existencia de un gobierno cuyos tentáculos estaban llegando a los más apartados rincones de una tierra poblada de rancheros remisos a vivir bajo las órdenes de cualquier autoridad externa. No en vano, encontraremos en las filas villistas a varios de esos "moros sin señor". También hay que señalar que de la carta se desprende que los acusados eran rancheros que trabajaban tierras propias o arrendadas, con su familia y uno o dos

<sup>22</sup> AHSRA, 23/410 y 25/410 (San Pablo Balleza), y 23/408 (Huejotitán).

<sup>23</sup> El Correo, 25 de abril de 1907.

<sup>24</sup> El Correo, 1º de mayo de 1907.

peones, y que todos estaban fuertemente armados. La Sierra Azul, lo dijimos al principio, fue el punto donde Pancho Villa citó a los conjurados en vísperas del 20 de noviembre.

Para 1907 las quejas contra las autoridades locales estaban convirtiéndose en pan cotidiano en casi todos los pueblos de la región y muchos otros del resto del estado. Y es que durante el siglo XIX, a pesar de lo precario de los mecanismos electorales en los pueblos de Chihuahua se había construido una rica vida político-electoral y los presidentes municipales y jefes políticos (funcionarios electos por voto popular hasta bien entrado el porfiriato) eran auténticos representantes, si no del pueblo, si de los grupos y facciones dominantes en los pueblos y distritos, en un contexto marcado por la cruenta guerra apache. Jefes políticos y presidentes municipales eran los auténticos líderes de los vecinos de los pueblos en esta guerra. Víctor Orozco y Francois Xavier Guerra han señalado claramente el muy agudo sentido de autonomía e independencia que tenían los pueblos de Chihuahua, que se expresó en algunos motines en los distritos Guerrero y Galeana en 1991 (y en Cusihuiríachic desde la década de 1880); en las revueltas magonistas de 1906 y 1908 y en el estallido de la revolución. La demanda de devolver al pueblo la elección de los funcionarios municipales y distritales, y de fortalecer la autonomía municipal y las posibilidades de autodefensa, pasaron a través de los norteños al Programa del Partido Liberal de 1906, a los planes orozquistas/magonistas de Santa Rosa y La Empacadora de 1912, y al proyecto revolucionario villista.<sup>25</sup> Mientras tanto, los vecinos de los pueblos, hicieron de la queja constante y la política municipal, tempranos mecanismos de resistencia contra las autoridades impuestas por el gobierno del estado.

En la región que estamos revisando El Correo publicó quejas contra las autoridades de Nonoava. Santa Bárbara de Tutuaca, Santa Rosalía de Cuevas, Balleza, San Lorenzo, Caríchic y Santa María de Cuevas,<sup>26</sup> aunque la protesta más articulada se originó en Satevó, donde el 11 de marzo de 1908 trescientos vecinos elevaron un recurso al gobernador pidiendo la destitución del jefe municipal. Es una lástima que no se hayan conservado los nombres de los firmantes, pero considerando que la mayoría de los varones de Satevó en edad de empuñar las armas se enrolaron en la División del Norte, es obvio que entre ellos estaban quienes se quejaron formalmente en 1908. Los "cargos que los vecinos de la municipalidad de Satevó hacen al jefe de la misma, Francisco Sierra, por su irregular, despótica y antipolítica administración" son, en muchos

<sup>25</sup> Orozco, s/f, 14-16. Guerra, 1988, 1:284.

<sup>26</sup> El Correo, 26 abril y 9 de julio de 1907; 30 de enero, 11 y 27 de abril, y 9 octubre de 1908; y 4 de agosto de 1909.

sentidos, minucias pueblerinas, pero también reflejan la actitud de los jefes políticos, jefes municipales y jefes seccionales, los tres escalones del poder ejecutivo en Chihuahua que eran designados por el gobernador del estado, que mandaban como pequeños déspotas en pueblos excesivamente susceptibles. Las quejas de los vecinos de Satevó siguieron a lo largo de 1908, en vano. En 1909 dejaron de enviar recursos a las autoridades estatales y cartas a los periódicos y en 1910 se rebelaron masivamente.<sup>27</sup>

Satevó había perdido una disputa de límites con la hacienda Tres Hermanos, propiedad de la familia Zuloaga, y buena parte de lo que había detrás del encono contra el jefe municipal y "su protector", el jefe político del distrito Benito Juárez, derivaba de la actitud que estas autoridades habían tomado en favor de la hacienda. Situaciones similares ocurrían en San Andrés, en San Lorenzo, en Santa Isabel y en otros pueblos: el jefe municipal de Nonoava fue acusado de apropiarse de tierras y agua pertenecientes al pueblo, que exhibió títulos de propiedad expedidos en 1896; los vecinos de Santa Rosalía de Cuevas y Santa Bárbara de Tutuaca denunciaron que los dueños de la hacienda de Tutuaca, en complicidad con las autoridades municipales, hostilizaban de diversas maneras e incendiaban los cercados construidos "por arrendatarios de esa hacienda, con veinte años o más de arrendar y contratos en regla"; las adjudicaciones a particulares de terrenos municipales en Chuvíscar causaron gran descontento; en 1909 William Benton, quien, como hemos visto, ya tenía serios conflictos con los vecinos de San Lorenzo y Santa María de Cuevas, ocupó por la fuerza tierras de este último pueblo, apoyado por la gendarmería del estado; y así por el estilo.<sup>28</sup>

La adjudicación de terrenos municipales a particulares, el desalojo y hostigamiento de arrendatarios, el nulo tacto político de las autoridades y las nuevas leyes fiscales, se conjugaron para provocar un violento motín en San Andrés, que amenazó con extenderse a Santa Isabel y San Lorenzo. Luego de perder la disputa con la vecina hacienda de San Juan de Guadalupe, en 1908 los vecinos de San Andrés vieron como los reducidos terrenos municipales fueron adjudicados a particulares relacionados con las autoridades. El 19 de marzo de ese año fue agredido, con la complicidad de las autoridades municipales, don Santos G. Estrada, quien se

<sup>27</sup> Véanse las cartas de los vecinos de Satevó en El Correo, 18 de febrero, 11 de marzo, 17 de marzo y 8 de abril de 1908. Póngase atención a la lista de agravios contenidos en la carta del 17 de marzo.

<sup>28</sup> El Correo, 20 de julio de 1907, 12 de marzo de 1908, y 24 de julio de 1909. Wasserman, 1987, 228. Hace falta un trabajo exhaustivo de investigación sobre los conflictos sociales en las regiones de San Andrés, Satevó y Huejotitán, similar a los que se han hecho sobre otras regiones de Chihuahua. Baste por lo pronto con señalar la existencia y la generalización de estos conflictos.

había señalado entre los que exigieron el reconocimiento de las tierras cedidas al pueblo en 1735. El 27 de marzo los vecinos del pueblo amanecieron con la sorpresa de que en los muros de los edificios públicos aparecieron pegados pasquines que llenaban de insultos (“de la forma más soez”) al jefe municipal y a sus allegados, y “a personas de bastante consideración en Chihuahua” (no se dice quienes, pero por lo que vino a continuación puede inferirse que se trataba del mismísimo gobernador y de su hermano Juan A. Creel, quienes tenían importantes intereses en San Andrés, administrados por el recaudador de rentas del municipio y protegidos por el jefe municipal). Por tal motivo fueron aprehendidos y llevados a Chihuahua, donde se les liberó por falta de pruebas, dos jóvenes de apellido Murga.<sup>29</sup>

Exactamente un año después, el 30 de marzo de 1909, El Correo, otra vez El Correo, informó a sus lectores que en el cercano pueblo de San Andrés se habían registrado serios desórdenes que, exagerados por el rumor, habían alarmado a los pobladores de Chihuahua: en la madrugada del 28 de marzo un grupo de descontentos había aprehendido a las autoridades y a otros partidarios del gobierno, resultando algún herido en la trifulca y la muerte de Toribio Muñoz, uno de los principales comerciantes de la localidad. Los amotinados saquearon algunos comercios y se remontaron a la Sierra Azul, buscando después refugio en San Lorenzo y San Nicolás de Carretas, donde tenían numerosos amigos. Al cabo de unos días se rindieron y pasaron tres meses en la Penitenciaría del Estado.<sup>30</sup>

Silvestre Terrazas, director de El Correo, envió un corresponsal al pueblo para averiguar las razones del motín y el 2 de abril empezó a informar a sus lectores que estas eran las altas contribuciones fijadas a algunos vecinos por el recaudador de impuestos (que era también el administrador de los negocios de los hermanos Creel, tasados muy por debajo de su valor). El jefe político del distrito Iturbide, José Asúnsolo, hizo público un informe sobre los hechos, en que decía que los amotinados habían usado el asunto de las contribuciones como mero pretexto, porque lo que en realidad había eran “rencillas contra la gente de orden” y “cuestiones de tierras”, que al calor de la embriaguez se convirtieron en motín. Para sostener esa versión, ya el Periódico Oficial del Estado de Chihuahua había publicado una lista de lo que, según el padrón oficial, pagaban anualmente al crario los amotinados, que iba de “nada” a \$66.25 que pagaba Julio

<sup>29</sup> El Correo, 27 y 31 de marzo y 9 de abril de 1908. Wasserman, 1987, 225. En 1910, Santos Estrada sería el jefe de los revolucionarios de San Andrés, y Encarnación Murga (pariente de los Murga dueños de la hacienda, pero de otra rama de la familia) uno de sus tenientes.

<sup>30</sup> Almada, 1964, I:116-118.

Corral, señalado como jefe del motín. Es decir, que el asunto de las contribuciones era un mero pretexto esgrimido por los amotinados e irresponsablemente repetido por "un diario de esta ciudad". En realidad, según la versión oficial, todo se reducía a la venganza personal excitada por el alcohol, de "un grupo de individuos inquietos y con antecedentes en los libros de la Policía y los Archivos de los Juzgados Penales".<sup>31</sup>

Puede ser que las contribuciones fueran, efectivamente, sólo un pretexto, o puede que se tratara del detonante del malestar que se había ido acumulando por las "cuestiones de tierras" y los abusos reales o supuestos de las autoridades. En 1909, Santos Estrada era el presidente del club antirreeleccionista de San Andrés, y en noviembre de ese año, Julio Corral, "instigador" del motín de marzo, encabezó la lista de candidatos antirreeleccionistas en las elecciones municipales.<sup>32</sup> Un año después Julio Corral, sus hermanos y sus primos (parientes todos de una joven que pasaría a la historia como doña Luz Corral de Villa); los hermanos Murga Terán aprehendidos en 1908 por "insultos a la autoridad"; José de la Luz Fierro, José "el Tío" Chavarría, Fermín Márquez, Manuel Estrada; y los vecinos de Santa Isabel, Feliciano "Chano" Domínguez y su hermano Pedro, y algunos otros de los que se pasaron tres meses a la sombra por el motín de marzo de 1909, habrían de figurar como soldados y capitanes de las fuerzas de Pancho Villa, lo mismo que Santos Estrada, quien no tomó parte en el motín.

Muy parecidos fueron los impulsos de los primeros rebeldes de la región de Cusihuiríachic, Cerro Prieto y Caríchic, donde, aunque menores, también hubo conflictos de tierras que llevaron a la lucha armada a algunos rancheros de Cusi, entre los que destacaba Pedro Ignacio Chacón; y a un número mayor en Caríchic, misión jesuita del siglo XVIII y en el porfiriato pueblo mestizo cuyas características y conflictos eran similares a los que hemos revisado, donde encabezaron la revuelta Daniel Rodríguez y Julián Granados. Del rancho Alamos de San Juan, municipio de Cerro Prieto, Villa mandó llamar, ya iniciada la revuelta, a varios amigos suyos, entre los que se contaban Manuel Baca, que se haría una fama sangrienta y terrible durante la lucha armada, Onésimo Martínez y los hermanos Pérez.<sup>33</sup> Más significativas eran las quejas contra el Jefe Político o contra los comisarios de policía destacados en las minas cercanas a Cusihuiríachic y al mineral de Buenos Aires, que solían ponerse al servicio de las medianas

<sup>31</sup> El Correo, 2 y 8 de abril de 1909. POECh, 4 y 8 de abril de 1909.

<sup>32</sup> El Correo, 17 de noviembre de 1909.

<sup>33</sup> Calzadía, 1968, 8.



compañías extranjeras que explotaban las decadentes vetas argentíferas.<sup>34</sup> Aquí nos encontramos por vez primera con un nuevo grupo social: el de los operarios de las minas.

El descubrimiento de las vetas de Parral impulsó la exploración de territorios situados más al norte, naciendo en 1666 el mineral de Santa Rosa de Cusihiuiríachic, que aunque tuvo gran importancia en el siglo XVIII, a la sombra de Chihuahua, languideció durante el siglo XIX, durante buena parte del cual experimentó una baja sostenida y un descenso poblacional que se combinaron con las cada vez más audaces correrías apaches.<sup>35</sup> La modernidad llegada a Chihuahua alomes de ferrocarril no trató a Cusi como a otros centros mineros, en los que se invirtieron capitales frescos, extranjeros generalmente, atrayendo oleadas de operarios, muchos de los cuales eran los labriegos que en otras partes del estado se estaban quedando sin sus tierras, y otros más eran inmigrantes procedentes del centro del país, sobre todo de los estados de Zacatecas y Guanajuato, de secular tradición minera. Un intento de revivir las minas en 1880 terminó en un incendio de las instalaciones de la nueva compañía que ha sido calificado de “verdadera catástrofe industrial”, y en la década de 1890, Cusi era un pequeño centro minero, como cien años antes.<sup>36</sup>

Cuando el trazo del Ferrocarril del Noroeste menospreció Cusi, quedando la terminal más cercana a 15 kilómetros al norte (San Antonio de los Arenales, en la hacienda de Bustillos, donde después de la Revolución nacería Ciudad Cuauhtémoc), la vieja ciudad perdió incluso su carácter de paso obligado de las recuas y carretas de la capital del estado a las minas de la sierra, sellándose su destino de pueblo fantasma, aunque en 1910 todavía no lo era.

La tradición villista cuenta que los mineros de Cusi se incorporaron a las fuerzas de Agustín Estrada y Julián Granados, en pequeños grupos en 1910 y bastantes más en la segunda mitad de 1913. Esos mineros, según estas versiones, solían ir con el bravo Agustín Estrada a la

---

<sup>34</sup> *El Correo*, 16 y 17 noviembre de 1907; 9 diciembre 1907, 10 junio 1908, 9 octubre 1908, 20 febrero 1909. No en vano, en 1886, cuando los poderes estatales empezaban a poner cotos claros a los caciques regionales, los hombres fuertes de Cusi (salazares, casavantes, irigoyenes), habían promovido una revuelta contra el proceso (irreversible a la postre) de subordinación de las cabeceras distritales o cantonales a la ciudad de Chihuahua. Véase en Almada, 1964, I:95.

<sup>35</sup> Gerhard, 1996, 232-233. Aboites, 1995, 59-89. Véanse el desarrollo demográfico y económico del “occidente de Chihuahua”, en torno a Cusihiuiríachic, a Guerrero y a Cuauhtémoc, en los capítulos pares de este libro de muy buena factura.

<sup>36</sup> Aboites, 1995, 93-94. Sobre las compañías mineras de Cusi durante el porfiriato y la Revolución, véase Flores Hernández, 1992, 73-93, que ofrece datos interesantes aunque es un trabajo de limitada concepción y muy escasos alcances. Para la sociedad entre Muller y Terrazas, Wasserman...

vanguardia de la Brigada Villa, abriéndole paso con cargas de dinamita arrojadas con hondas. Pero no he encontrado ninguna referencia clara a estos mineros villistas.

Y de la región de Cusi o, mejor dicho, de las aldeañas cuencas internas de Bustillos y Mexicanos, se incorporaron a las filas villistas representantes de grupos sociales que sólo en esta región de Chihuahua participaron en la lucha armada, siendo en el resto del estado ajenos a ella o francamente hostiles: algunos hacendados y sus peones y vaqueros. En Bustillos entramos al Chihuahua de las haciendas, de las inmensas haciendas ganaderas que se expandieron desmesuradamente desde la década de 1880 y cuya máxima expresión se alcanzaba en las 2,679,954 hectáreas del latifundio Terrazas, al que le seguían en extensión dos latifundios de compañías estadounidenses, el de la Palomas Land and Cattle Co., y el del Ferrocarril del Noroeste de México, y las tierras que pertenecían al gobernador Enrique Creel, e inmediatamente después el latifundio Zuloaga, es decir, las 467,374 hectáreas de Bustillos y anexas, y las 178,710 de Tres Hermanos, que sumaban casi 650,000 hectáreas.<sup>37</sup>

Los constructores del latifundio, desde la década de 1840, fueron Gabino Culty, un criollo de La Habana descendiente de un tronco de irlandeses católicos de abolengo, y su yerno, el vasco Pedro Zuloaga. Los inicios de la hacienda en manos de Culty y Zuloaga fueron difíciles: muchos vaqueros murieron, entre ellos algún primo Zuloaga, recién llegado de Vizcaya. El propio Pedro, afamado capitán, perdió la movilidad de una pierna en la lucha contra los apaches, quedando desde entonces con el mote de Pedro el rengu. A través de los Culty y los Zuloaga podemos empezar a rastrear los lazos sanguíneos y clientelares de las grandes familias terratenientes del norte y de la élite mexicana en general: Culty era yerno del historiador Carlos María de Bustamante, y suegro de Pedro Zuloaga,<sup>38</sup> de Luis Terrazas Fuentes y de Carlos Moya.<sup>39</sup> Luego de ventas, hipotecas y traslados y aprovechando el auge ganadero que inició en la década de 1880, Pedro Zuloaga y su hijo Carlos consolidaron las dos grandes porciones del "latifundio Zuloaga", Bustillos, en Cusi; y Tres Hermanos, en Satevó. En la primera década del siglo XX se embarcaban cada año en la estación de San Antonio de los Arenales, 25,000 novillos,

<sup>37</sup> Almada, 1964, I:56-61.

<sup>38</sup> Leonardo y Pedro Zuloaga, emigrantes vascos, se avencidaron en Saltillo, donde el mayor haría fortuna (ya lo veremos) y de donde emigró el menor a Chihuahua. No hay que confundirlos con los Zuloaga de otra prominente familia chihuahuense, de la que procedían Luis, varias veces gobernador del estado, y Félix, el militar que dio el golpe de Estado con el que inició la Guerra de Reforma.

100,000 borregas, 3,000 potros para silla, puercos, mulas, lana y carne seca: la cantidad de ganado en pie que exportaba sólo era inferior a la del latifundio Terrazas.<sup>40</sup>

Don Carlos Zuloaga CUILTY, poderoso capitalista y dueño del extenso latifundio, sobrino carnal del general Terrazas y primo hermano del gobernador Enrique C. Creel, falleció en vísperas de la Revolución, dejando dos hijos y tres yernos (Luján, Kraft y Muñoz) demasiado jóvenes para asumir la conducción de los complicados negocios familiares, que además de las haciendas incluían la industria y las finanzas, de modo que por acuerdo familiar se decidió resignar la administración en el cuarto yerno, Alberto Madero Farías, hijo de don Evaristo Madero Elizondo, hombre fuerte de Coahuila defenestrado en los inicios del porfiriato, poderoso hacendado y jefe de un clan con intereses casi tan dilatados y diversos como los de los Terrazas-Creel, cuya base era la agroindustria del algodón en la Comarca Lagunera de Coahuila. Alberto, hijo de don Evaristo, era tío de don Francisco Indalecio Madero González, que por la época de la muerte de don Carlos Zuloaga estaba dando mucho de que hablar.<sup>41</sup>

Como veremos más adelante, don Panchito Madero se las ingenió para convencer a su abuelo de que apoyara discretamente su aventura política y don Evaristo, a su vez, inclinó en favor de su apasionado nieto al poderoso clan que encabezaba, incluido Alberto Madero. La rebelión maderista puso a prueba los pactos entre las élites, porque si José Ives Limantour, Secretario de Hacienda y jefe de los "científicos", debía favores al clan Madero, Alberto Madero los debía al clan Terrazas-Creel, que era el grupo que controlaba Chihuahua con mano de hierro, y en tanto administrador de una testamentaria familiar formada por dos varones que esperaban la mayoría de edad y por su propia esposa, sobrinos todos del jefe real del clan, Enrique C. Creel (la C., sobra decirlo, era "CUILTY", que usaba así don Enrique) y sobrinos nietos del jefe legendario y simbólico, don Luis Terrazas, tenía que andarse con cuidado.

Pero por mucha obediencia que debiera a Creel, don Alberto era un Madero y, desde el principio, puso la hacienda de Bustillos a disposición de su sobrino. Muchos de sus vaqueros y caporales se incorporaron a la lucha armada en las fuerzas de Pancho Villa, pues Bustillos está en pleno "país de Villa". El latifundio Zuloaga, de la mano de don Alberto Madero, terminó

---

<sup>39</sup> A fines de la década de 1850 Luis Terrazas empezó a sumar ranchos y haciendas hasta poseer la friolera de 2,600,000 hectáreas; Carlos Moye fue socio fundamental en los inicios de la acumulación de poder y dinero que haría al clan Terrazas dueño de los destinos de Chihuahua

<sup>40</sup> Véase la historia de la hacienda de Bustillos en Castro Martínez, 2000, 16-20; Aboites, 1995, 90-92 y 95-98; y Porras Muñoz, 1993, 31-35.

<sup>41</sup> Castro Martínez, 2000, 20-21.

unciendo su destino al del villismo ("los potreros están sin ganado/la laguna se secó").<sup>42</sup> Julián Pérez y Manuel Baray, vaqueros de la hacienda de Rubio, anexa a Bustillos, fueron oficiales de confianza de Villa desde 1910 y jefes de los vaqueros de esa porción del latifundio. Baray y Ramón Tarango, vaquero de Bustillos y rebelde de 1910, pertenecieron a la escolta de dorados.<sup>43</sup> José Ruiz Núñez, oriundo de Satevó, capataz de la hacienda de Bustillos y hombre de confianza de don Alberto Madero, fue el jefe de los vaqueros de la hacienda en 1910 y 1911, peleando a las órdenes de Pascual Orozco; y en la primavera de 1913 se unió a Pancho Villa al frente de treinta o cuarenta vaqueros de la hacienda y parientes y amigos suyos procedentes de Satevó.<sup>44</sup>

Las haciendas que bordeaban la laguna de Mexicanos y se extendían por los llanos de Ojos Azules y de San Juan Bautista hacia Carichic y el lomerío de Cusihuiriachic, mucho más modestas que Bustillos (entre todas no sumaban la mitad de la superficie de aquella), también proporcionaron su contingente de sangre. De tiempo atrás, estas haciendas producían los cereales y la carne que se comían en Cusi y conforme éste mineral fue decayendo, empezaron a enviar sus productos a los de la Sierra. Las principales propiedades eran Ojos Azules, Coyotillos, Huizóchic, Milpillas, Capilla de los Remedios y, sobre todo, la hacienda de los Llanos de San Juan Bautista, formada en el siglo XVIII y que a mediados del siglo XIX formaba parte de los muy variados intereses de Jesús Salazar, miembro de un fuerte grupo político y económico rival de Luis Terrazas que fue siendo relegado conforme crecía el poder del general. Cuando Jesús Salazar quebró y sus negocios fueron embargados por el Banco Minero de Chihuahua (cuyo gerente era Enrique C. Creel), la hacienda pasó a manos de los Culty-Zuloaga, quienes la vendieron durante el proceso de consolidación de Bustillos. En 1910 era un condeñazgo dirigido por Patricio Pérez, quien participó directamente en la revolución, en las filas villistas, a las que

<sup>42</sup> Castro Martínez, 2000, 20-26. Véase también la entrevista a Trinidad Vega Hernández, vaquero de Bustillos y soldado villista, en PHO/1/126. Aunque Friedrich Katz consigna la participación de Alberto Madero en el financiamiento del villismo (Katz, 1998, II:19 y 456 –nota 15 del capítulo 12 y, en la misma página, la nota 33), dice que el resultado más significativo de la participación de los Madero en las filas villistas fue que sus grandes haciendas se libraron de ser confiscadas por Villa, "e incluso las de las familias emparentadas con los Madero, como los acaudalados Zuloaga, de Chihuahua". Estos hechos no lo hacen revisar su idea de que la élite chihuahuense fue monolíticamente contrarrevolucionaria y antivillista, tesis que sólo puede sostenerse olvidando a Alberto Madero, quien efectivamente sólo es mencionando en la nota 15.

<sup>43</sup> Vargas, 1988, 35 y 63-64.

<sup>44</sup> Expediente personal del general brigadier José Ruiz Núñez, en ACSDN XI/III/3-2638, 20; y entrevista al teniente coronel Victorio de Anda, PHO/1/46, 28.

llevó a muchos de sus caporales y vaqueros, que unidos a gente de Carichic y Cerro Prieto, formaron las fuerzas de Pedro Ignacio Chacón, oficial del regimiento de Agustín Estrada.<sup>45</sup>

Ni Patricio Pérez ni otros medianos propietarios de la región que se incorporaron al maderismo y al villismo, explicaron públicamente sus razones, pero podemos inferir que estas eran parecidas a las de las élites pueblerinas de los distritos Guerrero y Galeana, desplazadas y arrinconadas por el creciente poder del clan Terrazas-Creel. De eso hablaremos en el próximo capítulo. En cuanto a las razones de Alberto Madero, son las de su propio clan, el tronco de don Evaristo, asunto del capítulo IV.

En Bustillos dejamos atrás la parte de Chihuahua predominantemente ranchera para entrar a aquella en que dominaban los grandes latifundios. En 1910, los límites del municipio de Cusihiuriachi con el de Namiquipa (y del distrito Benito Juárez con el distrito Guerrero) estaban constituidos por las mojoneras que separaban la hacienda de Bustillos de la de Santa Clara, propiedad de la testamentaria de Enrique Müller, cercana a las 200,000 hectáreas de buenos potreros. Santa Clara lindaba al este y al noroeste con el latifundio Terrazas, y al oeste con San José de Bavicora, la enorme hacienda del "Ciudadano Kane", que la familia Hearst poseyó desde principios de la década de 1890 hasta bien entrados los años cincuenta del siglo XX. Las haciendas terraceñas situadas al este de Santa Clara eran El Sauz, Encinillas, El Torreón y otras, en el municipio de Chihuahua (distrito Iturbide), que se extendían ininterrumpidamente hacia el noroeste, hasta el distrito Galeana, y luego volvían a bajar hasta lindar otra vez con Santa Clara y San José de Bavicora (distrito Guerrero). Esta última sección del latifundio Terrazas tenía su centro en la hacienda de San Miguel de Bavicora. En total, casi 2,500,000 hectáreas propiedad de la familia Terrazas se extendían desde las goteras de Chihuahua hasta las cercanías de Casas Grandes, Galeana y Buenaventura, en el distrito Galeana y luego se internaban en el distrito Guerrero, hasta el corazón de la región de Bavicora. El arco que formaban las haciendas terraceñas circundaba al valle del río Santa María, en el que resistían las tierras de tres pueblos libres, Bachíniva, Namiquipa y Cruces, que limitaban al sur con la hacienda Santa Clara.<sup>46</sup>

De sur a norte, Bachíniva es el primer pueblo del valle, al pie de la Sierra Mezcalera o de Bachíniva, que separa la cuenca del Papigóchic de la del Santa María. Fundado, igual que

<sup>45</sup> Flores Hernández, 1992, 38-44.

<sup>46</sup> Aboites, 1995, 160-161, donde puede verse un mapa de dichas haciendas; Almada, 1964, 1:56-60; Almada, 1958, 341-342;

Namiquipa, como misión franciscana en el siglo XVII, tuvo una historia parecida a la de San Andrés o Satevó,<sup>47</sup> mientras Namiquipa siguió un derrotero distinto.

Como en tantos otros lados, fueron los problemas en torno a la tierra y el agua los que despertaron a la oposición de Bachíniva, un pueblo que a diferencia de los que hemos visto, sí había tomado parte en la inquietud política de la primera mitad de la década de 1890, sin duda, por su cercanía a la Sierra y su vecindad con los pueblos del Papigóchic. La voz cantante la llevó Heliódoro Olea Arias, rancharo acomodado, aliado del general Luis Terrazas en las luchas políticas de los años ochenta y noventa del siglo XIX, que durante los años de eclipse político del clan Terrazas fue defenestrado como hombre fuerte de Bachíniva por el grupo encabezado por Luis J. Comadurán y Pablo Baray. En 1903, cuando Terrazas volvió a asumir el gobierno del estado, Olea acusó a Comadurán y los suyos de haber desaparecido los títulos originario del pueblo, de controlar a placer las tomas de agua y de adueñarse de los fondos públicos.

En 1904 Olea fue designado jefe municipal, pero en 1905 el gobernador Creel lo removió, para elevar otra vez a Comadurán.<sup>48</sup> Fue entonces cuando las cosas empezaron a calentarse, fuertemente agriadas por cómo aplicó Comadurán las leyes emitidas por Creel sobre la reducción de las tierras de los pueblos a propiedad particular. Comadurán reservó para sí y sus allegados muchas de las mejores tierras del pueblo y, por si fuera poco, una buena porción de las que estaban adjudicándose en el vecino pueblo de Namiquipa. Las manifestaciones de oposición de Olea fueron subiendo de tono, hasta que en 1906 fue enviado unos meses a San Juan de Ulúa, acusado de complicidad con los magonistas (y en verdad, mantenía correspondencia con Juan Sarabia y Ricardo Flores Magón). De regreso, en 1907, fue recibido como héroe por el pueblo. Mantuvo la boca cerrada durante tres años, hasta que se levantó en armas el 20 de noviembre de 1910, secundado por Ramón Rivera y por Luis A. García, rancharo magonista de Bachíniva y cliente suyo, lo mismo que Julio Acosta, oriundo de Bachíniva y jefe de los rebeldes de Yoquivo. Ochenta y siete vecinos de Bachíniva combatieron en 1910 y 1911 a las órdenes de Olea, García y Juan Dozal (quien se levantó en armas en San Isidro, a las inmediatas órdenes de Pascual Orozco).<sup>49</sup>

<sup>47</sup> Gerhard, 1996, 231-237.

<sup>48</sup> En sus memorias, Olea escribió que don Luis Terrazas, "como había sido contemporáneo del Lic. Benemérito Don Benito Juárez, respetaba la Constitución", no así Creel. Olea, 1961, 4.

<sup>49</sup> Olea, 1961. Katz, 1998, 1:58-60. Véanse las adjudicaciones de terrenos municipales de Namiquipa, a razón de 25 hectáreas por cabeza, en favor de Luis J. Comadurán y otros siete comaduranes de Bachíniva, en POECh, 4 de octubre de 1906, 21-23. Sobre los maderistas de Bachíniva, encabezados políticamente

Namiquipa<sup>50</sup> fue fundado como pueblo de misión a fines del siglo XVII, siendo en su momento el establecimiento hispano más septentrional de estas fronteras. Al abrigo de la misión se fundaron las haciendas de Cruces, al norte, y Santa Clara, al oriente. Destruída más de una vez por las rebeliones tarahumaras, en el siglo XVIII Namiquipa se convirtió en un pueblo de agricultores mestizos, remoto y perpetuamente amenazado por los "bárbaros". En 1778 el poblado languidecía cuando le dio nueva vida una política que intentaba asegurar la frontera y dar un salto cualitativo hacia el norte en el control del territorio.

Esta nueva política, concebida por el visitador José de Gálvez y el virrey marqués de Croix, partía de la creación de la Comandancia General de las Provincias Internas y de una reestructuración del sistema militar de defensa. Luego de un viaje de exploración y reconocimiento que hicieron por las fronteras el marqués de Rubí y el capitán Lafora, el virrey dictó una "Instrucción" para el reordenamiento de la frontera, en cumplimiento de la cual el caballero de Croix, primer comandante general de las Provincias Internas, dictó, un "bando" por el que fueron creados cinco pueblos defensivos o colonias militares en el noroeste de Chihuahua, paralelos a la Sierra Madre, como frontera contra los apaches.<sup>51</sup>

Los cinco pueblos eran, de sur a norte, Namiquipa, Cruces, Presidio de San Buenaventura (hoy Galeana, no confundir con el actual Buenaventura, que era un establecimiento civil llamado Valle de San Buenaventura y fundado unos quince años después, a fines del siglo XVIII), Casas Grandes y Janos. Cada uno de ellos fue dotado con 112,359 hectáreas, de las cuales se separarían diez hectáreas para cada soldado-colono, y se reservaría una extensión considerable para pastos y bosques de uso común; y una "milpa" de explotación común para los gastos de la colectividad. Lentamente, las cinco colonias empezaron a poblarse con españoles, indios y mestizos (la urgencia de defensores de la frontera impidió la división en "repúblicas" y otras restricciones) y los pueblos empezaron a funcionar de acuerdo con el bando, según un esquema que reconocía la propiedad individual (deficiente titulada) y que producía para el incipiente mercado regional con una estructura comunitaria de tipo corporativo, que articulaba a sus vecinos y los definía como grupo social. Los pastos en común, la rudeza de la guerra apache en esta zona y los privilegios

---

por Olea, y militarmente por García y Dozal, véase la entrevista a Roberto Merino, nacido en San Andrés pero criado en Bachíniva, donde su padre era pequeño propietario, PIIO/1/112, 1-30.

<sup>50</sup> En los mapas aparecen como pueblos separados, sobre el río Santa María, El Terrero, El Molino, Casas Coloradas y Namiquipa. En realidad, eran barrios de Namiquipa.

<sup>51</sup> Véase la glosa del dictamen del marqués de Rubí en Velázquez, 1974, 167-172. Véase también la fina edición hecha por Vito Alessio Robles del informe de Lafora, 1939.

otorgados por la corona, hicieron de los hombres de estos pueblos, en el siglo XIX, guerreros orgullosos, agricultores autónomos, relativamente productivos y celosos de la autonomía, y forjaron el carácter sobrio y bronco de sus colectividades. Mal hicieron los modernizadores porfiristas en pisarles los cayos.<sup>52</sup>

Namiquipa y Cruces fueron pródigos en soldados villistas de gran valor, como el general Andrés U. Vargas, muerto en las batallas de Celaya, o el general Candelario Cervantes, lugarteniente de Pancho Villa en el ataque a Columbus, pero fueron igualmente pródigos en soldados orozquistas, entre quienes destacó José Rascón Tena. De hecho, pocos pueblos de Chihuahua se escindieron como estos dos. En los otros tres de los cinco pueblos fundados por el caballero de Croix, los rebeldes de 1910 fueron fundamentalmente partidarios de Pascual Orozco. Los conflictos sociales de Namiquipa y Cruces, pertenecientes al distrito Guerrero, y los de los pueblos del distrito Galeana (Janos, Casas Grandes, Galeana, Buenaventura y La Ascensión) merecen ser estudiados en conjunto, y son, para nuestros fines, la mejor puerta de entrada al "país de Orozco", donde continuaremos con esta historia.

## 2. Un tal Francisco Villa.

Recorrido "el país de Villa" debemos preguntarnos ¿por qué la gente de esos pueblos siguió a Francisco Villa?, ¿quién era ese señor en 1910? El mejor biógrafo del caudillo epónimo de la revolución nortea, Friedrich Katz, señala que la principal dificultad que enfrentó en el largo y difícil trabajo de desentrañar el significado histórico de la vigorosa figura del Centauro del Norte, "fue la de extraer la verdad histórica de las multifacéticas capas de leyenda y mito que rodean a Villa debido, por una parte, a que él estaba enamorado de sus propios mitos e hizo cuanto pudo por bordar sobre ellos".<sup>53</sup> Las leyendas sobre Pancho Villa, lo mismo "Robin Hood mexicano" que "Quinto jinete del Apocalipsis", contaminan "muchos" de los miles de artículos y libros que

<sup>52</sup> Si en alguna parte es válida punto por punto la tesis de Katz sobre los colonos militares de Chihuahua, es aquí. Jane Dale Lloyd ha trabajado durante años la historia, la cultura y la vida material de estos cinco pueblos y los de Buenaventura y La Ascensión, inmediatos a estos. Véase, por ejemplo, en Lloyd, 1995, 6-14, el origen y la vida material de estos pueblos y las relaciones sociales de ello derivadas. Sobre los peculiares problemas de la tenencia de la tierra en estos lares, véase W. L. Orozco, 1895, 821-840.

<sup>53</sup> Katz, 1998, 1:12-13. Véase un resumen de estas leyendas en las pp. 15-22. En el mismo sentido, puede revisarse la tesis de Guadalupe Villa, 1976.



hablan de él. La figura mítica de Pancho Villa ha sido tan pesada que, paradójicamente, se ha convertido en uno de los principales obstáculos para el estudio del movimiento villista.<sup>54</sup>

Está fuera de duda que, con el nombre de Doroteo Arango Arámbula, nació en el rancho La Coyotada, municipio de San Juan del Río, Durango, en 1878, pero eso es lo único seguro de su origen, pues las especulaciones y leyendas sobre la verdadera identidad de su abuelo paterno, de su abuelo materno y de su propio padre, han hecho correr demasiada tinta.<sup>55</sup> También parece ser cierto que su padre (de sangre o putativo, según el gusto) era mediero en las haciendas de la familia López Negrete, una de las más acaudaladas de Durango, y que él mismo trabajó la tierra hasta que se echó al monte, probablemente a los 16 o 17 años, según la leyenda, cultivada por el mismo Villa,<sup>56</sup> porque el patrón, don Agustín López Negrete, intentó violar a su hermana, aunque ya apuntaba John Reed en 1914, "es más probable que la causa haya sido la insoportable altanería de Villa".<sup>57</sup> La leyenda construida en los años de gloria de Pancho Villa, lo pintaba en esos años como un Robin Hood de las sierras de Durango, pero la evidencia encontrada por Friedrich Katz lo muestra como un bandido de poca monta que más de una vez conoció la cárcel y que pasó unos meses como recluta en el ejército, reclutado por la leva, "la odiosa leva" de los corridos.<sup>58</sup>

Hacia 1901 o 1902, luego de desertar del ejército, Doroteo Arango, ya con el nombre de Pancho Villa (la elección de ese nombre por nuestro bandido de poca monta también ha suscitado acaloradas discusiones), se trasladó al vecino estado de Chihuahua, aunque carecía allí de la red de contactos pacientemente tejida en la región de las llanuras del centro y norte de Durango, porque su nombre empezaba a ser demasiado conocido en sus lares natales. En Chihuahua realizó actividades legales, tanto la muy humilde de peón de albañil, como la audaz y respetada de conductor de metales preciosos desde la sierra hasta las estaciones del ferrocarril, combinándola con un bandolerismo de peculiar aceptación en ciertos sectores sociales: el abigeato.

Katz explica que en Chihuahua, con excepción del robo de ganado, el bandolerismo estaba "menos difundido y menos rodeado de nimbos románticos que en el vecino Durango." Esto se debía, probablemente, a que la presencia de los apaches en las regiones agrestes del

<sup>54</sup> Katz, 1998, I:11. Con esta consideración inicia mi tesis de licenciatura, Salmerón, 1997, I.

<sup>55</sup> Muchas de estas especulaciones, a la que se agrega una nueva, aún más sabrosa, pueden verse en Osorio, 2000.

<sup>56</sup> Véanse las versiones de sus memorias editadas por Ramon Puente (1931) y corregidas y aumentadas por Martín Luis Guzmán (1984).

<sup>57</sup> Reed, 1975, 98. Por otra parte, no deja de ser significativo que la piedra angular de la leyenda sea este desafío a los poderosos en defensa del "honor". Cfr. Hobsbawn, 1984.

estado había hecho el campo demasiado peligroso, incluso para los bandidos, pero si aceptamos la tesis de Eric Hobsbawm según la cual el bandolerismo es una forma de protesta prepolítica, Chihuahua tenía una arraigada tradición de protestas populares “que eran cualquier cosa menos prepolíticas”. A diferencia de Durango, más atrasado políticamente, los chihuahuenses protestaban y se levantaban en armas cuando consideraban violentados sus derechos y los bandoleros del camino real tenían una imagen negativa entre los vecinos de los pueblos.

En cambio –dice Katz-, el robo de ganado era un asunto muy distinto y contaba con una amplia aprobación social. Durante casi dos siglos, los terrenos nacionales del estado habían sido un coto abierto, y cualquiera que quisiera tomarse el trabajo podía matar, cazar o apropiarse el ganado cerrial que pastaba en ellos. Cuando los Terrazas y demás grandes terratenientes de Chihuahua se apoderaron tanto de ese coto abierto como de ese ganado, estaban violando, en opinión de grandes sectores de la población del estado, costumbres tradicional y profundamente arraigadas. Robarles animales a esos hacendados no era pues considerado como un delito, sino más bien como la restauración de derechos tradicionales. Es posible que por ello Villa no fuera denunciado a las autoridades porfirianas. “Cómo cree usted, señor ingeniero, que había yo de respetar como de Terrazas lo que él ni conocía, ni cuidaba, lo que nacía cerrero”, le dijo Villa a Elías Torres, que vino a entrevistarlo en los años veinte. “El mismo mandaba cada año a muchísimos peones a recoger por las sierras lo que había nacido para ponerle su fierro y declararse dueño [...] el mismo derecho teníamos yo y mis hermanitos, tanto los que me seguían como los que vivían pobres, de recoger lo que pudieran y marcarlos con el sello de su propiedad. ¿por qué nomás el viejo rico?”<sup>59</sup>

En síntesis, en 1910 Pancho Villa no era ni el sanguinario asesino y bandolero inescrupuloso pintado por sus enemigos,<sup>60</sup> “ni un legendario Robin Hood, ídolo de los campesinos y terror de los hacendados, como quiere el retrato de algunos de sus admiradores”. Tampoco había participado en ninguna de las revueltas políticas ni las protestas sociales acaecidas en Chihuahua en la primera década del siglo.<sup>61</sup>

Según Katz, una de las razones por las que Villa no era perseguido eficazmente, era porque contaba con protectores poderosos, seguramente los administradores de las aisladas minas de la Sierra, a quienes sirvió eficazmente durante años, lo que aunado al hecho de que no fuera visto como un delincuente por los grupos sociales en que se movía y la poca o nula confianza de estos en las autoridades, le permitieron vivir más de ocho años al filo de la ilegalidad. Así, más

<sup>58</sup> Katz, 1998, 1:85-88.

<sup>59</sup> Katz, 1998, 1:91-92.

<sup>60</sup> Véase, sobre todo, Celia Herrera, 1981.



de una vez se giraron órdenes de aprehensión en su contra, por robo de ganado, sin que se haya puesto particular empeño en encontrarlo. Pero en la segunda mitad de 1910, este hombre que se dedicaba al mismo tiempo al robo de ganado, a la arriería, al comercio en pequeño y a apostar a sus gallos y sus caballos en las ferias de pueblo, empezó a ser buscado seriamente por la policía, por dos razones que si se consideraron faltas graves: el asesinato de Claro Reza, un antiguo compadre suyo convertido en agente de la policía secreta del gobernador Creel;<sup>62</sup> y el asalto que veinticinco hombres encabezados por Pancho Villa y Miguel Baca, ranchero de Parral, perpetraron en la hacienda de Talamantes. Es muy posible, piensa Katz, que ambos hechos, en los que Pancho Villa abandonó la cautela con que se movía en sus actividades ilegales, formaran parte ya de la preparación de la rebelión maderista, con la que ya se había comprometido.<sup>63</sup>

Para entonces Pancho Villa tenía 32 años. Era un jinete infatigable y diestrísimo, infalible tirador de pistola y magnífico conocedor de las sierras, parajes y caminos del sur y occidente de Chihuahua. Había dirigido a pequeños grupos de hombres armados, lo mismo abigeos que arrieros de las minas. Era de buena presencia y de fácil trato, salvo en sus momentos de cólera, que podían ser terribles. Odiaba con encono (de hecho, su odio por los hacendados de Durango parece ser una de las principales causas que lo llevó a la lucha armada) y apreciaba el valor y la lealtad como virtudes cardinales. Era decidido y poseía una inagotable energía. No fumaba ni bebía, pero era extremadamente mujeriego. Tenía una inteligencia natural poco común, muy aguda, pero muy escasamente cultivada: aún se discute si para 1910 sabía leer y escribir o aprendió esas artes en la cárcel, en 1912, de la mano del general zapatista Gildardo Magaña. Por varias de estas cualidades, es probable que don Abraham González Casavantes y los otros jefes del maderismo en Chihuahua vieran en él una adquisición preciosa para la lucha guerrillera, pero que nunca imaginaran que pudiese ser más que un buen capitán de guerrilla. Como pone Alejandro Dumás en boca de uno de sus personajes, refiriéndose a Oliverio Cromwell, “esos hombres son como el rayo: no se conocen hasta que descargan el golpe”. Todo esto indica que varias de sus características como jefe militar podían presuponerse en su experiencia anterior,

---

<sup>61</sup> Katz, 1998, 1:92.

<sup>62</sup> El asesinato de Claro Reza, perpetrado por Villa el 30 de agosto de 1910, ha sido coloreado por la leyenda, que detalla la calma con que Villa esperó a su antiguo compinche, lo retó en plena calle, lo mató al estilo del viejo oeste, y luego salió de Chihuahua caminando tranquilamente sin que nadie se atreviera a molestarlo. Lo que también parece cierto es que Reza había denunciado algunos de los hilos fundamentales de la conspiración maderista a don Juan C. Creel. Véase Calzadiaz, 1958, 1:34.

<sup>63</sup> Katz, 1998, 1:93-96.

pero sus verdaderas cualidades carismáticas como conductor de hombres, como caudillo revolucionario, sólo aparecerían en la lucha. Nos importa más, al menos de momento, saber por qué lo reconocieron como jefe, en vísperas del 20 de noviembre, los trescientos y tantos bragados que se reunieron en la Sierra Azul.

Además de sus cualidades y experiencias, que arriba reseñamos rápidamente, hay que considerar un asunto fundamental. En sus correrías como arriero, como abigeo y como gallero profesional por todo el occidente, centro y sur de Chihuahua, Pancho Villa fue tejiendo una red de lealtades, amistades y clientelismos similar a la que antes había construido en Durango. Similar, pero de nudos más apretados, más efectiva. Seguido siempre por sus compadres, cómplices y tenientes, Eleuterio Soto y Tomás Urbina, Pancho Villa se hospedaba en los pueblos con individuos afines, a los que ayudaba y de los que recibía ayuda. "El Güero", como era conocido por sus amistades, se hizo amigo de Manuel Baca y Andrés Luján en el pueblo de Namiquipa; y de Telésforo Terrazas, Candelario Cervantes, Pedro Luján y Carmen Ortiz en el de Cruces, individuos todos que tenían un estilo de vida parecido al suyo y que serían jefes villistas de prestigio. Cruces se volvió uno de sus refugios habituales, donde solía parar en casa de don José Muñoz, padre del futuro oficial villista Juan B. Muñoz.<sup>64</sup>

En Huejotitán había hecho amistad, desde 1901, con los hermanos Trinidad, Samuel y Juan Rodríguez Quintana, prestigiados rancheros de la zona, respetados en su terruño, bravos a más no poder y que, en sus ratos de ocio ("que eran los más del año", dice Cervantes), se dedicaban al robo de ganado en las haciendas cercanas. Trinidad Rodríguez había nacido en Parral en 1882.<sup>65</sup> En la región de Satevó se hizo amigo de don José María Rodríguez, que tenía un hijo entonces adolescente, José E. Rodríguez, quien andando el tiempo sería el mejor jefe de las caballerías villistas.<sup>66</sup> En Santa Cruz del Padre Herrera un tal Gorgonio Beltrán, que también

<sup>64</sup> Calzadiaz, 1958, I:22-25.

<sup>65</sup> Documentos encontrados por Jesús Vargas Valdés en el Archivo Judicial de Chihuahua, muestran que Trinidad Rodríguez fue procesado por robo de ganado en 1904 y que en 1905 y 1906 se dedicaba al abigeato en la región que va de Balleza a Santa Bárbara. Los otros datos en el acta de defunción del general Trinidad Rodríguez, copia de la cual me facilitó también el profesor Vargas Valdés.

<sup>66</sup> Trinidad Rodríguez sería jefe de la Brigada Cuauhtémoc, y José E. Rodríguez, jefe de la Brigada Villa. Ambos jefes, quizá los más cercanos a Villa de entre sus lugartenientes inmediatos, eran los caudillos militares de la gente del país de Villa. Debido a su origen rural, a su escasa o nula educación formal y a que carecen de antecedentes de oposición política como los de jefes campesinos como Toribio Ortega y Calixto Contreras (de quienes hablaremos en los capítulos 3 y 4), permanecen en el olvido casi absoluto, a pesar de que Trinidad Rodríguez fue un jefe de brigada famoso por su capacidad y su valor, y de que José

sería villista afamado, fue el contacto entre "El Güero" y los abigeos Ignacio Parra y Refugio Alvarado, con los que Villa y sus secuaces Soto y Urbina anduvieron en 1901 y 1902.<sup>67</sup>

En 1902 "El Güero" se había hecho amigo de Nicolás Fernández Carrillo,<sup>68</sup> administrador de la hacienda que Sabás e Hilario Lozoya tenían en Valle de Allende. Los Lozoya eran famosos en todo el estado y en el norte de Durango por sus gallos finos y alguna vez Nicolás Fernández llegó a soltar esos gallos contra los de Pancho Villa. Ese año, según relató, décadas después el general Nicolás Fernández al general Francisco L. Urquizo, Pancho Villa, Tomás Urbina y Eleuterio Soto fueron vaqueros en la hacienda de los Lozoya y eran gente conocedora del oficio y "muy de a caballo". En 1904 o 1905, siempre según su testimonio, Fernández volvió a encontrarse con Villa, en el camino de Valle de Allende a Jiménez, salvándolo de ser aprehendido por la acordada al facilitarle un caballo de refresco. No volvieron a verse sino hasta 1910, cuando Villa lo invitó a unirse al movimiento, quedando Fernández y sus vaqueros a las órdenes del capitán Tomás Urbina.<sup>69</sup>

También en San Andrés y Santa Isabel Villa tenía múltiples contactos: fue Feliciano Domínguez, de quien ya hemos hablado, presidente del Club Antirreeleccionista de Santa Isabel, quien presentó a Pancho Villa con Abraham González, recomendándolo al jefe del maderismo en el estado como un hombre de valor probado, buen conocedor de los caminos y veredas del estado, y con muchas simpatías, susceptible, por lo tanto, de convertirse en un buen jefe guerrillero. Santos Márquez Parada, ranchero de La Estacada, municipio de Santa Isabel, cuenta que Villa era muy apreciado en su rancho y que en vísperas del 20 de noviembre pasó personalmente a reunir a la docena de rancheros comprometidos con el movimiento.<sup>70</sup> El ranchero Andrés Rivera Marrufo, nacido en San Andrés en 1884, uno de los quince hombres elegidos por Pancho Villa para velar por la seguridad de don Abraham González en las semanas anteriores al 20 de noviembre, cuenta cómo Pancho Villa reclutó a catorce hombres, conocidos suyos casi todos, de San Andrés, Santa Isabel y la Sierra Azul, y les encargó que cada uno de

---

Rodríguez, además de eso, llegó a tener mando directo sobre cerca de 10,000 soldados, los mejores del ejército villista. Jesús Vargas Valdés investiga actualmente sobre Trinidad Rodríguez.

<sup>67</sup> Calzadiaz, 1958, I:25-27.

<sup>68</sup> Nacido en Valle de Allende, en 1875, Fernández era sobrino nieto del exgobernador Lauro Carrillo. Hacia 1904 o 1905 obtuvo un puesto de confianza en la hacienda terraceña de San Miguel Bavicora, aunque parece que en 1910 trabajaba otra vez para los Lozoya. Fue invitado por Villa a sumarse a la revuelta y estuvo con él desde 1910 hasta 1923.

<sup>69</sup> Véase la glosa de la entrevista del general Urquizo con el general Fernández, publicada en 1952, en Vargas Valdés, 1995, 33-34.

ellos reuniera a quince o veinte compañeros leales, citándolos para el 19 de noviembre. Esto quiere decir que había en la zona al menos una quincena de individuos dispuestos a jugársela con Pancho Villa.<sup>71</sup> Finalmente, según cuenta Luz Corral en sus memorias, Pancho Villa era viejo amigo de José "el tío" Chavarría, uno de los jefes del motín de 1909 en San Andrés; y era conocido de Santos G. Estrada, jefe del club antirreeleccionista de San Andrés.<sup>72</sup>

El prestigio que Pancho Villa tenía entre esta gente, como hombre conocedor del terreno, "echao pa'lante", magnífico tirador de pistola, "muy de a caballo", gallero profesional, sumado al espaldarazo dado por Abraham González, lo fue convirtiendo en el jefe visible para los rebeldes de Huejotitán y Balleza; Satevó, San Lorenzo, Santa Rosalía de Cuevas y Santa María de Cuevas; y San Andrés, Santa Isabel y la Sierra Azul. De ahí salieron los primeros villistas. Muy pronto habrían de incorporársele los de Carfchic y Cusihuirfachié y los de Namiquipa y Cruces. Lo demás lo ganaría conforme fuera creciendo su fama guerrera y consolidándose su carisma.<sup>73</sup>

### 3. La ciudad de Chihuahua y su entorno.

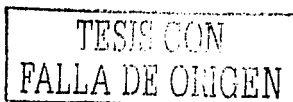
La región en que habría de fundarse la valerosa leal y hospitalaria ciudad de Chihuahua, en los límites de las llanuras esteparias con el desierto, había estado poblada por los indios conchos. Sólo hacia 1697, luego de varios intentos frustrados, pudieron establecerse ahí los misioneros franciscanos, al amparo de las recién descubiertas minas de Santa Eulalia (hoy Aquiles Serdán). En 1702 se descubrieron las primeras de plata cerca de la junta de los ríos Chuvíscar y Sacramento (tributarios del Conchos), y el agua, la mina y la ventajosa posición de ese sitio hicieron nacer en 1707 el real de minas de San Francisco de Cuéllar, convertida en 1718, al calor del primer auge, en la villa de San Felipe el Real de Chihuahua, sede de un corregidor cuya jurisdicción llegaba, por el norte y el noreste, hasta el río Bravo, y por el occidente hasta los valles de San Andrés y Santa Isabel, y aunque su población osciló al ritmo de los auges y de la ferocidad de la guerra apache, se convirtió en sede del más importante ayuntamiento de Nueva Vizcaya y residencia preferida del gobernador, lo mismo que asiento del capitán general de las

<sup>70</sup> PHO/1/64, 1-7.

<sup>71</sup> PHO/1/63, 1-5 y 33-34.

<sup>72</sup> Corral, 1948, 11-16.

<sup>73</sup> Al final del libro volveremos sobre estos conceptos.



Provincias Internas. Fue centro de operaciones contra los apaches y plataforma de despeque para el establecimiento posterior de los puestos avanzados de Julimes, Príncipe, Coyame y Junta de los Ríos (Ojinaga), en el noreste del actual estado de Chihuahua, región que siempre dependió de la ciudad: en el porfiriato era parte del extenso distrito Iturbide (véase "el país de Ortega").<sup>74</sup>

En el siglo XIX la ciudad sufrió los embates de la guerra apache, pues aunque los indios de guerra no se acercaban demasiado si interrumpían con frecuencia sus comunicaciones y el abasto de alimentos, pero luego vivió un crecimiento explosivo: de 10,000 habitantes que tenía cuando el presidente Juárez la hizo capital provisional de la República, pasó a 30,000 en 1900 y casi 40,000 en 1910. Buena parte de este crecimiento se dio gracias a un proceso de industrialización incipiente pero sostenido, del que hablaremos más adelante, y forma parte del notable desarrollo económico y demográfico del estado. De los datos que arrojan los conteos de población de 1834, 1895, 1900 y 1910 se deduce que el temprano proceso de industrialización de la ciudad de Chihuahua no se hizo a costa de la migración del campo a la ciudad, sino gracias al arribo a las ciudades norteñas de numerosos inmigrantes del centro del país; también se desprende que no puede hablarse de un avasallador e incontenible avance de las haciendas sobre los pueblos y ranchos, aunque sí hay una reestructuración de la vida agraria, lo mismo que de la vida urbana.<sup>75</sup>

La primera causa de esta transformación fue el fin de la guerra apache: luego de la derrota de Victorio en Tres Castillos llegaron a Chihuahua y Sonora dos poderosas y bien pertrechadas columnas de caballería, mandadas por Bernardo Reyes y Carlos Fuero, que fortalecieron la resistencia de los pueblos. En 1886 se rindió Gerónimo y para 1891 los gobiernos de México y Estados Unidos consideraron el problema definitivamente liquidado.<sup>76</sup> La segunda causa fue el ferrocarril, cuyo primer tramo (Chihuahua-Ciudad Juárez) se inauguró en 1882. En 1884 Chihuahua ya estaba comunicada con el centro del país, abriendo posibilidades comerciales hasta

---

<sup>74</sup> Gerhard, 1996. 243-248; Escudero, 1834, 243-248.

<sup>75</sup> Véanse los datos de la población en Escudero, 1834; Ponce de León, 1907; Echegaray, 1913ch; y una excelente lectura de los correspondientes a 1900 y 1910 en González Herrera, 1986, 8-15: el número de habitantes de las ciudades aumenta en términos absolutos pero disminuye en términos relativos, mientras el de los pueblos y las haciendas disminuye en los dos sentidos, a costa del espectacular crecimiento de la población de los ranchos. Los porcentajes de crecimiento en Guerra, 1983, 38. Entre 1877 y 1910, el estado pasó de 180,000 a 400,000 habitantes, lo que es un índice de crecimiento de 124.4%, ligeramente inferior al de Sonora (139.5%) y Durango (153.1%), que aunque lejanos de la espectacular explosión de Coahuila (¡247.7%!), son muy significativos. Las dos terceras partes de ese aumento poblacional ocurrieron entre 1895 y 1910.

<sup>76</sup> Almada, 1958. 300-302. Orozco, 1995.

entonces vedadas. La tercera razón fue el surgimiento y fortalecimiento de una élite moderna, capitalista y emprendedora, a tono con los nuevos ritmos del país: el clan Terrazas-Creel.

En el próximo capítulo hablaremos de la formación del clan y de su riqueza y poder; por ahora baste decir que el general Luis Terrazas Fuentes, jefe del clan, emergió de las guerras civiles de 1854-1867 como el caudillo victorioso del estado y entre 1868 y 1872 consolidó su poder político. En 1872 y 1876 combatió las asonadas porfiristas y a pesar de ello conservó el poder local, aliado con el presidente Manuel González, hasta 1884. Durante esos años se las ingenió para sentar las bases de un imperio económico que lo convertiría en el árbitro del estado, mucho más que el poder político recuperado en 1903 e inmediatamente delegado en su yerno, Enrique C. Creel. Su visión y su éxito como empresario capitalista fueron tales que, junto con las de otros similares nos exigen revisar muchas de las tesis construidas sobre la burguesía latinoamericana, como ha señalado Marc Wasserman:

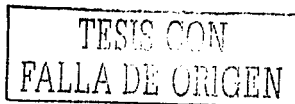
Un cúmulo de datos históricos indica que la imagen de la élite latinoamericana, tradicionalmente considerada no empresarial, y constituida por terratenientes neofeudales adictos a un manifiesto consumismo, necesita ser revaluada. Los Terrazas y sus contemporáneos, los Madero de Coahuila, los Molina de Yucatán, los Garza y otras familias de Monterrey, Nuevo León, fueron hombres de negocios sagaces, innovadores y modernos, que no dudaban en invertir su propio capital, y que no se dejaban intimidar por los avances de la tecnología. Lo que los distinguía de sus homólogos norteamericanos era el hecho de que ellos operaban en un ambiente azaroso para la actividad empresarial, al menos durante los primeros sesenta años después de la independencia. Los prerrequisitos para un desarrollo económico —un gobierno estable, orden público, transporte económico, capital y mercados— estuvieron ausentes hasta la mitad de la década de los ochenta.<sup>77</sup>

Terrazas se hizo de grandes extensiones de tierra durante los peores años de las guerras indias, pagándolas a precios muy bajos. Sobre esa base, con métodos no siempre honestos, hizo crecer su latifundio en las décadas de 1870 y 1880. Tenía tierras en las zonas mejor irrigadas del estado y luego del tendido de las vías férreas le quedaron muy a mano algunas estaciones. Dos periodos de auge de venta de ganado a los Estados Unidos (1883-1889 y 1895-1898) le permitieron obtener grandes ganancias, inmediatamente reinvertidas en otros sectores de la economía y en otras regiones del país.<sup>78</sup>

---

<sup>77</sup> Wasserman, 1987, 93-94.

<sup>78</sup> Wasserman, 1987, 110-111. González Herrera, 1986, 15-19.





Entre 1880 y 1907, por etapas, los Terrazas fundaron o adquirieron molinos de trigo, empacadoras de carne, compañías de transportes y de servicios, una gran fundidora en las afueras de Chihuahua, una cervecería y fábricas menores, además del mayor banco del estado (el Banco Minero, que compraron en 1882 y que hacia 1900 prácticamente monopolizaba el crédito en el estado) de invertir capitales en Monterrey y La Laguna, en sociedad con empresarios de esas regiones. En 1907 trabajaban para los Terrazas más de 13,000 personas (más de la mitad de ellos en las haciendas). Bajo ese impulso, sumado a la creciente llegada de capital norteamericano (del que los Terrazas eran gestores), la ciudad de Chihuahua multiplicó su población y se convirtió en una ciudad industrial. Se establecieron dos grandes fábricas textiles, la fundidora de la Asarco (la American Smelting Company, propietaria de numerosas minas en el estado), talleres del ferrocarril, no tan importantes como los de Gómez Palacio, Durango, y fábricas menores de escobas, ladrillos, pólvora, sarapes, zapatos, hielo, agua mineral, almidón, etcétera.<sup>79</sup>

Hacia 1910 había en el estado poco más de 24,000 obreros industriales, de los que unos once mil eran mineros y doce o trece mil, obreros fabriles. De esos últimos, quizá las dos terceras partes se concentraban en Chihuahua y el resto en Camargo, Jiménez, Parral y Juárez.<sup>80</sup> Estos trabajadores no vivían en las terribles condiciones inherentes a la etapa de acumulación original del capital, porque la escasez de mano de obra permitió que gozaran de salarios relativamente altos y condiciones relativamente favorables. Los trabajadores de Chihuahua fueron también de los primeros en todo el país que se organizaron exitosamente: en 1874 se sentó un precedente cuando 36 trabajadores de la Compañía González, Herrera y Salazar obtuvieron un amparo contra la pretensión de sus patrones de pagarles con vales. En 1877 se fundó la Sociedad Mutualista de Trabajadores de Parral y en 1879, la Sociedad de Obreros de Chihuahua.

En la industria textil el grueso de la mano de obra eran mujeres que ganaban menos que los hombres y tenían condiciones de trabajo peores que las de los ferroviarios o los trabajadores de las fundidoras y los numerosos albañiles que construyeron los nuevos barrios habitacionales y las costosas obras públicas construidas sobre todo a partir de 1902. Debido a que en las minas y los aserraderos de la Sierra Madre había escasez endémica de mano de obra, los salarios de los obreros fabriles y los trabajadores de la construcción de Chihuahua tenían que ser relativamente altos, para evitar que emigraran hacia la Sierra o hacia los Estados Unidos. En los años del auge

<sup>79</sup> Wasserman, 1987, 95-102 y 126-132.

<sup>80</sup> Escudero, 1913ch. Wasserman, 1987, 243.

(1902-1907) los trabajadores podían comprar terrenos urbanos y enviar a sus hijos a las escuelas públicas. En esos años crecieron las fábricas, se duplicó el número de mineros y los ferrocarriles iniciaron ambiciosos programas de expansión, además, unos 60,000 mexicanos pasaron por Ciudad Juárez rumbo a los campos del suroeste norteamericano, donde ganaban salarios parecidos a los de Chihuahua (de uno a tres pesos diarios), pero en dólares, que valían el doble.<sup>81</sup>

No hay que perder de vista que estas "buenas condiciones" y "buenos salarios" eran relativas y comparativos: las jornadas laborales rebasaban las doce horas diarias, muchas fábricas eran insalubres y peligrosas y no había seguridad en el empleo. Los mineros y los ferroviarios en particular se sentían profundamente agraviados por el trato privilegiado dado a los trabajadores extranjeros y por los maltratos de los capataces, también extranjeros, así como por la existencia de tiendas de raya. Una serie de huelgas, sobre todo entre los ferroviarios, fueron resueltas entre 1901 y 1906 a favor de los obreros, aunque a partir de 1907, desde los sucesos de Río Blanco, Veracruz, el arbitraje fue favorable a los patrones (excepcionalmente, en julio de 1909 los transportistas de Chihuahua ganaron una huelga por aumento de salarios, pero fue mucho más comentado el despido masivo de trabajadores inconformes de la fábrica textil de los Terrazas en Ciudad Camargo). Las mayores de estas huelgas fueron las de los mecánicos del ferrocarril, en Ciudad Camargo y Chihuahua, en agosto de 1906; la de los garroteros y cabos del Ferrocarril Central, en septiembre de 1906, que terminó cuando la empresa aceptó las demandas salariales de los huelguistas: la de 300 mineros de Santa Fulafia que protestaron contra los pagos en vales, en febrero de 1907; la de los fogoneros y trabajadores de los talleres del ferrocarril, en Chihuahua, que en agosto de 1907 exigieron que los ascensos se hicieran en virtud de la antigüedad y capacidad de los trabajadores; y la de los trabajadores de la fundidora de la Asarco, por aumento de salarios, en junio de 1910. Los pocos datos encontrados sobre estas huelgas revelan, además de demandas que iban más allá de las salariales, la aparición de nuevos actores colectivos que hay que empezar a tomar en cuenta: la Sociedad "Benito Juárez" de Ciudad Camargo (que apoyó con fondos a los huelguistas y organizó una corrida de toros en su beneficio); la Unión de Mecánicos y la Gran Liga de Empleados del ferrocarril.<sup>82</sup>

La crisis financiera de los Estados Unidos, en 1907, arrojó al paro a muchos trabajadores, mineros sobre todo, y aunque casi todos fueron empleados otra vez en 1909, habían tomado

<sup>81</sup> Wasserman, 1987, 239-254.

<sup>82</sup> El Correo, 25 y 27 de agosto de 1906, 3 de septiembre de 1906, 27 de febrero de 1907, 30 de agosto de 1907 y 2 de julio de 1910. Wasserman, 1987, 256-258.



conciencia de la fragilidad de su situación y muchos de ellos entraron en contacto con la propaganda magonista, particularmente activa durante la crisis. El magonismo fue la más radical pero la menos importante de las dos formas de organización y resistencia obrera que se dieron en Chihuahua. En Ciudad Juárez y los pueblos del distrito Galeana, como veremos, los magonistas encontraron eco, pero también tuvieron seguidores entre los ferroviarios y los trabajadores fabriles de Chihuahua, aunque en la práctica, los obreros magonistas no tenían más remedio que sumarse a la otra forma de acción: las sociedades mutualistas sustentadas en el catolicismo social.

En esta opción participaron, además de los obreros, los sectores medios urbanos del estado, sobre todo en Chihuahua, Camargo y Parral. Esta clase media urbana, formada por artesanos, profesionistas, comerciantes, militares retirados, maestros de escuela, burócratas y oficinistas, había crecido constantemente desde la década de 1890 (en la capital del estado, el 87% de las pequeñas industrias y talleres que funcionaban en 1907, habían sido fundados después de 1898), durante la cual, así como en la década anterior, había tenido una participación importante en la política estatal, en cuya cumbre rivalizaban "terracistas" y "guerreristas", en la que estos últimos compensaban su menor fuerza política y económica local con el enorme peso del apoyo lejano pero seguro del general Díaz. En el próximo capítulo de la política local, por ahora señalamos su existencia y su fin, en 1903, cuando gracias a los buenos oficios del canciller Enrique C. Creel, el dictador se reconcilió con el poderoso cacique de Chihuahua, quien retomó el gobierno del estado, lo que acabó con el juego político.

Durante el auge, la clase media creció en número y prosperidad, pero al llegar la crisis de 1907 muchos de sus miembros perdieron sus empleos o quedaron arruinados. La estructura económica del estado garantizaba la supervivencia de la oligarquía, pero no de la clase media. Los artesanos y pequeños industriales siempre habían competido en desventaja contra los Terrazas y los capitales extranjeros, que gozaban de injustos privilegios fiscales,<sup>83</sup> pero además, tenían un acceso limitado al crédito, pues la banca local, monopolizada por los Terrazas, privilegiaba siempre a los miembros del clan. Por su parte, los empleados medios y los capataces de las compañías mineras y ferroviarias y de las industrias y comercios propiedad de extranjeros, tenían muy pocas posibilidades de ascenso social, pues los puestos superiores eran ocupados, invariablemente, por extranjeros. Los profesionales, sobre todo los abogados, no tenían más

---

<sup>83</sup> Una política injusta y desigual de exención de impuestos, que favoreció "a los hombres del poder o a sus familiares y allegados y a los extranjeros", se siguió en Chihuahua. La larga lista de empresas, bancos, haciendas, etcétera, que gozaron de dichas exenciones, puede verse en Almada, 1964, 1:63-80 y 85-92.

opciones que la oscura medianía provinciana o la sumisión al clan Terrazas, que también tenía copados los cargos públicos y a los puestos “de elección popular”, que distribuían a su antojo.<sup>84</sup>

Así que entre los fundadores del antirreeleccionismo en Chihuahua estaban numerosos miembros de estos sectores urbanos: Abraham González Casavantes, retoño de una poderosa familia venida a menos; los abogados Aureliano S. González, Pascual Mejía, Tomás Gameros, Julio S. Jaurrieta, Luis C. Rojas y Tomás Silva; los maestros de escuela Abel S. Rodríguez, Braulio Hernández y Manuel Chao; Juan B. Baca y sus hermanos Guillermo y Miguel, y otros comerciantes; militares en retiro como Perfecto Lomelí y José de la Luz Soto; los periodistas Silvestre Terrazas y Rafael Martín “Rip-Rip”, y bastantes más. Muchos de ellos tenían un pasado común: su militancia católica y mutualista.

Este catolicismo social del que venimos hablando es la interpretación que se dio en Chihuahua a la doctrina social de la Iglesia católica emanada de la encíclica Rerum Novarum, emitida por el papa León XIII el 15 de mayo de 1891 y que hasta 1931 fue la doctrina oficial de la Iglesia sobre “la cuestión social”,<sup>85</sup> que era como llamaban a los problemas de pobreza “económica y moral”, injusticia y desigualdad generados por el capitalismo. La encíclica era el resultado de muchos años de lucha y reflexión de los católicos,<sup>86</sup> que desde la segunda mitad del siglo XVIII y sobre todo a lo largo del XIX habían tratado de oponerse de distintas formas a la creciente secularización de la sociedad aunque en sus luchas frontales contra el “liberalismo” habían fracasado en casi todos lados.

Promulgada por el papa León XIII, quien había impulsado el renacimiento de los estudios de la filosofía tomista en el seno de la Iglesia, la Rerum Novarum tocaba tres puntos fundamentales: “la cuestión social” y la “errada” propuesta de los socialistas para solucionarla; la necesaria intervención de la Iglesia y el Estado para resolver ese problema; y el papel que los trabajadores y sus organizaciones debían tener en esa solución. Sobre el socialismo persistía la condena pontificia, pero no con la virulencia del anterior papa, Pío IX. En lo tocante a la organización, el sumo pontífice aprobaba las asociaciones mixtas de patronos y obreros (mutualidades y patronatos), pero también, lo que fue piedra de escándalo entre numerosos conservadores y católicos tradicionalistas, las integradas exclusivamente por trabajadores. En la

---

<sup>84</sup> Waserman, 1987, 95-120.

<sup>85</sup> Matute, 2000, 29-31.

<sup>86</sup> Entiéndase aquí por católicos al clero y a los laicos militantes, no a la grey católica: recuérdese que en México, los propios jefes del partido liberal eran católicos en privado.

raíz de esta novedad estaba la concepción corporativa (tomista) del papa, quien pensaba que si debía solucionarse de hecho y en todos lados “la cuestión social”, era necesario promover la agrupación corporativa, autónoma aunque interdependiente, de los integrantes del cuerpo social. Surgió entonces la “democracia cristiana”, todavía no con la idea de construir partidos políticos, sino viendo en los grupos populares el fundamento y finalidad de la acción social. Había que construir una sociedad que tuviera como cimiento la fe católica y como pilares la justicia y la caridad. Las herramientas para construir esa sociedad serían los sindicatos católicos, la activa participación en la política, el impulso de reformas parlamentarias a favor del cooperativismo y el corporativismo y la reglamentación de las relaciones entre capital y trabajo.<sup>87</sup>

En México, los católicos que seguían en la tradición conservadora y los obispos que estaban en tratos con el gobierno para llegar a un entendimiento, recibieron con recelo la carta papal: la consideraron ajena a la realidad mexicana, donde eran inconcebibles el socialismo y el comunismo y donde no se había suscitado, ni se suscitaría la “cuestión social”. En general, los obispos mexicanos, temerosos de sus efectos en los momentos en que empezaban a acercarse al régimen, se abstuvieron de comentarla y difundirla, por lo que según Miguel Palomar y Vizcarra, no sería realmente conocida por los católicos sino hasta su publicación anotada, en 1906.<sup>88</sup>

Pero poco a poco nuevos militantes, jóvenes en su mayoría, empezaron a hacer suyos los postulados de la acción social y a señalar que en México “la cuestión social” no sólo era evidente, sino muy grave. En un principio, estos nuevos grupos impulsaron organizaciones mutualistas y paternalistas, en las que indefectiblemente se ofrecían a los patronos los puestos directivos, pero poco a poco, algunas de ellas fueron transitando hacia una militancia más “clasista” y activa, y el caso de Chihuahua, muy poco estudiado,<sup>89</sup> fue ejemplar en cuanto a la radicalización de la acción católica, lo que mucho se debió a la personalidad de un periodista que fue convirtiéndose en su dirigente visible: Silvestre Terrazas y Enriquez.

Este miembro pobre de la extensa familia Terrazas nació en la ciudad de Chihuahua en diciembre de 1873. Su abuelo era hermano del coronel Joaquín Terrazas y primo del general Luis

<sup>87</sup> Véase una explicación sintética de este proceso y de las distintas respuestas ensayadas por los católicos en el excelente trabajo de Ceballos, 1991, 21-41.

<sup>88</sup> Ceballos, 1991, 54-67, apud en 140 artículos sobre la encíclica publicados entre mayo y diciembre de 1891 en los diarios católicos El Tiempo y La Voz de México.

<sup>89</sup> En el muy buen estudio de Ceballos sobre el catolicismo social en México, apenas si se mencionan dos o tres agrupaciones católicas en el estado, suponiéndose que la primera de ellas fue el sindicato agrícola fundado en San Buenaventura por el padre Pedro Pablo Royo, en 1907. Ceballos, 1991, 371-372.

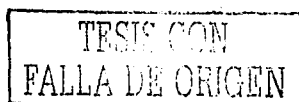
Terrazas. Cursó estudios medios en el Instituto Literario del Estado y contabilidad y administración en la ciudad de México. En 1894 monseñor José de Jesús Ortiz, primer obispo de Chihuahua, lo nombró secretario particular y oficial mayor del obispado, empezando lo que parecía ser una carrera de ratón de sacristía y periodista católico de los que oscilaban entre la búsqueda de un statu quo con la dictadura y el ultramontanismo y la añoranza de Miramón.

Y es que sus primeros escritos y las primeras publicaciones que dirigió iban en ese sentido: las críticas al liberalismo por la “degeneración moral” que este sistema traía consigo, el abandono de los “valores cristianos”, la exigencia de una educación moral católica y la defensa de los intereses de la Iglesia. En 1899 empezó a publicar El Correo de Chihuahua, en el que defendía estos mismos principios, pero en un momento que no ha sido posible identificar, sin abandonar su militancia católica y su cercanía con la jerarquía, empezó a adoptar las novedosas ideas del papa León XIII.<sup>90</sup>

En 1906 El Correo era el periódico de mayor circulación del estado y llegaba a sus más remotas poblaciones. Su director se había convertido en vocero y defensor de un pujante movimiento obrero que transitaba del mutualismo paternalista al sindicalismo (incluida la defensa del derecho de huelga y el respaldo a huelguistas) y la oposición política. Al mismo tiempo, El Correo empezaba a convertirse en la caja de resonancia de los problemas sociales y políticos del estado: ya vimos cómo las razones del motín de San Andrés fueron expuestas en el periódico y ya veremos cómo publicaba información sobre los actos de opositores como Porfirio Talamantes y Toribio Ortega. Al parecer, la causa del giro de Silvestre Terrazas fue la reflexión sobre los crecientes problemas sociales fundada en la atenta lectura de la Rerum Novarum.

Aunque las primeras sociedades mutualistas se habían fundado en Chihuahua en 1879, fue entre 1903 y 1908 que estas proliferaron en la capital del estado y en otras ciudades, como Camargo, Parral, Jiménez y Santa Eulalia, y hubo al menos una en Ciudad Juárez, San Isidro de las Cuevas, Santa Bárbara y Valle de Allende. La mayor parte de estas asociaciones eran mutualidades de artesanos y empleados organizadas de acuerdo con los oficios de sus miembros: la Unión Zaragoza de Sastres, la Sociedad Morelos de Carpinteros, la Sociedad Hidalgo de Pintores, la Unión de Canteros y Albañiles, la Sociedad Nicolás Bravo de Panaderos, la Unión de

<sup>90</sup> La colección más completa de El Correo de Chihuahua, en la Hemeroteca del Diario Oficial de la Federación, sólo conserva los ejemplares desde 1906, cuando el viraje dado por Silvestre Terrazas y su periódico era ya completo, y éste ya se imprimía en los talleres linotípicos traídos de los Estados Unidos



Tipógrafos Gutenberg, la Sociedad Católica de Artesanos, la Sociedad Mutualista de Empleados, el Círculo Mercantil Mutualista, la Unión de Obreras Mexicanas e incluso, la Sociedad Coronado, que agrupaba a los presos de la Penitenciaría. También existían cooperativas, como la Unión de Carpinteros Mexicanos, que tenía modernos talleres en la capital del estado. La mayor parte de las sociedades del interior del estado eran mutualistas también, pero en la capital los ferroviarios, los electricistas y algunos obreros, empezaban a organizarse sin la presencia de los patrones y a exigir demandas estrictamente laborales referentes a los derechos de los trabajadores, aumentos salariales y salario igual para trabajo igual sin distinciones de nacionalidad.

Las organizaciones de este tipo, que estallaron varias huelgas entre 1906 y 1908, sobre todo en los talleres del ferrocarril, fueron principalmente la Gran Liga Ferrocarrilera, la Liga de Electricistas Mexicanos, la Unión de Caldereros Mexicanos, la Unión de Moldeadores Mexicanos, la Unión de Mecánicos Mexicanos y la Sociedad Juárez de Obreros (algunas de estas eran parte de organizaciones nacionales). Entre sus dirigentes hubo varios que se involucraron muy activamente en la oposición política local y desde 1909 en el antirreeleccionismo, como Cástulo Herrera, de los caldereros; Silvino Rodríguez, de los mecánicos; y artesanos como Rodolfo Ugalde (panadero),<sup>91</sup> Jesús Ferrer (zapatero) y Teodosio Guerrero, de los obreros de Parral. Las sociedades impulsaban también la educación de sus socios y en Chihuahua, Parral y San Buenaventura fundaron escuelas para niños y escuelas nocturnas para trabajadores.<sup>92</sup>

Un documento muy interesante es una carta de F. Martínez, oriundo de Camargo, a la Unión de Caldereros, en que cuenta que siendo él inspector de calderas del Ferrocarril Central había combatido los movimientos de huelga entre 1903 y 1907, consiguiendo esquiroleos y

---

en 1904. Sobre Silvestre, véase la breve biografía de su hija, Margarita Terrazas Perches, en Terrazas, 1984, 217-243; y Beezley, 1967.

<sup>91</sup> Rodolfo A. Ugalde, quien sería de los primeros en transitar del mutualismo a la oposición política y en unirse al antirreeleccionismo (aunque su pista se pierde en la Revolución), había estado en la cárcel en 1906 por pronunciar un discurso demasiado encendido sobre la triste situación de la clase trabajadora. El Correo asumió su defensa y fue su abogado un jurista que había sido juez en épocas anteriores al dominio político incontestable del clan Terrazas y que solía defender a los mutualistas en los tribunales: Aureliano S. González. Véase El Correo, 14 de septiembre de 1906 y 31 de marzo de 1908.

<sup>92</sup> Véase una lista de sociedades en El Correo, 20 de febrero y 31 de marzo de 1908. Algunas de las entradas sobre la actividad de las organizaciones, en El Correo, 14 septiembre 1906, 21 de marzo de 1907, 6 de mayo de 1907, 13 de mayo de 1907, 10 de julio de 1907, y otras más. J. P. Bastian, que se empeña en encontrar en el protestantismo las raíces de la Revolución, dice que los protestantes fueron impulsores del mutualismo y, para probarlo, hace un cuadro de "Dirigentes protestantes en las sociedades mutualistas", que son catorce individuos en todo el país, dos de ellos en Chihuahua. Bastian, 1989, 321-322.

atacando a la organización, acciones por las que ahora pedía humildemente perdón, solicitando su ingreso a la hermandad.<sup>93</sup>

En junio de 1907 la Unión de Caldereros Mexicanos, en Chihuahua, invitó a representantes de las demás sociedades mutualistas del estado a una reunión (presidida por Silvestre Terrazas y Silvino García, presidente de la "sucursal" de la Unión en Chihuahua) para dar a conocer los puntos que se discutirían en la Convención Nacional de la Unión, en la ciudad de México, en los que están delineadas sus principales demandas: igual salario para igual trabajo sin distinción de nacionalidad (artículos I y XIII); jornada de ocho horas, declarando que la jornada extraordinaria no debía rebasar nunca las catorce horas (II y V); descanso dominical (III); prohibición del trabajo infantil (IV); salario suficiente "para vivir decentemente" (VI); educación del obrero y fomento del patriotismo —eran católicos pero juaristas, o mejor, católicos y juaristas— (VII y XV);<sup>94</sup> indemnizaciones por accidentes (XVI); combate al alcoholismo (XVII); y se añadían declaraciones bastante novedosas que mostraban la creciente politización obrera:

VIII. La Convención procurará la unificación de los diversos gremios de la República, considerándose independientes entre sí y trabajando en mancomún por el bien general.

IX. La Convención cree y trabajará porque las clases obreras tengan representantes genuinos de ellas en las Cámaras Legislativas de los Estados de la Unión.

X. La Convención reconocerá el arbitraje como uno de los mejores medios para arreglar las dificultades entre el capital y el trabajo y al efecto, en casos ofrecidos, se nombrarán árbitros por ambas partes, a su satisfacción.

XI. La Convención cree que las huelgas, en general, han sido provocadas por desmedida ambición del capital, viéndose obligados los gremios a declararlas como último recurso y por instinto de conservación.<sup>95</sup>

Sin embargo, Silvestre Terrazas no se hacía ilusiones exageradas sobre lo que podía obtenerse a través de la acción mutualista: en septiembre de 1908, en plena crisis económica, un extenso editorial de El Correo, seguramente escrito por el propio Silvestre, decía que las mutualidades, nacidas de generosos sentimientos de fraternidad, flotaban en una nebulosa utopía poco útil a sus agremiados, que se debía a la falta de concreción de sus objetivos. Salvo las cooperativas de carpinteros, zapateros y panaderos, que se cocían aparte y que tenían objetivos

<sup>93</sup> El Correo, 20 de noviembre de 1907.

<sup>94</sup> Sobre el juarismo de Silvestre Terrazas y los dirigentes mutualistas de Chihuahua puede verse, entre muchos, El Correo, 6 de mayo de 1907.

<sup>95</sup> El Correo, 25 de junio de 1907. El diario, además, informó a sus lectores del desarrollo de la convención nacional en sus ediciones de los días 2, 4, 11 y 18 de julio de 1907.



precisos, las demás parecían no buscar otra cosa que el mutuo socorro entre los socios en caso de desgracia, lo que a fin de cuentas era intrascendente.

Según el editorial, la importancia de las mutualidades en lo social era casi nula por mala organización y por lo nebuloso de sus fines. Carecían de importancia política, porque por alguna razón desconocida estaba expresamente prohibida en los estatutos de las sociedades su participación en cuestiones políticas, siendo que el obrero, que no tiene más que su propio trabajo, es el más interesado en la buena marcha de los negocios públicos y si abdica de sus derechos en la única forma que pueda hacerlos valer, es decir, la asociación, se expone por propia voluntad a todas las arbitrariedades, abusos y atropellos. Debían, pues, eliminarse esas prohibiciones para que las mutualidades participaran en política, aunque el principio fuera tímido y vacilante, como corresponde a todo principio. Finalmente, las mutualidades carecían también de importancia económica, porque sus acciones no afectaban la distribución, consumo y conservación de la riqueza: el dinero que reúnen no lo emplean con fines productivos, se gasta cuando hay necesidad y ahí termina su función económica.

Es innegable –continuaba el editorialista– que en ellas existe un deseo de mejoramiento y progreso, de abandonar los caminos trillados que no llevan a parte alguna, pero este anhelo es impreciso y vago, y se necesita darle forma, concretizarlo, enderezarlo a objetivos claros: hay que hacer a un lado las utopías y estudiar sobre el terreno las condiciones de los obreros, sus necesidades, condiciones, aptitudes, salarios, todo en fin, tanto en el orden material como en el intelectual y moral, y sobre esa base preguntarse qué puede hacerse para mejorar las condiciones del trabajador, elevarlo moralmente, “etcétera”. Es decir, todavía no era claro para donde había que ir, pero se veía ya que el mutualismo era insuficiente para solucionar “la cuestión social”.<sup>96</sup>

En otros editoriales el diario declaraba lo que los católicos debían buscar: “La restauración de todas las cosas en Cristo”, lo que en términos sociales significaba abandonar el absurdo apoliticismo, para fortalecer una República democrática en la que las instituciones representantes del pueblo avanzaran enérgicamente en la solución de “la cuestión social”.<sup>97</sup>

La participación política debía construir una opción de democracia cristiana, cuya misión consistiría en el impulso de leyes que defendieran a la pequeña propiedad agraria y artesanal del agio y la usura, que fomentara la propiedad colectiva de las corporaciones, que lograra el

---

<sup>96</sup> El Correo, 25 de septiembre de 1908.

<sup>97</sup> El Correo, 19 de noviembre de 1908.

reconocimiento pleno del derecho de organización de los obreros y el derecho de las organizaciones a federarse nacionalmente. Estos sindicatos (ya se decía así) debían regular

todas las cuestiones profesionales, y especialmente la fijación de aquellas condiciones que en el contrato de trabajo interesan a éste y al capital, como: salarios, duración y régimen de trabajo, admisión y despedida de obreros, aprendizaje, instrucción profesional, y reglamentación de la producción.<sup>98</sup>

Convencidos de la necesidad de construir esa opción política, Silvestre Terrazas y dirigentes mutualistas como Rodolfo Ugalde, Silvino García y Cástulo Herrera se involucraron en los debates públicos, entendiendo que en la política estaba el camino para la implantación de la “democracia cristiana”,<sup>99</sup> sin dejar por ello de tomar parte en las acciones impulsadas por los católicos cercanos a la jerarquía, como el IV Congreso Católico.<sup>100</sup>

El camino de Silvestre hacia la política fue el que ya conocía: el periodismo. Se metió al periodismo político de tal manera que pronto se hizo aborrecer por su pariente lejano, Enrique C. Creel, y se consiguió una serie de cortas pero frecuentes temporadas en la cárcel.<sup>101</sup> Todo empezó cuando a principios de 1907 Silvestre criticó a Creel por extender indebidamente su mandato interino y luego se opuso enérgicamente a su candidatura al gobierno del estado en las elecciones de 1907. A partir de ahí, El Correo se convirtió en el vocero de la oposición local. La razón del ataque de Silvestre contra Creel estribaba en que la Constitución local exigía ser mexicano por nacimiento para ser electo gobernador y la constitución federal y la jurisprudencia chihuahuense exigían ser hijo de padres mexicanos por nacimiento, siendo que el padre de Creel era norteamericano y había sido cónsul de su país en Chihuahua. Esgrimiendo ese argumento, El Correo se convirtió en un virulento opositor de la candidatura de Creel, como se mostró en un editorial titulado “¿Después del Gral. Díaz, Mr. Green?”, en alusión al gerente de la compañía

<sup>98</sup> El Correo, 9 de marzo de 1908.

<sup>99</sup> No se confunda ésta con la impulsada por partidos políticos de ese nombre en Italia, Chile u otros países, que responden a momentos y aspiraciones diferentes.

<sup>100</sup> Organizado por el arzobispo de Oaxaca, Eulogio Gillow, y en el que participaron varios obispos y las mayores luminarias del catolicismo militante laico, que hacia 1911 habrían de construir el Partido Católico Nacional, una opción de la que entonces divergía abierta y beligerantemente Silvestre Terrazas. Véase el programa y los participantes del Congreso en El Correo, 12 de septiembre de 1908.

<sup>101</sup> También hay que decir que dictadores como Pinochet, Videla o Somoza lo habrían mandado matar desde la segunda visita a la cárcel, cuando más, como habría pasado en México con periodistas como Filomeno Mata, que fue encarcelado 34 veces, “lo cual significa que salió de prisión treinta y tres veces, cosa improbable en una dictadura militar de la América Latina actual” (Katz, 1998, 1:66).



minera de Cananea, Sonora, responsable de la sangrienta represión de aquella huelga, de la que El Correo había informado oportunamente.<sup>102</sup>

Rotas las hostilidades contra el gobierno de Creel, a lo largo de 1907 el diario publicó infinidad de quejas contra abusos de las autoridades y denuncias de la venalidad e incompetencia de los jueces. A partir de marzo de 1908 empezó a hacer profesión de fe democrática, luego de publicar una extensa glosa de la entrevista Díaz-Creelman. Ese mismo mes el periódico inició una serie de reportajes sobre el escandaloso robo al Banco Minero de Chihuahua, que sacó a la luz la venalidad e ineficacia de la administración de justicia en Chihuahua (por favor, estamos hablando de 1908, que si fuera de hoy, estos adjetivos serían pálidos eufemismos), la forma en que estaba al servicio del clan Terrazas-Creel y la falta de separación entre los negocios públicos y los intereses particulares del clan. Las denuncias aparecidas en El Correo sobre la violación de las garantías de los presos detenidos sin pruebas suficientes movilizó a las sociedades mutualistas y a muchos particulares, entre los que se cuentan al menos dos futuros generales de la División del Norte: José I. Prieto y Porfirio Ornelas.<sup>103</sup>

A partir de septiembre de 1908 empezaron a aparecer editoriales y artículos sobre el inminente cambio democrático para el que México debía prepararse y llamados a la formación del partido independiente, "ese partido cuya formación dijo el General Díaz [en la entrevista Creelman] que vería con gusto". En diciembre, los líderes mutualistas Silvino Rodríguez y Rodolfo Ugalde, con el respaldo de Silvestre Terrazas, llamaron a la formación del Club Político de Obreros Chihuahuenses. Dos o tres semanas después Silvestre Terrazas recibió La sucesión presidencial en 1910, un libro que le remitía su autor, Francisco I. Madero, un joven y exitoso hombre de negocios de La Laguna. Lo que siguió es historia de la segunda parte de esta historia: sobre la base de los mutualistas que estaban llegando a la militancia política, la ciudad de Chihuahua habría de convertirse en uno de los focos más importantes del antirreeleccionismo y, a través de la ciudad, las redes de la conspiración maderista habrían de adquirir una fuerza imprevisible, y decisiva a la postre, en el estado grande.<sup>104</sup>

<sup>102</sup> El Correo, 16 y 23 de marzo; 13, 20, 25 y 26 de abril; y 10 de julio de 1907.

<sup>103</sup> Wasserman, 1987, 124-125; y Katz, 1998, 1:69-71. A partir de marzo de 1908, El Correo publicó editoriales y reportajes interesantísimos, que dan para una novela histórico-policiaca. Véanse, por ejemplo, 3, 18, 21 y 28 de marzo; y 10 de abril de 1908.

<sup>104</sup> El Correo, octubre a diciembre de 1908.

## II. EL PAÍS DE OROZCO

Al caer la noche del 19 de noviembre de 1910, un tropel de jinetes salió del barrio La Otra Banda, del pueblo de San Isidro, Chihuahua, camino de la cercana Ciudad Guerrero, cabecera del distrito. Iban entre ellos Albino Frías y Pascual Orozco Merino, rancheros acomodados de mediana edad y dirigentes de la congregación presbiteriana local, a quienes Abraham González había designado jefes de la revolución en la comarca. Los acompañaban sus hijos, Albino y Pascual; además de Marcelo Caraveo, Luis y Juan Dozal, Reydecel Hermosillo, Patricio Rodríguez y otros.<sup>1</sup> En las Lomas de Guerrero, situadas entre San Isidro y Ciudad Guerrero, se les unieron los conspiradores maderistas de los pueblos cercanos, como Pachera, Pedernales y Ranchos de Santiago.

Desde los primeros combates Albino Frías fue sustituido en el mando por su yerno, Pascual Orozco Vázquez (hijo de Orozco Merino y nacido en San Isidro en 1882), mucho más joven y enérgico, que en ese corto tiempo se había revelado como un jefe capaz y decidido. En pocas semanas, Orozco Vázquez habría de convertirse en el caudillo de los rebeldes de los distritos Guerrero, Galeana, Andrés del Río, Arteaga y Rayón, es decir, la accidentadísima porción chihuahuense de la Sierra Madre Occidental, algunos ricos valles agrícolas del pie de monte y la próspera región ganadera del extremo noroccidental del estado. Por eso, aunque Pascual Orozco Vázquez apenas aparezca en éste capítulo, este es el país de Orozco.

Entre los jefes rebeldes pueblerinos que reconocieron como jefe a Orozco Vázquez en noviembre y diciembre de 1910, los principales fueron José de la Luz Blanco, de Santo Tomás; Heliódoro Olea y Luis A. García, de Bachíniva; José Racón Tena y José María Espinosa, de Namiquipa; José de la Luz Nevárez y Andrés U. Vargas, de Cruces; Rufino Loya, de Cuiteco; Nicolás Brown, de Moris; Antonio Rojas y Alejandro Gandarilla, del mineral de Dolores; Epifanio Durán, de Nonoava; Apolonio Rodríguez, de Batopilas; Manuel Loya, de Chínipas; Francisco D. Salido, de Guazapares; Ignacio Valenzuela, de Témoris; Pedro Bustamante, de San Juanito; Fortunato Casavantes, de Matáchic; Baudelio y José María Caraveo, de Urúachic; Porfirio Talamantes, de Janos; y los magonistas José Inés Salazar, Lázaro Alanís, Cenobio Orozco, José C. Parra y Rodrigo M. Quevedo, del distrito Galeana.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> PHO/1/77, 1-10 y apéndice.

<sup>2</sup> Calzadiaz, 1958, 38-39. Almada, 1964, I:171-180. Almada, 1967, 35. B. Caraveo, 1996.

Las dilatadas y contrastrantes comarcas de las que surgieron estos rebeldes forman el país de Orozco y aunque el caudillo de San Isidro fue enemigo del villismo, procuraremos revisar el país de Orozco con el mismo cuidado con el que recorrimos el país de Villa, porque aunque minoritarios, en 1911 y 1912 hubo en él partidarios de Abraham González, a quienes la lógica de los acontecimientos hizo villistas; y porque desde diciembre de 1913, por razones que en su momento explicaremos, sus pobladores, hasta entonces mayoritariamente oroquistas, se volcaron en favor del villismo. Muchos revolucionarios de legendario valor, oroquistas o villistas, fueron oriundos del distrito Galeana, de la cuenca del Papigóchic y de los pueblos de las cumbres y barrancas de la Sierra de Chihuahua.

## **I. La última frontera**

Decíamos antes que el bando que decretaba la fundación de cinco colonias militares en el noroeste de Chihuahua fue parte del último gran esfuerzo de la corona española por recorrer las fronteras hacia el norte. Los cinco pueblos previstos en el bando de 1778 ya existían: Namiquipa era un languideciente poblado de agricultores mestizos; Cruces, una remota y desolada hacienda; Presidio de San Buenaventura (Galeana), era un puesto militar semiabandonado; Casas Grandes una antigua misión franciscana, a la sazón deshabitada; y Janos, un presidio muy bien situado pero abandonado a su suerte.<sup>3</sup>

A partir de 1780 se consolidaron los cinco pueblos, a los que se agregó pronto el de Valle de San Buenaventura (el actual Buenaventura). El poblamiento de la zona definió dos regiones: al sur, Namiquipa y Cruces quedaron mucho más vinculadas a la villa de Concepción (luego Ciudad Guerrero) que a los cuatro pueblos del noroeste. El límite entre ambas zonas lo forman las serranías de la Varillera y las Tunas, entre las cuales el río Santa María pasa formando un estrecho cañón para luego entrar a la llanura, tocando el Valle de San Buenaventura. La región

---

<sup>3</sup> Si bien el capitán Diego de Ibarra había descubierto las ruinas de Paquimé en 1535, el primer intento de poblamiento de la zona se hizo hasta 1660, cuando un grupo de colonos de fundaron Casas Grandes y los franciscanos empezaron su trabajo misional entre los indios janos, desaparecidos en el siglo XVIII. Gerhard, 1996, 284-288; Lloyd, 1987, 30-35; Griffen, 1988.

septentrional corresponde a Buenaventura, Galeana, Casas Grandes y Janos, a los que hacia 1870 se sumó La Ascensión, fundado por mexicanos procedentes de Nuevo México.<sup>4</sup>

Buenaventura, Galeana y Casas Grandes se enclavan en largos y estrechos valles de la llanura chihuahuense y Janos y La Ascensión están en los límites de la llanura con el desierto. En el porfiriato eran cabeceras de los cinco municipios que constituían el distrito Galeana. Hacia 1810 la región estaba firmemente asegurada y esa fue una de las razones que llevaron a los apaches a pactar "la paz larga", una paz por compra similar a las que pusieron fin a la guerra chichimeca a fines del siglo XVI y que duró hasta 1831. Esta paz no pudo aprovecharse para recorrer la frontera más al norte, porque los gobiernos de España y de la Nueva España estuvieron sumamente ocupados con Napoleón Bonaparte, Miguel Hidalgo y José María Morelos. Cuando los apaches desenterraron el hacha de guerra, hacia 1831, la región volvió a convertirse en teatro de sus correrías y en paso obligado hacia los ricos valles agrícolas del sur.

La mayor fuente de riqueza de la región estriba en sus dilatados pastizales, que ricos y verdes en Buenaventura van raleando hacia La Ascensión. Esto, y la bajísima densidad de población, permitieron en el porfiriato el establecimiento de los dos más extensos latifundios del estado: Luis Terrazas tenía en los municipios de Buenaventura y Casas Grandes diez haciendas que sumaban más de un millón de hectáreas. A su vez, en los municipios de Janos y La Ascensión, la Palomas Land and Cattle Co., poseía 900.000 hectáreas, que aunque predominantemente desérticas, eran ricas en ganado de primera calidad. No eran los únicos latifundios del distrito, pero sí los más extensos. Entre las grandes haciendas, las tierras de los cinco pueblos "parecían pequeñas islas inmersas en un mar ajeno, donde no les pertenecían el territorio ni sus riquezas".<sup>5</sup>

En 1897, el Ferrocarril Río Grande, Sierra Madre y Pacífico (después llamado "del Noroeste de México"), conectó Ciudad Juárez con Casas Grandes (en cuya estación nació y creció rápidamente Nuevo Casas Grandes), y en 1898 se extendió otros 20 kilómetros al sur, construyéndose una estación donde se embarcaba el ganado de Terrazas. Apenas en 1909 se terminó el ferrocarril entre Casas Grandes y San Pedro Madera, que desde 1907 estaba conectado con Temósachic, es decir, con la extensión del ferrocarril que desprendiéndose en La Junta del Chihuahua-Pacífico, comunicaba los pueblos del Papigóchic con la capital del estado. Gracias al ferrocarril la población del distrito llegó a los 23,000 habitantes en 1910, concentrados casi todos

<sup>4</sup> El origen de La Ascensión en Lloyd, 1995, 327-328.

<sup>5</sup> Lloyd, 1987, 19-37; Almada, 1964, 56-61.

en los municipios de Casas Grandes y Buenaventura, los más ricos y mejor comunicados. Galeana quedó fuera de las vías de comunicación que potenciaron el desarrollo de Buenaventura y Casas Grandes (a donde se mudó la cabecera del distrito, aunque siguió llamándose Galeana). Janos y La Ascensión siguieron siendo dos remotos pueblos del último rincón del estado.<sup>6</sup>

Los defensores de la frontera que poblaron la región en las décadas de 1770 y 1780 eran predominantemente criollos que se convirtieron en una barrera humana tan eficaz contra las incursiones apaches que su presencia decidió la firma de la paz larga. Debido a esta, mientras el centro de la Nueva España se debatía en una sangrienta guerra, este remoto rincón floreció. Era tal el anhelo de paz que no fue casual que las autoridades eligieran Chihuahua para juzgar y fusilar a los caudillos insurgentes. El territorio de lo que sería el estado de Chihuahua experimentó un crecimiento sostenido entre 1810 y 1830, en el que hay que destacar la consolidación de los pueblos de las zonas que habían sido más vulnerables a las incursiones apaches: las jurisdicciones de Presidio de San Buenaventura y de Villa de Concepción (luego, distritos Galeana y Guerrero).<sup>7</sup>

El reinicio de las hostilidades con los apaches, debido sobre todo al incumplimiento de las condiciones del pacto por parte de unas autoridades sin medios para hacerlo, puso fin a este crecimiento. Víctor Orozco, el más acucioso historiador de los pueblos del occidente de Chihuahua, resume así los efectos de la guerra apache:

Durante más de medio siglo y a partir de 1831 Chihuahua vivió el conflicto armado más largo y devastador de su historia. También el que dejó huellas y marcas más profundas. De hecho, no hubo esfera de la sociedad donde no se resintieran sus efectos. Las relaciones entre las clases, su organización, el sistema productivo, los vínculos con el régimen central, las invasiones extranjeras, la cultura, las formas de conciencia colectiva fueron influidos y penetrados por el prolongado enfrentamiento con las etnias rebeldes a los modelos de desarrollo histórico que vivió el país en la pasada centuria. En suma, las guerras indias constituyen el proceso histórico regional más importante del siglo XIX.<sup>8</sup>

<sup>6</sup> Ponce de León, 1907, 18-19. Echegaray, 1913ch, 5. Lloyd, 1987, 40. En 1909, cuando iban a iniciar los trabajos de construcción del ferrocarril Casas Grandes-San Pedro Madera, numerosos vecinos de Buenaventura, Galeana, Namiquipa y Cruces pidieron en vano que el trazado pasara por sus pueblos y no beneficiara solamente a las compañías madereras estadounidenses. *El Correo*, 28 noviembre 1909.

<sup>7</sup> De 1810 a 1830 la población de Chihuahua pasó de 63,000 a 150,000 habitantes, siendo la jurisdicción de San Buenaventura la que creció a mayor ritmo, multiplicando su población por cinco para alcanzar los 10,000 pobladores. Orozco, 1992, 15-42. Eseudero, 1834, 63-82.

<sup>8</sup> Orozco, 1992, 12.

El peculiar carácter de los pueblos de Chihuahua, sobre todo los de los distritos Galeana y Guerrero, es resultado de la guerra apache. Las estructuras políticas, eclesiásticas y militares del estado, así como las haciendas y el trabajo servil se debilitaron casi hasta el colapso, con lo que "se abrió una etapa de reorganización de la sociedad en la cual los rancheros independientes o parcelarios jugaron un papel protagónico". Estos rancheros, habitantes de los pueblos libres, debieron pasar por una etapa de largo y complicado aprendizaje de las necesidades que la guerra imponía, mientras los pocos hacendados que permanecieron colaboraron con ellos estrechamente. Los rancheros asumieron peso de la guerra, y los campañadores de los pueblos "empezaron a convertirse en experimentados guerrilleros". El triunfo de la República permitió la gradual consolidación de los rancheros como grupo social predominante y de una nueva élite de terratenientes liberales. Al terminar la guerra apache, la larga alianza entre hacendados y rancheros perdió su razón de ser, iniciando el enfrentamiento entre las dos fuerzas sociales más vigorosas de estas comarcas, que se manifestaron en la oposición armada de los rancheros de Guerrero y Galeana al crecimiento del poder de los hacendados, a partir de la década de 1880.<sup>9</sup>

Los latifundios del distrito Galeana y el norte del distrito Guerrero nacieron durante los años más duros de la guerra apache. En 1865 el gobierno federal adjudicó al general Luis Terrazas, a su socio Enrique Müller, a Pedro Prieto y a Juan Zuloaga (hermano de Pedro "el rengo"), grandes extensiones de terrenos baldíos en el distrito Galeana. O mejor dicho, de terrenos supuestamente baldíos, porque desde el principio los vecinos de Namiquipa y Galeana reclamaron que parte de sus ejidos habían sido entregados a los terratenientes. En la década de 1880, exterminados los apaches, esas grandes propiedades se convirtieron en prósperos negocios ganaderos.<sup>10</sup>

Entre 1884 y 1886 la aplicación de las leyes de colonización y terrenos baldíos permitió que las compañías deslindadoras se adjudicaron o vendieron enormes extensiones de tierras en el distrito Galeana. De estos terrenos baldíos o supuestamente baldíos,<sup>11</sup> salieron la mayoría de las tierras que el general Terrazas poseía en el distrito (tierras "deslindadas" por la compañía de la que era gerente Enrique C. Creel e importante socio Juan Terrazas Cuitly). De la misma manera, Pedro Prieto, Enrique Müller y Juan Zuloaga acrecentaron y consolidaron sus haciendas ganaderas, la Palomas Company adquirió un millón de hectáreas y se crearon otros extensos

<sup>9</sup> Orozco, 1992, 163-168.

<sup>10</sup> Lloyd, 1987, 68-69.



latifundios en manos de capitalistas extranjeros. Por si fuera poco, a partir de 1886 empezaron a establecerse las colonias mormonas en "baldíos" comprados al gobierno federal. De tal modo que para 1890 los cinco pueblos del distrito veían crecer al lado de sus tierras, e incluso en ellas, los latifundios y las colonias mormonas. Entre 1884 y 1886 Terrazas invadió 21,000 hectáreas de Cruces y 10,000 de Galeana. Los vecinos de Casas Grandes, a su vez, reclamaban como suyas casi 100,000 hectáreas cercadas en 1885 por la Corralitos Company.<sup>12</sup>

En 1888, apenas terminado este desafortunado crecimiento de los latifundios, el gobierno local empezó a pisar otro callo muy sensible al aprobar una ley que puso fin a la elección popular de los jefes políticos, completada en 1889 por otra que suprimía también la elección de los presidentes municipales de las cabeceras de distrito. Desde entonces, unos y otros serían designados por el gobernador.<sup>13</sup>

Los vecinos de los cinco pueblos del distrito Galeana, como los de Namiquipa y Cruces, no se quedaron cruzados de brazos viendo cómo nacían y crecían las cercas de alambre y se afectaba su tradicional autonomía. En 1889 hubo una primera revuelta en Namiquipa y Bachíniva, con ramificaciones desde Cusihiuriachic hasta Casas Grandes. El gobernador Lauro Carrillo envió tropas federales y los rebeldes se dispersaron y rindieron, siendo perdonados por el gobernador. Esta revuelta fue encabezada por Simón Amaya y José María Vázquez Terrazas, de Ciudad Guerrero, antiguos partidarios del general Luis Terrazas, entonces marginado del poder local por la élite política del distrito Guerrero (los "guerreristas"), de la que el presidente Díaz se había servido para desplazar al grupo terraceño.<sup>14</sup> En 1892, un centenar de vecinos de La Ascensión se amotinaron so pretexto del fraude cometido en las elecciones municipales. Murió el jefe municipal electo y fueron heridos varios ciudadanos y, antes de que llegara el jefe político, coronel Agustín Sanginés, los cabecillas del motín huyeron allende la frontera. Sanginés aprehendió a unas 60 personas, pero los liberó inmediatamente y sólo procesó a cuatro.<sup>15</sup>

---

<sup>11</sup> Una disposición de la Ley de Terrenos Baldíos permitió a las Compañías reducir a 28,000 hectáreas los ejidos de cada una de las cinco viejas colonias militares, en lugar de las 112,000 con que fueron dotadas por el caballero de Croix.

<sup>12</sup> Véase el proceso general de la acción de las compañías deslindadoras en Chihuahua, y el marco jurídico que las sustentaba, en C. González, *s/f*. Véanse también Wasserman, 1987, 109-110 y 215-220. Lloyd, 1987, 71-92. Almada, 1964, 1:56-61. Almada, 1958, 341-342.

<sup>13</sup> Almada, 1964, 1:96. Wasserman, 1987, 276-277.

<sup>14</sup> Almada, 1964, 1:96-98.

<sup>15</sup> Pozo Marrero, 1991, 76. Almada, 1964, 1:99.

El asunto electoral sólo fue el detonante del descontento acumulado entre los vecinos a raíz del crecimiento de los latifundios; entre 1884 y 1886 nacieron en el municipio de La Ascensión, la Palomas Land, el mayor latifundio estadounidense y la hacienda Ojo de Federico, que despojó al pueblo del ojo de agua que hasta entonces había sido la más importante de sus fuentes del vital líquido. Los hermanos Prieto, dueños de esta hacienda, eran abogados del bufete La Universal (dirigido por Francisco Terrazas, nieto del general), y varias veces ocuparon asientos del Tribunal Supremo del Estado y curules del Congreso local. Otros hacendados también acumularon grandes extensiones de tierra en La Ascensión.<sup>16</sup>

A esta situación se aunó el resentimiento causado por la imposición de autoridades distritales y por el "fraude" en las elecciones municipales. Los dos candidatos a la presidencia municipal en aquellas elecciones pertenecían a distintas facciones de la élite regional: Rafael Ancheta, candidato del gobernador Lauro Carrillo y el grupo porfirista, y León Urrutia, un importante terrateniente vinculado con don Luis Terrazas.<sup>17</sup> En esos años ser terracista era ser antiporfirista y se pensaba que pese a los conflictos que el general empezaba a tener por cuestiones de tierras con pueblos como Cruces, Galeana y Bachiniva, aún era fiel a los pactos creados con los rancheros durante la guerra apache. El motín de La Ascensión pareció el último promovido y solucionado según el viejo estilo regional: inmediatamente después estalló la revuelta de Tomóchic, que fue reprimida con mano de hierro. En Tomóchic apareció también otro actor: un nuevo ejército federal capaz de movilizarse rápidamente a donde hiciera falta, inclusive al agreste corazón de la Sierra Tarahumara.

Descontando la sangrienta represión de Tomóchic, el gobierno del estado recurrió al viejo estilo conciliador para someter las revueltas que sacudieron a los distritos Guerrero y Galeana entre 1892 y 1895 sobre todo, aunque sus últimas brazas se extinguieron hasta 1898: en 1892, el gobernador removió al presidente municipal de Temósachic ante la queja de los vecinos armados; en 1893, otra vez Celso Anaya y Simón Amaya encabezaron una revuelta rápidamente sometida por el ejército, cuyo teatro fueron los pueblos del Papigóchic y el Santa María; en 1893 y 1894, al grito de "¡abajo Porfirio Díaz y viva Tomóchic!", Víctor Ochoa y Benigno Arvizu dirigieron a una partida de rebeldes que lucharon desde Namiquipa hasta La Ascensión, a los que luego de derrotar en el campo de batalla, el gobierno ofreció la amnistía (exceptuando de ella a los dos

<sup>16</sup> Pozo Marrero, 1991, 77-93. Lloyd, 1985, 68-91.

<sup>17</sup> Pozo, 1991, 99-100.

cabecillas), a la que se acogieron más de cien rancheros. Finalmente, hacia 1898 la tranquilidad regresó a los caminos de Galeana y Guerrero. Estas revueltas nunca trascendieron su carácter aislado y local, porque no recibieron el apoyo de los rancheros de otras regiones del estado y porque los demás sectores de la sociedad chihuahuense estaban obteniendo beneficios del auge económico que, con la paz y el ferrocarril, empezaba a gozar la entidad, y no tenían ninguna razón para levantarse en armas.<sup>18</sup>

Con todo y las revueltas, el distrito Galeana experimentó en la década de 1890 un desarrollo económico sostenido, basado en el auge ganadero y, en menor medida, en la explotación de minerales. Aunque la acumulación de tierras se hizo en parte a costa de los pueblos libres, estos también recibieron algunos beneficios de la modernización: en el seno de estos pueblos, en que el sentimiento comunitario y los lazos de solidaridad eran tradicionalmente muy fuertes, fue surgiendo un nuevo grupo social, el de los rancheros-comerciantes, de mentalidad moderna quienes, a diferencia de sus vecinos, resignaron el cultivo de sus propias tierras en peones y medieros para convertirse en comerciantes, intermediarios y agiotistas. Los integrantes de este nuevo grupo social fueron quienes que de antemano se dedicaban al comercio y la arriería, contaban con un pequeño capital para las inversiones iniciales y que en tanto intermediarios y arrieros, tenían una visión más amplia del mundo que aquellos de sus vecinos que sólo habían salido como campañañadores. Parte de estos pequeños capitales originales se desprendía del aprovechamiento que algunos rancheros, justamente aquellos que controlaban las alcaldías locales, habían hecho de las leyes de terrenos baldíos, recibiendo tierras –limitadas pero substanciosas- durante el proceso de deslinde de 1883-86.<sup>19</sup>

El orgulloso aislamiento de los rancheros del noroeste de Chihuahua terminó en la década de 1880, cuando el cerco de los terrenos baldíos (antes pastos comunes y coto de caza) y las recurrentes sequías empujaron a muchos hombres a buscar empleos eventuales en Nuevo México, Arizona y California, donde fueron testigos del espectacular auge del suroeste de los Estados Unidos. En la década de 1890 se acrecentó el control del poder central sobre la vida de estos pueblos, a la vez que florecían las colonias mormonas y las haciendas ganaderas. Ahora bien, también los rancheros y medieros fueron beneficiarios indirectos del auge regional, pues encontraron buenos precios para sus excedentes tradicionales (sobre todo de trigo) en un mercado

---

<sup>18</sup> Gómez Antillón, 1992, 70-71. Almada, 1964, 1:99-104. Savorit, 1994, 134-137. Katz, 1999, 1:41-42.

<sup>19</sup> Lloyd, 1987, 97-98. Lloyd, 1995, 11-16.

local en expansión y sus hijos y parientes pobres podían trabajar por buenos sueldos en las haciendas y minas de la región o en Estados Unidos. Fue por esto, además de la derrota evidente de sus aisladas revueltas, que hacia fines de la década de 1890 parecieron conformarse con el nuevo orden de cosas.<sup>20</sup>

Esta era la situación en 1903, cuando el general Luis Terrazas regresó al gobierno local. Si bien no hubo cambios de fondo durante su postrero mandato, pronto quedó al frente de los negocios públicos Enrique C. Creel, quien no tenía las ataduras del general con los rancheros y estaba dispuesto a acelerar el proceso de modernización capitalista del estado. El primer paso consistió en afianzar el poder estatal a costa de la autonomía municipal y de las élites pueblerinas, para lo que promovió 1904 la aprobación de una ley que reemplazaba a los presidentes municipales y seccionales electos por voto popular, por jefes municipales designados por el gobernador. De inmediato empezó a imponer hombres suyos en los pueblos más levantiscos.<sup>21</sup>

Más relevantes fueron los efectos de la "Ley sobre medida y enajenación de terrenos municipales", promulgada el 25 de febrero de 1905, donde se entendían por tales los ejidos y el fundo legal del pueblo según sus títulos originales, o 1,755 hectáreas en los pueblos que carecieran de estos. Con base en esta ley, desde junio de ese año y hasta 1910, se llevó a cabo la reducción a propiedad privada de la tierra de muchos pueblos del estado. Creel buscaba la definitiva desamortización de la tierra, promoviendo la pequeña propiedad, el mercado de tierras y el saneamiento de las finanzas municipales, pues serían los municipios los encargados de fraccionar y vender los terrenos públicos. A diferencia de leyes anteriores, como las aplicadas durante el deslinde de veinte años atrás, esta ley no quería la venta de los terrenos públicos al mejor postor, sino su adjudicación a los vecinos de los pueblos a precios razonables; pero una cosa fue la intención del legislador y otra muy distinta los resultados de la ley: en el noroeste del estado se convirtió en un subsidio para la mediana ganadería, pues los principales beneficiarios de la desamortización no fueron los latifundistas sino los medianos propietarios, es decir, los rancheros-comerciantes vinculados a la oligarquía, quienes fortalecieron su posición y acrecentaron su riqueza. Y esta vez los rancheros sí fueron afectados directamente.<sup>22</sup>

Namiquipa había podido conservar casi todas sus tierras a pesar de las "pretensiones descomunales" de Enrique Müller, que enfrentaron al hacendado con los vecinos en 1885 y 1886.

<sup>20</sup> Quevedo, 1998, 11-20. Lloyd, 1987, 98-99.

<sup>21</sup> Wasserman, 1987, 276-278.

<sup>22</sup> Lloyd, 1995, 278-280 y 344-349. Creel, 1986.

En 1892 los vecinos pidieron la reducción de los antiguos ejidos a propiedad particular, respetando las distintas porciones que cada familia poseía, que marcaban las diferencias entre rancheros pobres y rancheros acomodados. El reparto atendió a poco más de 150 familias, dejando fuera a un centenar de inmigrantes recientes, que se convirtieron en medieros o peones de los rancheros acomodados. Con esta medida, los vecinos de Namiquipa quedaron a salvo, en lo general, de la aplicación de la ley de 1905, aunque algunas tierras que aún se consideraban públicas fueron adjudicadas a Joaquín Chávez, el poderoso cacique del distrito Guerrero; a Luis Comadurán, hombre fuerte de Bachíniva; y a varios rancheros acomodados.<sup>23</sup>

Las diferencias entre rancheros ricos, rancheros pobres y jornaleros eran muy marcadas y generaban fuertes tensiones sociales. En 1908 120 vecinos del pueblo dirigieron una carta a Porfirio Díaz en que reclamaban que el gobierno local los había despojado de bosques y pastizales comunes, vendiéndolos a particulares “ajenos” al pueblo. Recordaban: “Todas las haciendas vecinas, agobiadas por las constantes amenazas y agresiones de los bárbaros, estuvieron abandonadas desde el año 1832 hasta el de 1860; sólo Namiquipa sostuvo esta lucha asoladora siendo el único baluarte de la civilización en aquellas apartadas regiones”.<sup>24</sup>

No sólo habían combatido contra los apaches, decían, también habían sido firmes y leales defensores del liberalismo y la República entre 1858 y 1867, por lo que la injusticia que con ellos estaba cometiéndose era doble. Y el llamado de atención al abandono de las haciendas no era gratuito: Enrique Müller, el socio original de Luis Terrazas, desde 1871 había procurado por diversos medios hacerse con los mejores pastizales, y una y otra vez, en sus quejas, los namiquipenses machacaban sobre su carácter de defensores de la frontera y se remitían al bando del caballero de Croix para fijar la extensión de sus tierras. Pero ahora no era solo el hacendado vecino, sino los efectos de la ley de 1905: “Vemos con profundo pesar que esos terrenos que estimamos nuestros, porque los hemos recibido de padres a hijos y fecundado con el trabajo

---

<sup>23</sup> La historia del conflicto agrario en Namiquipa, en Nugent, 1990 y Alonso, 1995. Véanse ejemplos de las adjudicaciones de terrenos de los “antiguos ejidos” de Namiquipa, en POECh, 4 octubre 1906, pp. 21-23 (a varios miembros de la familia Comadurán); y 30 de diciembre de 1906, p. 31 (a varios miembros de la familia Ordóñez). Véase también la solicitud cursada por Joaquín Chávez para que se le adjudiquen 10,000 hectáreas de “terrenos nacionales” situados entre las tierras de los pueblos de Namiquipa y Cruces, en POECh, 9 abril 1908, p. 36.

<sup>24</sup> Citada por Katz, 1999, I:48-49.

constante de más de un siglo, van pasando a manos de extraños mediante el sencillo denuncia y el pago de unos cuantos pesos".<sup>25</sup>

Como el pueblo estaba dividido y carecía de recursos legales para defenderse, los vecinos inconformes buscaron otras vías para canalizar su descontento: las quejas contra el jefe municipal impuesto que actuaba arbitrariamente, desconociendo los delicados equilibrios del pueblo y sus orgullosas tradiciones. En enero de 1908, a petición de parte, El Correo publicó una carta que varios vecinos de Namiquipa dirigían "A los Altos Poderes del Estado", en la que acusaban a su jefe municipal, Victoriano Torres, de esas aparentes minucias pueblerinas que se repetían en las quejas que llegaban a Chihuahua desde muchos pueblos del estado. Entre los firmantes de la carta estaba José de la Luz Nevárez y había varios cervantes, rascones, córdovas y lujanés que habrían de figurar en las filas orozquistas o villistas.<sup>26</sup> El 22 de febrero llegaron a Chihuahua cincuenta vecinos de Namiquipa con la intención de obtener la remoción del jefe municipal, que venían solicitando desde tres años atrás. En vano.<sup>27</sup>

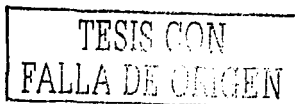
Así quedaron las cosas por casi dos años, hasta que el 21 de noviembre de 1910 se apoderaron del pueblo, al grito de "¡viva Madero!" un grupo numeroso de vecinos, encabezado por Félix Chávez, José Rascón Tena, José María Espinosa y Candelario Cervantes; reforzados por la gente de Cruces, que mandaban Telésforo Terrazas y José Bencomo (éste último, vecino de Temósachic) y por la de varios pueblos y ranchos del municipio, que tenían por jefes a José de la Luz Nevárez y Andrés U. Vargas. Y si bien el 28 de noviembre toda esta gente se incorporó a las fuerzas de Pascual Orozco, muchos de ellos se pasarían a las filas villistas desde 1911.<sup>28</sup> Esos vecinos de Cruces encabezados por Nevarez y Bencomo, tenían mayores motivos de queja que los de Namiquipa, pues desde 1885 habían perdido casi todas sus tierras, de las que se apoderaron Luis Terrazas y Enrique Müller, y los efectos de la ley de 1905 fueron ahí más devastadores.

<sup>25</sup> Citado por Katz, 1982, I:25.

<sup>26</sup> El Correo, 28 y 29 de enero de 1908. Firman Jesús Gutiérrez, Pedro Loya, Carlos Estrada, P. Barrera, José Espinosa, O. Gutiérrez, E. Muñoz, P. Barrera, Simón Luján, P. Delgado, Miguel Córdova, Anastasio Vázquez, D. Muñoz, Felipe Tena, Miguel Vázquez, José de la Luz Tena, F. Gándara, Praxedes Rascón, Manuel Duarte, Juan Luján, José Cervantes, José Ma. Cervantes, Víctor Chávez, Concepción Cervantes, Francisco Luján, Fidel Heras, J. de la Luz Vázquez, Miguel Quezada, Perfecto Caraveo, Leandro Márquez, Julián Arriola, Cenobio Varela, Paz Márquez, Patrocinio González, Longino Ribera, Tecló Ontiveros, José Varela, Filomeno Varela, Francisco Antillón, C. Salcido, Juan Ruiz, Paz Vázquez, Sabino Morales, José de la Luz Nevárez, Pedro T. Rascón, Isauro Mariscal, Vidal Tena, Angel Antillón, en Namiquipa, enero 15 de 1908.

<sup>27</sup> El Correo, 26 de febrero 1908.

<sup>28</sup> Calzadafaz, 1958, I:38-39.



La aplicación de la ley de 1905 causó un descontento generalizado en el distrito Galeana. En Janos y Buenaventura las corporaciones protestaron por la aprobación de la ley y se opusieron a su aplicación. En Janos encabezó la resistencia el presidente del ayuntamiento,<sup>29</sup> un rancharo de mediano pasar, propietario de tierras y criador de caballos finos, descendiente de los primeros colonos de la frontera, llamado Porfirio Talamantes.<sup>30</sup> Cuando el jefe político ordenó que los ayuntamientos iniciaran la medición de los terrenos municipales para proceder a su fraccionamiento y venta, el de Janos se opuso y otorgó amplios poderes a Talamantes para pedir al presidente de la República y al secretario de Fomento que no se desamortizaran las tierras del pueblo. El secretario de Fomento, Olegario Molina, ordenó a Creel interrumpir el fraccionamiento de Janos mientras se estudiaba el asunto. En 1907 Fomento dio luz verde y Talamantes fue enviado a México por segunda vez a pedir que la desamortización se hiciera con criterios equitativos, entregándose las tierras gratuitamente a los vecinos que las habían poseído desde tiempo inmemorial, aunque no pudieran pagarlas. A principios de 1908 la Secretaría de Fomento declaró improcedente la petición y ordenó al ayuntamiento que fraccionara ya las tierras. En octubre, el ayuntamiento, en una clara maniobra dilatoria, suspendió el proceso so pretexto de que no se había dictaminado cuáles eran los terrenos municipales. Entonces Creel implicó a Talamantes en la conspiración magonista que acababa de ser descubierta en Casas Grandes y logró que fuera declarado fuera de la ley. Talamantes alcanzó a escapar a los Estados Unidos con el auxilio de amigos de La Ascensión, pero sus partidarios fueron perseguidos y, algunos de ellos, encarcelados. En noviembre de 1908, los terrenos municipales de Janos fueron rápidamente medidos y fraccionados, e inició el proceso de enajenación.

En los ocurros enviados por Talamantes a las autoridades estatales y federales en 1908, resulta evidente que los vecinos de Janos no se oponían al fraccionamiento, sino a que su resultado fuera el despojo de los rancheros pobres. Se negaban a que los antiguos ejidos, en cuya posesión estaban, fueran entregados a los rancheros ricos del pueblo y a fuereños, únicos que podían pagarlos y cercarlos.<sup>31</sup> Y eso fue lo que pasó: los Zozaya (uno de los cuales era el jefe municipal), los Mápula y los Azcárate, ricos rancheros-comerciantes, se adjudicaron unas 95,000 hectáreas de terrenos pastales, el 84% de la extensión de los antiguos ejidos, expulsando de estas

<sup>29</sup> El cargo de presidente del ayuntamiento generalmente se le otorgaba al primer regidor, que fungía como jefe de la corporación, sin las funciones administrativas encargadas a los jefes municipales.

<sup>30</sup> Véase el proceso general de la desamortización en Janos, en Lloyd, 1995, 313-327. Katz, 1999, 1:51-55, se apoya fundamentalmente en el estudio de Lloyd, insertando el caso en el panorama general del estado.

tierras a sus poseedores. Las cartas que firmaron numerosos vecinos de Janos en 1909 parecen la lista del detall de las fuerzas que Porfirio Talamantes condujo a la Revolución en 1910 y en 1913: Simón Rentería, Ruperto Verduzco, los hermanos Madrid, los hermanos López, Paulino Flores y otros firmantes de las protestas entre 1905 y 1909, fueron sus oficiales y soldados.<sup>32</sup>

En Casas Grandes el proceso fue mucho menos complicado, pues a diferencia del aislado pueblo de Janos, que casi no había crecido, Casas Grandes había multiplicado su población y las diferencias entre rancheros-comerciantes y rancheros pobres eran significativas. En 1904 el pueblo contaba con su fundo legal, su ejido y sus terrenos municipales, tanto pastales como de cultivo, que en términos generales se arrendaban a medieros y rancheros pobres, según derechos consuetudinarios. El ayuntamiento, controlado por los rancheros-comerciantes vinculados al clan Terrazas, echó a andar rápidamente el fraccionamiento y venta de los mejores terrenos de riego, que fueron comprados por las familias Quevedo, Galaz, Parra, Hernández y Portillo. También se adjudicaron terrenos municipales de Casas Grandes a Jacobo Anchondo, administrador de la hacienda terraceña de San Diego; al propio Terrazas, que acrecentó así los pastos y bosques de sus haciendas de San Diego y Tapicicatas; a Luis E. Booker, quien ya poseía cerca de 180,000 hectáreas en el distrito; y a varios mormones de las colonias Juárez y Dublán. Como resultado, muchos rancheros del pueblo se quedaron sin pastos para sus ganados y algunos perdieron incluso sus tierras de cultivo. Desde 1906, antiguos rancheros independientes se vieron obligados a trabajar como vaqueros en las haciendas terraceñas o a emigrar a los Estados Unidos.<sup>33</sup>

No hubo en Casas Grandes una protesta articulada, como en Janos, ni sus rancheros pudieron apelar a la vía legal, de modo que no resulta extraño que desde 1906 el pueblo se convirtiera en un foco de conspiraciones magonistas, punto de apoyo de las revueltas libertarias encabezadas por Praxedis Guerrero y José Inés Salazar en 1908 y 1910. Lo que sí resulta extraño, al menos a primera vista, es la personalidad de algunos de los principales magonistas del pueblo, como José Parra y Silvestre Quevedo, pertenecientes justamente a las familias que se habían beneficiado de la desamortización de los terrenos municipales. Según un descendiente de los generales orozquistas Rodrigo y Arturo Quevedo, sobrinos de Silvestre e hijos de José, varias veces jefe político y presidente municipal, su familia tenía algunas propiedades pero nada

<sup>31</sup> Véanse en El Correo, 21 de septiembre de 1908; 1º de octubre de 1908 y 20 de noviembre de 1908.

<sup>32</sup> Lloyd, 1995, 326-327.

<sup>33</sup> Lloyd, 1995, 292-305.



importante, y vivían de su propio trabajo.<sup>34</sup> Sea lo que fuere, es este un tema abierto para futuras investigaciones.

El principal magonista de Casas Grandes era José Inés Salazar: hijo de rancheros pobres aunque con arraigo en Casas Grandes, emigró muy joven a los Estados Unidos, donde trabajó como bracero y se unió al PLM. Cuando se preparaba la revuelta de 1908, Salazar convenció a varios paisanos suyos de levantarse en armas en Casas Grandes, pero la policía de Creel descubrió la conspiración y aprehendió a una veintena de vecinos fueron aprehendidos y enviados a Chihuahua, entre ellos José C. Parra, Buenaventura Parra, Juan E. Acosta, Rodrigo Gómez, Maximiano Lucero, Santos Ponce, Enrique Portillo, Toribio Ontiveros y Silvestre Quevedo. Desde la Penitenciaría, José C. Parra dirigió varias cartas a Silvestre Terrazas, que éste publicó en El Correo, en las que rechazaba “los estupendos cargos de revolucionarios” hechos a hombres “honrados y pacíficos” que “desde los más tiernos años hemos sido humildes labradores”. Ya se verá que la acusación no era tan improcedente. De cualquier manera, el brillante abogado Aureliano S. González logró que el juez desestimara las pruebas presentadas contra Quevedo, Gómez y Ponce, excarcelados en diciembre. A lo largo de 1909 fueron liberados otros, aunque varios permanecieron en prisión hasta 1911, en remoto castillo de San Juan de Ulúa.<sup>35</sup>

Pero los jefes de la conspiración no se enteraron a tiempo de la aprehensión de sus partidarios, de modo que el 1º de julio, de acuerdo con el plan previamente trazado, once hombres armados, entre los que iban Enrique Flores Magón, Praxedis Guerrero y José Inés Salazar, penetraron a territorio nacional, atacaron el resguardo fronterizo de Palomas y se encaminaron hacia Casas Grandes. Muerto Francisco Manrique y heridos tres o cuatro de los atacantes, entre ellos Guerrero, el grupo se perdió en las vastas soledades del distrito Galeana. Un historiador afirma que José Inés Salazar, único que conocía el terreno, los abandonó en el camino, pero dado que Salazar siguió siendo hombre de confianza de los Flores Magón y de Guerrero, lo más probable es que se trate de una acusación gratuita, debida a su futura militancia orozquista y huertista. El hecho es que se perdieron y tuvieron que regresar a los Estados Unidos. De todos modos, nadie los esperaba en Casas Grandes.<sup>36</sup>

---

<sup>34</sup> Quevedo, 1998, 15-18.

<sup>35</sup> El Correo, 22 y 25 de junio, 24 de noviembre y 27 de diciembre de 1908. Almada, 1964, I:114-116. Se atribula la jefatura de la conspiración a Santana Pérez, en el distrito Guerrero, y a Silvestre Quevedo, en el de Galeana, ambos eran veteranos luchadores de las guerras indias.

<sup>36</sup> Martínez Núñez, 1960, 159-170.

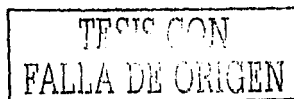
Las cosas no quedaron ahí, pero como en tantos otros lugares, permanecieron en pausa hasta diciembre de 1910, cuando un rancharo acomodado de Casas Grandes: ese mismo José C. Parra que escribió en 1908 que el gobierno le había levantado falsos, reunió a aquellos fallidos rebeldes en un paraje cercano a Casa de Janos (poblacho situado 30 kilómetros al sur de Janos) para sumarse a la bola que había echado a rodar don Panchito Madero, aunque no bajo sus banderas sino, faltaba más, bajo la bandera roja del Partido Liberal Mexicano. Desde Casas Grandes llegaron algunos jinetes mandados por Rodrigo y Arturo Quevedo, Rodrigo Gómez, Enrique Portillo y Santos Ponce; desde allende la frontera concurrieron Praxedis Guerrero, José Inés Salazar y Lázaro Alanís; desde Janos, Porfirio Talamantes y sus compañeros; y todos juntos se fueron a atacar Janos.<sup>37</sup>

En La Ascensión y Galeana el proceso de desamortización fue parecido al de Casas Grandes, aunque sus tierras tenían menos valor, las de La Ascensión por secas y las de Galeana por aisladas. Como en Casas Grandes, los beneficiarios fueron los ricos del pueblo (aunque en La Ascensión también obtuvieron algunas de las mejores tierras los mormones de Colonia Díaz) y los rancheros perjudicados se sumaron al magonismo y en 1910 militaron al lado de los rebeldes de Casas Grandes y a las órdenes de los jefes originarios de ese pueblo.<sup>38</sup>

El único de los siete pueblos revisados en este capítulo cuyos vecinos no se sumaron a la rebelión de 1910, a la que, por el contrario, combatieron, fue Buenaventura. Según Jane Dale Lloyd, esta actitud se debió a que al contrario de los otros pueblos, Buenaventura no perdió tierras, sino que acrecentó sus terrenos durante el proceso de deslinde de terrenos baldíos, en 1884-86, y no fue afectado por la ley de 1905. Buenaventura sólo había sido dotado con 7,000 hectáreas (aunque más húmedas y mejor irrigadas que las del resto del distrito) cuando fue fundado por agricultores criollos a fines del siglo XVIII; y en el siglo XIX el régimen de propiedad imperante fue el de condueñazgo, que no era afectable por las leyes desamortizadoras. El mismo régimen de condueñazgo permitió que los rancheros tuvieran capital líquido para comprar baldíos colectivamente deslindados en la década de los ochenta, lo mismo que para la defensa de las tierras del pueblo ante la expansión de las haciendas. Finalmente, en una zona donde imperaban los títulos de propiedad imperfectos o defectuosos, los rancheros de Buenaventura se habían preocupado por regularizarlas, de manera que el ayuntamiento informó al

<sup>37</sup> Quevedo, 1998, 34-40.

<sup>38</sup> Lloyd, 1995, 305-313 y 332-334.



gobierno del estado en 1908, cuando se le ordenó desamortizar las tierras del pueblo, que casi todas eran propiedades particulares debidamente tituladas. Solo un terreno de 450 hectáreas seguía siendo público y era arrendado por el municipio a los rancheros pobres. Cuando el gobierno del estado ordenó el fraccionamiento y venta de ese terreno, la comunidad en pleno lo rechazó, incluidos los más prósperos rancheros, y el ayuntamiento apoyó la defensa de las tierras comunes. Como se trataba de una pequeña extensión y no de decenas de miles de hectáreas, como en Janos, el gobernador Creel lo dejó estar.<sup>39</sup>

Esta actitud, así como la solidez de los lazos de solidaridad en Buenaventura que resistieron mejor que los de los otros pueblos el embate de la modernización, puede ser explicada por la presencia de una peculiar figura carismática: el párroco Pedro Pablo Royo. Presumiblemente español, el padre Royo empezó a promover la organización de sus feligreses según los lineamientos de la Rerum Novarum como medio para elevar el nivel de vida y educación de los campesinos y de contener la creciente influencia de los mormones y los protestantes. Para don Pedro Pablo la cercanía de los mormones no representaba sólo una amenaza para la fe del pueblo, sino también para sus tierras y sus medios de vida.

Activo y emprendedor, el padre Royo consiguió la ayuda o la asesoría de su propio obispo, monseñor Gavilán, y de otros prelados católicos: la de Silvestre Terrazas y de los dos laicos más activos a nivel nacional en el impulso de la acción social de la Iglesia, Miguel Palomar y Vizcarra y José Refugio Galindo, lo mismo que de los notables del pueblo, entre ellos el jefe municipal Jesús M. Terrazas, próspero comerciante y mediano terrateniente emparentado con el general Terrazas. Royo organizó el Sindicato Agrícola de San Buenaventura, que logró abrir un centro recreativo, una panadería, una biblioteca, una escuela para niños y una escuela nocturna para adultos, además de funcionar como cooperativa de crédito popular, que ayudó a impedir que los rancheros del pueblo fueran víctimas de los agiotistas (el agio y la usura fueron elementos importantes en el despojo de los rancheros de Casas Grandes y Galeana). A fines de 1909 el Sindicato decayó por el traslado del párroco a Ciudad Jiménez pero, como él hubiera dicho, la semilla quedó sembrada.<sup>40</sup>

En fin, Friedrich Katz ha señalado que lo notable de la reacción de los pueblos contra la ley del 25 de febrero de 1905 no es que se haya dado, sino lo limitado de su alcance, en

---

<sup>39</sup> Lloyd, 1995, 337-344.

<sup>40</sup> Ceballos, 1991, 257-260 y 372. Véanse también los informes publicados en El Correo, escritos a veces por el propio párroco, 30 de septiembre, 22 de octubre, 21 de noviembre y 14 de diciembre de 1907,

comparación con la ola de levantamientos de la primera mitad de la década de 1890, máxime que la ofensiva de 1905-1907 contra las tierras municipales y la autonomía de los pueblos fue mucho más feroz y sistemática. Esto puede explicarse porque los años de 1891-95 fueron de recesión y sequía y los de 1905-07 de auge económico, por lo que muchos de los rancheros y medieros despojados o desalojados pudieron hallar trabajos bien pagados en las haciendas, en las minas o en los Estados Unidos. Otra razón es que en 1891-95 la oligarquía estaba desunida y un sector de ella (el terracista) apoyó o por lo menos alentó las revueltas, mientras en 1905-07 estaba firmemente unida y el gobierno estatal era mucho más fuerte. Finalmente, hay que señalar que la modernización precedente y las características de la ley del 25 de febrero socavaron la unidad interna de los pueblos y ahondaron sus divisiones, como hemos visto en Casas Grandes y Galeana, como pasó también en San Andrés y Satevó o, lo veremos, en Cuchillo Parado. Añádase que los pueblos no tenían ya autoridades municipales que los representaran y defendieran, sino que estas se debían al gobernador. El caso de Janos y Buenaventura, donde la corporación municipal asumió la defensa de las tierras públicas, fue excepcional.<sup>41</sup>

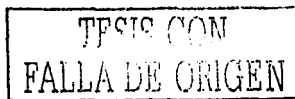
## 2. El corazón del país de Orozco.

El valle del río Papigóchic fue uno de los centros de producción agrícola más importantes de Chihuahua desde el siglo XVII y sus pueblos formaron desde la colonia una unidad histórica, junto con los pueblos del valle del Santa María, (Bachíniva, Namiquipa y Cruces), los minerales de la sierra que dependían de los pueblos papigochis para comer y de Ciudad Guerrero para poner sus metales en el mercado, y desde su creación en 1907, San Pedro Madera.<sup>42</sup>

La región empieza en el primero de los pueblos del Papigóchic, Ranchos de Santiago, al que siguen, remontando el río, Ciudad Guerrero y las cercanas San Isidro y Miñaca, luego Santo Tomás, Matáchic, Tejolócacchic y, finalmente, Temósachic en el extremo norte del valle, donde este se cierra y el río tiene que ingeniárselas para tajar la Sierra y salir del otro lado con el nombre de Yaquí. Todavía en el valle está el pueblo de Yepómera, desde donde el ferrocarril

<sup>41</sup> Katz, 1999, 1:49-51.

<sup>42</sup> Víctor Orozco, 1995, y Carlos González Herrera, 1986b, han hecho excelentes trabajos de investigación sobre la conformación histórico-social de esta región.



subía a las tierras altas que eran propiedad de Hearst, paraba en San José de Bavícora, y subiendo aún más, terminaba en San Pedro Madera, donde todo era propiedad de la compañía maderera.

Ciudad Guerrero fue fundada en 1649 con el nombre de Villa de Aguilar (Luego Concepción), como puesto avanzado de frontera. Destruída varias veces fue refundada otras tantas pues se daba una importancia capital a la pacificación y colonización del valle del Papigóchic no tanto por su potencial agrícola sino por su posición estratégica como cuña entre tarahumaras y conchos. A fines del siglo XVII se había Consolidado Concepción como puesto militar con la encomienda de defender las misiones jesuitas de Carichic, Matáchic, Santo Tomás Y Yepómera. En el siglo XVIII esas misiones se convirtieron en pueblos de agricultores y barrera de contención contra los apaches.<sup>43</sup> Además de la expulsión de los jesuitas, que en muchos sentidos dejó a los tarahumaras a su suerte, fue el recrudecimiento de la guerra apache lo que permitió esta transformación. La guerra causó también el abandono de la mayoría de las haciendas y la consolidación, en el siglo XIX, de los pueblos de rancheros libres. Las leyes liberales de desamortización permitieron poner un poco de orden en la defectuosa o inexistente titulación de las tierras de estos rancheros, buscando la reducción a propiedad particular de todas estas tierras, procurando no afectar a sus poseedores.<sup>44</sup> Para 1870 se habían consolidado unas 400 fincas rústicas explotadas por los vecinos de estos pueblos. Además, había numerosos propietarios de ganado que no tenían tierras, cuyos animales pastaban en terrenos nacionales, en los ejidos de los pueblos, o simple y llanamente en cualquier pastizal sin dueño visible. Fueron estos pastizales lo que los rancheros del Papigóchic perdieron durante la acción de las compañías deslindadoras (1883-1886) y la aplicación de la ley del 25 de febrero de 1905 (1905-1907).<sup>45</sup>

<sup>43</sup> Sobre la colonización misionero-militar del Papigóchic, véase León García, 1992, 81-108. El libro de León García es la mejor investigación sobre el trabajo de los jesuitas entre los tarahumaras en los siglos XVII y XVIII. Véase también Márquez Terrazas, 1993. Sobre las características de tarahumaras y apaches, véase sobre todo González Herrera y León García, 2000; y sobre la guerra apache, Orozco, 1992.

<sup>44</sup> Como señala Víctor Orozco, algunos de estos pueblos fueron dotados por la corona en el siglo XVIII, pero en general se establecieron en tierras irregularmente compradas a haciendas, o por simple ocupación de las tierras de las misiones o de la corona: los rancheros se establecían en tierras sin dueño visible, y dejaban lo demás al tiempo. Las leyes locales de desamortización de 1851 y la federal de 1856 fueron aplicadas aquí con la intención de poner orden en el caos, y algo se logró: en 1870, en el cantón Guerrero (cuyo eje era el valle del Papigóchic, que concentraba casi toda su población) estaban registradas 320 propiedades rústicas cuyo valor iba de los 100 a los 999 pesos; 78 cuyo valor iba de los 1000 a los 3999; y sólo seis con valor superior a 5000 pesos. Orozco, 1995, 18-21 y 25-26.

<sup>45</sup> Orozco, 1995, 26. Las estadísticas para el distrito Guerrero, lo mismo las de 1830, las de 1848, las 1870 y las de 1900, muestran que el sector social más numeroso en el distrito Guerrero eran los rancheros independientes, como pasaba en el cantón Balleza antes de su desaparición, y en el cantón Galeana en los

Estos rancheros independientes no vivían aislados, en sus ranchos, como los de Jalisco, Guanajuato o Guerrero, sino en los pueblos.<sup>46</sup> Los pueblos son aquí el sujeto cultural e histórico que más nos interesa resaltar. El pueblo es la principal seña de identidad de los habitantes de la región; el espacio en que se generaron alianzas económicas, militares, políticas y familiares, lo mismo que rivalidades y pleitos. Cada pueblo formó su contingente durante la guerra apache y las guerras de Reforma e Intervención. Como pueblos acudían ante las autoridades a presentar quejas y denuncias. Y a pesar del innegable espíritu independiente de sus vecinos y de que se veían a sí mismos como pequeños propietarios, tenían sólidas costumbres comunitarias. El único antídoto eficaz contra las correrías apaches, al menos hasta bien entrada la década de 1870, fue la organización y autodefensa de los pueblos.<sup>47</sup>

Las grandes propiedades de origen colonial, que de por sí no abundaban, desaparecieron para todo fin práctico durante la guerra apache. En su lugar se consolidaron los pueblos libres y los rancheros se convirtieron en el grupo social más dinámico e importante de la región. Pero durante las fases más sangrientas de las guerras indias, luego de la firma de los Tratados de Guadalupe Hidalgo y hasta la década de 1870, en el seno de éste grupo social fue formándose una nueva élite, cuyo origen es político-militar en muchos sentidos (la formaron los jefes de los pueblos en la lucha contra el enemigo errante), pero que pronto buscó consolidar su poder mediante la posesión de haciendas compradas a precio de regalo a sus antiguos dueños. Estos nuevos hacendados estaban firmemente aliados con los rancheros para los asuntos de guerra y política local, aunque en términos de dinero y poder se fueran diferenciando de ellos cada vez más. Así cobraron relevancia apellidos como González, Herrera, Casavantes, Bencomo y Comadurán, y nació el grupo Guerrero o guerrerista, que dominó la política estatal durante varios años. Estos modestos hacendados pronto habrían de entrar en conflicto directo con los grandes

---

tres primeros censos, a diferencia de lo que ocurría en el resto del estado, donde "peones o sirvientes" eran mayoría. Véanse Orozco, 1995, 26; Esdcudero, 1834, 63-82; y Ponce de León, 1907, 25-26.

<sup>46</sup> Esta ausencia de rancheros aislados tenía razones de arco y flecha... o de winchester, cuando comerciantes estadounidenses empezaron a hacer buenos negocios con los apaches, con la tácita aprobación de su gobierno, que no veía con malos ojos el despoblamiento y la inseguridad de la frontera mexicana. Por eso, llegó a ser común en los años más duros de la guerra (luego de los tratados de Guadalupe-Hidalgo y hasta, digamos, 1875-1880), que los apaches estuvieran mejor armados y montados que los campañadores y demás fuerzas de la frontera mexicana.

<sup>47</sup> Orozco, 1995, 14-16 y 145.

terratenientes que tenían la base de su poder —sus tierras— en los distritos Iturbide y Galeana y que encabezaba el general Terrazas.<sup>48</sup>

Vale la pena que revisemos la lucha entre terraceños y guerreristas, tanto para informar del ascenso del general y de la formación y consolidación de la oligarquía, como para entender los agravios que contra ella tenían los modestos hacendados y los rancheros de Guerrero. En la década de 1860 tres facciones competían por el control del partido liberal: la vieja clase política de la capital, cuya figura más significativa era el general Angel Trías; la élite político-militar surgida de entre los jefes de los campañadores del distrito Guerrero, encabezada por el coronel Jesús José Casavantes; y el grupo encabezado por el general Luis Terrazas, formado en el grupo de Trías y que fue adquiriendo fuerza propia durante su primer periodo al frente del gobierno del estado (1861-1864), mediante la bien pensada aplicación de las leyes de desamortización de los bienes del clero, que le permitieron distribuir tierras y edificios entre políticos y hacendados.<sup>49</sup>

Durante la guerra de Intervención las facciones liberales encabezadas por Trías, Terrazas y Casavantes, se enfrentaron entre sí por el control local y el apoyo del presidente Juárez, lucha en que venció Terrazas. Al triunfo de la República, Terrazas fortaleció su grupo con las viejas familias terratenientes y mineras que habían militado en el bando conservador, con las que estaba emparentado (por su matrimonio con Carolina Cuiltly) y logró hacer a un lado a un ya viejo Trías y a un Casavantes cuya influencia se restringía al distrito Guerrero. Desde entonces, Terrazas pudo convertirse en el cacique del estado, pero en 1872 y en 1876 cometió el error de oponerse a las aspiraciones de Porfirio Díaz, mientras los guerreristas respaldaron las revueltas de la Noria y Tuxtepec. De cualquier manera, Terrazas conservó la hegemonía política hasta 1884, cuando don Porfirio asumió por segunda vez la presidencia de la República y habiendo neutralizado a los caudillos del noreste (Gerónimo Treviño, Francisco Naranjo, Servando Canales y Evaristo Madero), empezó a centrar su atención en Terrazas. Este decidió ahorrarse el enfrentamiento con

---

<sup>48</sup> Cfr. González Herrera, 1986b.

<sup>49</sup> Francisco R. Almada sostiene, con el apoyo de una impresionante documentación que buscó en el Archivo de Notarías, que los latifundios de la oligarquía ligada a Terrazas tuvieron su origen en la desamortización de los bienes del clero, considerando que, salvo las vinculadas a la Iglesia, las grandes propiedades coloniales se colapsaron durante las primeras etapas de las guerras indias. Almada muestra una lista de casi 200 fincas rústicas y urbanas vendidas por el gobierno de Luis Terrazas a particulares entre 1861 y 1864, destacando entre estos particulares los parientes y socios del general Terrazas, los diputados locales y los magistrados miembros de la vieja clase política u hombres fuertes de variopintas regiones del estado, que se convirtieron en esos años al terracismo. La mayor parte de las ventas se hicieron en los distritos Iturbide, Camargo y Jiménez. Almada, 1958, 132-162.

el joven y enérgico presidente y aparentó retirarse a sus negocios. Empezó entonces el dominio político de la segunda generación de guerreristas.<sup>50</sup>

Como era su costumbre, Díaz envió a uno de sus leales compañeros tuxtepecanos a gobernar chihuahua: el general Carlos Pacheco (nacido en Balleza), quien llegando al estado se alió con los guerreristas, encabezados ahora por dos sobrinos políticos de don Jesús José Casavantes: Celso González y Manuel de Herrera. Conscientes de que la razón del fracaso político de su facción en las anteriores lides se debió a que nunca lograron extender su influencia más allá del distrito Guerrero, se aliaron rápidamente con Lauro Carrillo, empresario minero de los distritos serranos; con Félix Francisco Maceyra, cabeza de la segunda generación de la derrotada y reducida facción de Trías, con fuerte base en la capital; con Jesús E. Valenzuela, mediano hacendado del distrito Benito Juárez y, sobre todo, con Juan María Salazar, propietario de tierras y minas en Parral y Cusiuhuiríachic, con quien pronto formaron la sociedad comercial "González, Herrera y Salazar", que se estableció ya no en la remota Ciudad Guerrero, sino en Chihuahua, donde fundó el Banco Minero en 1880.

El general Terrazas también reforzó. Al respaldo de las familias conservadores que tenían grandes extensiones de tierra en los distritos Iturbide, Camargo y Jiménez (como las dos familias Zuloaga, los Cuiltly, los Luján y los Falomir), añadió las nuevas alianzas que fue tejiendo con los Samaniego y Ochoa de Ciudad Juárez; los Botello y los Porras de Parral; los Rascón de Uruáchic; los Becerra de Urique; y tres hombres del distrito Guerrero que serían piezas clave en su lucha por el control del estado y la derrota de los guerreristas: el capitán Joaquín Chávez, antiguo campañador, modesto terrateniente y activo comerciante, rival de González y Herrera; Luis J. Comadurán, hombre fuerte de Bachíniva y dueño también de una regular hacienda; y Urbano

<sup>50</sup> El ascenso de Terrazas y la política local en Wasserman, 1987, 41-92. Es fundamental en esta reconstrucción la polémica que sobre la figura del general Terrazas mantuvieron dos ilustres historiadores chihuahuenses: Francisco R. Almada y José Fuentes Mares. Almada, historiador regional erudito y detallista, escribió que Terrazas había acumulado sus enormes posesiones mediante la aplicación fraudulenta o ilegal de las leyes de desamortización de los bienes del clero entre 1861 y 1864; de las de terrenos nacionales entre 1866 y 1870; de terrenos baldíos entre 1883 y 1886 y, aunque en menor medida, de terrenos municipales de 1905. También destacó la actitud oportunista y acomodaticia de Terrazas durante la guerra de Intervención (Almada, 1950). Los descendientes del general consideraron estos cargos falsos e injustos y pidieron a Fuentes Mares que mostrara lo que ellos consideraban la verdadera personalidad del general, cosa que el ilustre filósofo e historiador chihuahuense hizo con la buena pluma y la solvencia que le caracterizaba, aprovechando muchos de los papeles de la familia (Fuentes Mares, 1954). En respuesta a este último, Almada rastreó en el Archivo de Notarías y otros repositorios, los documentos que le permitían reforzar (hasta el cansancio) sus afirmaciones sobre el ascenso económico y político del general (Almada, 1958).



Zea, miembro de las antiguas familias conservadoras de Ciudad Guerrero, que fue jefe político de Guerrero desde 1894 hasta 1910.

Los conflictos entre guerreristas y terracistas se entretujieron con la violencia política desatada por la aplicación de las leyes de terrenos baldíos, la recesión económica y las sequías que asolaron al Estado en los últimos años de la década de 1880. Siempre se ha sospechado que Terrazas alentó la rebelión de Tomóchic y las revueltas que sacudieron los distritos Guerrero y Galeana entre 1891 y 1895, buscando debilitar al régimen de Carlos Pacheco y de su sucesor, Lauro Carrillo. Al mismo tiempo, el poder económico de los Terrazas y sus socios crecía al ritmo del auge ganadero y del crecimiento de la inversión norteamericana, que había encontrado en los abogados del clan Terrazas sus gestores e intermediarios, mientras la sociedad González, Herrera y Salazar, que le había apostado a la banca y las minería, fue duramente golpeada por la recesión de la década de 1880 y en los años noventa sus intereses financieros fueron paulatinamente absorbidos por los del clan Terrazas. Un tercer factor en el declive de los guerreristas fue el reposicionamiento de los terracistas a nivel nacional: mientras Carlos Pacheco caía de la gracia del dictador, crecía la importancia de los "científicos", entre los que se contaba Enrique C. Creel. Luego de los sucesos de Tomóchic, Díaz retiró su apoyo al grupo guerrerista y designó a un gobernador que no se identificaría con ellos ni con Terrazas: Miguel Ahumada.

En 1903, luego de diez años de gobierno de Ahumada, Luis Terrazas regresó al poder, reconciliado con Díaz por mediación de Creel. Su grupo tenía para entonces el control económico del estado mientras González, Herrera, Salazar y los suyos estaban reducidos al distrito Guerrero y habían perdido sus negocios financieros y mineros y la oportunidad de convertirse en terratenientes. Y aunque el jefe político de Guerrero, Urbano Zea, trataba siempre de tenerlos contentos, el verdadero hombre fuerte regional era Joaquín Chávez.<sup>51</sup>

En los valles de los ríos Papigóchic y Basúchil, la acción de las compañías deslindadoras en la década de los ochenta no tuvo los alcances ni las repercusiones que en el vecino distrito Galeana y otras partes del estado, aunque algunos bosques, fueron adjudicados a particulares. No pasó lo mismo en la región serrana del distrito, como veremos. De todos modos, aunque relativamente suave, el cerco de algunos terrenos boscosos y pastales contribuyó a exaltar los ánimos de los guerrerenses y a darle una orientación al descontento surgido de la sequía y recesión económica que azotó con fuerza a la región en los últimos años de la década de 1880.

---

<sup>51</sup> Wasserman, 1987; Fuentes Mares, 1954; Almada, 1958; Márquez Terrazas, 1998.

Las revueltas armadas que sacudieron al distrito entre 1891 y 1895 fueron rápidamente sofocadas (con excepción de la de Tomóchie) y a fines de la década de 1890, cuando el crecimiento económico generalizado permitió que se aflojaran las tensiones sociales, la vieja élite del distrito Guerrero pareció resignarse con su nueva posición. Pero diez años después una nueva generación de guerreristas se involucró decisivamente en la lucha frontal contra el régimen de Díaz. El nuevo jefe, nacido en Ciudad Guerrero, tenía dos apellidos de viejo lustre: Abraham González Casavantes. En la nómina de los revolucionarios de 1910 en esta región encontramos los mismos apellidos que en las de los campañadores que lucharon contra los apaches y los conservadores.<sup>52</sup>

Las quejas contra los abusos de Joaquín Chávez y de los jefes municipales o seccionales eran pan cotidiano en los últimos años de la dictadura. Varios vecinos de San Isidro quisieron cobrarle añejas cuentas al viejo cacique haciendo encarcelar a su hijo Enrique Chávez por asesinato. En noviembre de 1907, el jefe municipal de Santo Tomás fue obligado a renunciar por los vecinos, y más de cincuenta de ellos enviaron una carta al gobernador pidiéndole que no volviera a enviarles un fuereño. En marzo de 1909 El Correo publicó varios remitidos anónimos de Temósachic, en que se quejaban de los abusos del jefe municipal, Miguel de los Ríos. Entre las víctimas del “despotismo” del funcionario se contaban varios miembros de la familia Bencomo (José y Emilio Bencomo Casavantes, de Temósachic, llegarían a jefes en las filas villistas). En 1910, según el rumor público, Ramón Dozal, nacido en Bachiniva y avecindado en de San Isidro, impidió que Luis J. Comadurán, cacique de Bachiniva, violara a una joven y en represalia, Comadurán inventó cargos judiciales que le permitieron remitirlo a la cárcel de Ciudad Guerrero. Dos hijos de Ramón Dozal, Juan y Luis, fueron oficiales revolucionarios. En fin, este tipo de denuncias, como hemos visto en los pueblos del “país de Villa”, menudeaban y echaban levadura al descontento creciente de los vecinos de los pueblos.<sup>53</sup>

Aunque menores que en el distrito Galeana, también aquí había conflictos de tierras. San Isidro, cuna de Pascual Orozco, tenía títulos de propiedad muy poco precisos sobre las tierras que usufructuaba desde mediados del siglo XVIII, aunque su esforzada participación en la guerra de Reforma, a las órdenes del coronel Ignacio Orozco, llevó al gobierno federal a darle en 1862 la categoría de pueblo y dotarlo con 2,300 hectáreas, órdenes instrumentadas por el jefe político Manuel de Herrera (entonces, jefe de los guerreristas), pero como la dotación fue colectiva, esas

<sup>52</sup> Orozco, 1992, 168.

<sup>53</sup> El Correo, 4 de diciembre de 1907, 10 y 19 de marzo de 1908, 3 de marzo y 10 de julio de 1909. P110/1/77, 1-10. P110/1/71.

tierras quedaron comprendidas en las sucesivas leyes desamortizadoras y para 1906 el capitán Joaquín Chávez era el dueño de casi todas las tierras del antiguo ejido, salvo algunas parcelas de labor en la rivera del río Basúchil. Entre los rancheros que seguían siendo propietarios y que habían litigado contra el cacique se contaban Albino Frías Chacón y Pascual Orozco Merino (padre de Pascual Orozco Vázquez).<sup>54</sup> Francisco Díaz Pacheco, revolucionario de San Isidro, de familia ranchera emparentada con los Orozco, declaró muchos años después:

Mire, aquí en esta región [...] el que originó la Revolución fue don Joaquín Chávez, de aquí de San Isidro. Ese fue el que la originó [...] El era el cacique de toda la región en tiempos de don Porfirio Díaz. Y contra él se levantaron todos los de aquí [...] Por eso empezaron los revolucionarios.<sup>55</sup>

En otros pueblos había conflictos similares. Los vecinos de Temósachic, Matáchic y Tejolocachic enviaron en 1910 varias cartas a El Correo, denunciando que algunos particulares vinculados a las autoridades de esos pueblos se habían adjudicado fraudulentamente buena parte de los terrenos municipales, al amparo de la ley de 1905.<sup>56</sup>

En un remoto rincón del distrito, perteneciente al municipio de Temósachic pero en realidad sustraído de su jurisdicción, una compañía maderera de capital estadounidense estableció un vasto campamento en el punto más alto al que llegaron las vías del ferrocarril en 1907. Así surgió el pueblo de San Pedro Madera, en un frío y angosto valle de las estribaciones de la Sierra. Madera y el remoto mineral de Dolores, aislado en el corazón de la Sierra, también en el municipio de Temósachic, eran dos pueblos en que no había otra autoridad que la de los gerentes de las compañías estadounidenses que explotaban el bosque y la mina.

Las compañías extranjeras eran parte fundamental del auge capitalista de Chihuahua y habían recibido concesiones, protección y gestoría del gobierno local y del clan Terrazas que, recibió grandes beneficios por su intermediación, de modo que las quejas de los vecinos de los pueblos cercanos a las compañías, despojados por estas de parte de sus ejidos, y las de los

---

<sup>54</sup> Orozco, 1995, 38-41.

<sup>55</sup> PHO/1/77, 19. Desafortunadamente, a pesar de la destacada actuación de Joaquín Chávez en los sucesos de Tomóchic, la entrevistadora no tenía ni idea de quién era el personaje, por lo que cambió de tema (de hecho, ante la primera declaración del entrevistado, supuso que era un ignoto caudillo maderista regional). Véase también en Puente, 1912, 24-26, el aborrecimiento de Pascual Orozco Vázquez por Joaquín Chávez, quien monopolizaba la arriería entre San Isidro y los minerales de la Sierra.

<sup>56</sup> El Correo, 17 marzo, 20 abril y 14 de junio de 1910. POECh, 4 octubre 1906, pp. 21-23; 21 abril 1907, pp. 28-29; 9 abril 1908, 36.

maquinistas, fogoneros y demás trabajadores del ferrocarril; de los operarios de las minas y las fundiciones; de los leñadores y los obreros de los aserraderos, eran sistemáticamente desoidas por las autoridades políticas y judiciales.

Fueron los dirigentes de las sociedades mutualistas de la ciudad de Chihuahua quienes denunciaron con insistencia las irregularidades que ocurrían en Madera y otros pueblos sojuzgados por "las compañías". En julio de 1907, Francisco Salas y Félix Villanueva, presidente y secretario de la Unión de Carpinteros Mexicanos, de Chihuahua, denunciaron en una carta pública que una compañía estadounidense estaba contratando carpinteros "para ir a trabajar a un punto llamado Madera", enganchando trabajadores en Chihuahua con falsas promesas, para que cuando llegaran a las remotas explotaciones forestales fueran tratados peor que presidiarios: todos aquellos que no llevaban dinero para pagar el pasaje de regreso, que eran los más, no podían hacer otra cosa que someterse a las condiciones impuestas por la compañía.<sup>57</sup>

Unos meses después El Correo publicó una especie de reportaje basado en las denuncias de los dirigentes mutualistas, en que se mostraba a Madera como un inmenso campamento poblado por 2,000 operarios dedicados a "rasurar aquellos bosques de virginidad legendaria" y a trabajar en los aserraderos. En "esa verdadera ciudad no impera más ley que la de la empresa" y nadie puede entrar a ella sin su permiso. "En abierta violación a nuestras leyes", denunciaba el diario, son los funcionarios (estadounidenses) de la compañía quienes ejercen el poder político. En el mineral de Dolores el control no era tan rígido, aunque el jefe seccional solía ponerse a las órdenes del gerente de la compañía ("que es quien le paga el sueldo", denunciaban los vecinos) y perseguía a los operarios mexicanos que exigían salario y trato igual al de los extranjeros, protegiendo además el monopolio comercial de la carísima tienda de raya de la compañía.<sup>58</sup>

En vísperas de la revolución, Ciudad Guerrero, la cabecera del distrito, era un pueblo pequeño, con una élite de rancheros-comerciantes formada por las familias González, Casavantes, Comadurán, Almeida, Bencorno, Amaya..., gente muy de a caballo y de armas tomar. Muchos años después Roberto Fierro Villalobos, oriundo de Ciudad Guerrero donde conoció a Pascual Orozco, Marcelo Caraveo, Abraham Oros, José de la Luz Blanco y otros que se harían famosos durante la revolución, explicó a una entrevistadora que le preguntó de donde sacaron los guerrerenses las armas en 1910: "Es que la gente de Guerrero toda estaba armada en

<sup>57</sup> El Correo, 8 de julio de 1907.

<sup>58</sup> El Correo, 7 y 16 de noviembre de 1908 y 26 febrero 1909.

esa época”, aún estaba fresca la guerra apache y viva la inseguridad de los caminos. Todos tenían su buen rifle o, al menos, una carabina de cacería, que se vendían, lo mismo que el parque, en las principales tiendas de Ciudad Guerrero. Todo campesino, por pobre que fuera, tenía su arma y su caballo. Además, y ojo con esto, todos tenían cierta formación militar, pues la única escuela primaria era la de don Mariano Irigoyen, internado o medio internado militarizado en que estudiaron de niños Abraham y Santiago González Casavantes, Carlos Almeida y José de la Luz Blanco, de Ciudad Guerrero; Pascual Orozco Vázquez, Marcelo Caraveo y Albino Frías jr., de San Isidro; José y Emilio Bencomo Casavantes, de Temósachic; y muy probablemente, Fortunato Casavantes, de Matáchic. Todos ellos fueron famosos jefes revolucionarios.<sup>59</sup>

El magonismo no impactó al distrito Guerrero con la misma fuerza que al de Galeana, aunque el viejo campañador Santana Pérez, avecinado en Ciudad Guerrero, había ofrecido a Praxedis Guerrero y José Inés Salazar un contingente de guerrerenses para la fallida revuelta de 1908. Mayor fue aquí el impacto de una novedosa forma de disidencia: el protestantismo. En 1887 se formó en Cusihuiriachic una congregación presbiteriana de la que formaba parte Teodoro Casavantes, quien el año anterior había dirigido una revuelta contra un supuesto fraude electoral. Desde 1882 el coronel Ignacio Orozco, jefe de los campañadores de San Isidro y héroe de las guerras de Reforma e Intervención, había abierto su casa de Chihuahua al culto protestante. Ignacio Orozco y Teodoro Casavantes tenían una fuerte influencia en el occidente del estado y su ejemplo fue seguido en 1887 por Pascual Orozco Merino y Albino Frías Chacón, quienes organizaron una congregación presbiteriana en San Isidro. A la de San Isidro siguieron las congregaciones de Ciudad Guerrero, Temósachic, Santo Tomás, San Pedro Madera y Namiquipa. En la primera década del siglo XX pertenecían a estas congregaciones José de la Luz Blanco, oriundo de Ciudad Guerrero, quien trabajaba una pequeña mina en Temósachic; Luis A. García, de Bachiniva, quien predicaba en el distrito Galeana y, naturalmente, Albino Frías y Pascual Orozco hijos. También Marcelo Caraveo, primo de Pascual. Desde años antes de la revolución el profesor Braulio Hernández, famoso predicador presbiteriano de Chihuahua, tenía nexos con los protestantes del distrito Guerrero.<sup>60</sup>

Según Jean Pierre Bastian, ser protestante en el México porfiriano era ser disidente frente a una concepción del mundo que pretendía ser monolítica y frente a un contexto político

<sup>59</sup> PHO/1/42, 1-20. Esa fuente no menciona a Fortunato Casavantes ni a Abraham y Santiago González; la estancia de estos dos últimos en la escuela de Mariano Irigoyen, en Almada, 1967, 16.

<sup>60</sup> Almada, 1964, 1:95. Bastian, 1989, 124-127.

“conservador y autoritario”. Las sociedades protestantes no sólo se ocupaban de asuntos religiosos sino que “desempeñaron una función con un carácter marcadamente político como espacio de oposición al porfirismo y de participación en la revolución maderista”. Para este autor, catolicismo y ultramontanismo eran sinónimos y, como Iglesia y como fe, el catolicismo era uno de los mayores obstáculos para la modernización de México, donde “modernización” implica entre otras cosas secularización y disolución del “corporativismo de antiguo régimen”. Para “conservar las tradicionales pautas antidemocráticas de dominio político y social” y la “represión de las libertades políticas”, la dictadura porfiriana se apoyó en la Iglesia católica. Por lo que las sociedades protestantes llevaron su oposición de la Iglesia al Estado “conciliador” y terminaron uniéndose a los enemigos del régimen de tal forma que la expansión de las redes protestantes tuvo efectos fundamentalmente políticos, al preparar el terreno para “la política en el sentido moderno del término”.<sup>61</sup>

Aunque a Bastian se le escapan las marcadas diferencias existentes entonces entre los católicos militantes y exagera la importancia de las redes protestantes en el estallido de la Revolución mexicana, sí es cierto que estas sociedades formaron a un número pequeño pero importante de dirigentes de la lucha armada en algunas regiones del norte, más por la disciplina y el hábito de la discusión que las iglesias presbiteriana y metodista inculcaban entre sus adeptos, que por el tránsito colectivo de los protestantes a la oposición, que Bastian no demuestra.<sup>62</sup> Aun en Chihuahua, el número de protestantes entre los jefes de la revuelta se limita al círculo más cercano a Pascual Orozco Vázquez, que mandaban en la lucha armada a rancheros católicos. En fin, también en contra de los argumentos anticorporativos de Bastian, la revolución en San Isidro, donde hay una relación clara entre el núcleo protestante y el estallido revolucionario, fue en muchos sentidos “restauradora”, es decir, los rebeldes exigían que se les devolvieran las tierras (poseídas colectivamente aunque trabajadas de manera individual) que se habían reconocido al pueblo en 1744 y confirmado en 1862, cosa que hizo el gobierno de Alvaro Obregón en 1921, al dotar al pueblo de casi 2000 hectáreas expropiadas a “los herederos de don Joaquín Chávez”. No

---

<sup>61</sup> Bastian, 1987, 304-312.

<sup>62</sup> Según algunos documentos encontrados por Víctor Orozco, los niños presbiterianos de Santo Tomás, San Isidro y Namiquipa destacaban de entre el resto de sus compañeros por la facilidad en el uso de la palabra hablada y escrita, resultado de estas características de la religión reformada. Entre esos niños estaban, digámoslo otra vez, Pascual Orozco Vázquez, Marcelo Caraveo, Albino Frías y otros futuros jefes de la rebelión de 1910. Orozco, s/f, 18.

hay aquí, pues, ese anticorporativismo sin el cual, según autores como Bastian, no hay modernidad que valga.<sup>63</sup>

Con estos antecedentes es natural que tan pronto existiera la posibilidad de organizar la oposición política, ésta hubiera arraigado en el distrito. A fines de 1908 Martín Casillas, Mariano Centeno y Arturo Betancourt fundaron clubes reyistas en Ciudad Guerrero y Temósachic. Aunque casi ninguno de quienes serían los principales conspiradores maderistas formaban parte de ellos, sí están los mimos apellidos: Orozco, Casavantes, Amaya, Loya, Antillón, González, Rascón, Salazar y Caraveo, es decir, miembros de las mismas familias de rancheros que habrían de dirigir la rebelión.<sup>64</sup>

Mucha mayor fuerza tuvo el antirreeleccionismo, llegado en 1909 a través de un retoño del grupo guerrerrista: Abraham González Casavantes, nieto del coronel Jesús José Casavantes y sobrino de Celso González y Manuel de Herrera, nació en Ciudad Guerrero en 1864 (justo cuando su abuelo era gobernador del estado). Estudió la primaria en la escuela militarizada de don Mariano Irigoyen y luego fue enviado al Instituto Científico y Literario de Chihuahua y brevemente a la Escuela Nacional Preparatoria. Cursó estudios comerciales en la Universidad de Indiana y regresó a Chihuahua en 1887 para integrarse a los extensos negocios familiares como Administrador de los tranvías de Chihuahua y luego como cajero principal del Banco de Chihuahua, antes de que este quebrara. Es decir, vivió personalmente la derrota política y económica de su familia, viendo como pasaban a manos del clan Terrazas la compañía de tranvías y el banco fundados por la sociedad "González, Herrera y Salazar. Luego del desastre familiar explotó algunas pequeñas minas en Villa Aldama y fue introductor de ganado: en 1907 y 1908 contactó a antiguos condiscípulos y empezó a introducir vaquillas y sementales de ganado Hereford, importados desde Indiana, para la mejora de la ganadería local. A partir de 1909 se dedicó a la que sería su pasión principal y que habría de costarle la vida (como dice Jorge Ibarquengoitia del padre Domingo Perifón): hacer la Revolución. Roque Estrada, secretario de Madero en 1909, cuenta la impresión que le produjo el serrano chihuahuense cuando lo conoció en

---

<sup>63</sup> El carácter parcialmente restaurador del estallido de la revolución en San Isidro, y la resolución presidencial que dotó de tierras al pueblo en 1921, en Orozco, 1995, 40-41. Pese a lo dicho, el libro de Bastian es una investigación seria y rigurosa que llamó la atención sobre un factor que sin duda contribuyó al inicio de la Revolución y que hasta entonces había pasado prácticamente desapercibido. Véase otra versión de la manera en que el protestantismo influyó en la formación de algunos dirigentes revolucionarios en Salmerón, 2001, 28-31.

enero de 1910: "En Ciudad Juárez conocí al señor don Abraham González: de mediana ilustración, de un talento práctico admirable, de una energía poco común y, por ende, de una serenidad a toda prueba". Ya hablamos del papel de Abraham González en los inicios del antirreeleccionismo en Chihuahua y cómo creció su importancia conforme las redes políticas tejidas a partir de la introducción en Chihuahua de La Sucesión Presidencial fueron convirtiéndose en canales conspirativos. En octubre de 1910 Madero le envió sus nombramientos de coronel, jefe de la segunda zona militar (Chihuahua y Durango) y gobernador provisional del estado.<sup>65</sup>

Los lazos familiares y clientelares de don Abraham habían sido muy eficaces en la extensión del maderismo al occidente de Chihuahua y lo fueron aún más a la hora de echar a andar la rebelión. En Ranchos de Santiago, Basúchil, Pachera, Pedernales, Ciudad Guerrero, San Isidro, Matáchic, Santo Tomás, Tejoloéachic y Temósachic, rancheros acomodado vinculados con González empezaron a preparar el levantamiento. En Temósachic, Antonio Bencomo Varea, rancho independiente y pariente político de don Abraham, y sus hijos José y Emilio Bencomo Casavantes, dirigieron la conspiración y, al iniciar la lucha armada, se incorporaron a José de la Luz Blanco, cliente del grupo guerrerrista que se alzó en armas en Santo Tomás. En Matáchic encabezó la conspiración Fortunato Casavantes, primo de don Abraham y futuro general villista. En Ciudad Guerrero, Santiago González Casavantes era el enlace entre su hermano Abraham y un puñado de conspiradores entre los que estaban Abraham Oros, rancho acomodado y futuro general orozquista, y algunos parientes "pobres" del propio Joaquín Chávez. En Ranchos de Santiago, unos Hernández, parientes políticos de Pascual Orozco Merino, se levantaron a las órdenes de Julio Acosta. Otro primo de don Abraham, Juan José González, de Ciudad Guerrero, fue designado jefe de la Revolución en el distrito Guerrero, papel que no pudo asumir porque lo aprehendió la policía en la madrugada del 18 de noviembre.<sup>66</sup>

Fue Daniel Rodríguez, jefe de la conspiración en Caríchic, quien invitó a ella a Albino Frías y Pascual Orozco Merino, que era pariente suyo. Había algún lazo de parentesco entre Orozco Merino y don Abraham, descendientes ambos de coroneles juaristas (Ignacio Orozco y Jesús José Casavantes), por lo que don Abraham alentó el fulgurante ascenso del joven Pascual Orozco Vázquez, quien en vísperas de convertirse en el jefe militar de la revolución en

<sup>64</sup> Carta de Casillas y Centeno informando de la constitución de los clubes y la persecución oficial, en El Correo, 6 julio 1909.

<sup>65</sup> El Correo, 13 febrero 1908. Almada, 1967, 15-17 y 32. Beezley, 1973, 8-14. Estrada, 1985, 167.

<sup>66</sup> P110/1/71, 1-20. P110/1/42, 9-20. P110/1/119, 1-6. Almada, 1964, 1:169.



Chihuahua tenía 28 años y un pequeño capital, una educación rudimentaria pero mucho mayor que la de la mayoría de sus coterráneos (había terminado la primaria en la escuela de Mariano Irigoyen), y estaba casado con una de las hijas de Albino Frías Chacón, que era un importante comerciante de San Isidro. Acostumbrado desde la adolescencia al uso de las armas y al duro trabajo de la escolta de metales preciosos desde la Sierra hasta la estación de San Isidro, era un jinete incansable, diestro en el manejo de las armas, de sereno valor y probadas dotes de mando. Era conocido en toda la región por su valor y su habilidad y la gente lo apreciaba a pesar de su carácter callado y taciturno. Se le tenía, y así era, por hombre que hacía mucho más de lo que decía. Simpatizaba con los postulados liberales de los magonistas, y era suscriptor y distribuidor de Regeneración desde 1906. En 1909 se le acusó de contrabandear armas en complicidad con el conocido magonista José Inés Salazar. En fin, vale más que lo veamos en acción en la segunda parte de este libro.<sup>67</sup>

### 3. Los caminos de la Sierra

El valle del Papigóchic limita, inmediatamente, con la Sierra Madre, que se alza majestuosa e imponente. De Ciudad Guerrero salía el único camino que cruzaba de Chihuahua a Sonora, del que se desviaban varios ramales que conectaban los pueblos mineros de la Sierra. Aunque partiendo también de cerca de Ciudad Guerrero, el Ferrocarril Chihuahua-Pacífico se internaba en la Sierra más al Sur y mucho, mucho más al norte, estaba el verdadero camino entre Chihuahua y Sonora: los pasos francos de la Sierra entre Janos y Agua Prieta: era mejor el largo rodeo, que el

---

<sup>67</sup> Pascual Orozco es un personaje que tuvo muy mala prensa durante el largo tiempo en que estuvo vigente la versión oficial de la Revolución mexicana y al que el revisionismo no ha rescatado. Ya procuraremos mostrar aquí, así sea solo de paso, una versión distinta de su participación en la vida regional y nacional a partir de 1910, en espera de un trabajo futuro dedicado a él y a su gente. Quién más sistemáticamente recoge la versión oficial, antiorozquista, es Almada, 1964, y esta versión ha tenido tal fuerza que es la dominante en Katz, 1999. Entre las pocas versiones de la revolución en Chihuahua favorables al caudillo de San Isidro destaca Amaya, 1946. Michael C. Meyer publicó una biografía de Pascual Orozco que, aunque intenta explícitamente "hacerle justicia", no logra explicar ni las razones por las que se levantó en armas en 1910 y 1912, ni las de sus seguidores (ni quiénes eran estos), ni parece entender globalmente el proceso revolucionario del que el movimiento orozquista forma parte (M. Meyer, 1984). Más tiempo hubo de pasar para que se publicaran (post mortem) las memorias de Marcelo Caraveo (Caraveo, 1992), lugarteniente de Pascual Orozco desde 1910, en las que defiende escuetamente su posición revolucionaria anterior a 1916. Véase también Puente, 1912, 23-31; Portilla, 1995, 463 y Crockett, 1985, 166.

pavoroso camino que saliendo de Guerrero cruzaba la Alta Tarahumara. La función de este camino era comunicar los remotos pueblos mineros.

Por ese camino el primer pueblo que se encontraba en la Sierra, punto de descanso obligado, era el de Tomóchic, poblado situado en el fondo de un profundo valle a unos 50 kilómetros de Ciudad Guerrero. Era antigua misión jesuita en la que fue ahorcado el caudillo tarahumara Teporame y que fue el epicentro de la rebelión indígena de 1697. En el siglo XIX Tomóchic se fue convirtiendo en un pueblo de rancheros mestizos, aunque en sus cercanías otros pueblos que no estaban sobre el camino real, conservaron su carácter tarahumara, sobre todo Arisiachic, cuyos indígenas jugarían un papel importante en la historia de Tomóchic. Desde 1892 se convirtió en orgulloso símbolo del carácter serrano. En 1893 el remoto poblado alcanzó fama nacional por culpa de un tal Heriberto Frías Alcocer, un fantasioso subteniente del noveno batallón del ejército federal, recién egresado del Colegio Militar, quien entre el 14 de marzo y el 14 de abril publicó en las páginas de El Demócrata, diario de oposición dirigido por el magnífico pintor Joaquín Clausell, una novela que relataba, desde la perspectiva del traumatizado oficial, el exterminio de los hombres de aquel pueblo a manos del ejército federal. Por la publicación de su crónica, convertida luego en novela, Frías fue dado de baja "deshonrosamente" del ejército y probablemente hubiera sido fusilado si Clausell no asume la autoría del escrito, lo que a su vez le costó pasar unos meses en prisión.<sup>68</sup>

Lo que pasó en Tomóchic fue la rebelión de un pueblo entero contra el gobierno y cuanto de él se desprendiera, en la que a diferencia de lo que normalmente pasaba en las asonadas chihuahuenses, sus protagonistas no estaban dispuestos a transigir y por lo tanto fueron reprimidos a sangre y fuego.<sup>69</sup> ¿Qué es lo que en el fondo había?

Hacia 1891 se conjugó una grave sequía con una de recesión en Chihuahua. Numerosas minas cerraron o redujeron drásticamente su planta laboral y el fantasma del hambre apareció en los pueblos, sacando a la superficie el malestar latente por la acción de las compañías

<sup>68</sup> Frías, 1973. La historia de la novela y su publicación, hábilmente entrelazada con el drama de Tomóchic, en Savorit, 1994. Varios historiadores chihuahuenses han reprochado a Heriberto Frías que "desvirtuó durante muchos años la causa de los tomochitecos", al presentarlos "como un grupo de fanáticos enloquecidos" (Vargas Valdés, 1994, 1:12. Almada, 1938, fue el primero en criticar con acritud la interpretación ofrecida por Frías), pero es un hecho que sin la novela, los hechos de Tomóchic no hubiesen tenido tan rápida y exitosa difusión, y habrían quedado relegados al olvido.

<sup>69</sup> La rebelión de Tomóchic ha sido muy estudiada. Véanse, sobre todo, Frías, 1973; Almada, 1938; Valdés, 1985; Martínez Assad, 1991; Illades Aguilar, 1993; Vargas Valdés, 1994; Savorit, 1994; Osorio, 1995; y Vanderwood, 2003.

deslindadoras y los golpes a las autonomías locales, que habían iniciado simultáneamente en 1884. Hemos visto que durante la aplicación de las leyes de terrenos baldíos los hacendados de Chihuahua habían procurado (en términos generales) no tocar las tierras de los pueblos, pero como señala Friedrich Katz, algunos fuereños actuaron con menor prudencia, contándose entre ellos Julio Limantour y su hermano José Ives, que todavía no era el factor de la política económica del régimen. Tras los pleitos legales de rigor los Limantour se hicieron dueños nominales de más de 200,000 hectáreas de bosque en las montañas del oeste de Chihuahua. Casi todas estas tierras eran, efectivamente, baldías o nacionales, pero quedaron comprendidos en ellas terrenos que los mestizos de Tomóchic y los tarahumaras de Arisiáchic, Piehachic y Bocoyna, y los mestizos de Tomóchic. Cuando los Limantour quisieron tomar posesión de estas tierras empezaron las protestas, aunque para que la rebelión fuera lo que fue, hacían falta otros ingredientes.<sup>70</sup>

Los serranos descontentos creían tener el apoyo de su antiguo aliado, el general Terrazas, quien en su lucha contra los guerrilleros estaba alentando las situaciones que desestabilizaran al gobierno local, pero el jefe del ejecutivo, Lauro Carrillo, hombre de Carlos Pacheco y aliado de los guerrilleros, fue sorteando con habilidad todos los desafíos surgidos en los pueblos del occidente, combinando sabiamente la represión inmediata de los estallidos armados con la conciliación y la benevolencia. Tomóchic fue una excepción que lo llevó a perder su puesto.<sup>71</sup>

En ese contexto, el capitán Joaquín Chávez, jefe de las fuerzas de seguridad del estado en el distrito Guerrero y conductor de varias compañías mineras, impuso como jefe seccional de Tomóchic a su primo Juan Ignacio Chávez, quien empezó a actuar con la falta de tacto que mostraban muchas de estas autoridades impuestas, generando protestas como las que hemos visto en otros pueblos. En respuesta, Joaquín y Juan Ignacio Chávez enviaron informes alarmistas a las autoridades superiores, en que pedían la intervención del ejército. El gobernador envió cincuenta soldados. Se produjo una escaramuza, hubo algunos muertos y la mayoría de los habitantes se echaron a las montañas. Algunos empezaron a rendirse y Díaz envió el consabido telegrama de felicitación al gobernador, que se dispuso a esperar que sus ofertas de amnistía rindieran fruto. Hasta ahí, el comportamiento de los vecinos de Tomóchic (y la respuesta del gobierno) había sido

<sup>70</sup> Katz, 1999, 1:34-36. Los Limantour habían canjeado estas tierras al gobierno por una considerable extensión de terrenos en Baja California, adquiridos entre 1840 y 1860 por su padre. Los títulos de propiedad pasaron luego a una compañía estadounidense y fueron expropiados en 1922 y convertidos en parque nacional. Véase en Palomares Peña, 1991, 77-87.

similar al de las otras comunidades rebeldes, pero desde el instante en que salieron del pueblo estuvieron guiados por otras consideraciones y reaccionaron de manera distinta.<sup>71</sup>

Lo que hizo de la de Tomóchic una revuelta distinta fue el aspecto religioso. Desde la expulsión de los jesuitas se había iniciado un proceso de erosión del catolicismo en la Sierra, que de todos modos sólo había calado de manera superficial, lo que permitió el florecimiento de un catolicismo híbrido, de religiones autóctonas y más adelante, del protestantismo. Para el momento de la rebelión, en Tomóchic se había desarrollado un catolicismo disidente de carácter popular: el culto surgido en la Sierra en torno a la adolescente Teresa Urrea (santa Teresita de Cabora), que en Tomóchic fue interpretado por el dirigente y vocero del pueblo, Cruz Chávez (que no era pariente de Joaquín ni de Juan Ignacio), un líder natural que en 1891 tenía 34 años, quien luego de que los amotinados se remontaran a la Sierra declaró "en nombre de la mayoría de los habitantes del pueblo, que después de su conflicto con el presidente municipal no reconocerían otra autoridad que la ley de Dios, y él fue quien convenció a sus seguidores de que Teresita legitimaba su resistencia a la autoridad".

Fue por este factor mesiánico que los revoltosos, a la hora de salir del pueblo, insistieron en su rebelión en vez de aceptar la amnistía. El gobierno los dejó en paz unos meses, pero cuando el ejemplo empezó a cundir y el culto a Santa Teresita y al papa Cruz Chávez se extendía a otros pueblos de la sierra y al mismo valle del Papigóchic, Porfirio Díaz defenestró al gobernador Carrillo y envió en su lugar a Miguel Ahumada con la orden de resolver el problema por las buenas o por las malas. Un contingente federal fue batido por los rebeldes y luego de varios episodios que pusieron por las nubes la fama guerrera de los tomoches, cerca de dos mil hombres, entre soldados federales y fuerzas estatales de Chihuahua y Sonora, acabaron con la revuelta dando muerte a cuantos se negaron a rendirse. El asunto empezó en noviembre de 1891 y la destrucción del pueblo se consumó en la última semana de octubre de 1892. Seis meses después el subteniente Frías publicó su crónica.

Una fracción importante de las fuerzas que acabaron con la revuelta estaba formada por antiguos campañadores de Sonora y de Chihuahua, aunque la actitud de estas tropas fue ambigua,

<sup>71</sup> Katz, 1999, 1:35-36.

<sup>72</sup> Katz, 1999, 1:36-37. Con el paciente y laborioso trabajo que lo caracteriza, Francisco R. Almada encontró los documentos que dan cuenta de todos los pequeños agravios de los tomoches contra Joaquín y Juan Ignacio Chávez, y de las formas crecientes de la inconformidad del pueblo, y las presentó de manera muy convincente (Almada, 1938). Para Almada estas eran las verdaderas causas de la rebelión, y no "el fanatismo" religioso sobre el que "la propaganda oficial" y "Heriberto Frías" llamaron la atención.

porque los tomoches habían sido compañeros suyos en la lucha contra los apaches, en la que se había participado Cruz Chávez. De hecho, el más prestigiado de los campañadores del distrito Guerrero, Santana Pérez, fue acusado de negarse a castigar a los rebeldes, y algunos campañadores de Sonora, como un legendario "Chabolé" de Sahuaripa, intentaron mediar entre la furia de los oficiales federales y la intransigencia del papa Cruz y los suyos. En cambio, los tarahumaras de Arisáchic, dirigidos por su capitán, aquel Mauricio Corredor que, según la leyenda, mató a Victorio en Tres Castillos, participaron gustosos en el castigo a sus enemigos de años, los mestizos de Tomóchic que habían despojado a sus hermanos de sangre.<sup>73</sup>

La rebelión de Tomóchic fue seguida por la de Celso Anaya y Simón Amaya en Namiquipa y Santo Tomás, al grito de "¡Viva Tomóchic!" Otro grupo, encabezado por una "hermana María", tomó El Mulato, un pueblo del desierto, en la zona de Ojinaga, al grito de "¡Viva Santa Teresita de Cabora! ¡Viva Cruz Chávez!" Luego hubo otros levantamientos esporádicos y la sierra se llenó de mitos y corridos que ensalzaban el valor de los tomoches, cuyas viudas y huérfanos retornaron al pueblo en 1893. Teresita Urrea, por su parte, se exilió en los Estados Unidos desde donde intentó, infructuosamente, organizar una revuelta generalizada contra Porfirio Díaz. Su más firme seguidor, Lauro Aguirre, se convirtió en un activo conspirador magonista tras la muerte de la joven, en 1905.<sup>74</sup>

A fin de cuentas, la rebelión de Tomóchic fue un hecho aislado. Muchos campañadores se resistieron a reprimirlos pero no los apoyaron y los amotinados de Santo Tomás, Yepómera y Namiquipa, aunque se rebelaron a la voz de "¡viva Tomóchic!", no se sumaron a Cruz Chávez aunque hubieran podido hacerlo. A primera vista no hay nexos entre esta revuelta y la revolución, pero si se mira con atención, sí que los hay: Cruz Chávez Mendías, hijo del papa Cruz, fue teniente coronel villista. Perfecto Rodríguez, hijo de José Dolores Rodríguez, uno de los lugartenientes de Cruz Chávez, fue también oficial villista y en la revolución usó las cartucheras y la carabina (marcada con una "I", como las de todos los tomoches insurrectos) con que su padre había enfrentado a las fuerzas del gobierno. El general Agustín Estrada, en cuyas fuerzas militaron Cruz Chávez Mendías y Perfecto Rodríguez, era hijo de un viejo campañador, amigo de

---

<sup>73</sup> Sobre la actitud de Santana Pérez y muchos campañadores, véase Armando Ruiz Aguilar, "Mayor Santana Pérez. Una semblanza", en Vargas Valdés, 1994; Savorit, 1994, 124-132 (aunque no señala los viejos lazos entre los campañadores y los tomoches; y Ososrio en Vargas Valdés, 1994, 1:108.

<sup>74</sup> Osorio, 1995, 177-198.

Celso Anaya y Simón Amaya, asesinado por fuerzas del gobierno en 1893.<sup>75</sup> A partir de los sucesos de Tomóchic, Heriberto Frías se convirtió en un periodista de combate y en 1909 y 1910 fue un eficaz propagandista de la causa de Madero. Fue villista y director del periódico La Convención, órgano de esa asamblea, y murió en 1925, ciego y alcohólico, perseguido por los fantasmas de Tomóchic. El propio Madero destacó en La sucesión presidencial la rebelión de Tomóchic y el valor de Frías. Pero esos nexos directos entre la rebelión de Tomóchic y el villismo no son los más importantes. Mayores fueron los nexos indirectos, el orgullo regional, la ira acumulada, en fin, la certeza de que un centenar de serranos chihuahuenses eran capaces de poner en fuga a 300 federales y de enfrentar a cerca de 2000. Como escribió en sus memorias el general Marcelo Caraveo, rebelde de 1910: "Nos inspiraba la rebelión de los tomochitecos, pues si ellos habían podido luchar bizarramente contra la federación, nosotros también".<sup>76</sup>

Dejando Tomóchic atrás, hay que decir que el contingente de sangre aportado por los distritos serranos (la porción serrana de Guerrero y los distritos Rayón, Arteaga y Andrés del Río) fue menor que el de los valles del pie de monte y la llanura, en términos tanto absolutos como relativos. Esto se debió a que los dos grupos sociales de mayor importancia numérica de la Sierra participaron sólo marginalmente en la lucha: los mineros, porque en general los sucesivos gobiernos o grupos rebeldes preferían los recursos generados por las minas vía impuestos ordinarios o extraordinarios (y llevar la fiesta en paz con los intereses estadounidenses), que el contingente de sangre que los operarios pudiesen aportar. Esto, naturalmente, tuvo excepciones, como es el caso de los mineros de Cusiuhuiráchic, pero las minas de Cusi eran mucho menos rentables que las de la Sierra. De todos modos, fue de los pueblos mineros de donde salieron los contingentes revolucionarios de la Sierra, aunque estos estaban formados por pequeños ganaderos, comerciantes, arrieros, artesanos y profesionales. El otro grupo social de la Sierra que no participó en la revuelta fue el de los tarahumaras, los más pobres de los pobres.

La sierra de Chihuahua es de una fragosidad increíble: a cinco kilómetros de las cumbres nevadas se deslizan suavemente los ríos entre la vegetación tropical, en el fondo de cañones sin parangón. El mayor sistema de barrancas del mundo está aquí, desde que el Papigóchic se interna en la Sierra y taja profundas cañadas para salir del otro lado con el nombre de Yaqui; hasta los afluentes del río Sinaloa, que nacen en la vertiente sur del Mohinora, la cumbre más alta de la

<sup>75</sup> Osorio, 1995, 206. Osorio en Vargas Valdés, 1994, I:130.

<sup>76</sup> Caraveo, 1992, 38. Martínez Assad, 1992, 262.

Sierra. Los ríos que buscan el Pacífico corren en el fondo de barrancas que rebasan los mil metros de profundidad y se convierten en el Yaqui, el Mayo, el Fuerte y el Sinaloa.<sup>77</sup>

Ahí fueron recluidos los tarahumaras, otrora habitantes de las llanuras, empujados por la creciente presión criollo-mestiza. Ahí viven su pobreza y su exclusión, obteniendo su sustento de tierras de las que un pueblo menos laborioso sólo sacaría piedras. Oprimidos y excluidos, despojados de las pocas tierras que pueden ser cultivadas con buenos rendimientos y de las que podían poner fácilmente sus cosechas en los pueblos mineros. Eran en 1910 un pueblo derrotado, luego de más de un siglo de recurrentes rebeliones. La revolución fue un pleito entre sus enemigos. ¿qué diferencia había para ellos entre los rancheros y comerciantes chabochis que se sumaron a la revuelta y los administradores y mineros chabochis que no lo hicieron?

Enrique C. Creel, gobernante moderno, hizo algunos serios esfuerzos por integrar a los tarahumaras al progreso de Chihuahua, donde "moderno", "integrar" y "progreso" significaban lo que los científicos entendían por eso, razón por la cual los indígenas no estuvieron interesados. En 1909, un chihuahuense escribía sobre los tarahumaras: "La pobre raza indígena, replegada cada vez con mayor angustia en los contrafuertes de la sierra, continúa siendo acosada por las ambiciones de los 'blancos': no se le reconoce en propiedad el suelo que posee y ella apura resignada la última gota de acibar del cáliz de su sufrimiento".<sup>78</sup>

Esta y otras dos citas de la época muestran bien la ambigua actitud de los chihuahuenses mestizos hacia los tarahumaras. Veamos una nota que celebra el triunfo del candidato independiente a jefe del ayuntamiento de Balleza, en que los remitentes decían que el pueblo estaba de plácemes por haberse deshecho del cacique impuesto desde Chihuahua, y anotaban que solo en las aisladas rancherías de indios tarahumaras, "instrumentos ciegos del poder y pobre rebaño todavía en los albores de una incipiente civilización", obtuvo algunos votos el humillado jefe municipal. "Sólo esa raza analfabeta y abatida, más por temor que por simpatía, con su mutismo atávico de bestia mansa, votó por quien no los ha favorecido".<sup>79</sup>

Otro anónimo corresponsal de El Correo denunció que casi todos los tarahumaras encarcelados en Batopilas morían al cabo de semanas, porque acostumbrados al aire puro y los fríos de las cumbres de la Sierra, enclaustrados en la insalubre prisión, en el cálido e insano clima de Batopilas, caían como las moscas. Tan fácil que sería, decía el corresponsal, construir una

<sup>77</sup> Entre tantas descripciones, véase la de Jordán, 1956, 391-398.

<sup>78</sup> Cit. en González y León, 2000, 259.

<sup>79</sup> El Correo, 30 enero 1908.

cárcel en alguno de los pueblos de la parte alta.<sup>80</sup> En fin, los tarahumaras eran un pueblo aparte, al que los chihuahuenses veían con encontrados sentimientos de culpa y desprecio. Salvo algunos indígenas avecindados en los pueblos mestizos, no participaron en la revuelta.

En la mayoría de las poblaciones mineras, incluso la mayor, Batopilas, imperaba con mayor o menor rigor (dependiendo de la cantidad de habitantes y de la dificultad de los caminos) la ley de las compañías, incontestable en pueblos como Navidad o Pinos Altos; mucho más suave en Batopilas o Urúachic. Los operarios de las minas, que en general se mantuvieron ajenos a la revolución, eran gente llegada de fuera, atraída por los salarios relativamente altos y que carecían de lazos comunitarios. No pasaba así con los sectores no directamente vinculados a las minas pero que igual dependían de ellas, como los artesanos y comerciantes o los rancheros, pertenecientes a las viejas familias de la Sierra. Fueron estos los que se levantaron en armas.

Esta gente, como la de la cuenca del Papigóchic, estaba bien armada y sabía servirse de sus armas con gran destreza —a orgullo lo tenían—, lo mismo que de sus excelentes cabalgaduras, que los llevaban por las insufribles veredas de la Sierra: mulas para los caminos, caballos para el lucimiento y el Rejoneo. Grant Shepherd, hijo de un propietario de minas en el Batopilas del porfiriato, escribió de aquellos varones que habrían de enfrentar al ejército federal:

Si los muchachos crecen en un país donde es común y corriente el uso de las armas, no tiene importancia ver que desde muy corta edad su mayor deseo es ser feliz poseedor de una magnífica .45, y llevar la pistola en una funda hecha para sacarla con rapidez y facilidad, sin riesgo de perder tiempo al hacer un disparo.

Para mayor seguridad, la pistola permanece siempre fajada al cinto, haciendo, así, gran alarde de hombría, buscando admiración y provocando a los diablos del infierno, cuando montando un brioso caballo la muerte corre al parejo que el animal brincando de arriba a abajo, y de un lado a otro como un traidor felino, dispuesto a dar el zarpazo en el preciso momento en que el orgullo varonil y la bravura del jinete se sienta enardecida.<sup>81</sup>

Estos hombres de armas tomar, tenderos y arrieros, agricultores y ganaderos, artesanos y maestros de escuela, se rebelaron contra el monopolio político terracista, personificado en sus pueblos por los caciques de la sierra: el multicitado capitán Joaquín Chávez; los hermanos Rascón, de Urúachic, cuyo dominio se extendía a todo el distrito Rayón; los hermanos Becerra, de Urique, que ejercían el control político sobre buena parte de los distritos Arteaga y Andrés del

---

<sup>80</sup> El Correo, 19 junio 1908.

<sup>81</sup> Shepherd, 1995, 63.



Río; y Carlos T. Bernal, cacique de Batopilas. Así como los vecinos de San Isidro se levantaron en armas, en buena medida, contra Joaquín Chávez, los serranos lo hicieron contra los Rascón y los Becerra, dueños de minas y tiendas que ejercían un férreo control político y una competencia ruinosa contra otros rancheros y comerciantes.

En el distrito Rayón los principales pueblos mineros eran Urúachic (cabecera del distrito), Ocampo, Moris, Navidad y Pinos Altos. Los operarios de éste último habían protagonizado en 1883 uno de los primeros movimientos de huelga en el país y el primero que terminó en sangre, pues el gerente de la compañía murió durante un enfrentamiento con los huelguistas, por lo que cinco dirigentes del movimiento fueron fusilados. El sumario consejo de guerra había condenado a una docena más, pero les salvó la vida la oportuna llegada del jefe político. Este remoto antecedente era recordado por los habitantes de la zona, y cuando la crisis de 1908 obligó a las compañías a despedir a muchos operarios, la propaganda magonista retomó la vieja historia para alentar el descontento. La inconformidad disminuyó cuando a fines de 1909 las compañías volvieron a admitir a sus trabajadores.<sup>82</sup>

Los hermanos Baudelio y José María Caraveo Estrada fueron los organizadores del antirreleccionismo y de la revuelta en el distrito Rayón. Eran propietarios de una tienda en Moris y un rancho que producía caña de azúcar y ganado de cría en el cálido fondo de los cañones del río Mayo. En 1909 fundaron en Moris el Club Antireleccionista Sebastián Lerdo de Tejada, ofreciéndole la presidencia al juez Francisco Valderráin.<sup>83</sup> Para las elecciones de 1910 Baudelio Caraveo y José María Domínguez fueron los electores por las secciones de Moris y el mineral de La República, por lo que concurrieron a Batopilas, donde se reunió el Colegio Electoral. Los electores maderistas del sexto distrito electoral redactaron luego un "Manifiesto de los Montañeses", en que denunciaron las fraudulentas elecciones. El Manifiesto, publicado a fines de junio de 1910, hizo mucho ruido.<sup>84</sup>

A principios de noviembre de 1910 José María Caraveo y Francisco D. Salido, en representación de los serranos, tomaron parte en una reunión secreta en Chihuahua, en la que

<sup>82</sup> Almada, 1964, 1:94-95. Araujo Montes, 1999, 117-119. *El Correo*, 6 octubre 1908.

<sup>83</sup> Caraveo, 1996, 20-21.

<sup>84</sup> Firmaban el Manifiesto Francisco D. Salido, de Guazapares; Rufino Loya, de Témoris; Jesús A. Ramos, de Santa Matilde; Toribio Ochoa, de Guachajuri; Bernardo Caballero, de Palmarejo; Francisco Loya, de Cuiteco; Pedro Hinostroza, de Río Plata; Baudelio B. Caraveo, de Moris; José María Domínguez, de La República; Guillermo Villegas, de Arechuyo; Idelfonso Manjarrez e Ignacio Félix, de Batopilas; Abel

participaron Abraham González, Pascual Orozco padre, José de la Luz Blanco y otros, de la que salió el nombramiento de Baudelio Caraveo como jefe de la revolución en Rayón y el de Francisco Salido en Arteaga. Caraveo reclutó a un número relativamente importante de rancheros y comerciantes de Moris, Urúachic y otros pueblos. El 20 de noviembre se pronunciaron, apoderándose fácilmente de Moris, dejaron a Francisco Valderráin como jefe municipal y los rebeldes, encabezados por los hermanos Caraveo, Nicolás Brown (comerciante), José María Hinojosa y los hermanos Estrada, primos de los Caraveo, se dirigieron hacia el mineral de Urúachic, cabecera del distrito; donde los esperaba un pequeño grupo de conspiradores encabezados por Germán Trejo, comerciante competidor de los Rascón, y por Manuel Loya, jefe de los rebeldes de Chinipas. Los jefes de la rebelión en el distrito Arteaga fueron Manuel Loya en la cabecera, en cuyas cercanías se pronunció para luego marchar a Urúachic; Francisco D. Salido en Guazapares; e Ignacio Valenzuela, en Témoris.<sup>85</sup>

Los principales pueblos del distrito Andrés del Río, el más poblado de la Sierra, eran Batopilas, cabecera del distrito y primera ciudad de la Sierra; Urique, Morelos, Cercoahui, Lluvia de Oro. Cuiteco, Guachochic y Tubares, además de una buena cantidad de pueblos y rancherías indígenas.<sup>86</sup> En Batopilas, enclavada en el fondo de un profundo cañón, pesaba el cacicazgo del jefe político, Carlos Bernal, quien controlaba las rutas comerciales que llegaban a la aislada ciudad.<sup>87</sup> Aislada y moderna, porque la riqueza incalculable de sus vetas la hizo la primera población del estado, después de la capital y antes que Parral, en contar con teléfono y luz eléctrica. Las minas de Batopilas, descubiertas en 1632, eran de las más ricas de Chihuahua, y lo recurrente de sus bonanzas permitía la permanencia de una verdadera ciudad en un lugar tan remoto y poco accesible: según datos de la Secretaría de Fomento, en 1884 había en Batopilas 1,400 minas, de las que la mitad estaban activas.<sup>88</sup>

---

Bustillos, de Guachochi; Manuel F. González, de Cercoahui; Pioquinto Bustillos, de Lagunitas; y Mariano M. Martínez, de Cerro Colorado. Véase Almada, 1967, 30.

<sup>85</sup> Caraveo, 1996, 30-39. Portilla, 1995, 463. Araujo Montes, 1999, 130-136.

<sup>86</sup> Los datos estadísticos de los distritos Rayón, Arteaga y A. del Río, según los censos de 1900 y 1910, en Ponce de León, 1907, 33-42; y Echegaray, 1913ch, 5.

<sup>87</sup> Véanse ejemplos de las quejas de corresponsales anónimos contra el jefe político, en El Correo, 11 de mayo, 27 de mayo, 3 de junio, 19 de junio y 4 de julio de 1908. El jefe político, indignado por lo que consideró una campaña en su contra promovida por el periódico, demandó judicialmente a Silvestre Terrazas por difamación de honor, lo que causó una de las varias visitas a la penitenciaría del estado que el gobierno obligó a hacer al molesto periodista.

<sup>88</sup> Ramírez, 1884, 380-388. Sobre la vida en el Batopilas porfiriano, desde la óptica de los dueños de las mejores minas, véase Shepherd, 1995.

Los conspiradores de Batopilas, dirigidos por Juventino Pérez, maestro de escuela; Ignacio Félix, comerciante; Ildefonso Manjarrez y Apolonio Rodríguez, se pronunciaron el 20 de noviembre ocupando la plaza sin encontrar resistencia. Esperaron ahí a que se les unieran los rebeldes de Urique, Cerocahui y Cuiteco. Antes de que llegaran los federales enviados desde Sinaloa, marcharon rumbo a Chínipas a unirse con la gente de Francisco Salido.<sup>89</sup>

El distrito Mina, último rincón del estado, poblado casi exclusivamente por tarahumaras, salvo en la cabecera, el mineral de Guadalupe y Calvo, que en 1910 estaba en franca decadencia y semiabandonado, se mantuvo ajeno a la revuelta. En 1911 y 1913, fueron rebeldes sinaloenses los que se encargaron de ocuparlo.

---

<sup>89</sup> Caraveo Estrada, 1996, 31-40; Portilla, 1995, 463.

### III. TIERRA DE JINETES

En su Historia de la Guerra, John Keegan cuenta la revolución que en el arte de la guerra significó primero la doma y el uso guerrero del caballo: los primeros y más belicosos jinetes procedían de las estepas: “No cabe duda de que la estepa –árida, sin árboles y de horizontes infinitos- era el hábitat del caballo salvaje” y “en las zonas limítrofes de la estepa y las tierras civilizadas junto a los ríos” surgieron las grandes naciones de guerreros de a caballo.<sup>1</sup> Es decir, agregamos nosotros, de La Frontera: hombres de frontera eran los cosacos, los tártaros y los apaches... ¿y no se definió alguna vez a la División del Norte como “ese poema épico de 15,000 jinetes bárbaros”?<sup>2</sup>

En este capítulo pasaremos revista a los contingentes revolucionarios del sur y el oriente de Chihuahua y del norte de Durango, tierra de jinetes: de aquí procedían los indomables centauros de las brigadas Benito Juárez, González Ortega, Leales de Camargo, Chao y Morelos, todas de la División del Norte. Aunque hemos visto que los hombres del país de Villa y el país de Orozco eran jinetes formidables, son las llanuras surcadas por los ríos Conchos y Florido las verdaderas estepas, pobladas desde el siglo XVII por hombres de a caballo, de los que ha dicho Francois Chevalier:

Todos los hombres, blancos, negros, mestizos o mulatos, individuo seminómadas o más estables, estancieros y vaqueros, tenían en común esa pasión por el caballo y los toros, esa proclividad a la equitación que hacía de ellos estupendos jinetes, admirados por los andaluces mismos, evocados alguna vez por Cervantes en su Quijote.

Esos hombres que, como el inmortal hidalgo manchego, hacían lo que hacían por ser españoles y caballeros, es decir, por orgullo.<sup>3</sup>

Cinco caudillos regionales villistas encabezaron a los orgullosos jinetes de estas comarcas: Toribio Ortega Ramírez (“el más leal”), jefe de los revolucionarios de los pueblos del bajo Conchos y el desierto oriental de Chihuahua; Rosalfo Hernández Cabral

<sup>1</sup> Keegan, 1995. 202-203.

<sup>2</sup> Meyer, 1991, 63.

("el jefe Chalfo"), caudillo de la gente de los pueblos agrícolas del valle de Santa Rosalía y los vaqueros de la porción chihuahuense del Bolsón de Mapimi; Maclovio Herrera Cano ("el caporal") y Manuel Chao Rovira ("el profesor"), que rivalizaban por el mando y dominio de Hidalgo del Parral y su comarca; y Tomás Urbina Reyes ("el león de Durango"), que se convirtió en el jefe de los villistas del norte de Durango. Vamos a ellos, en ese orden.

## 1. El país de Ortega

El 13 de noviembre de 1910 Toribio Ortega Ramírez, presidente del club antirreeleccionista del pueblo de Cuchillo Parado, municipio de Coyame, Chihuahua, recibió el pitazo de que al día siguiente iban a ser aprehendidos él y sus principales partidarios. Para evitarlo reunió a sus compañeros y en la madrugada se apoderó del pueblo. Antes de que llegara la gendarmería montada desde Coyame, la cercana cabecera municipal, Ortega y un puñado de jinetes se escondieron en la aldea sierra del Pegüti para esperar el día 20. Desde entonces, la gente de Cuchillo Parado reclama para sí el honor de haber empezado la revolución, pues Ortega y los suyos se levantaron en armas cuatro días antes de que en Puebla cayera Aquiles Serdán.<sup>4</sup>

---

<sup>3</sup> Chevalier, 1999, 105 y 204.

<sup>4</sup> Ontiveros, 1914, 13-16. Este autor dice que los compañeros de Ortega fueron medio centenar. Almada, 1964, I:170, reduce considerablemente este número y consigna los nombres de estos primeros rebeldes: Toribio Ortega como jefe, Porfirio Ornelas, segundo al mando; y los soldados Silvestre y Marcelino Juárez, Anastacio Leyva, Epifanio (en realidad Epitacio) Villanueva, Manuel Benavides, Celso Rayos, José Jiménez, Ponciano Torres, Crispín Juárez, Marcelo Navarrete, Calixto Flores, Santaacruz Sánchez, Jesús Rodríguez, Secundino Quiñones, Felipe Quiñones, Cruz Navarrete, Florencio Villanueva, Florencio Olivas, Macario Mendoza, Martín Olivas, Isabel Jiménez, Néstor Herrera, Susano Mendoza, José Morales, Ireneo y Rosalío Levario, Tomás Zubiate, Melitón Gabaldón y Cayetano Gabaldón. Escribe Fernando Jordán de este pueblo: "Seis días antes del grito de Orozco en la montaña, partió de aquí Toribio Ortega con toda la gente adulta del pueblo, rumbo al destino vago y sangriento de la Revolución", cuyos gobiernos pagaron a este pueblo pionero, a esta "cuna de gallos", sigue Jordán, con total ingratitud: a mediados del siglo XX la miseria campeaba y en mis visitas, a fines del mismo siglo, sólo vi un pueblo semiabandonado, sin otra riqueza que la traída de otros lares por unos pocos tercios. De los hombres que partieron con Ortega el 14 de noviembre, trece encontré vivos Jordán en 1954 y los trece odiaban "la post-revolución". Jordán, 1956, 346-347.

En medio de un valle largo y estrecho, sobre la rivera del río Conchos, en medio del desierto de Chihuahua, se alza sobre una dominante colina el pueblo de Cuchillo Parado. En 1910 prácticamente todos sus pobladores eran agricultores y, también prácticamente todos, propietarios individuales. Sus pequeñas parcelas, sembradas de cereales, se extendían en ambas orillas del río, formando un verdadero oasis, ahora inexistente: el río ya no baja, dicen sus actuales pobladores, los viejos que quedan (los jóvenes están en la maquila o "del otro lado").

Aunque hay registros de población que se remontan a 1715,<sup>5</sup> sus vecinos reclaman como fecha fundacional el año de 1865, cuando el poblacho fue dotado de tierras por el presidente Juárez.<sup>6</sup> En realidad, como parte de la estrategia del caballero de Croix, en el desierto oriental de Chihuahua se establecieron tres puestos presidiales en 1773: El Príncipe (cercano al pueblo de Guadalupe de Bravos, fundado mucho después), que en 1782 se mudó a su emplazamiento definitivo: la antigua misión franciscana de Coyame, a la sazón abandonada; El Norte (hoy Ojinaga); y San Carlos (hoy Manuel Benavides, en cuyas cercanías pueden apreciarse las ruinas del presidio). Cuchillo Parado sería entonces, quizá, uno de los muy pocos parajes que se poblaron a la vera de estos presidios y aunque no tuvo un carácter estrictamente militar, sus vecinos eran también "defensores de la frontera".<sup>7</sup>

Como pueblo de frontera, Cuchillo tenía rasgos similares a los de los pueblos del distrito Galeana. De hecho, la región de Ojinaga era el pasillo favorito de los apaches, pues implicaba bajar desde sus cazaderos por el inhóspito y despoblado Bolsón de Mapimí, mucho menos protegido que los valles del pie de monte de Galeana y Guerrero. Los

<sup>5</sup> Koreck, 1988, 146. Francisco de P. Ontiveros, oficial de la Brigada G. Ortega, nacido en Cuchillo Parado, escribe que el pueblo fue fundado en la época colonial como parte de un sistema de defensa fronteriza que completaban los presidios del Norte (hoy Ojinaga) y Coyame (Ontiveros, 1914, 4).

<sup>6</sup> El acta notarial de esta dotación fue el documento legal que los habitantes de Cuchillo Parado esgrimieron en defensa de sus tierras entre 1898 y 1903. Koreck, 1988, 133 y 146.

<sup>7</sup> Estos presidios se enlazaban con el de El Paso (Ciudad Juárez), y este con las cinco colonias militares del noroeste de Chihuahua, que completaban el sistema de defensa (junto con un par de compañías volantes) establecido en la década de 1770. A su vez, Janos se conectaba con los presidios de Sonora y Arizona y El Norte con los de Coahuila y Texas. Véase el plan general del último esfuerzo español por extender la frontera en Velázquez, 1974, 169-198. Para los asentamientos en el noreste de Chihuahua, véase Gerhard, 1996, 243-249. María Teresa Koreck ha trabajado en la sustentación de las tesis de Katz sobre la frontera de Chihuahua, haciendo de Cuchillo Parado su tema de estudio. En el más ambicioso de los avances que ha publicado aborda la conformación de la conciencia regional como expresión incipiente de una conciencia nacional, y la identidad colectiva de los cuchillenses formada a partir de la participación del pueblo en la Revolución. Koreck, 1988.

pueblos de la región de Ojinaga empezaron a ver amenazadas sus tierras y su estilo de vida a partir de la década de 1880. Los agravios de los habitantes de Cuchillo Parado, San Carlos, San Antonio, La Mula y El Mulato (todos pertenecientes al distrito Iturbide, municipios de Coyame y Ojinaga) son los mismos que los de los pueblos defensivos del noroeste: el problema de la tierra y el de la autonomía pueblerina.

En Cuchillo Parado, la protesta de los vecinos contra el despojo de sus tierras tuvo un nivel de organización equivalente al que hubo en Janos y al que veremos en Cuencamé. Pronto destacó en la defensa de las tierras del pueblo Toribio Ortega Ramírez. Este futuro general villista nació en Coyame en 1870, aunque su nacimiento en la cabecera municipal fue meramente accidental: sus padres eran vecinos de Cuchillo Parado y en ese pueblo pasó Ortega su niñez y juventud. Su padre, Teodoro Ortega, era propietario de una de las parcelas que los vecinos de Cuchillo poseían desde tiempo inmemorial y que en 1865 les habían sido reconocidas en propiedad por el gobierno de la República. Hasta los catorce años Ortega ayudó a su padre en las labores del campo y concurrió a una escuela nocturna. En 1884 fue enviado a la capital del estado, entrando como dependiente al establecimiento comercial de don Mariano Sandoval, quien en 1886 le abrió un crédito para que estableciera una tienda en su pueblo natal. La tienda quebró y Ortega cruzó la frontera para trabajar de bracero en los campos algodoneros de Texas, regresando al cabo de dos años con un capitalito que le permitió reemprender sus negocios y hacer productiva la parcela paterna. Para 1890 estaba casado y convertido en un notable de pueblo.<sup>8</sup> Como otros caudillos villistas, Ortega pertenecía al grupo social que protagonizó la revolución en su comarca, pero tenía un nivel de instrucción y un conocimiento del mundo superior al de sus pares, mismo que le facilita encabezar y articular la resistencia.

Parece ser que la actividad de las compañías deslindadoras, en los años ochenta, no afectó a los vecinos de estos pueblos, pues sus tierras estaban tituladas individualmente. En cuanto al desierto, parecía haber suficiente. No es que la tierra del desierto no tuviera valor: además de la caza menor, las desoladas planicies proporcionaban a estos hombres un recurso muy importante: la lechuguilla, una planta con cuya fibra se producían tapetes,

---

<sup>8</sup> Ontiveros, 1914, 5-7. Toribio Ortega, muerto como villista en el verano de 1914, no tiene expediente en el ACSDN, ni tampoco lo tienen sus principales lugartenientes, Porfirio Ornelas, Epitacio Villanueva, Crispín Juárez o Manuel Benavides. No hay más datos para seguirlos que los consignados por su paisano y compañero, el mayor Ontiveros.

costales y lazos (en todas las casas de Cuchillo Parado hay un "tallador" del que sacan los hilos de la lechuguilla, escribió Ontiveros en 1914). Además, de la lechuguilla se extrae un néctar azucarado que, debidamente destilado, produce la bebida típica del desierto de Chihuahua, el sotol, aguardiente de hasta 70°, cuyas destilerías más añejas y tradicionales estaban y siguen estando en Coyame. Aunque la actividad de las Compañías Deslindadoras en los años ochenta se centró en regiones más ricas fue durante ese proceso que Carlos Muñoz, miembro de la oligarquía estatal y socio del clan Terrazas-Creel, adquirió títulos de propiedad sobre "terrenos baldíos" aledaños a las parcelas del pueblo, que intentó hacer efectivos una década después, empezando así el conflicto.

Al parecer esos terrenos eran efectivamente baldíos, pero eran justamente los terrenos en que los vecinos de Cuchillo Parado cazaban y recolectaban lechuguilla y, de cualquier manera, estos rancheros del desierto argumentaron que, además de los baldíos, Muñoz estaba despojando al pueblo de algunas de sus tierras originales. En 1898, luego de dos años de protestas, la junta directiva de la Sociedad Agrícola de Cuchillo Parado empezó a dirigir ocurso al gobierno federal pidiendo la protección de sus tierras. En las cartas, como era obligado, los cuchillenses recordaban su carácter de defensores de la frontera y esgrimían los títulos originales del poblado. Siguió la historia de costumbre: las cartas a la Secretaría de Fomento, las respuestas de la misma remitiendo a los quejosos al gobernador, la creciente impaciencia de dicho funcionario, las maniobras dilatorias del pueblo, etcétera, etcétera. En 1903 se fundó la Asociación de Habitantes de Cuchillo Parado, encabezada por Toribio Ortega y Ezequiel Montes, quienes se habían distinguido en el proceso anterior. Ezequiel Montes era un trovador y vendedor ambulante de bebidas alcohólicas que hacia 1890 se había establecido en Cuchillo Parado.<sup>9</sup>

El objeto explícito de la Asociación era defender las tierras del pueblo de la ambición de Carlos Muñoz, pero apenas se había constituido cuando Enrique C. Creel, recién nombrado gobernador del estado, designó a Ezequiel Montes jefe seccional de Cuchillo Parado y su agente comercial en el pueblo. Cuando se aprobó la ley del 25 de febrero de 1905 el gobierno del estado dio a Montes todas las facilidades para que titulara a nombre suyo y de sus allegados aquellas parcelas del pueblo dudosa o defectuosamente tituladas; de modo que para 1907, aunque muchos de los rancheros seguían teniendo las

<sup>9</sup> Katz, 1999, 1:50. Koreck, 1988, 133-134



parcelas heredadas de sus padres, el pueblo había perdido las tierras disputadas por Carlos Muñoz y buena parte de sus cotos de caza, y Ezequiel Montes se había apoderado de una parte substancial (quizá la tercera parte) de las tierras reconocidas al pueblo en 1865. Durante todo ese tiempo Toribio Ortega siguió siendo el vocero de los vecinos en las movilizaciones contra Montes, Muñoz y Creel.<sup>10</sup>

Debilitados por la defección de Montes y algunos partidarios suyos, los vecinos de Cuchillo asistieron impotentes pero no en silencio al despojo de muchas de sus tierras entre 1905 y 1907. Así estaban las cosas cuando al remoto pueblito llegó la noticia de que en la capital del estado se había formado un club antirreeleccionista. Toribio Ortega fue a Chihuahua, se reunió varias veces con Abraham González y regresó para fundar un club antirreeleccionista en Cuchillo Parado, con él como presidente, Epitacio Villanueva como vicepresidente; Esteban Luján, tesoro; y José María Lucero, Fabián Rico, Marcelino Juárez y Fulgencio Olivas, secretarios. Inmediatamente, Ortega envió agentes a hacer propaganda maderista a Ojinaga, Coyame, San Carlos y San Antonio, y en contacto permanente con el Club Benito Juárez de Chihuahua asumió la dirección del movimiento en el oriente del distrito Iturbide. Cuando llegó el día de las elecciones, Ojinaga, San Carlos, San Antonio y Cuchillo Parado votaron a electores maderistas; sólo Coyame votó a un elector proclive al gobierno. En Cuchillo Parado y San Carlos hubo enfrentamientos entre los partidarios de Madero y los del gobierno. Cuando Madero llamó a la revuelta, Ortega se comprometió con Abraham González a levantarse puntualmente el 20 de noviembre y ya vimos que faltó a su palabra, pues se adelantó una semana.<sup>11</sup>

En el pueblo de San Carlos se había formado un grupo antirreeleccionista encabezado por Manuel Benavides, que dependía del club de Cuchillo Parado. Es San Carlos un remoto pueblo del desierto, último rincón del estado, lo mismo que San Antonio y en su anexo, Santa Elena,<sup>12</sup> en los que los descendientes de los defensores de la frontera habían tenido su propio pleito con el hombre que estaba acaparando las tierras de la región:

---

<sup>10</sup> Katz, 1999, I:50-51. Cfr. Koreck, 1985 y 1988.

<sup>11</sup> Ontiveros, 1914, 7-13.

<sup>12</sup> Aún hoy, sólo puede llegarse a Manuel Benavides (San Carlos) por un camino de terracería de cerca de 70 kilómetros, que empalma con la carretera Ojinaga-Camargo. San Antonio está 20 kilómetros más adelante, al final del camino. Para llegar a Santa Elena, que da su nombre a un espectacular cañón tallado por el río Bravo, hay que tomar ahí un camino que con dificultad merece tal nombre.

el gobernador Creel en persona. El conflicto empezó más tarde que el de Cuchillo Parado, en 1908, cuando los administradores de la hacienda de Orientales (de más de 600,000 hectáreas), comprada por Creel unos años antes, empezaron a cercar los terrenos de ésta sin previo aviso. En los terrenos que empezaron a cercarse estaban los que podían recibir el nombre (excesivo) de pastizales, a las que tradicionalmente llevaban sus bestias los vecinos de los tres pueblos. Más de un centenar de vecinos enviaron una furiosa carta al gobierno federal, insistiendo en que habían ganado con su sangre el derecho a la tierra, y remitiendo los títulos con que el gobierno de la República había reconocido en 1829 la dotación original del presidio de San Carlos y había dotado a San Antonio en 1852, a cambio del compromiso de sus habitantes de defender la frontera. Los quejosos decían que así lo habían hecho y que todavía en 1872 y 1879 habían desarticulado sendas bandas apaches, capturando a más de cien "bárbaros".

Creel respondió enviando agrimensores para aplicar en tan apartados sitios la ley del 25 de febrero de 1905. Los vecinos de San Carlos impidieron que entraran al pueblo y contrataron como abogado al general juarista Miguel Loera, quien asesorado por un agrónomo que sí pudo trabajar sobre el terreno propuso en 1909 a la Secretaría de Fomento federal una repartición equitativa de las tierras, que incluyera la adjudicación a 228 familias sin tierras de parcelas tomadas de los terrenos nacionales vecinos, en las riberas de los ríos San Carlos y San Antonio. Fomento, como de costumbre, remitió las quejas, los quejosos y la propuesta de Loera al gobernador del estado quien, también siguiendo su costumbre, ni siquiera respondió. Lo que hizo fue enviar otro agrimensor con una cuadrilla de trabajadores, que una vez más fueron expulsados de la zona por los rancheros. Creel envió entonces un destacamento de rurales que se estableció en la hacienda, y ordenó a sus administradores que confiscaran los ganados que pastaran en sus tierras, y retuvo un mes en la cárcel a José de la Luz Soto, un veterano de la guerra de Intervención oriundo de Valle de Allende, llegado a la región de Ojinaga a hacer propaganda antirreeleccionista.<sup>13</sup>

Así estaban las cosas a fines del verano de 1910, cuando se celebraron las elecciones presidenciales. En San Carlos y San Antonio triunfaron los candidatos antirreeleccionistas a pesar de que en el primero de ambos pueblos hubo serias trifulcas entre los maderistas y los partidarios de la dictadura. Cuando Ortega se levantó en armas en

<sup>13</sup> Katz, 1999, 1:55-57. El Correo, 10 y 24 de julio de 1909.

Cuchillo Parado, Manuel Benavides estaba entre sus compañeros. En los primeros días de diciembre se le unió José de la Luz Soto al frente de unos cincuenta vecinos de San Carlos y San Antonio. Esa gente fue el pie veterano de la futura Brigada González Ortega, de la División del Norte.<sup>14</sup>

Otros dos pueblos del municipio de Coyame, La Mula y El Mulato, fueron partidarios de Toribio Ortega. Los vecinos de ambos pueblos acusaban a Ciro Amarillas, jefe municipal de Ojinaga, de robarles sus caballos para enviarlos a las tierras que William Randolph Hearst tenía al otro lado del estado.<sup>15</sup>

Una vez que se levantaron en armas los vecinos de Cuchillo Parado, San Carlos y San Antonio, numerosos voluntarios de Ojinaga se unieron a los rebeldes. Fue su caudillo José de la Cruz Sánchez, quien había organizado un núcleo antirreeleccionista desde principios de 1910. Ya en 1911 se incorporarían a las fuerzas de Ortega numerosos revolucionarios de Villa Aldama, población fundada con el nombre de San Gerónimo a principios del siglo XVIII, para abastecer de alimentos al cercano mineral de Chihuahua. Villa Aldama había tenido problemas muy parecidos a los que caracterizaron al país de Villa, sobre todo San Andrés y Santa Isabel: el siglo XVIII, hasta la firma de "la paz larga", fue un siglo de guerras constantes aunque San Gerónimo, en los límites de la llanura con el desierto, estaba aún más expuesto a los ataques de los "bárbaros" que aquellos. También a semejanza de esos pueblos, Villa Aldama aportó su contingente de sangre a las filas de los campañadores y de los liberales en el siglo XIX. Fue en el inhóspito desierto de Coyame, municipio vecino a Villa Aldama, que se libró la legendaria batalla de Tres Castillos.

Terminadas las guerras indias, los problemas de Villa Aldama siguieron pareciéndose a los de San Andrés y Santa Isabel: hubo algún conflicto menor y poco documentado con la hacienda (terraceña) de Tabalaopa, situada entre Villa Aldama y Villa Ahumada. También resintieron los vecinos la aplicación de las leyes de Creel; a fines de 1906 los ricos de Villa Aldama y algunos vecinos de Chihuahua solicitaron y obtuvieron las consabidas 25 hectáreas de terrenos municipales, con base en la ley de 1905.<sup>16</sup>

En marzo de 1908 un gran número de vecinos presentó al gobierno del estado un ocurso pidiendo que "el bosque de Aldama" fuera cercado, para evitar su tala indebida,

---

<sup>14</sup> Ontiveros, 1914, 14-17.

<sup>15</sup> Koreck, 1988, 136.

<sup>16</sup> POECh, diciembre de 1906, varios días, en especial el 30.

realizada en exclusivo beneficio suyo por el jefe municipal. Numerosas quejas al respecto fueron publicadas, pero no hubo, al parecer, respuesta alguna de las autoridades superiores.<sup>17</sup> Es decir, que para 1909, había en Villa Aldama una creciente inconformidad con los manejos de la autoridad municipal, impuesta por el gobernador, que según se desprende de los escasos datos atrás consignados, estaba usufructuando los bosques de uso común, y aplicando a rajatabla la discutida ley de 1905 sobre terrenos municipales.

No tenemos datos sobre el antirreccionismo en Villa Aldama, pero sí sabemos que algunos vecinos se levantaron en armas en febrero o marzo de 1911, incorporándose a la partida rebelde que mandaba Francisco Portillo, ingeniero de minas nacido en Ciudad Camargo y vecino de Santa Eulalia, en donde tomó las armas al frente de un grupo de comerciantes, artesanos, empleados y rancheros de esa municipalidad, vecina a la de Aldama. La guerrilla de Portillo, formada por gente de Santa Eulalia y Villa Aldama, tomó esta última población el 1º de abril de 1911 y al día siguiente fue despedazada por los federales. Los sobrevivientes se dividieron: los de Santa Eulalia se incorporaron a Rosalío Hernández, en la zona de Camargo, mientras los de Villa Aldama, mandados por Severiano Muñoz, se unieron a Toribio Ortega.<sup>18</sup>

Mucho más adelante, ya en 1913, habrían de incorporarse a la gente de Toribio Ortega numerosos vecinos de los pueblos del distrito Bravos: Ciudad Juárez, Villa Ahumada, Guadalupe de Bravos y Zaragoza de Bravos.<sup>19</sup> Aunque muchos varones de estos pueblos lucharon en la revolución, no hubo aquí un caudillo regional, de modo que la gente de éste distrito luchó a las órdenes de caudillos como Toribio Ortega, Pancho Villa y José Inés Salazar. Son pueblos de frontera: Ciudad Juárez es la histórica Paso del Norte, el punto que con mayor insistencia sostuvieron los españoles en sus inmensos dominios del septentrión, en una fértil vega del Río Grande; y Guadalupe y Zaragoza fueron fundados en 1848, por mexicanos de Texas y Nuevo México que se rehusaron a ser ciudadanos estadounidenses y que solicitaron y obtuvieron tierras "de este lado". En Guadalupe hubo un complicado y largo conflicto de tierras cuando una compañía deslindadora invadió "terrenos que aquellos vecinos decían pertenecer a los ejidos del municipio". El

<sup>17</sup> Véase El Correo, 14 de marzo de 1908.

<sup>18</sup> Portilla, 1995, 412, 414, 462. INEHRM, II:538 y 615.

ayuntamiento elevó en 1905 una queja a la Secretaría de Fomento para que esos ejidos le fueran devueltos al pueblo, o para que fueran entregados a quienes los cultivaban desde tiempo inmemorial y no al mejor postor, como querían los deslindadores, pero Fomento les contestó con la negativa, aunque en 1908 el ministro del ramo, Olegario Molina, confirmó los derechos de los poseedores de terrenos del municipio, que tenían una extensión de 45,054 hectáreas.<sup>20</sup>

Para terminar con el país de Ortega, sólo resta decir que hubo un pueblo en el oriente del distrito Iturbide cuyos vecinos participaron en la lucha armada con igual decisión y valor que los de Cuchillo Parado, San Carlos y los demás, pero en el bando opuesto, apoyando a los gobiernos de Díaz y Huerta y tomando parte en la rebelión orozquista contra el gobierno de Madero: Coyame.

## **2. Camargo, Jiménez, Hidalgo (o Hernández, Herrera y Chao).**

En la noche del 19 al 20 de noviembre unos treinta o cuarenta hombres mal armados, encabezados por Guillermo Baca, Pedro T. Gómez y Juan B. Rosales, se reunieron en el cerro de la Cruz, rodeado por la ciudad de Hidalgo del Parral por tres de los cuatro vientos (y casi en el centro de la población), para intentar apoderarse por sorpresa de la plaza en la madrugada pero aunque se les unieron numerosos vecinos, trabajadores de las minas casi todos, fueron incapaces de vencer la resistencia de los partidarios del gobierno. Los rebeldes tuvieron que huir y en las semanas siguientes fueron de derrota en derrota hasta que el grupo casi desapareció, lo que permitió la emergencia como caudillo de un joven ranchero que empezó como soldado: Maclovio Herrera Cano.

Por su parte, Manuel Chao, un maestro rural que a pesar de haber llegado a Chihuahua diez años antes todavía conservaba el cantarín acento de la Huasteca Veracruzana, se levantó en armas en el pueblo de Baqueteros a mediados de diciembre. Al

---

<sup>19</sup> Esta incorporación masiva de voluntarios del Distrito Bravos a la Brigada González Ortega se dio en noviembre de 1913, al mismo tiempo que Toribio Ortega era ascendido a general brigadier. Ontiveros, 1914, 105.

<sup>20</sup> POECh, 30 de diciembre de 1906, 4-7: informe del Jefe Político del Distrito Bravos, Silvano Montemayor, sobre la administración en 1905; y POECh, 23 de julio de 1908, decreto de la Secretaría de Fomento.

mismo tiempo Rosalío Hernández Cabral, un zacatecano avecinado desde muchos años atrás en Ciudad Camargo, se rebeló en las cercanías de esa población ya entrado 1911. Herrera, Hernández y Chao habrían de convertirse en los más importantes caudillos revolucionarios de los distritos Hidalgo, Jiménez y Camargo.

Dos grandes regiones geográficas conforma estos tres distritos: al occidente hay varias abruptas serranías ricas (muy ricas) en plata, de tupidos bosques cerca de la Sierra Madre, que ralean hacia el oriente. Nacen o pasan por ahí varios de los principales tributarios de los ríos Florido y Conchos, que confluyen en el desierto, en donde luego se fundó Santa Rosalía (Ciudad Camargo). La segunda región geográfica está en pleno desierto, aunque en las riberas de los ríos florecen las estancias agrícolas y ganaderas que forman verdaderos oasis.

Aunque desde mediados del siglo XVI se establecieron estancias ganaderas en el Valle de San Bartolomé (luego Valle de Allende), la colonización regional empezó realmente con el descubrimiento de las minas de Santa Bárbara, hacia 1567, durante las grandes expediciones de Diego de Ibarra y sus lugartenientes, que permitieron la fundación de la Nueva Vizcaya. Hasta el descubrimiento de las minas de San José del Parral, de espectacular riqueza, Santa Bárbara dio nombre a la provincia más septentrional de la Nueva Vizcaya y era cabecera de un rico distrito minero al que pertenecían San Francisco del Oro, Indé, Santa María del Oro y dos que luego desaparecieron: San Juan y Todos Santos, además del Valle de San Bartolomé, sus estancias agrícolas y ganaderas y las misiones o visitas de misión de los ríos Florido y San Bartolomé.<sup>21</sup>

En las postrimerías del siglo XVI la provincia fue la plataforma de las expediciones de conquista del Nuevo México y hacia 1601 empezó a ser azotada por las guerras indias de la Nueva Vizcaya, protagonizadas por tepehuanes, conchos, tarahumaras y otros grupos. Sin el descubrimiento de la increíble riqueza de las minas de Parral, en 1631, es probable que la provincia se hubiera colapsado. Desde 1631 hasta 1718, cuando fue desplazado por Chihuahua, Parral fue la primera población de la Nueva Vizcaya y, a pesar de los alyibajos, en los siglos XVII y XVIII su población no bajó nunca de los 2,000 habitantes.<sup>22</sup>

<sup>21</sup> La historia de la colonización de la Nueva Vizcaya, en Porras Muñoz, 1980; Powell, 1984; Alessio, 1938; Gerhard, 1996 y Velázquez, 1974. Sobre Santa Bárbara y su provincia, véase Cramausse, 1990. Sobre Valle de Allende, véase Cramausse, en Bargellini, 1998, 17-83.

<sup>22</sup> Gerhard, 1996, 261-279.

En cuanto Parral se asentó como rico centro minero y villa de primera magnitud para los estándares neovizcaíños, se consolidó también el distrito agrícola del río de San Bartolomé, con el valle de San Bartolomé como centro y pudieron abrirse a la colonización otras regiones agrícolas, que permitieron la formación de dos grandes regiones agrícolas de las que en el siglo XVIII dependían, casi por completo, los centros mineros de Parral-Santa Bárbara y de Chihuahua-Santa Eulalia.

El primer corredor iba de Parral a Huejuquilla (Ciudad Jiménez), a lo largo de los ríos Parral, Santa Bárbara, Primero y Florido (en el que desaguan los anteriores). El segundo corre sobre el curso medio del río Conchos, desde el punto en que el río San Pedro desagua en él, pasando por la confluencia de los ríos Conchos y Florido (donde se estableció Santa Rosalva, después Ciudad Camargo), y llega hasta el pueblo de Julimes.<sup>23</sup>

Durante más de siglo y medio, contado desde el primer auge de Parral, estas dos prósperas regiones se caracterizaron por la siembra de trigo en las riberas de los ríos y por la ganadería extensiva propia de las grandes haciendas del norte: ganado bovino para la alimentación, convirtiéndose en la base de la comida regional, junto con el trigo; excelentes caballos, que en el siglo XIX tenían aún más fama que los de las haciendas terraceñas del distrito Galeana (en esta región está la hacienda de Santa Gertrudis, que era de los Luján y ahora del Ejército Mexicano); y mulas para el trabajo en las minas y el transporte de los minerales. Durante ese siglo y medio la única población permanente que alcanzaba la categoría de pueblo y que, como tal, tenía sus ejidos y sus rancheros, fue Valle de San Bartolomé. Las otras poblaciones de mayor permanencia fueron San Francisco de Conchos, vieja misión franciscana que proveía mano de obra para las estancias del Valle de San Bartolomé y que a fines del siglo XVIII era un pueblo de agricultores mestizos; y Santa Cruz de Tapacolmes (Rosales) fundado en 1720 para proteger la región de los apaches.

La construcción de los puestos de frontera revisados en el apartado anterior ("el país de Ortega"), en la segunda mitad del siglo XVIII, protegió los corredores agrícolas de los ríos Primero, Florido, Parral, San Pedro y Conchos, permitiendo el establecimiento definitivo de poblados de agricultores sobre antiguas misiones, presidios o estancias de vida intermitente. Así, a partir de la década de 1750, pero sobre todo en la de 1790, se establecieron los pueblos de Julimes, sobre el presidio abandonado de igual nombre; La

---

<sup>23</sup> González Herrera, 1993, 10-14.

Cruz, dotado de tierras por la Corona; Santa Rosalía (luego Ciudad Camargo), repoblado por 27 familias españolas de San Francisco de Conchos; y San Pablo (Mecoqui), sobre las ruinas de otra vieja misión franciscana; y hacia el poniente, Nuestra Señora de Pilar de Conchos (Valle de Zaragoza), en tierras cedidas por el mayorazgo de los Cortés del Rey. Más al sur nacieron o renacieron San Buenaventura de Atotonileo (Villa López), misión franciscana fundada por primera vez a fines del siglo XVI y varias veces abandonada; Guajoquilla o Huejuquilla (Ciudad Jiménez), en el casco de la hacienda del mismo nombre; y Río Florido (Villa Coronado).<sup>24</sup>

Estos pueblos prosperaron durante la "paz larga" (1810-1830), resistieron los embates de las guerras indias del siglo XIX y cuando pasaron los peores años de esas guerras eran poblados florecientes de campesinos libres, con Ciudad Camargo y Ciudad Jiménez como cabeceras políticas y económicas de la región, convertidos además en puntos de paso obligados para salir del estado rumbo al sur. Si en vísperas del ferrocarril los distritos Camargo y Jiménez aportaban cerea del 40% de la producción agrícola del estado, para 1905 habían se habían acercado al 50%: un 31% para el distrito Camargo y un 18 o 19% para Jiménez. Detrás de este crecimiento relativo había un crecimiento absoluto mucho más espectacular, debido principalmente al auge algodonero de Camargo: las tierras bajas del Conchos, arriba de Ciudad Camargo, se habían convertido en productoras de algodón desde la década de 1860, lo que había propiciado el establecimiento de despepitadoras y fábricas textiles en Ciudad Camargo y Saucillo, pueblo nacido durante los primeros años del porfiriato en las tierras de la hacienda de ese nombre. Ambos distritos producían también bastante más de la mitad del trigo del estado.

En 1910 Camargo y Jiménez eran dos ciudades florecientes de cerca de 7.000 habitantes la primera y más de 5000 la segunda (quinta y séptima poblaciones del estado), y en ambos distritos había 15 pueblos de más de 500 habitantes que conservaban sus tierras agrícolas, regadas por el Conchos o sus afluentes: en Camargo, la propia cabecera, San Pablo Mecoqui, el mineral de Naica (éste no tenía tierras agrícolas de riego porque está en una serranía, fuera de los fértiles valles fluviales, pero hasta 1906 conservaba sus tierras municipales), Saucillo, La Cruz, La Boquilla, Guadalupe, Rosales, Julimes y San Francisco

<sup>24</sup> Aboites, 1988, 15-75, cuenta muy bien "la formación regional" de los pueblos del valle de Santa Rosalía. Véanse también, para la misma región, Aboites, 1986; Aboites y Morales, 1988; y Castañeda, 1995. Véanse también Gerhard, 1996; y Los municipios de Chihuahua, 1988.



de Conchos; en Jiménez, Ciudad Jiménez, Valle de Allende, Villa López, Villa Coronado y El Pueblito de Allende. A estos hay que agregar dos pueblos agrícolas del distrito Hidalgo: San Isidro de las Cuevas (Villa Matamoros desde 1922) y Valle de Zaragoza.<sup>25</sup>

A pesar de la importancia de los pueblos en la región, la tendencia a la concentración de la propiedad no estuvo ausente. Aunque casi todas las estancias coloniales desaparecieron, a partir de mediados del siglo XIX resurgieron las grandes haciendas. El inicio del proceso fue la desamortización de los bienes del clero, instrumentada por el gobernador Luis Terrazas en 1861, a partir del cual se crearon varias grandes haciendas.<sup>26</sup> Con la excepción de unos terrenos vendidos por la Compañía Deslindadora de Asúnsolo a las haciendas Las Delicias y Casablanca, y que los vecinos de Meoqui reclamaban como suyos, no hubo en esta región conflictos de tierras propiamente dichos entre los hacendados y los vecinos de los pueblos, pero estos sí fueron marginados de las ramas más productivas de la agricultura y hacia 1905 los conflictos por el agua crecieron en intensidad y virulencia: y es que en el más rico de todos estos valles, el de Santa Rosalía, sólo era susceptible de irrigarse una estrecha franja en el margen izquierdo del Conchos (36,000 hectáreas de riego como máximo, en todo el distrito Camargo), y en los demás, el agua era igualmente valiosa y escasa. En el mineral de Naica, población minera que está fuera del circuito agrícola, el jefe municipal, acusado de ser "maniquí" de la compañía minera de que era apoderado don Joaquín Cortázar, adjudicó a la compañía los terrenos municipales comprendidos por la ley Creel de 1905, lo que generó inacabables protestas, reflejadas en un ocurso enviado al gobernador el 29 de octubre de 1908, firmado por cincuenta vecinos. En Villa López había numerosas quejas porque los nuevos propietarios (estadounidenses)

<sup>25</sup> Con datos de los censos de 1900 y 1910. Véanse también González Herrera, 1983, y Aboites, 1988. Los otros pueblos agrícolas del distrito Hidalgo: Balleza, Huejotitán, Valle de los Olivos, Valle del Rosario y San Antonio del Tule no pertenecían a los corredores que ahora revisamos: ya los vimos en "el país de Villa".

<sup>26</sup> Así se formaron las siguientes haciendas: en el distrito Camargo: las haciendas de Las Delicias, con 3000 hectáreas de riego y 14,000 de agostadero (propiedad, en 1910, del Sanatorio Miguel Salas); Bachimba, con cerca de 110,000 hectáreas de agostadero (la tercera gran posesión de los Zuloaga, aunque mucho menos productiva que Bustillos y Tres Hermanos); Humboldt, de 22,000 hectáreas, propiedad de inversionistas alemanes; Santa Gertrudis, 197,000 hectáreas de José María Luján; y algunas menores, propiedad de Cástulo Baca, los hermanos Terrazas, Martín Falomir y otros. En el distrito Jiménez: 258,000 hectáreas deslindadas propiedad de Enrique Creel; 145,000 hectáreas de la sucesión de Luis Faudoa; más de 300,000 hectáreas de Antonio Asúnsolo; y otras dos, bastante menores, de Marcos Russek y los hermanos Lozoya. También eran de menor tamaño,

de una hacienda, habían echado a numerosos arrendatarios que ahora carecían de pastos para su ganado.<sup>27</sup>

La falta de agua se solucionaría parcialmente con la construcción de una gigantesca presa cuya impresionante cortina aprovecharía el paso natural de la Boquilla del Conchos, río arriba de San Francisco de Conchos, cuyos primeros estudios se hicieron en 1903 y cuya construcción fue concesionada a un empresario francés en 1906, pero antes de que arrancaran las obras llegó la crisis de 1907 y los trabajos sólo fueron iniciados en 1909 por una compañía canadiense. Entre tanto, los empresarios habían comprado, con métodos no siempre amistosos, las casi 30,000 hectáreas que ocuparía la presa (el "lago Toronto", que desde 1917 es un novedoso hecho de la geografía chihuahuense), pertenecientes a pequeños propietarios de Valle de Zaragoza y San Francisco de Conchos. La construcción de la presa generó tales expectativas de desarrollo regional que los rancheros de los pueblos que serían regados por sus aguas (desde San Francisco del Conchos hasta Julimes) no se incorporaron a la Revolución en proporciones similares a las de otras regiones del estado y los que se incorporaron lo hicieron tarde: aunque en la Brigada Leales de Camargo había algunos propietarios de tierras de riego en la ribera izquierda del Conchos, la mayoría de los hombres de la Brigada eran rancheros del desierto, artesanos y aparceros y vaqueros de los haciendas: como señala Luis Aboites, no hubo aquí, como en otras regiones del estado, una chispa detonante de la Revolución.<sup>28</sup>

Las quejas por los abusos de poder de las autoridades, constantes en todo el estado, aquí también eran menores, sin duda porque Camargo y Jiménez están sobre la vía del ferrocarril Central, lo que impedía el monopolio comercial que tan odiados hacía a los jefes políticos de la Sierra, haciendo también menor el margen de maniobra de las autoridades. Las quejas más recurrentes eran contra el juez menor y el jefe municipal de Meoqui, pero ambos funcionarios fueron removidos por las autoridades superiores.<sup>29</sup>

Revolucionarios camarguenses: el primero es Rosalío Hernández Cabral, nacido en Nieves, Zacatecas, en 1864, y emigrado muy joven a la región Camargo, donde luego de

---

como en todo el distrito Hidalgo, las haciendas de Valle de Zaragoza. Aboites, 1988, 61-62, 67-69 y 74-75. Wasserman, 1987, 217-220. Almada, 1964, 1:56-61.

<sup>27</sup> *El Correo*, 11 de agosto, 24 de octubre y 4 de noviembre de 1908.

<sup>28</sup> Sobre la presa de la Boquilla, véanse Cedillo, 1980, y Aboites, 1988, 83-88; y las pp. 96-99 sobre la revolución en Camargo.

<sup>29</sup> *El Correo*, 6, 9, 14, 24 y 31 de octubre de 1908.

dedicarse a actividades diversas tuvo un golpe de suerte como gambusino. lo que le permitió comprar un terreno con pocas hectáreas de riego y agostadero para ganado. No hay evidencia de que haya participado en la organización antirreeleccionista, pero según testimonios posteriores de Raúl Madero y Antonio I. Villarreal, en octubre de 1910 se presentó a la junta revolucionaria de San Antonio, Texas, en compañía de Luis Moya y Aquiles Serdán, comprometiéndose a levantarse en armas en el distrito Camargo, de Chihuahua, cosa que hizo, llegando a reclutar unos 80 hombres que participaron en la toma de Ciudad Camargo en mayo de 1911.<sup>30</sup>

También eran rancheros Roque Gándara, Manuel Licón, Domingo y Francisco Bustamante y Praxedes Giner Durán, amigos o conocidos de Rosalío Hernández. Giner era "ganadero propietario" en 1910, a pesar de que solo tenía 17 años.<sup>31</sup> Fuera de las áreas de riego, en los inmensos llanos cortados por abruptas serranías que van desde el Conchos hasta Sierra Mojada, Coahuila, se levantaron en armas ganaderos y vaqueros entre los que destacó Tomás Ornelas, que mandaba a unos 25 hombres del rancho La Encantada; un señor Chacón, de Peñasquitos; gente de Encinillas, con el jefe Rosalío; y otros de Agua de Mayo, Codornices, Chicuas, Las Mexteñas, Las Escobas y otros ranchos del desierto.<sup>32</sup>

Los revolucionarios del distrito Jiménez carecieron de caudillo propio: no lo fue José de la Luz Soto, mediano propietario de Valle de Allende; tampoco Nicolás Fernández Carrillo, caporal de la hacienda de los Lozoya, ni Baudelio Uribe, nacido en Ciudad Jiménez: estos dos últimos, que serían generales afamados después de 1916, durante el período de la División del Norte fueron oficiales subalternos. Al carecer de caudillo, los

<sup>30</sup> Del expediente personal de Rosalío Hernández, ACSDN, XI/III/2-s.c., 97-102.

<sup>31</sup> ACSDN, XI/III.2/1-382, 704. Véase también PHO/1/75, 5.

<sup>32</sup> Algunos nombres: José Montes, Albino Morín, Zacarías Marroquín, Lorenzo Villanueva, Luz Villanueva, Francisco Carrasco, Tiburcio Torres, José Beltrán, José Roque Gándara, Eduwiges Méndez, Carlos Bustamante, Domingo Bustamante, Sabino López, Antonio Regalado, Jesús Guerero, Mariano Guerrero, Martín Cárdenas, Francisco Hernández, Antonio Pérez, Angel Machuca, Eulalio Medrano, Pablo Vigil, Antonio Chavarría, Miguel Mendoza, Benito Castro, Juan Rey, Margarito Mancha, Seferino Soliz, Miguel Medina, José Rodríguez, Rosario Alarcón, José Bueno, José Durán, Miguel Fernández, Exiquio Cardiel, Gregorio Martínez, Manuel Fernández, Esteban Cardiel, Concepción Zaragoza, Jesús Quiñones, Teodoro Chávez, Mauricio Bueno, Guadalupe Mancha, Ignacio Cobos Regalado, Jacinto Hernández, Francisco Bustamante, Antonio Villa Rey, Rafael Licón, Manuel Licón, Práxedes Giner Durán y María Gaytan. INEHRM, 1991, II:289, apud en Estanislao Muñoz Aguilar, "Breves apuntes históricos sobre la revolución en el municipio de Camargo", en Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos, Memoria del VII Congreso Nacional de Historia de la Revolución Mexicana, celebrado en la ciudad de Chihuahua en noviembre de 1976.

villistas de este distrito que, como los de Camargo, no fueron tantos (proporcionalmente) como los de otros, se repartieron en las brigadas Morelos, Leales de Camargo, Benito Juárez y Villa.

Por su parte, Parral permaneció como centro minero de primer orden durante todo el siglo XIX, a pesar de los problemas políticos y los inevitables altibajos. El crecimiento acelerado de todo el estado a partir de la década de 1880 impactó también a Parral, pues la paz y las comunicaciones permitieron el rescate de muchas minas y el inicio de los trabajos en otras. A fines de ese siglo las mejores minas eran propiedad de compañías norteamericanas, que sacaban el mineral por un ramal del Ferrocarril Central. Parral y los cercanos minerales de Santa Bárbara, Villa Escobedo (San Diego de Minas Nuevas), Los Azules (municipio de Santa Bárbara) y Santa Bárbara, constituían un distrito minero cuya producción era sólo inferior a la de Batopilas, pero que tenía sobre aquella la ventaja del ferrocarril y de una mejor situación geográfica. Aunque seguía habiendo minas que se trabajaban al estilo tradicional el distrito se había beneficiado con el fomento de la minería de los mejores años del porfiriato. Aún antes de que un ramal del Ferrocarril Central comunicara Parral con Jiménez, la cercanía de la ciudad con numerosos pueblos agrícolas había impedido que, como en tantos otros pueblos mineros, las compañías monopolizaran el abasto de productos básicos.<sup>33</sup>

El impulso de la minería y el aumento de la producción de metales preciosos e industriales fue un renglón esencial en el desarrollo económico del porfiriato. La construcción de ferrocarriles, el comercio y la orientación de nuevas zonas agropecuarias hacia el mercado estuvieron íntimamente relacionadas con la minería. Además del capital extranjero invertido en las minas más ricas y productivas, cuyos beneficios fueron compartidos por sus socios y gestores mexicanos (en este caso, los miembros de los grupos oligárquicos del norte, principalmente los Terrazas), había en todas las regiones mineras un número indeterminado, siempre importante, de pequeños productores y gambusinos, muchos de los cuales eran a la vez rancheros o pequeños agricultores que repartían su tiempo entre el rancho y la mina: esta situación era notable en los distritos del sur de Chihuahua y del norte de Durango. Pero el crecimiento acelerado de la minería, que trajo

<sup>33</sup> Hay dos excelentes monografías sobre las minas de Parral durante la colonia: West, 1949, y Alatríste, 1983. Los datos para el siglo XIX están tomados de las estadísticas de Escudero, 1834, 129-161 y de los censos, y del informe de Ramírez, 1884, 388-390.

consigno el aumento de la población y la modernización de otros sectores de la economía, reveló ser un desarrollo de bases muy frágiles: la inseguridad en el empleo y la inestabilidad social eran paralelas al auge minero, lo mismo que el bandolerismo en las serranías aledañas.

La crisis económica de 1907-1908 afectó duramente al sector, al caer drásticamente los precios de los principales productos mineros mexicanos, obligando a muchas empresas a cerrar temporalmente o reducir su personal. En la segunda mitad de 1908 muchas minas abrieron otra vez sus puertas, pero la precariedad del desarrollo basado en la minería quedó ampliamente demostrado por la crisis. Muchas poblaciones mineras fueron focos del descontento: Parral y Santa Bárbara fueron sede de dos de los clubes antirreeleccionistas más activos de Chihuahua. Esta agitación se concentró en los sectores que se desarrollaron al parejo de las minas: comerciantes, agricultores, ferrocarrileros, empleados e intelectuales, artesanos, pero no entre los mineros. Los desequilibrios y la fragilidad del desarrollo centrado en la minería, se manifestaron en los sectores que crecieron al calor de los auge mineros, y que fueron golpeados más duramente por la crisis y la inestabilidad.<sup>34</sup>

Entre los oficiales de las Brigadas Benito Juárez y Chao, de la División del Norte, hubo muchos nacidos o radicados en Parral, pero ninguno de aquellos de los que pudo saberse su ocupación anterior a la Revolución, era operario de las minas: Maclovio Herrera Cano (nacido en 1878 o 79) era hombre de a caballo que trabajaba las tierras de su padre, don José de la Luz, en San Juanico, municipio de Hidalgo del Parral, según algunas fuentes, o en Cruz de Piedras, municipio de Santa Bárbara, según otras. Quizá fuese él mismo propietario de tierras. Su hermano Luis (1876) era empleado del Ferrocarril Parral y Durango y en 1910 era jefe de estación en la Mesa de las Sandías, Durango.<sup>35</sup>

Manuel Chao Rovira, nacido en Tuxpan, Veracruz, en 1883, había estudiado en la Escuela Normal de Xalapa bajo la batuta de don Enrique Rebsamen, según algunas fuentes, aunque según otras sólo terminó la primaria y trabajaba la tierra cuando en 1900, a sus 17 años, aceptó una plaza de maestro rural en Chihuahua, ejerciendo esa profesión en distintos

<sup>34</sup> Cosío, 1965, I:179-310. Guerra, 1983. Prácticamente no hay estudios monográficos sobre el desarrollo de las minas del norte durante el porfiriato, ni su vinculación con la revolución, fuera de Cananea, que como se ha explicado en varios trabajos, fue un caso particular, cuyos eventos no permiten extraer conclusiones generales. Véase, por ejemplo, Aguilar Camín, 1985, 110-124.

<sup>35</sup> Del expediente del general de brigada Luis Herrera Cano, ACSDN XI/III/2-1112. Véase también Herrera, 1981, 47.

pueblos de los distritos Hidalgo, Benito Juárez y el sur de Iturbide. La revolución lo encontró en Baqueteros, donde se levantó en armas.<sup>36</sup>

Marcial Cavazos, nacido en Guerrero, Tamaulipas, en 1880; y Eulogio Ortiz Reyes, nacido en Parral hacia 1891, eran "mecánicos" en Parral. Federico Chapoy, jefe de regimiento de la Brigada Benito Juárez, nació en Saltillo en 1879, participó en la rebelión maderista en las fuerzas de Luis A. Guajardo, y se incorporó a las fuerzas de Herrera en 1913, luego de pasar brevemente por la Brigada Robles, de la División del Norte. De Donato e Isaac López Payán no se tienen otros datos que su lugar de nacimiento: Parral. Sóstenes Garza, nació en Buenaventura, Coahuila, aunque vivía en Parral desde varios años antes de la Revolución. De Ernesto García y los hermanos Colunga no existen datos sobre sus actividades anteriores a la Revolución. Abel Pereyra Moreno nació en Balleza en 1897, hijo de un maestro rural, y se incorporó a la Revolución siendo adolescente todavía, por espíritu de aventura. Otro adolescente, Lorenzo García Oaxaca, nacido en Parral en 1896, era hijo de un operario de la mina Palmilla y trabajaba como repartidor de leche cuando se unió a Maclovio Herrera en 1912, junto con un primo suyo, también hijo de minero.<sup>37</sup>

Los dirigentes del antirreleccionismo provenían de las clases medias ilustradas: Los hermanos Guillermo y Juan Bautista Baca, y Miguel Baca Ronquillo, hermano o primo suyo, eran medianos comerciantes. Juan B. Rosales, nacido en Cuencamé, Durango, en 1883, trabajaba como tenedor de libros en una compañía minera de Parral desde 1901. Antonio Sarabia era abogado. Juan Perches era joyero. Había un par de abogados más y varios comerciantes.<sup>38</sup>

Por su parte, Valle de Zaragoza, un centro agrícola vinculado a Parral desde su origen (con el nombre de Pilar de Conchos había sido una de las mayores haciendas del mayorazgo de los Cortés del Rey, ricos mineros de Parral), aportó un notable contingente de sangre a las brigadas Benito Juárez, Chao y Villa: como que a sus vecinos la construcción de la presa de La Boquilla (Lago Toronto) sólo les trajo exacciones y expoliaciones y no les acarrearía ningún beneficio. También había aquí un monopolio

---

<sup>36</sup> Sánchez de Anda, 2003.

<sup>37</sup> ACSDN, XI/III/3-2015,74 (Cavazos); ACSDN XI/III/1-186, 290 (Ortiz). ACSDN, XI/III/2-194 (Chapoy) PHO/1/70, 1-18 (García Oaxaca).

<sup>38</sup> PHO/1/116, 1-3 y 10.

comercial protegido por el jefe municipal que era blanco de constantes quejas. Se sabe que muchos rancheros de esta población se unieron al villismo.<sup>39</sup>

### 3. El país de Urbina

En los primeros días de 1914 el periodista norteamericano John Reed trabajaba como corresponsal de guerra en un remoto rincón de las serranías de Durango, conviviendo con un centenar de harapientos guerrilleros mandados por un señor don Petronilo (Hernández), que dependían de un tal Tomás Urbina, un hombre del que se contaban infinitas leyendas y que tenía su cuartel general en Las Nieves, Durango. Reed, periodista de inagotable curiosidad, salió en búsqueda de Urbina en compañía de un comerciante "turco". Subió y bajó las serranías, cruzó la amarillenta y desolada planicie del norte de Durango y platicó con gente que estaba harta de la guerra y había estado con Urbina, o tenía un primo, un amigo, un compadre que seguía con Urbina. En la crónica de Reed, a pesar del cansancio de una guerra ya larga, se leen unánimes elogios al misterioso caudillo cuyo nombre era absolutamente desconocido para Reed un par de semanas antes. Según los pacíficos, la vasta hacienda de Canutillo habían sido confiscadas por Urbina para la Revolución, y el general las administraba por medio de sus agentes y, según se decía, "iba 'al partir' con la revolución". Toda aquella región era, verdaderamente, "el país de Urbina".<sup>40</sup>

En Las Nieves, a la sombra de Urbina, Reed conoció a Pablo Seáñez, "un joven simpático, franco, con cinco balazos en el cuerpo [...] que era una fiera en el combate", que con sus amigotes, un Fierro (Rodolfo) y un Borunda (Faustino), había matado personalmente a 80 prisioneros después de una batalla. Trató también a otros jóvenes guerreros, sucios y mal vestidos pero indudablemente feroces, los hombres de confianza de Urbina, sus compañeros, gente que había ido quedando a sus órdenes durante la Revolución, y que ahora tenían un gran espíritu de cuerpo aunque en toda la vasta región que dominaban no se hubiese dado ningún levantamiento popular espontáneo salvo en un

---

<sup>39</sup> *El Correo*, 3 de mayo de 1907, 16 de julio de 1907, 23 de agosto de 1907, 23 de septiembre de 1907 y 29 de octubre de 1908. Sobre el mayorazgo, véase Curiel, 1993.

<sup>40</sup> Reed, 1975, 21-26.

pequeño poblacho del municipio de Santa María del Oro: Tomás Urbina Reyes. "el León de Durango", se había hecho en la guerra.

La región que habría de señorear el general Urbina era una extensa y poco poblada zona del desierto y los resecos valles del norte de Durango: los municipios de Indé, Hidalgo, San Pedro del Oro, Ocampo, Rodeo, San Luis del Cordero y Santa María del Oro (donde están la Congregación de Nieves o Las Nieves, cuna del general Urbina, y la hacienda de Canutillo en que Villa pasó sus últimos años); y parte de los de Mapimí y Nazas, sin incluir las cabeceras (Mapimí y Nazas pertenecieron a la zona de influencia de otro caudillo villista, el general Orestes Pereyra).

Al sur de esta región están las fértiles y no tan secas llanuras de Canatlán y San Juan del Río, en el corazón del estado. No puede decirse que esta región forme parte del país de Urbina, pero aportó muchos soldados a la División del norte, algunos de los cuales militaron en la Brigada Morelos. Esta región, pródiga en revolucionarios (en ella nació, para no ir más lejos, Pancho Villa), no tuvo un caudillo particular y sus hombres se repartieron en diversas brigadas villistas (preferentemente en la Morelos, la Primera de Durango y la Villa): en las fuerzas de Domingo Arrieta, caudillo de la región de Santiago Papasquiaro que nunca se incorporó al villismo; de Matías Pazuengo, originario de Guatimapé y aliado del villismo o, incluso, en las filas de los "colorados" que mandaba Jesús José ("Cheché") Campos Luján.

El verdadero país de Urbina se extiende en la zona septentrional de las llanuras de Durango, desde el bolsón de Mapimí hasta las primeras estribaciones de la Sierra Madre. Es un territorio generalmente llano, surcado por pequeñas aunque abruptas serranías que corren paralelas a la Sierra Madre, en cuya porción oriental no hay más agricultura que en las riberas de los ríos (los sistemas del Nazas y el Florido). La ganadería era la mayor riqueza de estas llanuras, concentrada en grandes propiedades trabajadas por vaqueros y medieros. Las minas de Indé, descubiertas en 1567 por el capitán Francisco de Ibarra, fundadopr de la Nueva Vizcaya, se consolidaron hacia 1580, sirviendo como base para la exploración regional y la apertura de las minas de Santa Bárbara, Santa María del Oro y Guanaceví y los poblados indígenas de El Tizonazo y San Miguel de las Bocas (hoy Villa Ocampo). Las minas de Indé y El Oro no tenían la riqueza de las de Parral, pero el mineral alcanzaba para mantener ocupada la zona y, para protegerla, lo mismo que a Parral y Santa



Bárbara, en la segunda mitad del siglo XVIII se fundaron tres presidios que intentaban tapar las salidas del Bolsón de Mapimí: Cerro Gordo (hoy Villa Hidalgo), San Pedro del Gallo y Pasaje (del que hablaremos en el próximo capítulo). No hubo en este extenso territorio más poblaciones que estas y casi podríamos decir que no las hay: dos reales de minas, dos presidios y dos pueblos de misión, aunque no faltaron los ranchos y las grandes haciendas primordialmente ganaderas.<sup>41</sup>

La escasez endémica de población y las circunstancias del terreno favorecieron la formación de extensos latifundios, en un proceso de acumulación de la tierra iniciado en el siglo XVI y renovado durante el porfiriato. A fines de ese periodo, las tierras más productivas de El Oro estaban ocupadas por las más de 180,000 hectáreas de la hacienda de Ramos; y en el partido de Indé (municipios de Indé, Villa Hidalgo y Villa Ocampo) prácticamente no había tierras que no pertenecieran a grandes o medianos hacendados, destacando las haciendas de San Francisco (170,000 hectáreas), Canutillo (70,000), Torreón de Cañas (más de 100,000), La Zarca y San Juan Bautista (unas 90,000 hectáreas cada una), Mimblera (70,000 hectáreas) y tres o cuatro más, cuyos dueños pertenecían todos a las grandes familias oligárquicas con intereses diversificados en todo el estado: los Gurza, los Flores, los Jurado y otros. Como contraparte, en los municipios de Villa Hidalgo y Villa Ocampo prácticamente no existía la pequeña propiedad, aunque en Indé había más de 60,000 hectáreas pertenecientes a los vecinos de varios ranchos y congregaciones que conservaron su vida libre, lo mismo que en El Oro, donde la hacienda de Ramos convivía con algunos ranchos, aunque muchos eran claramente dependientes de la hacienda, y no pocos fueron afectados por las compañías deslindadoras, generándose en esta parte de la región importantes conflictos de tierras.<sup>42</sup>

A diferencia de lo ocurrido en Chihuahua, no hubo en Durango un periodo durante el cual se interrumpiera el predominio de los latifundios en la vida rural. La Iglesia tenía grandes extensiones de tierra cuya desamortización hecha de acuerdo con la Ley Lerdo, de 1856, benefició a los grandes propietarios laicos. De la misma manera, la guerra contra los "indios bárbaros", menos aguda que en Chihuahua pero también presente, tuvo

<sup>41</sup> Gerhard, 1996, 224-226, 260-262 y 278-281. Rouaix, 1929, 100-105. Rouaix, 1929b.

<sup>42</sup> Véase la relación entre las minas del septentrión y "los hombres ricos y poderosos", en Chevalier, 1999, 245-285. Véanse también Rouaix, 1929, 100-105; Altamirano, *et. al.*, 1997, 341-342; Sáenz Carrete, 1999, 168-179.

repercusiones muy distintas que en aquel estado, pues aquí fueron los hacendados y sus hombres armados los que constituyeron el más efectivo retén contra los "invasores" y tocó a numerosos rancheros independientes abandonar o malvender sus tierras. También, las tierras de algunos pueblos del norte y oriente del estado fueron ocupadas por los latifundistas.

Esto tuvo un resultado del que hablamos brevemente al presentar a Pancho Villa: el predominio de las haciendas trajo consigo la proliferación de las gavillas de bandoleros en todo el estado, que lo mismo combatían contra los apaches que contra los guardias de las haciendas, pero que, sobre todo, hacían de los caminos de Durango lugares de lo más inseguros y peligrosos. A los nombres de famosos bandoleros de mediados del siglo, se habrían de agregar, en el porfiriato, Heraclio Bernal, Ignacio Parra y el primer Francisco Villa, entre muchos otros. Doroteo Arango y Tomás Urbina empezaron su vida adulta como bandoleros de Durango.

El predominio del latifundio, sin interrupciones entre la colonia y el porfiriato, marcó otra diferencia notable con Chihuahua: en lugar de una élite capitalista emprendedora, ambiciosa y progresista, fuera de la Comarca Lagunera (de la que hablaremos aparte) se formó en Durango una oligarquía terrateniente que si bien durante el porfiriato diversificaría sus intereses por sí o en sociedad con el capital extranjero, seguiría mucho más apegada a la explotación tradicional de sus latifundios. Esta oligarquía, formada por familias criollas profundamente católicas, conservadoras y vinculadas entre sí por lazos de parentesco, estaba integrada por los Flores, Zubiría, Gurza, Bracho, Asúnsolo, López Negrete, Manzanera, Del Palacio, Saracho, González Saravia y Fernández de Castro.<sup>43</sup>

Desde la década de 1830 se establecieron las primeras factorías textiles en Durango, pero esta industrialización incipiente no generó un mayor desarrollo de la manufactura, y la tardía llegada del ferrocarril (apenas en 1892 se inauguró el tramo Durango-Gómez Palacio del ferrocarril Internacional, nueve años después de la llegada del caballo de hierro a Torreón y Gómez Palacio, y ocho después de la comunicación de Chihuahua con Torreón y Ciudad Juárez) contribuyó a que en esa ciudad sólo se desarrollaran algunas pequeñas fábricas para el mercado local. El auge algodonero de la Comarca Lagunera, del que

<sup>43</sup> Resumen aquí la interpretación de César Navarro, en Altamirano, *et. al.*, 1997, I:103-167 (véase sobre todo, las pp. 142-148). Los datos pueden confrontarse en Escudero, 1849; Ramírez, 1910; y Rouaix, 1929b.

hablaremos en el siguiente capítulo, hizo crecer las dos viejas fábricas textiles de Durango, y favoreció la construcción de otras en Mapimí, Cuencamé y San Juan del Río; pero los partidos de Indé y El Oro siguieron sin ferrocarril ni fábricas. Tampoco llegó la reactivación de la minería, actividad tradicional de la región, que en otras partes del estado empezó en la década de 1880.<sup>44</sup>

Indé estaban en clara decadencia y no fueron pocos los operarios mineros de experiencia que emigraron a zonas mejores (Parral, Mapimí o Velardeña, por ejemplo): en 1897 el Periódico Oficial de Durango reportó que “la falta de población y las vías de comunicación han motivado que apenas se exploten sus ricos minerales”. Peor era en el partido de El Oro, que según un informe oficial de 1893, “es un partido despoblado y puede decirse que todas sus poblaciones son rancherías pequeñas de mal aspecto.[...] hoy día hay más de treinta minas abandonadas”.<sup>45</sup> Las grandes inversiones mineras de la década de 1900 lo más cerca que llegaron fue a Peñoles, municipio de San Pedro del Gallo. En esta región casi intocada por la modernización porfiriana, la agricultura también languidecía y sólo algunas haciendas, como Canutillo, podían enorgullecerse de sus hatos ganaderos, pero otras haciendas, como la de Ramos, la mayor de la región, estaban en franco declive.<sup>46</sup>

Para 1910, luego de que pasaran por ahí las leyes de desamortización y las compañías deslindadoras, en el Partido de El Oro sólo cinco pueblos conservaban su tierras: en 1904 hubo quejas en la cabecera por la reducción del fundo legal a la mitad de su extensión original. La compañía deslindadora “García Martínez y socios” se había adjudicado en 1897 las tierras de la Purísima, Gigantes y Nogales, tres rancherías que hasta entonces habían usufructuado sus terrenos. Así, frente a la hacienda de Ramos y 16 haciendas menores, sólo había 136 pequeños propietarios.<sup>47</sup>

En el partido de El Oro sólo en La Parrita y Santa Cruz, dos poblachos habitados por medieros de las haciendas, hubo un brote rebelde a principios de 1911, cuando Petronilo Hernández y sus hermanos se levantaron al frente de una veintena de vecinos para

<sup>44</sup> Altamirano, et. al., 1997, I:234-238 y 247-251.

<sup>45</sup> Citados por G. Villa, en Altamirano, et. al., 1997, I:251 y 253.

<sup>46</sup> Sáenz Carrete, 1999, 179-183.

<sup>47</sup> Sáenz Carrete, 1999, 187-198.

unirse a las fuerzas del jefe Urbina, que acababa de llegar a Villa Ocampo procedente de Chihuahua. Don Petronilo sería un agrarista convencido.<sup>48</sup>

En Villa Ocampo, 200 hombres se pronunciaron el 6 de diciembre de 1910, encabezados por Martín Triana, un exseminarista. Luego de apoderarse de la población, los rebeldes salieron rumbo a La Laguna. En febrero y marzo de 1911 el caudillo lagunero Jesús Agustín Castro pasó por los pueblos de la región, donde se le incorporaron numerosos hombres, pero según las listas de soldados maderistas que se elaboraron posteriormente, parece ser que esa gente se unió a Tomás Urbina, quien hacía sus correrías en los partidos de Indé y El Oro.<sup>49</sup>

A pesar del importante contingente de sangre que estos pueblos habrían de aportar a las filas de la Brigada Morelos del general Urbina, tenemos que decir que, en el estado de Durango, la revolución estuvo en otra parte: en la Sierra, de donde son originarios varios grupos rebeldes que no formaron parte de la División del Norte y, sobre todo, en el partido de Cuencamé y en la Comarca Lagunera. Vamos allá.

---

<sup>48</sup> Sáenz Carrete, 1999, 190.

<sup>49</sup> Portilla, 1995, 498. Sobre los hombres que en Indé y El Oro se unieron a Castro, véase Guerra, 1983. De las listas de licenciados hablaremos en el capítulo 6.

#### IV. LA TIERRA DEL ALGODÓN Y DEL GUAYULE

Al caer la noche del 19 de noviembre de 1910 un ruinoso rancho abandonado cercano a la ciudad de Gómez Palacio fue llenándose de vida: los conspiradores maderistas de la Comarca Lagunera y de la vecina región de Cuencamé se habían dado cita en ese solitario lugar, refugio tradicional de bandoleros, ladrones de guayule y contrabandistas, para echar a andar la rebelión convocada por Francisco I. Madero para el día siguiente.<sup>1</sup>

Los conjurados se habían fijado un objetivo asaz ambicioso: apoderarse en la madrugada del 20 de noviembre, mediante un golpe de mano, de Torreón, "la perla de La Laguna", la principal ciudad de la Comarca, orgulloso símbolo de su acelerada modernización y de su pujante riqueza. Pero pronto hubieron de mudar propósito: apenas acudieron algo menos de la mitad de quienes se suponía que llegarían. Fallaron los maderistas de Torreón, pues una eficaz labor policiaca había puesto tras las rejas a sus jefes, el profesor Manuel N. Oviedo y el doctor José María Rodríguez, dispersando a otros dirigentes, como Mariano López Ortiz, que huyó sin explicaciones.<sup>2</sup> Los demás conspiradores de Torreón, ignorantes de la hora y lugar de la cita, quedaron desconectados, entre ellos Eugenio Aguirre Benavides, quien sería un destacado jefe militar de la revolución. Tampoco llegaron los dos o trescientos jinetes prometidos por Calixto Contreras, jefe de la conspiración en la región de Cuencamé, Durango. A la medianoche se presentaron los jóvenes hijos de don Calixto, Lucio y Eladio Contreras, para disculpar a su padre: como en Torreón, en Cuencamé la policía había obrado con diligencia en los días anteriores, aprehendiendo a muchos de los maderistas conocidos. Los demás, Contreras incluido, se habían refugiado en las serranías de su región.

Así las cosas, los jefes maderistas de Gómez Palacio, el tranviario Jesús Agustín Castro, el herrero Orestes Pereyra y el tendero Gregorio García, junto con Sixto Ugalde y Melesio García de León, quienes llegaron al frente de los conspiradores de Matamoros, Coahuila, decidieron tomar Gómez Palacio en lugar de Torreón, y luego ver qué deparaba la suerte. El mismo día que el núcleo rebelde más importante se batía en Gómez Palacio, un sastre y un cantinero, Benjamín Argumedo Hernández y Enrique Adame Macías, reunían sus propios

<sup>1</sup> Parra Durán, 1930, 1-7. Santos Valdés, 1973. Portilla, 1995, 471.

<sup>2</sup> Según muchos historiadores, Mariano López Ortiz, que había recibido de manos de Madero el grado de coronel y el encargo de dirigir la Revolución en la Comarca, sí estuvo presente en el ataque a Gómez Palacio, pero las fuentes más detalladas (Parra Durán, 1973, 1-9; Machuca Macías, 1985, 12-13) dicen lo contrario. En su hoja de servicios (ACSDN, C.209.XI/III/3-1959, 1:93-94) no se consigna su participación en este hecho de armas.

contingentes y se pronunciaban contra el gobierno. Adame en las cercanías de San Pedro de las Colonias; Argumedo en su pueblo natal, Congregación Hidalgo, antes El Gatuño.

Así empezó la rebelión en la Comarca Lagunera, que asumiría proporciones sólo superadas por la que sacudió a Chihuahua y que aportaría numerosos soldados a la Revolución. Con las excepciones de Jesús Agustín Castro, Benjamín Argumedo y José de Jesús Campos, los jefes rebeldes de la Comarca terminarían siendo villistas. Las brigadas Zaragoza, Robles, Primera de Durango y Madero, de la División del Norte, estaban formadas mayoritariamente por laguneros, y laguneros eran sus jefes, los generales Eugenio Aguirre Benavides, José Isabel Robles, Orestes Pereyra y Juan E. García (quien a su muerte fue suplido por su hermano, Máximo García Contreras). La Brigada Juárez de Durango y el pie veterano de la Brigada Ceniceros, de los generales Calixto Contreras y Severino Ceniceros, estaban integradas por gente de la vecina región de Cuencamé. De hecho, la unión de los laguneros y cuencamenses con los revolucionarios de Chihuahua y el norte de Durango fue lo que dio vida a la División del Norte.

## 1. El país de Contreras ("la fábrica de generales").

El oriente de Durango es una región de transición entre los valles del altiplano central y la zona semiárida que desciende del altiplano hacia las cuencas de los ríos Nazas y Aguanaval (la Comarca Lagunera y el Bolsón de Mapimí). Una serie de agrestes y desoladas serranías, que corren en dirección sureste-noroeste separan esas dos regiones fisiogeográficas y dividen cada una de ellas en valles extensos y alargados o en dilatadas llanuras, semidesérticas en la zona árida y aptas para el cultivo de temporal en la zona de los valles.

En vísperas de la Revolución, en el partido de Cuencamé (municipios de Cuencamé, Peñón Blanco y Santa Clara) se registraba la mayor concentración de la propiedad raíz en el estado de Durango. En todo el partido sólo había cuatro pueblos libres, que en conjunto conservaban menos de 10,000 hectáreas: las tres cabeceras municipales y los pueblos unidos de Santiago y San Pedro Ocuila (que hay que contar como un solo pueblo, situado pocos kilómetros al sur de la villa de Cuencamé). El resto de la superficie del partido (980,000 hectáreas, en total) estaba ocupado por catorce haciendas, entre ellas la más extensa del estado.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Esta concentración era excesiva incluso para los parámetros duranguenses: hacia 1910 poco más de la mitad de las tierras del estado (6,387,289 hectáreas, sobre un total de 12 millones) pertenecía a 390 ranchos y haciendas, y de esos, 1,171,200 hectáreas pertenecían a 14 propiedades del partido de Cuencamé (si suman más que la superficie del partido, es porque algunas de ellas se extendían más

En otras regiones de Durango la concentración de la tierra se había acelerado enormemente durante el porfirato, pero en Cuencamé era historia vieja: las más de cuatrocientas mil hectáreas de la hacienda de Santa Catalina del Álamo tenían su origen en el mayorazgo de los condes de San Pedro del Álamo; las cerca de trescientas mil de la hacienda Juan Pérez habían sido parte sustancial del mayorazgo de los condes de San Mateo de Valparaíso y del Jaral de Berrio; y parte de las tierras que en el siglo XIX comprarían los López Negrete habían pertenecido al mayorazgo de los condes de Moncada.

La concentración de la tierra y los conflictos de los terratenientes con los pueblos libres (y en algunos casos, con pueblos que no lo eran pero querían serlo) no eran nuevos en el partido de Cuencamé, pero la modernización porfirista los agudizó, sacando a la superficie viejas historias y creando otras nuevas. Esos conflictos de viejo cuño y de reciente factura convirtieron a la región en un foco revolucionario de gran potencial en las postrimerías del porfirato: no es casualidad que los caudillos de la rebelión en Cuencamé, Calixto Contreras Espinosa y Severino Ceniceros Bocanegra, fueran, con Toribio Ortega y Poorfirio Talamantes, los de mayor y más clara vocación agrarista en las filas del villismo. De todas las regiones villistas fue quizá ésta la que aportó a la lucha armada un mayor porcentaje de su población. 17 generales de la División del Norte nacieron en los pueblos de esta jurisdicción, sobre todo en Ocuila, Cuencamé, Pasaje y Peñón Blanco. Por esa razón, Cuencamé era conocido como "la fábrica de generales".<sup>4</sup>

El más agudo de los conflictos agrarios en el oriente de Durango, y que terminaría por volverse el símbolo de la resistencia y el foco de la revuelta, fue el que enfrentó a los pueblos unidos de Santiago y San Pedro Ocuila con la hacienda de Sombreretillos de Campa, que explotaban los hermanos López.<sup>5</sup> Los vecinos de los pueblos ocuila se consideraban indígenas, y así son llamados en todas las fuentes, "indios ocuila".<sup>6</sup> Guadalupe Villa ha encontrado

---

allá de sus límites, a los vecinos partidos de San Juan de Guadalupe, San Juan del Río y Nazas). Los datos sobre la propiedad raíz en el partido de Cuencamé, en Rouaix, 1929b, 155-158.

<sup>4</sup> Los nacidos en el partido de Cuencamé que llegaron al generalato en las filas villistas (aunque la mayoría a partir de 1915, cuando el grado era más fácil de obtener) fueron Calixto Contreras, Severino Ceniceros, Pedro Favela, Hilario Rodríguez, Hilario Esparza, Canuto Pérez, Bernabé González, Maclovio Sánchez, Bibiano Hernández, Juan Pablo Marrero, Luis Aguilar y Castro, Eladio Contreras, Santos Sánchez, Lucio Contreras, Ventura Rodríguez, Jesús Flores y Antonio Castellanos. Salvo sobre Ceniceros y los tres Contreras, no hay datos sobre su ocupación anterior a la revolución, pero siendo nativos mayoritariamente de Ocuila y Cuencamé, y dos o tres más de Pasaje y Peñón Blanco, no es arriesgado incluirlos en los grupos de campesinos que aquí describiremos. Vargas Arreola, 1988, 324; Martínez y Chávez, 1998, 136.

<sup>5</sup> Véase esta historia en Villa, 2000, pp. 93-120. Los administradores de Sombreretillos eran Laureano y Ángel López Negrete, sobrinos de aquel Agustín que según la leyenda habría violado o intentado violar a la hermana de un tal Doroteo Arango, en el vecino partido de San Juan del Río.

<sup>6</sup> "Indios ocuila" se llamaban a sí mismos y han sido llamados por todos quienes han historiado su pleito, desde Pastor Rouaix y Juan B. Vargas, hasta Graziella Altamirano y Guadalupe Villa. Es difícil

expedientes relativos a las tierras y ojos de agua de que estos indígenas eran propietarios, que datan de mediados del siglo XVIII, aunque hacen referencia a una época anterior, tan difícil de precisar como el propio origen de estos pueblos. En los mismos documentos, aparecen estos pueblos como parte del sistema de defensa contra los "indios bárbaros", que para mediados del siglo XVIII bien pueden ser los apaches, sin desdoro de los que hubiesen merodeado anteriormente por ahí. Ya se aprecia en esos documentos el conflicto entre los indios ocuilas y los agricultores españoles o mestizos cuyas tierras lindaban con las de los pueblos, así como la celosa defensa de su derecho a elegir a sus autoridades "como está dispuesto en las reales cédulas y leyes de estos reinos de calidad".<sup>7</sup>

La otra parte en este pleito era la hacienda de Atotonilco que, luego de pasar por diversas manos eclesiásticas y seculares fue a dar en 1875 a la de dos distinguidos miembros de la élite duranguense, Ladislao López Negrete y Buenaventura González Saravia. Con la tierra, los nuevos dueños adquirieron también los conflictos por cuestiones de lindes con la villa de Cuencamé y con los pueblos ocuilas. En 1890 los socios se dividieron la propiedad. La porción de don Buenaventura, de 43.000 hectáreas, se siguió llamando Atotonilco, y la de don Ladislao, a la que incorporó algunos predios comprados anteriormente, se llamó Sombrerillos de Campa, donde quedaron la casa grande y la administración de un latifundio de 83,700 hectáreas. La división fue tan equitativa que Saravia se quedó con los predios disputados por Cuencamé y López Negrete con los que reclamaban los ocuilas.<sup>8</sup>

El pleito entre los pueblos y la hacienda se reactivó en la década de 1880, cuando López Negrete y González Saravia, todavía socios, promovieron un juicio de deslinde que revisara el que se había hecho en 1869, cuando los ocuilas, obligados por las leyes de desamortización, habían solicitado al gobierno del estado que deslindara sus tierras comunales reduciéndolas a propiedad particular. El deslinde de 1869 se hizo, al parecer, de total acuerdo con los intereses de

---

precisar de qué indios se trata porque, según los censos de 1900 y 1910, no había en el partido de Cuencamé ni un hablante de ninguna lengua indígena. En 1594 el jesuita Agustín Ramírez se refirió a Cuencamé como un poblado de indios dóciles, hablantes de zacateco (es decir, chichimecas), por lo que los "indios ocuilas" podrían ser restos de los grupos chichimecas asimilados que habían perdido su lengua (Gerhard, 1996, 238). Por otro lado, Ocuila es un toponímico nahuatl, que significa "lugar de gusanos" o "gusanera", y hay un pueblo de ese nombre en el suroeste del actual estado de México, de modo que podría pensarse en algún grupo de colonizadores del México central, como parte de la política de frontera, pues Cuencamé está en los difusos confines noroccidentales del país azotado por la guerra chichimeca. Esto podría explicar la razón de que los "indios ocuilas" tuvieran títulos de propiedad novohispanos. Para el Ocuila (u Ocuilán) del Estado de México, Romero Quiroz, 1979.

<sup>7</sup> Villa, 1999, 316-317.

<sup>8</sup> Villa, 1999, 318-319; y Villa, 2000, 109-110



los ocuilas, porque estos nunca se quejaron del procedimiento ni hubo conflictos dentro de la comunidad por ese motivo.<sup>9</sup>

Aquí conviene decir que en el valle de Cuencamé, donde están esa villa y los pueblos ocuilas, tiene una precipitación pluvial tan escasa que imposibilita los cultivos de secano. El arriesgado cultivo de temporal se ayuda con las crecidas de arroyos intermitentes y con las aguas de la única corriente permanente del valle, el arroyo de Cuencamé, que nace en la sierra de Atotonilco y pasa por el casco de la hacienda de ese nombre, por Ocuila y Cuencamé, riega unas pocas tierras de Sombrerillos de Campa y luego de pasar por los minerales de Velardeña y Pedriceña desagua en el Nazas. De modo que en todo el dilatado valle de Cuencamé las pocas tierras agrícolas estaban divididas entre dos haciendas y dos pueblos libres.<sup>10</sup>

Los pleitos y demandas judiciales fueron y vinieron: Los hacendados y los campesinos buscaron el apoyo de las leyes y aunque en 1899 el jefe político expulsó a los ocuilas de las tierras disputadas, la Suprema Corte los amparó en 1900 pues los ocuilas habían reducido oportunamente sus tierras comunales a propiedad privada, haciéndolas inafectables por las leyes liberales. Inmediatamente después Ángel López Negrete exigió la aplicación de la Ley de Terrenos Baldíos, obteniendo en 1905 el fallo definitivo a su favor, con lo que las tierras en disputa fueron incorporadas a la hacienda.<sup>11</sup>

Entonces apareció en escena Calixto Contreras Espinosa, quien había nacido en San Pedro Ocuila en 1867 y era propietario de una de las disputadas parcelas ribereñas. Contreras estudió la primaria en Cuencamé y había sido uno de los principales instigadores de la larga batalla legal sostenida contra los López Negrete. Cuando los hacendados se quedaron con las tierras en cuestión, trató de defenderlas con las armas en la mano, lo que lo llevó a la cárcel de la cabecera de partido, de donde salió como conscripto con destino a un regimiento con sede en Chihuahua (según la costumbre porfiriana de enrolar forzosamente a los indios insubmisos, como un tal Emiliano Zapata, con quien andando el tiempo, en Cuernavaca, se tomaría unos tragos

<sup>9</sup> Al parecer, en la medición y reparto de los terrenos del pueblo se comprendieron las tierras en disputa con Atotonilco, propiedad entonces de Antonio Varrios, suegro de Ladislao López Negrete (del primer matrimonio de este, no del segundo, del que nacieron Laureano y Ángel). Sólo 10 años después, cuando los nuevos dueños de la hacienda estaban empeñados en hacer de ella un negocio próspero, se dieron cuenta de ello e iniciaron un juicio de amparo, acusando de parcial al ayuntamiento de Cuencamé, que en 1869 había sostenido que tantos años de posesión pacífica daba a los ocuilas derechos sobre la tierra. Villa, 1999, 151.

<sup>10</sup> Rouaix, 1929b, 152-155. En realidad, también estaban irrigadas unas 3000 hectáreas de Pasaje, una dependencia de la hacienda de Santa Catalina del Álamo, que recogía en la presa Las Mercedes las aguas de una serie de afluentes del arroyo de Cuencamé, que bajaban de la sierra de Yerbanís, pero de Pasaje y Santa Catalina hablaremos más adelante.

<sup>11</sup> De una carta abierta dirigida por los ocuilas al presidente Díaz en 1901, glosada por G. Villa, en Altamirano, *et. al.*, 1997, I:318-320.

Calixto Contreras). Regresaría a fines de 1909, ducho en el uso de las armas y con la clara idea de que había muchos entuertos que desfacer.<sup>12</sup>

En realidad, no fueron sus parcelas lo que los ocuilas perdieron, sino los terrenos eriazos que formaban los "pastos" (no llegaban a tanto) de uso común. La ambición de los hacendados de Cuencamé se dirigió hacia unas tierras que antes se consideraban poco menos que inútiles debido a una serie de situaciones que escapaban al control de los indígenas: en primer lugar, en 1895 se terminó de construir el Ferrocarril Internacional en su tramo entre Durango y Torreón. El trazado de la vía no tocó la cabecera del partido, pero sí las tierras de las haciendas de Sombreretillos, Santa Catalina del Álamo, Atotonilco, Tapona y Juan Pérez, que contaron con sus respectivas estaciones (la más cercana a Cuencamé era la estación de Pasaje, en tierras del latifundio de Santa Catalina del Álamo). En segundo lugar, el auge de la vecina Comarca Lagunera impactó lateralmente al partido de Cuencamé, reactivando sus agotados minerales, comunicándolo con el mundo y sometiéndolo a los ritmos económicos de La Laguna —y del mercado mundial. Y en tercer lugar, apareció el guayule, que fue el producto que ató a Cuencamé al desarrollo capitalista de La Laguna.

El guayule es una forma de caucho que se extrae de un arbusto que abunda en las tierras áridas del norte y centro norte del país. Se le consideraba una plaga y aunque se sabía que contenía hule, no se conocían métodos rentables para extraerlo. Pero cuando los precios mundiales del caucho empezaron a ascender ininterrumpidamente, a partir de 1875, se buscaron técnicas para explotarlo comercialmente. En 1900 se establecieron las primeras plantas tratadoras en La Laguna y en 1903 empezó el auge del guayule y en 1906 desplazó al algodón como primer producto de exportación de la Comarca Lagunera, donde se concentraba para su venta.

La primera procesadora de guayule se había construido en la hacienda de Jimulco (de Amador Cárdenas, cuya casa grande estaba en Coahuila, en la rivera del Aguanaval, pero que tenía muchas tierras en el partido de Cuencamé) y en 1906 había once más en Torreón, Viesca y Gómez Palacio. Las plantas más importantes eran de la Continental-Mexican Rubber Co., consorcio estadounidense encabezado por John D. Rockefeller jr., y Dannie Guggenheim; y la de la Casa Madero, cuyos negocios guayuleros eran dirigidos por Francisco I. Madero. El precio del arbusto se había disparado, sólo en 1904, de 15 a 100 pesos por tonelada y en 1907 la recolección, procesamiento y embarque del guayule empleaba a más de 12,000 personas en La

<sup>12</sup> El muy pobre expediente personal de Calixto Contreras en el ACSDN (XI/III-3-435), no dice nada de su estancia como soldado de caballería en Chihuahua. Véase, en cambio, Rouaix, 1946, 101-102. En la historia de este conflicto relatada por los representantes de los ocuilas, encontramos a un Florentino Contreras, vecino de San Pedro Ocuila, como apoderado de los pueblos unidos en 1869: AHSRA, 23/703, Legajo 3, s/f.

Laguna y los vecinos partidos duranguenses de Nazas, San Juan de Guadalupe y Cuencamé. La guerra que el caucho desató entre la familia Madero y los grandes consorcios internacionales, y la parte que el gobierno de Díaz tuvo en ella, generó una parte importante de los agravios que llevaron a una fracción de la élite lagunera a la Revolución, como contaremos más adelante. Por lo pronto, lo dicho nos permite regresar a donde estábamos, es decir, el pleito entre los ocuilas y Sombrerillos.<sup>13</sup>

El auge del guayule revalorizó terrenos hasta entonces improductivos, que eran la mayoría en ésta región. Los hacendados trataron de controlar la recolección del arbusto en sus tierras y su venta mediante contratos de aprovisionamiento firmados con las plantas procesadoras y al mismo tiempo los campesinos libres y otras personas que escapaban del control de las haciendas se dieron al robo y la venta ilegal del arbusto, pues ¿cómo evitar que tres o cuatro individuos, con sus respectivas bestias de carga, entraran subrepticamente a los desolados terrenos de las haciendas y robaran un arbusto que crecía por doquier? Las bandas armadas de los hacendados incrementaron su potencial de fuego y redoblaron sus actividades en las desérticas serranías, cazando a los ladrones de guayule. Pronto empezaron a llover las demandas contra los vecinos de Cuencamé, Peñón Blanco y Ocuila por esta cuestión.

Y es que las haciendas del partido de Cuencamé eran, con mucho, las mayores productoras de guayule en el estado. Sombrerillos de Jimulco, de más de 87,000 hectáreas, propiedad de Amador Cárdenas (con parte en Coahuila y en el municipio de San Bartolo, partido de San Juan de Guadalupe), produjo en 1910 2,050 toneladas del arbusto; la hacienda Juan Pérez, de los hermanos Moncada, produjo 1,800 toneladas en sus 288,400 hectáreas que se extendían a los partidos de San Juan de Guadalupe y San Juan del Río; en la estación de Pasaje se embarcaron ese mismo año 1,750 toneladas recolectadas en terrenos de Santa Catalina del Álamo; y Sombrerillos de Campa expidió a Torreón 1,500 toneladas.<sup>14</sup>

Buena parte de esas 1,500 toneladas habían sido cosechadas, según los vecinos de Santiago y San Pedro Ocuila, en las tierras que les habían sido ilegalmente arrebatadas por los López Negrete, de modo que en 1908 volvieron a demandar a la hacienda. Esta vez los representó un tinterillo local que había sido secretario del ayuntamiento, Severino Ceniceros Bocanegra (nacido en Cuencamé en 1875), quien años después escribió:

Por los años de 1908 y 1909, siendo ya insoportable la administración de justicia, por la confabulación que existía entre gente del gobierno y latifundistas de la región para usurparle los terrenos a estos pueblos, pertenecientes a los indígenas por mercedes

<sup>13</sup> Villa, 2000, Meyers, 1996, 108-114.

<sup>14</sup> Villa, 2000, 112-113.

concedidas en la época colonial; encabezé a los referidos indígenas, quienes me otorgaron desde entonces poder general para su defensa, teniendo desde luego serias fricciones con algunos terratenientes y las acordadas del gobierno que los protegían por consigna, y habiéndose derramado ya sangre en más de una ocasión.<sup>15</sup>

En 1909, nuevas demandas y citatorios hicieron que corriera la sangre, muriendo en una balacera con los guardias de la hacienda, dos de los dirigentes ocuilas, Jesús Achá y Francisco Saldaña. Inmediatamente, 300 vecinos, obligando a las autoridades municipales a acompañarlos, invadieron la hacienda y se dirigieron a la casa grande, buscando al jefe de las guardias blancas. Al no encontrarlo el tumulto se disolvió, pero los ocuilas quedaron convencidos de que todas las autoridades del partido estaban al servicio de los hacendados. Esta vez dirigieron a los ocuilas los hermanos Machado y Antonio Contreras, hermano de Calixto.<sup>16</sup>

A fines de 1909 los ocuilas invadieron las tierras en disputa y el gobierno del estado envió a reprimirlos a la gendamería montada del comandante Octaviano Meraz, que los expulsó de las tierras invadidas y aprehendió a 14 dirigentes del motín, entre ellos Severino Ceniceros, internándolos en la prisión de Cuencamé en noviembre de 1909, donde se quedaron hasta febrero de 1911, cuando Calixto Contreras tomó la villa al frente de los rebeldes de la región. Luego de cumplir con servicio forzado en el ejército, Contreras regresó en 1909 para hacer propaganda contra el gobierno y en 1910 empezó a decir a sus conciudadanos que el tiempo de los amparos y recursos judiciales había pasado. No hizo falta mucho para convencerlos: encima de todos los males, la crisis económica que en 1908 se sintió agudamente en el norte, y la sequía que con ella coincidió, tenían a los campesinos libres de Ocuila y Cuencamé al borde de la desesperación. El pleito de los ocuilas fue el más importante y el que se convertiría en el detonante de la Revolución en el oriente de Durango, pero no fue el único. Cuencamé, villa y cabecera de partido, con 2,700 habitantes en 1910, perdió muchas de sus tierras que acrecentaron la hacienda de Atonilco. Ahí el descontento adquirió rápidamente un cariz político: en 1900, 45 vecinos de la villa, entre los que se contaba Severino Ceniceros, se afiliaron al naciente Partido Liberal Mexicano, en cuyo primer congreso Francisco Montelongo representó al Club "Ignacio Zaragoza" de Cuencamé. La represión del Partido Liberal hizo desaparecer a todas sus secciones duranguenses con excepción de los clubes de Cuencamé y Mapimí. En 1906, el Club "Ignacio Zaragoza", además de fomentar el culto a Juárez y a los héroes de la Reforma, participó activamente en la preparación de la insurrección magonista, en la que finalmente los

<sup>15</sup> En un memorial dirigido por el general Severino Ceniceros al jefe del Departamento de Estado Mayor de la Secretaría de Guerra y Marina, fechado en Cuencamé el 31 de diciembre de 1919, en, ACSDN, XI/III/2-156, 110.

<sup>16</sup> Villa, 1999, 162-163.

cucamecenses no participaron porque la rápida respuesta del gobierno en Chihuahua y Coahuila los dejó sin oportunidad de hacerlo. Severino Ceniceros era la cabeza del club, y alternaba su trabajo de secretario del ayuntamiento –del que pronto fue despedido- y la defensa de los pueblos ocuilas, con la conspiración.<sup>17</sup>

En Peñón Blanco, situado en una fértil vega del río de su nombre, en la zona de los valles –no en la semiárida, como Cuencamé y Ocuila-, la situación era parecida a la de Cuencamé. El pueblo había perdido a fines del siglo XIX sus conflictos por cuestiones de linderos con la hacienda de Santa Catalina del Álamo, que desde los tiempos coloniales lindaba con los ejidos del pueblo por los cuatro vientos. La historia es menos conflictiva aparentemente, pero más tardaron los campesinos de Ocuila y Cuencamé en lanzarse a la revolución, que los de Peñón Blanco en seguirlos.

No fueron los campesinos de Peñón Blanco los únicos rebeldes de ese municipio: Sauces de Salinas era un pueblo que se consideraba con derecho a tierras, en cuya plaza principal se encontraba la mojonera que dividía las haciendas de Santa Catalina del Álamo y de Juan Pérez (es decir, los viejos mayorazgos de San Pedro del Álamo y de Moncada). Y en Catalina y Tapona, dos estaciones del ferrocarril ubicadas dentro de las haciendas de Santa Catalina del Álamo y de Tapona, habían crecido pequeñas concentraciones de trabajadores eventuales, recolectores de guayule a destajo, que también tomaron las armas en 1910, siguiendo, como los de Sauces de Salinas y Peñón Blanco, a los rebeldes de Ocuila y Cuencamé.<sup>18</sup>

Los conflictos de los dueños de Santa Catalina del Álamo con sus vecinos de Peñón Blanco y con sus trabajadores de Sauces de Salinas y Catalina, no fueron los que más dolores de cabeza les causaron. No serían los pleitos nuevos con los recolectores de guayule, sino un conflicto tan viejo como el de Ocuila, el que terminaría por dislocar a este latifundio: la historia de su enfrentamiento con los vecinos del pueblo de Pasaje, municipio de Cuencamé.

En 1910 los de Pasaje no eran campesinos libres, como los de Ocuila, Cuencamé y Peñón Blanco, sino “sirvientes” o peones, y su pueblo no era otra cosa que una “dependencia” o mejor dicho, un “anexo” de Santa Catalina. Las tierras de Pasaje eran las más ricas en guayule del latifundio y, también, las más productivas por estar regadas por la presa Las Mercedes. En la estación de Pasaje se embarcaba la mayor parte de los productos de la hacienda. También pasaba por ahí todo lo que fuera o viniera de Cuencamé, lo que le dio un tinte radical a la rebeldía

---

<sup>17</sup> Vargas Arreola, 1988, 323.

<sup>18</sup> Sauces de Salinas, Catalina y Tapona se convirtieron, después de la Revolución, en los pueblos libres de Ignacio Ramírez, Ignacio Allende y Guadalupe Victoria.

tradicional: los ferroviarios duranguenses comprometidos con el magonismo bajaban en Pasaje los ejemplares de Regeneración que Severino Ceniceros y sus amigos distribuían en la región.

El pleito viejo databa del siglo XVII, cuando Juan Escorza, nombrado capitán del presidio de Pasaje, empezó a acumular tierras antes de la fundación del presidio. Esas tierras y muchas más constituyeron en 1730 el mayorazgo de los condes de San Pedro del Álamo. Los herederos de la última condesa fraccionaron los bienes y en 1888 vendieron las más de 400,000 hectáreas de Santa Catalina del Álamo y anexas a una compañía británica encabezada por el conde de Kintoro que, a su vez, la vendió en 1897 a don Pablo Martínez del Río, jefe de una de las familias más acaudaladas de Durango.<sup>19</sup>

Por su parte, el presidio de Nuestra Señora de la Concepción del Pasaje, ideado a fines del siglo XVII como parte del sistema de defensa fronterizo frente a los "bárbaros" de La Laguna y el Bolsón de Mapimí, no se estableció efectivamente sino hasta 1730, en la Estancia de San José, en terrenos del mayorazgo del Álamo. Para sostenimiento del presidio y para dotar de tierras a los soldados debían fundarse cinco poblados, de los que el único que existió fue el de Pasaje. En 1741 el virrey y el conde acordaron que el sostenimiento del presidio y sus defensores correrían a cargo de este último y cuando se declaró extinguido el presidio, en 1770, el virrey sustituyó la obligación de los condes de fundar y dotar de tierras los cinco poblados por la de pagar 25,000 pesos plata en cinco anualidades, cosa que los condes hicieron. Pero para entonces, los presidiales de Pasaje tenían cuatro décadas viviendo en los terrenos del conde y cultivando tierras que consideraban suyas, de acuerdo con las estipulaciones con que funcionaban los presidios, de modo que aunque el dominio legal de tierras y aguas regresó al mayorazgo, los vecinos de Pasaje consideraron que sus derechos habían sido violados. La difícil situación del mayorazgo, y su quiebra a principios del siglo XIX (cuando el condado estaba unido con el mayor latifundio novohispano, el marquesado de San Miguel de Aguayo), habían permitido que, en la práctica, los vecinos de Pasaje siguieran usufructuando las tierras que consideraban suyas, hasta que a fines del siglo XIX llegó don Pablo Martínez del Río con la intención de hacer del dilatado latifundio un negocio próspero y moderno.<sup>20</sup>

Martínez del Río invirtió en su nueva propiedad medio millón de pesos, construyendo la presa Las Mercedes y diversos bordos y canales que permitieron el riego de más de 3,000 hectáreas y acondicionando sobre la vía del ferrocarril las estaciones de Catalina y Pasaje, con sus bodegas y dependencias, y cuando entró el nuevo siglo, la hacienda de Santa Catalina era, en

<sup>19</sup> La historia de este pleito, según la cuentan los abogados de la testamentaria Martínez del Río, en Un llamamiento a la opinión pública..., 1921; y en Rabasa, 1923.

<sup>20</sup> Vargas Lobsinger, 1992, 237.



buena medida, lo que su dueño quería de ella. De esa manera, los orgullosos vecinos de Pasaje, que se consideraban campesinos libres y descendientes de los defensores de la frontera, se convirtieron en "peones" o "sirvientes", luego de ser despojados "por medio de la fuerza pública" de las que consideraban sus tierras. Por supuesto, elevaron la consabida demanda a las autoridades judiciales, sin obtener ningún resultado, pues Martínez del Río, además de sus inmejorables relaciones con la élite política, tenía todos sus títulos en orden. Los nuevos peones parecieron conformarse, pero en cuanto las primeras ráfagas del vendaval revolucionario azotaron la región, actuaron sin contemplaciones (fueron ellos los que aprovechando las correrías de "Cheché" Campos, dinamitaron en 1912 la casa grande de la hacienda).<sup>21</sup>

La otra cara de la modernización que, como el auge del guayule, llegó también a lomos del ferrocarril, fue la de la reactivación de la minería: otra vez, vino nuevo en odres viejos, porque hay noticias de actividad minera en Cuencamé desde 1601 y aunque la veta no era de las que causaban furor y se agotó pronto, siempre se supo que las serranías de la región eran ricas en minerales industriales y plata de baja ley o difícil extracción, de modo que cuando el ferrocarril hizo costeable su explotación, ésta empezó a hacerse.

Entre los centros mineros en auge a partir de la llegada del ferrocarril el más importante era Velardeña, situado en el fondo de un valle entre Cuencamé y Mapimí. Velardeña tuvo su auge en el siglo XVII y en los años anteriores a la llegada del ferrocarril una modesta compañía norteamericana extraía pequeñas cantidades de cobre y plomo. Cuando terminaron las obras del Ferrocarril Internacional entre Durango y Torreón, en 1888, una de sus estaciones quedó en Pedriceña, a pocos kilómetros de Velardeña, por lo que la compañía propietaria intentó acrecentar sus actividades, pero no daba para tanto y en 1905 vendió sus propiedades a la American Smelting and Refining Co., la poderosa ASARCO, que invirtió millón y medio de pesos en modernizar la planta fundidora (en torno a la cual se estableció el pueblo de Asarco, vecino de Velardeña) y llevar un ramal del ferrocarril desde Pedriceña hasta la fundidora.<sup>22</sup>

Para 1907 las minas de Velardeña eran de las más modernas y productivas del país y el valle se había convertido en un populoso campamento de alrededor de 10,000 habitantes (cinco años antes, no eran ni la vigésima parte), mayoritariamente varones llegados de lejos, aunque muchos labriegos de Cuencamé buscaban trabajo en las minas en los años malos.<sup>23</sup> Las jornadas laborales eran de doce horas diarias, los salarios eran relativamente altos y aunque los bienes de consumo sólo podían llegar por el ramal ferroviario propiedad de la Compañía, sus tiendas no

<sup>21</sup> La versión de los vecinos de Pasaje, en las solicitudes de restitución y dotación de tierras cursadas a la Comisión Nacional Agraria durante los gobiernos de Carranza y Obregón, en AHSRA, 23/705.

<sup>22</sup> Meyers, 1996, 184-188. Rouaix, 1929b, 157-158.

aprovechaban excesivamente la falta de competencia. Los problemas en Velardeña, como en la mayoría de los campamentos mineros de reciente creación, eran más bien de orden social que económico; las jerarquías laborales y los privilegios de los administradores, capataces y obreros especializados de origen estadounidense, generaban una irritación permanente, que se complementaba con el rígido control que la compañía ejercía sobre todos los ámbitos de la vida de sus trabajadores quienes, al venir de diferentes regiones, carecían de lazos comunitarios. Y aunque la extrema movilidad de los operarios les permitía estar en contacto con el magonismo y los sindicatos mineros del suroeste de los Estados Unidos, la liebre brincó por otro lado.

La crisis iniciada en 1907 golpeó rudamente a los trabajadores de Velardeña y Asarco: como los yacimientos de la región requerían altas inversiones debido a la impureza de las vetas, eran extremadamente sensibles a las fluctuaciones del mercado y la empresa redujo drásticamente su planta laboral y expulsó del pueblo —donde todo era de la compañía, desde las casas hasta los burdeles— a los trabajadores despedidos. Algunos pudieron emigrar allende la frontera pero la mayoría capotearon la crisis malviviendo apiñados en los pueblos o en las estaciones ferroviarias. La inseguridad inherente al trabajo minero controlado por las compañías extranjeras, escondida durante el auge, apareció en todo su esplendor.

Los trabajadores que se quedaron vieron acrecentarse el control de la Compañía sobre sus vidas privadas: un tal Charles Baker, capataz o jefe de un piquete de hombres armados al servicio de la compañía; Ángel Morales, quien con el cargo de delegado municipal no era otra cosa que el empleado de la compañía encargado del control político sobre sus trabajadores; y José A. Fabián, jefe del destacamento de rurales acantonados en el pueblo, se dedicaron a catear periódicamente las casas de los mineros y a evitar reuniones “peligrosas”. Se trataba de evitar que los mineros se armaran o que llegara la propaganda.

En la primavera de 1909 la situación del mercado empezó a mejorar y la Compañía recontrató gente. Así estaban las cosas cuando las autoridades policíacas interrumpieron la peregrinación del jueves santo de 1909, en la que los mineros, además de conmemorar la pasión y muerte de Jesucristo, pedían por el descanso eterno de un grupo de trabajadores muertos el año anterior por un derrumbe. José Fabián interrumpió la procesión, porque, según dijo, violaba las Leyes de Reforma en materia de cultos, pero en realidad porque la consideró como una protesta contra la compañía y citó al presbítero Ramón Valenzuela a declarar en el cuartel de rurales.<sup>23</sup>

Mientras el padre Valenzuela rendía su declaración, afuera del cuartel se reunió el pueblo y al salir el cura la gente apedreó el edificio. Pronto aparecieron armas y al oscurecer más de un

<sup>23</sup> PHIO/1/116, 6-7.

<sup>24</sup> La historia del motín de Velardeña la cuenta G. Villa en Altamirano, et. al., 1997, 1:321-324.



millar de personas saquearon e incendiaron las casas de Fabián y Morales (respetaron la de Baker, porque estaba en la colonia alambrada en que vivían los operarios estadounidenses), el monteplé y el casino. En los combates callejeros murieron una mujer, un rural y tres mineros.

El jefe Fabián, cercado en el cuartel de rurales, alcanzó a dirigir un angustioso telegrama de auxilio a la capital del estado. A la mañana siguiente bajaron del tren un destacamento de caballería federal al mando del teniente coronel Jesús Garza González y la célebre gendarmería rural del estado, mandada por el comandante Octaviano Meraz (la misma fuerza que pocos meses después desalojó violentamente a los ocuilas de los predios disputados a Sombreretillos; también la misma fuerza que había ultimado al afamado bandolero Heraclio Bernal varios años antes). Estas fuerzas restablecieron rápidamente el orden y aprehendieron a diez de los cabecillas del tumulto que fueron fusilados al atardecer. Después, el presidente Díaz ordenó que se enjuiciara a Garza González, a Meraz y a otros dos oficiales por haber fusilado a los mineros fuera de todo orden legal, pero fueron absueltos por los tribunales correspondientes.

Como en los otros pueblos agraviados por actos de la autoridad, en Velardeña las cosas parecieron quedar ahí, aunque los hechos encontraron cierto eco en la prensa de oposición, como el Diario del Hogar, que escribió: "Los asuntos de Velardeña son muy graves, porque 1,000 hombres no se arrnan así como así, ni van a pegar fuego a una casa sólo porque se dio la orden de suprimir una procesión": máxime cuando las únicas casas incendiadas fueron la del delegado municipal y la del jefe de los rurales, sin que durante las horas en que el pueblo estuvo en poder de los amotinados, se hayan tocado propiedades de la compañía, tal como hizo notar El Heraldo.<sup>25</sup> El Correo de Chihuahua publicó las opiniones dadas a conocer en El País, diario católico de oposición moderada (como El Correo), que con base en numerosos testimonios exculpaban al padre Valenzuela (que no era párroco, sino capellán, diferencia sutil pero importante) y mostraban los hechos como resultado de la colusión entre las autoridades y la gerencia de la compañía, el despotismo del jefe Fabián y la crueldad del comandante Meraz.<sup>26</sup> A diferencia de los mineros de Chihuahua, los de Velardeña sí participaron en la Revolución, incorporándose en 1913 a las fuerzas de Calixto Contreras y Orestes Pereyra.

En fin, ya hemos dicho que en Durango, fuera de la capital y de la Comarca Lagunera, ni el reyismo ni el antirreleccionismo parecieron encontrar mucho eco. La dirección del maderismo duranguense quedó en manos de miembros de las clases medias de la capital, que se identificaban con el programa delineado por Francisco I. Madero.<sup>27</sup> En el partido de Cuencamé

<sup>25</sup> G. Villa en Altamirano, et. al., 1997, 323-325.

<sup>26</sup> El Correo, 27, 28 y 30 de abril y 12 y 14 de mayo de 1909.

<sup>27</sup> Parra Durán, 1930, passim; y G. Altamirano, en Altamirano, et. al., 1997, II:18-23.

no hubo nada parecido a un club antirreeleccionista, aunque en 1909 seguía funcionando el Club Liberal "Ignacio Zaragoza". Calixto Contreras, que había regresado a su pueblo con el convencimiento de que los recursos legales se habían agotado, hizo, sin mucho empeño, propaganda antirreeleccionista entre sus conciudadanos, pero cuando conoció el Plan de San Luis (el llamado a la rebelión), cambió de actitud y decidió que en esas condiciones, sí estaba con Madero. Aunque Contreras no pudo levantarse en armas en noviembre de 1910, para febrero de 1911 estaba al frente de algunos cientos de hombres, desarrollando una activa campaña guerrillera en la región.

## 2. Haciendas y pueblos libres en la Comarca Lagunera.

Una calurosa y polvorienta tarde del agitado verano de 1864,<sup>28</sup> una caravana de traqueteados carromatos escoltada por dos o tres centenares de astrosos jinetes, entró a un poblacho perdido en el desierto del suroeste de Coahuila que, por no tener, no tenía claro ni su nombre.<sup>29</sup> Eran el presidente Benito Juárez y los suyos que, huyendo de los franceses, pasaban por el pueblo de Matamoros en su camino de Monterrey a Chihuahua.

El presidente Juárez dictó un par de decretos, dejó unas cajas de papeles viejos que venía cargando desde la ciudad de México y siguió poniendo desierto entre su gente y las caballerías del general Castagny. Para él fue solo un punto en el camino, pero su paso incorporó la región a la historia nacional. Los decretos firmados por Juárez dieron a los vecinos del poblacho los derechos a la tierra y al agua por los que peleaban desde treinta años atrás, acabando legalmente con la omnipresencia del latifundio. Los papeles que ahí quedaron eran parte del Archivo de la Nación que los labriegos de Matamoros y sus anexos, El Gatuño y La Soledad, custodiaron durante tres años a costa de (valga el lugar común) sangre, sudor y lágrimas.<sup>30</sup>

<sup>28</sup> Según Pablo Cuéllar Valdés, fue el 28 de agosto; según José Santos Valdés, el 4 de septiembre. Cuéllar, 1979, 144; Santos, 1973, 89.

<sup>29</sup> Hacia 1830 un grupo de labradores, probablemente zacatecanos, se establecieron (sin cura ni autoridad) en tierras de lo que había sido el marquesado de Aguayo, cerca de un paraje donde el Nazas formaba un pacífico remanso (la vega del Marrufo), y su pueblo se llamó San Juan Nepomuceno de la Carrera según unos, o Vega del Marrufo, según otros. Luego de que los apaches destruyeran el pueblo en 1842, este fue reconstruido a unos pocos kilómetros y numerosos vecinos empezaron a llamarle Matamoros, aunque para otros seguía siendo Carrera o Carreras. El 8 de septiembre de 1864, ya en Mapimi, como reconocimiento a los buenos amigos y leales partidarios que había encontrado, Juárez dictó el decreto que elevaba a villa el poblado, con el nombre de villa de Matamoros de la Laguna.

<sup>30</sup> El presidente Juárez pidió al general Jesús González Herrera, caudillo de los vecinos de Alamo de Parras (hoy Viesca) y Matamoros, únicos pueblos libres de la región, que le recomendará un hombre de fiar para custodiar el Archivo, y el general le presentó a un ranchero de El Gatuño, Juan de la Cruz

Hasta entonces, los cerca de 40,000 kilómetros cuadrados de la Comarca Lagunera habían formado un mundo aparte. La Comarca es una llanura aluvial de suelos extremadamente ricos, circundada por todos los vientos por erosionadas cadenas montañosas. Es, pues, un desierto, pero la fértil tierra de migajón fue acarreada durante milenios por dos ríos que en el verano bajan impetuosamente desde la Sierra Madre, el Nazas y el Aguanaval, que desembocaban en la llanura y, sin encontrar salida, la anegaban formando una serie de lagunas que se evaporaban por completo a las pocas semanas de la avenida de los ríos. "Desembocaban" y "se evaporaban", porque fue la canalización y aprovechamiento de ambos ríos, con técnicas modernas, lo que permitió que la desierta región se convirtiera en un emporio agroindustrial.<sup>31</sup>

La historia regional anterior a la revolución puede dividirse en cuatro capítulos: antes de los españoles era, cuando se anegaba, estación obligada de numerosos grupos nómadas. Desde finales del siglo XVI y hasta la década de 1820, perteneció íntegramente al más extenso latifundio de la Nueva España y a la vez era refugio de los indígenas nómadas reacios a someterse. Entre la consumación de la Independencia y el ascenso al poder de Porfirio Díaz, el hecho fundamental de la historia regional fue la gradual fragmentación del latifundio, que trajo consigo el surgimiento de los pueblos libres y la integración de la Comarca a la historia nacional. El cuarto capítulo, que arranca hacia 1884, es la historia de un espectacular auge capitalista basado en el cultivo del algodón. Los grupos sociales que se involucraron en la revolución nacieron durante los dos últimos periodos, que aquí resumiremos.

Al consumarse la independencia nacional, toda la Comarca era parte del latifundio de Aguayo. En sus confines orientales se habían fundado algunas colonias tlaxcaltecas hijas de San Esteban de Nueva Tlaxcala (las de mayor importancia serían Santa María de las Parras y Álamo de Parras, hoy Parras y Viesca); mientras en su borde occidental se mantenía en penosas condiciones el viejo mineral de Mapimí. Entre Álamo y Mapimí se extendía la desolada (o anegada) planicie lagunera, donde un puñado de hombres pastorearon durante dos siglos los rebaños de los marqueses de San Miguel de Aguayo, quienes heredaron las tierras y la prosapia, pero no el tesón ni la gloria del esforzado capitán Francisco de Urduñola.<sup>32</sup>

---

Borrego, quien con veinte compañeros defendió la cajonería de los franceses e imperiales cuando la zona se volvió teatro de la guerra de guerrillas apenas Juárez y sus hombres salieron para Mapimí (y es que los imperialistas creyeron que los cajones contenían parte de los fondos en metálico del gobierno, y la sed de oro de sus enemigos –los rumores terminaron por inventar un tesoro de fábula– convirtió a los rancheros de la zona en mártires y héroes). Quien mejor cuenta la historia es Santos Valdés, 1973. Hace unos años, Paco Ignacio Taibo II hizo de Juan de la Cruz Borrego un personaje de novela.

<sup>31</sup> Meyers, 1996, 29-35. Santos Valdés, 1973, 13-20.

<sup>32</sup> Toda la Comarca, y otras tierras más, además de las que en Durango estaban vinculadas al mayorazgo de San Pedro del Álamo, formaron el más extenso y despoblado latifundio de la Nueva España. Véanse Alessio Robles, 1931 y 1938. Adams, 1992. Vargas Lobsinger, 1992.

El hecho más significativo de la historia de La Laguna entre la consumación de la independencia y la rebelión de Tuxtepec fue, ya lo decíamos, la gradual desintegración del latifundio de Aguayo, condición sine qua non del espectacular desarrollo agroindustrial experimentado por la Comarca entre 1884 y 1907. Naturalmente, el latifundio no se desintegró, porque no es un sujeto activo. Los sujetos activos fueron los testarudos vecinos de los pueblos libres (o aspirantes a tales) de la Comarca.

Tras una ruidosa quiebra, las tierras del mayorazgo pasaron a manos de sus acreedores en 1825. Luego de un periodo de reacomodo y descontrol la porción meridional del latifundio (toda la Comarca Lagunera) fue adquirida en 1848 por la sociedad que formaban Juan Ignacio Jiménez y Leonardo Zuloaga (hermano de Pedro "el Rengo", dueño de la hacienda de Bustillos). Durante el reacomodo, varios grupos de labradores de las cercanías se establecieron en algunas de las tierras más fácilmente irrigables: así nacieron San Juan Nepomuceno de la Carrera, luego Matamoros y los ranchos El Gatuño y La Soledad, en Coahuila; y los ranchos de San Fernando y Avilés, en Durango. Estos últimos perdieron rápidamente su guerra particular contra el latifundio, siendo reabsorbidos por las haciendas de San Juan de la Casta y San Fernando, cuyo dueño era el tercer gran latifundista de la región, Juan N. Flores.<sup>33</sup>

La sociedad Zuloaga-Jiménez se disolvió poco después, dejando su lugar a tres latifundios: el de Zuloaga, en torno a Santa Ana de los Hornos y San Lorenzo de La Laguna, tenía una extensión que rebasaba las 800,000 hectáreas; el de Jiménez, en torno a Santa Rosa, tenía unas 160,000 hectáreas en la jurisdicción de Mapimí; y el de Flores, en torno a San Juan de la Casta y San Fernando, comprendía poco más de 400,000 hectáreas. Zuloaga se empeñó en expulsar o someter a los campesinos libres instalados en Matamoros, pero hasta la década de 1850 careció de la fuerza necesaria para hacerlo y, llegada ésta, el asunto se complicó porque los campesinos se volvieron liberales para contrariarlo y contar con apoyo externo. Encabezados por Jesús González Herrera, nacido en Matamoros y antiguo caporal del latifundio Zuloaga, apoyaron decididamente a los caudillos liberales norteños. Las guerras de Ayutla, de Reforma e Intervención fueron aquí la lucha de los campesinos contra las guardias de la hacienda. En 1863 los "chinacos" de González Herera derrotaron a los "conservadores" y saquearon y quemaron la casa grande de la hacienda, Santa María de los Hornos, cercana a Viesca, cuyos vecinos eran aliados de los de Matamoros. Durante varias semanas asolaron el latifundio hasta que por órdenes de Juárez medió el general José María Patoni, gobernador de Durango (en quien tenían confianza los líderes de la revuelta) y campesinos y hacendados firmaron una precaria tregua que

<sup>33</sup> Plana, 1996, 49-52. La historia de la quiebra del mayorazgo en Vargas-Lobsinger, 1992, 165-182. La de los pueblos libres en Meyers, 1996; Plana, 1996; y Santos Valdés, 1973.

duraría hasta el arribo a la región de los franceses. Pero los daños causados al latifundio, valuados en más de 700,000 pesos, sumados a la pérdida de las cosechas de ese año y de muchos animales, fueron un golpe económico del que la hacienda no se recuperaría.<sup>34</sup>

Ese era el ambiente cuando Benito Juárez pasó por la región y dictó los decretos que establecieron el cuadro de Matamoros: 18 sitios de ganado mayor (31,591 hectáreas) segregados del latifundio, otorgando también extensiones mucho menores a El Gatuño y La Soledad. Les dio también derechos al agua del río Aguanaval y autorizó la construcción de un canal que desde la Vega del Caracol (donde veinte años después nacería Torreón) llevara las aguas del Nazas a las tierras de labor. Por un lado, compensaba a sus partidarios pero, sobre todo, buscaba debilitar a su nuevo enemigo, Santiago Vidaurri, en la fuerza y la bolsa de uno de sus más firmes sostenes, Zuloaga y su latifundio. De paso, dejaba en tierras que pronto serían ocupadas por los imperialistas, núcleos irreductibles de guerrilleros.<sup>35</sup>

A los daños masivos y el decreto de dotación de tierras a Matamoros, que en opinión de Zuloaga sentaba un peligroso precedente, siguieron otros males para el latifundio: en 1864 Santiago Vidaurri perdió el poder local y un año después Zuloaga murió sin hijos, dejando a su viuda, Luisa Ibarra, en difíciles condiciones y con las haciendas cargadas con deudas resultado de la destrucción de 1863. En 1866, al tiempo que los liberales echaban a los partidarios de Maximiliano de todo el noreste, el latifundio fue confiscado por el gobierno. También fueron expropiadas las extensas haciendas de los hermanos Sánchez Navarro, que en el centro y norte de Coahuila sumaban una extensión aún mayor que las haciendas del latifundio Zuloaga, y las dilatadas tierras de Juan N. Flores, dueño de la mitad de la porción duranguense de la Comarca. Sólo Juan Ignacio Jiménez, que no había apoyado a Maximiliano, se salvó de la expropiación, pero su hacienda se fragmentaría al mismo tiempo que las demás tras su muerte, en medio de un largo conflicto sucesorio entre los numerosos hijos de dos matrimonios.<sup>36</sup>

Triunfante la República y suprimidas las causas políticas de la expropiación, el gobierno devolvió los bienes expropiados no sin hacer pagar multas a los hacendados. Pero durante los dos años (1866-1868) en que los latifundios laguneros estuvieron en manos del gobierno, el general Gerónimo Treviño otorgó 16 sitios de ganado mayor (28,080 ha.), sobre los tramos finales del Nazas, a unos 300 oficiales y soldados que habían militado a sus órdenes y a las de Escobedo durante la guerra de intervención. Estos "héroes de la patria" formaron Congregación San Pedro o Colonia San Pedro, que a mediados de la década siguiente era la floreciente villa de San Pedro

<sup>34</sup> La rebelión agraria de 1863, trenzada con la guerra de Reforma, en Plana, 1996, 60-70; Vargas Lobsinger, 1984, 18-20; y Santos Valdés, 1973, 72-80.

<sup>35</sup> Santos Valdés, 78-82 y 169-171. El texto íntegro de los decretos en Eduardo Guerra...

de las Colonias. Medio centenar más de veteranos recibieron dos sitios de ganado mayor cerca de Parras, fundando la Boquilla del Refugio, luego pueblo de San Isidro. Al mismo tiempo, del otro lado del Nazas, el gobierno de Durango entregó tierras del latifundio de Juan N. Flores a los vecinos de San Fernando, un núcleo de población que antes rentaba tierras al hacendado, naciendo así Villa Lerdo de Tejada, que poco después habría de subir de categoría y convertirse en Ciudad Lerdo. Varios años litigaron los hacendados contra los nuevos pueblos (sobre todo Luisa Ibarra contra San Pedro y Matamoros), pero a mediados de la década de 1870 los pueblos libres se habían consolidado. A lo largo de este proceso, la población de la Comarca se había multiplicado por tres.<sup>37</sup>

Para 1875 La Laguna era una zona abierta a la colonización. La presión demográfica y la hostilidad de los gobernantes de Coahuila y Durango, que veían en los viejos latifundios el principal obstáculo al desarrollo de la zona, facilitaron el golpe final de lo que había sido el marquesado de Aguayo: entre 1877 y 1881 las propiedades de Luisa Ibarra y las de la viuda y los hijos de Juan Ignacio Jiménez, pasaron a manos de sus acreedores. Juan N. Flores vendió a distintos postores la mitad de sus tierras. La nueva hacienda lagunera, mucho más manejable, nacía junto con la consolidación de los pueblos libres: la Comarca estaba lista para el algodón.<sup>38</sup>

La blanca fibra fue la base del espectacular auge capitalista regional durante el porfiriato y desató una lucha por la tierra y el agua menos sangrienta que los conflictos anteriores protagonizados por haciendas y pueblos, pero más competitiva. Los pueblos libres, primero los pequeños y finalmente los mismos Matamoros y San Pedro, fueron perdiendo sus derechos al agua, acaparados paulatinamente por los nuevos hacendados, capitalistas emprendedores y dinámicos. Hacia 1900 las áreas de cultivo se habían restringido notoriamente, y numerosos vecinos, sobre todo de Matamoros, tuvieron que abandonar sus sedientas tierras y buscar trabajo como recolectores de guayule, obreros en las fábricas de Gómez Palacio, operarios en las minas de los alrededores o de lo que se ofreciese. No pocos,

<sup>36</sup> Plana, 1996, 70-87.

<sup>37</sup> Hacia 1850, cuando sólo el pueblo de Matamoros estaba constreñido por los latifundios de Zuloaga, Flores y Jiménez, en cuyos extremos opuestos vegetaban Álamo de Parras (Viesca) y Mapimí, había cerca de 10,000 habitantes en la Comarca (un habitante por casi cuatro kilómetros cuadrados); en 1878, cuando a Viesca y Mapimí se habían sumado como villas y cabeceras municipales Matamoros, San Pedro de las Colonias y Lerdo, la población del distrito de Viesca (porción coahuilense de La Laguna) era de 20,668 habitantes, y la del partido de Mapimí, Dgo., se calculaba en 15,000. Véanse Vargas Lobsinger, 1984, 15-17; y Plana, 1996, 78-80.

<sup>38</sup> Aunque más adelante mencionaremos a los nuevos hacendados y empresarios laguneros, hay que decir que además de los excelentes trabajos globales de Manuel Plana y William Meyers, que hemos venido citando, hay algunos buenos estudios de caso: sobre la hacienda de La Concha (Carlos González Montes de Oca), Vargas Lobsinger, 1984; sobre Juan Brittingham, Barragán y Cerutti, 1993;

sobre todo en los años en que el caudal del Nazas era menor, se echaban a las serranías para dedicarse al bandidaje, un mal endémico de la Comarca.<sup>39</sup> Muchos de ellos se sumaron a la revolución desde los primeros momentos y varios destacados caudillos revolucionarios surgieron de estos sectores. Veamos los casos:

Gregorio García abandonó las tierras paternas, en el cuadro de Matamoros, para vivir del comercio al menudeo en Gómez Palacio. Benjamín Argumedo, cuyo padre era propietario de una parcela en La Soledad, trabajó como sastre y domador de caballos, trashumando por los pueblos y haciendas de la región, la que llegó a conocer tan bien que entre 1910 y 1915 no hubo en ella mejor capitán guerrillero. Enrique Adame Macías, hijo de un pequeño propietario de Matamoros, despachaba detrás del mostrador de un cantina. Pedro de Verona Rodríguez Triana era un tendero de San Pedro de las Colonias, nieto de uno de los oficiales que recibieron la tierra de manos de Gerónimo Treviño. Juan Livas, capataz de una cuadrilla de recolectores de guayule, pertenecía a una familia de antiguos propietarios de El Gatuño.<sup>40</sup>

Estos cinco llegaron fueron generales revolucionarios, pero también entre la tropa hubo hijos de campesinos obligados a trabajar en otras cosas: Apolonio Gómez Urquiza, quien habría de ser soldado raso en la Brigada Zaragoza, contó cómo él y su padre tuvieron que emplearse como recolectores de guayule para la Casa Madero al no poder sembrar sus propias tierras en el pueblo de San Isidro, por carecer del agua que las haciendas habían acaparado. Ernesto y Enrique Pérez Rodríguez, labriegos analfabetas de Reducindo (cerca de El Gatuño), hacían trabajos eventuales en Gómez Palacio antes de unirse a la Revolución, en la fuerzas de Gregorio García. Un peón de la hacienda de Hornos, de apellido Rodríguez, que pertenecía a una familia de rancheros de Matamoros, fue reclutado por Enrique Adame Macías y se convirtió en uno de los principales enlaces de la conspiración en el oriente de la Comarca: con un pequeño capital aportado por el propio Francisco I. Madero, se estableció como carbonero en el cerro del guano, frente a San Antonio de la O, donde recibía partidas de propaganda y armamento que llevaban de Torreón hombres que comerciaban con naranjas, cañas y cacahuates. Rodríguez, a su vez, los distribuía entre los conspiradores de Viesca y Matamoros. Así, puso armas en manos de Sixto Ugalde, José Isabel Robles, Melesio García de León y Benjamín Argumedo.<sup>41</sup>

---

sobre las haciendas de Hornos y Jimulco (Amador Cárdenas), Martínez García, 1995; y sobre Rafael Arocena, Saldaña y Cerutti, 1990.

<sup>39</sup> Meyers, 1996, 180-184.

<sup>40</sup> Santos Valdés, 1973. Martínez García, 1997.

<sup>41</sup> P110/1/58. Santos Valdés, 1973, 360-363 y 377-378.

Pero no todos se fueron. A diferencia de las de Matamoros y San Pedro, las tierras de Viesca quedaron fuera de la zona algodonera de La Laguna, aunque el pueblo quedó sometido a los ritmos económicos de la agroindustria algodonera. Perdido el acceso al Nazas, algunos campesinos regaban sus tierras con agua de los manantiales de la zona y de pozos artesianos, sembrando trigo y hortalizas que vendían en Torreón. Los vecinos de Viesca, que se veían a sí mismos como descendientes de los orgullosos hidalgos tlaxcaltecas defensores de la frontera y de los valientes voluntarios que enfrentaron a los franceses y acabaron con el latifundio Zuloaga, miraban con envidia el auge de las tierras vecinas. No es de extrañarse que el pueblo fuera el núcleo de las conspiraciones magonistas en la región.

El 24 de junio de 1908, al grito de "¡Viva el Partido Liberal!", más o menos al mismo tiempo que en Casas Grandes eran aprehendidos los Parra, Quevedo, Gómez y demás; cuando Praxedis Guerrero y José Inés Salazar atacaban el puerto de Palomas, un grupo de vecinos de Viesca, encabezados por José Lugo, asaltaron el Palacio Municipal, el Banco de Nuevo León y la casa del jefe político, a la vez que cortaban las vías del ferrocarril que comunicaban la villa con Torreón y Saltillo. Los rebeldes, en número de medio centenar, se echaron a la Sierra, pero en cosa de un mes fueron vencidos y capturados por los rurales de la federación enviados en su persecución. José Lugo fue fusilado el 3 de agosto y once de sus compañeros fueron enviados a San Juan de Ulúa con penas que iban de los tres a los veinte años de cárcel. Algunos supervivientes de la fallida revuelta se incorporaron en 1910 y 1911 a las fuerzas de Benjamín Argumedo o Gregorio García.<sup>42</sup>

Entre los campesinos libres que aún sembraban algodón en el viejo cuadro de Matamoros y entre los tenderos y artesanos del pueblo, prendió la propaganda magonista primero y maderista después. Los jefes de la conspiración fueron Sixto Ugalde Guillén, Melesio García de León, Vicente Almaguer y Margarito Reyes, quienes al frente de unos cincuenta hombres tomaron parte en el asalto a Gómez Palacio. Unos días después se levantaron los labriegos del cercano pueblo de San Antonio de la O, con Juan Jaramillo al frente, uniéndose al grupo de Ugalde y García de León. Sixto Ugalde nació en Matamoros en 1856 y en su juventud trabajó la tierra de sus padres, luego fue comandante de la policía local, caporal de haciendas y tendero, y era un hombre de respeto que peinaba canas cuando se involucró en la conspiración.<sup>43</sup>

Los soldados que se levantaron en armas en los pueblos libres de la Comarca, sobre todo los de su porción oriental, confluyeron con otros grupos rebeldes en las brigadas Zaragoza y Robles de la División del Norte, la primera de las cuales la mandaban Eugenio Aguirre

<sup>42</sup> Santos Valdés, 1973, 43-44; Villarejo, 1983, 81-89.

<sup>43</sup> ACSDN, XI/III/3-1678. Santos Valdés, 1973, 312-322, 386 y 389.



Benavides y Raúl Madero, y la segunda, José Isabel Robles y Sixto Ugalde. Toda esta gente, y mucha de la que veremos a continuación, se sumó a la revolución con un evidente ánimo revanchista. Un testigo hostil escribió en 1911:

Spongo que ni siquiera el 10% de los alzados tiene en mente algún propósito definido; simplemente se están divirtiendo a expensas de quienes antes fueron sus patrones; en pocas palabras, por primera vez en su vida tienen un buen caballo, un buen rifle y el placer de "ordenar" en lugar de que se les ordene. Son independientes [...]<sup>44</sup>

### 3. Los desequilibrios de un auge (y don Pancho Madero)

Habrà que retroceder un poco para contar la historia del algodón y lo que consigo trajo, dando por sentado que son conocidas la importancia económica de esta fibra y el papel que su transformación jugó en los orígenes de la revolución industrial y en los de la industrialización nacional. Desde 1840 los arrendatarios de Juan N. Flores sembraban algodón en modesta escala en la ribera del Nazas. Zuloaga, Flores y Jiménez habían empezado a construir las primeras presas y otras obras de irrigación que fueron acrecentando el cultivo, lo que en las décadas de 1850 y 1860 permitió la apertura de sendas fábricas textiles en Parras, Mapimí y Cuernamé. Desde mediados del siglo XIX era evidente que la inversión en obras modernas de irrigación y la construcción de vías de comunicación que permitieran la comercialización de la cosecha de algodón, permitirían un rápido desarrollo regional.<sup>45</sup>

El colapso del latifundio permitió que diversos capitalistas regiomentanos invirtieran en La Laguna.<sup>46</sup> Para 1880, cuando el general Hipólito Charles entregó el gobierno de Coahuila a don Evaristo Madero Elizondo, la Comarca era ya la primera productora de algodón en México y una veintena de nuevos hacendados, de mentalidad capitalista y espíritu emprendedor, empezaban a competir ferozmente por los mejores y más seguros accesos al agua. Si el general Charles, héroe de la guerra de intervención, era uno de los caudillos guerreros que ayudaron a darle el golpe de gracia al latifundio, don Evaristo fue uno de los primeros capitalistas regiomentanos (aunque nació en Villa Guerrero, Coahuila) en invertir sus caudales en la Comarca: ese cambio de gobierno simbolizó el arranque de un nuevo modo de hacer las cosas en

<sup>44</sup> De un informe del cónsul británico de Torreón citado por Meyers, 1996, 315.

<sup>45</sup> Meyers, 1996, 44-53.

<sup>46</sup> Sobre la creación de los capitales regiomentanos luego invertidos en La Laguna, véase Plana, 1996, 27-31. Sobre los orígenes de la industrialización de la Sultana del Norte, directísimamente vinculada al auge lagunero, hay numerosos estudios, por ejemplo, Cerutti, 1983; y Fuentes Mares, 1976, 46-53.

la región. Cuatro años después llegó lo único que faltaba para cumplir los sueños de los nuevos hacendados: el ferrocarril.

Con el ferrocarril nacieron las dos ciudades que dirigirían el desarrollo de La Laguna: en 1883 Andrés Eppen, Carlos González Montes de Oca y otros de los nuevos hacendados cedieron tierras para la construcción de una ciudad en el punto donde estaba planeado el tronque del Ferrocarril Central (México-Ciudad Juárez, que llegó en 1884) con el Ferrocarril Internacional (Eagle Pass, Texas-Durango, que llegó a Torreón en 1888 y a Durango en 1892). Los fundadores la llamaron Torreón, porque había ahí un viejo torreón de vigilancia que Zuloaga había construido en un vano intento por contener las incursiones apaches y vigilar de cerca a los matamorenses. En 1893, con casi 4000 habitantes, Torreón adquirió la categoría de villa y cabecera municipal. En 1907, cuando se le otorgó la categoría de ciudad, la población era diez veces mayor.<sup>47</sup> Enfrente de Torreón, del otro lado del río, a unos ocho kilómetros de Ciudad Lerdo, Santiago Lavín, donó los terrenos para la construcción de estación Lerdo, que cuando se convirtió en un floreciente poblado cambió su nombre por Gómez Palacio, que en 1900 tenía casi 8,000 habitantes y el doble en 1907. Torreón dirigía la economía de la zona, concentrando los bancos, oficinas y casas comerciales; Gómez Palacio se convirtió en una especie de suburbio industrial de la primera, donde se establecieron las fábricas y donde vivían los obreros.<sup>48</sup>

Aunque desde 1870 había un activo mercado de tierras, el ferrocarril desató la verdadera especulación. Con el ferrocarril se abarató el transporte del algodón, se abrieron nuevos mercados, llegaron la maquinaria, herramienta, abastos y fuerza de trabajo para obras de irrigación, desbrozar la tierra, cultivar y procesar el algodón. El crecimiento agrícola fue espectacular: entre 1880 y 1890 las tierras cultivadas se cuadruplicaron y la producción de algodón se quintuplicó y entre 1890 y 1910 se duplicaron. El algodón lagunero era altamente reconocido y se exportaba a Inglaterra y Alemania. La expansión ferrocarrilera, la irrigación, la telefonía y telegrafía y la electricidad hicieron de La Laguna la región más moderna y mejor comunicada de México y sus tierras eran las más cotizadas.

El auge algodonerero trajo también la diversificación económica. En la década de 1890 se construyeron varias fábricas textiles, dos de jabón, una de dinamita y una de glicerina, que aprovechaban la fibra del algodón y diversos subproductos.<sup>49</sup> Para 1910 se habían sumado dos

<sup>47</sup> La mejor historia de Torreón y del papel del ferrocarril en su nacimiento es la de E. Guerra, 1932. Una interesante crónica sobre los primeros años de la nueva población es la de Wulff, 2001.

<sup>48</sup> Meyers, 1996, 56-59.

<sup>49</sup> La "Dinamita" y la "Jabonera", las mayores y más rendidoras de estas fábricas, ubicadas en Gómez Palacio, fueron construidas en sociedad por los hacendados algodonereros, y además de ser parte

fábricas de harina, una fundidora, una acerera y una cervecería. Después de 1905 se desarrolló la industria hulera del guayule cuyas exportaciones superaron en 1908 el valor de las algodonerías.

Después de 1880 se expandió la minería gracias a los ferrocarriles, al alza de los precios mundiales y las nuevas inversiones. Mapimí y Ojuela se convirtieron en una próspera región argentífera. Mapimí llegó a los 10,000 habitantes hacia 1910. También Velardeña y Asarco, como ya vimos, daban empleo a unas 10,000 personas. Para 1910, sumando a los mineros y los obreros, La Laguna tenía una de las mayores concentraciones de trabajadores industriales de México, más de 30,000. A su vez, la población rural pasó de 20,000 en 1880 a más de 200,000 en 1910, más otros 40 o 50,000 peones eventuales que llegaban en la época de la pizca. Torreón, "la perla de La Laguna", creció de cero a 40,000 habitantes entre 1883 y 1910.

La combinación del crecimiento económico y demográfico convirtió a la Comarca en una zona rica y poblada. "La lista de gente con intereses en La Laguna se asemeja a las del Who's Who del México porfirista": tenían inversiones en la Laguna los Terrazas-Creel de Chihuahua; los Corral de Sonora; los Mendirichaga, Treviño, Reyes y Madero de Monterrey; los Martínez del Río, González Saravía, Flores y López Negrete, de Durango; los García Pimentel, los De la Torre y Mier, y otros prósperos hacendados del centro y sur del país; y, en fin, Ignacio Vallarta, José I. Limantour, Porfirio Díaz Romero-Rubio, Jorge Vera Istañol, Bernardo Reyes y Francisco Bulnes, entre otros destacados personajes del régimen, además de Daniel Guggenheim, Wetman Pearson of Cowdray y Nelson D. Rockefeller. Había nacido, además, una nueva generación de hacendados y empresarios modernos, entre los que destacaban los Lavín y los Luján en la zona alta (Durango); Carlos González Montes de Oca, Amador Cárdenas, Frumencio Fuentes, Práxedes de la Peña, Juan Brittingham, y la sociedad Arocena y Urrutia, en la zona media (en torno a Torreón); y las casas Madero y Purcell en la zona baja (de San Pedro a Parras).

Sin duda, Torreón y La Laguna eran el orgullo de la administración de Díaz. En treinta años la árida llanura se había convertido en una riquísima región agroindustrial. Pero la rapidez y la intensidad del crecimiento generaron enormes tensiones y problemas. Y esa región que simbolizaba "el triunfo del régimen y el surgimiento de un México más nuevo, moderno y progresista" fue clave en la revolución que daría a traste con el porfiriato, convocada, no de manera casual, por un próspero y emprendedor hacendado de la Comarca: Francisco Indalecio Madero González (Indalecio por elección sobre Ignacio, como lo bautizaron).<sup>50</sup>

---

fundamental del auge, lo fueron también de los agrios conflictos entre las facciones de la élite lagunera. Ya hablaremos de ello.

<sup>50</sup> Los dos mejores estudios del desarrollo capitalista de La Laguna durante el porfiriato, son los de Meyers, 1996, y Plana, 1996. Las citas textuales en Meyers, 1996, 58-61.

Porque además del auge, el monocultivo del algodón trajo la inestabilidad: la avenida del Nazas llegaba entre septiembre y diciembre y su caudal anual variaba entre 35,000 y tres millones de litros cúbicos que, encima, podían llegar en tres días o en tres meses. Las lluvias, muy escasas, eran aún más impredecibles, aunque en los lugares más húmedos (en Durango) los arrendatarios y trabajadores de las haciendas complementaban su dieta con maíz cultivado fuera de las zonas de riego. La fluctuación de los precios internacionales del algodón era otro factor que escapaba del control de los productores. Hacia 1895 las obras de irrigación llegaron a su límite: de los tres o cuatro millones de hectáreas de la planicie lagunera, sólo de 110,000 a 150,000 podían regarse. Las demás tierras, todas las demás, quedarían irremisiblemente fuera del auge algodonerero. Entonces empezaron una serie de amargas disputas por los derechos de agua entre los bloques de hacendados de las tres zonas de La Laguna: entre los labriegos de Matamoros y San Pedro y los hacendados; y entre los gobiernos de Durango y Coahuila. Los primeros perdedores, ya lo dijimos, fueron los campesinos libres, pero la disputa entre las diversas facciones de la élite, las alianzas y los golpes bajos, fueron un auténtico quebradero de cabeza para el gobierno de Díaz y uno de los factores detonantes de la revolución.

El cultivo del algodón requiere mano de obra calificada en las diversas etapas del trabajo, y en La Laguna, donde la tierra y el agua se explotaban al máximo, las necesidades de especialización fueran mayores. De ahí que los jornaleros estuvieran lejos del prototipo del peón ignorante y sumiso de las haciendas tradicionales. En todas las grandes haciendas había escuelas de primeras letras para los hijos de los peones financiadas por los propietarios.<sup>51</sup> Uno de estos profesores, en las haciendas de la familia Madero, era José Isabel Robles, nacido en Jalpa, Zacatecas, hacia 1891. Es muy probable que hubiese terminado la primaria y quizá que cursara estudios medios en la capital zacatecana antes de llegar a San Pedro de las Colonias hacia 1907, ya contratado por los Madero, aunque no hay datos al respecto. Si no fue así, era un estudioso autodidacta, porque dos de los mexicanos más ilustrados de su generación, José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán, quienes lo trataron de cerca, se refieren a él como un revolucionario inusualmente culto. Fue uno más de los clientes o dependientes de los Madero que secundaron el llamado a las armas y pronto habría de revelarse como un jefe de gran capacidad.<sup>52</sup>

Como Robles, la gran mayoría de los trabajadores especializados y los peones de las haciendas algodonereras eran llegados de fuera, gente venida de otros lados con la decisión de

<sup>51</sup> Monfort Rubín, 1997, ha estudiado las características de la "cultura del algodón" y la manera en que propició la construcción de una peculiar identidad regional ("sintalidad") en La Laguna.

<sup>52</sup> ACSNDN, XI/III/3-1444. Guzmán, 1984, le dedica un capítulo: "Un ministro de la Guerra"; y Vasconcelos lo retrata durante el desastre de la "facción tercerista" de la Convención, en el invierno de 1914-1915, en Vasconcelos, 1978, 146 y ss.

emprender una vida nueva. Muchos eran zacatecanos, jaliscienses y guanajuatenses. Esta característica, aunada a las anteriores, los hace distintos de los peones de las haciendas tradicionales del centro y sur del país. Los obreros de las fábricas de Gómez Palacio y, mucho más, los ferroviarios de las activas estaciones y los grandes talleres de Torreón y Gómez, también eran trabajadores relativamente bien pagados y conscientes. Estaban, además, los artesanos, profesionales, oficinistas y empleados bancarios y de comercio, una nueva clase media que había crecido velozmente en Torreón principalmente, pero también en Gómez Palacio, Ciudad Lerdo, San Pedro de las Colonias e incluso, en Mapimí, Matamoros y Viesca.<sup>53</sup>

Los trabajadores permanentes de las haciendas no participaron significativamente en la lucha armada a pesar de que el jefe de la revolución, Francisco I. Madero, era un prominente hacendado que, como ocurrió en otras regiones del país, pudo haber armado a sus peones conduciéndolos a la revuelta. Ni él lo hizo en 1910, ni sus parientes y clientes en los años por venir. De hecho, la producción de algodón de la Comarca no se redujo sensiblemente durante los años de la lucha armada, lo que indica que las haciendas siguieron contando con su mano de obra. Sin duda, para las facciones que controlaron la zona eran más importantes los recursos derivados del algodón que el contingente de sangre que los peones pudiesen aportar.

Pero además de los campesinos libres, hubo otro sector de la población rural de la Comarca que sí tomó las armas: los jornaleros eventuales, que los hacendados empleaban para labores de reparación, para la roturación de la tierra y que eran una parte pequeña de los pizeadores de algodón (la mayoría de estos eran lo que después se ha llamado "golondrinos": braceros errantes que iban de aquí para allá). Estos jornaleros eventuales vivían hacinados en las estaciones del ferrocarril (no en las ciudades, porque Torreón, Lerdo y Gómez Palacio tenían leyes severísimas contra la mendicidad y la vagancia) y se incorporaron a la rebelión cuando ésta ya había echado a andar: a diferencia de los campesinos y otros sectores de la pequeña burguesía rural, ni estaban armados ni tenían la posibilidad real de armarse por su cuenta ni, tampoco, la pausa suficiente para tomar la decisión de rebelarse. Pero una vez que la bola echó a rodar les resultó fácil unirse a ella, no como resultado de una decisión meditada sino porque es mejor vida, más independiente y orgullosa, andar por ahí echando bala y desfaciendo entuertos, que pizeando algodón o recolectando guayule bajo el sol inclemente del desierto. Hubo mineros y obreros arrojados a esta vida por la crisis de 1907 que también tomaron las armas.

Los trabajadores de las haciendas no tomaron parte activa en la rebelión y la mayoría de los obreros de las fábricas y los operarios de las minas tampoco lo hicieron, al menos en los

---

<sup>53</sup> Meyers, 1996, 160-180 y 188-192.

primeros momentos, pero sí participaron los sectores medios urbanos. De hecho, la mayoría de quienes atacaron Gómez Palacio el 20 de noviembre, pertenecían a ese sector, aunque también hubo numerosos campesinos de Matamoros y algunos obreros de Gómez Palacio. Algunos trabajadores, sobre todo los ferroviarios, y los oficinistas, empleados y artesanos, dieron vida a sociedades mutualistas que, aunque con menor fuerza que en Chihuahua, funcionaban en el mismo sentido, es decir, como grupos de ayuda mutua y solidaridad y como embrionarias organizaciones opositoras, pero no hay datos que muestren una conexión entre estas sociedades y la revolución, salvo en el caso de los ferrocarrileros. Sus razones son parecidas a las de las clases medias de Chihuahua: el asfixiante autoritarismo político y lo cerrado de las clases dominantes, que vedaba la participación en los asuntos públicos y el progreso individual a unas clases medias cada vez mejor preparadas y más seguras de sí mismas.<sup>54</sup>

A estas razones, de que ya hemos hablado, se sumaron, con mayor fuerza que en Chihuahua, los efectos de la crisis de 1907, porque La Laguna dependía más directamente del mercado mundial que el estado grande. La crisis, que empezó a principios de año con el "pánico" en Wall Street, llegó a La Laguna luego de tres años de auge y crecimiento sostenido de los precios mundiales del algodón y del guayule. Hacia julio de 1907 empezaron a restringirse en Torreón los créditos y el circulante y en septiembre la International Rubber Co. redujo drásticamente sus compras de guayule, cerrando de plano en diciembre. Los precios mundiales de plata, cobre y plomo bajaron de tal modo, que a finales de año la mayoría de las negociaciones mineras y la fundidora habían reducido al mínimo sus operaciones. Se calcula que en septiembre u octubre las industrias guayulera y minera habían cesado a más de 20,000 personas. Para colmo, luego de cuatro años de buenas lluvias, el verano de 1907 fue de sequía, y la cosecha de algodón fue muy mala, lo mismo que las de maíz y frijol en todo el norte, de modo que a fines de 1907 los precios se habían disparado y en 1908 escasearon los alimentos. Todo esto trajo la restricción del resto de las actividades económicas, como la construcción, en auge durante 1905 y 1906 (el cónsul estadounidense en Torreón, George C. Carothers, a quien luego veremos trabajar por -o contra- el villismo, era un activo especulador inmobiliario que se fue a la quiebra en 1908). Los trabajadores desocupados y numerosos braceros mexicanos expulsados de Estados Unidos, se amontonaban en las estaciones del Ferrocarril, buscando desesperadamente la manera de sobrevivir. El presidente Díaz dispuso que se enviara maíz a la Comarca y se distribuyera gratuitamente entre los desocupados, evitando que murieran de hambre.<sup>55</sup>

---

<sup>54</sup> Meyers, 1996, 258-262.

<sup>55</sup> Meyers, 1996, 239-248.

Aunque en 1909 muchos trabajadores fueron reaceptados y los efectos de la crisis parecieron superados, varias cosas habían cambiado: fuera del control de las empresas, muchos mineros se habían adscrito al magonismo. El motín de Velardeña fue organizado por los trabajadores echados durante la crisis y readmitidos posteriormente. También habían tomado conciencia de la fragilidad de su situación, descubriendo que el auge no era para ellos. La conciencia de esta fragilidad, la conciencia de su condición prescindible, caló más hondo entre los sectores medios, que descubrieron que no formaban parte de la élite ni del auge y los dispuso para la lucha armada: la revolución no empezó durante la crisis, sino pasada esta, pero la crisis empujó a tomar las armas a gente que de otra manera no lo hubiera hecho.

Fue durante la crisis que la propaganda magonista caló entre los sectores medios urbanos y rurales: los rebeldes de Viesca no estaban aislados y había núcleos magonistas en Matamoros, Gómez Palacio y San Pedro. La rápida represión del motín de Viesca impidió que la revuelta se generalizara en La Laguna, pero los arrestos cundieron, y algunos nombres son muy significativos: El Nuevo Mundo, diario de Torreón que circuló de 1906 a 1908, denunció los excesos represivos de las autoridades a raíz del alzamiento de Viesca y la prisión de gente que, según el diario, era inocente. Las autoridades habían tomado como evidencia suscripciones a Regeneración. En su edición del 12 de julio, el diario presentó a los detenidos:

Sr. Francisco Mena Vega, quien nunca ha participado activamente en los constantes temas políticos, porque creía que en estos tiempos es inútil tratar de ejercer los propios derechos como ciudadano.

Sr. Orestes Pereyra, quien trabaja como Herrero en Torreón y disfruta del respeto general de la clase trabajadora, conocido como simpatizante de las causas liberales y un hombre de convicciones sanas y humanas. Ha sido arrestado simplemente por la popularidad que goza a causa de sus ideas liberales.

Don Enrique Adame Macías: Un comerciante de Matamoros, que recientemente contendió para jefe político en Matamoros en contra del candidato de Carlos González. Se le reconoce como una persona que enérgicamente defiende sus derechos cuando siente que han sido violados y expresa su opinión política, favorable o desfavorable, en contra de los poderes gobernantes.<sup>56</sup>

Los tres fueron jefes revolucionarios. De Adame ya se habló. Pereyra había nacido en Santa María del Oro, Durango, en 1861, en el seno de una familia de pequeños propietarios que descendían de los primeros pobladores españoles del norte de Durango. Algunas fuentes lo muestran como herrero y otras como hojalatero, ya en Torreón, ya en Gómez Palacio, a donde habría llegado hacia 1890. Lo que parece cierto es que era propietario de un taller

---

<sup>56</sup> Citado por Meyer: 1996, 261.

artesanal en que trabajaban también sus hijos, Orestes y Gabriel Pereyra Miranda. Más o menos en 1906 aparece como distribuidor de Regeneración en las ciudades laguneras y en 1908, como muestra la cita anterior, era popular y respetado. Fue antirreeleccionista desde 1909 y en 1910 era uno de los jefes de la conspiración maderista. Cuando los rebeldes se reunieron en la noche del 19 de noviembre en las afueras de Gómez Palacio, ante la ausencia de los jefes designados por Madero, Jesús Agustín Castro y Orestes Pereyra fueron elegidos por sus compañeros como nuevos jefes de la rebelión. Desde entonces y hasta su muerte en combate, en noviembre de 1915, Pereyra fue un destacado caudillo revolucionario.<sup>57</sup>

Numerosos jefes y oficiales revolucionarios pertenecieron al proletariado y a las clases medias urbanas de la Comarca Lagunera. Ya hablamos de los tenderos Gregorio García y Pedro Rodríguez Triana, y del cantinero Enrique Adame Macías. Jesús Agustín Castro, quien alcanzó el grado de general de división en las filas carrancistas, era operario de los tranvías que conectaban Torreón, Lerdo y Gómez Palacio. Castro invitó a algunos de sus compañeros a la revuelta.<sup>58</sup> Juan Pablo Estrada, tenedor de libros o contador en una casa comercial de Gómez Palacio, fue vicepresidente del club antirreeleccionista de esa ciudad y participó en el asalto a la misma el 20 de noviembre. Enrique Pérez Rul era un maestro normalista zacatecano que en 1904 o 1905 fue nombrado director de la Escuela Oficial Número 1, de Matamoros, Coahuila, cargo que desempeñó hasta 1908, cuando fue trasladado a la Escuela Modelo de Parras de la Fuente, Coahuila, también como director, hasta ser despedido en 1909 por pronunciar un incendiario discurso en alguna celebración juarista; entonces, entró a trabajar en el despacho de Evaristo Madero Elizondo. Entre los principales conspiradores de Torreón estaban Arturo Barrera, "miembro de una honorable familia regiomontana", empleado del Banco de La Laguna; y Aurelio Hernández, quien al parecer era dependiente de comercio.<sup>59</sup> Los jefes del Club Antirreeleccionista de Torreón, Manuel N. Oviedo, maestro de primaria, y José María Rodríguez, quien atendía su consultorio médico, también pertenecían a estos sectores.<sup>60</sup>

<sup>57</sup> ACS DN, XI/III/1306. Sáenz Carrete, 1999, 275-276.

<sup>58</sup> Sobre Castro, véase Márquez, 1916, y la entrevista a Félix Delgado Luna, nacido en Zacatecas en 1886 y en 1907 entró a trabajar en los tranvías de Torreón, donde conoció a Jesús Agustín Castro, José María González y otros futuros oficiales revolucionarios. Por invitación de Castro, se unió a la rebelión, tomando parte en el ataque a Gómez Palacio y uniéndose luego a la gente de Argumedo. PII/O/1/79, 1-7.

<sup>59</sup> Sobre Juan Pablo Estrada Lozano, ACS DN, XI/III/4-2045. Sobre Pérez Rul, Santos Valdés, 1973, 149 y 315. Sobre Barrera y Hernández, Parra Durán, 1930, 2-3.

<sup>60</sup> En 1905, Francisco I. Madero y José María Rodríguez fundaron en San Pedro y en Torreón sendos clubes democráticos para oponerse a la reelección de Miguel Cárdenas como gobernador. Aunque la campaña fue un fracaso, principalmente por la defección del candidato opositor, Frumencio Fuentes, Madero y Rodríguez firmaron una firme amistad y aprendieron en la práctica los rudimentos de la política. Más adelante hablaremos de estas primeras incursiones de Madero en la política local.



Mención aparte requieren los hermanos Federico y Roque González Garza, oriundos de Saltillo. Federico estudiaba derecho en la Escuela Nacional de Jurisprudencia cuando la temprana muerte de sus padres lo obligó a abandonar la carrera para hacerse cargo de sus numerosos hermanos, entre ellos, el todavía niño Roque. Trabajó como telegrafista y hacia 1903 fue nombrado jefe de la oficina telegráfica de San Pedro de las Colonias, donde trabó íntima amistad con Francisco I. Madero, quien acababa de regresar de Europa. A su vez, Roque cursó estudios comerciales en la ciudad de México. Trabajó como agente de ventas y comisionista en el sur del país y luego como empleado de la Cervecería de Monterrey, de la que fue despedido en 1906 por negarse a apoyar a Bernardo Reyes. Se empleó entonces como corredor de seguros, viajando por Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas. En 1908, por mediación de Federico, Roque se hizo maderista, y acompañó a don Panchito en las giras previas a la campaña presidencial, mientras Federico se convertía en uno de los colaboradores indispensables del futuro jefe de la Revolución. Proclamado el Plan de San Luis, Federico formó parte del núcleo director de la conspiración, en San Antonio, Texas, y Roque fue el enlace entre la dirección nacional y los jefes maderistas de La Laguna, sobre todo López Ortiz, Castro y Pereyra.<sup>61</sup>

En 1912, Eugenio Aguirre Benavides, presidente municipal de Torreón, organizó en la ciudad un cuerpo de infantería integrado por voluntarios, mayoritariamente trabajadores del riel, muchos de los cuales habían participado en la rebelión maderista. Entre los oficiales de ese Batallón Ferrocarrilero (pie veterano de la Brigada Zaragoza) estaban Santiago Ramírez, Manuel Madinabeitia, Enrique Navarro, Margarito Orozco, Antonio Orozco, Enrique Banda, Modesto Casas, Antonio Casas y Enrique Santos Coy, varios de ellos ferroviarios, casi todos nacidos en La Laguna y llegados a jefes y generales en las filas villistas.<sup>62</sup>

Eugenio Aguirre Benavides, jefe nato de la Brigada Zaragoza, nació en Parras de la Fuente en 1884. Era hijo de Rafael Aguirre, propietario de un mediano rancho algodonerero cercano a Torreón, y estaba emparentado con Francisco I. Madero a través de Catarino Benavides, tío de ambos, mediano propietario en la región de Parras y rebelde de 1910. Su familia formaba parte de la clientela de la familia Madero. Su hermano mayor, Adrián (nacido en 1879), cursó la carrera de derecho en la Escuela Nacional de Jurisprudencia y formaba parte de lo que hoy llamaríamos departamento jurídico de la Casa Madero; fue cercano colaborador de Gustavo A. Madero, hermano de don Panchito y fundador del Partido Antirreeleccionista en Parras. El tercer hermano, Luis, estudió una carrera comercial en los Estados Unidos y fue secretario particular de Gustavo A. Madero antes y después del inicio de la Revolución.

<sup>61</sup> P110/1/18, 1-26. ACSDN, XI/III/1-250.

<sup>62</sup> ACSDN, XI/III/2-1140, 80. Machuca Macías, 48-49.

Eugenio trabajaba en el negocio del algodón, en sociedad con su padre y con su amigo José Garza Zertuche (quien peleó a sus órdenes en la revolución), cuando su hermano Adrián lo invitó a participar en el Partido Antirreeleccionista, convirtiéndose en un activo propagandista del maderismo en Torreón. No llegó el 20 de noviembre a la cita pues quedó desconectado de la conspiración por las razones explicadas al principio de este capítulo, por lo que se fue a los Estados Unidos, donde sus hermanos trabajaban en las agencias maderistas. Fue nombrado por Francisco I. Madero jefe de Estado Mayor de las fuerzas que se suponía iba a levantar Venustiano Carranza. Pero el varón de Cuatro Ciénegas nunca entró a territorio nacional y Eugenio, cansado de la espera, se unió a la partida de Antonio I. Villarreal. Su brillante carrera como jefe militar empezó en 1912, cuando siendo presidente municipal de Torreón organizó el Batallón Ferrocarrilero y el Cuerpo de Voluntarios de Torreón.<sup>63</sup>

Adrián, Eugenio y Luis Aguirre Benavides pertenecían a las clases medias en ascenso de La Laguna, pero estaban fuertemente vinculados con un sector muy importante de la élite local, que no solo determinó su propio ingreso a la revolución, sino que fue fundamental en su estallido: la poderosa Casa Madero, dirigida por el viejo don Evaristo, a quien su emprendedor nieto Francisco convenció de apoyarlo en sus afanes revolucionarios. Con prudencia, el clan Madero respaldó a don Francisco. Fueron abiertos partidarios del líder su padre, Francisco Madero Hernández (también lo fue su madre, Mercedes González Treviño de Madero, perteneciente a un rico y poderoso clan de empresarios de Monterrey, pero su toma de partido no pesó, por cuestiones de género, entre la élite regiomontana a que por nacimiento pertenecía; en cambio, la esposa de Panchito, Sara Pérez de Madero, sí jugó un papel destacado en el maderismo) y sus tíos, Alberto y Emilio Madero; su primo Rafael L. Hernández; y sus hermanos Gustavo Adolfo, Emilio, Raúl y Julio Madero González. Detrás de los Madero, otros miembros de la élite lagunera tomaron parte en la lucha armada o contribuyeron a financiarla, lo que se debe en parte a los lazos que tenían con los Madero, pero sobre todo, a que una facción de la élite, de la que los Madero formaban parte, había ido acumulando sus propios agravios contra el régimen. Entre los miembros de la élite lagunera que tomaron las armas en 1910 y 1911 destacan los hermanos Juan, Máximo y Benito García; Emiliano G. Saravia y Murúa y su hijo, Emiliano

<sup>63</sup> Además de pertenecer a un sector social mucho más alto que el de la mayoría de los jefes de Brigada de la División del Norte, y de ser pariente de los Madero (de hecho, ya en la División del Norte, Raúl y Emilio Madero, hermanos de Francisco, pelearon a sus órdenes directas), a Eugenio Aguirre Benavides, fusilado en 1915, le sobrevivieron sus hermanos. Estas razones hacen que la suya sea una de las pocas carreras villistas fáciles de rastrear, pues las historias sobre él escritas y los datos rescatados son abundantes. Véanse los libros de sus hermanos, L. Aguirre Benavides, 1964; y L. y A. Aguirre Benavides, 1966; la entrevista hecha a su hermano para el Archivo de la Palabra. PFI0/1/19;

G. Saravia Ríos; José de Jesús ("Cheché") Campos Luján y Pablo Lavín. Juan y Máximo García, Saravia Ríos y Raúl y Emilio Madero fueron generales de la División del Norte.

Para algunos autores, los agravios infligidos a la élite capitalista de La Laguna (o a una parte de ella) fueron una de las causas fundamentales de la Revolución, dado el papel que en ella desempeñó Francisco I. Madero. Yo no creo que lleguen a tanto, porque una insurrección limitada a esas élites desechadas hubiese estado condenada al fracaso, pero sin duda, los agravios en cuestión confluyeron con los otros que hemos venido revisando y su importancia está fuera de duda, porque contribuyó a la fuerza de la rebelión lagunera pero sobre todo, porque efectivamente, de aquí surgió y en este piso se apoyó el hombre que convocó a la lucha armada.

El primer ingrediente de estos conflictos era la añeja enemistad entre Porfirio Díaz y Evaristo Madero. Como parte de su política de centralización del poder y acotamiento de la fuerza e independencia de los caudillos regionales, que en los estados del norte golpeó a Luis Terrazas, Gerónimo Treviño, Francisco Naranjo, Servando Canales y otros viejos caudillos de la guerra de intervención, Díaz obligó a renunciar al gobierno de Coahuila a Evaristo Madero, en 1884, luego de casi dos años de conflicto que culminaron con la prisión del hijo de don Evaristo, Francisco Madero Hernández, padre del jefe de la Revolución de 1910. Don Evaristo era un arriero y comerciante que se había enriquecido en la década de 1860, a la sombra del comercio con la Confederación sureña durante la guerra de secesión norteamericana, que enriqueció a Monterrey y a la sombra del duro y eficaz cacique Santiago Vidaurri. En la década de 1870 Evaristo Madero invirtió sus caudales en Parras de la Fuente y en la prometedora Comarca Lagunera, sobre todo en San Pedro de las Colonias, adquiriendo entre ambas poblaciones buenas tierras, algunas de las cuales –pocas- estaban dentro de los límites irrigados por el Nazas. Convertido en el símbolo de la nueva época de La Laguna y firmemente aliado con Manuel González y con Treviño, Naranjo y Canales, en 1880 alcanzó la gubernatura de Coahuila, para perderla cuatro años después ante la presión de Díaz. Luego de tres años de fuerte inestabilidad política en el estado y cada vez más hostilizado por Díaz, en 1887 llegó a un acuerdo tácito con el presidente similar al alcanzado en Chihuahua por Terrazas: se retiraría definitivamente de la vida política a cambio de que el gobierno respetara sus intereses económicos y los alentara en la misma medida en que estaba impulsando el desarrollo de toda la región.<sup>64</sup>

---

el libro de recuerdos de su nieto, Levy Aguirre, 1979; y el expediente personal del general de brigada Eugenio Aguirre Benavides, ACSDN, XI/III/2-1140.

<sup>64</sup> Plana, 1996, 27-31; Enríquez y García, 1989, 271-296; y, sobre todo, R. Falcón, 1990. Sobre los intereses económicos de la "Casa Madero", véase Hart, 1990, 141-145. Véase también la biografía apologética de Evaristo en Vasconcelos, 1958. Según una de las biografías de Francisco I. Madero más leídas y citadas, "Su familia nunca había manifestado especial interés por la política"

A pesar de ese acuerdo, numerosas inconformidades y ambiciones políticas buscaron el cobijo de don Evaristo en la década de 1890, igual que tantos opositores en Chihuahua buscaban la sombra de Luis Terrazas y en Nuevo León la de Gerónimo Treviño. En la más fuerte de las revueltas ocurridas entonces, la acaudillada por Catarino Garza en 1893, participaron activamente Catarino Benavides, pariente político y cliente de Evaristo, y los hermanos Jesús, Venustiano y Emilio Carranza Garza, políticos y modestos terratenientes de la región de Cuatro Ciénegas-Monclova, vinculados al clan Madero. A raíz de la revuelta de Garza, los Carranza se aliaron con Bernardo Reyes abandonando el grupo de Evaristo, aunque en 1909 habrían de volver al redil "maderista", esta vez en torno al nieto.<sup>65</sup>

Vale la pena que abramos un paréntesis para presentar a Venustiano Carranza, quien tanta importancia tendrá en esta historia. Nacido en Cuatro Ciénegas en 1859, undécimo de quince hijos del coronel y terrateniente liberal Jesús Carranza, Venustiano cursó algunos años en el Ateneo Fuente de Saltillo y en la Escuela Nacional Preparatoria, interrumpiendo sus estudios por una enfermedad de los ojos (que lo obligó de por vida a usar lentes oscuros). Trabajó en las tierras de su padre hasta 1890, cuando este distribuyó sus propiedades entre sus hijos varones. Entre las tierras que recibió de su padre, la herencia de su esposa y algunas que compró entre Ocampo y Sierra Mojada, llegó a acumular un poco menos de 10,000 hectáreas, pocas de regadío: era esa una heredad modesta para la época. En 1888 fue electo presidente municipal de Cuatro Ciénegas, cargo del que fue defenestrado dos años después por el gobernador Garza Galán. Su descontento, que hizo patente en varias ocasiones, lo llevó a apoyar la rebelión de Catarino Garza: Emilio Carranza se levantó en Ocampo, y Jesús y Sebastián en Sierra Mojada, convergiendo luego sobre Monclova. Venustiano no participó directamente en la lucha, peso sí en las negociaciones posteriores que permitieron a los Carranza y otros rebeldes ser amnistiados.

La revuelta debilitó al gobierno de Garza Galán, a quien Díaz retiró su apoyo, quedando en su lugar José María Múzquiz. La caída de Garza Galán permitió que Bernardo Reyes extendiera su poder hacia Coahuila. Pronto gobernaría al estado Miguel Cárdenas, aliado de Reyes y amigo de la infancia de Venustiano Carranza. Desde entonces, y mientras predominara en Coahuila la mancuerna Reyes-Cárdenas, don Venus se convirtió en un influyente político local, controlando una extendida red de lealtades política en toda la región central del estado. Regresó a la presidencia municipal de Cuatro Ciénegas, de donde saltó a una curul del Congreso Local en 1898 y luego fue diputado federal suplente y senador suplente, hasta alcanzar la

---

(Cumberland, 1977, 41), lo cual es insostenible desde cualquier punto de vista. Muchos errores como este campean en la historiografía maderóloga o maderista, y no pienso volver a decirlo, salvo que sea absolutamente necesario.

senaduría como propietario en el cuatrienio 1904-1908. Su carrera política porfirista concluyó en ese último año, cuando ocupó interinamente, por dos meses, el gobierno de Coahuila. En 1908 y 1909 fue un decidido impulsor del reyismo y durante la gradual disolución de esta opción aceptó la invitación que le hizo Francisco I. Madero de pasarse a su partido. Cuando don Venus se convirtió en el maderista de mayor relevancia en el centro y norte de Coahuila, se había labrado un sólido prestigio como político duro, de recio carácter, honrado y hábil. Fue el candidato antirreeleccionista al gobierno del estado en 1910.<sup>66</sup>

Regresando al clan Madero, hay que señalar que no hubo quien mediara entre don Porfirio y don Evaristo. El clan Madero se vinculó políticamente a Limantour y los científicos, sobre todo por oposición a Bernardo Reyes; pero el poderoso secretario de Hacienda no fue para don Evaristo lo que Creel fue para Terrazas. De cualquier manera, aunque Francisco I. Madero heredó los pleitos de su abuelo (lo mismo que Abraham González en Chihuahua y José María Maytorena en Sonora), en realidad él creó los suyos propios a partir de 1905. Otra cosa fue que más adelante convenciera a don Evaristo de respaldarlo en la aventura de su vida.

Pero no fue este año pleito el que llevó a un importante sector de la élite lagunera a la oposición (de hecho, Frumencio Fuentes, Práxedes de la Peña, Carlos González y otros empresarios y hacendados de Torreón se beneficiaron con el declive político de Evaristo), sino los problemas derivados del auge, es decir, el pleito de La Jabonera y La Dinamita, la guerra del guayule y, sobre todo, los interminables conflictos en torno al agua del Nazas.

La Compañía Industrial Jabonera de La Laguna era propiedad de un consorcio creado en 1898, cuando el jabón era el principal derivado del aceite de semilla de algodón y los agricultores de la Comarca decidieron unirse y monopolizar un negocio que tenía un enorme mercado potencial, máxime si se subsidiaba mediante los precios bajísimos a los que venderían su semilla a la fábrica, de la que obtendrían las ganancias pertinentes. De La Jabonera derivó La Dinamita, una fábrica que procesaba la glicerina producida en La Jabonera para producir dinamita y explosivos para la minería y para el Ejército. La mitad de las acciones de ambas compañías pertenecían a cuatro grupos de inversionistas: uno encabezado por Juan Brittingham, director de la industria y vinculado con los Terrazas-Creel; otro encabezado por el propio Enrique Creel, integrado por la oligarquía chihuahuense; los Mendirichaga del naciente Grupo Monterrey; y un consorcio francés). La otra mitad de las acciones pertenecía a 68 algodoneros, entre los que destacaban, por el número de acciones que poseían, directamente relacionadas con el tonelaje de semilla que se habían comprometido a entregar anualmente a la compañía, Ramón Luján, Carlos

<sup>65</sup> Larrazolo, 1997. Enríquez y García, 1989, 296-311.

<sup>66</sup> Taracena, 1963, 7-25. Richmond, 1986, 22-41.

González, Arocena y Urrutía, Santiago Lavín, Torres hermanos, Ventura G. Saravía, la Casa Madero, Guillermo Purcell, Feliciano Cobián y Praxedís de la Peña.<sup>67</sup>

Hasta ahí, parecía (y era) un negocio redondo, pero pronto, Brittingham, Creel y Mendirichaga empezaron a jugarles chueco a los agricultores, aprovechando los términos del acta constitutiva de La Jabonera para obtener ganancias crecientes obteniendo la semilla casi de regalo. Las ganancias que los 68 algodoneiros obtenían no compensaban el bajo precio artificial de la materia prima, menos aún cuando se estableció en Gómez Palacio otra fábrica de jabón, La Unión, a la que los algodoneiros vinculados a La Jabonera no podían venderle. Una serie de maniobras con los precios instrumentadas por Brittingham fueron denunciadas por Rafael Arocena en 1906, quien se declaró desligado de la Compañía y fue rápidamente respaldado por los Madero, los Purcell, los Lavín, los Luján y los Saravía. El asunto llegó al gobierno federal y Brittingham, con el apoyo de Carlos González Montes de Oca (quien traicionó a los algodoneiros, hecho que estos no olvidaron) y el enorme peso del canciller y gobernador de Chihuahua, Enrique C. Creel, logró que el arbitraje federal se diera a favor de la Compañía en 1909.<sup>68</sup> Salvo Arocena y Purcell, que eran extranjeros, todos los apellidos de quienes entablaron guerra frontal contra Brittingham y Creel por el asunto de La Jabonera y La Dinamita, aparecen entre los jefes de la rebelión: Jesús José ("Cheché") Campos Luján y Pedro Luján eran sobrinos de Ramón Luján; Pablo Lavín era parte del poderoso clan de su apellido; Emiliano G. Saravía y Murúa era socio de su hermano Ventura; y de los Madero, ni hablar.

La guerra de precios en torno al guayule enfrentó a la Casa Madero con el duopolio mundial del caucho establecido por la sociedad Rockefeller-Guggenheim y por la corona de Bélgica. Los negocios guayuleros de la familia Madero unificaban a las dos ramas del tronco de don Evaristo,<sup>69</sup> y aunque Francisco Indalecio no tenía cargos formales las empresas guayuleras, fue él quien negoció los contratos de abastecimiento del guayule con numerosos hacendados de La Laguna y regiones vecinas, y quien dirigió el establecimiento de la mayor procesadora del arbusto en manos de nacionales. Esto fue posible porque los Madero habían comprado enormes extensiones de tierras desérticas antes del auge del guayule, en las que luego se encontró el arbusto en gran cantidad, y que estaban bien comunicadas. Cuando la Continental Rubber Co., lanzó una guerra de precios contra los guayuleros mexicanos (que obligó a Amador Cárdenas y a

<sup>67</sup> Meyers, 1996, 104-107 y 203-206. Barragán y Cerutti, 1993.

<sup>68</sup> Meyers, 1996, 208-212.

<sup>69</sup> La Compañía Explotadora Coahuilense unió los diversos negocios guayuleros del clan en 1906. Su presidente era Salvador Madero Farías, vicepresidente Francisco Madero Farías (hijos del primer matrimonio de don Evaristo), secretario Francisco Madero Hernández y tesorero Gustavo Adolfo

Carlos González a venderle sus procesadoras), los Madero se beneficiaron gracias a que tenían un abasto seguro de la materia prima, y parecían los únicos capaces de desafiar la estrategia del monopolio. Su intento fue vano: la crisis de 1907 coincidió con el artificial agotamiento de las reservas de guayule propiciado por la Continental entre 1906 y 1907. En 1908, pasado el momento más duro de la crisis, los Madero encontraron salida para su guayule vendiéndolo a Alemania, pero habían perdido mucho dinero y no pudieron recuperar su privilegiada situación anterior a la guerra contra los tiburones internacionales. Los Madero sobrevivieron como procesadores de caucho, pero muchos de sus socios quebraron como tales. Entre ellos los hermanos Jesús y Venustiano Carranza, a quienes una fuente muestra como prósperos guayuleros en 1904 y que en 1908 estaban fuera del negocio.<sup>70</sup>

La guerra de la Casa Madero contra el gran capital internacional es un asunto que no ha recibido la atención que merece. La prolífica bibliografía sobre el jefe de la revolución de 1910 pasa por alto este episodio fundamental, que muestra al supuestamente ingenuo espiritista como un hombre de negocios emprendedor y dinámico. De hecho, el canciller Creel gestionó y facilitó el establecimiento de la Continental en La Laguna y quedó ante los Madero y otros productores de guayule como un enemigo de los intereses nacionales. En fin, según William Meyers, los Madero, especialmente Francisco Indalecio, quedaron en la conciencia de muchos laguneros como símbolo de la resistencia frente a los crecientes y asfixiantes intereses extranjeros (como ya habían quedado su padre y su tío como defensores de los derechos de los algodonereros), en tanto Creel (y de paso el propio Díaz) aparecía como personero del gran capital internacional.

Pero comparados con el del agua estos eran conflictos menores. El problema es que la cantidad de tierra cultivable era mucho mayor que el agua disponible para regarla y desde 1880 los hacendados de Coahuila ("ribereños inferiores") empezaron a enfrentarse con los de Durango ("ribereños superiores") por los derechos de agua. En 1881 el gobierno de Coahuila demandó al de Durango ante la Suprema Corte por el uso del agua del río. Desde entonces y hasta 1910, el conflicto por el agua fue permanente, se convirtió en el más agudo y problemático de la región y en un quebradero de cabeza para el gobierno federal. El asunto empeoró cuando en 1885 la Secretaría de Fomento otorgó una concesión de agua desmesurada a la recién formada Compañía Agrícola, Industrial y Colonizadora de Tlahualilo, de capital británico y estadounidense, que poseía 44,000 hectáreas en el extremo norte de La Laguna duranguense, concesión inmediatamente impugnada por los hacendados mexicanos.

---

Madero González (comunicación personal de Begoña Hernández, a partir de la documentación sobre la Compañía, por ella consultada).

El asunto de la Tlahualilo terminaría convirtiéndose en uno de los más espinosos negocios internacionales que tuvo que enfrentar el gobierno de Díaz. No se contará aquí esa historia, basta decir que los sucesivos reglamentos dictados por la Secretaría de Fomento nunca satisficieron a nadie, que el conflicto de la Tlahualilo se convirtió en una papa caliente. La actitud de la Compañía Tlahualilo, que recurrió a los gobiernos británico y estadounidense, impidió que el conflicto entre los propietarios mexicanos se volviera irresoluble, porque independientemente de sus propios pleitos, estos presentaron un frente unido contra la Tlahualilo. También impidió una radicalización antigubernista de la totalidad de los algodonereros, pues Porfirio Díaz y su secretario de Fomento, Olegario Molina, no cedieron ante las presiones internacionales y, al menos en este asunto, tampoco lo hizo el canciller Creel. La reglamentación aprobada en 1905 procuró equilibrar los derechos de ribereños inferiores y superiores pero tampoco satisfizo a nadie.<sup>71</sup> Francisco I. Madero publicó en 1907 un prolíjo estudio que recomendaba la construcción de una gran presa regional, que recibió la rápida adhesión de algunos importantes algodonereros, pero el proyecto naufragó al desatarse la crisis.<sup>72</sup>

En 1908 el licenciado Emiliano G. Saravia y Murúa publicó en San Pedro de las Colonias un cuidadoso estudio jurídico del conflicto del agua, que justificaba la inconformidad de los ribereños inferiores con el reglamento vigente y su aplicación, y denunciaba que por acción u omisión, el gobierno federal había optado por favorecer a los ribereños superiores, en detrimento de la justicia y del desarrollo de la región.<sup>73</sup> Este Saravia y su hijo fueron villitas. Ya dijimos que los primeros perdedores de esta guerra habían sido los campesinos de Matamoros y, en menor medida, los de San Pedro de las Colonias, pero también se arruinaron numerosos pequeños y medianos propietarios a los que perjudicaron los sucesivos reglamentos, en beneficio de la Compañía Tlahualilo y de los productores más poderosos. Entre los medianos productores que se fueron quedando sin agua se cuenta Juan E. García, propietario de tierras en el municipio de Lerdo, quien en 1910 estaba arruinado. Nacido en Ciudad Lerdo hacia 1860, García llegó a ser un destacado algodonerero de La Laguna. Fue accionista del proyecto del Canal de Santa Cruz, uno de los intentos de los ribereños inferiores por equilibrar la distribución del agua, asunto en que también tomó parte muy activa Francisco I. Madero. Desde 1905 o 1906 era amigo y partidario de Madero, y en 1910 respondió al llamado a las armas, seguido por sus hermanos

<sup>70</sup> Hart, 1990, 144-146. Meyers, 1996, 199-203. Los negocios guayuleros de Carranza son apenas mencionados en Richmond, 1986, 24.

<sup>71</sup> Los conflictos del agua en Kroeber, 1971; Hart, 1986, 146-147; y Meyers, 1996, 212-236. El conflicto internacional en torno a la Tlahualilo visto como una de las causas del debilitamiento del gobierno de Díaz, en Almada, 1964, I:139-141 y II:126-127.

<sup>72</sup> Madero, 1907.



Benito y Máximo, sus clientes y parientes. Máximo (nacido en Ciudad Lerdo en 1888) habría de convertirse en un destacado jefe de brigada de la División del Norte.<sup>74</sup>

Además de su participación activa en los negocios familiares, en los conflictos del agua y del guayule y en el espiritismo y todas esas cosas que encantan a sus biógrafos, Francisco I. Madero empezó a tomar parte activa en la política local hacia 1904. Desde 1893 el general Bernardo Reyes había luchado por extender su influencia a Coahuila, lográndolo de plano en 1897, con el ascenso al poder del licenciado Miguel Cárdenas, antiguo partidario de Evaristo Madero y ahora ahijado político de Reyes. Cárdenas gobernó durante diez años, que coincidieron con la época de mayor auge de La Laguna, que recibió un apoyo decidido del gobernador, quien otorgó lucrativas concesiones, exentó de impuestos a las industrias recientes y a los proyectos hidráulicos, fomentó la inversión y atrajo capitales extranjeros, todo a la sombra y a imagen de su poderoso padrino Bernardo Reyes, decisivo impulsor del despegue industrial de Monterrey. Miguel Cárdenas participó personalmente del auge, asociado en diversas empresas con Carlos González, Praxedis de la Peña y Amador Cárdenas, quienes ejercieron el poder en la Comarca. Esta política hacía popular al gobernador entre la élite y las clases medias de Torreón, pero no en la zona inferior de La Laguna, en torno a San Pedro, desplazada por Torreón y cuyos hombres habían sido excluidos de los negocios públicos desde la defenestración de Evaristo.

Luego de pasar casi cinco años en Francia y los Estados Unidos, Francisco I. Madero regresó al país en 1893 rebosando ideas democráticas y ducho en técnicas agrícolas modernas. Se involucró rápidamente en la administración de los negocios familiares introduciendo nuevas técnicas agroindustriales e impulsando el desarrollo del guayule y en 1903, a sus 30 años de edad, su fortuna personal rondaba el cuarto de millón de dólares. Ese año sus intereses empezaron a transitar de los negocios a la política: Bernardo Reyes, viejo enemigo de su familia, había perdido la cartera de Guerra luego de servirla durante casi cuatro años, y regresaba a Nuevo León a buscar una nueva reelección que le permitiera sostenerse en sus territorios del Noreste, mientras en la ciudad de México se erguía vencedora la figura del rival de Reyes, el secretario de Hacienda José Yves Limantour, aliado de los Madero. La evidente derrota de Reyes en el ámbito federal reanimó a los políticos tradicionales de Nuevo León desplazados por el general tapatío, quienes organizaron un movimiento de oposición que desembocó en la sangrienta represión de una manifestación antirreyista el 2 de abril, en Monterrey. Reyes se reeligió, pero su figura pública quedó bastante maltrecha, por lo que Francisco I. Madero creyó

---

<sup>74</sup> Saravia, 1908.

llegado el momento de cobrarse las viejas deudas familiares. Al mismo tiempo, su admiración por las democracias europeas lo llevó, según escribió tiempo después, a llenarse de repulsa por los autoritarios y sangrientos métodos electorales de Reyes.<sup>75</sup>

Así las cosas, con motivo de las elecciones municipales de 1904, Madero impulsó la formación del Club Democrático Benito Juárez, en San Pedro de las Colonias, que lanzó la candidatura de Francisco Rivas, mediano hacendado amigo de Madero, contra la oficialista del varias veces reelecto Mariano Viesca. En 1908, en La Sucesión Presidencial, Madero denunció que la intervención policiaca había nulificado los esfuerzos democráticos de los sampetrinos, imponiendo al candidato oficial.<sup>76</sup> Al año siguiente, el Club de San Pedro, unido a otro fundado en Torreón bajo el impulso del doctor José María Rodríguez, hizo una activa propaganda en favor de la elección de un candidato independiente en contra de Miguel Cárdenas, que preparaba su reelección. Praxedis de la Peña y Frumencio Fuentes, destacados partidarios del vicepresidente Ramón Corral y, por lo tanto, convertidos en enemigos de Bernardo Reyes y Miguel Cárdenas, apoyaron la campaña de Madero y Rodríguez, aunque lograron imponerles la candidatura de Fuentes contra la de Dionisio García, candidato de Madero, Díaz, que no quería debilitar en exceso al grupo de Reyes, apoyó a Cárdenas y convenció a Fuentes de no participar activamente en la lid. Con todo, en La Sucesión Presidencial Madero escribió que las elecciones habían sido claramente fraudulentas, aunque ya lo había dicho desde 1905, poco después del triunfo oficial de Cárdenas, cuando hizo circular una carta entre sus adeptos denunciando el fraude y llamándolos a seguir organizados en espera de tiempos mejores.<sup>77</sup>

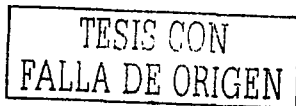
Durante la segunda mitad de 1905 los periódicos reyistas de Coahuila hicieron de Madero su bestia negra y lo acusaron de las mismas cosas de que lo acusaría la prensa nacional a partir de 1909: loco, soñador, iluso... Madero regresó a sus negocios, aunque coqueteó brevemente con el magonismo, enviando importantes sumas de dinero a Ricardo Flores Magón, para la publicación y distribución de Regeneración. En 1906, disgustado con el creciente radicalismo magonista, se deslindó claramente del P.M. Al mismo tiempo tomaba distancia del grupo de Limantour, convencido de que la disputa Corral-Reyes-Limantour no era otra cosa que una lucha personalista por la vicepresidencia y la previsible sucesión. Cuando llegó la crisis de 1907 Madero dedicó todas sus energías a la salvación de los negocios familiares y a la gestión de

<sup>74</sup> INEHRM, 1991, II:948. Véase el Expediente personal del general brigadier Benito García Contreras, ACSDN, D/III/3-2036, III t. No existen o no están disponibles los expedientes del general brigadier Juan E. García ni del general de división Máximo García Contreras.

<sup>75</sup> Madero, 1958, 11-12.

<sup>76</sup> Madero, 1958, 13-15.

<sup>77</sup> Véanse las "Memorias", en Madero, 1985, I:9-16.



los derechos de agua de los ribereños inferiores (fue entonces cuando presentó su proyecto de construcción de la gran presa regional). Se había retirado aparentemente de la política pero mantenía una nutrida correspondencia con personalidades de todo el país y dedicó al estudio asistemático de la ciencia política y de la realidad nacional, que habrían de cuajar en La Sucesión Presidencial, escrito y publicado en 1908, después de la entrevista Díaz-Creelman.

A partir de la publicación del libro, Panchito Madero, La Laguna y luego el país entero, empezaron a moverse a una velocidad creciente. El futuro presidente de la República era ya, profeta en su tierra: sus primeros partidarios fueron las élites rebeldes y las clases medias de su natal Comarca Lagunera.<sup>78</sup>

---

<sup>78</sup> Las biografías de Madero son tantas que llegan a cansar y, con todo, se ocupan muy poco de sus actividades concretas anteriores a 1908. Textos clásicos, publicados durante el periodo de vigencia de la idea oficial de la Revolución, y que lo exaltan como "apóstol de la democracia" en términos casi hagiográficos, son Cumberland, 1977 (publicado en 1952 para los lectores estadounidenses); Ross, 1959 (1956 en inglés); y Valadés, 1960. Muchos de los datos de las páginas anteriores están basados en estos libros, en las historias de Coahuila de Villarello, 1983; y Enríquez y García, 1989; y en el multicitado libro de Meyers, 1996. Sobre estas, prefiero las menos citadas biografías de Taracena, 1938 y Valadés, 1960.

## **SEGUNDA PARTE :**

### **La conformación de la División del Norte**

Una vez presentados nuestros personajes, veremos en esta parte cómo aprendieron el difícil arte de la guerra (que una cosa es ser valiente a carta cabal, diestro tirador y mejor jinete y otra muy distinta tomar parte en batallas formales, aunque lo primero ayude) y el sutil arte de la política durante tres años casi exactos contados a partir del momento en que se levantaron en armas contra el gobierno de Porfirio Díaz.

Aunque el orden que seguiremos será el de la rebelión maderista, los gobiernos de Francisco León de la Barra y Francisco I. Madero, y la etapa guerrillera de la lucha contra el gobierno de Victoriano Huerta, el verdadero asunto de la segunda parte es la manera en que se conformaron las corporaciones militares que se reunirían en la División del Norte, a partir de los dispersos rebeldes pueblerinos puestos en escena en las páginas precedentes, y cómo algunos hombres, cuyo origen hemos mostrado, se convirtieron en caudillos revolucionarios de dilatadas comarcas.

## V. ¡VIVA MADERO!

### I. La política.

La sucesión presidencial tuvo una enorme resonancia por su oportunidad: desde que en la famosa entrevista concedida a James Creelman el general Díaz había anunciado su retiro abriendo una inesperada puerta a la participación política,<sup>1</sup> se incrementaron notablemente la discusión sobre los problemas del país y la incipiente organización política. Es cierto que desde antes existía cierta oposición organizada, pero el impulso del que nacería el movimiento antirreeleccionista fue dado por el propio dictador en aquella célebre entrevista. A su vez, el libro de Madero fue una de las causas que desataron la Revolución a pesar de los defectos que desde el principio se le señalaron, por “la falta de sistema” de la exposición de las ideas y lo inseguro y errático de la forma, tal como señaló Emilio Rabasa en 1912.<sup>2</sup>

Según el puntual análisis que de la ideología y programa de Madero hizo Arnaldo Córdova, éste “adoptó las posiciones políticas neoliberales de las clases medias”, en particular los intelectuales urbanos y los pequeños propietarios rurales, entre los cuales pudo articularse un movimiento de oposición a la dictadura de dimensiones nacionales, que encontró en Madero su vocero y líder. Madero enarbó como banderas “la democratización del régimen, la defensa de la Constitución y de la legalidad, y la reivindicación del principio de propiedad privada y, en particular, del pequeño propietario emprendedor, provisto de medios suficientes para ejercer su espíritu de empresa”. Estas demandas satisfacían plenamente las aspiraciones de los sectores medios, y Madero,

---

<sup>1</sup> Luego de su publicación en la Pearson's Magazine, la entrevista fue dada a conocer al público mexicano por El Imparcial el 3 de marzo de 1908, y sus pasajes más significativos fueron reproducidos por otros periódicos de la capital de la República y varias ciudades del interior.

<sup>2</sup> Citado por Córdova, 1973, 97. Al respecto, dice Daniel Cosío Villegas: “Ningún historiador o politólogo, mexicano o extranjero, ha concedido a La sucesión presidencial de 1910 otro valor que el de su oportunidad, pues apareció cuando existía ya una opinión pública desfavorable a Díaz [...] Para mí es un gran libro: bien escrito, con un mínimo de demagogia, es el mejor análisis condenatorio del régimen porfiriano”, Cosío, 1982, 14.

"apasionado idealista político", los fascinó, lo mismo que a amplios sectores de las masas populares, opuestos unos y otros a una dictadura que, tras la entrevista Creelman, había entrado en un proceso de crisis irreversible.<sup>3</sup>

La tradición liberal reivindicada por aquellos intelectuales que desde 1900 habían empezado a volverse contrarios al régimen, y que Madero recogía, se cifraba en la Constitución de 1857,

cuyos pilares fundamentales son: el Estado democrático, representativo y federal; la primacía de la ley constitucional sobre la arbitrariedad y el despotismo de los gobernantes; los derechos del hombre que consagran las libertades de pensamiento, de expresión, de trabajo, de tránsito, de elección de los representantes del pueblo; la garantía de estos derechos que hace efectiva el juicio de amparo, y el sufragio libre y universal de los ciudadanos mexicanos.<sup>4</sup>

Madero quería un cambio político, convencido de que todas las transformaciones que el país necesitaba vendrían como ineludible consecuencia. No es cierto que haya sido ciego ante los problemas sociales que empujaron a miles de mexicanos a la lucha armada, sino que veía en la transformación política, en la democracia y la legalidad, el más sólido punto de apoyo para la solución de tales problemas. No era un revolucionario, no buscaba nuevas relaciones sociales ni una nueva forma de Estado, sino la aplicación del marco legal vigente, dentro del cual podrían instrumentarse las reformas necesarias.<sup>5</sup>

Este programa de restauración del orden constitucional caló profundamente entre los sectores medios urbanos y rurales que a partir de la entrevista Díaz-Creelman habían empezado a buscar alternativas al régimen. La inquietud política venía de atrás: desde que inició la primera década del siglo, y ante la evidencia de que la avanzada edad del general Díaz obligaría a prever su sucesión, los prohombres del régimen habían empezado a pensar en el relevo generacional, formando tres grupos rivales en torno a las figuras del general Bernardo Reyes, ilustrado y autoritario gobernador de Nuevo León, árbitro del Noreste y secretario de Guerra entre 1900 y 1903; del licenciado José Ives Limantour, secretario de Hacienda y cabeza visible de los "científicos" (entre los que jugaba un papel destacado Enrique C. Creel); y de don Ramón Corral, uno de los hombres fuertes de Sonora, miembro

<sup>3</sup> Córdova, 1973, 20-21.

<sup>4</sup> Córdova, 1973, 87-89.

del grupo más cercano al dictador y elegido vicepresidente en 1904, cuando se creó el cargo luego de la reforma constitucional de rigor.<sup>6</sup>

A partir de la entrevista Creelman, los partidarios de Reyes iniciaron abiertamente la organización de clubes y la difusión pública de sus propuestas. En diciembre de 1908 un grupo de ciudadanos de la clase media acomodada de la capital (profesionistas, intelectuales, algunos empleados de gobierno y funcionarios, periodistas y algún diputado), casi todos mayores de 40 años, fundaron el Partido Democrático, que buscaba una transferencia institucional del poder ejecutivo. Luego de varias discusiones, los partidarios de Reyes se impusieron sobre los "independientes" y declararon que el partido era reeleccionista, para abrir el camino a una candidatura vicepresidencial de Reyes, quien no aceptaría contender por la presidencia contra don Porfirio. En enero fue designado presidente de la mesa directiva del Partido Democrático el reyista Manuel Calero, y desde entonces algunos "independientes" empezaron a hacer labor divisionista, destacándose Alfredo Robles Domínguez, apoyado desde San Pedro de las Colonias por Francisco I. Madero, quien había seguido desde allá los acontecimientos.<sup>7</sup>

En la primera mitad de 1909 el reyismo fue en franco crecimiento a pesar de que el propio general Reyes no alentó a sus partidarios. A mediados de año el general Díaz recogió la palabra dada y empezó a preparar su séptima reelección, y el general Reyes cedió rápidamente a las presiones de su jefe: renunció al gobierno de Nuevo León, se deslindó de sus partidarios y aceptó un exilio disfrazado. Reyistas como Manuel Calero, José Peón del Valle, José López Portillo y Rojas y Rodolfo Reyes (hijo del general), abandonaron la lucha política siguiendo el ejemplo de su jefe, pero otros, entre los que destacaban el doctor Francisco Vázquez Gómez y el coahuilense Venustiano Carranza, se incorporaron a otra opción política que había surgido entonces: el antirreeleccionismo.<sup>8</sup>

---

<sup>5</sup> Córdova, 1973, 20-21 y 96-99.

<sup>6</sup> Vera Estañol, 1957, 85-90.

<sup>7</sup> Entre quienes participaron en las reuniones sostenidas en los meses de diciembre de 1908 y enero de 1909 estaban los reyistas que fueron designados dirigentes del partido: Manuel Calero, José Peón del Valle, Heriberto Barrón y Manuel Garza Guerra. Se contaban también entre los fundadores Benito Juárez Maza, Jesús Urueta, Diódoro Batalla, Rafael Zubarán, José Ferrel, Alfredo y Gabriel Robles Domínguez, Francisco Cosío Robelo, Rodolfo Reyes, Toribio Esquivel Obregón y Rafael L. Hernández Madero. Véase Portilla, 1995, 38-41. El 4 de noviembre de 1909, en una carta a Filomeno Mata, Madero le cuenta de sus trabajos en conjunto con Robles Domínguez, al que unos días después escribió en el mismo sentido. Madero, 1985, 1:469 y 500.

<sup>8</sup> Portilla, 1995, 42-45.

El Centro Antirreeleccionista de México se había fundado oficialmente el 22 de mayo de 1909. Su mesa directiva, presidida por el licenciado Emilio Vázquez Gómez, quedó conformada por Francisco I. Madero, Toribio Esquivel Obregón, Filomeno Mata, Paulino Martínez, Félix F. Palavicini, José Vasconcelos Calderón, Luis Cabrera, Octavio Bertrand, Bonifacio Guillén, Felipe Xochihua y Manuel Urquidí, es decir, un próspero hacendado (Madero), cuatro abogados de prestigio (Vázquez, Esquivel, Vasconcelos y Cabrera), tres conocidos periodistas (Mata, Martínez, Palavicini) y un par de profesionistas. Entre sus fundadores (ochenta personas asistieron a la primera reunión) se contaban otros jóvenes profesionistas e intelectuales que pronto habrían de cobrar fama, como Roque Estrada, José Domingo Ramírez Garrido, Federico González Garza, Eduardo Hay y Alfredo Robles Domínguez. Luego se incorporó un veterano de las guerras de Intervención, oriundo de Ciudad Jiménez, Chihuahua: el coronel José de la Luz Soto. El nacimiento del grupo se debió en buena medida a la diligente actividad de Madero, quien desde la publicación de la entrevista Creelman había entablado una activa correspondencia con los hombres que habrían de constituir el antirreeleccionismo.<sup>9</sup>

En diciembre de 1908 Madero empezó a enviar a sus corresponsales copias de La sucesión presidencial. Emilio Vázquez Gómez,<sup>10</sup> un abogado de sólida reputación que había sido de los primeros en desempolvar el principio de "No Reelección" (en una carta publicada por El Tiempo, el 15 de octubre de 1908), contó después cómo se puso Madero en contacto con él:

En una de sus cartas el señor Madero me dijo que luego que acabara la impresión de un libro que había escrito [...] me lo enviaría y se vendría a México a trabajar en la

<sup>9</sup> Entre los corresponsales asiduos de Madero entre marzo y diciembre de 1908 (es decir, de la publicación de la entrevista a la organización formal de los primeros grupos políticos no porfiristas), están Heriberto Barrón, Catarino Benavides, Venustiano Carranza, Jesús Flores Magón, Rafael L. Hernández Madero, Fernando Iglesias Calderón, Benito Juárez Maza, Filomeno Mata, Carlos R. Menéndez, José María Rodríguez, Juan Sánchez Azcona, Francisco P. Senties y Emilio Vázquez Gómez. En 1909, además de aquellos, destacan entre sus corresponsales Octavio Bertrand, Luis Cabrera, Toribio Esquivel Obregón, Roque Estrada, Heriberto Frías, Federico González Garza, Manuel Mestre Ghigliazza, Félix F. Palavicini, José María Pino Suárez, José Vasconcelos y Francisco Vázquez Gómez. Véase Madero, 1985, I, passim. Sobre la fundación del grupo, Estrada, 1985, 172-175.

<sup>10</sup> Los Vázquez Gómez nacieron en Tula, Tamaulipas, en una familia campesina de escasos recursos, aunque su disciplina y capacidad, más la suerte de contar con becas y apoyos, les permitió llegar a ser un abogado de prestigio y un médico famoso.



formación de un partido político independiente, y que entonces me vería y hablaríamos.  
Recibí aquel libro, y como en febrero de 1909, se presentó en mi despacho el señor Madero y hablamos sobre la formación del partido político que se deseaba. Desde luego, hubo acuerdo en que ese partido sería sostenedor del principio de No Reelección [...]

Luego de varias conversaciones, Madero le llevó “un manifiesto a la nación, ya impreso, largo, apasionado, con palabras muy duras para la administración, sobre todo para el general Díaz.” Vázquez le dijo que el manifiesto no serviría para formar un partido político, sino para llevar a sus firmantes a la cárcel. Madero reflexionó, y algunos días después “me trajo –dice Vázquez- unas bases breves, sin expresiones pasionales, claras y sencillas: calificó esas bases como buenas y adecuadas”,<sup>11</sup> y fueron las mismas que se discutieron en la reunión del 22 de mayo, en la que se instaló formalmente el Centro, quedando el licenciado Vázquez como su presidente, por insistencia de Madero.<sup>12</sup>

El 15 de junio se anunció al público la existencia del Centro Antirreeleccionista mediante una encendida proclama que acusaba a la dictadura de ser causante de un sinnúmero de males, invitando al pueblo a impedir la consolidación definitiva del absolutismo luchando por los principios “Sufragio Efectivo, No Reelección”. Para lograrlo, se conminaba a los ciudadanos a formar clubes antirreeleccionistas en todo el país. El manifiesto terminaba señalando: “MEXICANOS: ya conocéis nuestra bandera”.<sup>13</sup>

Apenas publicado este manifiesto y obedeciendo un plan previamente trazado, Madero inició una serie de giras por buena parte del país, fomentando la fundación de clubes antirreeleccionistas en muchas poblaciones. Nunca en el país se habían hecho giras en semejante escala: Madero y Roque Estrada hablaron ante miles de personas, expresando

---

<sup>11</sup> Vázquez Gómez, 1933, 20-21. En una carta enviada a Victoriano Agüeros, director de *El Tiempo*, Madero le cuenta haber recibido los 300 ejemplares del periódico del día en que salió “la interesante carta del Sr. Lic. Emilio Vázquez”. Difundiendo sus ideas en las cartas que empezó a enviar a diestra y siniestra, Madero empezó a adjuntar un ejemplar de ese periódico, como aparece en cartas a Francisco de P. Sentés, del 19 de diciembre. La carta a que refiere Emilio Vázquez, está fechada en San Pedro de las Colonias el 20 de diciembre de 1908. Madero, 1985, 139-240 y 265-267.

<sup>12</sup> Portilla, 1995, 45-47. El Acta de Fundación del Centro Antirreeleccionista, en Vázquez Gómez, 1933, 21-23.

<sup>13</sup> Véase el manifiesto en Fabela, 1964, V:38-43.

su oposición a la reelección del presidente, del vicepresidente y de todos los cargos de elección popular, al tiempo que convocaban a una lucha cívico-electoral.<sup>14</sup>

Fue así como Madero se convirtió en un dirigente de talla nacional: su actividad incesante fue el eje articulador de la organización antirreeleccionista. Pudo dedicarse de tiempo completo a la política gracias a su origen social y al respaldo de parte de su familia.<sup>15</sup> El resultado fue que a mediados de 1910 había más de cien clubes en 65 ciudades de 22 estados y otros veinte en el Distrito Federal. La misión encomendada a estos clubes era difundir las ideas del partido y prepararse para la selección de candidatos, tareas que cumplieron cabalmente. Las actividades preelectorales dieron pie a una organización nacional independiente, principalmente urbana, decidida a enfrentarse al poder.<sup>16</sup>

Aunque hay muy pocos datos para reconstruir la organización de cada club y la manera en que fue tejiéndose la red nacional antirreeleccionista, hemos de revisar cómo prendió en las tierras que presentamos en la primera parte.

En diciembre de 1909, durante su segunda gira, Madero visitó su estado natal y fundó los clubes de Torreón y San Pedro de las Colonias. El club de Torreón, dirigido por José María Rodríguez, Manuel N. Oviedo y Mariano López Ortiz, llegó a movilizar a más de 2000 personas.<sup>17</sup> Pero más que de la visita de Madero, el club de Torreón se desprendió del de Gómez Palacio, donde los antirreeleccionistas empezaron a reunirse desde principios de 1909, usando como pantalla una junta patriótica organizada tiempo atrás por Dionisio Reyes.<sup>18</sup>

<sup>14</sup> En las seis giras realizadas entre junio de 1909 y junio de 1910 sólo quedaron por visitar los estados o territorios de Baja California, Guerrero y Tabasco, que no tenían comunicación ferroviaria, y los de Michoacán, Tamaulipas, México, Morelos, Chiapas y Tepic. Siempre lo acompañaron su esposa, doña Sara Pérez de Madero, y Roque Estrada, salvo en la primera gira, en que lo acompañó Félix F. Palavicini. Portilla, 1995, 53-55.

<sup>15</sup> Varios familiares de Madero, sobre todo sus hermanos Gustavo, Raúl y Emilio, y su primo Rafael L. Hernández Madero, fueron partidarios suyos desde el principio. Además, lo apoyaron, no sabemos muy bien por qué razones, algunos miembros de la generación anterior, entre los que destacaron su padre, Francisco Madero Hernández, y sus tíos Alberto y Ernesto Madero Farías.

<sup>16</sup> Portilla, 1995, 55-57.

<sup>17</sup> ACSDN, Exp. Núm. C.209.XI/III/3-1959, f. 252. Valadés, 1960, 259-260.

<sup>18</sup> Eran asiduos a estas reuniones, presididas por Dionisio Reyes y Manuel N. Oviedo, personas conocidas de ambas ciudades, como Jesús Agustín Castro, Francisco Amparán, Jesús Flores, Amado Muro, Isidoro García y su hijo Gregorio, Orestes Pereyra, Juan Pablo Estrada, Vicente Gutiérrez, Antonio Correa, Feliciano González, Ezequiel Guillén, Braulio Ríos, Lázaro Chacón, Hermenegildo del Toro, José Varela, José Maciel y otros, además de gente de fuera, como Sixto

Gabriel Calzada y Manuel Vargas Ayala presidieron el club de San Pedro de las Colonias, fundado por Madero. Del club central de San Pedro dependían cinco o seis fundados en distintos barrios y pueblos del municipio. José María de la Fuente fundó el Club Antirreleccionista de Parras de la Fuente. En Matamoros, Sixto Ugalde Guillén y Melesio García de León formaron un club muy activo. En Hacienda de San Lorenzo (Estación Santa Elena), se fundó el Club Antirreleccionista Jesús González Ortega.<sup>19</sup>

El 20 de marzo de 1910, durante su quinta gira, Madero visitó la ciudad de Durango, donde fue recibido con entusiasmo por numerosos partidarios y dejó encarrilada la organización, en la que destacaban Pastor Rouaix, un ingeniero agrónomo nacido en Tehuacán, Puebla, pero con años de residencia en Durango, donde era reconocido por sus estudios técnicos y ocupaba un cargo menor en el ayuntamiento; el periodista Ignacio Borrego y el artesano Silvestre Dorador. Pero en el estado de Durango, fuera de la capital y de Gómez Palacio, apenas si se tuvo noticias de propaganda maderista en poblaciones que habrían de participar muy activamente en la rebelión, como Cuencamé, Mapimi, Santiago Papasquiaro, Guanaceví, Villa Ocampo, Indé y El Oro; aunque si la hubo en poblaciones de la Sierra como San Dimas y Topía, a las que el maderismo llegó desde Sinaloa.<sup>20</sup>

Las cosas fueron más rápido en el estado de Chihuahua, que sería el foco más importante de la rebelión a que Madero convocaría luego de las elecciones. Antes incluso de que en junio de 1909 el Centro Antirreleccionista de México llamara a la construcción de clubes en toda la República, los dirigentes mutualistas agrupados en torno a Silvestre Terrazas ya estaban haciendo franca labor de organización: desde fines de 1908, cuando Rodolfo Ugalde y Silvino Rodríguez llamaron a formar el Club Político de Obreros Chihuahuenses, decían que no estaban contra el gobierno federal, "pero es que la vida del general Díaz no es perenne" y tendría que dejar su puesto más temprano que tarde.<sup>21</sup> En mayo de 1909, El Correo repudiaba la socorrida costumbre de las candidaturas únicas, y presentaba listas de personas "honorables y reconocidas" que en cada uno de los distritos

---

Ugalde y Melesio García de León, de Matamoros; Martín Triana, de los ranchos del Nazas más arriba de Lerdo; y Enrique Adame Macías, de San Pedro de las Colonias. Machuca Macías, 11. ACSDN, XI/III/4-2045, 3.

<sup>19</sup> Portilla, 1995, 56 y 451.

<sup>20</sup> Cruz, 1980, 25. Parra Durán, 1930, II-IV. Altamirano, 1997, II: 13-20.

<sup>21</sup> El Correo, 23 de diciembre de 1908.

del estado podía ser candidato a puestos de elección popular para los comicios locales de ese otoño.<sup>22</sup>

De ese modo, el llamado del Centro Antirreeleccionista encontró en Chihuahua la mesa puesta: el 18 de julio de 1909 se declaró formalmente constituido el Centro Antirreeleccionista Benito Juárez, con el licenciado Aureliano S. González como presidente, el profesor Braulio Hernández como secretario y don Abraham González Casavantes como tesorero. Los más exitosos propagandistas del antirreeleccionismo fueron, además de aquellos, Antonio Ruiz, Francisco Vázquez Valdés y el periodista Rafael Martínez "Rip-Rip". Algunos destacados dirigentes mutualistas, como Cástulo Herrera, José Perfecto Lomelí y Guadalupe Gardea, se incorporaron rápidamente a los trabajos de proselitismo, pero fue mucho más importante que la cabeza visible del catolicismo social en el estado y director del periódico más influyente de la entidad, Silvestre Terrazas, se pasara a las filas maderistas. En un principio, Braulio Hernández y "Rip-Rip" publicaron El Grito del Pueblo, órgano oficial del Centro, pero pronto este dejó su sitio a El Correo, pues el prestigioso matutino adoptó francamente las posiciones antirreeleccionistas sin que ni el periódico ni su director se inscribieran oficialmente en sus filas. Así, desde agosto de 1909, el maderismo tuvo en Chihuahua un órgano de enorme prestigio y difusión.<sup>23</sup>

En las elecciones municipales de 1909 El Correo hizo suyas diversas planillas "independientes" (antirreeleccionistas, en realidad) para los cargos de elección popular de varios ayuntamientos del estado. Por supuesto, ninguno de ellos ganó las elecciones, pero todos estuvieron involucrados en la campaña electoral de Madero el año siguiente y varios en el levantamiento armado.<sup>24</sup>

Bajo el impulso del Club Benito Juárez y El Correo, antes de que terminara 1909 surgieron el Club Antirreeleccionista Ignacio Allende, formado en Chihuahua por miembros de las sociedades mutualistas; el Club Antirreeleccionista de Ciudad Juárez, encabezado por C. Argüelles y Juan N. Medina Mora; el Club Antirreeleccionista de

<sup>22</sup> El Correo, 30 de mayo de 1909.

<sup>23</sup> Sandels, 1967, *passim*. Almada, 1964, I:153-156.

<sup>24</sup> En la ciudad de Chihuahua la planilla independiente estaba encabezada por Alberto Madero Fariás y José Perfecto Lomelí; en Nonoava por Abel Chávez; en Valle de Zaragoza por Basilio Morales; en Pueblo 25 de Marzo (Cuchillo Parado) por Cruz Padilla y Eпитacio Villanueva aparecía en la lista; en Ranchos de Santiago encabezaba la lista Constancio Chávez; en San Andrés era Julio

Ciudad Guerrero, formado por parientes y amigos de Abraham González; el Club Antirreeleccionista de Hidalgo del Parral, dirigido por José Mena Castillo y los hermanos Juan Bautista y Guillermo Baca; el Club Antirreeleccionista de San Isidro de las Cuevas; el Club Antirreeleccionista Sebastián Lerdo de Tejada, de Moris, dirigido por Francisco Valderráin y los hermanos José María y Baudelio Caraveo Estrada; el Club Antirreeleccionista de Nonoava, encabezado por Delfino Ochoa, Santiago Corral y Abel B. Chávez;<sup>25</sup> y otros clubes, de los que Madero no tomó nota, pero muy activos, en Cuchillo Parado, San Andrés, Santa Isabel y Santa Bárbara. Los jefes de estos clubes fueron, respectivamente, Toribio Ortega, Santos Estrada, Feliciano Domínguez y Miguel Baca Ronquillo, que serían, todos, oficiales villistas.

La intensa actividad de los antirreeleccionistas chihuahuenses convenció a Madero de incluir las tres principales ciudades de ese estado en su tercera gira,<sup>26</sup> y efectivamente, el líder entró a territorio nacional por Ciudad Juárez (tras haberlo dejado en Agua Prieta, Sonora, luego de recorrer aquel estado de sur a norte), donde lo recibió don Abraham González el 14 de enero de 1910,<sup>27</sup> para dirigirse luego a un centenar de personas que lo esperaban fuera de la estación.

En la madrugada del 16 de enero Madero, acompañado de su esposa, Sara Pérez, Roque Estrada y Abraham González, llegó a la ciudad de Chihuahua y descansó unas horas en la Finca Zuloaga, hospitalariamente atendido por su tío Alberto. Los clubes Benito Juárez, Ignacio Allende y algunas sociedades mutualistas habían convocado a cuatro actos públicos, pero uno o dos días antes el jefe político amenazó con encarcelar a los directivos del club "juntamente con el Sr. Madero", si se efectuaban mítines en la vía pública. En vista de eso y del impresionante despliegue militar exhibido para amedrentar a los maderistas, se celebró un solo acto, en el Teatro Coronado, que se llenó por completo, permaneciendo un numeroso público en la calle. Braulio Hernández presentó a Madero, quien expuso su

---

Corral el primero de la lista; en Hidalgo del Parral aparecía Juan B. Baca en la planilla encabezada por Antonio Sarabia; y en Valle de Allende era Guadalupe Galván el candidato.

<sup>25</sup> El Correo, 29 de julio y 27 de noviembre de 1909. Madero, 1985, II:65. Caraveo, 1996, 20-21. Portilla, 1995, 450.

<sup>26</sup> Carta de Madero a Abraham González, 6 de octubre de 1909. Madero, 1985, I:439-440.

<sup>27</sup> "Una madrugada glacial" dice Héctor Aguilar Camín de la entrada de Madero a Sonora, por Navajoa, antes de empezar a contar la importancia de la gira del líder en el fortalecimiento del

pensamiento "en una alocución breve, pero comprensible y viril", según informó El Correo. Siguieron en el uso de la palabra Luis G. Rojas, Roque Estrada y José Perfecto Lomelí. A la salida del Teatro una entusiasta multitud escoltó a Madero hasta la estación, de donde partió rumbo a Parral.

Hacia el medio día del 17 de enero Madero arribó a Parral. Desde Ciudad Camargo lo escoltaron los dirigentes antirreeleccionistas de la vieja ciudad minera, Juan B. Baca, Guillermo Baca, Jesús G. Rocha, Esteban García y cinco o seis más. Desde el balcón del Hotel Hidalgo, Rocha presentó a Madero, quien arengó a unas 4,000 personas reunidas en la plaza. A los discursos siguió una verbena popular que terminó a altas horas de la noche. Al día siguiente, Madero, su esposa y Estrada, partieron rumbo a San Pedro de las Colonias. Unos días después, Madero contó que los telegramas con la orden del gobernador de prohibir cualquier acto público "llegaron a Parral después de tiempo".<sup>28</sup> Desde San Pedro, en carta al licenciado Vázquez Gómez, Madero contó los eventos más significativos de su paso por Chihuahua:

La impresión general que me produjo mi paso por el estado de Chihuahua, es que todo el pueblo, y aún las clases acomodadas, simpatizan de tal manera con nuestro movimiento, que cuando no se les ponen trabas a sus manifestaciones, como en Parral, su entusiasmo es desbordante y concurren en masa a nuestras reuniones.<sup>29</sup>

Efectivamente, la visita de Madero acrecentó el entusiasmo de los antirreeleccionistas de Chihuahua, y los días 6 y 13 de febrero de 1910 los clubes Benito Juárez e Ignacio Allende proclamaron la candidatura presidencial de Francisco Indalecio Madero González, adelantándose a la convención nacional que el antirreeleccionismo celebró del 15 al 17 de abril, con la presencia de 120 delegados de todo el país. De la Convención surgieron las candidaturas de Francisco I. Madero a la presidencia y Francisco Vázquez Gómez a la vicepresidencia, la elección de la mesa directiva del Partido Nacional Antirreeleccionista encabezada por Emilio Vázquez Gómez y la aprobación de la

---

incipiente antirreeleccionismo sonorenses. No menos fría debió ser la de su entrada a Chihuahua. Aguilar, 1985, 19.

<sup>28</sup> Los actos de Madero en Chihuahua y Parral en El Correo, 18 y 20 de enero de 1910; Estrada, 1965, 167-168; y Madero, 1985, II:51-52.

<sup>29</sup> Carta fechada el 8 de febrero, en Madero, 1985, II:52.

plataforma electoral. Abraham González Casavantes, jefe de la delegación chihuahuense, presidió los debates durante el tercer día de la Convención.<sup>30</sup>

La fuerza mostrada por el antirreeleccionismo en su convención nacional, así como un multitudinario mitin en la ciudad de México, el 1º de mayo de 1910, hicieron que el régimen dejara de ignorar condescendentemente al "chaparrito Madero" para empezar a reprimir sistemáticamente el movimiento democrático. En varios lugares del país los dirigentes visibles de los clubes antirreeleccionistas fueron encarcelado y el propio Madero fue aprehendido en Monterrey durante su última gira y conducido a la penitenciaría de San Luis Potosí, a la que llegó el 21 de junio. Cinco días después se celebró la primera ronda electoral en medio, según versiones de los antirreeleccionistas, de "omisiones, comisiones y abusos de toda especie". La segunda vuelta, el 10 de julio, fue de mero trámite, pues ya los porfiristas se habían asegurado los votos de casi todos los electores. Para los maderistas se había tratado de un fraude electoral con todos los agravantes, donde si bien en general no se usó la fuerza, si se pusieron todos los recursos del gobierno al servicio de la reelección.<sup>31</sup>

Lo que el gobierno no previó fue el tamaño de la reacción, instigada otra vez por Madero, quien escapó de San Luis Potosí en compañía de Roque Estrada y del otro lado de la frontera, en San Antonio, Texas, se reunió con Federico González Garza, Juan Sánchez Azcona, Salvador Alvarado, Aquiles y Carmen Serdán, José Perfecto Lomeli, Braulio Hernández y otros partidarios suyos, a los que consultó durante la redacción de un plan insurreccional, fechado en San Luis Potosí el 5 de octubre.<sup>32</sup>

El Plan de San Luis es uno de los documentos de mayores efectos prácticos en nuestra historia. En él se declaraba burlada la soberanía nacional, cuya representación asumía Madero, se desconocían todos los poderes electos en julio y se llamaba a la rebelión contra el gobierno a partir del 20 de noviembre. En el artículo 3º se agregaba un párrafo de imprevisibles consecuencias:

Abusando de la ley de terrenos baldíos, numerosos pequeños propietarios, en su mayoría indígenas, han sido despojados de sus terrenos por acuerdo de la Secretaría de Fomento o por fallos de los tribunales de la República. Siendo de toda justicia restituir a sus antiguos poseedores los terrenos de que se les despojó de un modo tan

---

<sup>30</sup> Portilla, 1995, 57-59.

<sup>31</sup> Portilla, 1995, 59-63. Almada, 1964, I:156-159.

<sup>32</sup> Portilla, 1995, 79-81.

arbitrario, se declaran sujetas a revisión tales disposiciones y fallos y se les exigirá a los que los adquirieron de un modo tan inmoral, o a sus herederos, que los restituyan a sus primitivos propietarios, a quienes pagarán también una indemnización por los perjuicios sufridos.<sup>33</sup>

El Plan terminaba con una nota que instruía a los conjurados a no difundirlo fuera de los círculos más seguros, sino hasta después del 15 de noviembre, pero la verdad fue que circuló con mayor profusión de la prevista y las redes antirreleccionistas fueron transformándose parcialmente en redes de la conspiración, aunque hubo un necesario recambio de líderes, pues no todos los que habían figurado en primera fila en la lucha política estaban dispuestos a encabezar una rebelión (caso señalado el de los hermanos Vázquez Gómez), y muchos que habían visto escépticamente aquella se comprometieron rápidamente con la lucha armada (como Calixto Contreras y Pascual Orozco).

El círculo de políticos cercano a Madero se convirtió en una especie de Cuartel General en el exilio que extendió nombramientos de jefes de la rebelión en las distintas entidades o regiones a personajes que, a su vez, nombraron jefes regionales o subalternos. Así fue como Abraham González fue designado jefe de la rebelión en Chihuahua y, por su parte, extendió nombramientos de jefes a Guillermo Baca en Parral, a Albino Frías en San Isidro, a José Perfecto Lomelí en Ojinaga, a José de la Luz Blanco en Temósachic, a Pancho Villa en San Andrés, a Cástulo Herrera en Chihuahua y a Toribio Ortega en Cuchillo Parado. En La Laguna recibió el nombramiento de jefe de la rebelión, de las manos de Raúl Madero, don Mariano López Ortiz, quien a su vez delegó responsabilidades en Sixto Ugalde en Matamoros y a Calixto Contreras en Cuernavaca.<sup>34</sup>

Los grupos que se preparaban para la rebelión empezaron a reunir armamento: Pancho Villa pidió a Abraham González Casavantes, en su primera entrevista, que le mandara elementos de guerra con Santiago González Casavantes, y éste pudo remitirle unos 30 fusiles que Villa enterró en la Sierra Azul.<sup>35</sup> En Gómez Palacio los conspiradores también hicieron varios entierros de armas, enviadas desde Texas, en las cercanías de las

<sup>33</sup> Altamirano y Villa, 1985, III:24.

<sup>34</sup> Portilla, 1995, 82. Beezley, 1968, 62-66.

<sup>35</sup> Corral, 1948, 35-37.



ruinas de Santa Rosa.<sup>36</sup> Pero en muchas regiones de Chihuahua esto era innecesario: los hombres que habrían de hacer la revolución ya estaban armados.<sup>37</sup>

Así las cosas, en vísperas del 20 de noviembre, el horno estaba para bollos.

## 2. La guerra.

Francisco I. Madero creía que su llamado a las armas tendría una respuesta masiva y espectacular. Pensaba que más que una guerra civil, una especie de huelga armada haría caer en pocos días a la dictadura, pero estos planes fallaron por completo: el 20 de noviembre apenas una ciudad de mediana importancia, Gómez Palacio, Durango, cayó en manos de los maderistas, que fueron inmediatamente desalojados y dispersados, y sólo remotas poblaciones en diversos estados del país fueron controladas por grupos de hombres que se pronunciaron contra el gobierno. Fue en el estado de Chihuahua donde se produjeron los más significativos de estos pronunciamientos y donde, en menos de una semana, los rebeldes obtuvieron resonantes victorias en escaramuzas todavía poco importantes, pero que empezaban a preocupar al gobierno por el incremento notable de las partidas rebeldes. Antes de que terminara el mes, fuertes contingentes de soldados federales empezaron a llegar al estado grande. El ruido que los chihuahuenses hicieron y la entrada de Madero al país para ponerse al frente de la revuelta fueron poderosas inyecciones al ánimo de los maderistas de todo el país, lo que alentó la multiplicación de las partidas rebeldes a partir de febrero de 1911, hasta llegar a un punto, en mayo, en que los sueños maderistas del levantamiento masivo de la ciudadanía parecían ser una realidad.

Fue pues el éxito o la persistencia de los guerrilleros norteños, oriundos de los territorios que presentamos en la primera parte, lo que permitió el levantamiento nacional que entre febrero y mayo de 1911 rebasó la capacidad de respuesta de las fuerzas del gobierno y precipitó su caída. Aunque la victoria de la revuelta sólo puede atribuirse a la multiplicación nacional de las partidas guerrilleras, fue un grupo en particular el que mayor ruido hizo, el que obligó al gobierno a concentrar sus fuerzas en el norte desguarneciendo

---

<sup>36</sup> Machuca Macías, 1985, 24.

otros territorios y alentando así el surgimiento de nuevos rebeldes. Este grupo combatió principalmente en los distritos Guerrero y Galeana de Chihuahua y tuvo por jefe a Pascual Orozco Vázquez, el joven arriero que ya presentamos y que nadie previó nunca como el mayor caudillo de la revuelta.

Pero además de este grupo, en otras partes de Chihuahua y en La Laguna (y la vecina región de Cuencamé) otros grupos rebeldes, secundarios si se quiere, pero sumamente molestos, estuvieron muy activos desde los primeros días, impidiéndole al gobierno concentrar todas sus fuerzas contra Orozco. Antes de hablar del grupo de Orozco revisaremos cómo se conformaron esos grupos secundarios y sus jefes, sobre los que vale la pena señalar, desde buen principio, que no fueron los que Madero y la dirección nacional del antirreeleccionismo habían previsto, sino caudillos que emergieron durante la lucha, aunque no de la nada.

La toma de Gómez Palacio por los maderistas, en la madrugada del 20 de noviembre, aunque de pocas consecuencias prácticas inmediatas, fue una sonora campanada, una muestra de que la Revolución convocada por Madero no era una quimera. Como explicamos antes, los maderistas de Gómez Palacio y Matamoros, reunidos en un desolado paraje en la noche del 19 al 20 de noviembre, decidieron atacar Gómez y no Torreón ante la ausencia de los conspiradores de esta última ciudad. A alguna hora de la madrugada entraron en la industriosa ciudad del margen izquierdo del Nazas y se adueñaron de los edificios públicos tras vencer la resistencia del puñado de gendarmes que no estaban durmiendo en sus casas. Pero el jefe político de Lerdo y el comandante de la guarnición de Torreón reaccionaron con prontitud y enviaron tropas a Gómez Palacio, que obligaron a los rebeldes a huir rumbo a la agreste serranía de San Jacinto. Los días 22 y 23 hubo algunos combates en diversos puntos cercanos a Torreón y a partir del 24 la calma pareció regresar a la Comarca. El mismo 20 de noviembre, Benjamín Argumedo se pronunció contra el gobierno en El Gatuño, y Enrique Adame Macías en las cercanías de San Pedro de las Colonias.

Tras el fracaso de la toma de Gómez, los rebeldes se dividieron en pequeños grupos de diez o veinte hombres y durante las semanas siguientes sus acciones no fueron muy

---

<sup>37</sup> PHO/1/42, 9-20, en que Roberto Fierro Villalobos cuenta las razones por las que todos los hombres de esos pueblos estaban armados, y que ya hemos expuesto.

distintas de las del bandolerismo tradicional. En la vecina región de Cuencamé, apenas el 3 de diciembre los seguidores de Calixto Contreras entraron en acción, ocupando predios de la hacienda de Sombrerillos de Campa, tras lo que se remontaron a las serranías.

Además del fracaso de los planes originales, otro factor contribuyó a que los tres primeros meses de la rebelión tuvieran ese cariz en la Comarca: luego de dos años malos, la cosecha de algodón fue extraordinaria en 1910, además de que subió el precio mundial de la fibra, de modo que la pizeca se prolongó hasta enero de 1911. Pero terminada la pizeca, muchos jornaleros eventuales, en lugar de irse como hacían siempre, decidieron quedarse y reforzaron las bandas armadas que pululaban en las serranías, lo que aunado al crecimiento de la rebelión en Chihuahua, permitió a los rebeldes laguneros pasar a la ofensiva.<sup>38</sup>

En el oriente de Chihuahua, los maderistas de Cuchillo Parado se pronunciaron el 14 de noviembre para evitar ser aprehendidos por los rurales que ya venían por ellos. En la sierra del Pegüis esperaron hasta la noche del 19, cuando se movieron hacia los barrancos de Guadalupe, donde los esperaban Abraham González, José Perfecto Lomelí, José de la Luz Soto y otra media docena de conspiradores; además de medio centenar de hombres de Ojinaga y sus alrededores convocados por José de la Cruz Sánchez. Con Lomelí como jefe y Sánchez como segundo, los rebeldes, probablemente un centenar, amenazaron Ojinaga y luego se disgregaron en varias partidas: Lomelí y Ortega se fortificaron en Cuchillo Parado, Soto y Manuel Benavides se retiraron a San Carlos y San Antonio a reclutar voluntarios y Sánchez levantó gente en la zona de Marajoma y Polvorillas, hasta obligar al gobierno a enviar 250 soldados de caballería a perseguir a los rebeldes. Entre el 11 y el 21 de diciembre las fuerzas de Lomelí y Ortega combatieron contra esas fuerzas en varios puntos de la región, infligiéndole importantes pérdidas hasta obligarlos a refugiarse en Ojinaga. A fines de diciembre, el gobierno sólo conservaba en la región la plaza de Ojinaga, amagada por Sánchez, y la de Coyame, defendida por sus vecinos, leales partidarios del gobierno. Durante los combates de diciembre fue Ortega quien llevó el peso del mando efectivo.

Fue entonces que don Abraham y Lomelí, convencidos del carácter marginal de la región, regresaron a Texas a buscar a Madero. Inmediatamente, Ortega dio de baja

<sup>38</sup> Parra Durán, 1930, 1-19. Santos Valdés, 1973, *passim*. Sánchez Lamego, 1976, I:134-136. Meyers en Katz, 1990, II:126-130. Portilla, 1995, 471. La relativa inactividad que siguió a las acciones del 20 al 23 de noviembre, en las hojas de servicios de los generales Severino Ceniceros

deshonrosamente a José de la Luz Soto, quien también se fue a El Paso. Así quedó Ortega como jefe indiscutible de la rebelión en su rinconcito del país, con Porfirio Ornelas como segundo y los comandantes regionales pueblerinos: Epitacio Villanueva al frente de los de Cuchillo Parado, La Mula y El Mulato; José de la Cruz Sánchez mandando a los de Ojinaga, Maraijoma y Polvorillas; y Manuel Benavides como jefe de los de San Carlos, San Antonio y Santa Elena. Con ellos empezó a preparar la ofensiva final sobre Coyame y Ojinaga, pero no pudo ejecutarla porque se enteró que venía en camino desde Chihuahua el general Gonzalo Luque al frente de 1000 hombres. Ortega abandonó el asedio de Ojinaga se dispuso a esperar a Luque en el desierto.<sup>39</sup>

En Hidalgo del Parral unos treinta o cuarenta hombres mal armados, dirigidos por Guillermo Baca, Pedro T. Gómez, Juan B. Rosales y Maclovio Herrera, se reunieron en el Cerro de la Cruz (casi en el centro de la ciudad) en la noche del 19 al 20 de noviembre. Al amanecer intentaron adueñarse por sorpresa de la ciudad, pero tras algunos éxitos iniciales fueron incapaces de vencer la resistencia de los partidarios del gobierno, y al medio día del 21, al enterarse de que estaba por llegar una columna federal enviada desde Chihuahua, los rebeldes se retiraron rumbo a Santa Bárbara.<sup>40</sup> Luego de merodear por las cercanías de Parral el grupo rebelde se estableció en Balleza entre el 6 y el 16 de diciembre, haciendo subir sus fuerzas hasta unos 130 hombres. De ahí fueron desalojados y perseguidos por dos columnas de dragones federales y huyeron hacia la región de Batopilas, que encontraron controlada por los federales. Regresaron a Parral y bajaron a Guanaceví, siempre seguidos de cerca por sus enemigos, que los alcanzaron seis o siete veces en diversos puntos entre el 13 de diciembre y el 31 de enero, matándoles gente y obligándolos a correr más rápido. En la última fecha murió Gómez y fue herido Baca. Herrera, con media docena de leales, se escondió en unas cuevas cerca de la mesa de las Sandías, entre Parral y Guanaceví.<sup>41</sup>

---

(ACSDN, XI/III2-156), Leovigildo Avila (XI/III3-119), Pedro Fabela (XI/III2-250), Orestes Pereyra (XI/III/1306) y José Carrillo (XI/III2-140).

<sup>39</sup> La mejor historia de la revolución en el oriente de Chihuahua es Ontiveros, 1914, 7-18. Véanse también Almada, 1964, 1:170; Sánchez Lamego, 1976, 1:73-74; y Portilla, 1995, 465 y 473-476. Por cierto: ¡qué bien le hubieran caído al general Juan J. Navarro esos 1000 soldados, en su campaña contra Pascual Orozco, del otro lado del estado!

<sup>40</sup> En la retirada, una quincena de rebeldes fueron alcanzados y aprehendidos por los federales, entre ellos, el jefe Juan B. Rosales, quien estuvo en la penitenciaría del estado hasta mayo de 1911.

<sup>41</sup> Al moverse a Parral, Maclovio Herrera dejó a Baca escondido en una cueva, donde este jefe falleció: al parecer, Luis Herrera, obrero del riel y hermano de Maclovio, estaba encargado de su

El gobierno dio por terminada la campaña en la zona de Parral y envió contra Orozco a las tropas que la hacían, lo que aprovechó Maclovio Herrera para reactivar la lucha. Las muertes de Baca y Gómez y la prisión de Rosales dejaron a Herrera como jefe de los últimos rebeldes de la región de Parral. Pero Maclovio, a diferencia de los jefes malogrados, artesanos e intelectuales urbanos, era un hombre joven, de a caballo, con extensas redes de parentesco y amistad en los valles que bajan de Parral hacia los ríos Conchos y Florido, y al que las repetidas derrotas de diciembre y enero habían enseñado los rudimentos del arte militar, de modo que dedicó el mes de febrero a reclutar a las callandas un nuevo grupo guerrillero para reiniciar la campaña en marzo.<sup>42</sup>

El más importante de los grupos secundarios de que hablamos fue el que quedó a las órdenes de Pancho Villa, a quien habíamos dejado en la punta de la Sierra Azul al frente de sus 375 compañeros, con los que bajó a la cañada de Mena para reunirse el 20 de noviembre con los 20 o 30 hombres que habían llegado de Chihuahua con Cástulo Herrera, quien, de acuerdo con las instrucciones de don Abraham González, recibió el mando, quedando Villa como segundo. Al amanecer del 21 de noviembre los rebeldes ocuparon pacíficamente San Andrés, y en la tarde de ese día, al frente de cien hombres, Villa atacó un tren militar que llevaba tropas federales a Ciudad Guerrero. El día 24 los alzados tomaron Santa Isabel y el 27 recibieron su auténtico bautizo de fuego, cuando en un punto llamado Las Escobas, entre Santa Isabel y Chihuahua, cincuenta valientes encabezados por Villa se enfrentaron imprudentemente con una columna federal de 800 hombres que había salido de Chihuahua rumbo a Ciudad Guerrero. El combate costó la vida a Eleuterio Soto, Santos Estrada, Leónides Corral y otros noveles jefes: Pancho Villa pagó muy cara su novatada, pero acababa de dirigir su primer combate en campo abierto y su prestigio crecía a ojos vistas, mientras disminuía el de Cástulo Herrera, quien se había mantenido a prudente distancia con el grueso de la gente.

Tras el combate en Las Escobas los rebeldes se remontaron a la Sierra Azul y regresaron a San Andrés, donde el 5 de diciembre Villa recibió un telegrama en que Pascual Orozco Vázquez le comunicaba que acababa de tomar Ciudad Guerrero y lo invitaba a pasar a esa plaza a abastecerse de material de guerra. En Ciudad Guerrero, el 10 de

---

cuidado, pero cuando Luis fue aprehendido por la Acordada, el jefe Baca murió de hambre, abandonado en su cueva.

diciembre, se tomaron dos decisiones fundamentales: Pascual Orozco fue ratificado como jefe efectivo de la Revolución por los caudillos pueblerinos ahí reunidos, Villa incluido, y Cástulo Herrera fue enviado a Texas a buscar a Pancho Madero, con lo que Villa quedó al frente de unos 400 soldados.

Las fuerzas de Pancho Villa tomaron parte activa en las batallas de Cerro Prieto y El Choqueque, mandadas por Pascual Orozco, y con la aprobación de Orozco se separaron de la principal columna revolucionaria y regresaron a San Andrés el 14 de diciembre. Al día siguiente fueron sorprendidos por un destacamento federal y Pancho Villa aprendió que siempre había que apostar guardias. Los rebeldes regresaron a la Sierra Azul, donde Villa dividió a sus fuerzas en varios destacamentos, dejando a Chano Domínguez y Javier Hernández en esa zona; enviando a Trinidad Rodríguez a la de Huejotitán; a Fidel Ávila a la de Satevó; yéndose él con Tomás Urbina a la región de Parral. Toda esta gente acrecentó el espíritu revolucionario en una amplia región del centro-sur de Chihuahua, sustrayendo numerosos pueblos del control del gobierno.

Villa y Urbina ocuparon Valle de Zaragoza y Santa Cruz del Padre Herrera, desde donde salió Villa a explorar personalmente las defensas de Parral. El 12 de enero, acompañado por seis hombres, Villa estuvo en Parral, y al día siguiente fue sorprendido por los federales en un rancho cercano. Dos o tres de sus hombres murieron y los restantes escaparon. A Villa se le creyó muerto y Urbina y los demás oficiales dieron por concluida la campaña y dispersaron a las tropas. Villa encontró en Satevó a Fidel Ávila con su gente, y desde ahí escribió a sus capitanes:

En Satevó -habría contado Villa años después- establecí mi cuartel general. Dispuse desde luego mandar correos con comunicaciones: uno para la Ciénega de Ortiz, donde se encontraba el capitán Javier Hernández; otro a Santa Isabel, donde se encontraba el capitán Feliciano Domínguez; otro a San Andrés, donde se encontraban los capitanes Encarnación Márquez, Lucio Escárcega, José Chavarría y otros.<sup>43</sup>

Dos semanas tardó Pancho Villa en volver a reunir a sus soldados, tomando nota de la nueva lección: un jefe no debe hacer tareas de exploración. A principios de febrero,

<sup>42</sup> PHO/I/116, 25-40. Almada, 1964, I:176-177. Sánchez Lamego, 1976, I:83-87. Herrera, 1981, 47.

<sup>43</sup> Guzmán, 1987, 42.

estaba al frente de unos 700 hombres, listo para pasar a la nueva fase de la lucha. No regresaron Tomás Urbina ni Trinidad Rodríguez, a quienes los mensajeros de Villa no encontraron. El segundo merodeó por la región de Huejotitán, Balleza y Santa Bárbara, en tanto que el primero se había marchado hasta la región de Las Nieves, Durango, de donde era oriundo. En el norte de Durango, desconectado de su jefe y compadre, Urbina empezó a escribir su propia historia.

Entre los 700 hombres que se reunieron en Satevó, además de los rebeldes que habían hecho la campaña anterior a las órdenes de Pancho Villa, estaba la gente de Carichic, Nonoava, Baqueteros, Cusihuiríachic y Bocoyna. En Carichic, Daniel Rodríguez y Julián Granados se habían pronunciado el 20 de noviembre, y mientras Rodríguez marchaba a incorporarse a Pascual Orozco, Granados quedó revolucionando en la zona, tomando Carichic el 2 de diciembre y ocupando pacíficamente Satevó cuatro días después. Ahí se le unieron los hombres de Fidel Avila el 22 de diciembre y Pancho Villa el 15 de enero. En Nonoava se pronunciaron treinta hombres al mando de Epifanio Durán, Fernando Guerra y Miguel Larrea, el 12 o 13 de diciembre. Otros tantos se pronunciaron en Baqueteros, a mediados de enero, encabezados por Manuel Chao, Anastasio González y Abelardo Prieto. También llegaron en enero a Satevó los hombres que, a las órdenes de Pantaleón Bustillos y Matilde Romero se pronunciaron en Cusihuiríachic el 20 de diciembre, y los que en Bocoyna lo hicieron por esos días, encabezados por Manuel T. González.<sup>44</sup>

Pancho Villa reinició sus actividades en febrero, moviéndose en un amplio semicírculo en torno a Chihuahua, desde Santa Isabel, que ocupó pacíficamente el 7 u 8 de febrero, hasta Ciudad Camargo, que atacó el día 28.<sup>45</sup> En el inter, ocupó Naica y Santa Cruz del Padre Herrera, destrozó un destacamento enemigo en La Piedra (cerca de Ciénega de

---

<sup>44</sup> AIHRM, 66:156-158. PHO/1/53, 34. Guzmán, 1988, 7, 27-40. Calzadías, 1958, 1:39-48. Almada, 1964, 1:181-187. Sánchez Lamego, 1976, 1:87-90. Portilla, 1995, 459, 462, 463, 469, 470, 473, 475, 481, 482, 484 y 486.

<sup>45</sup> Al saber que el afamado Pancho Villa y sus "comevacas" se acercaban a Ciudad Camargo, tres adolescentes salieron al camino a verlos llegar, uno de ellos, Praxedes Giner Durán, que pocas semanas después se levantaría en armas a las órdenes de Rosalío Hernández, contó que los alcanzaron tres jinetes que empezaron a preguntarles por el número de defensores de la plaza y sus posiciones, y a medio interrogatorio llegó un cuarto jinete "con sombrero de pelo de copa alta, ribeteado de plata y oro", quien les hizo más preguntas. Ya incorporado a la Revolución, Praxedes se reencontraría con dos de los tres primeros: Feliciano Domínguez y Macedonio Almada. El cuarto era Pancho Villa. PHO/1/75, 16-17.

Ortiz), regresó a Satevó y ya entrado marzo se estableció con sus fuerzas en San Andrés. La fama del guerrillero de Durango creció enormemente al ritmo de estas acciones. En San Andrés Pancho Villa recibió un mensaje del señor Madero, presidente provisional de la República, para que se le uniera en la cercana hacienda de Bustillos, donde estaba el Cuartel General de la Revolución. Hacia allá marchó Pancho Villa, y ahí volveremos a encontrarlo.<sup>46</sup>

Ahora bien, si el coronel Francisco Villa pudo establecerse en Satevó y reconcentrar ahí a su gente para atacar Ciudad Camargo y recuperar San Andrés, fue porque las fuerzas del gobierno estaban sumamente ocupadas tratando de apagar el colosal incendio social que ardía en el occidente del estado.

En esas comarcas, el 20 de noviembre se pronunciaron contra el gobierno apoderándose de esas poblaciones, los maderistas de Santo Tomás, encabezados por José de la Luz Blanco; los de Bachíniva, de Luis A. García y Heleóodoro Olea; los de Moris, encabezados por Nicolás Brown, Francisco Valderráin y José María y Baudelio Caraveo; los de Caríchic, que mandaban Daniel Rodríguez y Julián Granados; los de Batopilas, conducidos por Apolonio Rodríguez; y los de San Isidro (que no ocuparon ese pueblo, sino Miñaca), acaudillados por Albino Frías, en cuyo contingente iban su consuegro-primo y su yerno-sobrino, Pascual(es) Orozco(s), mas la gente de Miñaca, Pedernales, Pachera, Ranchos de Santiago y otros poblados cercanos. Además, se pronunciaron, sin ocupar sus pueblos, los rebeldes de Namiquipa, Cruces, Guazapares, Témoris, Matáchic, Temósachic, Urúachic, Ciudad Guerrero y otras poblaciones. Poco después Isaac Arroyo se levantó al frente de un grupo de hombres del mineral La República, distrito Rayón. Es decir, desde el primer día cayeron en manos de los rebeldes una cabecera de distrito y cinco pueblos de cierta importancia y se levantaron en armas casi tantas partidas como en el resto del país.<sup>47</sup>

Los rebeldes de la sierra ocuparon rápidamente las principales poblaciones, salvo Chínipas (relativamente bien comunicada con Alamos, Sonora, y plataforma de los intentos gobiernistas por recuperar la Sierra), y en su mayoría bajaron a incorporarse a Orozco,<sup>48</sup>

<sup>46</sup> Guzmán, 1987, 42-43. Portilla, 1995, 495-508.

<sup>47</sup> Véase la cuenta de los primeros rebeldes de Chihuahua en Calzadiaz, 1958, 1:34-39; y Almada, 1964, 1:170-180. La lista de los primeros rebeldes de Chihuahua y de todo el país, en Portilla, 1995, 237-288 y 459-470. Véase también AJRM; 66, f. 87.

<sup>48</sup> Fueron estos, entre otros, Ignacio Valenzuela con los de Témoris; Nicolás Brown, José María y Baudelio Caraveo con los de Moris y Urúachic; Manuel Loya con los de Chínipas, Francisco D.



con la excepción del grupo de Apolonio Rodríguez, quien intentó defender Batopilas de las columnas enviadas desde Chinipas, siendo derrotado en varias escaramuzas y perdiendo la ciudad el 1º de enero de 1911 (una semana después, Apolonio y 80 hombres se rindieron, caso único en la revolución chihuahuense).

Por su parte, José de la Luz Blanco reunió bajo su mando a la gente de Namiquipa y Cruces que mandaban José Rascón Tena, José María Espinosa, José de la Luz Nevárez, Andrés U. Vargas y Candelario Cervantes; y los de Temósachic y Tejolócahchic, cuyos jefes eran Fortunato Casavantes, José y Emilio Bencomo Casavantes, Agustín Estrada y Elfego Bencomo. Con esa gente ocupó los pueblos de la parte septentrional del valle del Papigóchic, remontándose hasta San Pedro Madera. A su vez, el grupo que nominalmente mandaba Frías, pero cuyo jefe real fue desde el principio Pascual Orozco Vázquez, unido a la gente de Bachíniva, a los serranos y al grupo llegado de Carichic con Daniel Rodríguez, limpió de partidarios del gobierno la región adyacente a Ciudad Guerrero y puso sitio a esa plaza desde el 21 de noviembre. (A partir de este momento, Pascual Orozco u Orozco a secas será el joven caudillo: cuando nos refiramos a su padre diremos Orzco Merino u Orozco padre).

Pocos días después Frías y Orozco se enteraron de que una columna federal<sup>49</sup> se acercaba a reforzar Ciudad Guerrero (defendida apenas por un centenar de soldados), y Orozco, dejando a Frías continuar el sitio, salió a su encuentro con cien hombres escogidos. En Pedernales Orozco emboscó y despedazó a la columna el 27 de noviembre (sólo 28 soldados, de 168, volvieron a Chihuahua), y regresando a Ciudad Guerrero con el botín recogido, realizó una serie de maniobras (sorprendentes en un guerrero improvisado) que obligaron a la guarnición a rendirse el 4 de diciembre. Más de 500 rebeldes entraron a la plaza, donde al día siguiente Frías hizo formal entrega de la "jefatura de las armas" a su yerno. El día 10, los principales jefes de guerrilla (incluidos Blanco y Villa, que habían llegado a Guerrero con sus fuerzas) ratificaron a Orozco en el mando y planearon el ataque a una columna federal que venía de Chihuahua.

---

Salido con los de Guazapares, Pedro Bustamante con los de San Juanito y Julio Acosta con los de Yoquívio.

<sup>49</sup> Eran 168 hombres mandados por el capitán Sánchez Pasos: se trataba de la misma columna a la que Pancho Villa había emboscado en San Andrés el día 21. Los soldados venían a pie desde Bustillos porque Villa había sabotado las vías.

Las fuerzas federales con las que Pancho Villa había combatido imprudentemente en Las Escobas (el mismo día del triunfo de Orozco en Pedernales), eran 1200 soldados que, a las órdenes del general Juan J. Navarro, habían salido de Chihuahua con destino a Ciudad Guerrero. Luego de derrotar a Villa, Navarro dio un largo rodeo y se fortificó en Cerro Prieto el 11 de diciembre. Los días 11 y 12 de diciembre rebeldes y federales se batieron con furia en Cerro Prieto y El Choqueque. Los federales sufrieron bajas de consideración y se retiraron a Pedernales, donde fueron sitiados. Los rebeldes, a su vez, mostraron la falta de coordinación entre los mandos (Salido, Villa y Blanco no fueron capaces de seguir las claras instrucciones de Orozco) y perdieron un centenar de hombres, bravos rancheros de San Isidro, San Andrés, Bachíniva y Carichic.<sup>50</sup>

La fama de Orozco siguió en ascenso: el 12 de diciembre, sin levantar el sitio puesto a Navarro, despedazó en el cañón de Malpaso a un batallón federal enviado de Chihuahua.<sup>51</sup> Nuevos contingentes enviados desde el centro del país fueron movilizados rumbo al distrito Guerrero: el general Gonzalo Luque, con 1,100 hombres, rescató a Navarro de su encierro en Pachera y juntos entraron a Ciudad Guerrero el 6 de enero.<sup>52</sup> Orozco no los esperó: se dedicó a reclutar gente en las cercanías y a fines de mes emprendió el camino rumbo al distrito Galeana.<sup>53</sup>

<sup>50</sup> Entre los muertos estaban los jefes Francisco Salido, de Guazapares; Daniel Rodríguez, de Carichic; e Ignacio Valenzuela, de Témoris; y de tropa, José Chacón, de San Andrés, dos hijos de Albino Frijas y varios primos de Pascual Orozco, uno de ellos José Caraveo, hermano del futuro divisionario Marcelo. Después del combate Villa regresó a la región de San Andrés.

<sup>51</sup> Ahí murieron 80 federales, entre ellos los jefes de la columna, coronel Martín Luis Guzmán y teniente coronel Ángel Vallejo, y salió herido el mayor Vito Alessio Robles. Este Guzmán era padre de otro del mismo nombre, joven estudiante miembro del Ateneo de la Juventud al que mucho hemos de citar: a Alessio lo volveremos a encontrar, como villista. Después del combate Orozco ordenó embalar los uniformes recogidos a los enemigos muertos, heridos y prisioneros, y se los envió a Porfirio Díaz con una nota sangrienta: "Ahí te van las hojas, mándame más tamales".

<sup>52</sup> Los federales recuperaron la región y luego se replegaron a Chihuahua (a principios de febrero: de ahí se envió a Luque y su gente contra Ortega, sacándolo de la campaña contra Orozco), dejando a los revolucionarios los pueblos del Papigóchic. Cuando la columna rebelde iniciaba su marcha a Galeana, se desprendieron José María Caraveo y Manuel Loya, con la gente de Moris y Chínipas, para cruzar la Sierra de lado a lado y auxiliar a los Talamante y a Alejandro Gandarilla, que se habían pronunciado en la zona de Sahuaripa, Sonora. Con esta gente iba un oficial de escaso rango y hasta entonces desconocido: Isaac Arroyo, de Guanaceví, Durango.

<sup>53</sup> Juan Gualberto Amaya, compañero de Pascual Orozco, cuenta detalladamente esta campaña en Amaya, 1946, 108-127. Otros dos testigos son M. Caraveo, 1992; y B. Caraveo, 1996 (no son parientes: uno es de San Isidro, primo de Orozco, y el otro de Moris, hermano de José María). También en Calzadiaz, 1958, 1:42-55; Almada, 1964, 1:171-185; Sánchez, 1976, 1:51, 62-63 y 90-91; y Portilla, 1995, 460-463, 465 y 487.

Unas semanas antes de que entrara al distrito Galeana la vanguardia oroquista, formada por Blanco y la gente de namiquipa y los pueblos del norte del Papigóchic, había empezado ahí la revolución: el 19 de diciembre entraron a territorio nacional 22 magonistas, entre los que se contaban Praxedis Guerrero, Leónides Vázquez, Prisciliano Silva, José Inés Salazar y Lázaro Alanís, y en las cercanías de Janos se reunieron con los conspiradores de Casas Grandes, que mandaban José C. Parra, Rodrigo M. Quevedo y Enrique Portillo, y los de Janos, con Porfirio Talamantes al frente. Los rebeldes asaltaron un tren, quemaron una estación, amagaron Casas Grandes y el 29 de diciembre atacaron Janos,<sup>54</sup> y aunque tomaron la plaza (de la que fueron inmediatamente echados por la garnición de Casas Grandes), hubieron de lamentar la irreparable pérdida de Praxedis Guerrero, el indomable compañero de Ricardo Flores Magón. También fue herido Leónides Vázquez, por lo que el mando del desmembrado grupo recayó en José Inés Salazar, que se movió hacia el sur en busca de su antiguo compinche, Pascual Orozco.<sup>55</sup>

José de la Luz Blanco, al frente de unos 200 hombres, tomó a sangre y fuego San Buenaventura el 18 de enero y Galeana el 19. En esa última plaza los revolucionarios se dividieron: los del distrito Galeana, el norte del valle del Papigóchic y Bachiniva, a las órdenes de Blanco, García y Salazar, permanecieron en la región, donde combatieron varias veces con los federales. Por su parte, Orozco, con el grueso de la gente de Guerrero y los serranos, avanzó rumbo a Ciudad Juárez con la intención de amagar aquella plaza, facilitar a Francisco I. Madero y los conspiradores que permanecían en Texas el ingreso al territorio nacional y atraer hacia el norte del estado a la principal columna federal que, a las órdenes de Navarro, ocupaba a la sazón los pueblos del Papigóchic.

Las fuerzas de Orozco combatieron con los federales en las estaciones de Tierra Blanca (1º de febrero) y Bauche (4 y 5 de febrero), cercanas a Ciudad Juárez, desde donde los revolucionarios regresaron al occidente del estado al enterarse de que Navarro había abandonado aquella región con rumbo a la frontera. Hacia el 15 de febrero, Orozco, Blanco, García y Salazar, convertidos en los principales jefes regionales, enviaron al grueso de sus hombres a sus casas, dándoles un breve descanso. Los distritos Guerrero y Galeana estaban

---

<sup>54</sup> Antes, Praxedis Guerrero ordenó que una parte del grupo, con Alanís y Silva a la cabeza, fuera a revolucionar a San Buenaventura. Este contingente no hizo otra cosa que unirse a Blanco cuando este arribó al valle del Santa María.

<sup>55</sup> Martínez Núñez, 1960, 221-241. Sánchez Lamego, 1976, I:63-65.

en manos de los rebeldes, salvo la plaza de Casas Grandes, todavía comunicada por ferrocarril con Ciudad Juárez.<sup>56</sup>

La segunda etapa de la revolución maderista en Chihuahua empezó con la entrada de Francisco I. Madero a territorio nacional. Luego del fracaso del esperado levantamiento masivo del 20 de noviembre y de su frustrada participación personal en una breve campaña guerrillera en la región de Ciudad Porfirio Díaz (Piedras Negras), Coah., en la que tomaron parte, entre otros, los futuros generales villistas Raúl Madero y Roque González Garza,<sup>57</sup> el jefe de la Revolución regresó a Texas, donde estuvo atento al desarrollo de los acontecimientos e hizo cuanto pudo por alentar la revuelta. Después de varios intentos fallidos, el jefe de la Revolución decidió internarse en territorio nacional por la frontera de Chihuahua, buscar a Pascual Orozco y ponerse al frente del principal núcleo rebelde.<sup>58</sup>

Madero envió a Roque González Garza a concertar con los revolucionarios de Chihuahua una cita, y en la madrugada del 13 al 14 de febrero de 1911, por Isleta, cerca de Zaragoza de Bravos, entraron a México el señor Madero, su hermano Raúl, Abraham González, José de la Luz Soto, Eduardo Hay, Eleuterio Hermosillo, Giuseppe Garibaldi (un aventurero sin más mérito que su nombre), Benjamín Viljoen (general boer veterano de la guerra sudafricana, residente en el distrito Camargo de Chihuahua), y cerca de cincuenta exiliados. Los esperaban Roque González Garza y Máximo Castillo, quienes los condujeron rápidamente a Guadalupe de Bravos, que poco antes habían ocupado las fuerzas de Máximo Castillo y Fortunato Casavantes. En Guadalupe Madero tuvo un primer enfrentamiento con los magonistas, cuando Prisciliano Silva se negó a reconocerlo y su gente fue desarmada por la de Casavantes. Los rebeldes marcharon hacia el oeste y se establecieron en San Buenaventura a principios de marzo.<sup>59</sup>

El 6 de marzo Madero atacó Casas Grandes al frente de 600 revolucionarios. Tres columnas mandadas por Eduardo Hay, José de la Luz Soto y Giuseppe Garibaldi atacaron frontalmente la plaza, defendida por 500 soldados, que rechazaron y pusieron en fuga a los

<sup>56</sup> Amaya, 1946, 125-131. Sánchez, 1976, I: 70-72. Portilla, 1995, 491-495.

<sup>57</sup> La presencia de Raúl Madero aparece en todas las fuentes; la de González Garza, no, pero consta en su hoja de servicios (ACSDN, XI/III/1-250, 32-33) y en Amaya, 1946, 107. Roque, mediante un audaz golpe de mano, había neutralizado a los defensores de la plaza y esperaba en ella la llegada de Madero.

<sup>58</sup> Sobre la estancia de Madero en los Estados Unidos, entre el 21 de noviembre de 1910 y el 13 de febrero de 1911, véase Taracena, 1938, 345-350; Ross, 1959, 125-133.

atacantes. Soto y Garibaldi huyeron con los soldados y sólo Hay hizo esfuerzos por contener la fuga para evitar una masacre y salvar a Madero, herido en un brazo. Para fortuna de Madero, Orozco acababa de llegar a Galeana con su gente y envió a Heleodoro Olea y Luis García a rescatarlo. Desde Galeana Orozco envió emisarios para reunir a los dispersos y convocar a los rebeldes del distrito Galeana. Para Madero, una sola cosa buena resultaba de esta acción de armas: había demostrado tal valor personal que los rebeldes encontraron una razón más para seguirlo, a pesar del fracaso.<sup>60</sup>

Los revolucionarios de Guerrero habían llegado tan oportunamente porque al saber de la entrada de Madero al territorio nacional, Orozco, García y Blanco reconcentraron a sus hombres y marcharon violentamente hacia el norte. En Galeana se fueron reuniendo todas las fuerzas de la revolución del noroeste y el oeste de Chihuahua, salvo las de José Inés Salazar, quien luego de participar en el ataque a Casas Grandes se había separado de Madero, marchando rumbo a Janos. Reunidas las fuerzas revolucionarias en Galeana, se ordenó a Marcelo Caraveo marchar rumbo a Ciudad Guerrero escoltando a don Abraham González, quien llevaba la orden de formalizar el gobierno revolucionario en la región. A su vez, Madero, Orozco, Blanco y García marcharon rumbo al centro del estado siguiendo el curso del Santa María. En las cercanías de Namiquipa<sup>61</sup> se desviaron rumbo a la hacienda de Rubio y el 24 de marzo establecieron en Bustillos el Cuartel General de la Revolución.

Por instrucciones de Alberto Madero los administradores de Bustillos pusieron todos los recursos de la hacienda a disposición de los revolucionarios, que permanecieron en ella dos semanas, durante las cuales Madero envió a varios capitanes rebeldes la orden de unirsele, a la vez que intentó introducir cierta disciplina en las filas rebeldes.<sup>62</sup> El más importante de los jefes convocados fue Pancho Villa, quien marchó hacia Bustillos donde Pascual Orozco, que ya había sido reconocido como jefe de la Revolución en Chihuahua,<sup>63</sup>

---

<sup>59</sup> ACSDN, XI/III/1-250, 32-34. Almada, 1964, I:93-94. Sánchez, 1976, I:196-198.

<sup>60</sup> Amaya, 1946, 137-138. Almada, 1964, I:200-201. Sánchez, 1976, I:94-96.

<sup>61</sup> Ahí, 25 soldados de Namiquipa se desprendieron de la columna sin permiso para visitar a sus familias y cambiarse de ropa. Madero ordenó que fueran desarmados y a punto estuvieron los namiquipenses de resistir con las armas en la mano. La mediación de Luis García evitó el combate fratricida y Madero condenó a 10 años de prisión a los jefes José María Espinosa y Romualdo Rodríguez, quienes en 1912 se rebelaron contra su gobierno. Almada, 1964, I:203-204.

<sup>62</sup> Castro Martínez, 2000, 20-26. Guzmán, 1987, 42-43. Portilla, 1995, 495-508.

<sup>63</sup> Madero, con falta de tacto (y sin una información clara de lo que en Chihuahua ocurría), había extendido ese nombramiento a favor de José de la Luz Soto, en San Antonio, luego de que José

lo presentó a Madero diciendo: "Es todo un verdadero gallo. Un gran pelado. Yo lo considero mi segundo en el mando de todas las fuerzas". Madero lo recibió con grandes muestras de afecto, diciéndole que le sorprendía la juventud de un hombre que ya estaba dando mucho de que hablar. Al día siguiente, en San Andrés, Madero pasó revista a las fuerzas de Villa, que vitorearon entusiastas al jefe de la Revolución. El apóstol notó ahí la excepcional disciplina y el marcial aspecto de esa gente.

Los 700 hombres de Villa acompañaron a Madero de regreso a Bustillos, uniéndose a los que ahí estaban concentrados. Fue entonces cuando los rebeldes de Namiquipa y Cruces, que mandaban Andrés U. Vargas, Telésforo Terrazas y Candelario Cervantes, más Pablo y Martín López, de Chihuahua, y José Almeida, de Temósachic, se unieron a la gente de Villa, autorizados por Orozco. En Bustillos las tropas de Villa recibieron unas pocas armas y municiones, que apenas paliaron la falta de material de guerra.<sup>64</sup>

Mientras el grueso de los revolucionarios vivaqueaban en Bustillos, desde donde salían algunas partidas a amagar Chihuahua, la Revolución ardía en las regiones de Ojinaga y Parral, y nuevos grupos incursionaban en Villa Aldama y Ciudad Camargo, al mismo tiempo que los rebeldes del norte de Durango y La Laguna acrecentaban sus acciones. Todo esto obligó a los federales a abandonar la mayor parte de Chihuahua, concentrándose en Ciudad Juárez, Ojinaga, Chihuahua, Parral, Camargo y Jiménez, y tratando de mantener expedita la vía del ferrocarril entre Juárez y Torrcón. En su rápido raid por tierras camarguenses, Villa había saboteado las vías, pero tras su regreso al centro del estado los ingenieros federales las habían reparado. Cinco mil hombres conservaba el ejército federal en el estado, puestos a las órdenes del valiente general Lauro Villar, recién llegado del centro del país.<sup>65</sup>

Una junta de jefes tomó en Bustillos la decisión de atacar Ciudad Juárez. El 7 de abril las fuerzas revolucionarias se embarcaron en la estación de Bustillos, y pasando por Ciudad Guerrero, Temósachic y Madera, llegaron a Casas Grandes el día 12. Ahí se suscitó un incidente altamente significativo entre Madero y los jefes magonistas de Galeana. Estos habían ocupado los cinco pueblos del distrito tras la retirada de los federales, nombrando

---

Perfecto Lomelí declinara el honor, pero tan pronto entró a Chihuahua comprendió su error y reconoció a Orozco el mando que ya ejercía. Amaya, 1946, 133.

<sup>64</sup> Calzadiaz, 1958, 1:58-61. Guzmán, 1987, 43-46.

<sup>65</sup> Amaya, 1946, 140-141 y 165-166. Almada, 1964, 1:217.

jefe político a Lino Ponce y comandante militar a Lázaro Alanís, quien el día 12 repartió víveres y ropa decomisados a los comerciantes locales por Luis A. García, designado por Madero proveedor del ejército. García permitió que Alanís hiciera lo que quisiese, de modo que al día siguiente fue destituido, nombrándose en su lugar a Juan Dozal. Eso motivó que la noche del 15, en Estación Guzmán, los jefes magonistas celebraran una junta en la que redactaron un comunicado que enviaron en la mañana siguiente a Madero, por el declaraban rota la alianza que hasta entonces los "liberales" habían mantenido con los antirreeleccionistas, y exigían que se les permitiera marchar por su lado. Firmaban Lázaro Alanís, Luis A. García, José Inés Salazar, José C. Parra, Leónides Zapata y Tomás Loza.

Madero, que ya había tenido algunos conflictos con los magonistas, reaccionó rápidamente y le pidió a Pancho Villa que aprehendiera a aquellos jefes y desarmara a sus tropas, cosa que Villa ejecutó con orden y rapidez. Según las versiones más cercanas a Villa y Orozco, éste último se había negado a entregar a los magonistas, por no traicionar a Salazar ni a García, pero Villa no dudó en obedecer al presidente provisional y entregar a los "socialistas", como se autonobraban.<sup>66</sup>

El 16 de abril la vanguardia de los rebeldes combatió contra las avanzadas enemigas en estación Bauche y el 19 quedó formalmente sitiada Ciudad Juárez. Lo que pasó después parece una verdadera comedia de equivocasiones y sólo por eso vale la pena referirlo por enésima ocasión. Los federales eran cerca de 900, mandados por el general Juan J. Navarro, que tanto había combatido en el distrito Guerrero a los revolucionarios. Estos sumaban aproximadamente 2000 hombres y estaban nominalmente a las órdenes de Madero, aunque, en realidad sólo obedecían a sus jefes rancheros y, sobre todos los demás, a Orozco y Villa, cuya autoridad sobre los otros jefes terminó de imponerse durante las casi cuatro semanas que estuvieron acampando frente a Ciudad Juárez. Según testigos, "no se separaban de Villa un grupo de cabecillas que habían visto en él a su futuro jefe", entre los que estaban, además de sus compañeros originales de San Andrés, Santa Isabel, Satevó y Huejotitán

---

<sup>66</sup> Amaya, 1946, 166-167. Calzadiaz, 1958, 1:61-63. Guzmán, 1987, 46-47. Según Amaya, a Orozco no le gustaron nada estos hechos que, por otro lado, tendrían un lógico desenlace: Madero ordenó trasladar a los seis jefes a la cárcel de Ciudad Guerrero, pero Alanís y Salazar escaparon en el camino y los otros cuatro lo hicieron llegando a Ciudad Guerrero, con la evidente complicidad de sus custodios, gente de Orozco. Madero lo dejó correr para no generar más conflictos, aunque los valientes "socialistas" no tardarían en declararle la guerra. Almada, 1964, 1:222. La versión de los

(Fidel Avila, Javier Hernández, Feliciano Domínguez, etcétera), los capitanes Agustín Estrada, Faustino Borunda, Isaac Arroyo, Isidro Chavira, Julián Granados, Andrés U. Vargas, Nicolás Fernández, Félix Terrazas, Fortunato Casavantes y Porfirio Talamantes, es decir, gente de todo el occidente de Chihuahua, mas el sonorenses Miguel S. Samaniego.<sup>67</sup>

También frente a Ciudad Juárez, Madero presentó a Silvestre Terrazas con Pancho Villa. Según el relato posterior de Terrazas, Villa, "un hombre de recia contextura, de pocas palabras", era tratado con mucha deferencia por el señor Madero, quien se lo presentó en términos muy elogiosos. Según los relatos de otros testigos, Terrazas estaba con Madero cuando vio desfilar a una fuerza de caballería e impresionado por la disciplina y marcialidad de la tropa y por la arrogante presencia de su jefe, que se presentó poco después a pedir órdenes, suplicó a Madero que se lo presentara, y Madero, en un arranque de entusiasmo, exclamó: "¡Cómo no! ¡Conozca usted a Pancho Villa!"<sup>68</sup>

Sólo tres días combatieron los rebeldes contra las avanzadas de las fuerzas federales encerradas en Ciudad Juárez cuando el 23 de abril Madero aceptó el armisticio propuesto por los representantes del gobierno. Hasta el 8 de mayo los revolucionarios acamparon frente a Ciudad Juárez sin combatir, mientras las negociaciones de paz se empuñaban. El armisticio sólo era válido para un cuadrado comprendido entre Ciudad Juárez, Casas Grandes, Miñaca y Chihuahua, por lo que en el resto del país continuó la lucha.

La larga inactividad frente a Ciudad Juárez hizo aparecer en las filas revolucionarias una creciente impaciencia. La inseguridad y las vacilaciones, las pequeñas rencillas pueblerinas, las murmuraciones y las peleas que empezaban a aflorar, fueron advertidas por Orozco y Villa, quienes decidieron poner fin a esa situación; y el 7 de mayo, en una larga reunión que sostuvieron con sus capitanes más leales, diseñaron un plan para romper el armisticio y forzar la batalla. De acuerdo con ese plan, en la tarde del día 8, dos soldados de Miguel S. Samaniego (del mineral El Tigre, Sonora), vestidos con camisas de colores muy chillantes, se acercaron a las líneas federales provocando el fuego de sus defensores. Cuando éste se desató avanzaron otros quince hombres, de la gente de José Orozco, haciéndose las cosas de tal modo que al anochecer había tiroteos en diversos puntos de la

---

magonistas, sumamente crítica con Madero y Villa, apareció inmediatamente en Regeneración. Véase en Bartra, 1972, 339-348.

<sup>67</sup> Calzadiaz, 1958, I:64-67.

<sup>68</sup> Terrazas, 1985, 50; Calzadiaz, 1958, I:63-64.



línea. Durante todo ese tiempo, Orozco, Villa y algunos de sus capitanes estaban tomándose un helado en El Paso, Texas, ante numerosos testigos, y ahí los encontraron los enviados de Madero, quien los mandaba llamar con urgencia.

Orozco y Villa se presentaron ante Madero hacia las ocho de la noche, recibiendo la orden de parar el combate. Ambos caudillos dijeron que así sería, pero hicieron todo lo contrario, aunque de modo que siguiera pareciendo cosa de los soldados. Dos veces más los llamó Madero, y la última, los dos caudillos le dijeron que la retirada ya era imposible y, ante el hecho consumado, Madero autorizó la batalla. Orozco y Villa se abrazaron y volaron a sus campamentos a dictar las órdenes pertinentes. La batalla duró dos días más, y pasado el mediodía del 10, el general Juan J. Navarro, encerrado en su cuartel con las últimas tropas que le quedaban, se rindió a las fuerzas de Pancho Villa. Los federales combatieron con valor y los revolucionarios con enorme entusiasmo, aprendiendo sobre la marcha el arte de la lucha callejera. Durante la batalla, fuerzas de Marcelo Caraveo y Agustín Estrada contuvieron en Bauche a una columna federal de auxilio que mandaba Antonio Rábago. Con la toma de Ciudad Juárez terminó la guerra en Chihuahua y empezaron los problemas de la paz, de los que nos ocuparemos luego.<sup>69</sup>

La caída de Ciudad Juárez en manos de los revolucionarios ha sido vista como la batalla decisiva de la rebelión maderista.<sup>70</sup> Esta versión es complementada con el argumento de que la revuelta se concentró en el occidente de Chihuahua y que el presidente Díaz renunció obligado más por la opinión pública (y por su dolor de muelas) que por la fuerza de las armas. Los rebeldes apenas presentaron unas cuantas batallas, entre las cuales la decisiva –por simbólica– fue la toma de Ciudad Juárez. Santiago Portilla, dudando de esa afirmación, hizo un estudio exhaustivo y riguroso de las fuentes primarias y secundarias que referentes a hechos militares o político-militares entre noviembre de 1910 y mayo de 1911, y ha echado por los suelos la versión tradicional de la caída del porfiriato, mostrando que la rebelión “tuvo una importancia militar mucho mayor de lo que se ha creído, al grado de poder hablar de una derrota armada del porfirismo”.<sup>71</sup> Para mayo de 1911 estaba a un

---

<sup>69</sup> Amaya, 1946, 185-192. Calzadías, 1958, I:66-73. Almada, 1964, I:230-232.

<sup>70</sup> Keegan, 1990, notable historiador militar británico, propone que “la batalla decisiva” es mucho más una creación de la literatura y la historiografía militar tradicional, que una realidad en el universo de la guerra.

<sup>71</sup> Portilla, 1995, 89.

paso de colapsarse el ejército federal, ampliamente rebasado por las guerrillas rebeldes, y para evitarlo el gobierno ofreció la transacción política plasmada en los Acuerdos de Ciudad Juárez. En respaldo de esa tesis pasaremos revista a las acciones de armas ocurridas en los países del villismo, simultáneas a las operaciones de la columna cuyo derrotero seguimos en las páginas anteriores.

Habíamos dejado a Toribio Ortega a principios de 1911, esperando en los pueblos del desierto la llegada de los 1000 hombres del general federal Gonzalo Luque, enviado a reforzar Ojinaga. Luque pasó de inmediato a la ofensiva tomando Cuchillo Parado e intentando echar a los rebeldes al desierto, pero luego de varias escaramuzas exitosas para su causa Ortega lo derrotó por completo en El Mulato, obligándolo a encerrarse en Ojinaga, quedando Ortega, otra vez, dueño de toda la comarca. Por su parte, José de la Cruz Sánchez adquirió en los Estados Unidos algunos elementos de guerra que permitieron que el 10 de marzo 600 revolucionarios pusieran sitio formal a Ojinaga. Sánchez, por nombramiento de Madero, quedó como jefe de la columna, postergándose una vez más a Toribio Ortega.

Un mes estuvo sitiada la plaza de Ojinaga sin que Sánchez se atreviera a ordenar el ataque, a pesar de las reiteradas exigencias de Ortega y su gente. En abril se incorporaron a los sitiadores sesenta hombres del desierto de Coahuila, al mando de Cesáreo Castro y Jesús Carranza, y treinta más que llegaron desde Villa Aldama, a las órdenes de Severiano Muñoz, que eran el último resto organizado de una partida levantada en armas en la región de Villa Aldama y Santa Eulalia, que había sido destrozada en Villa Aldama el 1º de abril, muriendo su jefe, el ingeniero Francisco Portillo, y casi todos sus oficiales. También se incorporaron trescientos voluntarios organizados en El Paso, Texas, por el antiguo magonista y ahora convencido maderista Antonio I. Villarreal, que llevaba entre sus oficiales al lagunero Eugenio Aguirre Benavides. Así, a fines de abril las fuerzas mandadas por Sánchez ascendían a 1000 hombres, por lo que este jefe ordenó por fin un ataque general para el 1º de mayo; pero se dio contraorden porque los rebeldes se enteraron de que se acercaba el coronel Gordillo Escudero con 700 federales.<sup>72</sup>

Ortega y Villarreal convencieron a Sánchez de que la gente de la región emboscara a Gordillo en la Cuesta del Gato, mientras Villarreal mantenía el sitio con los coahuilenses

<sup>72</sup> Sobre Portillo véanse Sánchez Lamego, 1976, I:123-124; y Portilla, 1995, 412, 414 y 442. Sobre Aguirre Benavides, ACSDN, XI/III/2-1140, f. 40. Sobre el sitio de Ojinaga, Ontiveros, 1914, 16-24.

y los braceros reclutados en Texas. El 3 de mayo se enfrentaron los rebeldes y los federales y ante una maniobra envolvente de estos últimos, Sánchez y Muñoz huyeron con su gente, y sólo Ortega se retiró en buen orden rumbo a Cuchillo Parado. Muñoz, al frente de un pequeño grupo, estuvo haciendo tropelías en la zona de Ranchos del Norte; la gente de Sánchez se dispersó y este jefe, herido, se unió a Villarreal, quien levantó precipitadamente el sitio de Ojinaga y marchó rumbo a Ciudad Camargo por la ruta de El Mulato. Su retaguardia, formada por la gente de Coahuila, fue despedazada por los federales. Así, en vísperas de la caída de Ciudad Juárez Ortega quedó como jefe de la Revolución en la región.

El 10 de mayo, al recibir la noticia de la caída de Ciudad Juárez, los mandos federales ordenaron a Luque y Gordillo replegarse a Chihuahua con toda su gente. Ortega ocupó pacíficamente Ojinaga y siguió a la columna enemiga hasta Villa Aldama, donde recibió un telegrama de Abraham González en que se le ordenaba suspender las operaciones en virtud de haberse firmado la paz. Así Ortega, con el grado de coronel, al frente de 500 hombres, quedó dueño de los municipios de Ojinaga, Coyame y Aldama.<sup>73</sup>

Otros grupos, de acciones menores pero sumamente efectivas en conjunto, pulularon por el centro y sur de Chihuahua, reconociendo a veces de manera nominal la jefatura de Pascual Orozco o Francisco Villa. Una de estas partidas fue la que mandaba Francisco Portillo, que merodeaba en los municipios de Chihuahua, Santa Eulalia y Villa Aldama, y que fue despedazada el 1º de abril en esta última población, integrándose sus restos a la gente de Toribio Ortega.<sup>74</sup>

El 16 de mayo de 1911, luego de dos días de cruentos combates, Ciudad Camargo cayó en manos de los maderistas. Los rebeldes que ocuparon la plaza venían de rumbos distintos: desde Ojinaga habían llegado Villarreal y Aguirre Benavides con unos doscientos hombres; unos cien traía Mariano López Ortiz de la región de Cuencamé;<sup>75</sup> y otros tantos se

---

<sup>73</sup> Ontiveros, 1914, 22-27. Las demás fuentes coinciden con esta y son mucho menos detalladas, por lo que preferimos esta sobre aquellas.

<sup>74</sup> La aniquilación de esta partida rebelde y la muerte de sus jefes, impidió que de esta región surgiera un grupo con identidad propia, y los villistas oriundos de los pueblos situados inmediatamente al oriente de la capital del estado militaron individualmente en las brigadas Villa, González ortega o Leales de Camargo. Francisco Portillo, nacido en Camargo hacia 1870, era ingeniero de minas y, al parecer, trabajaba en el mineral de Santa Eulalia. INEHRM, II:538.

<sup>75</sup> López Ortiz se había incorporado en enero a la gente de Calixto Contreras, en la región de Cuencamé, actuando al frente de un centenar de hombres como jefe de una columna volante

habían levantado en armas en la región de Camargo y los aislados ranchos del desierto que estaban entre esa ciudad y Sierra Mojada, Coahuila, y que reconocían por jefe a Rosalío Hernández Cabral. Luego de tomar Camargo, donde quedó Villarreal, López Ortiz se movilizó hacia Chihuahua, apoderándose de Santa Eulalia antes de recibir la orden de suspender las hostilidades.<sup>76</sup>

A mediados de mayo Maclovio Herrera ocupó Hidalgo de Parral, luego de la retirada de los federales. Este jefe había reaparecido en marzo al frente de una partida guerrillera que no dio tregua a los rurales en la región de Parral. Trinidad Rodríguez, quien se había separado de Pancho Villa luego de la falsa noticia de la muerte del Centauro, llevó a cabo una campaña guerrillera en su región natal y en mayo, ante la retirada de los federales, se apoderó de Huejotitán, Balleza y Santa Bárbara. Al mismo tiempo Marcial Cavazos se adueñó de San Francisco del Oro, también desocupado por su pequeña guarnición. Tomás Ornelas, destacado por Villarreal y Hernández desde Camargo, ocupó Ciudad Jiménez. De esta manera, todo el sur de Chihuahua quedó en poder de los revolucionarios.<sup>77</sup>

En la Sierra, tras la rendición de Apolonio Rodríguez las cabeceras distritales (Uruáchic, Guadalupe y Calvo, Batopilas y Chinipas) parecieron quedar firmemente en manos del gobierno. Fue hasta febrero, cuando Pascual Orozco envió una columna de serranos a auxiliar a Severiano Talamantes, quien se había levantado en Sahuaripa, Sonora, que la rebelión se activó: cuando los jefes de esa columna, Manuel Loya, José María Caraveo e Isaac Arroyo, supieron de la derrota de Severiano Talamantes, decidieron quedarse en las cumbres y reconquistar la sierra para la Revolución, enviando a Arroyo con una pequeña escolta para informar a Orozco del cambio de planes. Divididos en partidas guerrilleras combatieron a las fuerzas del gobierno a lo largo de marzo en los distritos Rayón y Arteaga. En abril, cuando parte de la guarnición de Chinipas fue enviada a las

---

dependiente de las fuerzas de Contreras hasta mediados de marzo, cuando se separó de Contreras marchando al norte, encontrándose con Villarreal cerca de Ciudad Camargo. Sánchez Lamego, 1976, I:135-137. ACSDN, C.209.XI/III/3-1959, f. 252.

<sup>76</sup> AHRM, 66, 224. Calzadiaz, 1958, I:57-58. Sánchez, 1976, I:136-137. José de la Cruz Sánchez fue designado jefe político de Camargo al día siguiente de la firma de los acuerdos de Ciudad Juárez. INEHRM, II:566-567.

<sup>77</sup> ACSDN, XI/III/3-2015, f. 27 (de la hoja de servicios de Marcial Cavazos). AHRM, 66, 176-177. Almada, 1964, I:233. AIIDN, XI/481.5/60, diversos fojas (telegramas del coronel Joaquín Téllez sobre las operaciones en la zona de Parral, Indé, Guanaceví y Balleza).

plazas fronterizas de Sonora, los serranos se apoderaron de Moris, Uruáchic y otras poblaciones importantes, y pusieron sitio a Chínipas, plaza que sólo se entregó a los revolucionarios el 20 de junio. Un poco antes, Juan Banderas, jefe rebelde de las cañadas de Sinaloa, se había apoderado de Guadalupe y Calvo.<sup>78</sup>

Luego de disolver a las fuerzas de Pancho Villa creyendo que éste había muerto, Tomás Urbina se refugió en las cercanías de Valle de Allende, donde Nicolás Fernández puso a su disposición un buen hato de caballos de la hacienda de los Lozoya y un corto número de vaqueros. A principios de marzo Urbina se apoderó pacíficamente de Valle de Allende, marchando luego hacia el norte de Durango, donde se le unió Petronilo Hernández, quien al frente de unos 50 rebeldes de Indé había merodeado en torno a aquella población desde el mes de febrero. Sin presentar combate, Urbina fue reclutando voluntarios en Indé, El Oro, Villa Ocampo y Las Nieves y a principios de abril atacó sin éxito Indé (que poco después fue ocupada brevemente por revolucionarios laguneros). Un mes después volvió a atacar la misma población, que cayó en sus manos poco antes de la firma de los acuerdos de paz. Desde Indé, Urbina lanzó otras ofensivas de modo que al fin de las hostilidades era dueño de los partidos de Indé y El Oro.<sup>79</sup>

El fin de la pizca del algodón reactivó de tal modo la rebelión en la Comarca Lagunera que para fines de enero había más de 2000 hombres sobre las armas, agrupados en cuarenta o cincuenta bandas poco coordinadas y los ataques a las plantaciones algodoneras y al ferrocarril se hicieron casi cotidianos. Aunque todavía eran poco aptos para el combate e incapaces de enfrentar eficazmente sus perseguidores (algunos destacamentos de rurales de la federación, porque los soldados federales, muy escasos en número en la Comarca, se limitaban a resguardar las ciudades), los guerrilleros eran obedientes a sus líderes y peleaban con gran entusiasmo.<sup>80</sup>

En febrero las acciones guerrilleras fueron creciendo en número e importancia. Antes de que terminara ese mes el campo lagunero estaba en manos de los rebeldes y el gobierno había abandonado a su suerte la línea del ferrocarril de Torreón a Durango, concentrando sus esfuerzos en la defensa de las líneas Saltillo-Torreón y Torreón-

<sup>78</sup> AIHRM, 66, fojas varias. Almada, 1964, I:145 y 204-205. Portilla, 1995, 616.

<sup>79</sup> Amaya, 1946, 145-146. Vargas Valdés, 1995, 36. Portilla, 1995, 511. AHDN, XI/481.5/60, diversos fojas (telegramas del coronel Joaquín Téllez sobre las operaciones en la zona de Parral, Indé, Guanaceví y Balleza).

Chihuahua. Y si bien Torreón, Lerdo y Gómez Palacio no fueron amenazadas, sí fue ocupada brevemente la villa de Matamoros (por Sixto Ugalde, Enrique Adame y Benjamín Argumedo)<sup>81</sup> y, fuera de La Laguna pero inmediatas a ella, Cuencamé,<sup>82</sup> Nazas y San Juan de Guadalupe, Durango, fueron tomadas por las fuerzas de Calixto Contreras, Orestes Pereyra y Martín Triana, respectivamente.<sup>83</sup>

Cuando llegó marzo, los rebeldes laguneros habían ganado todo cuanto podían obtener actuando como lo venían haciendo. Ocupar definitivamente plazas como Matamoros, Mapimí o Cuencamé, y atacar las tres ciudades del corazón de la Comarca (Torreón, Lerdo y Gómez Palacio) exigía una nueva forma de lucha, cuya condición necesaria era la unidad de mando, y en buscarla se fue todo el mes. No hubo hechos de armas como los de febrero, pero se mantuvo la actividad guerrillera, sobre todo en torno a las vías férreas. Los capitanes guerrilleros pudieron dedicarse tranquilamente a unificar sus tropas porque los federales no los atacaban: trenes y trenes llenos de soldados llegaban a Torreón, pero no se detenían ahí: iban rumbo a Chihuahua. Los principales jefes de la revuelta se reunían, consultaban con sus subalternos nominales, iban de un lugar a otro tratando de convencer a los guerrilleros de unirse y disciplinarse, y poco a poco lo fueron logrando. A principios de abril se consolidaban los liderazgos de Jesús Agustín Castro y Orestes Pereyra en la zona alta, de Sixto Ugalde en la zona baja y de Calixto Contreras en la región de Cuencamé.

Francisco L. Urquiza Benavides, joven ranchero de San Pedro de las Colonias que desde febrero se incorporó a la lucha armada, muchos años después, ya general afamado y escritor de renombre, pintó la organización militar de aquellos primeros meses de la lucha armada:

---

<sup>80</sup> Meyers en Katz, 1990, II:126-130; Parra Durán, 1930, 15-19.

<sup>81</sup> Cuando los rebeldes entraban victoriosos a la plaza, fue asesinado Melesio García de León por un hombre que, según numerosos testimonios, era "mandado y pagado" por el coronel Carlos González Montes de Oca, cuya hacienda tenía añejos conflictos con Matamoros, García de León era reconocido como el mejor guerrero de la partida. Santos Valdés, 1973, 312-322 (testimonios de Pedro García Reyna y Eusebio Mejía Galarza).

<sup>82</sup> Cuencamé fue tomado brevemente "por los indios ocuilas" encabezados por Calixto Contreras, Braulio Machado, Bernabé González y Nicolás Estrada. Entre los muertos estuvo Víctor Contreras, hijo de don Calixto. Los rebeldes desocuparon rápidamente la villa, ante la cercanía de una columna federal enviada desde Durango. En su retirada, volaron con dinamita la estancia La Cuchilla, una dependencia de la hacienda de Sombreretillos de Campa. Parra Durán, 1930, 16-17.

No había regimientos ni escuadrones, sino grupos personalistas: la gente de don Sisto (la de Sixto Ugalde), la gente de don Oreste (la de Orestes Pereyra).

Nadie se consideraba entre aquellas gentes con la obligación precisa de luchar, sino de "ayudar".

-¿De qué gente eres?- se le preguntaba a alguno.

-Ando ayudando a don Sisto Ugalde.

Es decir, que don Sixto era el de la obligación de pelear y no el afiliado a su partida.<sup>84</sup>

Pero a fin de cuentas hombres de campo, acostumbrados a la vida ruda, diestros jinetes y hechos al manejo de las armas (como los pinta el propio Urquizo), aún sin organización ni experiencia fueron poco a poco dominando la región. Entre el 28 de marzo y el 28 de abril cayeron en manos de los rebeldes Cuencamé, Velardeña, San Juan de Guadalupe, Indé, Parras, Viesca, Matamoras, San Pedro de las Colonias, Ciudad Lerdo y Mapimí y en la primera semana de mayo, cinco o siete mil rebeldes empezaron a acercarse a Torreón y Gómez Palacio: desde el oriente llegaron unos 2000 jinetes mandados por Benjamín Argumedo y Enrique Adame Macías, que habían tomado y defendido Parras y Matamoras en cruentos combates; de las montañas de Mapimí bajó Jesús Agustín Castro con 1200 soldados; de la zona de Tlahualilo llegó Orestes Pereyra con un nutrido contingente. Al mismo tiempo, Calixto Contreras y otros rebeldes de Durango ponían sitio a la capital de ese estado. Un poco antes de que Torreón y Durango quedaran cercadas, llegó a La Laguna Emilio Madero González, hermano de don Panchito, con el nombramiento de jefe de la revolución en Coahuila y Durango. Castro, Pereyra y Ugalde reconocieron rápidamente su autoridad. Había que aceptar un mando único y acabar pronto con la revuelta porque se acercaba una fecha fatal para los laguneros: si no empezaba a prepararse la siembra, se perdería la cosecha de algodón, y la región con ella.<sup>85</sup>

El 4 de mayo Gómez Palacio cayó en manos de los rebeldes: los federales evacuaron la plaza para concentrarse en Torreón, que quedó sitiada el día 12. Luego de tres

---

<sup>83</sup> Véase el notable incremento de los hechos de armas en la Comarca y regiones aledañas en Portilla, 1995, 491-510.

<sup>84</sup> Urquizo, 1985, 8-9.

<sup>85</sup> Los diversos informes sobre las acciones militares de los grupos rebeldes, que nos permiten trazar las líneas de sus recorridos en marzo y abril, y la caída de las villas y pueblos de la región en sus manos, desde Cuencamé (28 de febrero) hasta Torreón (16 de mayo), en AHDN, XI/481.5/28, ff. 122-198, 234-357 y 366-596.

días de recios combates, los defensores, menos de mil, evacuaron la plaza silenciosamente, en la madrugada del 15 de mayo. Esa noche la pasaron en Gómez Palacio Emilio Madero, Jesús Agustín Castro, Orestes Pereyra, Sixto Ugalde y Gregorio García, y acampados frente a Torreón, con sus hombres, sólo estaban algunos jefes secundarios. Tan pronto como los rebeldes notaron la ausencia de los federales, algunos grupos empezaron a entrar a la plaza y unidos a los habitantes más pobres de Torreón, notoriamente bebidos unos y otros, saquearon los principales comercios y perpetraron una terrible matanza de chinos. El único jefe de cierta significación que estuvo presente fue Benjamín Argumedo, a quien después quiso usarse como chivo expiatorio pero que terminó siendo exonerado por los jueces de la causa. Tarde para los chinos, Orestes Pereyra y Emilio Madero lograron poner fin a los desmanes.<sup>86</sup>

El saqueo de Torreón y la matanza de chinos aterrorizaron a los vecinos de la ciudad de Durango, sitiada entonces por las fuerzas de Calixto Contreras, Domingo Arrieta,<sup>87</sup> Matías Pazuengo, José Maciel y otros jefes de menor importancia. Algunos notables lograron ponerse en contacto con Emilio Madero y le pidieron que evitara una toma violenta, prometiéndole la entrega de la plaza. Emilio puso a las fuerzas rebeldes que quedaron en Torreón a las órdenes de Orestes Pereyra, dejó la autoridad civil de la plaza en manos del doctor José María Rodríguez y del profesor Manuel N. Oviedo y se fue con Agustín Castro a recibir la rendición de Durango, que fue ocupada pacíficamente el 30 de

---

<sup>86</sup> Estos lamentables hechos resultaron de la transpolación y concentración de los agravios de los sectores más humildes de La Laguna en un sector fácilmente identificable y muy vulnerable. A los chinos de Torreón los mató el pueblo, los asesinos fueron los humildes, los olvidados. Sus iras se volcaron contra los chinos, tan distintos aparentemente. En 1912 la colonia china de Torreón era un recuerdo: los sobrevivientes habían huido. No quedaba Banco Chino, ni Club Chino, ni lavanderías, almacenes ni restaurantes chinos. La gente interrogada por el juez Antonio Ramos Pedrueza señaló a los culpables. Los jefes subalternos, a quienes tan fácilmente se podía acusar, como Benjamín Argumedo y Sabino Flores, culparon al pueblo de Torreón. "Nadie castigó a unos ni a otros: fue una Fuenteovejuna que mató al igual y perdonó al tirano"; Puig, 1992, 311-312. Este es el mejor estudio de la colonia china de Torreón y de la matanza de 1911: Puig revisó las actas judiciales del profanado juicio con el que el gobierno de Francisco León de la Barra quiso aclarar las cosas ante la muy enérgica y justificada reclamación del embajador del Celeste Imperio.

<sup>87</sup> Jefe rebelde que se pronunció en Canelas, Durango, el 20 de noviembre, y que se convirtió en el caudillo de la región de Santiago Papatziáro, comarca serrana que excluimos de los países del villismo en virtud de que Arrieta nunca fue villista, aunque alguna vez, en 1913 y 1914, tuvo que colaborar con los villistas por razones de orden militar.



mayo.<sup>88</sup> Para entonces ya se habían firmado los Acuerdos de Ciudad Juárez y Porfirio Díaz iba camino de Francia, de manera que los rebeldes maderistas estaban entrando en son de triunfo en muchas ciudades del país.

### 3. La paz.

Ciudad Juárez cayó en manos de las fuerzas de Pascual Orozco y Pancho Villa el 10 de mayo, y más tardaron los rebeldes en dejar de echar bala contra los federales que en empezar a pelearse entre ellos. Mientras se reanudaban las negociaciones entre los representantes del gobierno y los de la Revolución, arreciaban los incidentes desagradables entre los revolucionarios chihuahuenses y el grupo de civiles que habían acompañado a Madero en sus campañas políticas y que ahora empezaban a arribar a Juárez o El Paso.

Fuera de algunos conflictos menores (como una inoportuna frase de Madero, soltada el día 11, que le granjeó la enemistad mortal del joven coronel Antonio Rojas), el primer enfrentamiento serio en el campo revolucionario se dio en cuanto Madero, en el papel de presidente provisional que le daba Plan de San Luis, nombró su gabinete. Para los rebeldes populares de Chihuahua todos los nuevos ministros (en realidad, encargados de los respectivos despachos) resultaban ajenos, pero algo se sabía de Francisco Vázquez Gómez, Federico González Garza, José María Pino Suárez, Gustavo Madero y Manuel Bonilla, encargados de Relaciones, Gobernación, Justicia, Hacienda y Comunicaciones, respectivamente, y sus nombramientos pasaron. En cambio, fue muy mal recibida la designación de Venustiano Carranza como encargado del despacho de Guerra. En primer lugar, se recordaban los antecedentes de Carranza como senador porfirista, su pasado reyista y, sobre todo, el hecho de que no hubiera disparado un tiro durante la lucha precedente a pesar de haberse comprometido a organizar y encabezar un grupo rebelde.

José Vasconcelos, quien durante la revuelta maderista estuvo en los Estados Unidos en diversas comisiones encomendadas por el jefe de la revolución, cuenta las interminables vacilaciones de Carranza, que se convirtió en blanco de las burlas de los jóvenes maderistas

---

<sup>88</sup> Parra Durán, 1930, 39-47. Un muy buen análisis de las distintas etapas de la rebelión en La Laguna es el de Meyers en Katz, 1990, II:126-130.

en el exilio. Como jefe de Estado Mayor de la partida prometida por Carranza iría Eugenio Aguirre Benavides, quien después de quedar desconectado de los conspiradores de La Laguna en noviembre de 1910, se había trasladado a San Antonio por su cuenta y riesgo, donde ofreció sus servicios al jefe de la revolución, quien lo comisionó con Carranza. Según Vasconcelos, Eugenio, leal, resuelto y decidido, "pasó bochornos por causa de su jefe", hasta que desesperado por la inacción de Carranza, pidió permiso para abandonarlo y se presentó como voluntario a Antonio I. Villarreal, en El Paso, Texas, entrando con él a México en abril, pudiendo así tomar parte en las acciones de Ojinaga y Ciudad Camargo.<sup>89</sup>

Así pues, la designación de Carranza cayó como bomba entre los revolucionarios.<sup>90</sup> Orozco y Villa, seguidos por sus capitanes, pidieron a Madero la remoción del "consejero de Guerra", a lo que Madero les contestó que no tenía por qué darles cuenta de los nombramientos de su gabinete. Esta discusión se mezcló de inmediato con otra, de mayor gravedad, que a poco estuvo de causar una escisión muy inoportuna en el seno del maderismo: lo que llevaba a Orozco y Villa, a quienes seguían Marcelo Caraveo, Albino Frías, Agustín Estrada, José Orozco, José María Caraveo, Juan Dozal, Miguel Samaniego, Julián Granados, Faustino Borunda, Julio Acosta y otros de los capitanes guerrilleros que empezaban a cobrar fama en Chihuahua, no era sólo la impolítica designación de Carranza, sino la exigencia de que el general federal Juan J. Navarro fuera pasado por las armas, en castigo por los fusilamientos de revolucionarios heridos y prisioneros ordenados por aquel luego de los combates de Cerro Prieto, en diciembre.

Madero se negó a discutir con sus subordinados un nombramiento que consideraba de su exclusiva incumbencia y se negó también a ordenar un fusilamiento que creía injusto. Entonces, Orozco y Villa lo tomaron preso, pero Madero arengó a los soldados que, convencidos, lo liberaron. Es muy probable que si Madero hubiese querido (no quiso) los presos habrían sido Orozco y Villa. Algunos testigos pintan a Villa llorando, pidiéndole

<sup>89</sup> Vasconcelos, 1935, 431-432. Véanse también el expediente personal de Eugenio Aguirre Benavides, ACSN XI/III/2-1140; y Richmond, 1986, 45-46.

<sup>90</sup> Vasconcelos escribe: "Para constituir un gobierno, Madero se vio obligado a nombrar gabinete, pero no habiendo entre nosotros figuras de bastante relieve o siquiera de edad legal para fungir de Ministros, tuvo que echar mano de personas no muy identificadas con el movimiento [...] Quiso Madero que don Venustiano ocupase la cartera de Fomento, pero el ex senador insistió en que se le diese la cartera de Guerra. En las prisas del caso, Madero accedió y se hicieron públicas las designaciones. Todos los nombramientos fueron bien recibidos, salvo el de don Venustiano, que provocó la primera sublevación del régimen". Vasconcelos, 1935, 431-432.

perdón a Madero y suplicándole que en lugar de Navarro, lo fusilase a él por incumplir su juramento de lealtad. Una escena así es compatible con la personalidad de Villa y lo cierto es que nunca volvió Villa a dudar de Madero. El 15 de mayo, Madero y Orozco limaron asperezas y, de momento, las cosas quedaron ahí.<sup>91</sup>

Hubo otros pleitos de menor importancia: Pancho Villa desarmó a la gente de Giuseppe Garibaldi y obligó al aventurero, indigno del nombre de su abuelo, a huir vergonzosamente a los Estados Unidos; y Marcelo Caraveo y tres de sus capitanes (gente de San Isidro) tuvieron un enfrentamiento con Carranza, a quien llenaron de floridos improperios (lo que suscitó un conflicto más, al solicitar Carranza a Madero que se procesara a Caraveo, algo que Orozco no podía permitir).<sup>92</sup> Todos estos conflictos mostraban las distintas actitudes que frente al viejo régimen tenían Madero y su grupo por un lado, y los emergentes caudillos populares por el otro, y la creciente desconfianza con que se observaban. El resultado fue fortalecer en el ánimo de Madero las voces de los segmentos más conservadores del movimiento (encabezados por sus parientes), y llevarlo a buscar una negociación con el gobierno que “[librara] a la patria de los revolucionarios”,<sup>93</sup> es decir, de esos jefes populares atrabiliarios, impetuosos e imprevisibles, que empezaban a disentir de sus propósitos.

Después de algunos estiras y aflojes y no pocas consultas telegráficas con la ciudad de México, El 21 de mayo de 1911, en Ciudad Juárez, el negociador designado por el gobierno federal (Lic. Francisco S. Carbajal) y los “representantes de la Revolución” (Francisco Vázquez Gómez, José María Pino Suárez y Francisco Madero Hernández), firmaron un “Convenio” que daba por terminadas las hostilidades “entre las fuerzas del gobierno del general Díaz y las de la Revolución, debiendo estas ser licenciadas” conforme se restableciera el orden público. Este convenio, por el que “la Revolución” (sujeto activo) daba por terminada la lucha contra el gobierno de Porfirio Díaz, estaba precedido por los considerandos de rigor, según los cuales el presidente Porfirio Díaz y el vicepresidente Ramón Corral renunciarían a sus cargos, asumiendo la primera magistratura del país, por ministerio de ley, el Lic. Francisco León de la Barra, secretario de Relaciones Exteriores,

<sup>91</sup> Vasconcelos, 1935, 431-433. Taracena, 1938, 416-419. Amaya, 1946, 192-196. Calzadiaz, 1958, 1:73-75. Fernández de Castro, 1966, 149-152. Katz, 1998, 1:136-139.

<sup>92</sup> Amaya, 1948, 199-201.

<sup>93</sup> Vasconcelos, 1935, 434.

quien se comprometía a atender ("dentro del orden constitucional") los problemas causantes de la Revolución. No se escribió en el convenio, pero quedó sobreentendido, y así se hizo, que León de la Barra formaría un "gobierno de transición" en que estuvieran significativamente representados los revolucionarios. Con este acto formal se dio por terminada la rebelión maderista.<sup>94</sup>

Para Madero estos acuerdos eran valiosísimos, al mantener intacto el aparato del Estado, poner un dique a los caudillos plebeyos y garantizar el primer paso (el fin de la dictadura) del cambio político que buscaba; pero muchos de los hombres que habían participado en la lucha armada los reprobaron: dejar la transición en manos del aparato porfirista y desarmar al ejército revolucionario evitando la destrucción militar del enemigo les parecía, como mínimo, un acto de ingenuidad, aunque para otros era claramente una torpeza política y no faltaron quienes desde los primeros días lo señalaron como una traición perpetrada por Madero y su círculo.

Roque González Garza, miembro representativo de los jóvenes maderistas de extracción urbana, contó después que "muchos nos opusimos [a la firma de los acuerdos], alegando que era parcial la derrota del ejército federal, que [...] estaba casi íntegro, que valía más y era mucho más conveniente para los fines que servía el movimiento" que la guerra continuara hasta la destrucción militar del enemigo.<sup>95</sup>

El primero de los jefes rebeldes de Chihuahua que se opuso a los acuerdos, un poco por su carácter impulsivo pero también porque intuía su significado y sus resultados, fue Pancho Villa. El caudillo de Durango pidió a Madero, en más de una ocasión, que la guerra continuara o, de lo contrario, el propio Madero lo pagaría con su vida. Según una versión, llegó a decirle a Madero: "Usted, señor, ha destruido a la Revolución". Finalmente, un poco antes de la firma de los acuerdos, Villa dejó momentáneamente el mando de sus fuerzas a Raúl Madero, y aceptando 10,000 pesos que le ofreció Francisco I. Madero, manifestó su propósito de retirarse a la vida privada.<sup>96</sup>

Detrás de la actitud de Pancho Villa estaba la renuencia de sus capitanes a ser licenciados sin la resolución de los entuertos que los habían llevado a la Revolución: ¿qué

<sup>94</sup> Véanse el texto del "convenio" y la consecuente renuncia de Porfirio Díaz, en Fabela, 1964, V: 400-402.

<sup>95</sup> PIIO/1/18, 45-46.

<sup>96</sup> Katz, 1998, I:143-144.

iba a pasar con el asfixiante control económico del clan Terrazas?, ¿qué con las tierras que los rebeldes exigían?, ¿qué, en fin, con todas sus demandas? Ya el día 13 de mayo, un grupo de capitanes, entre los que destacaban Andrés U. Vargas, Félix Chávez, Miguel Samaniego, Agustín Estrada, Faustino Borunda, Isaac Arroyo y Julio Acosta, le pidieron a Villa que fuera en su nombre a ver a Madero a preguntarle "en qué situación vamos a quedar"; y cuando Villa entregó el mando y pasó a despedirse de sus hombres, los capitanes le dijeron que no eran simples ciudadanos que se habían levantado en armas contra un fraude electoral, sino soldados del ejército libertador en rebelión contra los opresores del pueblo: "Ahora nos salen -dijeron- con que ya se acabó la revolución y según se ve dejarán en el poder a los hombres que sostenían a Porfirio Díaz."<sup>97</sup>

Cuatro o cinco semanas después, cuando Abraham González había tomado posesión del gobierno de Chihuahua y Madero marchaba raudo y veloz a la ciudad de México, empezó la desmovilización de los soldados de Villa. Los rebeldes licenciados no quedaban muy conformes que digamos, menos cuando se enteraron que un grupo de capitanes (los atrás enlistados y algún otro) se presentaron ante Abraham González al día siguiente del licenciamiento (es decir, el 25 de mayo). Según una posterior reconstrucción de los hechos, basada en los testimonios de Miguel Samaniego, Juan B. Muñoz y otros testigos, Samaniego llevaba la voz cantante y cuando mencionó la posibilidad de adquirir un pedazo de tierra, el gobernador le cortó la palabra:

"-A su tiempo se hará del conocimiento público, ante quién se harán las solicitudes para adquirir terreno nacional, en compra, en qué términos y con facilidades de pago".

Los capitanes, que habían venido recibiendo sorpresa tras sorpresa desde la victoria de Ciudad Juárez, quedaron atónitos y se fueron sin decir más. Buscaron a Pancho Villa en su casa. Villa estaba con Toribio Ortega, Rayo Sánchez Álvarez y los hermanos Machuca, rebeldes del oriente de Chihuahua.

-Pancho -le dijo Andrés U. Vargas-, queremos que nos digas si es que tú sabes algo de eso de los terrenos [nacionales]. Pues el señor Abraham González nos acaba de decir que oportunamente se nos informará, si se podrá repartir tierra, pero mediante su compra y que se nos darán quizá, facilidades para el pago. Pancho: tú tienes influencia con don Abraham González, habla con él y exponle que ésta medida que piensa poner

---

<sup>97</sup> Calzadía, 1958, I:76-79.

en práctica, nos ha hecho desesperar a todos nosotros, los que tuvimos y tenemos fe en los ideales de la Revolución que ellos han acaudillado.

Luego interviene Isaac Arroyo, diciendo:

-Pancho, en verdad estamos sintiendo que la esperanza se nos deshace en la palma de la mano. Pancho -continúa Arroyo-, tú sabes, igual que lo sabemos nosotros, que los terratenientes no han comprado a nadie los enormes latifundios que tienen en su poder y explotan sin pagar siquiera contribuciones; ellos sólo han cercado y en muchos casos ni siquiera eso, el terreno que les ha dado en gana adueñárselo.<sup>98</sup>

Villa los estuvo oyendo, y los acompañó a casa del gobernador. "Don Abraham les dio una larga explicación de la alteza de miras del señor Madero y les recomendó guardar compostura y esperar, porque todo se iba a atender a su debido tiempo".

De regreso en casa de Villa, Samaniego les dijo a los capitanes:

-Durante treinta y tantos años hemos sido gobernados por un gobierno que para nada tomó en cuenta la Constitución. Sencillamente la ignoró, dando lugar a que un reducido número de personas se adueñara de inmensas posesiones territoriales, sin que se les haya obligado, ni tan siquiera sugerido hacer los deslindes y que siendo en su mayoría estas tierras apropiadas para el cultivo, podrían dar subsistencia a millones de gentes pobres, mayoría de que se compone la nación, y que hoy por hoy se debate en la más espantosa miseria sin propiedad donde fincar su hogar.

-Hemos tomado las armas -continuó- para derrocar a un gobierno que durante muchos años no tomó en cuenta a la mayoría ciudadana, por favorecer solamente a una minoría de que se componen los expoliadores de la clase pobre de nuestro pueblo, y hoy nos encontramos ante una peligrosa contingencia: pues según se ve el señor Madero, va a tratar de plasmar en realidad las promesas de redención que sustenta el ideal revolucionario. El se está entregando en manos del enemigo y no cuenta sino con la burocracia porfirista, que él no ha querido rodearse de los hombres que le han dado el triunfo. ¿podrá contar con la cooperación eficaz y leal de quienes fueron sus enemigos? Yo en verdad, lo dudo.<sup>99</sup>

Villa les pidió lealtad y paciencia, y con eso terminó la reunión. Los soldados recién licenciados regresaron a sus respectivos pueblos, y Pancho Villa se fue a San Andrés, donde lo esperaba su prometida, la señorita Luz Corral.

Puede ponerse en duda que estas conversaciones hayan ocurrido exactamente así y no existe otra fuente que las confirme, pero ocurrieran o no, los resultados fueron los mismos: la

<sup>98</sup> Calzadías, 1958, I:81-82.

<sup>99</sup> Calzadías, 1958, I:82-83.

**desmovilización de los rebeldes y el incumplimiento de las demandas que los habían llevado a la Revolución fueron calentando el ambiente.**

## VI. LICENCIADOS, COLORADOS E IRREGULARES

### 1. La transición frustrada.

A la firma de los Acuerdos de Ciudad Juárez siguieron tres o cuatro semanas de intensa actividad política, de reacomodos y conflictos entre los diversos grupos revolucionarios y los representantes del antiguo régimen. En primer lugar, los combates entre federales y rebeldes no se extinguieron de inmediato: en Chínipas continuaron hasta el 31 de mayo y los contendientes defendieron sus posiciones hasta el 20 de junio. Al mismo tiempo, ya el 24 de mayo el Partido Liberal Mexicano llamaba a continuar la lucha, ahora contra la traición perpetrada por Madero, y algunas guerrillas magonistas siguieron luchando.

También hacían falta una serie de trámites legales posteriores a la firma de los Acuerdos, que no eran cosa de coser y cantar: las renunciaciones sucesivas de Porfirio Díaz y Ramón Corral, que el Congreso de la Unión tenía que conocer; la elección de Francisco León de la Barra como presidente interino, la formación de su gobierno y la emisión de una necesaria ley de amnistía. se llevaron un par de semanas de debates en las Cámaras. La formación de gobiernos estatales de transición a semejanza del nacional, fue fuente de nuevos conflictos. Por último, pero no menos importante, los dirigentes nacionales de la Revolución, de acuerdo con el gobierno provisional, buscaron los mecanismos que permitieran desarmar a los rebeldes al menor costo posible, político y económico.

El primer problema a resolver era el de la formación de los gobiernos de transición previstos por los Acuerdos. Si se daban las renunciaciones del presidente y el vicepresidente de la República, el ejecutivo federal recaería, por ministerio de ley, en el Secretario de Relaciones Exteriores, con lo que Madero y su grupo estaban conformes, pues el hombre que detentaba el cargo, con larga experiencia diplomática y pocos contactos reales con la política interior, salvo con los "científicos" (con quienes Madero simpatizaba más que con los otros grupos de poder del viejo régimen), era un político conciliador y prudente,



cualidades necesarias para presidir un gobierno que debía estar formado por elementos revolucionarios y porfiristas. Este gobierno debía "pacificar" al país y organizar cuanto antes el proceso electoral federal: por eso debía ser un gobierno de transición.

El 25 de mayo el Congreso de la Unión aceptó las renunciaciones de Díaz y Corral y le tomó la protesta como presidente interino al licenciado Francisco León de la Barra, quien dio a conocer el gabinete que se había negociado: el presidente seguiría encargándose personalmente de la cancillería, quedando como encargado del despacho el licenciado Bartolomé Carbajal, hombre suyo. En Gobernación se nombró al licenciado Emilio Vázquez Gómez. En Guerra, el general Rascón fue rápidamente sustituido por el general González Salas, hombre plenamente identificado con su institución pero emparentado con el clan Madero. A cargo de la Secretaría de Hacienda quedó don Ernesto Madero Farías, tío del jefe de la Revolución y experimentado hombre de negocios cercano a Limantour. Don Rafael L. Hernández, primo de Madero y antirreeleccionista desde el principio, aunque de ideas económicas igualmente cercanas a las de los científicos, fue designado Secretario de Fomento. En Comunicaciones quedó el ingeniero Manuel Bonilla, quien había sido el jefe visible del antirreeleccionismo en Sinaloa y era un conocido revolucionario moderado. Otro científico, el licenciado Manuel Calero, quedó en la Secretaría de Justicia. Finalmente, la cartera de Educación quedó en manos del doctor Francisco Vázquez Gómez.<sup>1</sup>

Parecía, pues, que los científicos habían ganado la Revolución, pues pertenecían al grupo el presidente De la Barra, el subsecretario de Relaciones y el secretario de Justicia; y eran claramente cercanos a Limantour los secretarios Madero y Hernández. Por su parte, Bonilla y los hermanos Vázquez debían representar a los antirreeleccionistas urbanos y moderados. Pero los Vázquez, en muchas ocasiones habían sido más moderados que Madero, se habían radicalizado durante la lucha armada y en las negociaciones de Ciudad Juárez, en las que Francisco Vázquez había sido el portavoz de quienes se oponían a la firma de una paz antes de ganar la guerra.

Los Acuerdos obligaban también a la formación de gobiernos de transición en cada uno de los estados de la federación, lo que fue un asunto extremadamente complicado. En Chihuahua, luego de aceros debates, el congreso local aceptó el 3 de junio la renuncia del gobernador Miguel Ahumada, quien había sido llamado a ocupar el cargo en sustitución de

---

<sup>1</sup> Vázquez Gómez, 1933, 249-251. Garritz, 1965, 86-90.

Creel cuando la revuelta estaba muy avanzada en atención a que había dejado un grato recuerdo durante su larga gestión anterior (1893-1903). El Congreso Local, claramente terracista, designó gobernador interino a Abraham González. El 9 de junio don Abraham llegó a Chihuahua con una pequeña escolta. En la estación lo recibieron los dirigentes del Club Benito Juárez, excarcelados tras la firma de los Acuerdos, y una entusiasta multitud. Al día siguiente tomó posesión del gobierno del estado y designó secretario general de Gobierno al profesor Braulio Hernández, secretario particular a Alberto Talavera y tesorero a Sebastián Vargas hijo.<sup>2</sup>

Entre tanto, el grueso de las fuerzas rebeldes permanecían acantonadas en Juárez y Casas Grandes, donde el general Orozco estaba a la expectativa. Las reacciones que ya había suscitado la parte de los Acuerdos correspondiente a la desmovilización de los rebeldes obligaba a las nuevas autoridades a irse con cautela, sobre todo en Chihuahua, y empezaba a pensarse en mantener a algunas de esas fuerzas sobre las armas, bajo la figura de rurales de la federación, irregulares o gendarmes estatales. Eran firmes partidarios de la creación de estos cuerpos irregulares el secretario de Gobernación, Emilio Vázquez, y tres gobernadores provisionales: Abraham González, de Chihuahua; José María Maytorena, de Sonora; y Venustiano Carranza, de Coahuila.

El evidente disgusto de los caudillos populares con el cariz que iban tomando los asuntos, la hostilidad entre el crecido número de rebeldes y la considerable guarnición federal que se había concentrado en Chihuahua, y el hecho de que algunos magonistas empezaran a lanzarse otra vez a la campaña, convenció al gobierno de sacar del estado a todas las fuerzas federales y resignar la guarnición en manos de los antiguos rebeldes asimilados como irregulares, lo que además permitía aplacar con cargos y sueldos a algunos de los capitanes descontentos. Una vez resuelto esto, en buena medida por las gestiones de Abraham González y Emilio Vázquez, Pascual Orozco fue autorizado a ocupar con sus fuerzas la ciudad de Chihuahua, a la que entró en son de triunfo el 22 de junio. Ese mismo día empezaron a salir del estado los contingentes federales. Sólo se quedó en Ciudad Camargo el 13º Regimiento, de Trucy Aubert.<sup>3</sup>

<sup>2</sup> AHRM, 66, ff. 36-38. Beezley, 1968, 107-110.

<sup>3</sup> Amaya, 1946, 216-218. Almada, 1964, 1:241.

Pascual Orozco recibió el cargo de jefe de la 1ª Zona Rural, con jurisdicción en Chihuahua, y el mando de tres núcleos irregulares de 350 hombres cada uno: el primero en Chihuahua, a sus órdenes directas, formado por los Cuerpos Rurales 23, 24 y 25, que mandaban los coroneles José Orozco, Agustín Estrada y Marcelo Caraveo; el segundo en Juárez, a las órdenes de José de la Luz Blanco, con gente del Papigóchic, el Santa María y Galeana; y el tercero en Parral, con José de la Luz Soto como jefe, en el que quedaron rebeldes de Tomás Urbina,<sup>4</sup> Maclovio Herrera, Trinidad Rodríguez y Julián Granados.

El resto de las fuerzas fueron licenciadas. A cada soldado se le entregaron 50 pesos, 25 más a quienes entregaran su rifle o carabina y una orden de pasaje a la estación de ferrocarril más cercana a su domicilio. Se despachó así a 1,600 rebeldes en la ciudad de Chihuahua y quizá mil más en Camargo, Jiménez, Chínipas y Parral. Jefes como Toribio Ortega, Tomás Urbina, Juan Dozal, Jesús Morales, Enrique Portillo, Tomás Ornelas, Fidel Ávila y Martín López recibieron, como todos, sus 50 o 75 pesotes. Sólo Pancho Villa, como donación personal de Francisco I. Madero, recibió 10,000 pesos, con los que puso una carnicería y compró una casa en Chihuahua para su recién desposada Luz Corral.<sup>5</sup>

La Revolución en Coahuila no se limitó a la Comarca Lagunera, coronada con la sangrienta ocupación de Torreón: en el resto del estado se habían multiplicado los grupos rebeldes y aunque su actividad fue menor que la de los laguneros ocuparon la mayoría de las poblaciones del estado conforme el ejército federal se retiraba. El 29 de mayo entraron a Saltillo unos 800 o 1000 rebeldes provenientes del sureste, el centro y el norte del estado, y del norte de Zacatecas y San Luis Potosí. Sus jefes eran Rafael Cepeda, Francisco Coss, Ildelfonso Pérez, Eulalio y Luis Gutiérrez, Gertrudis Sánchez, Ernesto Santos Coy, Andrés Saucedo, Jesús Dávila,<sup>6</sup> y otros que habrían de alcanzar fama a las órdenes de un paisano suyo que empezaba a destacar en el horizonte revolucionario: ese Venustiano Carranza cuyo nombramiento como encargado del despacho de Guerra había caído como bomba

---

<sup>4</sup> Según una carta de José de la Luz Soto a don Abraham González, los hombres que tenía Urbina en Jiménez antes del licenciamiento, eran 700, de los cuales solo setenta pasaron a los cuerpos irregulares de Soto. AHRM, 66, 223.

<sup>5</sup> Véase el "Libro de Licenciamiento de las Fuerzas Insurgentes de Chihuahua", copiado por Francisco R. Almada del Archivo de la Administración de Rentas de Chihuahua, para el AHRM, 66, 254-255, al que sigue la lista de cerca de 1200 de los hombres licenciados, entre los que se incluyen los jefes mencionados. Véase también Ontiveros, 1914, 27-28. Almada, 1964, 1:239-241.

<sup>6</sup> Taracena, 1963, 44. Portilla, 1995, 618.

entre los guerrilleros chihuahuenses y a quien, en compensación, Madero había ofrecido el cargo de gobernador provisional de Coahuila.

No se han explicado suficientemente las razones por las que Madero necesitaba a Carranza, prefiriéndolo para el gobierno de Coahuila sobre cualquiera de sus parientes o clientes de La Laguna y Parras. Quizá las amplias redes políticas del clan Carranza en regiones de Coahuila que escapaban al área de influencia de los Madero, sumadas al hecho de que si bien el exsenador no se había lanzado a la lucha, sí lo hicieron muchos hombres vinculados con él (Jesús Carranza, Pablo González Garza, Cesáreo Castro, Rafael Cepeda y varios más), convencieron a Madero de la conveniencia de ofrecerle ese cargo. No fue fácil imponer a don Venustiano contra la hostilidad del Congreso Local, pero los rebeldes que ocupaban Saltillo y las presiones combinadas de Madero y De la Barra terminaron por allanarle el camino.<sup>7</sup>

Entre tanto, y como ya dijimos, Emilio Madero, al frente del grueso de las fuerzas que habían tomado Torreón, se dirigió a Durango, plaza que estaba sitiada por los rebeldes de Calixto Contreras y Domingo Arrieta. Emilio llegó frente a Durango para recibir la plaza de manos de sus autoridades, que no tenían ninguna gana de ver repetirse el saqueo y matanza que siguieron a la violenta toma de Torreón, y el 30 de mayo unos seis mil rebeldes montados desfilaron por las principales calles de la ciudad. De inmediato, Emilio se dio a la tarea de concertar los acuerdos que permitieran la formación del gobierno de transición. Negociando con el poder legislativo local y con los jefes rebeldes logró que se aceptara la designación como gobernador de un prestigiado médico sin antecedentes políticos: el doctor Luis Alonso y Patiño. El ingeniero Carlos Patoni fue designado secretario general de Gobierno; el ingeniero Pastor Rouaix jefe político del partido de Durango y en otros cargos menores quedaron Lorenzo Parra Durán y Enrique Nájera. Los cuatro habían sido maderistas de la capital del estado, es decir, maderistas ilustrados y de clase media que no pudieron o no quisieron salir a los campos de batalla, aunque fueron perseguidos durante los meses de la revuelta. No estaban representados en el gobierno los maderistas del interior del estado, los jefes populares de verdadero prestigio en sus regiones, entre los que destacaban Calixto Contreras, Orestes Pereyra y Domingo Arrieta.

---

<sup>7</sup> Aunque insatisfactorias, pueden verse las siguientes versiones de la designación de Carranza como gobernador provisional de Coahuila: Taracena, 1963, 40-45. Richmond, 1986, 47.

Los nuevos encargados del ejecutivo estatal tendrían que gobernar con la intacta estructura del viejo régimen, como escribió Pastor Rouaix: "un gobierno renovador en inconcebible amalgama con la inamovible legislatura porfirista, con los caducos funcionarios judiciales y con el viejo personal de empleados, con lo que, prácticamente, el vencedor quedó a merced del enemigo".<sup>8</sup>

Antes de salir rumbo a Torreón para hacerse cargo de la jefatura de la 2ª Zona Rural, con jurisdicción en Durango y Coahuila, Emilio Madero llevó a cabo el licenciamiento de las fuerzas rebeldes. Al mismo tiempo y por instrucciones suyas, Orestes Pereyra instrumentaba el licenciamiento en Torreón y Rafael Cepeda en Saltillo. En los primeros días de junio, mediante una compensación en metálico inferior incluso a la que se pagó en Chihuahua (los licenciados recibieron cuarenta pesos por barba), las bandas armadas de los caudillos menores fueron desarmadas y despachadas a sus lugares de origen. Pero, como en Chihuahua, hubo grupos rebeldes cuyo licenciamiento no fue fácil y que terminaron como rurales. De esa manera, en La Laguna de Coahuila quedaron armados y encuadrados 279 hombres a las órdenes de Sixto Ugalde y 336 a las de Agustín Castro; en La Laguna de Durango, 152 hombres comandados por Gertrudis Sánchez; en Nazas y Mapimí, 302 hombres de Orestes Pereyra; en Cuencamé cerca de 300 de Calixto Contreras; y en Santiago Papasquiaro otros tantos, bajo las órdenes de Domingo Arrieta. Un séptimo cuerpo irregular quedó en Saltillo a las órdenes de Pablo González.<sup>9</sup> El general Urquiza, el cronista del soldado lagunero, cuenta la reacción inmediata de los rebeldes así tratados:

-¿Te dieron tus cuarenta pesos, mano?

-Sí, pero nomás les di un arma vieja y descompuesta. A la buena, si les iba yo a entregar la mera petatera.

-¡Claro, pos de tonto!

-Estamos retecontagiados por todos los ranchos, y ni modo de andar sin arma [...] Oye, me dijo un amigo de por ahí de "El Compás", que Cheché Campos quiere armar bola contra Madero.

-Pos pué que tenga razón. Ya ves estos... cómo lo corren a uno apenas ganaron.

-En balde la ayudada que les dimos [...]

-Vente, vámonos acercando por el lado de Cheché Campos, por allí ha de reventar la bola.<sup>10</sup>

<sup>8</sup> Citado por Altamirano, 1997, 41.

<sup>9</sup> Altamirano, 1997, 53-54.

<sup>10</sup> Urquiza, 1985, 28. El Compás era la hacienda que rentaba Cheché Campos.

Así las cosas, a principios de julio los pasos formales de la transición estaban dados, con la mayor parte de los alzados de regreso en sus casas y los tres poderes y los cuatro niveles del gobierno amigablemente repartidos entre los representantes del antiguo régimen y los maderistas urbanos, que se aprestaban a organizar las elecciones que darían lugar a los respectivos gobiernos constitucionales que sellarían la "transición a la democracia". Pero no tardó en aguarse la fiesta.

Desde fines de junio de 1911 el gobernador de Chihuahua, Abraham González, empezó a recibir numerosos telegramas de las autoridades municipales quejándose por la actitud de los rebeldes licenciados: el 26 de junio recibió una carta del coronel Orestes Pereyra, jefe de armas de Torreón, quien le informaba que "gente licenciada de Tomás Urbina anda haciendo escándalos en Villa Hidalgo, Durango", y que por lo tanto, había girado órdenes "a dicho señor Urbina" para que desarmara a esos hombres. El 27 de junio recibió un telegrama del coronel José de la Luz Soto, quien le informaba "que los licenciados ex-soldados insurrectos, andan cometiendo actos bandálicos (sic) en Valle de Zaragoza". Entre el 7 y el 15 de julio le llegaron varios telegramas que acusaban a Homóbono Reyes, de Palomas, de negarse a desarmar a su gente y que lo mismo pasaba con Heraclio Lozano, quien había peleado a las órdenes de Cástulo Herrera. Desde fines de julio se recibieron informes del remoto mineral de Guadalupe y Calvo, en los que se acusaba al jefe rebelde Juan Banderas (sinaloense, que desde las cañadas de su estado había subido a Guadalupe y Calvo) de destruir los archivos y negarse a desarmar a sus hombres. El 27 de septiembre, José de la Luz Soto acusaba a Trinidad Rodríguez de proteger a exrebeldes metidos a bandoleros, y decía que la única solución al bandolerismo en la región de Santa Bárbara consistiría en aprehender al dicho Trinidad Rodríguez y confiscarle "todo lo que tiene, que es robado en la época de la Revolución". En fin, de todos lados llegaban informes de la inconformidad de los rebeldes supuestamente licenciados.<sup>11</sup> Uno de los documentos más explícitos, enviado el 27 de septiembre por el presidente municipal de Satevó, decía

---

<sup>11</sup> AIHM, 66, ff varias.

[...] que es ya escandaloso el bandolerismo y principalmente abigeato en esta Municipalidad a mi cargo, debido al apoyo que Pancho Villa imparte a toda clase de gente insubordinada y amante de vivir de lo ajeno y a la mal fundada razón que muchos exponen de que prestaron sus servicios a la Revolución y que con este motivo pueden disponer de haciendas que no les pertenecen.

La mayoría se rehusan a respetar a las autoridades y a caminar de acuerdo con ellas; no quieren sujetarse a las leyes sino a su voluntad.<sup>12</sup>

Pero la correspondencia recibida por don Abraham reflejaba también el malestar creciente de los licenciados: El 7 de julio, Pablo López (el muy joven voluntario de la capital del estado que, con su hermano Martín, se había hecho notar por su valor al lado de Pancho Villa) escribió a don Abraham, quejándose airadamente porque Maclovio Herrera, a cuyas órdenes había quedado desde abril, pretendía licenciarlo con tan sólo 30 pesos. El 20 de julio, Fortino Gámez informaba al gobernador que numerosos rebeldes se negaban a ser desmovilizados en Chínipas, porque se pretendía pagarles solamente 25 pesos, requisándoles su arma.<sup>13</sup> El 10 de agosto, el coronel (licenciado) Tomás Urbina, escribió una larga carta a don Abraham, con copia a Madero, en que exponía la situación de sus hombres y la actitud de muchos de los jefes licenciados:

Tengo el gusto de acompañar a Ud. una lista de varios soldados del Estado de Durango que trabajaron conmigo durante todo el tiempo de la Revolución o más bien dicho, gran parte de la Revolución y conforme a las órdenes superiores fueron dados de baja y liquidados en Jiménez durante la segunda quincena de junio y, al volver a sus hogares, con la sana intención de dedicarse al trabajo, los han perseguido brutalmente varias autoridades de Durango. Como Ud. comprenderá, debido a la Revolución en todas partes en que operamos nos contrajimos muchas enemistades, en virtud de habernos provisto de fondos, mercancías y caballos para la subsistencia de nuestra tropa y en virtud de estar autorizados por el Plan de San Luis Potosí; pero como en el Estado de Durango predomina el elemento antiguo, o sea el caciquismo y la influencia de los científicos, son a éstos a lo que obedecen las persecuciones injustas que sufren actualmente nuestros hermanos; por lo mismo, han ocurrido a mí los individuos que forman la lista que adjunto, para evitar el derramamiento de sangre que sería perjudicial a nuestros hermanos y a la causa de la República. En tal virtud, suplicamos a Ud. se sirva interponer sus influencias ante el Primer Magistrado de la Nación, a fin de que se libren las órdenes respectivas [...] al Gobernador de Durango y a las demás autoridades militares para que no sean molestados en ninguna manera ninguno de

---

<sup>12</sup> AIHRM, 66, 250.

<sup>13</sup> AIHRM, 66, 229-231.

nuestros repetidos hermanos, en la inteligencia de que si no es atendida nuestra respetuosa súplica, indudablemente nos veremos obligados por la fuerza.<sup>14</sup>

Aquí seguían dos largas listas de licenciados, una de hombres de Villa Ocampo, y otra de gente del partido de Indé.<sup>15</sup>

En La Laguna, Emilio Madero logró desmovilizar a unos 4000 hombres, pero era un secreto a voces que todos conservaron sus armas (regresemos al imaginario pero absolutamente verosímil diálogo de Urquiza). Rápidamente reorganizó los ferrocarriles y tranquilizó el campo, permitiendo que iniciara la siembra del algodón. Pero en los últimos días de junio empezaron las primeras huelgas de braceros, que en julio se convirtieron en una verdadera oleada, y aunque la siembra pudo realizarse sin grandes tropiezos estaba claro que los problemas apenas empezaban.<sup>16</sup>

En muchos sentidos, las revueltas y motines que en Chihuahua y La Laguna antecedieron a la rebelión de Orozco fueron hijas de los conflictos derivados del licenciamiento de los insurgentes maderistas. Máxime cuando estos conflictos se mezclaron con la política local, que en los tres estados de que venimos hablando generó también una buena cantidad de rencores entre los rebeldes populares.

En Chihuahua, Abraham González inició su gestión pisando fuerte, con medidas que acrecentaron su popularidad y que, en algunos asuntos, tuvieron efectos inmediatos. En julio envió al Congreso Local un proyecto de ley municipal que resignaba en los municipios las prerrogativas hasta entonces detenidas por las jefaturas políticas, volviendo a hacer de los ediles funcionarios electos por voto popular. La ley entró en vigor el 30 de octubre y abrió el camino de la supresión de las jefaturas políticas, dictada poco después por el mismo gobernador. Poco después fueron convertidos en cabeceras municipales los pueblos de Bocoyna, Madera, Naica y Mineral de Dolores, y en secciones municipales los minerales Río Plata y La República.<sup>17</sup>

Estas disposiciones fueron de enorme efecto propagandístico. La Ley respondía a una de las más señaladas demandas de los rancheros chihuahuenses en pie de guerra, la

<sup>14</sup> AHM, 66, 242.

<sup>15</sup> Es importante notar que todos los rebeldes con antecedentes de bandolerismo, como Pancho Villa, Tomás Urbina y Trinidad Rodríguez, fueron excluidos de la organización de los nuevos cuerpos irregulares.

<sup>16</sup> Meyers en Katz, 1990, 138-146.



relativa a la autonomía municipal y la exigencia de que los funcionarios de ese nivel fueran electos, como antes de las reformas de Creel. Elevar a municipios y secciones los pueblos dichos, golpeaba a compañías como la del Ferrocarril Kansas City, México y Oriente, y The Madera Lumber Co., que, como señalamos en su momento, hacían y deshacían a placer en esas poblaciones, donde las leyes mexicanas no tenían vigencia.

Tres medidas más, dictadas también en julio, convirtieron a don Abraham en el hombre del día en el estado: la condonación de impuestos caídos en fincas rústicas y urbanas, semovientes y giros mercantiles cuyo valor no excediera los seis mil pesos, acompañada de la promesa de revisar las tasaciones fiscales hechas por el gobierno de Creel. El decreto que obligaba a todas las empresas que gozaran de exenciones de impuestos concedidas por el gobierno del estado, a someter al arbitraje del mismo todo conflicto con sus operarios, so pena de perder sus exenciones y privilegios. Y el dictamen del ejecutivo local para suspender toda tramitación de terrenos urbanos y rústicos en el municipio de la capital, para esperar las nuevas reglamentaciones sobre terrenos baldíos y públicos que permitieran repartir tales terrenos "entre los obreros y los proletarios".<sup>18</sup> Estas medidas no tuvieron ningún efecto práctico, salvo la condonación de impuestos, pero fueron un anuncio de que el gobierno pensaba ocuparse seriamente de los problemas fiscales, agrarios y laborales, que junto con los de la autonomía municipal, eran los de mayor importancia en opinión de los revolucionarios del estado.

Con esta popularidad, don Abraham se dedicó seriamente al problema político del momento, que era la organización de las elecciones locales, anunciadas para el 24 de agosto, y el fortalecimiento de su candidatura, porque si en las primeras semanas de la transición su triunfo parecía inevitable, la aparición en escena de la virtual candidatura opositora del general Pascual Orozco Vázquez, a finales de junio, obligó al gobernador y a sus partidarios a cerrar filas y a cargar contra el joven caudillo.

La aparición del Centro Independiente Chihuahuense, que proclamó la candidatura de Orozco, fue el catalizador para que los revividos clubes Benito Juárez e Ignacio Allende y la mayoría de los centros antirreleccionistas del interior del estado, así como algunas organizaciones mutualistas, se unieran en torno a la candidatura de don Abraham, dando

---

<sup>17</sup> AHRM, 66, 52-53 y 67. Almada, 1964, I:242.

<sup>18</sup> AHRM, 66, 41, 43 y 46.

vida al Partido Democrático Antirreeleccionista de Chihuahua. La prensa cargó con saña contra Orozco y empezaron a acusarlo de ser un títere del clan Terrazas-Creel. Madero y Silvestre Terrazas pidieron a Orozco que retirara su candidatura y así lo hizo, el 15 de julio, abrumado por las presiones. El 24 de agosto don Abraham ganó sin enemigo al frente. En septiembre se instaló el nuevo congreso, entre cuyos doce diputados estaban los revolucionarios Luis de la Garza, Sebastián Vargas, Pedro Gómez Ornelas, Miguel Baca Ronquillo, Juan B. Rosales, Daniel Rodríguez y Francisco Valderráin. Los otros, no tan connotados, también eran maderistas.<sup>19</sup>

Durante el poco tiempo en que la candidatura de Orozco pareció una realidad (26 de junio al 15 de julio de 1911), los partidarios de don Abraham empezaron a acusar al general de haberse convertido en un títere de los Terrazas y Orozco reasumió su cargo de jefe de los rurales sumamente amargado, ofendido en extremo por la innecesaria rudeza de la propaganda que en su contra enfilaron, con muy poco tiento y menos generosidad, los partidarios de don Abraham, de quienes Orozco tenía derecho a esperar mejor trato. Los amigos y partidarios del caudillo de San Isidro quedaron con la impresión de que la Revolución había servido únicamente para encumbrar a un nuevo grupo personalista.<sup>20</sup>

El pleito entre los partidarios de don Abraham y los de Pascual se mezcló, en mala hora, con un problema cada vez más candente de la política nacional: el conflicto entre el grupo de Madero y el de los Vázquez Gómez, que terminó con la primera escisión revolucionaria. Los Vázquez, que habían sido más moderados que Madero, al grado de

---

<sup>19</sup> Un factor más, de no poca importancia, era que a Orozco le faltaban unos meses para cumplir los 30 años que la Constitución local exigía para ser gobernador constitucional. Véanse las candidaturas de González y Orozco en Puente, 1912, 40-43; Almada, 1964, 1:244-246; Beezley, 1968, 112-115; y M. Meyer, 1984, 54-57. El 10 de septiembre se hicieron oficiales los resultados de las elecciones para gobernador, y el 11 de septiembre se dieron a conocer los nuevos diputados locales, que entrarían en funciones el 16 de septiembre: 1er partido electoral, Alberto Talavera, suplente Benjamín Aranda (cabecera en Chihuahua). 2º partido, Luis de la Garza Cárdenas, Francisco Balderrama (Chihuahua). 3er partido, Sebastián Vargas padre, José Quevedo (Cd. Juárez). 4º partido, Gil Rico, Pascual Orozco padre (Cd. Guerrero). 6º partido, Pedro Gómez Ornelas, Matías Gavaldón (Cd. Camargo). 7º Miguel Baca Ronquillo, Alfonso R. Ochoa (Valle de Allende). 8º Pedro Acosta y Plata, Miguel González (Cd. Jiménez). 9º Suplente Francisco Meléndez Sáenz (Hidalgo del Parral). 10º Daniel Rodríguez Marín, Genaro Dozal (Cusiuhuirachié). 11º Francisco Valderráin, Enrique N. Seyffert (Ocampo). 13º Leonardo Ramírez, Ignacio Félix (Batopilas). 14º Roberto J. Albiztegui, Octavio F. García (Guadalupe y Calvo). AIHRM, 66, 36. El ganador por el 9º partido fue Juan B. Rosales, a quien se impugnó pero finalmente tomó posesión del cargo (PHO/1/16, 54-65 y 73-77). Los partidos 5º y 15º no existían ya y en el 12º (Chinipas) se anulaban las elecciones.

negarse a apoyar el llamado a las armas en 1910, se habían ido radicalizando en los últimos meses de la rebelión, quizá porque el contacto con los caudillos populares los llevó a tomar mayor conciencia de los problemas del país, quizá porque la creciente frialdad con que los trataban los políticos más allegados a Madero los obligó a buscar nuevos aliados dentro de las filas revolucionarias. El caso es que durante las negociaciones que precedieron a los Acuerdos de Ciudad Juárez, el doctor Francisco Vázquez fue el portavoz de quienes se oponían a terminar la guerra antes de la derrota militar del enemigo, y cuando fue evidente la intención conciliadora del gobierno y de Madero, exigió que cualquier acuerdo tendría que darse sobre la base de la renuncia de Porfirio Díaz y Ramón Corral.

Ya instalado el gobierno, y considerando los vínculos de Ernesto Madero y Rafael Hernández con los científicos y el bajo perfil del ingeniero Bonilla, los hermanos Vázquez se convirtieron, para muchos revolucionarios, en la única salvaguarda de las demandas de la Revolución tanto como de su propia situación personal.<sup>21</sup> Efectivamente, como secretario de Gobernación Emilio Vázquez obstaculizó sensiblemente lo que León de la Barra y Madero entendían como pacificación, gestionando la conversión del mayor número posible de revolucionarios en "rurales de la federación" y tratando de "hacer justicia" a los hombres de la Revolución. De ese modo, desde la perspectiva de los hombres de "la transición", Emilio se convirtió en un obstáculo para la paz, percepción que se agravó cuando en julio trató de impedir la sangrienta represión de los revolucionarios poblanos y morelenses (que mandaban, respectivamente, Abraham Martínez y Emiliano Zapata) que se negaban a ser licenciados sin garantías del cumplimiento de la promesa agraria que entreveían en el párrafo cuarto del artículo tercero del Plan de San Luis.

La ruptura de los vazquistas con Madero fue lenta y complicada, y las versiones apasionadas de uno y otro bando no ayudan a aclarar el proceso. Lo cierto es que para fines de junio de 1911 el grupo más cercano a Madero estaba claramente decidido a excluir de sus filas a los Vázquez Gómez y sus partidarios. Dos fueron los pasos que los maderistas

---

<sup>20</sup> La versión orozquista, en Amaya, 1946, 260-263.

<sup>21</sup> Dice Amaya: "La actuación de ambos hermanos dentro de aquel gobierno donde dominaban elementos porfiristas contrarios a la ideología revolucionaria constituía la única fuerza leal y sincera en defensa de los principios sustentados por los verdaderos hombres de principios que concurrieron a las jornadas de 1910. Al menos era el criterio que predominaba dentro del conglomerado revolucionario. No había en dicho gabinete mas que estos dos únicos revolucionarios". Amaya, 1946, 267.

dieron para consumarlo: forzar la renuncia de Emilio Vázquez y disolver el Partido Antirreeleccionista para formar uno nuevo que no tuviera a Francisco Vázquez como candidato a la vicepresidencia. El 1º de agosto, luego de una serie de eventos que no son del caso, De la Barra tuvo el pretexto para pedirle al licenciado Vázquez su renuncia, misma que este le entregó al día siguiente:

Después de haber tenido diversas dificultades con el señor Presidente de la República, motivadas por la circunstancia de representar él, en el gobierno actual, la tendencia conservadora del antiguo régimen, y yo la tendencia renovadora de la revolución triunfante [...], el señor Presidente de la República ha tenido a bien ordenarme que presente mi renuncia [...] y cumpliendo esa orden vengo a renunciar y renuncio el puesto mencionado.<sup>22</sup>

En unas declaraciones publicadas por *El Imparcial* el 16 de octubre de 1912, León De la Barra refuerza lo dicho por Emilio:

Justamente las diferencias que, en mi manera de ver en cuanto a la pacificación (que yo consideraba basada en el desarme inmediato y efectivo de una gran parte de las fuerzas revolucionarias), y la opinión del señor licenciado Emilio Vázquez Gómez, me hizo pedirle su renuncia del puesto de secretario de gobernación que desempeñaba.<sup>23</sup>

A la renuncia de Emilio Vázquez siguieron numerosas quejas de revolucionarios, lo mismo que la ruptura definitiva de las pláticas de paz entre Emiliano Zapata y los representantes del gobierno. En lugar de Emilio fue designado Alberto García Granados, porfirista joven y moderado, cercano a De la Barra. En la subsecretaría, buscando un contrapeso que diera garantías al maderismo, quedó Federico González Garza.<sup>24</sup>

El fin del Partido Antirreeleccionista y de la candidatura vicepresidencial de Francisco Vázquez empezó a gestarse a principios de julio, aunque en principio no respondía a este objetivo: para Madero estaba claro que su partido se había modificado

<sup>22</sup> Vázquez Gómez, 1933, 389-390.

<sup>23</sup> Vázquez Gómez, 1933, 393-394.

<sup>24</sup> Véase copia de muchas de las cartas enviadas a De la Barra o Madero en Vázquez Gómez, 1933, 395-425. Dos buenas versiones maderistas de los conflictos del verano de 1911 son Taracena, 1938, 445-517; y Valadés, 1960, II:195-212. Véase también, desde la perspectiva de De la Barra, Garritz, 1965, 90-95. Entre quienes ven en Emilio la garantía de los revolucionarios y ve en la preservación de los irregulares un triunfo suyo de trascendentales consecuencias, está el gran teórico del agrarismo (y vaquista en 1911) Andrés Molina Enríquez, 1985, 440 y ss.

enormemente y que no era válido mantener las estructuras y jerarquías anteriores a la lucha armada, que había descartado a muchos maderistas de la primera hora poniendo en primer plano a otros que en noviembre de 1910 eran completamente desconocidos, de modo que el 19 de julio hizo público un manifiesto por medio del cual declaraba formalmente disuelto el Partido Antirreeleccionista y llamaba a formar, en su lugar, el Partido Constitucional Progresista, “delegando mis facultades [como jefe de la Revolución] en un Comité Central” encargado de organizar el nuevo partido.<sup>25</sup>

El 6 de agosto de 1911 el Comité Central convocó para el 27 de ese mes a la Convención Nacional de la que habrían de surgir el Partido y sus candidatos. Los organizadores pretendían que llegara un delegado por cada distrito electoral, aunque algunas delegaciones contaron con una mayor representación, particularmente las de Chihuahua, Sonora, Coahuila y el Distrito Federal. Frente a la candidatura vicepresidencial de Francisco Vázquez Gómez, el grupo cercano a Madero presentó la del licenciado José María Pino Suárez, jefe del maderismo en Yucatán y hombre de probada lealtad al jefe de la Revolución. La Convención se dividió en dos bandos irreconciliables y a la hora de elegir a los candidatos las diferencias explotaron. Luis Cabrera, brillante y agudo orador convertido en jefe de los vazquistas, llamó a los delegados a mantener la fórmula Madero-Vázquez Gómez, en tanto que los maderistas, sin negar los méritos del doctor Vázquez, insistían en la necesidad de constituir un gobierno homogéneo. La candidatura de Pino Suárez triunfó por un estrecho margen, en el que fueron determinantes los votos de las delegaciones norteñas: Gustavo A. Madero, quien encabezaba las delegaciones unidas de Coahuila y Nuevo León; José Vasconcelos, representante personal del gobernador de Sonora, José María Maytorena, y cabeza de la delegación sonorense; Federico González Garza, jefe en la Convención de los maderistas capitalinos y, sobre todo, Abraham

---

<sup>25</sup> Véase el texto en Taracena, 1938, 487-490. Los miembros del Comité Central serían Juan Sánchez Azcona, Gustavo A. Madero, José Vasconcelos, Luis Cabrera, Alfredo Robles Domínguez, Roque Estrada, Manuel M. Alegre, Enrique Bordes Mangel, Eduardo Hay, Jesús González, Adrián Aguirre Benavides, Ignacio Fernández de Lara, Pedro Galicia Rodríguez, Eusebio Calzada, Jesús Urueta, Francisco Martínez Baca, Nicolás Menéndez, Jesús Flores Magón, Heriberto Frías, Rafael Martínez, Miguel Díaz Lombardo y Roque González Garza: seguía habiendo un clarísimo predominio de maderistas urbanos de clase media acomodada, prácticamente ningún vazquista (salvo Cabrera), varios laguneros (Gustavo Madero, Roque González Garza, Adrián Aguirre Benavides y Eusebio Calzada, parientes o clientes de don Panchito), y sólo un representante de los grupos revolucionarios de Chihuahua, el periodista Rafael Martínez (“Rip-Rip”).

González y los 50 votos de la delegación chihuahuense, inclinaron la balanza a favor del probo abogado yucateco.<sup>26</sup>

Abraham González se las había ingeniado para llevar una delegación totalmente maderista, excluyendo a los vazquistas y a los amigos del general Orozco, que poco a poco iban identificándose con aquellos. Destacaba entre los vazquistas el profesor Braulio Hernández, secretario general de Gobierno del estado. También Silvestre Terrazas reprobió la designación de Pino Suárez y así, aunque en Chihuahua la candidatura de Madero arrolló en las elecciones realizadas en octubre, la de Pino Suárez triunfó sobre la de Vázquez por 227 votos contra 165, lo que mostraba la fuerza creciente del vazquismo en el estado. En varias poblaciones los actos electorales o los decretos anunciando el resultado de los comicios, terminaban con los gritos de "¡Pino no!, ¡Pino no!".<sup>27</sup>

El 6 de noviembre de 1911 Madero tomó posesión de la presidencia de la República, integrando su gabinete con Manuel Calero en Relaciones, Abraham González en Gobernación, Manuel Vázquez de Tagle en Justicia, Miguel Díaz Lombardo en Instrucción Pública, Rafael L. Hernández Madero en Fomento, Manuel Bonilla en Comunicaciones, Ernesto Madero Farías en Hacienda y José González Salas en Guerra. La designación del gobernador de Chihuahua como responsable de la política interior fue muy criticada por una prensa cada vez más ferozmente antimaderista, y don Abraham, quien se había ido revelando como un político hábil y leal, fue mostrado en sangrientas críticas como un hombre inculto, un rancharo incapaz al que el cargo le quedaba aún más grande que el de presidente a don Panchito. Para los enemigos del nuevo gobierno, el ilustre hijo de Ciudad Guerrero era "Ñor Abraham": la estulticia elevada a las máximas responsabilidades.

Las consecuencias que en Chihuahua tuvo la aparente elevación de don Abraham fueron aún más graves, porque se sacó del estado al único hombre capaz de neutralizar a Pascual Orozco, en un momento en que la política local se agravaba día con día. Como gobernador, don Abraham se había apuntado importantes tantos, quizá más efectistas que reales, pero también había empezado a estudiar algunos de los problemas más candentes, como el de la tierra, asunto sobre el cual llegaría a expedir algunos decretos tardíos. El 6 de noviembre el Congreso de Chihuahua dio al gobernador un permiso para ausentarse de su

<sup>26</sup> Vázquez Gómez, 1933, 427-431. Vasconcelos, 1935, 452-460.

<sup>27</sup> Amaya, 1946, 325-330. Beezley, 1968, 115-155. Almada, 1967, 68-69.

puesto durante tres meses. En su lugar fue nombrado el licenciado Aureliano S. González, quien tenía prestigio entre los vecinos de la capital y había alcanzado notoriedad por su defensa de los mutualistas en distintos juicios de la era Creel, pero que estaba muy lejos de tener la fuerza política de don Abraham.<sup>28</sup>

Una semana después de la toma de posesión de Aureliano González, Braulio Hernández renunció a la secretaría de Gobierno para dedicarse a difundir el plan vazquista de Tacubaya y a reunir en torno suyo a los elementos disconformes. El descontento y el desorden crecieron a lo largo del invierno causando la renuncia de Aureliano el 4 de febrero. El Congreso designó a Orozco, pero como éste no aceptara, se rogó al renunciante que se mantuviera en el cargo hasta que llegara don Abraham, quien había anunciado su regreso en vista del cariz que tomaba la situación.<sup>29</sup>

Don Abraham llegó sin contratiempos hasta Ciudad Camargo, donde lo esperaba un grupo de partidarios, entre ellos Silvestre Terrazas, pero no pudo continuar porque Braulio Hernández acababa de levantarse en armas y había quemado los puentes entre Camargo y Chihuahua; así que don Abraham regresó a Torreón y, por Piedras Negras, Eagle Pass y El Paso, llegó a Ciudad Juárez el 12 de febrero y a Chihuahua al día siguiente, haciendo pública su renuncia a la Secretaría de Gobernación y reasumiendo el gobierno del estado. La situación para entonces era casi insostenible y don Abraham hizo todo lo posible por evitar que el grueso de los rebeldes de 1910 volvieran a tomar las armas, esta vez contra el gobierno de Madero. Al mismo tiempo que trataba de reconciliarse con los descontentos, don Abraham pidió a Francisco Villa, Toribio Ortega, José de la Cruz Sánchez y Tomás Ornelas, la autorización que reclutaran voluntarios leales. Una última señal ominosa fue la renuncia de Orozco a la jefatura de la 1ª Zona Rural, el 29 de febrero.<sup>30</sup>

Tratando de contener lo que se venía, el 10 de febrero don Abraham declaró que al reasumir el gobierno de Chihuahua vendería en pequeños lotes las tierras públicas a los

---

<sup>28</sup> Véanse los hechos más significativos de su gestión como gobernador (provisional y constitucional) de junio a noviembre de 1911, en Almada, 1967, 49-69, y Beezley, 1968, 142-171.

<sup>29</sup> AIHRM, 66, 64-70 y 125; Almada, 1964, I:283-284; Almada, 1967, 85-90. Don Abraham había pedido una licencia de 15 días el 31 de octubre, para acompañar a Madero en su toma de posesión, junto con Pascual Orozco, José de la Luz Blanco y José de la Luz Soto; el 6 de noviembre don Abraham recibió el cargo de Secretario de Gobernación, y el 16 de noviembre el Congreso Local le extendió su licencia por tres meses más. Cuando renunció Braulio Hernández, fue nombrado en su lugar el hasta entonces oficial mayor del gobierno del estado, Lic. José María Ponce de León.

<sup>30</sup> Almada, 1964, I:287. Almada, 1967, 95-101. Beezley, 1968, 180-190.

campesinos carentes de ellas, quienes las pagarían en abonos. El 16 de febrero la prensa informó que el gobernador había puesto a consideración del legislativo local una iniciativa pidiendo autorización para abordar la solución del problema agrario. El Congreso autorizó al gobernador a contratar un empréstito de seis millones de pesos con garantía del gobierno federal, para obras de irrigación, compra o expropiación de terrenos para repartir entre los campesinos, establecimiento de un banco agrícola y construcción de escuelas rurales. No pudo don Abraham llevar nada de esto a la práctica porque el 2 de marzo la situación se le fue de las manos.<sup>31</sup>

Antes de hablar de la rebelión oroquista hay un último aspecto de la transición que es importante resaltar: la actuación de Calixto Contreras y Toribio Ortega, caudillos populares que tuvieron cierto margen de acción en sus regiones. A través de las acciones de estos dos futuros jefes de brigada villistas, podemos entender también las complicadas y conflictivas relaciones entre los revolucionarios oficiales y los caudillos populares.

Tras el licenciamiento del grueso de las fuerzas rebeldes duranguenses, el coronel Calixto Contreras fue enviado a Cuencamé con sus tropas, ahora "Regimiento Irregular Benito Juárez", y llegó ahí para encontrarse con que el nuevo jefe político, designado por el gobernador Alonso y Patiño, era un tal Escobar, hombre identificado con los López Negrete y los Martínez del Río. Contreras protestó enérgicamente y la situación en Cuencamé empezó a caldearse, hasta que el gobernador comprendió su yerro y depuso a Escobar a fines de junio, nombrando en su lugar al secretario al antiguo defensor de los ocuilas, Severino Ceniceros.

Con Severino Ceniceros como jefe político y Calixto Contreras como comandante de la guarnición, en el partido de Cuencamé la Revolución empezó a parecerlo. El cálido verano de 1911 estuvo marcado por las tomas de tierras y el cambio de personal en los gobiernos municipales. Desde febrero los ocuilas habían tomado los terrenos que disputaban a la hacienda Sombreretillos de Campa y en julio la superficie ocupada rebasó las 30,000 hectáreas de tierras ricas en guayule. Poco después, los vecinos de Pasaje, reforzados por campesinos de Peñón Blanco y Cuencamé, invadieron cerca de 70,000 hectáreas de las mejores tierras guayuleras de la hacienda de Santa Catalina del Alamo y las 3,000 hectáreas regadas por la presa Las Mercedes. Siguió la gente de Peñón Blanco, que tomó las cerca de 10,000 hectáreas disputadas con Santa Catalina del Alamo, y los manantiales del río Peñón Blanco que hasta

<sup>31</sup> Taracena, 1959, 16. Almada, 1964, 1:290.



entonces había usufructuado la hacienda de Juan Pérez. No corrieron con la misma suerte, por falta de elementos, los vecinos de Taponá y de Sauces de Salinas quienes, de todos modos, no tuvieron que esperar mucho para hacerse con las tierras que ambicionaban. En Taponá, ante la imposibilidad de reclamar tierras usurpadas, los peones se declararon en huelga para exigir el incremento del jornal a un peso diario.<sup>32</sup>

Mientras esto ocurría en Cuencamé, en la capital de la República y en la del estado se preparaban las elecciones federales de 1911. En Durango se formó el Partido Democrático Duranguense, dirigido por Pastor Rouaix y el periodista de oposición Ignacio Borrego, para respaldar la candidatura de Madero a la presidencia y la del doctor Alonso y Patiño a la gubernatura. Al ser postulado, Alonso renunció al gobierno del estado, que ocupó interinamente Emiliano G. Saravía y Murúa, hijo de Buenaventura y hermano de Ventura, último gobernador porfirista. Saravía gobernó tres meses y en noviembre entregó el cargo al doctor Alonso, obvio vencedor en los comicios. Alonso fue elegido no por cuatro años, sino para terminar el periodo constitucional del gobernador Fernández, es decir, para gobernar de noviembre de 1911 a septiembre de 1912, por esa razón, las fuerzas políticas se preparaban más bien para las elecciones de 1912.

Los revolucionarios de Cuencamé se habían mantenido al margen de estos asuntos. Es cierto que la designación de Emiliano G. Saravía les había disgustado, por la añeja amistad entre los González Saravía y los López Negrete, pero el gobernador interino se mostró tolerante ante las invasiones de tierras en el oriente del estado —prefería, claramente, que la tensión social se restringiera al partido de Cuencamé— y mantuvo en su puesto a Ceniceros y a los presidentes municipales del partido, nativos de Ocuila y elegidos por aclamación por los pobladores de Cuencamé, Peñón Blanco y Santa Clara, a los que Contreras había convocado a elegir nuevas autoridades.<sup>33</sup>

En noviembre de 1911 Calixto Contreras se fue a la ciudad de México a felicitar al señor Madero, pero sobre todo, a exponerle los conflictos agrarios del partido. Lo acompañaban Severino Ceniceros como vocero de Cuencamé, Jesús Flores por Ocuila, Antonio Castellanos y Froylán Reyes en representación de Peñón Blanco, José M. Rodríguez

---

<sup>32</sup> Las recuperaciones de Pasaje, Peñón Blanco y Ocuila en Altamirano, 2000, 124-125; véanse también las demandas de restitución de tierras de Pasaje (AGA, expediente 23/705) y Ocuila (AGA, expediente 23/703, legajo 3). La huelga de Taponá en Martínez y Chávez, 1998, 134.

<sup>33</sup> Altamirano, 1997, 52.

y Pedro Sosa por Pasaje, Agustín Aguilar y José María Martínez por Santa Clara, y Bernabé Cabello por Ranchería. Cuando los recibió, el presidente Madero hablaba de democracia y libertad y Contreras, quien llevaba la voz cantante, de reparto de tierras. Antonio Castellanos le dijo al presidente que los campesinos de Peñón Blanco se habían levantado por la promesa agraria que se entreveía en la parte final del artículo 3º del Plan de San Luis. Al día siguiente José M. Rodríguez envió una carta a Madero donde lamentaba que el tono "inconveniente" de Contreras, Ceniceros y Castellanos les hubiera impedido explicarle al presidente la verdadera situación de sus pueblos, por lo que se tomaba la libertad de hacerlo.<sup>34</sup>

En diciembre de 1911 Contreras y los demás estaban de regreso en Cuencamé. Ahí se enteraron que el gobernador Alonso y Patiño estaba presionando para que se cumpliera la ley en el partido, es decir, para que se pusiera coto al "vandalismo" de los campesinos, lo que aunado a su desencuentro con Madero les hizo suponer que sus días al frente de los destinos de la región estaban contados. Había más: el muy influyente diputado Gustavo A. Madero intercedía ante el gobernador Patoni por don Laureano López Negrete, aumentando la presión sobre los revolucionarios de Cuencamé.<sup>35</sup> En enero y febrero de 1912 las diferencias entre el gobernador Alonso y Patiño y el coronel Contreras fueron subiendo de tono, y se suponía que finalmente Contreras y Ceniceros serían defenestrados, cuando el incremento de la agitación en el campo alteró el equilibrio político.<sup>36</sup>

Ante la agitación creciente y la incipiente revuelta rural que empezaba a nuclearse en torno a demandas agrarias, el gobierno federal temió que la gente de Contreras se sumara a los nuevos rebeldes, por lo que decidió pactar con el caudillo de Ocuila, quien a mediados de febrero fue designado jefe político de Cuencamé con la orden de pacificar la región, cosa que sucedió de inmediato, pues los grupos de campesinos que habían tomado las haciendas tenían una confianza absoluta en el nuevo jefe político y las gavillas de bandoleros prefirieron ir a incordiar a otros rumbos.

<sup>34</sup> Martínez y Chávez, 1988, 136.

<sup>35</sup> Luis Aguirre Benavides, entonces secretario particular de don Gustavo, escribió después que Laureano López Negrete "tenía problemas de tierras en Cuencamé, Durango, y algunas veces ocurrió a ver a don Gustavo, de quien era amigo, para que le diera cartas de recomendación para ver al señor ingeniero Patoni". Por cierto, al día siguiente del asesinato de Gustavo, López negrete denunció a Aguirre Benavides, lo que por poco conduce a "Luisito" (como le decía Pancho Villa) a la cárcel. L. Aguirre, 1966, 58-59.

<sup>36</sup> Martínez Guzmán y Chávez Ramírez, 1988, 148.

Este nombramiento tuvo otro efecto: el 28 de febrero de 1912 renunció el gobernador Alonso y Patiño. Un periódico local informó que la renuncia se debía a que el gobierno federal había impuesto al coronel Contreras en la jefatura política de Cuencame sin consultar al gobernador. Sea lo que fuere, el prestigio de Alonso pertenecía al régimen pasado y su gestión no había satisfecho a nadie. El congreso local eligió como sustituto a Emiliano G. Saravia, que no había hecho mal papel durante los tres meses de su interinato anterior.<sup>37</sup>

Muchos kilómetros al norte, en la región de Ojinaga, los rebeldes populares también tomaban en sus manos la situación. Ortega regresó a su pueblo sin cargo alguno, pero una vez ahí, presionó al gobernador para ser designado jefe seccional de Cuchillo Parado. Con ese cargo y el mando real de los rebeldes supuestamente desmovilizados, Ortega respaldó la toma de tierras de los latifundios de Carlos Muñoz por vecinos de Cuchillo Parado y la de las tierras que los vecinos de San Carlos y San Antonio disputaban a la hacienda de Orientales, de Enrique Creel. Cuando empezó la rebelión de Orozco, Ortega recibió órdenes del gobierno del estado de restablecer "la tranquilidad" en la región.<sup>38</sup>

## **2. Otra rebelión, mismos rebeldes.**

Los conflictos políticos que fueron dividiendo a los revolucionarios estuvieron acompañados de una creciente agitación social, instigada por muchos de los hombres que habían tomado las armas en 1910 y que se sentían desilusionados con el curiz que las cosas iban tomando. En noviembre de 1911 se promulgó el plan político que habría de convertirse en la principal bandera de la nueva rebelión agraria, el Plan de Ayala, dando paso, cuatro meses después, a una formidable rebelión en el norte del país, justamente en las regiones en que mayor fuerza militar había tenido la revolución maderista.

Pero los llamados coherentes y sistemáticos a la rebelión contra el nuevo orden de cosas previsto en los Acuerdos de Ciudad Juárez habían empezado apenas tres días después de la firma de los mismos, cuando la Junta Organizadora del PLM dirigió un manifiesto a los soldados maderistas, en el que acusaban a sus líderes de no querer otra cosa convertirse

---

<sup>37</sup> Altamirano, 1997, 51-53. Martínez y Chávez, 1988, 148-149.

<sup>38</sup> Los pocos datos al respecto en Ontiveros, 1914. Véase también Katz, 1998, 1:177.

en los nuevos poderosos en lugar de los porfiristas y que, habiéndolo conseguido, traicionaban a los valientes soldados que les habían dado el triunfo, enviándolos a su casa y dejándolos a merced del enemigo de clase. El "Manifiesto del 24 de mayo", como se conoció a este documento, excitaba a los revolucionarios a continuar la lucha bajo las banderas del PLM, auténtico defensor de los intereses del pueblo: "No conspiréis contra vosotros mismos. Deshaceos de vuestros jefes de cualquier manera y enarbolad la bandera roja de vuestra clase inscribiendo en ella el lema de los liberales: Tierra y Libertad".<sup>39</sup>

El programa libertario (anarco-sindicalista) del PLM era bien conocido en Chihuahua y La Laguna, donde en 1906 y en 1908 hubo revueltas magonistas y ante el marcado disgusto de muchos jefes rebeldes con los Acuerdos de Ciudad Juárez, el "Manifiesto del 24 de mayo" era gasolina al fuego. Desde principios de junio los gobiernos de transición de Chihuahua, Durango y Coahuila empezaron a recibir informes de que "conocidos agitadores" distribuían el manifiesto en numerosas localidades; se decomisó propaganda magonista y se aprehendió a "agitadores" en Cusiuhuiráchie, Ciudad Jiménez, Hidalgo del Parral, Casas Grandes, La Ascensión, Ciudad Camargo y Guadalupe de Bravos, Chihuahua; en Cuencamé y Velardeña, Durango; y en Viesca y Matamoros, Coahuila.<sup>40</sup>

Muy pronto la propaganda se convirtió en rebelión: en Chihuahua José Inés Salazar, Lázaro Alanís, Prisiliano Silva, Enrique Portillo y otros magonistas, se levantaron contra el gobierno enarbolando el Programa del PLM y la bandera roja. En julio y agosto los nuevos rebeldes ocuparon brevemente el puerto de Palomas, La Ascensión y Casas Grandes. El gobierno del estado respondió con tres medidas: la aprehensión de maderistas conocidos para evitar que se sumaran a la revuelta (cayeron presos Luis A. García, José Flores Alatorre, Gabino Cano y Sóstenes Beltrán, entre otros); el inicio de correrías contraguerrilleras encomendadas a los irregulares de José de la Luz Blanco y Agustín Estrada; y la negociación con los inconformes, que en agosto arrojó resultados satisfactorios.<sup>41</sup>

<sup>39</sup> Véase el texto íntegro del Manifiesto en Almada, 1964, I:257-260. Firmaban Ricardo y Enrique Flores Magón, Librado Rivera, Antonio de P. Araujo y Anselmo L. Figueroa.

<sup>40</sup> Almada, 1964, I:261-267.

<sup>41</sup> Almada, 1964, I:261-267. Beezley, 1968, 142-150.

Como estos rebeldes enarbolaban la bandera roja del PLM pronto fueron conocidos popularmente como "colorados", lo mismo que los otros rebeldes agrarios no magonistas. Muchos de los irregulares que se enviaban a perseguirlos sólo fingían hacerlo, pues las simpatías de sus jefes y soldados estaban con los colorados. Con todo, estos primeros conatos de rebelión se disolvieron con cierta facilidad gracias a la labor mediadora de Abraham González y a que por muy impacientes que fueran los rancheros de Chihuahua, en el verano de 1911 todavía estaban dispuestos a esperar.

En el otoño empezó a difundirse en el norte el Plan de Tacubaya, que proclamaba presidente a Emilio Vázquez Gómez,<sup>42</sup> y poco después se conoció el Plan de Ayala, parcialmente inspirado en el "Manifiesto del 24 de mayo". El Plan de Ayala, que se convirtió muy rápidamente en la bandera y el manifiesto programático de los "agraristas" (mote de importancia creciente), llamaba a los mexicanos a una nueva revolución, ahora contra Madero (que recién había tomado posesión como presidente constitucional de la República) y declaraba jefe de la misma ¡al general Pascual Orozco!, entonces al servicio del gobierno a que el Plan llamaba a derribar.<sup>43</sup>

---

<sup>42</sup> El documento señalaba a Madero como un traidor a los principios por él mismo proclamados en el Plan de San Luis, y lo acusaba de rodearse de un grupo personalista y de elementos del "antiguo régimen" que habían formado una "corte de adulación y de intriga". Luego se entraba en materia: "El problema agrario en sus diversas modalidades es, en el fondo, la causa fundamental de la que derivan todos los males del país y de sus habitantes", por lo que "en el momento mismo en que el triunfo se verifique, sin esperar más ni dilatar por motivo alguno la ejecución de las soluciones del problema agrario". Como puede advertirse, si la redacción era poco clara, las ideas que había detrás ya no eran tan confusas. Véase el texto en Fabela, 1964, VI:210-215.

<sup>43</sup> El Plan de Ayala, cuya versión final fue redactada por Emiliano Zapata y Otilio Montaño, está fechado el 25 de noviembre de 1911 en la villa de Ayala, Morelos (aunque para entonces, sus signatarios andaban refugiados en las montañas), y fue publicado por El Diario del Hogar (que agotó rápidamente una edición doble) el 15 de diciembre. La razón de la nueva revuelta estaba contenida en los artículos 6° (que señalaba que los pueblos o ciudadanos que tuvieran los títulos correspondientes a "los terrenos, bosques y aguas que hayan usurpado los hacendados, científicos o caciques a la sombra de la tiranía y justicia venal", entrarían en posesión inmediata de dichos bienes, manteniendo la posesión "a todo trance, con las armas en la mano") y 7° (que decía que siendo una realidad que "la inmensa mayoría" de los pueblos y ciudadanos carecían de medios de vida y sufrían "los horrores de la miseria [...] por estar monopolizadas en unas cuantas manos las tierras, montes y aguas, por esta causa se expropiarán, previa indemnización de la tercera parte de esos monopolios, a los poderosos propietarios de ellas, a fin de que los pueblos y ciudadanos de México, obtengan ejidos, colonias, fundos legales para pueblos o campos de sembradura o de labor"). Es decir: restitución de las tierras usurpadas, como decía el Plan de San Luis, pero también, expropiación por causa de utilidad pública para dotación de "pueblos y ciudadanos". Los zapatistas empezaban así su propia revolución. Véanse el texto y su historia en Womack, 1969, 389-397, y su glosa en las páginas 121-125, y en Córdova, 1973, 148-150; y Ávila Espinosa, 2001, 204-205.

El hecho de que en otros estados de la federación (Morelos y Sinaloa, principalmente) empezaran las revueltas contra Madero, sumado a los motivos que daban los planes de Ayala y Tacubaya, hizo que la rebelión latente del campo de Chihuahua resucitara con mayor fuerza. El joven coronel (licenciado) Antonio Rojas dio la primera campanada de esta nueva ola de revueltas, cuando se echó a la sierra en diciembre a la voz de "¡Viva Vázquez Gómez!", aunque las fuertes nevadas lo obligaron a entregarse en Sahuaripa, Sonora, el 1° de enero. Fue enviado a la penitenciaría de Chihuahua con algunos compañeros. Pronto lo alcanzó en la cárcel otro serrano: Luis Gutiérrez (alias Blas Orpinel), por hacer propaganda sediciosa contra el gobierno.<sup>44</sup>

Siguió Ciudad Juárez, en enero, donde se amotinaron un centenar de irregulares del 24° Cuerpo Rural, encabezados por los capitanes Juan Ignacio Martínez y Fernando Samaniego. El detonante de la revuelta fue la decisión del gobierno de reducir los tres cuerpos irregulares de 350 a 250 plazas cada uno. Como en el mineral de Dolores, el grito de guerra fue "¡Viva Vázquez Gómez!", al que se le añadió otro, nuevo en Chihuahua: "¡Viva Zapata!" Fueron aprehendidos el presidente municipal, coronel Juan N. Medina, y el jefe del 24° Cuerpo, coronel Agustín Estrada. Pascual Orozco se trasladó violentamente a la plaza fronteriza y su sola presencia puso fin al motín. El 24° Cuerpo fue enviado a Chihuahua y en Juárez quedaron de guarnición las fuerzas del coronel Marcelo Caraveo y los voluntarios que levantó el presidente municipal.<sup>45</sup>

Estos fueron sólo los avisos de lo que venía: el 2 de febrero, mientras Pascual Orozco negociaba en Ciudad Juárez, el capitán Refugio Mendoza se amotinó en Chihuahua al frente de sus hombres, controlando la ciudad y apoderándose de la penitenciaría, de la que sacó a Orpinel, Rojas y sus compañeros. Los amotinados, con Rojas a la cabeza, salieron rumbo a Casas Grandes, donde se unirían a un nutrido grupo rebelde que se acababa de pronunciar.<sup>46</sup>

Si un capitán pudo adueñarse de la capital del estado fue porque el grueso de la guarnición había salido detrás de otro grupo rebelde: en la madrugada del mismo 2 de febrero, horas antes del motín de Mendoza, el profesor Braulio Hernández y un grupo de compañeros proclamaron el Plan de Santa Rosa, en el panteón de ese nombre, contiguo a la

<sup>44</sup> Almada, 1964, I:276-277. El Padre Padilla, 17 diciembre 1911.

<sup>45</sup> Amaya, 1946, 361-362. Almada, 1964, I:277-280.

ciudad de Chihuahua.<sup>47</sup> El profesor y su gente, que no pasaban del medio centenar, salieron rumbo al sureste quemando los puentes del ferrocarril,<sup>48</sup> hasta que en Meoqui los alcanzó la columna del coronel José Orozco, enviada violentamente en su persecución. Los rebeldes fueron batidos y un pequeño grupo tomó rumbo a Cuchillo Parado, donde los rechazó Toribio Ortega, y terminaron en Coyame, donde acababa de pronunciarse Herminio R. Ramírez sosteniendo el Plan de Ayala.<sup>49</sup>

Los rebeldes del distrito Galeana a los que se unieron Rojas y Orpinel eran los mismos de 1910, que tomaban otra vez las armas: a principios de febrero se sublevó la guarnición de Casas Grandes, compuesta por un destacamento de rurales del cuerpo de José de la Luz Blanco que estaban a las órdenes de Porfirio Talamantes, a quien sus hombres aprehendieron. Inmediatamente se concentraron en Casas Grandes numerosos veteranos de la rebelión maderista oriundos de esa región, entre los que se contaban Emilio P. Campa, José Inés Salazar, Demetrio y Lino Ponce, Roque Gómez y Enrique Portillo, quienes el 18 de febrero firmaron un Manifiesto glorificando al general Orozco, al que ofrecían el mando supremo de un movimiento que, al decir de los firmantes, pretendía revivir la Revolución que había sido traicionada y vendida por los jefes que la sostuvieron en un principio.<sup>50</sup>

Los sublevados se adueñaron de los caballos de las haciendas terraceñas del distrito Galeana,<sup>51</sup> controlaron rápidamente todo el distrito Galeana, del que expulsaron a los colonos mormones, y avanzaron hacia Ciudad Juárez, reforzados por la gente de Antonio Rojas. El 26 de enero llegaron a las goteras de la ciudad fronteriza, que sólo estaba

---

<sup>46</sup> Amaya, 1946, 363-364. Almada, 1964, I:280-281.

<sup>47</sup> El Plan de Santa Rosa, a pesar de estar redactado en términos poco claros, consignaba dos de los factores más importantes que concurrían en este segundo momento revolucionario: el agrarismo inspirado en los planes de Tacubaya y Ayala, y un acendrado localismo que, prácticamente, rechazaba toda intervención de las autoridades federales en los asuntos de Chihuahua. Véase en Amaya, 1946, 362-363; y Almada, 1964, I:281-282.

<sup>48</sup> Retrasando así la llegada de Abraham González, quien tuvo que regresar de Ciudad Camargo a Torreón y dar un largo rodeo para llegar a Chihuahua, según dijimos antes.

<sup>49</sup> Almada, 1964, I:281-282.

<sup>50</sup> Almada, 1964, I:291-293.

<sup>51</sup> Don Luis Terrazas Cuitly, primogénito del general, envió en agosto y septiembre de 1911 varias cartas a don Abraham González, quejándose de los robos de caballos perpetrados por los revolucionarios en sus haciendas del sur del estado y del distrito Galeana. Luego resultó que numerosos revolucionarios (sobre todo los de Janos y La Ascensión) al volver a sus pueblos luego de ser licenciados, devolvieron a los administradores de Terrazas los caballos que se habían llevado en noviembre y diciembre de 1910. Muchos de esos mismos soldados volvieron a levantarse a las

defendida por los voluntarios de Juan N. Medina, pues Caraveo había recibido la orden de reconcentrarse en Chihuahua, así que la plaza cayó fácilmente en sus manos. Ahora, Salazar, Campa y Rojas controlaban un importante puerto fronterizo, tenían a sus órdenes a unos 2000 hombres bien armados y volvieron a invitar a Pascual Orozco a encabezarlos.<sup>52</sup>

Lo que pasaba en Chihuahua fue contagiándose al norte de Durango y La Laguna. En febrero de 1912 empezó la nueva rebelión en la Comarca Lagunera, en la que desde junio anterior la cosa parecía limitada al bandidaje tradicional. El hombre clave en el vuelco lagunero fue el capitán Benjamín Argumedo, quien por la época de la toma de Torreón mandaba cerca de un millar de hombres y que luego del licenciamiento de las fuerzas insurgentes quedó como jefe de una compañía de un centenar de irregulares pertenecientes al 20 Cuerpo Rural de la Federación, del coronel Sixto Ugalde. Entre junio y septiembre, Argumedo y sus hombres sirvieron de escolta a los ferrocarriles que hacían el recorrido entre Torreón y Saltillo. En septiembre una serie de conflictos entre Argumedo y las autoridades civiles determinaron la disolución de su compañía, enviándose a todos los soldados a su casa con sus cuarenta pesos y su boleto de ferrocarril, el jefe incluido.<sup>53</sup>

Retirado a sus labores habituales en su pueblo natal. El Gatuño, Argumedo hizo de la crítica feroz a los gobiernos estatal y federal y al gobernador Carranza en particular, su deporte favorito: después de todo, para los revolucionarios populares "el viejo barbón" no era otra cosa que un porfirista y un aliado de los poderosos. Pronto fue denunciado como "peligroso agitador", pues difundía los levantamientos y planes magonistas, vazquistas y zapatistas. Cuando la rebelión chihuahuense de Salazar, Alanís, Rojas y García empezó a convertirse en una amenaza real, un destacamento de policía fue enviado de Torreón a El Gatuño para aprehender a Argumedo, pero este fue avisado a tiempo y el 5 de febrero de 1912 se pronunció al grito de "¡Viva Zapata!" y "¡Tierra y Libertad!" Durante unas semanas merodeó como guerrillero alrededor de Matamoros y Viesca y refugiándose en las escarpadas serranías aldeañas, donde se le fueron incorporando numerosos excombatientes

---

órdenes de Campa y Salazar en febrero de 1912, y regresaron por "sus" caballos. AHRM, 66, 129-130 y 138.

<sup>52</sup> Almada, 1964, I:291-293. Amaya, 1946, 365.

<sup>53</sup> Sobre las acciones de la compañía de Argumedo entre mayo y septiembre, y su pronunciamiento y disolución, véase el testimonio de Félix Delgado Luna (quien fuera soldado de Argumedo hasta esa fecha) en PIIO/1/79, 8-10. Sobre los testimonios de Argumedo ante el juez Ramos Pedrueza, véase Puig, 1992, 184-202 y 311-312.



de la región, entre los que se contaba al joven Pedro Rodríguez Triana, pequeño comerciante de Gómez Palacio, donde nació en 1890, y que habría de convertirse en el lugarteniente de Benjamín Argumedo hasta diciembre de 1915.<sup>54</sup> Luego de que Argumedo se levantara en armas lo hicieron otros cabecillas de 1910, a uno y otro lado del Nazas, entre los que destacaban Cheché Campos, Pablo Lavín, Luis Caro, Epigmenio Escajeda y José Isabel Robles. Todos ellos, perseguidos de cerca por los irregulares de Sixto Ugalde y Orestes Pereyra, huyeron a Chihuahua a principios de marzo de 1912 para ponerse a las órdenes de Pascual Orozco, quien ya se había levantado contra el gobierno.<sup>55</sup>

Habíamos dejado al caudillo de San Isidro en julio de 1911, resentido por la virulencia de los ataques de los partidarios de don Abraham, a los que se fueron agregando nuevos agravios al mismo tiempo que recurrentes invitaciones para encabezar la nueva rebelión: en febrero de 1912, los jefes rebeldes que enarbolaban el Programa del PLM (José Inés Salazar y Emilio P. Campa, principalmente); los partidarios de Emilio Vázquez Gómez que sostenían el Plan de Tacubaya (Antonio Rojas y Blas Orpínel); los que luchaban al grito de "¡Viva Zapata!" (Braulio Hernández y Herminio R. Ramírez); y otros grupos rebeldes, empezaron a mandar carta tras carta al agraviado Pascual Orozco pidiéndole que se pusiera al frente de la rebelión contra el gobierno de Madero, aceptando la jefatura que se le ofrecía en el Plan de Ayala.<sup>56</sup>

La versión tradicional añade otro factor de presión que, al decir de esa explicación, fue el que empujó a Pascual a la lucha: los halagos sistemáticos de los representantes de la oligarquía estatal, que habiendo percibido tanto el descontento general del campo de Chihuahua como la desairada situación de Orozco, se propusieron utilizarlo como un poderoso ariete contra Madero y Abraham González, en una más de las conspiraciones

---

<sup>54</sup> Recientemente se han publicado dos textos sobre Rodríguez Triana, que apenas si mencionan su militancia revolucionaria al lado de Argumedo, centrándose en la actividad política de éste general entre 1920 y 1940, cuando era uno de los principales agraristas radicales del norte (de hecho, en 1929 fue candidato presidencial por el Partido Comunista, la Liga Nacional Campesina y otras organizaciones radicales): Martínez García, 1997, y Saldaña, 1997.

<sup>55</sup> Santos Valdés, 1973, 418-420. En sus declaraciones hechas en febrero de 1916 al Consejo de Guerra que lo juzgó, Argumedo dijo que se levantó en armas porque le avisaron que lo buscaban los federales. Esto parece ser cierto, pero no es lo único: su simpatía por los rebeldes magonistas y zapatistas de Chihuahua era notoria. Las declaraciones en ACSN, XI/III/2-70, 103-105.

<sup>56</sup> Véanse en Amaya, 1946, 366-371.

contrarrevolucionarias que se sucedieron durante los gobiernos de León de la Barra y Madero.<sup>57</sup>

Parece ser cierto que en los últimos meses de 1911 los representantes de la oligarquía local llenaron de atenciones a Orozco, en marcado contraste con la actitud de los gobernantes maderistas, y que a principios de 1912 unieron sus voces a las de los jefes rebeldes y los parientes y amigos que instaban al general a levantarse en armas contra Madero. Hay evidencia documental de que el clan Terrazas-Creel contribuyó a financiar la rebelión una vez que Orozco se puso a su cabeza.<sup>58</sup>

Varios jóvenes de familias ligadas estrechamente con el clan Terrazas-Creel militaron en el movimiento oroquista. Es innegable, pues, que la oligarquía local prestó ayuda a la rebelión de Orozco y que su apoyo financiero facilitó que en sus primeros momentos la rebelión aparentara una gran fuerza. Es más que probable que lo que buscaran con esto fuera debilitar al inestable régimen maderista, suponiendo que Orozco y sus oficiales no tenían ninguna posibilidad real de llenar el vacío de poder que se generaría tras la caída de Madero. Sus razones para forjar esta alianza son claras, no así las de Orozco y los oficiales rebeldes que lo proclamaban su jefe. Porque el otro elemento fundamental de la rebelión de Orozco eran las apasionadas -aunque un tanto vagas- ideas libertarias sembradas desde varios años atrás por la propaganda magonista.<sup>59</sup>

---

<sup>57</sup> Esta explicación fue utilizada en contra del oroquismo desde los primeros momentos de la rebelión. Véase en Gimeno, 1912; y Puente, 1912. Almada, 1964, 283-310; y Katz, 1998, 1:167-175, han sintetizado muy bien las argumentaciones al respecto y las pruebas de los nexos de Orozco con la oligarquía chihuahuense. Solía añadirse que Orozco se vendió a los Terrazas por ambición de poder y por dinero contante y sonante. También se pintaba al coronel Pascual Orozco, padre, como un individuo al que el rápido e inesperado ascenso de su hijo le había hecho perder por completo el sentido de la realidad y que buscando para su hijo la presidencia de la República se convirtió en el puente entre los voceros de la oligarquía y el joven general. Estas y otras conjeturas poco fundamentadas le niegan toda validez a la rebelión de Orozco. Para los partidarios de Pascual esas acusaciones eran falsas y el general serrano seguía siendo el más leal de los revolucionarios populares, pero negar los nexos del oroquismo con la oligarquía es como negar los desaires que al general le infligieron los gobiernos nacional y local: las pruebas, en ambos casos, son más que suficientes. Véanse las razones de la rebelión desde la óptica oroquista, que omite toda ingerencia del clan Terrazas-Creel, en Amaya, 1946, 364-368.

<sup>58</sup> Para los gastos iniciales de la revuelta, Pascual Orozco obtuvo un préstamo de 208,000 pesos, la mitad del cual fue aportado por las instituciones financieras del clan, dirigidas por Enrique C. Creel y Juan A. Creel, y la otra mitad por diversos particulares, entre los que figuraban Luis Terrazas Cuilty (hijo mayor del general Terrazas) y Juan A. Creel. Almada, 1964, 1:307-308.

<sup>59</sup> Katz supone que los oficiales oroquistas de indudable vocación popular fueron engañados por el caudillo de San Isidro, y que se separaron de él tan pronto se enteraron de la alianza que había

El propio Orozco no dejó rastro escrito de las razones que finalmente lo empujaron a la revuelta. En una de las partes más logradas de su libro, Michael C. Meyer, luego de analizar las versiones oficiales de la rebelión de Orozco, concluye:

Cualquiera que sea la validez de esta explicación, si Orozco no hubiera estado convencido de que la Revolución había empezado a desviarse del curso trazado en el Plan de San Luis Potosí, las maquinaciones de los intereses creados –por sutiles que fueran– probablemente no hubieran tenido éxito. Orozco se rebeló contra Madero por la misma razón por la que se había rebelado contra Díaz: en su forma sencilla, él había deseado la implantación de un programa revolucionario que satisficiera las vehementes aspiraciones del pueblo mexicano. El general no había perdido el contacto con las masas a pesar de la tenue alianza con la aristocracia de Chihuahua.<sup>60</sup>

El 2 de marzo de 1912, dos días después de haber entregado la jefatura de la 1ª Zona Rural al coronel Agustín Estrada, Pascual Orozco puso fin a sus vacilaciones y aceptó el mando que formalmente le ofrecían José Inés Salazar, Emilio P. Campa y los otros jefes magonistas y vazquistas que habían tomado Casas Grandes y Ciudad Juárez. En los días siguientes se pronunciaron contra el gobierno la mayoría de los jefes de las tropas irregulares de Chihuahua controlando sin obstáculo todo el estado. Los cabecillas rebeldes se fueron reuniendo en la ciudad de Chihuahua y el 6 de marzo Pascual Orozco fue aclamado como jefe de la nueva rebelión. Los nombramientos extendidos ese día para las responsabilidades políticas del movimiento muestran el peso de los distintos grupos que en él convergían: el gobernador Felipe R. Gutiérrez y José Orozco pertenecían al grupo ranchero cercano al caudillo serrano; David de la Fuente, Paulino Martínez, Cástulo

---

firmado con los Terrazas. Los mejores argumentos en defensa de esta tesis los toma Katz de la actitud y la documentación de Máximo Castillo, ranchero de San Nicolás de Carretas y rebelde de 1910 (jefe de la escolta de Madero) y 1912, agrarista radical que abandonó las filas orozquistas por considerar que se había vendido a la oligarquía local. Eso no explica por qué hombres como José Inés Salazar, Lázaro Alanís o el propio Argumedo, siguieron siendo orozquistas (máxime cuando en la entrevista que Castillo concedió a El Paso Morning Times en 1914, extensamente citada por Katz, el guerrillero dice “Un día [Orozco] me dijo que no creía del todo en el reparto de tierras. Salazar, Rojas y yo inmediatamente lo abandonamos, tras denunciarlo públicamente ante todo el ejército” (Katz, 1998, I:170-171). En realidad, tanto José Inés Salazar como Antonio Rojas estuvieron con Orozco hasta el final.

<sup>60</sup> M. Meyer, 1984, 80.

Herrera y Braulio Hernández representaban a los elementos vazquistas y magonistas; Gonzalo Enrile y Manuel L. Luján, a la oligarquía local.<sup>61</sup>

Los rebeldes controlaron rápidamente el estado de Chihuahua, expulsando a los grupos que tomaron las armas en defensa del gobierno (encabezados por Pancho Villa, Maclovio Herrera, Manuel Chao, Toribio Ortega y otros revolucionario de 1910) y empezaron a prepararse para afrontar a las fuerzas que el gobierno reunía en Torreón. La concentración de tropas federales en la Comarca Lagunera y la popularidad de Pascual Orozco orilló a los rebeldes laguneros a refugiarse en Chihuahua, donde fueron recibidos con entusiasmo. La personalidad de los jefes rebeldes de la Comarca, como la de los de Chihuahua, es muestra clara de la indefinición del movimiento y de la extraña mezcla de intereses en él representados: en enero y febrero se habían pronunciado en la Comarca, enarbolando distintas banderas, Luis Murillo, antiguo cabo de serenos de Torreón; José Isabel Robles, un joven maestro rural en las haciendas de los Madero; Benjamín Argumedo y algunos otros jefes populares, como Luis Caro y Epigmenio Escajeda. Pero también se rebelaron, como en 1910, José de Jesús ("Cheché") Campos Luján y Pablo Lavín, retoños de las dos familias más poderosas de la zona alta de La Laguna.<sup>62</sup>

Los federales salieron de Torreón a las órdenes del general José González Salas y el 23 de marzo de 1912 fueron batidos en Rellano por la vanguardia orozquista que mandaban los generales Campa y De la Fuente, merced a un ardid de extraordinaria simplicidad que reflejó la soberbia y exceso de confianza de los federales. González Salas se suicidó por vergüenza y sus lugartenientes, Aureliano Blanquet y Joaquín Téllez, regresaron heridos a Torreón con los restos de las tropas. Peor le fue a la columna de diversión de Fernando Trucy Aubert, destrozada en Parral por José de la Luz Soto.

---

<sup>61</sup> Orozco juró defender el Plan de Tacubaya y la parte relativa a la tierra del Plan de Ayala. Le tomaron el juramento David de la Fuente, José Inés Salazar, Emilio P. Campa, Lázaro Alanís, Ricardo Gómez Robelo, Braulio Hernández, Roque Gómez, Rodrigo M. Quevedo, Tomás V. Muñoz, Arturo L. Quevedo, Juan B. Porras, Máximo Castillo, Pedro Loya y Blas Orpinel. También lo respaldaban los jefes de la guarnición de Chihuahua, coroneles Marcelo Caraveo, José Orozco y Félix terrazas; José de la Luz Soto, jefe de la guarnición de Parral; y Antonio Rojas, quien quedó al frente de la guarnición de Ciudad Juárez. Véanse el juramento y los nombramientos en Almada, 1964, I: 298-303.

<sup>62</sup> Urquiza, 1956, 21. Sobre los clanes Lavín y Luján, vease Meyers, 1996. De Cheché Campos se sabe que rentaba la hacienda de El Compás, partido de Mapimí, Pazuengo, 1988, 15.

Dos días después de la victoria de Rellano se promulgó el documento que buscaba definir y dar un programa a la rebelión. El "Manifiesto del 25 de marzo" o "Plan de la Empacadora" comienza con un beligerante manifiesto antimaderista que llamaba a los mexicanos a la lucha para derribar el gobierno de los traidores a los principios revolucionarios, al que le sigue el plan en sí, que consta de 37 puntos, los 33 primeros de los cuales tratan cuestiones políticas, entre las que destacan tres: la declaración de que Madero "falseó y violó" el Plan de San Luis, por lo que se llama a derribarlo; la defensa de la tradicional autonomía de los pueblos del norte y del viejo federalismo de los caudillos liberales norteños del siglo XIX; y un rechazo a la injerencia estadounidense en las cuestiones mexicanas que, unido a posteriores declaraciones de los jefes de la revuelta, terminaría ganándose la enemistad del gobierno del país vecino, que como primera providencia cerró el paso de armas y municiones por la frontera de Chihuahua.<sup>63</sup>

Finalmente, el artículo 34 consigna las medidas en materia obrera que el gobierno emanado de la revolución tomaría, y que no son otra cosa que las demandas que las sociedades mutualistas y la acción católica social de Chihuahua venían planteando desde varios años antes del inicio de la revolución.<sup>64</sup> Del artículo 35 se desprenden las demandas agrarias de los rebeldes norteños, basadas en la vieja aspiración utilitaria de la república de pequeños propietarios libres e independientes, correspondiente a la experiencia agraria de Chihuahua.

Bajo el lema del movimiento ("Reforma, Libertad y Justicia"), firman los generales Pascual Orozco hijo, José Inés Salazar, Emilio P. Campa, Jesús José Campos y Benjamín Argumedo; los coroneles Demetrio Ponce, Gonzalo C. Enrile y Feliciano Díaz; y José Córdova como secretario. Para dar fe, firmaron también David de la Fuente, Silvestre, Rodrigo y Arturo Quevedo, Roque Gómez, Lázaro Alanís, Ricardo Gómez Robelo, Juan B. Porras, Máximo Castillo y otros.<sup>65</sup>

---

<sup>63</sup> Los colorados eran radicalmente antiyanquis en sus declaraciones, lo que no contribuyó a facilitarles la vida. El grito de guerra de José Inés Salazar era "¡Poco tiempo California!", un llamado a una hipotética reconquista de los territorios perdidos en 1848. Reed, 1975, 148.

<sup>64</sup> Es decir, supresión de las tiendas de raya, reducción y reglamentación de la jornada laboral, aumento de los jornales "armonizando los intereses del capital y del trabajo", y obligación de los patronos de proporcionar vivienda digna a sus obreros.

<sup>65</sup> Una vez más, vemos aquí representadas las diversas tendencias concurrentes en el orozquismo: firman los magonistas Salazar y Alanís; los vazquistas De la Fuente y Ponce; Orozco y Córdova por el grupo de San Isidro; los Quevedo, pertenecientes a los grupos de poder de Chihuahua

Aquí conviene abrir un paréntesis: no es fácil seguir puntualmente los pasos de la radicalización del PLM (que lo llevó del liberalismo clásico al anarquismo libertario), para descubrir exactamente en qué vericuetos del camino se fueron quedando los "liberales" que no quisieron seguir al núcleo duro del partido, encabezado por Enrique y Ricardo Flores Magón, Praxedis Guerrero y Librado Rivera. Muchos de los que se separaron en el camino muy importantes en la definición ideológica de las facciones revolucionarias y en la construcción del nuevo Estado. El Programa del PLM, fechado en julio de 1906, era el programa del liberalismo radical y algunos de los puntos más significativos del Plan de la Empacadora están inspirados en él, incluido el lema asumido por el orozquismo y la bandera roja que usaron como enseña. En 1912, el núcleo duro del magonismo estaba llegando a sus postulados anarcosindicalistas, que exigían la supresión de la propiedad privada de los medios de producción y de toda forma de gobierno. Como es evidente, aquellos magonistas que en 1912 se subordinaron a Pascual Orozco, no habían llegado a tanto. Ni el Plan de la Empacadora ni el programa de ninguna otra facción importante de la revolución pidió la supresión de la propiedad privada. Querían reglamentarla, sí, pero no más. Como explica Arnaldo Córdova, los campesinos revolucionarios agrupados en los ejércitos zapatista y villista y, de acuerdo con lo que aquí hemos venido diciendo, también los jefes populares del orozquismo, "eran antiterratenientes pero no anticapitalistas".<sup>66</sup>

Por su parte, el gobierno federal acumulaba nuevas tropas en Torreón, puestas a las órdenes del general Victoriano Huerta.<sup>67</sup> Por órdenes de Madero, la columna federal fue

---

desplazados por el terracismo pero que habían conservado fuerte influencia en su región (en este caso, la de Casas Grandes); jefes populares de extracción humilde, como Argumedo y Castillo; y los jefes ligados al clan Terrazas-Creel, como Campos y Enrile. Véase el texto del Plan en Altamirano y Villa, 1985, III: 137-150.

<sup>66</sup> Córdova, 1973, 25 y 173-187. Véanse el texto del Manifiesto del PLM en Altamirano y Villa, 1985, I:311-341. En una carta de 1911, Ricardo Flores Magón explicó así su transformación política: "El avance de mis ideas es lógico, no hay nada de extraño en ello, nada de postizo. Primero creí en la política. Creía yo que la ley tendría la fuerza necesaria para que hubiera justicia y libertad. Pero vi que en todos los países ocurría lo mismo que en México, que el pueblo de México no era el único desgraciado y busqué la causa del dolor de todos los pobres de la tierra y la encontré: el capital", citado por Córdova, 1973, 175.

<sup>67</sup> Victoriano Huerta nació en Colotlán, Jalisco, en 1845, y entró al ejército de manera casi accidental, reclutado por el general liberal Donato Guerra, aunque luego hizo brillantes estudios en el Heroico Colegio Militar. En 1903, con el grado de coronel, condujo las últimas frases de la guerra de castas en la península de Yucatán, convirtiéndose en uno de los jefes de mayor prestigio en las filas del ejército federal. En 1911 escoltó a Porfirio Díaz de la ciudad de México al puerto de Veracruz, luego de que el anciano caudillo oaxaqueño hubiese renunciado a la presidencia, e

reforzada por numerosos soldados irregulares, para enfrentar a las entusiastas tropas voluntarias oroquistas con gente de origen y combatividad similares. De estos irregulares, que jugaron un papel determinante en la derrota de la revuelta, hablaremos más adelante.

Entre mayo y julio de 1912 las fuerzas del gobierno avanzaron lentamente desde Torreón hasta Chihuahua, derrotando a los colorados en las batallas campales de Conejos, Rellano y Bachimba. Cuando la columna gobiernista ocupó Chihuahua (7 de julio) y Ciudad Juárez (13 de julio), restituyendo a Abraham González en el cargo de gobernador, los oroquistas se disgregaron para iniciar una campaña guerrillera que no habría de acabar mientras durase el gobierno de Madero. Durante la segunda mitad de 1912 el peso principal de la lucha contra los rebeldes recayó en los hombros de las fuerzas irregulares.

Mientras Huerta avanzaba desde Torreón, otra columna gobiernista entró a Chihuahua procedente de Sonora, internándose en el distrito Galeana. Iba a su cabeza el general Agustín Sanginés, que tenía a sus órdenes poco menos de un millar de hombres, casi todos maderistas sonorenses y una fracción de Chihuahuense: los "voluntarios de Namiquipa" del capitán Candelario Cervantes. A las órdenes de Sanginés recibió su bautizo de fuego un personaje que sería decisivo: el teniente coronel Álvaro Obregón Salido, jefe del 4º Batallón Irregular de Sonora.

Fueron los "colorados" del distrito Galeana quienes trataron de rechazar a la columna Sanginés: con José Inés Salazar como jefe y oficiales fogueados como Máximo Castillo, Lino Ponce, Roque Gómez y Rodrigo y Arturo Quevedo. El 31 de julio de 1912 los chihuahuenses fueron batidos, perdiendo los famosos cañones "El Niño" y "El Chavalito", además de un número indeterminado de muertos. Salazar, que había mandado el combate con su arrojo característico, estaba desconsolado, lo mismo que sus oficiales. Despuntaba ahí el genio del mayor caudillo de la Revolución y Sanginés, capaz y ameritado militar de carrera, había tenido la visión de dejarlo actuar.<sup>68</sup>

### 3. Contra Orozco.

---

inmediatamente después condujo con eficacia y saña la lucha contra los rebeldes zapatistas. Madero lo sacó del estado de Morelos para darle el mando de la columna encargada de combatir la rebelión de Orozco. El resto de la historia puede leerse, entre líneas, en estas páginas.

<sup>68</sup> Obregón, 1959, 10-20. Quevedo Rivero, 2002, 115-124.

La rebelión de Orozco tuvo en Chihuahua, el norte de Durango y La Laguna, dos efectos importantísimos en la futura trayectoria del villismo: el primero fue la escisión de la revolución popular norteña, y el segundo, que por ahora sólo apuntaremos, fue que el movimiento oroquista canceló la posibilidad de que en Chihuahua se diera un tránsito institucional entre el gobierno maderista local y la revolución contra la usurpación huertista, como ocurrió en Coahuila y Sonora. Esta característica facilitó la emergencia del villismo como movimiento popular de nuevo cuño.

Por lo pronto, detengámonos en el primero de estos efectos: mientras muchos veteranos de la rebelión maderista se adherían al oroquismo, otros tantos permanecían leales al gobierno y se aprestaban para luchar contra sus antiguos compañeros. Ya hemos visto qué tipo de jefes populares se rebelaron entre julio de 1911 y marzo de 1912: los magonistas, algunos dirigentes mutualistas, y jefes rancheros con fuertes aunque vagas aspiraciones de justicia agraria. ¿Quiénes se quedaron en las filas maderistas? Los jefes campesinos con mayor claridad política, que llevaban años dirigiendo a sus pueblos en las luchas de reivindicación agraria, como era el caso de Calixto Contreras, Toribio Ortega, Porfirio Talamantes, Severino Ceniceros o Gregorio García; los jefes procedentes de los sectores medios urbanos identificados con Madero, como Eugenio Aguirre Benavides, José María Rodríguez y Manuel Chao; e individuos que antes de la revolución había vivido en el borde de la ilegalidad, a veces participando en esa forma primitiva de protesta que es el bandolerismo social, como Pancho Villa, Trinidad Rodríguez y Tomás Urbina. Un sector que no había participado colectivamente en la etapa maderista, el de los trabajadores del riel, no tardaría en aportar sus propios jefes, como Santiago Ramírez, Natividad Reza Pérez y Rodolfo Fierro. Excepcionalmente, algunos magonistas de 1906 y 1908, como Orestes Pereyra y Severino Ceniceros, permanecieron en las filas del gobierno. También permanecieron leales un importante número de capitanes rebeldes de 1910 surgidos de las filas de los rancheros de mediano pasar del norte, como Maclovio Herrera, José de la Luz Blanco y Rosalío Hernández. Casi todos estos jefes volverían a unirse en 1913, dando vida a la División del Norte.

En Durango y La Laguna los revolucionarios partidarios de Madero, entre ellos todos los jefes de fuerzas irregulares, reaccionaron por su cuenta cuando estalló la rebelión,



y en La Laguna pronto recibieron el respaldo del gobernador Carranza. En Chihuahua, donde el grueso de los irregulares se voltearon contra el gobierno, fue don Abraham quien desde su regreso al Palacio de Gobierno, el 13 de febrero de 1912, autorizó a jefes de su confianza a reunir discretamente a sus antiguos soldados en previsión de la revuelta. Recibieron esta encomienda el coronel Francisco Villa, comisionado a los municipios de Satevó y Valle de Zaragoza; el mayor Tomás Ornelas, enviado al distrito Camargo; y los coroneles Toribio Ortega y José de la Cruz Sánchez en la región de Ojinaga.<sup>69</sup>

Fue Francisco Villa el primero en tener lista a su gente. Este jefe se había retirado a la vida privada con un donativo personal de 10,000 pesos hecho por Francisco I. Madero, con lo que se estableció en Chihuahua como carnicero e introductor de ganado, no sin antes casarse en San Andrés con Luz Corral. El 2 de febrero de 1912, cuando Antonio Rojas se rebeló, Pascual Orozco mandó llamar a Villa para darle el mando de las fuerzas de José Orozco que simularían perseguir a Rojas, pero recelando una traición, Villa dejó en el camino a la gente de José Orozco y con once leales marchó hacia Satevó, donde se le empezó a unir su gente. El 15 de febrero fechó ahí un manifiesto exigiendo que se pusiese coto a los ambiciosos que alentaban la agitación. Firmaban con él varios de sus oficiales, como Javier Hernández, Encarnación Márquez y Gorgonio Beltrán.<sup>70</sup>

El 3 de marzo, cuando la rebelión de Orozco ya era un hecho consumado, Villa salió de Bustillos, donde había establecido sus campamentos, acercándose a Chihuahua al frente de casi 500 hombres, pero fue ahuyentado por una columna mandada por Pascual Orozco y Félix Terrazas. En los días siguientes tuvo enfrentamientos de menor importancia con los oroquistas entre Satevó y Valle de Zaragoza, hasta que el 15 de marzo una columna mandada por Flores Alatorre lo derrotó en la Boquilla del Conchos, causando que desertaran muchos de sus hombres, dejando a Villa al frente de menos de cien hombres. Unos días después se recuperó, cuando en combinación con Manuel Becerra, presidente municipal de Parral, y del mayor Maclovio Herrera, que tenía a sus órdenes a un centenar de hombres que formaban parte de la guarnición de Parral (400 hombres a las órdenes de José de la Luz Soto), se apoderó de la ciudad minera.

---

<sup>69</sup> Almada, 1964, I:287.

<sup>70</sup> Corral, 1948, 20-24. Almada, 1964, I:288. Guzmán, 1984, 66-68.

Durante los días siguientes, Pancho Villa y Maclovio Herrera defendieron Parral contra fuerzas superiores en número mandadas por José Inés Salazar y Emilio P. Campa, hasta que el 4 de abril evacuaron la ciudad rumbo a Santa Bárbara, de donde marcharon hacia Las Nieves, donde se había hecho fuerte Tomás Urbina al frente de 400 hombres. De ahí, Villa, Urbina y Herrera marcharon a Torreón para ponerse a las órdenes de Victoriano Huerta, quien los incorporó a su columna.<sup>71</sup>

Por su parte, Toribio Ortega y José de la Cruz Sánchez controlaron Ojinaga y Cuchillo Parado, en guerra contra el oroquismo. El gobierno envió al general federal Agustín Sanginés para que tomara el mando de estas fuerzas y el 10 de mayo, Sanginés, al frente de los leales, atacó Coyame, donde estaba Braulio Hernández con los voluntarios de ese pueblo y otros soldados oroquistas enviados desde Chihuahua. El combate terminó con el desastre de los maderistas porque Sánchez huyó a media batalla dejando comprometidos a Ortega y Sanginés, quienes consiguieron salvar a parte de la fuerza, con la que marcharon rumbo al sur, incorporándose a Huerta. El militar jalisciense envió a Sanginés a Sonora, a ponerse al frente de la columna que en aquel estado se organizó, y puso a Ortega a las órdenes inmediatas de Pancho Villa.<sup>72</sup>

En abril y mayo se levantaron en armas contra el oroquismo José Almeida y Julio Acosta en el distrito Guerrero; Candelario Cervantes en Namiquipa; Alejandro Gandarilla y Elfego Bencomo en Madera y el mineral de Dolores; Isaac Arroyo en el mineral de Palmarejo, y Feliciano Díaz en Témoris. Arroyo y Díaz tomaron Chinipas y Batopilas, donde se quedó Díaz mientras Arroyo corría a incorporarse a la columna de Huerta. Del otro lado del estado, Rosalío Hernández se levantó con su gente ocupando varias poblaciones del norte del distrito Camargo y la propia Ciudad Camargo el 2 de junio, siendo inmediatamente desalojado de la misma por fuerzas de Antonio Rojas. Luego, Hernández se unió a la columna de Victoriano Huerta.<sup>73</sup>

Francisco de P. Ontiveros, oficial del regimiento de Toribio Ortega, escribió en 1914 que los soldados de Orozco, a los que había combatido, eran “valientes hijos de Chihuahua” que siempre lucharon a la ofensiva, no como “las chusmas de un Campa o un Argumedo”. Pero concluye afirmando que sólo los ignorantes pueden decir que Chihuahua

<sup>71</sup> Guzmán, 1984, 68-75. Herrera, 1981, 50-53.

<sup>72</sup> Ontiveros, 1914, 30-35. Almada, 1964, 1:319 y 339.

apoyó la rebelión de Orozco, cuando sólo lo hicieron los distritos Galeana y Juárez, y parte del de Guerrero, mientras en el resto del estado permanecía leal y luchaba contra ellos. Para Ontiveros, villista chihuahuense, las dos terceras partes de los colorados no eran de Chihuahua, sino gente de otros estados que seguía a Campa, Campos, Argumedo, Lavín, Güereca, Caro, Escajeda, Murillo, "el indio Mariano" y otros. En cambio, fueron chihuahuenses los que llevaron el peso de la lucha contra Orozco, los hombres de Villa, Herrera, Rodríguez, Ortega, Blanco y otros jefes. Esta visión, sin duda exagerada, muestra la realidad de la escisión revolucionaria en Chihuahua.<sup>74</sup>

Así pues, en la columna de Huerta fueron encuadrados numerosos revolucionarios de 1910, entre los que destacaban Raúl y Emilio Madero, Francisco Villa, Eugenio Aguirre Benavides, Toribio Ortega, Maclovio Herrera, Tomás Urbina y otros, chihuahuenses y laguneros, principalmente. Los cuerpos irregulares de Durango, que mandaban Orestes Pereyra, Calixto Contreras y Domingo Arrieta, y los de Coahuila, de Pablo González, Sixto Ugalde, Lucio Blanco y Cesáreo Castro, no fueron incorporados a la División de Huerta porque recibieron la misión de cubrir la retaguardia ante eventuales pronunciamientos rebeldes, o maniobras de diversión realizadas por tropas desprendidas de Chihuahua.<sup>75</sup>

Los revolucionarios que se incorporaron a la División del Norte de Victoriano Huerta quedaron repartidos en diversas corporaciones: en las dos brigadas de infantería quedaron el Batallón Ferrocarrilero, de Eugenio Aguirre Benavides, y el Batallón Irregular Mariano Escobedo, de Luis Gárfias. Las fuerzas irregulares de caballería formaron la segunda brigada de esa arma, mandada por Emilio Madero: quedaron ahí el Cuerpo de Guías, como se llamó a las fuerzas de Villa, Urbina y Herrera; el Cuerpo de Carabineros de Nuevo León, de Raúl Madero; y otras fuerzas menores. Sobre la marcha, entre Torreón y Jiménez, se incorporaron el Regimiento Irregular Miguel Hidalgo, de Manuel Chao; y más adelante, la gente de Toribio Ortega y la de Rosalío Hernández.<sup>76</sup>

Las fuerzas del gobierno salieron de Torreón el 6 de mayo de 1912, iniciando el lento camino que pasando por las victorias de Conejos, Rellano y Bachimba, las llevó a

---

<sup>74</sup> Almada, 1964, I:339-340.

<sup>75</sup> Ontiveros, 1914, 111-118.

<sup>75</sup> Almada, 1964, I:337-338. Santos Valdés, 1973, 150-154. Villarello, 1983, 206-210.

<sup>76</sup> Almada, 1964, I:337-338.

Chihuahua. Durante la marcha y los combates, el Cuerpo de Guías del "honorario"<sup>77</sup> Villa combatió en la extrema vanguardia con resultados casi siempre satisfactorios, incluso para el quisquilloso Victoriano Huerta. En esos días Villa vio por primera vez maniobrar a la artillería y el jefe de esa arma, teniente coronel Guillermo Rubio Navarrete, tuvo la gentileza de mostrarle su uso y las reglas de su movimiento en campaña.

Así fueron las cosas hasta que el 26 de mayo, en Ciudad Jiménez, el general Huerta dio órdenes directas y terminantes de pasar por las armas al "honorario" Villa por un conflicto menor relativo a las ordenanzas del ejército. Desde el principio Villa y Huerta se habían hecho antipáticos el uno al otro y Huerta aprovechó el primer pretexto que se le presentó para deshacerse del guerrillero de Durango. Los hermanos de Madero y dos oficiales federales, Francisco Castro y Guillermo Rubio Navarrete, lograron salvar a Villa del pelotón de fusilamiento y Villa fue remitido preso a la ciudad de México. Las fuerzas de Pancho Villa fueron refundidas en otras corporaciones, con el resultado de que casi todos los soldados y numerosos oficiales desertaron y regresaron a sus hogares.<sup>78</sup>

Tomadas Chihuahua y Ciudad Juárez, en julio, don Abraham González fue repuesto en su cargo, y muchos de los irregulares continuaron realizando una campaña contraguerrillera contra los rescoldos del oroquismo.

En La Comarca Lagunera la rebelión oroquista fue rápidamente sofocada merced a la concentración de tropas federales e irregulares y a la retirada hacia Chihuahua de los principales caudillos rebeldes. En cambio, en Durango fue una implacable guerra de guerrillas en la que los rebeldes y los leales no pedían ni daban cuartel.

Campos y Argumedo fueron el azote del estado de Durango durante la rebelión de Orozco. En contrapartida, Calixto Contreras, Orestes Pereyra y Domingo Arrieta fueron el pilar del gobierno, impidiendo que el estado cayera en poder de los rebeldes. Entre marzo y mayo de 1912 las guerrillas oroquistas se enfrentaron contra los irregulares maderistas en todo el norte y el oriente del estado. En el partido de Cuencamé, "Cheché" Campos tomó e incendió el pueblo de Pasaje, dinamitó la casa grande de Santa Catalina del Alamo y luego atacó Cuencamé, defendida por una fracción del Regimiento Benito Juárez mandada por el

<sup>77</sup> En Torreón Villa fue ascendido al empleo de general brigadier honorario y casi todos los jefes de origen federal le decían despectivamente "el honorario Villa".

<sup>78</sup> La versión de Huerta sobre la orden dada, en Almada, 1964, 1:341-343; la de Villa en Guzmán, 1984, 89-92.

capitán Severino Ceniceros. En el oriente del estado se batieron con gran valor los hombres de Contreras y Cuencamé nunca fue dominado por el oroquismo, a diferencia de los partidos de Nazas, Indé y Mapimí, donde señoreaban las fuerzas de Argumedo. Incluso Lerdo y Gómez Palacio cayeron en manos de Campos y Argumedo.

La última batalla frontal contra el oroquismo en Durango se libró el 14 de mayo, cuando 400 jinetes del 22 Cuerpo Rural, que mandaba el coronel Orestes Pereyra, reforzados por los 100 hombres del Regimiento Benito Juárez que a las órdenes de Ceniceros custodiaban Cuencamé, resistieron valerosamente en Pedriceña el ataque de 3000 colorados de Campos y Argumedo. Al día siguiente los maderistas volvieron a resistir en Velardeña, esta vez reforzados por los 300 hombres del coronel Contreras. El desequilibrio de fuerzas obligó a los maderistas a retirarse en orden hacia Durango, donde se prepararon para resistir. Pero el ataque no llegó: tras la derrota de Pascual Orozco en Conejos, el 12 de mayo, todas las fuerzas oroquistas recibieron la orden de concentrarse en el estado de Chihuahua. De esa manera, Campos y Argumedo, que estaban a punto de dominar Durango, compartieron la adversa suerte de Pascual Orozco, mientras Contreras y Pereyra quedaron como héroes.<sup>79</sup>

Con la retirada de la columna de Cheché Campos, el oroquismo en Durango se redujo a su carácter original, no muy distinto del tradicional bandolerismo de la sierra, aunque hubo que esperar el arribo de una columna federal, comandada por el general Aureliano Blanquet, para retomar el control de Mapimí, Santa María del Oro e Indé. Después de eso siguieron contándose haciendas incendiadas, pueblos tomados por partidas que hacían de las suyas, huyendo siempre de las cada vez más fogueadas caballerías de Contreras, Pereyra y Arrieta. El 11 de julio, por ejemplo, Contreras batió y puso en fuga a lo que quedaba de la banda de Argumedo en La Purísima, una hacienda del sur del partido de Cuencamé.

A su vez, los oroquistas que habían sido derrotados en Chihuahua continuaron con su lucha disgregados en móviles partidas guerrilleras. Pascual Orozco, José Inés Salazar, Marcelo Caraveo, Antonio Rojas y otros jefes de Chihuahua, permanecieron en ese estado a pesar de los fuertes contingentes federales e irregulares que en él había, mientras Campos, Argumedo y otros más, volvieron a bajar a Durango y La Laguna. Ahí estuvieron unos meses hasta que la gente de Pereyra y Contreras les hizo de tal punto la vida imposible que

Campos se fue a Coahuila y Argumedo se movió a Zacatecas al frente de dos o trescientos hombres. Tomó Huejuquilla, Jalisco, el 12 de diciembre de 1912, y permaneció en esa región al frente de una pequeña fuerza guerrillera hasta que el asesinato de Madero trastornó el panorama nacional.<sup>80</sup>

#### 4. Política local

En Durango, luego de la retirada de Cheché Campos, en mayo de 1912, la lucha contra las guerrillas orozquistas pasó a segundo plano. Desde los últimos días de junio la atención del público se volcó hacia las elecciones, para senador y diputados federales primero, y para gobernador y diputados locales después. Para las elecciones federales se organizaron dos partidos: el Constitucionalista Duranguense, cuyos líderes nominales eran Pascual de la Fuente y el exgobernador Alonso y Patiño, aunque su hombre fuerte era Jaime Gurza, primo de los Madero y subsecretario de Hacienda en el gabinete federal, miembro de la élite duranguense y pariente o amigo de los Bracho, los Saravia y los López Negrete. Frente a éste, se reorganizó el Partido Liberal Democrático, cuyos dirigentes eran los maderistas más connotados de la capital: el periodista Ignacio Borrego y el ingeniero Pastor Rouaix. Las elecciones federales pasaron sin mucho ruido, triunfando en casi todos los distritos los candidatos maderistas, entre ellos Ignacio Borrego y Luis Zubiria y Campa, que formarían parte de la bancada maderista en la XXVI Legislatura federal.<sup>81</sup>

En los últimos días de junio de 1912 el Partido Liberal Democrático celebró una convención para elegir sus candidatos a las elecciones locales, que se llevarían a cabo el 28 de julio, postulándose las candidaturas rivales de Carlos Patoní y Juan E. García. Patoní era un ingeniero topógrafo de la capital del estado, maderista del grupo de Borrego y Rouaix, que había fungido como secretario de Gobierno en las administraciones de Alonso y Saravia. García era un mediano propietario de Ciudad Lerdo, ajejo opositor al régimen porfirista, que

<sup>79</sup> Sobre la campaña contra el orozquismo en Durango, véanse el expediente de Severino Cenicerros en ACS DN; Parra Durán, 1930, 61-67; y Altamirano, 1997, 57-60. Véase también Santos Valdés, 1973, 150-154.

<sup>80</sup> Santos Valdés, 1973, 421-422.

tenía mucho prestigio entre los jefes populares maderistas. En la Convención se impuso la candidatura de García, apoyada por la florida oratoria de Ignacio Borrego y la vigorosa personalidad de Calixto Contreras, Orestes Pereyra y Domingo Arrieta. Los partidarios de Patoni, encabezados por Pastor Rouaix y Antonio Gaxiola, renunciaron al partido formando el Partido Democrático Duranguense, que postuló la candidatura de Patoni.

La salida de Patoni y sus partidarios del Partido Liberal permitió a los del Partido Constitucional postular un candidato maderista, aunque de tendencias moderadas, que cobijara a sus propios candidatos para ahorrarse así un fracaso como el de las elecciones federales. De este modo, el partido de Gurza postuló a Patoni para gobernador, a Rouaix para diputado por el distrito de la capital, y en los demás distritos, a hombres que, sin haber pertenecido a las primeras filas de la clase política durante la dictadura, sí pertenecían a la élite tradicional. Dos operadores electorales de la dictadura, Jesús Perea y Epitacio Ríos, fueron los jefes de campaña de Patoni, que contó con el respaldo del gobernador del estado y del gobierno federal a través de Jaime Gurza y Emilio Madero. Las elecciones se realizaron en medio de acusaciones de fraude y en un ambiente de violencia contenida (de hecho, se suspendieron en los partidos de Indé y El Oro, aún controlados por los orozquistas). A diferencia de las elecciones federales, hubo una notable concurrencia a las urnas.

El Congreso Local, el mismo de la dictadura, erigido en colegio electoral, declaró vencedor por apretado margen a Patoni y a los candidatos a diputados postulados por los partidos de Gurza y Rouaix, con la sola excepción del distrito de Cuencamé, donde fue imposible dar por perdedor al candidato del Partido Liberal (es decir, el candidato de Calixto Contreras), don Jesús Flores, que llevaba como suplente a Severino Ceniceros. De esa manera, de los once diputados de la XXV Legislatura local, sólo dos eran de franco origen revolucionario: Pastor Rouaix y Jesús Flores.

El 15 de septiembre de 1912 el ingeniero Carlos Patoni tomó posesión como gobernador constitucional para el período 1912-1916. El 21 de septiembre don Juan E. García hizo pública una carta abierta dirigida al presidente Madero, cuya punto central era una promesa: "ni mis partidarios ni yo nos levantaremos en armas, como se lo hizo a usted creer su particular amigo, el señor Patoni". No se levantarían en armas a pesar, decía don Juan, de las

---

<sup>82</sup> La lucha política en el estado en Parra Durán, 1930, 69-75; Martínez y Chávez, 1998, 167-177; y Altamirano, 1997, 60-65.

enormes irregularidades de las elecciones del 28 de julio, de la violación de la libertad de sufragio y del descarado apoyo de los gobiernos federal y estatal a la candidatura de Patoni. No se levantaría en armas, pero se retiraría de la política desligándose de todo compromiso con el señor Madero, y llevándose a casa "el sentimiento de que en mi patria, a pesar de la inmensa oleada de sangre que la anega y cubre por todas partes, todavía se infieran a la democracia y a la Ley terribles y dolorosos agravios".<sup>82</sup>

Poco después, el gobernador Patoni ordenó que Domingo Arrieta y Calixto Contreras fueron enviados a la ciudad de México fuertemente escoltados, y se iniciaron las gestiones para desarmar a sus hombres. También fue encarcelado el coronel Tomás Urbina y sólo las gestiones de Emilio Madero lograron que el antiguo bandolero fuera puesto en libertad. El gobierno local golpeaba a los veteranos maderistas cuando la rebelión de Orozco distaba de haberse extinguido. Esto es explícito en una carta que a fines de septiembre recibió en México Calixto Contreras, remitida desde Cuencamé por Severino Ceniceros, que había quedado al frente del Regimiento Benito Juárez:

La situación está algo comprometida y sigue comprometiéndose por la falta de su intervención en la campaña [...], tengo duda que el Gobierno de nuestro Estado, tímido en grado superlativo, se niegue a darme la autorización correspondiente para perseguir a Argumedo hasta donde se eche. Son varias las gavillas que rodean nuestros pueblos y la fuerza [federal] que se tiene aquí es insuficiente [...]. Así es que si nosotros mismos no defendemos a nuestras familias e intereses, somos perdidos.<sup>83</sup>

En octubre los oroquistas atacaron Cuencamé, defendido por veinte soldados regulares y los restos del Regimiento Benito Juárez, al que le habían cortado los salrios y los suministros de armas. Los representantes de los pueblos del partido enviaron telegramas al presidente Madero elogiando la actividad de Ceniceros y "los hijos del coronel Contreras", pidiendo que dicho jefe regresara a hacerse cargo de la defensa regional; pero Madero también recibía otras cartas, de gente a la que sí atendía, como queda claro en una carta enviada por el presidente al gobernador Patoni ese mismo mes de octubre: "En contestación a su atenta de fecha dos del actual, le manifiesto que ya que Calixto Contreras es un peligro para ese estado, impediremos que vaya por allá, por lo cual no deben abrigar ningunos temores". Y

<sup>82</sup> La carta de don Juan E. García en Parra Durán, 1930, 75-76.

<sup>83</sup> Citado por Altamirano, 1997, 65.



efectivamente, Calixto Contreras y Domingo Arrieta se quedaron en la ciudad de México hasta que el gobierno de Madero dejó de tener fuerza para hacer o impedir nada.<sup>84</sup>

Mientras tanto, la situación en Durango empeoraba a ojos vistas y el gobierno de Patoni fue perdiendo el control de vastas regiones, lo cual, entre otras cosas, le impidió hacer volver el orden al partido de Cuencamé. Cuando llegaron a la capital del estado las noticias del cuartelazo de la Ciudadela, en febrero de 1913, el irresoluto gobernador prefirió no arriesgarse y renunció a su cargo antes incluso de que triunfaran los pronunciados. El Congreso nombró en su lugar al abogado Jesús Perea, que había sido durante el porfiriato jefe político de Mapimí, y luego fue jefe de la campaña de Patoni. Cuando Victoriano Huerta asumió la primera magistratura los poderes locales lo reconocieron por vía telegráfica sin necesidad de que el militar jalisciense los incitara a hacerlo.

En Chihuahua la política local fue por rumbos muy distintos, en virtud de que el jefe nato del maderismo, don Abraham González, reasumió el ejecutivo local tan pronto fue recuperada la capital del estado por la columna de Huerta, y en esta segunda parte de su mandato intentó poner en práctica las leyes revolucionarias dictadas en 1911, pero se topó con la oposición permanente de los jefes militares que mandaban a las fuerzas federales destacadas en Chihuahua. Durante ese periodo se fraguó una enemistad sorda entre don Abraham y Victoriano Huerta, a quien Madero sacó de Chihuahua a fines de julio de 1912.<sup>85</sup>

Por otro lado, la rebelión de Orozco distaba de haber concluido. Mientras Benjamín Argumedo incursionaba hasta Jalisco y Blas Orpinel y Cheché Campos entraban a Sonora, Orozco permaneció en Chihuahua desarrollando una campaña guerrillera incesante. Mientras los federales guarnecían las ciudades, Toribio Ortega, Guadalupe Gardea, Trinidad Rodríguez, Isaac Arroyo, Rosalío Hernández, Maclovio Herrera, Candelario Cervantes, Elfego Bencomo, Julio Acosta y otros jefes irregulares realizaban una activa campaña contraguerrillera. Esa era la situación en el estado grande cuando en febrero de 1913 empezaron a llegar las noticias del Cuartelazo de la Ciudadela.<sup>86</sup>

Un asunto de fundamental importancia durante los últimos meses de 1912 y los primeros de 1913 fue la defensa que de los cuerpos irregulares hicieron algunos poderosos gobernadores: en enero de 1913 coincidieron en la ciudad de México los mandatarios de

---

<sup>84</sup> La carta de Madero a Patoni, en Martínez y Chávez, 1998, 177.

<sup>85</sup> Beezley, 1968, 202-219.

Sonora y Coahuila, José María Maytorena y Venustiano Carranza, que llevaban, entre otros asuntos, el de impedir que "sus" irregulares fueran licenciados. Según Carranza, "el país oía a desastre"; para Maytorena "la situación general de la República [...] era todo lo malo que podía ser". Preveían que tras las rebeliones del año anterior sobrevendría, "ante la política de transacción y debilidad del gobierno de Madero", un golpe victorioso con la consiguiente cacera de revolucionarios, y que en esa situación la única garantía de supervivencia serían precisamente esas fuerzas irregulares o estatales que Madero se empeñaba en disolver.<sup>87</sup>

Finalmente, hay que recordar que Pancho Villa estaba preso en la ciudad de México desde fines de mayo de 1912 y ahí se enteró de las conspiraciones que florecían en el ejército contra el gobierno de Madero. Con la complicidad de Carlos Jáuregui, un funcionario menor del juzgado donde se veía su causa, y seguramente con la aprobación del presidente Madero, Pancho Villa escapó de la prisión el 26 de diciembre de 1912 y en compañía de Jáuregui viajó disfrazado hasta la frontera. Desde El Paso, Texas, le escribió una carta a don Abraham González poniéndose a sus órdenes y avisándole de la conspiración militar que se fraguaba. Don Abraham envió a El Paso a Aureliano González, quien le pidió a Villa que no regresara a territorio nacional y le aseguró que sus temores serían transmitidos a Madero. Por órdenes de don Abraham se entregaron a Villa 1,500 pesos para vivir mientras se veía qué pasaba, y ahí seguía el caudillo en febrero de 1913.<sup>88</sup>

---

<sup>86</sup> Almada, 1964, I:351-361. AHRM, 67, 104-106.

<sup>87</sup> Sobre los irregulares y esta conversación, véanse Aguilar Camín, 1985, 256-261. Vera Estañol, 1983, 287-293. Barragán, 1985, I:18-25.

<sup>88</sup> Guzmán, 1984, 93-111.

## VII. LA REBELIÓN DE LOS CORONELES

### 1. Pronunciamientos

El 9 de febrero de 1913 empezó a concretarse lo que Pancho Villa había anunciado luego de salir de la cárcel, lo que tantos amigos bien intencionados habían advertido a Madero: una parte de la guarnición de la capital de la República, encabezada por los generales Manuel Mondragón y Gregorio Ruiz, liberó a los eximios ex-rebeldes Bernardo Reyes y Félix Díaz, como primer paso de lo que pensaban sería un rápido e incruento golpe de mano, mediante el cual se apoderarían de Palacio Nacional y de las principales dependencias de la Secretaría de Guerra, así como del presidente de la república y sus más inmediatos colaboradores. La lealtad del general Lauro Villar, comandante de la guarnición de la plaza, hizo fracasar la intentona, que costó la vida a Ruiz y a Reyes. Los amotinados se refugiaron en la Ciudadela y las fuerzas leales al gobierno parecieron retomar el control de la situación.<sup>1</sup>

De hacer caso a los historiadores, lo que siguió, que pasó a la historia como "la decena trágica", fue una más de las comedias de equivocaciones que se sucedieron durante aquellos años: todo mundo parecía darse cuenta, menos el "ingenuo" presidente, de la connivencia entre los desleales generales encerrados en la Ciudadela (Díaz y Mondragón), y el general Victoriano Huerta, quien fue nombrado jefe de las fuerzas gobiernistas en sustitución del general Villar, herido en los combates del día 9. Todo mundo: los rebeldes populares que aún tenían acceso al presidente, los más reaccionarios parientes de Madero, los jefes maderistas que pudieron tomar parte en la lucha y los oficiales del ejército federal que no quisieron acompañar a Huerta, Díaz y Mondragón en la traición (cuyo prototipo fue un alto y desgarbado militar académico, aunque ya fogueado en las nuevas formas de lucha,

---

<sup>1</sup> Poco se ha parado mientes en la reacción de algunos jefes maderistas en la misma madrugada del 9 de febrero, que contribuyó a evitar el éxito del golpe de mano. Federico González Garza, gobernador del Distrito Federal, movilizó a la gendarmería, en cuya lealtad confiaba, al frente de la cual participó en la marcha de Chapultepec al Zócalo, con Madero y los cadetes del Colegio Militar. Barragán. 1985. I:36-39.

de quien por fin empezaremos a hablar: Felipe de Jesús Ángeles Ramírez),<sup>2</sup> todos, pues, advertían al presidente de la necesidad de llamar a la ciudad de México a las mejores tropas irregulares para acabar con los militares desleales. Y de hacer caso a los historiadores, sólo la ingenuidad, la ceguera del presidente, permitió que el traidor, el chacal, el borracho Huerta tejiera la trama de la conspiración que acabó con el gobierno legalmente constituido y con la propia vida del primer magistrado de la nación.<sup>3</sup>

Pero no fue ingenuidad ni torpeza de un hombre que era mucho mejor político y mucho más previsior de lo que nos han contado: se trató, simplemente, del último y heroico esfuerzo de Francisco I. Madero por preservar el orden legal y contener la marea revolucionaria. Luego de tensas negociaciones propiciadas por el embajador estadounidense, Henry Lane Wilson, enemigo implacable de todo lo que oliera a revolución y en particular del señor Madero, Victoriano Huerta y Félix Díaz llegaron a un acuerdo, y el 18 de febrero Madero y Pino Suárez fueron aprehendidos por el general Aureliano Blanquet.<sup>4</sup> Ese mismo día, Huerta expidió tres documentos: un manifiesto a la nación firmado por él y por Félix Díaz en que anunciaban que el ejército había asumido la autoridad y se encargaba de garantizar la salvación de la patria; un telegrama a los gobernadores de los estados, los jefes políticos de los territorios federales y los jefes de las zonas militares en que les decía que autorizado por el Senado (lo que era falso, pues las

---

<sup>2</sup> Madero tenía plena confianza en Ángeles, a quien había hecho director del Colegio Militar, encomendándole luego la campaña contra Zapata, que condujo con habilidad y humanidad reconocidas por los zapatistas, acostumbrados a la saña de militares como Juvencio Robles y Victoriano Huerta. El mismo 9 de febrero Madero fue por Ángeles a Cuernavaca y regresó a la capital escoltado por las tropas del artillero y si no le dio el mando de las fuerzas del gobierno fue porque ya lo ostentaba Huerta, quien era de mayor graduación (Huerta era general de división y Ángeles apenas brigadier).

<sup>3</sup> Véanse las primeras narraciones de la "Decena Trágica" en *De cómo vino...*, 1974; y Márquez Sterling, 1985.

<sup>4</sup> Al ser aprehendido, madero mostró una vez más su sereno valor, a la vez que hombres leales fueron capaces de morir por él. Madero estuvo a punto de salvarse pasando entre los traidores, gracias a su serenidad y a sus ayudantes militares, el capitán Gustavo Garnendia y el mayor Federico Montes, que mataron a los primeros oficiales que intentaron aprehenderlo, y a Marcos Hernández, hermano de Rafael, entonces ministro de Gobernación, que interpuso su cuerpo entre el presidente y las balas de los soldados, muriendo en lugar de su primo. Finalmente, el general Blanquet aprehendió al apóstol, quien con gran serenidad lo apostrofó delante de sus soldados: "es usted un traidor, general Blanquet". Ya estaban presos para entonces el vicepresidente y los ministros (salvo Manuel Bonilla, que pudo escapar), el gobernador del Distrito, Federico González Garza; el general Felipe Ángeles y el jefe de los maderistas en el Congreso, don Gustavo A. Madero, quien sería salvajemente asesinado esa misma noche.

Cámaras no se habían reunido) “he asumido el Poder Ejecutivo, estando presos el Presidente Madero y todo su gabinete”; y una nota oficial al presidente de la Cámara de Diputados, en que le informaba lo mismo que a los gobernadores, pidiéndole además que se sirviera convocar al Congreso de la Unión para que analizara “tan interesante estado de cosas”. En este documento estaba claro de qué se había tratado: un segundo cuartelazo, encabezado por Huerta, había derribado al gobierno constituido; y el nuevo amo de la situación esperaba la sanción del Congreso.<sup>5</sup>

Durante esa noche y el día siguiente, 19 de febrero, Huerta se encargó de cubrir con un manto de legalidad el cuartelazo. Por medio del general Juvencio Robles exigió sus renunciaciones a Madero y Pino Suárez. Bajo amenaza de muerte Madero puso cuatro condiciones, consistentes en que el nuevo gobierno se comprometería a respetar el orden constitucional de los estados, manteniendo en su puestos a los gobernadores en funciones; a no molestar por razones políticas a los amigos de Madero; a que Madero, Pino Suárez, Gustavo Madero y Felipe Ángeles, con sus respectivas familias, fueran conducidos a Veracruz y embarcados rumbo al extranjero; y que los embajadores de Japón, Chile y Cuba verificaran este acto. Pino Suárez, por su parte, exigió que en el texto de la renuncia, ya que no “obligados por la fuerza”, constara “obligados por las circunstancias”. La doblez de Huerta es manifiesta, pues al aceptar estas condiciones Gustavo Madero ya estaba muerto.<sup>6</sup>

El 20 de febrero las Cámaras aceptaron la renuncia de Madero, tomando posesión, por ministerio de ley, el secretario de Relaciones, Lic. Pedro Lascaráin, quien duró en el cargo el tiempo mínimo necesario (¡45 minutos!) para protestar como presidente, designar a Victoriano Huerta secretario de Gobernación y renunciar a su vez para que Huerta fuera nombrado presidente. La Cámara de Diputados, luego de un acre debate, sancionó esa misma tarde los hechos consumados.<sup>7</sup>

---

<sup>5</sup> Véanse en Almada, 1964, I:16-17.

<sup>6</sup> De cómo..., 44 (relato de F. González Garza). Otro personaje fusilado ese día, acusado de haber hecho fuego contra el Ejército federal, fue el jefe político de Tacubaya, el profesor Manuel N. Oviedo, a quien vimos como uno de los primeros maderistas de Torreón en capítulos anteriores. L. Aguirre, 1966, 59.

<sup>7</sup> Véase el acta de la sesión de la Cámara en De cómo..., 140-166. El Congreso obró bajo amenaza, claramente expresada, en nombre de Huerta, por el diputado Querido Moheno, y rechazada en primera instancia por el diputado “renovador” (maderista) Francisco Escudero. Era una Cámara que sesionaba tras el asesinato del jefe de una de sus bancadas, Gustavo Madero, y la prisión de al menos otros dos diputados, Juan Sánchez Azcona y Jesús Urueta. Mucho se ha discutido sobre las razones de los diputados maderistas para aceptar la renuncia de Madero.

Hasta ahí, todo parecía ir sobre ruedas para Huerta. El 19 de febrero la mayor parte de los gobernadores y de los jefes militares le enviaron telegramas aceptando el nuevo gobierno federal, pero hubo tres silencios harto significativos, el de los mandatarios de Sonora, Chihuahua y Coahuila, José María Maytorena, Abraham González y Venustiano Carranza, en cuyos estados estaban los mejores cuerpos irregulares. No sólo eran silencios: pronto supo Huerta que en el norte se acumulaban nubes de tormenta. Finalmente, en vez de enviar a Madero y Pino Suárez al exilio, ordenó su muerte para evitar que el jefe indiscutible de la Revolución volviera a encabezarla.<sup>8</sup> El 22 de febrero, Madero y Pino Suárez fueron asesinados, terminándose así el terrible episodio. A Huerta le falló el cálculo, pues en lugar descabezar la nueva rebelión le dio una enorme fuerza moral.

No eran vanos los augurios expresados mediante el significativo silencio de los tres poderosos gobernadores norteños. El general Díaz había bregado durante los primeros tiempos de su prolongado mandato por acotar o subordinar el poder de los gobernadores y de los caciques locales. La revolución maderista, que fue una revuelta de la periferia contra el centro, reactivó el regionalismo, sobre todo en aquellos estados en que mayor fuerza había tenido la rebelión contra la dictadura o la oposición de las élites locales a las políticas centralistas y que eran, precisamente, Sonora, Chihuahua y Coahuila.

Al telegrama girado por Huerta el 18 de febrero, siguieron otros, cada vez más perentorios, que tuvieron efectos distintos en los tres estados norteños. En Durango, el otro estado que nos interesa, las cosas pasaron como en la mayor parte de las entidades de la federación: el gobernador Patoni renunció durante la Decena Trágica y el Congreso eligió al porfirista Jesús Perea, quien reconoció telegráficamente al gobierno de Huerta y luego de algunas vacilaciones tomó francamente el partido del nuevo presidente. Maderistas de la capital del estado, como el presidente municipal Silvestre Dorador y el diputado Pastor Rouaix, trataron de organizar la resistencia contra Huerta pero fueron rápidamente neutralizados por la eficaz vigilancia policiaca y la poca simpatía que la causa maderista tenía en la ciudad. Poco después Dorador fuera defenestrado y encarcelado. La respuesta, como en 1910, vendría del campo.<sup>9</sup>

<sup>8</sup> Huerta negó haber dado semejante orden, pero no existen dudas sobre el origen de la decisión.

<sup>9</sup> Altamirano, 1997, 69-71. Dorador 1916, 32-43.

Muy distinta de la pusilánime actitud de Carlos Patoni fue la respuesta de Abraham González Casavantes. El 9 de febrero don Abraham ofreció total respaldo al jefe del ejecutivo federal y tomó disposiciones tendientes a preparar la resistencia en el caso de que los militares rebeldes triunfaran, pero ante los telegramas tranquilizadores de Madero esperó confiado el fin de los acontecimientos. Sorprendido por la repentina caída de Madero, don Abraham dejó sin respuesta al telegrama del 18 de febrero y los que llegaron en los días inmediatos, pero el general Antonio Rábago, jefe de la 2ª Zona Militar, felicitó de inmediato a Huerta.<sup>10</sup>

El gobernador intentó poner a salvo los fondos del estado, envió mensajeros a los jefes de regimientos irregulares y ordenó que se acuartelaran las tropas irregulares acantonadas en Chihuahua, mandadas por Trinidad Rodríguez e Isaac Arroyo. Era obvio que el gobernador se preparaba para la guerra y que, presos los miembros del gabinete y los principales maderistas de la ciudad de México, nadie como él podría representar la continuidad de la revolución. Pero Huerta también lo sabía, y cuando el 22 de febrero don Abraham dejó sin respuesta una nueva excitativa, ordenó a Rábago aprehenderlo y hacerse cargo del ejecutivo del estado sin parar mientes en ninguna consideración. Esta orden fue expedida antes de que llegara a Chihuahua la noticia del asesinato de Madero y Pino Suárez y Rábago la cumplió con rapidez y eficacia: fuerzas federales rodearon el Palacio de Gobierno y aprehendieron a don Abraham, al mismo tiempo que otras corporaciones desarmaban a los irregulares de Rodríguez y Arroyo.<sup>11</sup> Al día siguiente, Rábago reunió a la legislatura, a la que presentó la renuncia firmada de don Abraham, obligando a los diputados a aceptarla y designarlo a él gobernador interino.<sup>12</sup>

El 26 de febrero don Abraham publicó un manifiesto llamando a los chihuahuenses a apoyar "al Señor General Antonio Rábago, designado por la H. Legislatura como mi sucesor" y pedía que "los Cuerpos de Voluntarios auxiliares de la Federación" abandonaran

---

<sup>10</sup> Katz, 1998, I:228-231. Almada, 1964, II:16-19.

<sup>11</sup> El jefe Trini fue encarcelado con don Abraham. En cambio, Arroyo pudo escapar rumbo a Ojinaga, donde se incorporó a las fuerzas de Toribio Ortega, que ya estaba en armas contra Huerta.

<sup>12</sup> El decreto respectivo de la diputación permanente, fechado el 23 de febrero y firmado por los diputados Pedro Gómez Ornelas y Agustín Flores, concediendo licencia a Abraham González y nombrando al general Rábago gobernador interino, está avalado por las firmas del propio Rábago y de Aureliano S. González como secretario. El 24, se dio a conocer otro decreto nombrando secretario general de Gobierno al Lic. Sergio Sánchez (poco después, Aureliano González se

su actitud de rebeldía frente al nuevo gobierno: ya era don Abraham un hombre vencido. El 6 de marzo el general Rábago entregó a don Abraham a una comisión de militares procedentes de México, quienes de inmediato lo embarcaron en el tren nocturno rumbo al sur, y pasada la estación Horcasitas, con el socorrido pretexto de la ley fuga, le dieron muerte.<sup>13</sup> Así, Huerta eliminaba al jefe natural de la nueva revolución que estaba fraguándose.<sup>14</sup> En Chihuahua, al menos durante unos días, la situación pareció quedar bajo control del nuevo gobierno y de los 6,000 federales de Rábago.<sup>15</sup>

Como don Abraham, el gobernador constitucional de Coahuila, Venustiano Carranza Garza, se negó de plano a reconocer el nuevo orden de cosas. Como don Abraham, Carranza tomó sus providencias desde que el 9 de febrero supo del estallido del cuartelazo, pero a diferencia de aquel, no confió en los informes optimistas enviados por Madero y el 18 de febrero, cuando llegó a sus manos el primer telegrama de Huerta exigiendo su reconocimiento a los gobernadores, reunió en su casa particular a algunos diputados y otros colaboradores cercanos, con los que llegó al acuerdo de que

era una obligación ineludible del gobierno coahuilense desconocer y reprobar inmediatamente semejantes actos [el golpe de Estado], de tal manera que resultaba preciso recurrir al extremo expediente de las armas y hacer una guerra más cruenta que la de TRES AÑOS para lograr la restauración del orden legítimo, la gravedad del caso no arredrará a ningún ciudadano amante de su patria.<sup>16</sup>

---

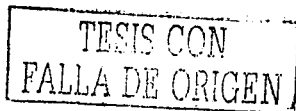
fugaría para incorporarse a la junta constitucionalista de Chihuahua). El 2 de marzo, la Legislatura aceptó la renuncia definitiva de don Abraham. Véanse los documentos en AIHRM, 67, 162-164.

<sup>13</sup> AIHRM, 67, 164. *De como vino...*, 1974, 242. Almada, 1964, II:18-20.

<sup>14</sup> La palanca que don Abraham no pudo tomar, estuvo en manos del gobernador de Sonora, José María Maytorena, cercano amigo de Madero, que tenía de su lado unas foguedas fuerzas estatales superiores a la pequeña guarnición federal, y al Congreso del estado. Pero las vacilaciones de Maytorena y su virtual huida de Sonora en el momento de la decisión abrieron la puerta para que don Venustiano Carranza se convirtiera indiscutiblemente en el Primer Jefe. Véase la historia de Maytorena y sus rivales en Aguilar Camín, 1985.

<sup>15</sup> Dependían del jefe de la 2ª Zona Militar, general Antonio Rábago, las siguientes corporaciones: 15º Batallón, Corl. Juan N. Vázquez, en Ciudad Juárez; 6º Batallón, Corl. Salvador R. Mercado, en Hidalgo del Parral; 9º Batallón, Tte. Corl. Adolfo Ramírez, en Ciudad Jiménez; 3er Regimiento y fracción del 6º Batallón, Corl. Manuel García Pueblita, en Ciudad Camargo; Cuerpo de Voluntarios, Corl. Eduardo Ortiz de Zárate, en Ciudad Guerrero; 33º Batallón, Corl. Jesús Mancilla, en Madera; destacamentos menores en casas Grandes, mayor Manuel M. Bridat; en Escalón, mayor Julio Cejudo; y Ojinaga, Cap. Arnulfo Ortiz. En Chihuahua estaban el 4º Batallón, Corl. Severo Carraseo Pérez; 7º Regimiento, Corl. Landa; y 23º Batallón, Corl. Francisco Castro. Almada, 1964, II:23.

<sup>16</sup> Barragán, 1985, I:63.





La decisión ahí tomada fue irrevocable. El 19 de febrero el Congreso Local desconoció al gobierno de Huerta y concedió "facultades extraordinarias" al gobernador. También llamó al resto de los gobernadores y a los jefes militares "federales, rurales y auxiliares" a secundar la actitud del Gobierno de Coahuila.<sup>17</sup> Los días siguientes fueron de aparentes vacilaciones, pero no se trataba de otra cosa que de ganar tiempo y esperar la respuesta de otros gobernadores o siquiera de aquellos en quienes Carranza confiaba: Abraham González, José María Maytorena, Rafael Cepeda (San Luis Potosí) y Felipe Riveros (Sinaloa), pues todos ellos, maderistas convencidos, tenían a sus órdenes fuerzas irregulares.<sup>18</sup> Carranza maniobró para que los principales contingentes de irregulares de Coahuila se concentraran en el centro del estado, considerando que en Torreón había una guarnición federal importante y que Saltillo era una ciudad accesible y vulnerable, de modo que a Monclova y Cuatro Ciénegas llegaron los contingentes irregulares: Jesús Carranza desde Torreón, Pablo González desde Julimes, Chihuahua; Lucio Blanco desde Piedras Negras y Cesáreo Castro desde Arteaga. Al mismo tiempo, Carranza negoció un empréstito con diversos bancos, gracias al cual obtuvo el 3 de marzo 75,000 pesos (que sumados a los 48,000 que había en la tesorería del estado, constituyeron el capital con que se echó a andar una revolución). Antes de salir de la ciudad, secundado por Francisco Coss, Eulalio Gutiérrez, Jacinto B. Treviño y Andrés Saucedo, reunió algunos voluntarios.<sup>19</sup>

Cuando el 2 de marzo el secretario de Gobernación, Alberto García Granados, envió a los gobernadores que aún no lo habían hecho la orden de reconocer de inmediato al gobierno de Huerta, se acabó la posibilidad de seguir ganando tiempo.<sup>20</sup> Al no recibir el telegrama esperado, Huerta ordenó a las tropas federales de Monterrey, Torreón y San Luis Potosí movilizarse rumbo a Saltillo y Carranza se retiró a Monclova, donde tenía ya unos

<sup>17</sup> Barragán, 1985, I:65-66. Sánchez Lamego, 1956, I:33-36.

<sup>18</sup> Ya vimos que don Abraham fue asesinado y que, a pesar de las vacilaciones de Maytorena, en Sonora la revolución empezó con gran fuerza. Rafael Cepeda y Felipe Riveros, fueron rápida y eficazmente neutralizados por las guarniciones federales de San Luis Potosí y Culiacán, aunque ambos podrían incorporarse después a la lucha. De modo que Carranza empezó su movimiento creyendo que sólo Sonora seguiría los pasos de Coahuila.

<sup>19</sup> Sánchez Lamego, 1956, I:35-37.

<sup>20</sup> Se acabó para todos: el 3 de marzo fue aprehendido don Abraham González y el mismo día Maytorena pidió una licencia al Congreso del Estado por seis meses, y se fue a los Estados Unidos. El 5 de marzo, el gobernador interino de Sonora, Ignacio L. Pesqueira, con el respaldo de la Legislatura y los jefes irregulares, rechazó categóricamente las pretensiones de legalidad del gobierno de Huerta, empezando la nueva lucha.

quinientos hombres sobre las armas. Los primeros combates se libraron en San Pedro de las Colonias y Anhele, los días 5 y 6 de marzo, a los que sucedió un pequeño periodo de calma, empleado por los rebeldes de Coahuila en preparar el Plan de Guadalupe, que daría consistencia y nombre a la nueva revolución: Constitucionalista.<sup>21</sup>

Los revolucionarios de Coahuila serían carrancistas desde entonces, salvo los de la Comarca Lagunera, que se identificarían con el villismo. Mientras Carranza se refugiaba en el centro del estado, en La Laguna, ocupada por fuertes contingentes federales, muchos antiguos rebeldes se lanzaron a la rebelión por su cuenta y riesgo. Entre marzo y junio los rebeldes laguneros se dedicaron principalmente a fortalecerse, aunque llegaron a tomar poblaciones como Matamoros y Tlahualilo. Sería en julio cuando su presencia militar cobraría gran importancia. Tres guerrillas laguneras nos interesan: la de Gregorio García y José Isabel Robles, la de Eugenio Aguirre Benavides y la de Juan E. García.

El coronel Gregorio García, con los capitanes Felipe Macías y Zacarías Mendoza y trescientos voluntarios, se levantó en armas en Matamoros a fines de febrero y el 4 de abril tomó Tlahualilo. A principios de marzo, al frente de unos cincuenta hombres, el coronel José Isabel Robles, antiguo subordinado de Benjamín Argumedo, cambió de bandera para unirse a Gregorio García, quien lo nombró segundo al mando. Con Robles iba el teniente coronel Víctor Elizondo, quien había pertenecido a las fuerzas de Luis Alberto Guajardo.<sup>22</sup>

El coronel Eugenio Aguirre Benavides, veterano de la rebelión maderista y de la campaña contra Orozco, había reasumido la presidencia municipal de Torreón pero estaba en la ciudad de México cuando estalló el cuartelazo. Escondido en la capital, apenas en mayo pudo llegar a Piedras Negras, donde el señor Carranza le facilitó elementos de guerra y lo envió a La Laguna con una docena de hombres. Ya estaban en armas varios de sus antiguos lugartenientes, como Fortunato B. Aguirre y Ernesto Santos Coy, que reconocieron a Aguirre Benavides como jefe tan pronto llegó. En junio, procedentes de Nuevo León, se le incorporaron las fuerzas de Pablo Díaz Dávila, que a fines de febrero se habían levantado en armas en Viesca. En junio, con voluntarios de Parras, se le unió el

<sup>21</sup> Barragán, 1985, I: 68-95. Cumberland, 1975, 25-30. Villarello, 1983, 230-233.

<sup>22</sup> Sobre el pronunciamiento de García, véase Santos Valdés, 1973, 360-363. Según su hoja de servicios, Víctor Elizondo desertó de las fuerzas de Luis Alberto Guajardo cuando éste se negó a secundar la nueva rebelión, y marzo de 1913 se incorporó a las fuerzas revolucionarias de José Isabel Robles, "que operaban en los distritos de Parras y Viesca". ACSDN, XI/III/3-546, s/f.

coronel Raúl Madero, que recibió el nombramiento de segundo jefe de las fuerzas. Con toda esa gente, Aguirre Benavides formaría la Brigada Zaragoza.<sup>23</sup>

En marzo de 1913 el coronel Juan E. García, con sus hermanos Máximo y Benito, volvió a echarse a las serranías cercanas a Lerdo y Gómez Palacio. Con su gente y con los voluntarios de Gómez Palacio levantados por Juan Pablo Estrada, se formaría en el otoño la Brigada Madero.<sup>24</sup>

Aunque descabezados por el asesinato de Abraham González, los maderistas de Chihuahua reaccionaron con igual presteza, lo mismo que los de Durango, que también carecían de jefe visible. Si por separado cada uno de los jefes rebeldes de Chihuahua y Durango tenían poca significación, en conjunto representaban una fuerza formidable que habría de ser decisiva en el curso de los acontecimientos. Pasaremos revista, uno por uno, a los jefes que luego de los asesinatos de Madero, Pino Suárez y don Abraham, se pronunciaron contra el gobierno de Huerta.

Los trescientos hombres del Regimiento Voluntarios de Camargo, encargados de la custodia de la vía del Ferrocarril Central desde Zavalza hasta Conejos, se pronunciaron contra el gobierno desde el 21 o el 23 de febrero.<sup>25</sup> El jefe de la corporación, teniente coronel Rosalío Hernández Cabral ("el jefe Chalío"), reconcentró a sus fuerzas en Ceballos, Durango, ordenó la destrucción de varios puentes y se retiró a reunir gente a la región de Sierra Mojada, Coahuila. Mientras tanto, en Ciudad Camargo, el capitán Rafael Licón, con una fracción del regimiento irregular de Trinidad Rodríguez, había intentado apoderarse de la plaza, pero los federales se le adelantaron desarmando a su gente, obligando a Licón a amnistiarse (aunque unas semanas después rompió su compromiso de no tomar las armas

---

<sup>23</sup> Sobre el reconocimiento de la jefatura de Eugenio, ACSDN, XI/III/2-1140, 80-82 (testimonio de Manuel Madinabeytia, oficial del Batallón ferrocarrilero en 1912, de la Brigada Zaragoza en 1913 y jefe de Estado Mayor de la División del Norte en 1914). Sobre Raúl Madero, ACSDN, XI/III/1-642. Sobre la formación de la Brigada Zaragoza. ACSDN, X/III/3-546, 60-61.

<sup>24</sup> No se encontró en el ACSDN el expediente del general Juan E. García, jefe nato de la Brigada Madero, de la División del Norte, ni el expediente del general Máximo García Contreras, jefe de la Brigada desde diciembre de 1913, cuando Juan E. García murió en combate. Los expedientes de Benito García Contreras, Juan Pablo Estrada Lozano y Alejandro Ceniceros Pérez, oficiales de la Brigada Madero, no especifican cuando ni donde se lanzaron a la lucha contra Huerta, pero por referencias vagas en sus mismos expedientes puede inferirse que desde 1913 estaban en campaña.

<sup>25</sup> El teniente coronel Eleuterio Hermosillo fue enviado por don Abraham González a Estación Ceballos el 18 de febrero, para informar al jefe Hernández de la "renuncia" de Madero y Pino Suárez, de modo que el jefe Chalío tuvo información oportuna de la situación y pudo prepararse. El gobernador envió oficiales de confianza a los distintos destacamentos. Almada, 1964, II:17.

contra el gobierno, y se unió al jefe Chalfo, y cuando Trinidad Rodríguez estuvo otra vez en acción, Licón volvió con él). Rosalío Hernández puso sitio a Camargo inmediatamente después del fracaso del golpe de mano de Licón, y fue derrotado por la guarnición de la plaza el 2 de abril. Supo entonces que Maclovio Herrera había tomado Naica y se reunió con las fuerzas del "Caporal" en ese mineral.<sup>26</sup>

El 23 de febrero, en Cuchillo Parado, el coronel Toribio Ortega reunió a sus oficiales, a los que presentó un acta (que firmaron todos) por la que desconocía al gobierno de Huerta. Inmediatamente marchó rumbo a Ojinaga, donde los doscientos hombres del regimiento irregular del coronel José de la Cruz Sánchez fueron desarmados por un pequeño destacamento federal, poniendo otra vez en evidencia la ineptitud de ese jefe. Ortega tomó Ojinaga el 24 de febrero y controló rápidamente la región entera, luego de batir a los voluntarios de Coyame, partidarios del gobierno. A mediados de mayo, considerando que no había nada más que hacer en aquella región marginal, partió al frente de 350 jinetes regularmente armados y luego de atravesar 80 leguas de desierto tomó Guadalupe de Bravos el 1º de junio.<sup>27</sup>

El mismo día 23 de febrero, en Ciudad Guerrero, los jefes de la guarnición, capitanes José E. Rodríguez, Mateo Almanza y Martiniano Servín, desconocieron al gobierno y se apoderaron de la plaza. Rodríguez y Servín se movieron hacia el sur, incorporándose a las fuerzas de Manuel Chao en vísperas del ataque a Parral. Luego, ambos jefes quedaron incorporados a Urbina, seguramente después de que las fuerzas unidas de Urbina y Chao fueron rechazadas de Parral.<sup>28</sup> A Mateo Almanza se le pierde la pista durante un par de meses, hasta que lo encontramos como jefe de Estado Mayor de la Brigada Juárez de Durango, de Calixto Contreras, bastante lejos de Ciudad Guerrero.

Simultáneamente, el teniente coronel Manuel Chao se pronunció en Rosario, Durango, al frente de los trescientos hombres que integraban el Regimiento Hidalgo, marchando rápidamente hacia el norte. El 24 de febrero ocupó Santa Bárbara y en los días siguientes hostilizó Parral. Del 5 al 7 de marzo, las fuerzas unidas del "profe" Chao y de Tomás Urbina atacaron Parral. Durante los combates, que duraron más de 40 horas, el pueblo de Parral respaldó activamente a los rebeldes, según señaló en su parte oficial el

<sup>26</sup> ACSDN, XI/III/2-?, 99-102. Ontiveros, 1914, 48-49. Almada, 1964, II:25.

<sup>27</sup> Ontiveros, 1914, 62-64. Sánchez Lamego, 1956, I:213-214.

<sup>28</sup> Almada, 1964, II:24. Sánchez Lamego, 1956, I:198.

general Salvador Mercado, jefe de los defensores: "dicho pueblo, en número muy crecido y en parte armado", salió de los suburbios (las colonias habitadas por los mineros) rumbo al centro, donde incendiaron el mercado, saquearon comercios y se enfrentaron a los federales. La resistencia federal estaba agotándose cuando llegó desde Chihuahua el coronel Francisco Castro al frente de una fuerte columna, bombardeando desde lejos las posiciones revolucionarias con el cañón "El Niño", por lo que Chao se retiró rumbo a Valle de Zaragoza y Urbina rumbo a Indé.<sup>29</sup>

El coronel Tomás Urbina Reyes,<sup>30</sup> quien atacó con Chao Parral, se había pronunciado cerca de Indé, Durango, al frente de su Regimiento Morelos, el 23 o 24 de febrero. Pronto se le unieron muchos de sus antiguos soldados, entre los que destacaban los hombres de Petronilo Hernández, quien se pronunció en Cieneguilla y tomó Indé a fines de febrero;<sup>31</sup> y Nicolás Fernández, quien tan pronto supo el asesinato de Madero reunió a sus vaqueros, en Valle de Allende, y corrió en busca del jefe Urbina. Luego de ser rechazadas de Parral las fuerzas de Urbina combatieron a los dragones federales en varios puntos antes de tomar Mapimí el día 30 de marzo. Para la segunda semana de abril Urbina, llevando como segundo a Román Arreola, controlaba los municipios de Indé, El Oro y Guanaceví, incluidas las cabeceras.<sup>32</sup>

A fines de febrero, el mayor Maclovio Herrera Cano, cuyo Regimiento Benito Juárez estaba de guarnición en Casas Grandes y San Buenaventura, abandonó el distrito Galeana marchando rumbo al sur en pie de guerra. Pasó por Namiquipa, se enfrentó en Bavicora con fuerzas del gobierno y a principios de abril tomó Naica, donde se le unió el teniente coronel Rosalío Hernández, quien había sido rechazado de Camargo. Tras dar descanso a su tropa, Herrera dejó a Hernández en la región de Camargo y a mediados de

<sup>29</sup> AIHRM, 67, ff. 114-115. ACS DN, XI/III/3-482, 62. Sánchez Lamego, 1956, I:197-198. Almada, 1964, II:24-25.

<sup>30</sup> Tomás Urbina estaba en la cárcel de Durango por órdenes del gobernador Carlos Patoni, pero un mes antes del asesinato de Madero y Pino Suárez, las reiteradas instancias del general Emilio Madero ante su hermano habían tenido éxito, y Urbina fue excarcelado y retomó el mando de su gente. Cfr. Chávez y Martínez, 1998, 192.

<sup>31</sup> ACS DN, XI/III/2-155, 3. Sáenz Carrete, 1999, 209-210 Sánchez L., 1956, I:206. Rouaix, 1946, 473. Con Petronilo Hernández iban como oficiales su hermano Leandro, los hermanos Lino y Maximiliano Lucero y Jacinto Hernández.

<sup>32</sup> AHDN, XI/481.5/69, ff. 161-283. Sánchez Lamego, 1956, I:206-207. INEHRM, 1991, II:390-391.

abril se reunió con Chao en la región de Parral, de la que eran oriundos el jefe Herrera y la mayoría de sus hombres.<sup>33</sup>

Los cuatro distritos de la Sierra cayeron en manos de los revolucionarios en los primeros días de marzo, cuando se pronunciaron los jefes de las respectivas guarniciones, formadas exclusivamente por tropas irregulares. El presidente municipal de Chínipas, mayor Baudelio Caraveo Estrada controló rápidamente el distrito Arteaga. Poco después, el coronel José María Caraveo y el mayor Isidoro Caraveo, hermanos de Baudelio, se pronunciaron contra el gobierno en Ocampo y Urúachic, quedando en manos de los rebeldes todo el distrito Rayón. Por su parte, los capitanes Epifanio Zamorano y Félix Mendoza convencieron a los oficiales y soldados de la guarnición de Témoris de desconocer al gobierno. Inmediatamente los respaldó el coronel Feliciano A. Díaz, jefe de las fuerzas de los distritos Arteaga y Andrés del Río, que dispuso que se ocupara Batopilas cuanto antes. En el distrito Mina el mayor Arnoldo de la Rocha desconoció al gobierno, apoderándose de Guadalupe y Calvo. La respuesta a estos pronunciamientos no vino de los federales, que no hicieron ningún esfuerzo por recuperar la sierra de Chihuahua, sino de los orozquistas serranos, encabezados por Manuel T. González, Guillermo Rascón, José Mancinas y Apolonio Rodríguez.<sup>34</sup>

Además de estos pronunciamientos en Chihuahua o de fuerzas de Chihuahua, hubo algunos menores en otras poblaciones del centro occidente del estado, de gente que terminó uniéndose a las fuerzas de Francisco Villa, a quien habíamos dejado en Texas enviando mensaje tras mensaje a don Abraham y a Madero sobre la inminencia de una traición de altos mandos del ejército federal. Desde su llegada a Texas Villa mantuvo reuniones secretas con sus antiguos capitanes, muchos de los cuales todavía estaban al frente de pequeños destacamentos irregulares, reactivando sus contactos con Andrés U. Vargas, en Namiqipa; Telésforo Terrazas, en Cruces; Julio Acosta, en Ciudad Guerrero; Eligio Hernández, en Santa Clara; Jesús M. Ríos y José Almeida, en Bachíniva; Julián Granados y Cruz Domínguez, en Carichic; Agustín Estrada, en Cusihuiriachic; Gorgonio Beltrán, en Santa Cruz del Padre Herrera; Julián Pérez, en Pedernales; Fortunato Casavantes, en

<sup>33</sup> ACSDN, XI/III/2-1112, 32-33. Sánchez L., 1956, I:204-205. Almada, 1964, II:24. Herrera, 1981, 66.

Matáchic; Samuel y Juan Rodríguez (hermanos del jefe Trini, de guarnición en Chihuahua), en Huejotitán; José Ruiz Núñez en Satevó; Javier Hernández en Ciénega de Ortiz, y otros más. A todos ellos, Villa les advirtió que fueran preparando a su gente.<sup>35</sup>

El 8 de marzo de 1913, con ocho compañeros,<sup>36</sup> Pancho Villa se internó al territorio nacional por el municipio de Guadalupe y luego de cruzar el distrito Galeana y los latifundios de Terrazas y Zuloaga se estableció en San Andrés. En el camino se le unieron Julio Acosta y Miguel Baca con gente del distrito Guerrero, y en San Andrés reunió rápidamente a sus antiguos soldados de esa región, encabezados por los capitanes Andrés Rivera y Encarnación Márquez. Entre ellos estaban los hermanos del jefe Villa, Hipólito y Antonio. A San Andrés llegaron los capitanes José E. Rodríguez y Martiniano Servín con la fuerza que se había pronunciado en Ciudad Guerrero, Javier Hernández con la gente de Ciénega de Ortiz, Fidel Ávila con la de Satevó y otras fuerzas traídas por Félix Rivero y Benito Artalejo y por Julián Granados y Faustino Borunda. El 7 de abril Villa ocupó Santa Isabel, desde donde le envió un telegrama a Antonio Rábago en que le decía que habiéndose enterado que el gobierno había solicitado su extradición, decidió ahorrarle las molestias: "aquí me tiene ya en México, propuesto a combatir la tiranía que defiende usted, o sea, la de Victoriano Huerta, con Mondragón y todos sus secuaces".<sup>37</sup>

El regreso de Villa nacional reactivó a muchos de sus antiguos compañeros: a mediados de marzo Manuel Baca González llegó a Namiquipa con instrucciones para el coronel Andrés U. Vargas, quien mandó llamar a los jefes de los maderistas de Cruces, Rubio, Pedernales, San Borja, Cerro Prieto y Ciudad Guerrero, con los que sostuvo una reunión el 3 de abril, de la que salió el acuerdo de levantarse en armas otra vez. Rápidamente se dominó la región de Namiquipa y Vargas ordenó que las haciendas de Santa Clara, La Quemada y Rubio fueran requisadas, poniendo a disposición de los rebeldes toda la caballada. José Almeida y José de la Luz Nevárez fueron comisionados

---

<sup>34</sup> Caraveo, 1996, 128-132. Almada, 1964, II:29-30. En 1910 y 1911 el gobierno había defendido la sierra con el eje Álamos-Chinipas como base de operaciones, pero en 1913 el revolucionario sonoreense Benjamín Hill controló rápidamente la región de Álamos eliminando esa posibilidad.

<sup>35</sup> Calzadiaz, 1958, 98-101.

<sup>36</sup> Juan Dozal, Carlos Jáuregui, Pascual Álvarez Tostado, Darío W. Silva, Manuel Ochoa, Tomás Morales, Miguel Saavedra y Pedro Sapién.

<sup>37</sup> Guzmán, 1984, 115-117; Calzadiaz, 1958, I:102-103; Almada, 1964, II: 25-26.

para levantar a los revolucionarios desmovilizados de la región de Bachíniva; y Julio Acosta a los de Ciudad Guerrero y Tomóchic.<sup>38</sup>

El occidente de Chihuahua ardía otra vez: Agustín Estrada reunía a su gente en Cusihiuiríachic, Gorgonio Beltrán en Santa Cruz del Padre Herrera y Cruz Domínguez, lugarteniente de Julián Granados, en Caríchie. Julio Acosta y Pedro Bustamante habían reunido a los voluntarios de Yoquívio, Guazapares, San Juanito y Témoris con los de Ciudad Guerrero. Cirilo Pérez, con hombres de Madera, se había incorporado a las fuerzas de Agustín Estrada. Toda esta gente se unió a Villa en su tránsito de San Andrés al distrito Galeana, en la tercera semana de mayo de 1913. En la región de Casas Grandes, Francisco Sáenz, los hermanos Reyes y Ramón Vega reunían gente armada; mientras Porfirio Talamantes ponía en pie de guerra a la gente de Janos. Los hombres de Sáenz y Talamantes se incorporaron a Pancho Villa en junio, cuando el Centauro entró al distrito Galeana procedente de Namiquipa, al frente de una columna de varios cientos de hombres.<sup>39</sup>

Muchos kilómetros al sur, los revolucionarios de Cuencamé también volvieron a las andadas. Independientemente de los conflictos suscitados en 1912 entre el gobierno federal y Calixto Contreras, el asesinato de Madero y Pino Suárez causó en Cuencamé una gran consternación popular, y los días 24 y 25 de febrero fueron de enorme agitación: los vecinos de los pueblos ocuilas y los de Cuencamé se reunían en las casas de quienes habían sido sus jefes. Severino Ceniceros recibió varias comisiones de vecinos y delegaciones enviadas desde Pasaje, Santa Clara y Peñón Blanco, que expresaban su preocupación ante las nuevas circunstancias: "Ya mataron al Sr. Madero, ahora nos volverán a quitar nuestras tierras".<sup>40</sup>

Calixto Contreras y Domingo Arrieta habían escapado de la ciudad de México aprovechando la confusión del cuartelazo y llegaron a la ciudad de Durango cuando ya era pública la renuncia del presidente Madero. Contreras marchó a Ocuila de inmediato mientras Arrieta se quedó en Durango unos días, lo que estuvo a punto de costarle la vida.<sup>41</sup>

<sup>38</sup> Calzadiaz, 1958, I:103-105. Por órdenes de Villa administraron las haciendas requisadas los capitanes Telésforo Terrazas, Belisario Ruiz, Julián Pérez y Belisario Chávez.

<sup>39</sup> Calzadiaz, 1958, I:103-107.

<sup>40</sup> El inicio de la insurrección contra Huerta en el partido de Cuencamé fue narrado por Severino Ceniceros en 1919, en un Memorial dirigido a la Secretaría de la Defensa Nacional, ACSDN, XI/III/2-156, 109-112.

<sup>41</sup> Cuenta la tradición que Domingo Arrieta se presentó en el restaurante del hotel Richelieu, donde los enemigos de Madero celebraban su caída y les gritó: "a ver cual es el cabrón que tiene los pantalones para decir delante de mí que muera Madero". Chávez y Ramírez, 1998, 188. El teniente



El 25 de febrero se reunió el cabildo de Cuencamé, con la presencia de Ceniceros, para deliberar sobre una comunicación del gobierno del estado por la que se pedía a todos los ayuntamientos el reconocimiento explícito e inmediato del gobierno de Victoriano Huerta. "Incontinenti propuse -escribió Ceniceros en 1919- que se contestara al gobierno del Estado que el Ayuntamiento de Cuencamé no reconocería jamás al Gobierno usurpador". Se aprobó el desafiante mensaje por aclamación y de inmediato se envió una comisión a San Pedro Ocuila para suplicar al coronel Contreras que olvidara sus justos rencores contra el gobierno de Madero y asumiera el mando que le correspondía. Como Contreras vaciló durante unos días, fue Ceniceros quien preparó a los voluntarios de la región para la nueva lucha y quien informó de lo que en Cuencamé pasaba al coronel Orestes Pereyra, jefe del 22 Cuerpo Rural de guarnición en Nazas.

Tras recibir el mensaje de Ceniceros, Orestes Pereyra se pronunció en contra del gobierno de Huerta, se hizo de cuantos fondos públicos había en Nazas y marchó violentamente rumbo a Cuencamé a la cabeza de trescientos jinetes. Los hombres de Pereyra fueron recibidos con júbilo en Cuencamé el 12 de marzo. El día 13 las avanzadas destacadas por Ceniceros por el rumbo de Durango, mandadas por el capitán Eutimio Reza, fueron despedazadas en Yerbanís por las tropas federales enviadas desde la capital. Batidas las avanzadas rebeldes y muerto el capitán Reza, los federales siguieron hasta Pasaje, cuyos vecinos abandonaron el pueblo, y atacaron Cuencamé al anochecer. Las primeras defensas fueron arrasadas, y mientras las tropas de Pereyra defendían el primer cuadro, Ceniceros y un pequeño grupo de sus partidarios fueron sitiados en la casa particular del propio Ceniceros. El ruido del combate, que se percibía en San Pedro Ocuila, sacó al coronel Contreras de su hoscía inactividad: reuniendo a todos los hombres capaces se dirigió a Cuencamé y tomó por sorpresa a los federales. Ahí cayó el jefe federal y los soldados huyeron en desbandada, dejando numerosos muertos y cerca de trescientas carabinas, aunque muy pocas municiones.

Al día siguiente se celebró una junta de jefes, en la que estuvieron presentes los coroneles Calixto Contreras y Orestes Pereyra, los mayores José Carrillo -lugarteniente de Pereyra-, y Severino Ceniceros, y otros oficiales de menor rango. La reunión constituyó la

---

coronel Matías Pazuengo sí visitó la cárcel de Durango, de la que salió mediante miles de promesas que rompió tan pronto regresó a sus cazaderos, en Guatimapé. Pazuengo, 1988, 25-26.

Junta Revolucionaria de Cuencamé, cuya misión sería "derrocar al gobierno usurpador del general Huerta y restaurar al gobierno democrático".<sup>42</sup>

El coronel Contreras llamó a Cuencamé a los veteranos de Pasaje y Peñón Blanco, que incorporó a sus fuerzas, y a mineros de Velardeña, Pedriceña y El Cobre, que fueron incorporados a la gente de Pereyra. Luego de unos días que se fueron en conseguir monturas y entrenar a las nuevas tropas, el 25 de marzo salieron rumbo a Durango 1,500 hombres del Regimiento Benito Juárez y 800 del 22 Cuerpo.

A principios de abril, además del fuerte núcleo de Contreras y Pereyra, estaban sobre las armas en territorio de Durango el coronel Tomás Urbina, dueño de los distritos del norte; el coronel Domingo Arrieta, que se había apoderado de Santiago Papasquiaro y aquella región serrana; el teniente coronel Matías Pazuengo, quien luego de controlar Guatimapé fue en busca de Contreras y Pereyra; y el coronel Martín Triana, quien sin muchos problemas se había enseñoreado del partido de San Juan de Guadalupe: menos de un mes había bastado para que la tercera parte del territorio de Durango cayera en manos de los rebeldes populares.<sup>43</sup>

## 2. "Chihuahua para soldados..."<sup>44</sup> (o la rebelión *no* administrada)

El villismo se originó en Chihuahua. Del corazón del estado grande, lo hemos señalado, salieron los hombres de la Brigada Villa y los de las primeras corporaciones que a esta se fueron uniendo. Pero además, en Chihuahua, a lo largo de 1913 (más exactamente, de marzo a octubre), se fue consolidando un movimiento revolucionario muy distinto de los que surgieron en Sonora, Coahuila y Morelos. Los grupos rebeldes del resto del país habrían de subordinarse, en 1913 y 1914, a los originarios de estos cuatro estados, que estarían llamados a decidir en luchas implacables el derrotero de la Revolución. Para entender las características del movimiento revolucionario originado en Chihuahua (enriquecido desde el principio con la contribución de los guerreros del norte y el oriente de

<sup>42</sup> "Acta Constitutiva de la Junta revolucionaria de Cuencamé", 14 de marzo de 1913, en ACSDN, XI/III/2-156, 66.

<sup>43</sup> Pazuengo, 1988, 25-26. Altamirano, 1997, 72-73.

<sup>44</sup> De una estrofa de *La Cucaracha*: "Para mujeres, Jalisco/Chihuahua para soldados/para sarapes, Saltillo/para amar toditos lados."

Durango y de La Laguna), hay que empezar por señalar sus diferencias con los otros dos poderosos grupos norteros, el de Sonora y el de Coahuila, dejando de lado el movimiento revolucionario surgido de Morelos, para el que esta etapa fue una continuación de las anteriores y no hubo, por lo tanto, que justificar la nueva guerra o encontrarle razones.

La rebelión contra Huerta tuvo en Coahuila y en Sonora una característica común que, de origen, hizo muy distintos los movimientos surgidos en esos estados que el de Chihuahua: la continuidad institucional entre los gobernantes constitucionales de ambos estados, y la nueva revolución, que un historiador ha llamado con tino "la rebelión administrada": una rebelión legitimada por los poderes legítimos del estado, que buscaría hacerse sin subvertir la economía ni el orden institucional.<sup>45</sup> En Coahuila, esta rebelión adquirió el tinte de una rebelión legitimista ("constitucionalista") contra un gobierno nacional usurpador: Venustiano Carranza, desde los decretos de febrero revisados en el apartado anterior, pero sobre toda a partir de la proclamación del Plan de Guadalupe,<sup>46</sup> tenía la certeza de representar el único poder legítimo de la República, luego de la incalificable subversión del orden legal perpetrada por Huerta. El tinte que en Sonora adquirió esta revolución legitimista fue el de una "guerra institucional" del estado libre y soberano de Sonora contra el ilegítimo gobierno federal.

---

<sup>45</sup> Aguilar Camín, 1985, 308.

<sup>46</sup> El Plan, proclamado el 26 de marzo en la hacienda de Guadalupe, Coahuila, partía de la consideración de que Victoriano Huerta "cometió el delito de traición para escalar el poder", y que los poderes legislativo y judicial, así como algunos gobiernos estatales "en contra de las leyes y preceptos constitucionales [...] han reconocido al gobierno ilegítimo", los firmantes, "jefes y oficiales con mando de fuerzas constitucionales" proclamaban el Plan, cuyos tres primeros puntos consistían en desconocer los tres poderes de la unión, lo mismo que los poderes de los estados que treinta días después de proclamado el Plan no hubiesen desconocido al gobierno de Huerta. El punto cuarto declaraba "Primer Jefe del Ejército que se denominará 'Constitucionalista' al C. Venustiano Carranza, Gobernador Constitucional del Estado de Coahuila". El sexto disponía que en cuanto se ocupara la ciudad de México, el señor Carranza se encargaría interinamente de la presidencia, con el compromiso de convocar a elecciones; y el séptimo punto disponía que el primer jefe del Ejército Constitucionalista en cada estado cuyos gobernadores hubiesen sido desconocidos como efectos de este plan, asumiría el gobierno provisional y, a su vez, convocaría a elecciones. No había más: el propio Carranza explicó a los más radicales de los jefes congregados en Guadalupe, sobre todo el teniente coronel Lucio Blanco y el mayor Francisco J. Múgica, que bastante trabajo habría, por lo pronto, con combatir al régimen espurio y restaurar la legalidad. El Plan no lo firmaba el señor Carranza sino los jefes y oficiales ahí presentes, entre los que destacaban los tenientes coroneles Jacinto B. Treviño, Lucio Blanco, Francisco Sánchez Herrera, Agustín Millán, Antonio Portas y Cesáreo Castro. Véase en Altamirano y Villa, 1985, III:325-328.

Así empezaron ambos movimientos, pero el coahuilense fue rápida y duramente golpeado por las fuerzas federales, quitándole la posibilidad de convertirse en la "rebelión administrada" que Carranza hubiera querido, en tanto que el sonorenses se consolidaba rápidamente como tal. Esta diferencia se debió a la muy distinta situación de ambos estados y de sus gobernadores: Coahuila estaba en el camino de una de las principales líneas militares de la federación, la de Torreón a Saltillo, llaves del norte y del noreste y muy bien comunicadas con el centro; y si bien en Saltillo no había tropas federales, pronto llegaron poderosos contingentes procedentes de Monterrey y San Luis Potosí, mientras que en Torreón, los 2,500 soldados de Trucey Aubert garantizaron, al menos de momento, el control de La Laguna y la comunicación con Chihuahua y Durango.

Para oponerse a estas fuerzas, Carranza sólo tenía los 500 o 600 soldados que con trabajos y astutas maniobras había podido reunir en Monclova. Un puñado de hombres, 150,000 pesos y un Plan Revolucionario que no lo era (el de Guadalupe)... pero, sobre todo, la certeza, la confianza irrestricta en el poder de la legalidad por él encarnada. De ese modo, las fuerzas de Coahuila fueron derrotadas en varias escaramuzas a lo largo de marzo, y Carranza tuvo que refugiarse en Piedras Negras, sin más país para donde seguir retrocediendo. Pronto vio que si quería una revolución administrada e institucional no le quedaba otro camino que Sonora y en lugar de cruzar a Eagle Pass, subir al ferrocarril y desembarcar en Agua Prieta, le apostó a una odisea que requirió no poco valor.

En cambio, Sonora tuvo a su favor su tradicional aislamiento y unas entusiastas tropas estatales (poco más de 3,000 hombres), mandadas por jefes capaces y ambiciosos que rápidamente pusieron a los federales a la defensiva. Entre el 13 de marzo y el 13 de abril los rebeldes sonorenses limpiaron de enemigos la zona fronteriza de ese estado y aislaron a los federales en Guaymas y sus alrededores. Frente a estas ventajas, los sonorenses tenían en su contra la virulencia de sus conflictos internos, que enfrentaban agudamente a los grupos encabezados por Pesqueira y Maytorena, con el de los jóvenes jefes militares entre los que iba descollando, no sin trabajos, el coronel Álvaro Obregón. Ninguno de estos tres grupos podía por sí sólo imponerse a los otros, de modo que voltearon fuera de Sonora, y en la primavera de 1913 la única alianza posible la constituía el señor Carranza. A mediados de abril, cuando se apoderaron de las plazas fronterizas de Sonora y pudieron entrar en contacto telegráfico con Carranza (que estaba en Piedras

Negras), Obregón y los otros emergentes caudillos presionaron para que los poderes sonorenses aceptaran el Plan de Guadalupe y aceptaran a don Venustiano como Primer Jefe. Hecho eso, las fuerzas de Obregón derrotaron en mayo a una poderosa columna militar que venía del sur y Sonora (salvo Guaymas) quedó firmemente en manos de los rebeldes, cuyos conflictos internos los llevaron a voltear otra vez hacia Coahuila para invitar al Primer Jefe a establecer su gobierno en Hermosillo.<sup>47</sup>

A diferencia de estos movimientos, que en abril de 1913 ya estaban consolidados en términos políticos (el de Coahuila) o militares (el de Sonora), el de Chihuahua necesitaría otros seis meses para aparecer al lado de aquellos con similar fortaleza. De entrada, el estallido de una fuerte revuelta popular en el estado grande sorprendió al gobierno de Huerta por varias razones: este creía que el asesinato de Abraham González había eliminado cualquier posible liderazgo real en aquel estado, máxime cuando Pascual Orozco se sometió al nuevo gobierno, al que ofreció toda la fuerza de su brazo y su aún grande popularidad; se creía también que el número de las fuerzas federales acantonadas en el estado (que sumaban más efectivos que las que había en ese momento en Coahuila y Sonora juntas) bastaban y sobraban para reprimir cualquier brote rebelde; finalmente, los estrategias federales consideraban que luego de casi tres años de feroz guerra intestina casi ininterrumpida, los chihuahuenses habían llegado a su límite. Pero en dos o tres semanas había ya gruesas y beligerantes guerrillas.

Como en 1910, la rebelión surgió en el campo y muy pronto casi todas las poblaciones de cierta importancia que carecían de una fuerte guarnición federal cayeron en manos de los variopintos grupos rebeldes. Estos repitieron el patrón de levantamiento popular de 1910, pero con mayor efectividad y rapidez, pues además de que ya conocían el camino y no pocos de ellos estaban encuadrados en regimientos irregulares, ahora tenían más experiencia y confiaban en sus dirigentes regionales. Pronto, como ya vimos, estaban al frente de activas y peligrosas partidas Pancho Villa, Toribio Ortega, Tomás Urbina, Maclovio Herrera, Manuel Chao y Rosalfo Hernández, a quienes seguían una cauda nada despreciable de jefes de menor importancia. Cada una de estas partidas se levantó en armas

---

<sup>47</sup> No hay mejor historia de la revolución en Sonora, que la de Aguilar Camín, 1985, quien explica las características y modalidades de esta "guerra institucional" y su "moral del haber". Un excelente análisis de las formas que asumió el estallido de la revolución de 1913 en Sonora y Coahuila en Katz, 1982, I: 149-161.

por su cuenta, y por su cuenta hizo la guerra durante los primeros meses, sin que se reconociera más liderazgo que el nacional de Venustiano Carranza. Poco a poco, no obstante, uno de estos cabecillas fue siendo aceptado como jefe por los demás. Ya veremos cómo, por lo pronto, hay que señalar el carácter popular de los jefes rebeldes de Chihuahua, la ausencia en ese estado de un liderazgo reconocido y la importancia numérica de los contingentes federales que se opusieron a esta rebelión descoordinada.<sup>48</sup>

Además de todo eso, en Chihuahua el régimen de Huerta tuvo un apoyo popular del que careció en Sonora y Coahuila, que se tradujo en un número importante de voluntarios mandados por jefes militares capaces y fogueados, dignos de los valerosos jefes rebeldes. Este apoyo popular lo aportaron el general Pascual Orozco Vázquez y sus partidarios.

Habíamos dejado al caudillo de San Isidro conduciendo una desesperada campaña guerrillera en las serranías y los desiertos de Chihuahua, con sus principales lugartenientes dispersos por la dilatada geografía norteña y sin más razones que la proverbial terquedad serrana. Aislados y perseguidos, Orozco y sus compañeros se enteraron de la muerte de sus odiados enemigos Madero, Pino, Gustavo y "ñor" Abraham. Como explicó años después el general Juan Gualberto Amaya, amigo y compañero de Orozco, los acontecimientos de febrero "desorientaron a un gran número de mexicanos faltos de la visión necesaria para juzgarlos", entre los que se contaba el acosado Pascual. De cualquier manera, lo que había hecho y el naciente liderazgo de Carranza le vedaban cualquier ruta de regreso.<sup>49</sup>

El cuartelazo de la Ciudadela no tenía conexión con la revuelta sin esperanzas que mantenían los colorados, pero la fuerza del movimiento orozquista entre marzo y julio de 1912 y la endémica inseguridad en el campo norteño, debilitaron al gobierno de Madero contribuyendo a su caída. El gobierno de Huerta buscó inmediatamente establecer contacto con los principales rebeldes antimaderistas, entre los que destacaban los orozquistas y los zapatistas, en un contexto en que la mayor parte de los gobernadores y prácticamente todos los jefes del ejército habían reconocido al nuevo gobierno y parecía que el régimen castranse encontraría la fórmula para pacificar el país, manteniendo en lo fundamental el estado de cosas imperante antes de la revolución y haciendo graduales concesiones respecto

<sup>48</sup> La mayor parte de las historias de la Revolución consideran que desde su entrada a territorio nacional, el 8 de marzo de 1913, Pancho Villa era el caudillo reconocido de los revolucionarios chihuahuenses. Ya veremos que no fue así.

<sup>49</sup> Amaya, 1946, 442-445.

a dos de las más agudas demandas de los grupos revolucionarios: el problema de la tierra y el de las relaciones laborales.<sup>50</sup>

Como gesto de conciliación, Huerta ofreció la cartera de Comunicaciones y Obras Públicas al general e ingeniero David de la Fuente, quien con José Córdova, secretario particular de Orozco, había llegado a México enviado por Pascual a ver qué estaba pasando y qué y con quién podía negociarse. Al ofrecimiento de la cartera de Comunicaciones a De la Fuente, Orozco respondió con un telegrama de felicitación a Huerta, que de inmediato envió a Chihuahua una comisión negociadora encabezada por Ricardo García Granados, hermano del secretario de Gobernación. Orozco se encontró con la comisión en Villa Ahumada y puso cinco condiciones para aceptar al nuevo régimen: que se reconociera la contribución de los soldados orozquistas en la caída del régimen y, por lo tanto, se les pagaran sus haberes desde julio anterior; que se pensionara a las viudas y huérfanos de los soldados muertos en combate contra las tropas federales o maderistas; que se resolviera el problema agrario de Chihuahua;<sup>51</sup> el pago de las deudas contraídas para financiar la rebelión; y que se incorporara a los orozquistas como rurales. Tras consultar telegráficamente con Huerta, García Granados aceptó todas las condiciones y Pascual Orozco anunció su adhesión al nuevo gobierno el 27 de febrero de 1913.<sup>52</sup> Verdaderamente, los colorados habían terminado por perder la brújula.<sup>53</sup>

---

<sup>50</sup> M. Meyer, 1983, 71 y ss.

<sup>51</sup> "El gobierno del Gral. Huerta se comprometía a resolver cuanto antes el problema agrario en el Estado de Chihuahua, adquiriendo los terrenos apropiados para la agricultura, a fin de subdividirlos mediante el pago de su precio en condiciones fáciles a los agricultores de origen revolucionario, bajo el concepto de que estos no podrán venderlos ni gravarlos".

<sup>52</sup> Por ese acuerdo, los generales Pascual Orozco, José Inés Salazar, Marcelo Caraveo, Benjamín Argumedo y Emilio P. Campa "se obligaban a prestar su cooperación en la obra de pacificación de la República". Antonio Rojas, Jesús José "Cheché" Campos, Blas Orpín y otros jefes suscribieron el mismo compromiso pocos días después. En cambio, el Lic. Emilio Vázquez Gómez, el Dr. Policarpo Rueda, Paulino Martínez y Francisco I. Guzmán, se negaron categóricamente a ello, y continuaron exiliados como enemigos del régimen.

<sup>53</sup> Almada, 1964, II:20-22; y M. Meyer, 1984, 120-123. Al respecto, dice este autor: "El que Orozco se hubiera sometido al gobierno del usurpador también tiene como explicación su falta de conocimiento de la política. Ignorante de las ideologías políticas, el chihuahuense fue nuevamente presa de intereses que trataron de usar su popularidad con fines egoístas. Frente a una campaña militar Orozco era un hombre metódico y de cálculos minuciosos, pero cuando se veía obligado a tomar una decisión política, su sagacidad y discernimiento desaparecían y se convertía en un ingenuo confundido. Eliminado Madero por el golpe de Huerta, el curso a seguir, en opinión de Orozco, era una cuestión de simple alternativa: unirse al nuevo gobierno, o volverse hacia los enemigos que lo habían perseguido en el norte del país [...] Cuando se le dieron garantías

Las guerrillas orozquistas se fueron concentrando en las ciudades de Chihuahua, Torreón y Durango, y el 8 o 9 de marzo Pascual Orozco, Marcelo Caraveo, Cheché Campos, Benjamín Argumedo, José Inés Salazar, Pascual Orozco padre, y otros jefes colorados, acompañados por buena parte de sus hombres,<sup>54</sup> salieron rumbo a la ciudad de México, donde fueron recibidos oficialmente por Alberto García Granados, secretario de Gobernación. Después, Pascual Orozco se reunió en privado con Victoriano Huerta, y saliendo de la reunión, recibió el encargo de conducir las negociaciones con Emiliano Zapata y el grado de general del ejército federal.<sup>55</sup>

Las negociaciones con Zapata no dieron otro resultado que la captura y posterior fusilamiento del coronel Pascual Orozco Merino y la ruptura violenta del caudillo suriano con Pascual hijo, a quien Zapata acusó de traidor a la revolución, señalando claramente que no tenía absolutamente nada que negociar con un régimen surgido de la traición que, sin duda alguna, sería peor que el de Madero.<sup>56</sup> En una de las cartas a Zapata, aparece la única explicación que dio Orozco sobre sus razones para reconocer a Huerta, al que presentaba como el único capacitado para restablecer la paz e instrumentar las demandas de la revolución por vías legales antes de que la nación se desangrase, añadiendo que "el actual gobierno ha emanado de la revolución y está identificado con nosotros por su espíritu y por deseos de llevar a cabo las reformas exigidas por nuestro estado social".<sup>57</sup>

---

razonables de que Huerta accedería a sus peticiones, Orozco decidió jugarse su suerte con las fuerzas del gobierno".

<sup>54</sup> Marcelo Caraveo contó en sus memorias que, desconfiando de lo que pudiera pasar en la ciudad de México, se hizo acompañar por su tropa. "La mayoría eran hombres de toda mi confianza, los cuales habían participado conmigo desde el comienzo de la Revolución". M. Caraveo, 1992, 76.

<sup>55</sup> Un oficio de la Secretaría de Guerra y Marina, con fecha del 17 de marzo, expresa: "Con esta fecha se conceden despachos de Generales Brigadieres Auxiliares, a favor de los CC Pascual Orozco Hijo, Marcelo Caraveo, Benjamín Argumedo, José Inés Salazar, Emilio G. Campa, José de Jesús Campos y David de la Fuente y de Coronel de la misma arma y milicia, al C. Pascual Orozco, Sr." ACSDN, XI/III/2-70, f. 9.

<sup>56</sup> El 30 de mayo Emiliano Zapata dio a conocer unas "Reformas al Plan de Ayala" declarando la guerra al gobierno de Huerta y quitando el mando de la Revolución a Orozco para dárselo a Zapata: "Se declara indigno -dide el documento- al general Pascual Orozco del honor que se le había conferido [...] puesto que por sus inteligencias y componendas en el ilícito, nefasto pseudo gobierno de Huerta, ha decaído de la estimación de sus conciudadanos hasta el grado de quedar en la condición de un cero social, esto es, sin significación alguna aceptable; como traidor que es a los principios juramentados". Véase en Fabela, 1970, 72-73.

<sup>57</sup> Véase la carta en G. Magaña, 1979, III: 108-109. Las negociaciones entre Orozco y Zapata, y la violenta e inmediata reacción del caudillo suriano contra el nuevo gobierno, en las pp. 110-139. Sobre la actitud de Orozco, véase también Amaya, 1946, 441-446.





El destino de los oroquistas fue incierto durante unas semanas, hasta que Huerta, alarmado por la fuerza creciente de la rebelión nortea, tomó una de las decisiones más acertadas de su gobierno: enviar a Orozco, Caraveo, Salazar y Rojas a la campaña de Chihuahua, y a Argumedo y Campos a la de Durango y La Laguna. En cumplimiento de estas órdenes, Orozco salió de México el 9 de mayo luego de pertrechar y preparar a sus hombres. Ocupó Zacatecas, que los rebeldes de aquella entidad habían tomado, y llegó a Torreón a fin de mes, no sin haber combatido en varios puntos con los rebeldes laguneros.

Desde su llegada a Torreón, Campos y Argumedo iniciaron una activa campaña contraguerrillera de la que hablaremos después, mientras Orozco perdía un mes más en reunir gente y decidirse a salir por tierra, desesperando de poder arreglar las vías de ferrocarril, destruidas en numerosos puntos entre Torreón y Chihuahua. Finalmente salió para aquella ciudad el 1º de julio, al frente de 1,200 soldados.<sup>58</sup> Para entonces la situación de la guarnición federal de Chihuahua era angustiosa, pues Parral, Camargo y otras poblaciones importantes habían caído en manos de los rebeldes, y la guarnición de Chihuahua estaba aislada.<sup>59</sup> la marcha a Chihuahua fue un éxito, como contó posteriormente Marcelo Caraveo:

en 22 días, cruzando por el desierto [...] llegamos a Chihuahua, no sin antes librar fuertes combates con un enemigo considerablemente mayor en número. Tuvimos encuentros en Jaral, en Jiménez, en Estación Díaz, en donde salió muy mal librado Maclovio Herrera, y posteriormente en Santa Rosalía [Camargo] contra Tomás Urbina, Trinidad Rodríguez, Manuel Chao y Rosalío Hernández. En este último lugar, la lucha se libró en las calles de la ciudad, en donde los villistas se retiraron en desbandada, dejando cientos de heridos y pertrechos nuevos de fabricación norteamericana. En todos los sitios mencionados la victoria fue para los "colorados". Entre los trofeos de combate, cayó un excelente caballo y montura que había sido de Eulogio Ortiz, teniente coronel y ayudante de Chao.<sup>60</sup>

<sup>58</sup> La mitad de esta fuerza era de infantería, mandada por el general brigadier Marcelo Caraveo y el coronel José F. Delgado; la otra mitad era de caballería, dividida en cinco regimientos que mandaban el general brigadier Félix Terrazas, los coroneles José Aréchiga, Ernesto Pérez, Rafael Flores, José Flores Alatorre y el mayor Gilberto Cordero. Había además una sección de artillería con dos cañones de montaña. Sánchez Lamego, 1957, III:80.

<sup>59</sup> AHDN, XI/481.5/69, ff. varias.

<sup>60</sup> M. Caraveo, 1992, 78. Aunque hay algunas imprecisiones (Tomás Urbina estaba entonces en Durango, esas fuerzas aún no eran villistas, y todavía no empezaban los revolucionarios de Chihuahua a proveerse de pertrechos estadounidenses en abundancia), el relato pinta el bien fundado orgullo del autor por aquella hazaña guerrera de los colorados.

Cuando Orozco entró a Chihuahua, el 22 de julio, había conducido una de las pocas marchas victoriosas de las fuerzas del gobierno, aliviando la enorme presión que los rebeldes mantenían sobre Chihuahua.<sup>61</sup> Inmediatamente después de su arribo a la capital de Chihuahua, Orozco, cuya popularidad era aún grande, reclutó a muchos de sus antiguos soldados y a nuevos voluntarios, formando varios cuerpos de caballería ligera que, como estaban haciendo Campos y Argumedo en La Laguna, llevarían el mayor peso de la lucha.<sup>62</sup>

La llegada de Orozco fue un golpe significativo para los rebeldes que, desde los pronunciamientos de febrero y marzo, se habían adueñado de buena parte del estado de Chihuahua poniendo a los federales contra la pared, aunque pronto arrinconarían también a los colorados. Es hora, pues, de que vuelvan a aparecer en primera fila los verdaderos protagonistas de esta historia.<sup>63</sup>

Luego del éxito de los pronunciamientos ocurridos desde la última semana de febrero, los rebeldes de Chihuahua fueron concentrando su acción en el sur-sureste y en el noroeste del estado. En la primera de estas regiones operaron las fuerzas de Manuel Chao, Rosalío Hernández, Maclovio Herrera, Trinidad Rodríguez y, durante un tiempo, Tomás Urbina; en la segunda, las de Francisco Villa, Toribio Ortega, José E. Rodríguez y Agustín Estrada.

En el sur, a principios de abril las fuerzas federales habían recuperado el control sobre la línea de ferrocarril a Torreón, seriamente amenazada en marzo, aliviando la presión

<sup>61</sup> "Legajo que contiene los documentos relativos a la marcha a esta capital, procedente de la de la República, de la Brigada Expedicionaria a las órdenes del Sr. General Brigadier Pascual Orozco" (1-22 de julio de 1913). AHND, XI/481.5/69, ff. 398-442 y 483-492.

<sup>62</sup> Meyer, 1984, 129.

<sup>63</sup> Michael Meyer sostiene que sin la participación de los colorados en la campaña del norte, que nunca ha sido estudiada en su justa medida, Pancho Villa habría controlado Chihuahua y Durango rápidamente, ganado él sólo la revolución: "Sin el hábil freno que Orozco puso a los dorados de Villa en Chihuahua, el movimiento constitucionalista no habría tenido tres cabezas. Si las fuerzas irregulares de Orozco no hubieran impedido el paso al bien equipado ejército de Villa, dando tiempo a Obregón y a Carranza para obtener una serie de triunfos, el caudillo-bandido sin duda alguna hubiera llegado a la capital varios meses antes que sus compañeros del este y el oeste y la Revolución habría asumido un tono muy diferente." (M. Meyer, 1984, 127). Esto es llevar las suposiciones contrafactuales demasiado lejos, principalmente por desconocimiento de la situación político-militar de la República en el verano de 1913: cuando Pascual Orozco salió de Torreón rumbo a Chihuahua, Venustiano Carranza ya había sido reconocido como Primer Jefe por los rebeldes norteros, a pesar de que las fuerzas irregulares de Coahuila habían sido derrotadas en casi todos los combates. Por su parte, las aguerridas tropas sonorenses habían derrotado en varias batallas importantes a los federales, controlando todo aquel estado salvo Guaymas, y se preparaban para marchar sobre Sinaloa. En cambio, en Chihuahua los rebeldes carecían de unidad de mando y aunque tenían bajo su control prácticamente todo el estado, excepto las ciudades de Chihuahua y Juárez, eran incapaces aún de coordinar sus esfuerzos, lo que explica las victorias de Orozco.

revolucionaria sobre Parral. A su vez, las partidas revolucionarias aumentaban su número y lograban, casi sin combatir, controlar los pequeños poblados y el campo. El 20 de marzo Chao ocupó Santa Bárbara, donde se le incorporó Maclovio Herrera, procedente de Naica. El día 23 400 irregulares de Flores Alatorre echaron de Santa Bárbara a los 700 rebeldes luego de un reñido combate. Chao y Herrera fueron a hostilizar la vía del ferrocarril entre Camargo y Jiménez. Aunque actuaban de consuno, su rivalidad era evidente.<sup>64</sup>

Por su parte, Tomás Urbina ocupó brevemente Mapimi y en abril se apoderó de los partidos de Indé y El Oro, donde dejó a Román Arreola y Petronilo Hernández, marchando él a Ciudad Jiménez, que tomó el 14 de abril. Las fuerzas enviadas por el gobierno a recuperar Jiménez combatieron en el camino con 300 hombres de las fuerzas de Chao, que mandaban Sóstenes Garza y Pablo Heredia, y contra gente de Cástulo Herrera y Herlindo Hernández, quienes se habían subordinado a Rosalío Hernández, y no pudieron alcanzar su objetivo, quedando así cortada Chihuahua de Torreón.<sup>65</sup>

Tras rechazar esa columna de auxilio, las fuerzas combinadas de Herrera y Chao, avanzando desde el sur, y las de Hernández, que ocupaban la región de Naica, se movieron simultáneamente sobre Ciudad Camargo, tomándola a sangre y fuego el 23 de abril. La guarnición federal, formada por poco menos de 400 hombres mandados por el coronel García Pueblita, fue prácticamente aniquilada por la abrumadora superioridad de los rebeldes, que sumaban cerca de 3.000 hombres.<sup>66</sup> Es importante señalar que a pesar de que el combate fue muy intenso, los coroneles rebeldes (Herrera, Hernández y Chao en Camargo y Urbina viéndolos desde Jiménez) apenas se coordinaron entre sí y no se dieron un mando común. La guarnición de Parral recibió la orden de abandonar la plaza tan pronto llegaron las noticias de la caída de Jiménez y Camargo, e inmediatamente Chao ocupó la ciudad minera.<sup>67</sup>

El resultado de las acciones de los rebeldes del sur y sureste de Chihuahua saltaba a la vista: si a fines de marzo los cuatro distritos serranos estaban en manos de los revolucionarios, a mediados de mayo el gobierno había perdido los tres distritos del sur (Hidalgo, Jiménez y Camargo). Para entonces, otros grupos rebeldes se habían apoderado de los distritos Guerrero, Galeana, Benito Juárez y del oriente del distrito Iturbide (lo veremos a continuación), de modo

<sup>64</sup> Sánchez Lamego, 1956, I:204-206.

<sup>65</sup> Sánchez Lamego, 1956, I:207-208.

<sup>66</sup> Sánchez Lamego, 1956, I:208-212. El parte federal en AHDN, XI/481.5, 359-371.

<sup>67</sup> Sánchez, 1956, I:212.

que a mediados de mayo los federales sólo controlaban la línea Chihuahua-Villa Ahumada-Ciudad Juárez. Eso llevó a Huerta a quitar el mando y gobierno del estado al general Rábago para dárselo al general Salvador R. Mercado, que había mandado la guarnición de Parral.<sup>68</sup> Para su buena fortuna, los rebeldes gastaron el mes de junio en reorganizarse y apenas planeaban un cerco múltiple sobre Chihuahua cuando Pascual Orozco inició su victorioso avance desde el sur. Aunque los rebeldes eran superiores en número, carecían, ya lo vimos, de unidad de mando, y Orozco dio cuenta de las fuerzas de Chao, Herrera, Hernández y Trinidad Rodríguez en un par de fuertes combates. Naturalmente, Camargo y Jiménez volvieron a ser ocupadas por los rebeldes cuando aún eran visibles las polvaredas dejadas tras de sí por las caballerías de Orozco. Por cierto: no sabemos cómo escapó de la cárcel el jefe Trini ni qué hizo entre febrero y julio, pero sí sabemos que participó en la lucha contra la columna de Orozco al frente de sus hombres, oriundos de Huejotitán y Balleza, región que, sin valor estratégico y lejos del ferrocarril, cayó naturalmente en la órbita rebelde.

Dejemos momentáneamente a los bravos coroneles que operaban en el sur de Chihuahua para regresar con Pancho Villa, quien estuvo en su querida región de San Andrés y Santa Isabel desde el 14 de marzo hasta mediados de abril, cuando emprendió una serie de expediciones hacia el sur (a Satevó, Ciénega de Ortiz, Santa María de Cuevas, Santa Rosalía de Cuevas, Valle de Zaragoza y otros pueblos) y hacia el occidente (llegando a ocupar, sin combatir, Ciudad Guerrero, Temósachic, Matachic, Bachíniva y Santo Tomás), para, finalmente, moverse con toda la gente que había reunido (unos 400 hombres) hacia el distrito Galeana, pasando por Namiquipa el 18 de junio (donde se le incorporaron con su gente Andrés U. Vargas, José de la Luz Nevarez, Candelario Cervantes y Mercedes Luján), ocupando San Buenaventura el día 24 y atacando el 26 a la guarnición de Casas Grandes, compuesta por 400 colorados de José Inés Salazar (sin su jefe), a los que puso en fuga luego de reñido combate. Dos días después estableció su campamento en La Ascensión, pueblo en el que habría de permanecer más de un mes.<sup>69</sup>

Durante estas andanzas por el occidente y centro-sur del estado, la gente de Pancho Villa apenas si fue molestada por los federales, que andaban muy ocupados tratando de mantener la posesión de Parral y el camino hacia Torreón (lo que hacía necesario defender

<sup>68</sup> Sánchez Lamego, 1956, I:211-212, véase en AHRM, 67, 170 el decreto de la diputación permanente concediendo licencia a Rábago y designando en su lugar a Mercado.

<sup>69</sup> Pueden seguirse estos recorridos en Calzadiaz, 1958, I:105-117; y Guzmán, 1984, 115-118.

Camargo y Jiménez), dando por perdido el occidente del estado. El único combate de importancia en ese periodo fue contra los colorados de Casas Grandes. La libertad de movimientos del antiguo abigeo era mayor si consideramos que Orozco se había llevado a sus hombres más fogueados a la capital de la República, de modo que las correrías de Pancho Villa apenas encontraban obstáculos, a pesar de la popularidad de Orozco en la región, que los villistas palparon al llegar a La Ascensión:

Como no se avistara allí una sola alma, creímos al pronto que el pueblo estuviera desierto, lo cual se debía a que todos aquellos moradores eran gente colorada de Pascual Orozco. Pero pasados dos días empezaron a salir los hombres, luego las señoras; por fin comenzaron a salir las señoritas.<sup>70</sup>

En La Ascensión, Pancho Villa se dedicó a organizar a su gente, auxiliado por un militar de origen federal que por esos días se puso a sus órdenes: el coronel Juan N. Medina Mora.<sup>71</sup> En las Memorias de Pancho Villa, Guzmán pone en boca del Centauro un encendido elogio de este jefe, quien le había enviado una carta pidiéndole su venia para incorporarse, respondiéndole Villa "que viniera pronto, pero trayendo mucho valor":

Y según empezó después a portarse durante las acciones militares, y en todas las peripecias de la lucha en que andábamos, comprendí que aquellas palabras mías el no las necesitaba. Porque en verdad que Juan N. Medina, al igual de otros militares federales, superaba a muchos hombres revolucionarios en el valor; o sea, que no solamente sabía organizar ejércitos para las batallas, sino que sabía exponer la vida a la hora de la pelea por la causa del pueblo.<sup>72</sup>

Por consejo de Medina y con su asesoría, Villa dividió su Brigada (como empezó a llamar a su gente durante la estancia en La Ascensión) en distintos regimientos, agilizando los mecanismos de mando y dando a las tropas los rudimentos de la formación militar. Al mismo tiempo, mejoró sensiblemente el armamento gracias a un cargamento remitido desde la

---

<sup>70</sup> Guzmán, 1984, 117.

<sup>71</sup> Nacido hacia 1880, Medina se había graduado como subteniente en el Colegio Militar en 1899, pidiendo su baja del Ejército en 1903, por no estar conforme con la guerra contra los yaquis, en la que estaba destacado su regimiento. Se estableció en Ciudad Juárez, donde fue uno de los líderes del antirreeleccionismo, y en 1910 sirvió en Chihuahua la causa de la Revolución a las órdenes de José Perfecto Lomelí, quien le expidió un despacho de teniente coronel en marzo de 1911. Durante el gobierno de Madero fue presidente municipal de Ciudad Juárez y jefe político del distrito Bravos. Su expediente personal en ACSDN, XI/III/3-1081.

frontera de Sonora por el coronel Plutarco Elías Calles. Como parte de la escolta de ese cargamento, que mandaban Julio Acosta y Andrés Rivera, llegaron varios sonorenses que habían tenido conflictos con el general Álvaro Obregón y venían a ponerse a las órdenes de Pancho Villa. El jefe de esta gente era Pedro Bracamontes, a quien Pancho Villa daría el mando, andando el tiempo, de los contingentes revolucionarios del distrito Galeana, que formarían un regimiento de la Brigada Villa.<sup>73</sup>

En La Ascensión Pancho Villa recibió a Juan Sánchez Azcona y Alfredo Breceda, enviados de Venustiano Carranza, quienes le pidieron que reconociera el Plan de Guadalupe, cosa que Villa aunque poniendo dos condiciones: que las operaciones militares en Chihuahua no quedaran subordinadas a las de Sonora, como pretendía Carranza, y que no se le impusiera jefe militar ninguno.

Pancho Villa pensaba hacer de La Ascensión una base de operaciones contra Ciudad Juárez, por lo que entró en tratos con Toribio Ortega, quien se había movido desde la región de Ojinaga hasta Guadalupe de Bravos, pero considerando que sus fuerzas y las de Ortega eran inferiores en número que las de los coroneles del sur del estado, decidió cambiar de dirección, no sin invitar a Ortega a acompañarlo en su movimiento. Ortega contestó que carecía de elementos de guerra, por lo que Villa le envió al mayor Santiago Ramírez con armas y parque. Así que luego de haber estado cerca de un mes en Guadalupe, Ortega se movió hacia el distrito Galeana, librando un fuerte combate en Estación Ranchería contra la escolta de un tren militar. Hacia el 15 de julio, la columna de Ortega llegó a Buenaventura, donde un mensajero de Pancho Villa les pidió que esperaran.<sup>74</sup>

El Centauro dejó La Ascensión el 20 de julio y el día siguiente los 350 soldados de Toribio Ortega se le incorporaron en Buenaventura. Ortega fue nombrado segundo jefe de la Brigada Villa, que con su gente sumaba ya más de 1,000 efectivos. Porfirio Ornelas quedó al frente del Regimiento González Ortega (la gente de Ortega) y Eleuterio Hermosillo recibió el cargo de jefe de Estado Mayor de la Brigada, con Juan N. Medina como subjefe.

Casi un mes estuvo la Brigada Villa entre Namiquipa y Bachíniva, hasta que el 23 o 24 de agosto las tropas salieron rumbo a San Andrés, donde había sido destacada una fuerza de cerca de 1,000 colorados, a las órdenes de Félix Terrazas. Ahí habría de librarse la primera

<sup>72</sup> Guzmán, 1984, 118.

<sup>73</sup> PHO/1/63, 5-10. Calzadiaz, 1958, I:118.

<sup>74</sup> Ontiveros, 1914, 74-79.



batalla propiamente dicha de la nueva etapa de la lucha. Pero antes de llegar a ella tenemos que explicar qué fue lo que hizo Pancho Villa en estos meses, además de recorrer casi sin combatir una buena porción del noroeste y centro occidente de Chihuahua.

Las andanzas de Pancho Villa entre marzo y agosto de 1913 carecieron de la importancia militar que tuvieron las acciones emprendidas por los coroneles del sur y el este del estado, pero en términos políticos fueron muy significativas. Pancho Villa reunió en marzo a sus partidarios originales, en las regiones de San Andrés, Satevó, Cusihuiriachic y Namiquipa, y en los meses siguientes logró ganarse el apoyo de numerosos vecinos de los pueblos de Guerrero y Galeana (descritos en "La última frontera" y "El corazón del país de Orozco"), que hasta entonces habían sido francamente orozquistas y que habían formado la espina dorsal del ejército rebelde en 1911. Ningún jefe revolucionario de importancia operó en esa zona en la primavera de 1913, mientras que varios caudillos con fama y renombre lo hacían en el sur y el oriente del estado, donde el propio Villa había operado en 1910 y 1911.

Según ha explicado Friedrich Katz, Pancho Villa obtuvo el apoyo de la gente del occidente y el noroeste de Chihuahua mediante lo que puede llamarse "una original campaña política": no lanzó manifiesto alguno ni nombró nuevas autoridades (en general, reponía en los pueblos a las autoridades maderistas), sino que "emprendió una serie de acciones de justicia social tipo Robin Hood que coincidían grandemente con el sentido de la justicia y la equidad de la población rural de Chihuahua":

Pocos días después de su entrada al país, ocupó una de las mayores haciendas de Terrazas, la de El Carmen, cuyo administrador era particularmente impopular entre los peones no solo porque reclamaba y ejercía el derecho de pernada, sino porque era famoso por atar a los peones recalcitrantes a estacas situadas en el exterior del edificio principal de la hacienda. El peonaje por deudas, en gran medida abolido en muchas partes de Chihuahua, todavía existía allí y las deudas de los padres pasaban a los hijos. Villa ejecutó públicamente al administrador y a uno de sus ayudantes, abrió los graneros y distribuyó gran cantidad de alimentos a los peones. Pronunció un discurso ante los trabajadores reunidos en que les dijo que no toleraran en el futuro semejante tratamiento y que eligieran un representante que supervisara la distribución de alimentos.<sup>75</sup>

Realizó actos de distribución semejantes en las haciendas de San Lorenzo, Las Ánimas y Saucito, donde empezó a hacerse cada vez más frecuente el grito de "¡Viva Villa!" En

Satevó y San Andrés, cuyos habitantes eran sus partidarios desde 1910, también realizó actos de distribución cuyo eco llegó al occidente y al noroeste, como reflejo de sus actos en las haciendas terraceñas de aquellas comarcas.

Durante esos meses los villistas no combatieron casi contra las fuerzas del gobierno, pero sí persiguieron a los bandoleros que se habían multiplicado en la sierra, desertores o remanentes de los ejércitos orozquistas a quienes se negaban a reprimir los colorados de José Inés Salazar, la mayor fuerza militar en la región desde mayo de 1911. Villa logró que algunos de esos grupos se le unieran y a los otros los persiguió sin darles cuartel, haciendo volver a la región la paz perdida desde noviembre de 1910. Eso acrecentó enormemente su popularidad en los distritos Galeana y Guerrero.<sup>76</sup>

Hay dos testimonios posteriores de guerrerenses originalmente orozquistas o claramente simpatizantes de Orozco, que se pasaron a las filas de Villa: el doctor Encarnación Brondo Whitt, regiomontano criado en Ciudad Guerrero y amigo y partidario de Orozco, cuenta en sus memorias de la Revolución cómo se unió a Villa a fines de 1913, igual que otros "papigochos", quienes si bien no toleraban que se insultara en su presencia a Pascual Orozco, sí se habían convertido en partidarios del villismo y combatían a los orozquistas con el mismo entusiasmo que a los federales;<sup>77</sup> y Roberto Fierro Villalobos, "papigochó" y oficial de Orozco en 1910 y 1911, que en 1913 se levantó en San Pedro Madera junto con otro oficial exorozquista, Jesús M. Ríos, oriundo de Bachíniva, incorporándose a Villa en junio o julio de 1913.<sup>78</sup> Como ellos, hubo otros rebeldes del Papigóchic que en 1913 fueron incorporándose a Villa.

Otro hecho fundamental fue que Villa logró imponer a sus soldados una disciplina hasta entonces desconocida entre los guerrilleros de Chihuahua, de modo que al evitar los desmanes que solían seguir a las ocupaciones de los pueblos, Villa se ganó el respeto de los vecinos de los mismos. Ya vimos cómo en La Ascensión, hasta entonces orozquista, la gente fraternizó con los villistas cuando no los persiguieron ni los hostigaron. Contribuyó a esta disciplina la mejor calidad del equipo y los mayores recursos económicos de los villistas, en comparación con otros grupos rebeldes: en una de sus primeras acciones Villa capturó un

---

<sup>75</sup> Katz, 1998, I:245.

<sup>76</sup> Katz, 1998, I:245-247. PHO/I/63,10-11.

<sup>77</sup> Brondo, 1994, passim.

<sup>78</sup> PHO/142, 24.



importante cargamento de plata, lo que le permitió pagar la manutención de sus hombres (aún no pagaba salarios) y comprar armas y bagajes a los traficantes estadounidenses, por sí mismo o a través de Plutarco Elías Calles, quien mandaba en la frontera de Sonora. Estos materiales llegaban fácilmente a La Ascensión, cercana a la poco vigilada frontera y cerca también de Agua Prieta, base de operaciones de Calles. Ninguno de los coroneles que actuaban en el sur del estado, en Durango o en la Comarca Lagunera tuvo a su favor estas dos condiciones.<sup>79</sup>

Con armamento suficiente y la asesoría de Juan N. Medina, que contribuyó a ímbuir a los voluntarios la disciplina militar en el largo campamento en La Ascensión, en la segunda quincena de agosto salieron de Namiquipa rumbo a San Andrés más de 1,300 soldados perfectamente armados y más que razonablemente disciplinados: ya era el de Pancho Villa el más importante contingente revolucionario de Chihuahua y el 26 de agosto afrontaría su primera prueba verdadera, frente a un enemigo considerable, formado por voluntarios chihuahuenses de valor y empuje similar, y mandado por jefes capaces. La batalla de San Andrés, librada el 26 de agosto de 1913, habría de ser un momento decisivo en la formación del villismo, pero antes de contarla, veamos qué habían hecho en los primeros meses de la nueva revolución los “maderistas” de Durango y La Laguna.

### **3. Los guerrilleros (Durango y La Laguna)**

Habíamos dejado a Calixto Contreras y Orestes Pereyra el 25 de marzo de 1913, saliendo de Cuencamé rumbo al frente de unos 2,300 soldados. Ese mismo día emboscaron a una columna federal en Estación el Centro; el 28 de marzo se apoderaron de la hacienda de Taponá y al día siguiente, entre Estación Taponá y Estación Gabriel, batieron una fuerza de 400 federales. La marcha de los hombres de Contreras y Pereyra parecía incontenible, aunque hay que decir que todos estos victoriosos combates se habían hecho según la vieja táctica descrita en alguna parte por José Vasconcelos, de “fulano por la derecha, mengano por la izquierda, yo por el centro y malhaya el que se raje”. Es cierto que hasta el momento no había hecho falta otra cosa que el entusiasmo y el valor de los soldados revolucionarios.

---

<sup>79</sup> Katz, 1998, 1:247-248.

El 3 de abril Contreras y Pereyra llegaron a la vista de la ciudad de Durango e hicieron contacto con la gente de Domingo Arrieta y Matías Pazuengo, que llegaba por el camino de Canatlán. Como en 1911, Arrieta se había rebelado en Santiago Papasquiaro, ocupando rápidamente los distritos noroccidentales del estado, y Pazuengo, que se levantó en armas en Guatimapé, se había puesto a sus órdenes. Tomás Urbina, por su parte, luego de apoderarse de los partidos de Indé y El Oro, había regresado a Chihuahua.

Domingo Arrieta estableció su cuartel general en la hacienda de Casa Blanca, Pereyra en la de La Labor y Contreras en la de San Juan de Ávila, dedicándose a hostilizar a las avanzadas enemigas y a interrumpir el abasto de víveres a la capital. La ciudad estaba defendida por 1980 soldados federales, 300 hombres de la gendarmería del estado, 400 del Batallón Victoria y 200 de la Defensa Social: 2880 hombres, aunque muchos de ellos armados con fusiles Remington de un solo tiro. El mando en jefe lo tenía el general Antonio Escudero. Los jefes de la Defensa Social, que eran, como en 1911, miembros prominentes de la élite, empezaron a perseguir a los maderistas, cayendo presos el periodista Antonio Gaxiola y el presidente municipal Silvestre Dorador, entre muchos otros. El diputado Pastor Rouaix tuvo que refugiarse en el consulado español y el diputado Jesús Flores logró huir e incorporarse a la gente de Contreras. No fue el único: un grupo de jóvenes estudiantes, compañeros de conspiración de Pastor Rouaix, salieron subrepticamente de la plaza y lograron llegar a los campamentos de Pereyra con planos e informes sobre las posiciones de los defensores de la plaza. Estaba entre ellos un joven que luego escribió una serie de excelentes relatos sobre la rebelión duranguense, que seguiremos a partir de aquí: Adolfo Terrones Benítez, incorporado como teniente de Estado Mayor al 22 Cuerpo Rural. En esos mismos días, una decena de trabajadores del riel, encabezados por un tal Rodolfo Fierro,<sup>80</sup> veterano de la Revolución de 1910, se robaron una máquina de la estación y se fugaron hasta las posiciones de Pereyra, que

---

<sup>80</sup> Aquí entra en nuestra historia este individuo que alcanzaría enorme y siniestra fama. Nacido en El Fuerte, Sinaloa, en 1880, fue soldado federal (peleó contra los yaquis, en Sonora, adquiriendo ahí, quizá, aquella legendaria crueldad) y peón del ferrocarril. Hizo las armas en la Revolución maderista en Sinaloa, sin distinguirse mayormente, y en 1912 regresó a los ferrocarriles, ascendiendo a maquinista. No había nada en su pasado que prefigurara su insaciable sed de sangre, su inaudito valor y sus capacidades guerreras: otro de esos hombres que sólo se conocen cuando descargan el rayo.

los incorporó a las fuerzas del escuadrón del mayor Orestes Pereyra jr., reconociéndole a Fierro el grado de capitán.<sup>81</sup>

Los días 16 y 17 de abril los revolucionarios estrecharon el cerco, y el 21 se efectuó una reunión en el cuartel general de Pereyra, a la que asistieron este y su lugarteniente, el mayor Carrillo; Contreras y Ceniceros, y los hermanos Domingo y Mariano Arrieta. En esa reunión se fijó el plan de ataque, que efectuarían las tres corporaciones simultáneamente a las once de la noche del día 23. Se pasó revista a las tropas, siendo 1200 hombres los del 22 Cuerpo, 2200 los del Regimiento Benito Juárez y 2100 los de Arrieta.

El ataque inició a la hora programada el día 23 y se combatió con verdadera furia por ambas partes. El mayor José Carrillo entró con sus tropas hasta el centro de la ciudad, donde quedó copado, mientras el grueso de las tropas se batían en las líneas que tenían asignadas. Se combatió intermitentemente durante los días 24 y 25, y en la noche de ese último día se efectuó un segundo ataque general, en el que se alcanzaron éxitos parciales pero no se quebró la resistencia del enemigo.

El mismo día 25, las fuerzas dejadas por Pereyra en el camino de Torreón, fuertes en 400 hombres y comandadas por Ezequiel Ramos y Uriel Loya, enfrentaron en la hacienda de La Calera a una columna de 1200 colorados mandados por Luis Caro, que habían sido enviados de Torreón para reforzar Durango. Las tropas de Ramos y Loya retrasaron pero no detuvieron el avance de la columna de refuerzo, que entró a Durango en la madrugada del 26. Pereyra había informado a Contreras y Arrieta de las nuevas circunstancias y los tres jefes ordenaron la retirada, terminando así la batalla.

Así pues, en el campo rebelde nunca se unificó el mando, por lo que reinó una palpable anarquía. Lo único uniforme fueron las horas de los ataques, que fueron simultáneos, pero fuera de eso, cada una de las tres corporaciones obró por su cuenta, sin contacto con las otras y según el leal entender de sus jefes. Lo sorprendente es que se pudieran retirar sin mayores pérdidas. Los federales, por su parte, lucharon con gran valor a la defensiva, pero jamás tomaron la iniciativa, cosa que hubiera podido ser exitosa dado el evidente desorden de los atacantes, su escaso municionamiento y el hecho de que no hubieran dispuesto tropas de reserva.<sup>82</sup>

<sup>81</sup> La represión desatada por la Defensa Social, en Altamirano, 1997, 75-77; y en Dorador, 1916; los preparativos para la toma de Durango en Terrones Benítez, 1956 (64), 16-19.

<sup>82</sup> Terrones Benítez, 1956 (65), 22-29.

Arrieta y Pereyra se retiraron a Canatlán y Contreras a Cuencamé. Habían acordado reforzarse, reabastecerse de municiones y luego atacar otra vez la capital. Mientras esperaban, una columna de caballería salió de Durango y atacó Canatlán el 1º de mayo. Eran los colorados de Luis Caro que habían impedido la caída de Durango. Esta vez, Arrieta y Pereyra los derrotaron por completo en la primera batalla en que los rebeldes de Durango planearon correctamente las operaciones y se apegaron al plan con precisión y exactitud.<sup>83</sup>

Un par de días antes se había celebrado una reunión de jefes en Canatlán a la que asistieron Pereyra y Carrillo; Mariano Arrieta y Matías Pazuengo como representantes de Domingo Arrieta; y Contreras y Ceniceros, que llegaron desde Cuencamé. Los acuerdos tomados en esa reunión demuestran cuál era la disciplina (es decir, la indisciplina) de los guerrilleros de Durango y cómo estaban las cosas entre los caudillos, pues se acordó que todos los jefes tenían el derecho de desarmar a las partidas errantes, fuera cual fuera su filiación, que no demostrarán que andaban en comisión expresa autorizada por alguno de los tres coroneles. También se acordó que estos no prestarían atención a las intrigas de sus subordinados ni de civiles que buscaban indisponerlos entre sí. Los jefes, decía el acta, debían arreglar sus diferencias reuniéndose "a solas y con la calma debida, prescindiendo de toda violencia al discutir sobre el particular". Más explícito no se podía ser.<sup>84</sup>

Mientras tanto, partidas de voluntarios rebeldes estaban llegando a Cuencamé, pidiendo ser incorporadas a las fuerzas de Contreras, pues su fama empezaba a trascender los límites de Durango. Entre ellos se cuenta un grupo de campesinos de Matamoros, Coah., encabezados por Francisco L. Rodríguez; otro de laguneros comandados por Juan Pablo Estrada, quien había sido uno de los jefes del Club Antirreeleccionista de Gómez Palacio y militado a las órdenes de Agustín Castro, y que se separaba de su jefe disgustado por la falta de demandas sociales de Venustiano Carranza, a quien Castro se había subordinado incondicionalmente; y una partida de jaliscienses, de Lagos de Moreno, que se habían pronunciado contra Huerta en los primeros días de marzo eligiendo como jefe a Manuel Zermelo, y que imposibilitados de hacer la guerra en su región natal, se fueron hacia el norte y terminaron incorporados a Contreras.<sup>85</sup> Con toda esta gente, Contreras reorganizó sus

<sup>83</sup> Terrones Benítez, 1956 (66), 19-23.

<sup>84</sup> Acta fechada en Canatlán el 29 de abril, en ACS DN, XI/III/2-156, 67.

<sup>85</sup> Sobre la gente de Francisco L. Rodríguez, véase Santos Valdés, 1973, 150-154; sobre la de Manuel Zermelo, véase la entrevista a Victorio de Anda, PHO/1/46, 14-15; y sobre la de Juan

contingentes y dejando una guarnición en Cuencamé, salió con 2200 hombres bien armados y montados a la nueva cita que tenían frente a Durango Arrieta, Pereyra y él, a la que se presentarían nuevos convidados.

La víspera de la partida del regimiento una junta de oficiales decidió que el cargo de coronel le quedaba chico al jefe Contreras y se le otorgó el grado o empleo de general brigadier. La primera medida tomada por el nuevo general fue ascender a coroneles al segundo jefe del Regimiento, Severino Ceniceros, y a los jefes de los tres escuadrones en que éste quedó dividido: Eladio Contreras, Bibiano Hernández y Canuto Pérez.

Por su parte, Arrieta y Pereyra, luego de la victoria de Canatlán, se instalaron en la hacienda de Cuatimapé, que tenía recursos suficientes como para mantener a los 3300 hombres que ambos jefes sumaban. A instancias de Pereyra, él y Domingo Arrieta, con reducida escolta, se fueron a Santiago Papasquiari para, desde ahí, invitar al nuevo intento de tomar Durango al cuarto de los jefes populares de la Revolución en el estado, el coronel Tomás Urbina, que hasta entonces se había mantenido aparte, luchando entre el norte del estado y el sur de Chihuahua, donde había tomado parte en importantes combates.<sup>86</sup>

El 13 de mayo, desde la villa de Indé, cuartel general de sus tropas, Urbina envió un propio a Pereyra diciéndole que aceptaba la invitación y que ya se movía con su brigada rumbo a Durango. Es sintomático que Urbina ya no llamara Regimiento sino Brigada a sus tropas, que firmara "general Tomás Urbina" y dirigiera la carta al "general Orestes Pereyra": casi simultáneamente los cuatro caudillos del estado resolvieron autopromoverse: Arrieta, por su parte, desde la victoria de Canatlán se hacía llamar general.<sup>87</sup>

Luego de una serie de movimientos, de los cuales el más importante fue el ejecutado por Contreras y Pereyra para aislar otra vez a Durango de Torreón mediante la toma de todas las estaciones entre Pasaje y Gabriel, el 14 de junio las cuatro corporaciones estaban acampando frente a Durango: eran 2200 hombres de Urbina, otros tantos de Arrieta, 2100 de Contreras y 1200 de Pereyra. El 16 de junio, en la hacienda de Navacoyán, se reunieron los jefes y subjefes de las cuatro corporaciones: Tomás Urbina y Román Arreola, Domingo y

---

Pablo Estrada, certificado expedido por Severino Ceniceros a favor suyo, en ACSDN, XI/III/4-2045, 4.

<sup>86</sup> Urbina participó el 23 de abril en la toma de Ciudad Camargo y dejando en esa plaza a Rosalfo Hernández y Maclovio Herrera (con quien no se podía ver), regresó a sus cazaderos habituales del norte de Durango, donde lo encontraron los mensajeros de Arrieta y Pereyra.

<sup>87</sup> Terrones Benítez, 1956 (69), 21-23.

Mariano Arrieta; Calixto Contreras y Severino Cenicerros; y Orestes Pereyra y José Carrillo. Urbina, que a su experiencia como jefe guerrillero (que no le pedía nada a la de los otros tres) añadía la de su participación en la columna que, a las órdenes de Victoriano Huerta había destruido la rebelión oroquista en 1912, insistió en la necesidad de olvidar los celos y las pequeñas rivalidades y unificar el mando, como única manera de evitar los errores del anterior intento, y finalmente convenció a sus colegas. Se realizó una votación secreta y Urbina obtuvo tres votos por dos de Contreras, dos de Domingo Arrieta y uno de Pereyra.<sup>88</sup>

Tan pronto tuvo el mando en sus manos, Urbina dictó una serie de disposiciones que repetían prácticamente el plan anterior en lo que respecta a la forma del ataque simultáneo, pero que tenía dos o tres añadidos que lo mismo mostraban que Contreras, Arrieta y Pereyra aprendían de sus errores, que la mayor experiencia en campañas formales de Urbina, sin perder por eso la simplicidad que permitiría que los guerrilleros indisciplinados lo entendieran cabalmente: primero, las cuatro corporaciones tendrían que contar con reservas adecuadas; segundo, cada corporación tendría una serie de objetivos precisos, que tendrían que conquistar sin perder nunca el contacto con las corporaciones que estuvieran a sus lados; tercero, cada vez que se alcanzara un objetivo, se tocaría "diana" en él, y sus conquistadores tendrían que suspender su avance hasta que no los alcanzara el resto de la línea, para evitar que esta se dislocara y que los escuadrones y regimientos comenzaran a perder contacto unos con otros; y cuarto, los cuatro generales debían mantener, en todo momento, el contacto con cada fracción de sus fuerzas. Según un testigo, "se dejó oír la voz del jefe Urbina, misma que de seguro llegó al corazón de todos los generales y jefes presentes", que aprobaron el plan con entusiasmo y sincronizaron sus relojes con la hora que marcaba el del León de Durango.<sup>89</sup> Quizá sin saberlo, Calixto Contreras, Orestes Pereyra y Domingo Arrieta estaban también poniéndose a la hora del gran movimiento revolucionario norteño.

El asalto a la plaza de Durango, defendida por 2400 federales e irregulares mandados por el general Antonio Escudero, empezó a las once de la noche del 17 de junio. Para las cinco de la mañana del 18, luego de avanzar siguiendo las disposiciones de Urbina, se había arrojado a los federales de todas las posiciones de su primera línea, salvo las del cerro de los Remedios.

<sup>88</sup> El acta levantada y el resultado de esos comicios son maravillosos: seguro los Arrieta votaron por Domingo; Contreras y Cenicerros por el propio Contreras y Urbina y Arreola por Urbina. Y arriesgo la apuesta de que quien decidió las cosas fue Pereyra. Terrones Benítez, 1956 (67), 24-25.

<sup>89</sup> Terrones Benítez, 1956 (67).

Urbina ordenó entonces que las fuerzas permanecieran a la defensiva en las posiciones conquistadas, mientras él personalmente, al frente de 700 soldados de su Brigada, expugnaba el cerro de los Remedios, lo que se logró tras derroches de valor al mediodía del 18 de junio. La caballería federal intentó un contrataque rechazado con grandes pérdidas.

Entonces empezó el caos. El general Escudero trataba de reunir las tropas que le quedaban para evacuar la plaza antes de que la derrota se convirtiera en desastre, en su retirada fue perseguido de cerca por los revolucionarios, y mientras los ejércitos combatían, la gente de las barriadas salió rumbo al centro de la ciudad y empezó a saquear los comercios y a ejecutar por su cuenta a algunos de los jóvenes de la "Defensa Social" que no habían podido escapar. A las cinco de la tarde entraron a la plaza los revolucionarios victoriosos y el general Urbina ordenó que tropas escogidas con oficiales de confianza pusieran fin al saqueo y al tumulto, encontrándose con que en algunos lugares, los hombres de Arrieta se sumaban al desorden y ofrecían resistencia armada. Las patrullas enviadas por Urbina fueron reforzadas por la gente de Pereyra y durante diez o doce horas se combatió más o menos incruentamente, porque los revolucionarios se negaban a disparar contra los saqueadores, a los que sólo les echaban la caballada encima y golpeaban con el plano de sus sables o la culata de los fusiles. Por su parte, la gente de Contreras permaneció acuartelada, pues este jefe se negó a participar en la represión de lo que consideraba justo desborde popular tras tantos años de opresión.<sup>90</sup>

Mientras en las calles de la ciudad se saqueaba e incendiaba, los cuatro generales, reunidos en el hotel París, decidían los destinos de Durango. Se nombró gobernador interino a Pastor Rouaix, comandante militar al general Domingo Arrieta, jefe político del partido de la capital al licenciado Onésimo Borrego y se repuso a Silvestre Dorador en la presidencia municipal luego de sacarlo de la cárcel; también se dispuso que de inmediato se repararan la vía férrea y las telecomunicaciones hasta Pedriceña; se ordenó la detención de los más

---

<sup>90</sup> Esta narración del saqueo de Durango está tomada de los relatos complementarios que escribieron tres testigos y partícipes de los hechos, Adolfo Terrones Benítez, oficial del 22 Cuerpo Rural; Juan B. Vargas Arreola, oficial de la Brigada Morelos; y Matías Pazuenga, jefe de regimiento de la Brigada Arrieta: Terrones, 1956 (68), 15-20; Vargas Arreola, 1988, 141-142; y Pazuenga, 1988, 36-37. La versión que los tres manejan se contradice con la de muchos otros historiadores, según los cuales el saqueo e incendio fue ordenado, o al menos tolerado, por el sanguinario y atrabillario Tomás Urbina. Pastor Rouaix, por ejemplo, que pasó esos días escondido en el consulado español para escapar de la persecución de los huertistas, dice que la elección de Urbina como jefe fue "altamente inconveniente, por los fatales antecedentes de ese guerrillero" (citado por Barragán, 1985, 1:157); y según Lorenzo Parra Durán, Urbina saqueó personalmente las principales casas bancarias. (Parra Durán, 1930, 78-79).

destacados miembros de la oligarquía tradicional, a fin de imponerles préstamos forzosos para financiar el movimiento; se tomó la disposición de armar a cierto número de los vecinos de la capital que ya estaban ofreciéndose como voluntarios para encuadrarlos en las corporaciones de Arrieta y Pereyra; y se acordó también que el 22 Cuerpo Rural y el Regimiento Benito Juárez adquirirían un rango militar superior, llamándose desde entonces Brigada Primera de Durango y Brigada Juárez.<sup>91</sup>

Con la toma de Durango parecía terminada la etapa guerrillera de la campaña, por lo que conviene glosar la descripción que de algunas características de esta etapa de la lucha hace Adolfo Terrones Benítez: los revolucionarios de Durango carecían aún de disciplina militar y de conocimientos del arte de la guerra, su estrategia consistía en atacar de frente y la forma en que sus jefes mandaban era encabezar a sus hombres en el combate al grito de "¡siganme muchachos!"

La alimentación básica eran el frijol y la carne y, cuando había harina, tortillas. Siempre se alojaban en casas de los vecinos de los pueblos ocupados, a quienes proporcionaban estos elementos para que les prepararan la comida. Cuando se entraba en acción, los grupos de hombres desarmados o sin municiones, que se consideraban parte del cuerpo, eran los encargados de llevar la comida a las posiciones de combate. Cuando había que efectuar grandes caminatas por lugares desérticos y despoblados, cada hombre recibía una dotación suficiente de pinole de maíz y agua, con lo que sobrevivía. Se recurría a la medicina natural (gobemadora, istafiate y otras hierbas), y al quiate de palma de maguey o de lechuguilla para mitigar la sed.

Finalmente, teníamos la ventaja de que tanto en el campo los rancheros, como en las poblaciones los vecinos, nos ayudaban en cuanto podían, para solucionar nuestras necesidades de ropa y lavado. Y, por último, siempre teníamos noticias del enemigo, completamente espontáneas y gratuitas.<sup>92</sup>

Siguiendo con el hilo de esta historia, los nuevos dueños de Durango no se conformaron con la capital: entre el 8 y el 10 de julio salieron rumbo a Torreón las tropas de las brigadas Morelos, Juárez y Primera de Durango y una fracción de la gente de Arrieta

<sup>91</sup> Vargas Arreola, 1988, 142-143. Terrones Benítez, 1956 (68), 18-21. El acta de desconocimiento de los poderes de Durango y de designación de Rouaix, en AHRM, 67, 154.

<sup>92</sup> Terrones Benítez, 1956 (66), 23.



al mando del general Andrés Arrieta. El 20 de julio, en la hacienda de La Loma, ya en la entrada de la Comarca Lagunera, batieron a las avanzadas enemigas del general Ricardo Peña y el día 22, en San Carlos, derrotaron a la guarnición, conformada por fuerzas de Benjamín Argumedo. Los hombres de Argumedo huyeron a matabalbo de San Carlos rumbo a Lerdo, y detrás de ellos entraron los contingentes de Calixto Contreras, causando tal desorden en la defensa federal que ese mismo día fueron evacuadas las plazas de Lerdo y Gómez Palacio, retirándose los federales a Torreón. De esa manera, quedó en Torreón una guarnición de 4000 hombres, comandados por el general Ignacio A. Bravo, héroe de la Guerra de Intervención.<sup>93</sup> Pero antes de que los duranguenses iniciaran el ataque a Torreón supieron que estaba por llegar don Venustiano Carranza al frente de los guerrilleros de La laguna, y resolvieron esperarlo.

Algunos de los jefes rebeldes que operaban en la Comarca Lagunera habían invitado a Carranza a tomar el mando del ataque a Torreón y el Primer Jefe,<sup>94</sup> con una pequeña escolta, llegó a Australia el 15 de julio.<sup>95</sup> Ahí se le incorporaron el coronel Gregorio García y el teniente coronel Roberto Rivas con trescientos hombres. De ahí salieron a Parras, donde los esperaban Eugenio Aguirre Benavides, Raúl Madero, Eulalio Gutiérrez, Cándido Aguilar, Benjamín Yurriar y Sixto Ugalde. En el camino, en Estación Madero, hubo un tiroteo con los federales en el que encontró la muerte el joven coronel Gregorio García.<sup>96</sup> Sus hombres se pusieron a las órdenes de José Isabel Robles, quien en el camino a Parras se unió a Carranza. Las fuerzas combinadas de los contingentes laguneros sumaban más de 1500 hombres. De estas fuerzas, las pertenecientes a Aguirre Benavides, Madero, Robles, Ugalde y Juan E. García, que venían haciendo la guerra de guerrillas en La Laguna desde el mes de febrero o

<sup>93</sup> Terrones Benítez, 1957 (71), 50-55. Terrones Benítez, 1957 (72), 12-17. En alguno de esos combates Cheché Campos cayó en manos de los hombres de Contreras, y tras pedir que le tocaran "El Pagaré" y "Se llevaron el cañón para Bachimba", himnos extraoficiales del oroquismo, fue fusilado. Ya en el paredón, al oír la voz de apunten gritó: "¡Viva Pascual Orozco! ¡Vivan los Leones de La Laguna! ¡Viva México!" Los leones de La Laguna eran, según la conseja popular, Cheché Campos y Benjamín Argumedo y, por extensión, sus soldados. Desde entonces, Benjamín Argumedo quedó como jefe de los colorados de Durango y La Laguna. Vargas, 1988, 137-144.

<sup>94</sup> En las semanas anteriores, los generales federales Joaquín Mass y Guillermo Rubio Navarrete habían conducido una exitosa campaña contra los rebeldes del norte de Coahuila, que mandaban Pablo González y Jesús Carranza, haciendo imposible la estancia del Primer Jefe en Piedras Negras, que era hasta entonces su Cuartel General. Véase en Sánchez Lamego, 1957, III:9-51.

<sup>95</sup> Así se llamaba una famosa hacienda guyulera de los Madero, que había administrado don Panchito, entre la región de Monclova y La Laguna.

<sup>96</sup> Sánchez Lamego, 1957, III:57.

marzo, habrían de ser villistas. Como ya contamos de entre esas fuerzas saldrían los núcleos de tres brigadas de la División del Norte: la Madero, la Robles y la Zaragoza.

El pie veterano de la Brigada Madero estaba formado por los hombres que habían hecho la rebelión maderista a las órdenes de don Juan E. García y de sus hermanos (o medio hermanos) Máximo y Benito García Contreras. Cuando Carranza pasó camino a Torreón, García tenía a sus órdenes unos 300 soldados, de la región de Lerdo y Nazas. La Brigada como tal nació tres meses después, cuando por disposición de Pancho Villa se agregaron a esa gente los voluntarios de Gómez Palacio, que mandaba Juan Pablo Estrada, que hasta entonces formaban en la Brigada Juárez de Durango.<sup>97</sup>

José Isabel Robles, el coronel oroquista que había abandonado a los suyos en febrero, pasándose con 50 hombres al bando rebelde, se había probado como un jefe capaz y poco a poco los jefes de otras partidas se fueron poniendo a sus órdenes, primero Víctor Elizondo, luego un tal Canuto Reyes, casi desconocido hasta entonces. Robles actuó un tiempo junto con Gregorio García, como segundo de este jefe y luego de la muerte de aquel, el 15 de julio de 1913 en Estación Madero, Roberto Rivas, Felipe Macías y Zacarías Mendoza, los otros oficiales de García, lo reconocieron como jefe. Durante los combates en torno a Torreón, el coronel Pablo Díaz Dávila, quien mandaba los 150 hombres del Regimiento Zaragoza, combatió a sus órdenes, con lo que Robles mandaba poco más de 600 hombres. En octubre, Díaz Dávila se incorporó a la gente de Eugenio Aguirre Benavides.<sup>98</sup>

Eugenio Aguirre Benavides había reunido bajo su mando a muchos de los antiguos Voluntarios de Torreón y Ferrocarrileros de Torreón, los dos batallones organizados por él en 1912. Santiago Ramírez, Enrique Navarro de la Garza, Margarito Orozco, Enrique Banda, Antonio Casas, Enrique Santos Coy y otros oficiales de aquellas fuerzas volvieron a quedar a sus órdenes. Dos grupos más, el de Mariano López Ortiz y Fortunato B. Aguirre, y el de Sixto Ugalde Guillén y Lucio Joven, se pusieron a sus órdenes. También, con una pequeña escolta,

<sup>97</sup> ACSDN, XI/III/4-2045, 2 (del expediente de Juan Pablo Estrada); ACSDN, XI/III/4-1403, 24 y 36 (del expediente de Alejandro Ceniceros Pérez).

<sup>98</sup> ACSDN, XI/III/3-546, ff. varias. Santos Valdés, 1973, 362-363. Díaz Dávila se había levantado en Viesca el 23 de febrero de 1913, y entre julio de 1913 y julio de 1914 cambió dos o tres veces de adscripción, luchando a veces a las órdenes de Robles y a veces a las de Aguirre Benavides: ACSDN, XI/III/3-546, 60-61 y 67-70.

Raúl Madero se le incorporó en el municipio de San Pedro de las Colonias, siendo nombrado segundo jefe de las fuerzas de Aguirre.<sup>99</sup>

Es difícil rastrear la conformación de estos tres núcleos y más aún consignar sus acciones de guerra, pero los pocos datos existentes nos permiten decir que no habían dado descanso a los federales que guarnecían Torreón y que custodiaban el ferrocarril Saltillo-Torreón. El 8 de marzo, fuerzas no identificadas tomaron San Pedro de las Colonias; el 3 de mayo, Gregorio García y Martín Triana tomaron Matamoros; el 12 de mayo, José Isabel Robles atacó Matamoros; el 10 de junio Aguirre Benavides combatió contra fuerzas de Argumedo en las cercanías de San Pedro de las Colonias; el 26 de junio, Aguirre Benavides y Martín Triana combatieron contra un destacamento federal en La Colorada; y así por el estilo. Lo que sí parece claro es la consolidación de Aguirre Benavides, Robles y Juan García como principales jefes guerrilleros, sobre otros que en 1911 o 1912 habían tenido mayor importancia, como Sixto Ugalde, Mariano López Ortiz o Emilio Madero.<sup>100</sup>

Retomando el hilo del relato, en Parras don Venustiano llegó a reunir 1,500 o 1,600 guerrilleros, con los que se acercó a Torrón, obteniendo el mando de los cerca de 4,000 hombres de Urbina, Pereyra, Contreras y A. Arrieta que habían tomado Lerdo y Gómez. Según Juan Barragán, quien fuera jefe de Estado Mayor de Carranza, el Primer Jefe intentó dar a estas fuerzas una eficaz organización militar, "labor que resultaba difícil por la baja calidad de los contingentes, que desconocían tanto la disciplina como los requisitos más indispensables del mando militar". Carranza se vio obligado a respetar la estructura de las diversas corporaciones y aceptar sus formas de lucha, iniciando el ataque el 23 de julio. Se combatió intermitentemente hasta el 30 de julio, sin conseguir éxito por falta de artillería, por la indisciplina de las tropas y porque los jefes empezaron a reñir entre sí: Tomás Urbina mandó fusilar a Andrés Arrieta, y Carranza tuvo que hacer valer toda su frágil autoridad para evitarlo; Orestes Pereyra se retiró a Santa Clara a media batalla, notoriamente disgustado con el señor Carranza y sus oficiales; y los hombres de Calixto Contreras estuvieron a punto de ultimar a un coronel del Estado Mayor del Primer Jefe que había querido disciplinarlos por la fuerza, y luego desafiaron altaneramente al propio Primer Jefe, y solo los buenos oficios de

<sup>99</sup> ACSDN, XI/III/2-1140, 80. ACSDN, C.209.XI/III/3-1959, 334. ACSDN, XI/III/1-642, 15-16. ACSDN, XI/III/2-1140, ff. varias.

<sup>100</sup> Sánchez Lamego, 1957, III:53-55. AHDN, XI/481.5/30, ff. 29, 65, 195-200 y 1315. AHDN, XI/481.5/69, 374. ACSDN, XI/III/1-355, 3.

Calixto Contreras (al que el señor Carranza se obstinaba en llamar "coronel") apaciguaron los ánimos. Finalmente, "el Primer Jefe —dice Juan Barragán— ante la inutilidad de seguir atacando la plaza con semejante contingente, se dispuso a salir por ferrocarril hacia Durango", mientras todos los jefes se retiraban, cada uno por su lado.<sup>101</sup>

Calixto Contreras regresó a sus cazaderos estableciendo su cuartel general en Pedriceña y dándole unos días de permiso al grueso de sus fuerzas, con la excepción del regimiento del coronel Juan Pablo Estrada, que se quedó de guarnición en Gómez Palacio, defendiéndola de los ataques federales hasta el 7 de septiembre, cuando fue desalojado por los orozquistas Emilio P. Campa y Benjamín Argumedo, concentrándose entonces con el grueso de la Brigada en Pedriceña.<sup>102</sup>

Mientras tanto, el señor Carranza arribó a Durango el 4 de agosto, donde fue oficialmente reconocido como jefe de la Revolución por el gobernador Pastor Rouaix. Dos días antes, el Primer Jefe había expedido patentes de generales brigadieres a Tomás Urbina, Orestes Pereyra, Domingo Arrieta, Mariano Arrieta y Calixto Contreras,<sup>103</sup> para que lo fueran por disposición suya y no por decisión de los soldados revolucionarios que los seguían. De Durango, el señor Carranza se fue a Parral, siendo sarcásticamente socorrido en el camino por Tomás Urbina, quien le proporcionó 60 pesos y una mala yegua.<sup>104</sup> En Parral fue bien recibido por los dos principales jefes rebeldes del sur de Chihuahua, los generales Manuel Chao y Maclovio Herrera (que entre ellos no se podían ver). Carranza nombró a Chao jefe de la Revolución en Chihuahua, no sólo porque de los jefes revolucionarios de ese estado era el único letrado y el que más cercano le era en términos sociales; también porque le parecía que era al que más fácil podía someter a sus dictados. Luego se fue a Sonora, donde gracias al apoyo del general Álvaro Obregón y de otros políticos y militares de esa entidad, se convertiría por fin, efectivamente, en Primer Jefe.

Por su parte, el gobernador Pastor Rouaix procuraba hacer volver a la normalidad a Durango, pero a una nueva normalidad, como quedó claro con la expedición de una Ley Agraria que fue recibida con júbilo por Contreras, Pereyra y sus hombres, pues sus claras disposiciones permitirían la legitimación de las restituciones y expropiaciones de facto

<sup>101</sup> Barragán, 1985, I:207-209. Sánchez Lamego, 1957, III:60-76.

<sup>102</sup> ACSDN, XI/III/4-2045, 4.

<sup>103</sup> Barragán, 1985, I:726.

<sup>104</sup> Guzmán, 1984, 123.

realizadas por los campesinos de Ocuila, Cunecamé, Pasaje y Peñón Blanco. Como primer resultado, en el sur del partido de Cuencamé, al amparo de esta ley un grupo de peones de las haciendas de Tapona y de San Gabriel formaron un nuevo núcleo agrario, denominado Villa Madero, con 400 hectáreas antiguamente pertenecientes a dichas haciendas: la revolución de los campesinos seguía su camino en el oriente de Durango, mientras su brazo armado, la Brigada Juárez, continuaba luchando.<sup>105</sup>

Calixto Contreras estaba acampado en Pedriceña, donde a mediados de septiembre se le reunió su amigo y rival Orestes Pereyra, procedente de Nazas, cuando Juan B. Vargas, un capitán oriundo de Canatlán que de las fuerzas de Urbina había pasado a las de Pancho Villa, puso en sus manos el siguiente propio, que iba a cambiar la historia de los bravos guerrilleros de Durango:

La Zarca, Dgo., 21 de septiembre de 1913. Al general Calixto Contreras. Su campamento en Pedriceña, Dgo.

Acabo de arribar a este lugar con tres mil ochocientos hombres pertenecientes a las brigadas Morelos y Benito Juárez, juntamente con las que mando directamente, con el fin de cooperar en la toma de la plaza de Torreón, Coah., y como pienso entrar por el rumbo de Pelayo y el Cañón del Rosario, para salir directamente a la hacienda de La Loma, mucho le estimaré que reúna sus contingentes para concentrarlos en dicho lugar, y proceder a formular el más adecuado plan de ataque a la expresada plaza de Torreón, Coah. Ruégole contestar de enterado, indicándome a la vez, la fecha y hora en que tendré el gusto de verlo y saludarlo en el lugar indicado.- Francisco Villa (rúbrica).<sup>106</sup>

---

<sup>105</sup> Rouaix, 1959, 277-282. Altamirano, 2000, 128-131.

<sup>106</sup> Calzadías, 1958, I:129.

## VIII. EL NACIMIENTO DE LA DIVISIÓN DEL NORTE

### I. "¡A Torreón!"

El 26 de agosto de 1913 las fuerzas de Pancho Villa tomaron San Andrés, en la primera verdadera batalla dirigida por el famoso guerrillero. 1025 villistas salieron la víspera de sus campamentos en Bachíniva y Namiquipa dirigiéndose a San Andrés a marchas forzadas. La plaza estaba ocupada por 980 colorados del general Félix Terrazas, quien se había atrincherado en el pueblo con dos cañones de montaña. Villa llegó en la madrugada del 26. Un pequeño destacamento mandado por Genaro Chavarría y Andrés Rivera, formado por hombres de San Andrés, se había adelantado para reconocer las posiciones enemigas y cortar la vía al oriente del pueblo, de modo que Terrazas no pudiera recibir refuerzos (y efectivamente, tres trenes militares quedaron en el camino).<sup>1</sup>

El combate inició al despuntar el alba y duró varias horas, se ganó gracias a que la gente de Benito Artalejo neutralizó la artillería oroquista. Terrazas perdió 300 hombres y los demás se dispersaron en la desordenada fuga, pues sólo 60 hombres regresaron a Chihuahua. Los villistas, por su parte, tuvieron 20 muertos, entre los que se contaban el mayor Félix Rivera y el capitán Encarnación Márquez, jefe del Cuerpo de Guías. Eleuterio Hermosillo y Santiago Ramírez fueron dos de los 30 heridos. Quedaron en manos de Pancho Villa siete trenes, dos cañones de montaña, 421 rifles y 20,000 cartuchos.<sup>2</sup>

Esa noche los revolucionarios acamparon en Bustillos, donde permanecieron unos días reponiéndose, hasta que llegaron informes de que salía de Chihuahua una columna de 2000 colorados mandados por Marcelo Caraveo, dispuestos a vengar la derrota de Terrazas. Villa decidió no presentar batalla, pues sus efectivos eran inferiores y andaban escasos de parque y luego de despachar a los heridos a Sonora, escoltados por Fidel Ávila, realizó una serie de movimientos aparentemente erráticos que despistaron completamente al enemigo,

<sup>1</sup> PHO/1/63, 12-15.

<sup>2</sup> El parte rendido por Pancho Villa al Primer Jefe en Barragán, 1985, I:684-686.

tras lo cual apareció repentina e inesperadamente en Ciudad Camargo a mediados de septiembre.<sup>3</sup> En el camino se le unió, aceptando su jefatura, el coronel Trinidad Rodríguez.<sup>4</sup>

Cuando la Brigada Villa llegó a Ciudad Camargo, donde fue jubilosamente recibido,<sup>5</sup> ocupaban la ciudad los 500 o 600 hombres de la Brigada Benito Juárez. del general Maclovio Herrera, quien durante el ataque de Carranza a Torreón habían impedido que la Perla de la Laguna recibiera refuerzos desde Chihuahua. Gracias a la actividad de Julio Acosta y Gorgonio Beltrán, que hacía pensar a los federales que Villa estaba en todos lados, el Centauro tuvo tiempo de reorganizar su Brigada y de convencer a Maclovio Herrera de unirse para marchar a La Laguna.<sup>6</sup> Desde Camargo, Villa envió un mensaje a Urbina, quien se había retirado a Mapimí y el compadre se movilizó hacia Ciudad Jiménez, donde se encontró con Villa.<sup>7</sup>

Urbina llegó a Jiménez al frente de 600 hombres muy bien armados y equipados, elementos escogidos de su Brigada, habiendo dejado al resto en Mapimí, Indé y El Oro, a las órdenes de Román Arceola y Petronilo Hernández. Con Urbina venía José E. Rodríguez, joven revolucionario oriundo de Satevó que, según algunas fuentes, había sido destacado por Pancho Villa, junto con otros oficiales (entre ellos Juan B. Vargas, de Canatlán, Durango, y los chihuahuenses Carmen Delgado y Baudelio Uribe), para reforzar a Urbina y

---

<sup>3</sup> Antes de marchar rumbo al sureste del estado, Villa dejó en su región original, como antes había hecho en Guerrero y Galeana, algunos destacamentos con la orden de mantener lo conquistado y hostilizar al enemigo, si era el caso: Andrés Rivera quedó en San Andrés; Julio Acosta en Ciudad Guerrero, como jefe político; Gorgonio Beltrán en Satevó; Pedro Bustamante en San Juanito y otros puntos de la Sierra. También envió a Canuto Leyva hasta Cuchillo Parado. PHO/1/63, 15-16. Calzadiaz, 1958, 1:124.

<sup>4</sup> Ontiveros, 1914, 80-82;

<sup>5</sup> El general Salvador Mercado dictó un acuerdo que, como la mayoría de sus órdenes no tuvo aplicación, destituyendo a todos los profesores y ayudantes de Ciudad Camargo y ordenándoles que se consiguieran "como reos de rebelión", por haber ofrecido "flores y coronas al bandido Francisco Villa, cuando éste entró en aquella plaza". AIHRM, 67, 176.

<sup>6</sup> Juan Barragán dice que los jefes de La Laguna invitaron a Villa a participar en aquella campaña, lo que retomaron varios historiadores posteriores, pero no hay documentos que muestren eso, y sí en cambio, los que permiten afirmar que Villa fue quien decidió marchar a Torreón e invitar a aquellos revolucionarios. Véase la carta a Contreras con la que termina el capítulo anterior.

<sup>7</sup> No pude precisar donde estaban Rosalío Hernández y los hombres de la Brigada Leales de Camargo durante este rápido paso de Villa por la región, pero sí que mientras Villa, Herrera y Urbina bajaban a Torreón, Hernández quedó controlando la zona, mientras Chuo y su gente permanecían en Parral.

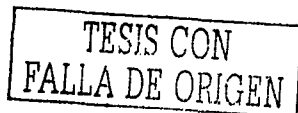
supervisar sus movimientos. Faustino Borunda, Alfredo Rueda Quijano y Rodolfo Fierro eran los oficiales que tenían a sus órdenes las corporaciones de la Brigada Morelos.<sup>8</sup>

Villa convocó a los diversos grupos rebeldes dispersos tras el fracaso de Carranza frente a Torreón, en julio. Llegó por tren a Bermejillo, se dirigió a la hacienda de La Goma, sobre la ribera derecha del Nazas y desafiando la crecida del río hizo cruzar al otro lado la artillería (los dos cañones que conquistó en San Andrés y dos más enviados desde Agua Prieta), la impedimenta y las fuerzas de las brigadas Villa y Morelos, dejando al grueso de la Brigada Benito Juárez acantonada en La Goma. Casi frente a La Goma está la hacienda de La Loma, a la que fueron arribando los contingentes de Villa y Urbina en las primeras horas de la mañana del 29 de septiembre, luego de que las avanzadas de los federales la desocuparan, a la vista de las fuerzas rebeldes. En La Loma el Centauro del Norte había dado cita a los jefes rebeldes de Durango y La Laguna, y acompañado por Urbina, Herrera, Ortega, Medina y otros jefes de las tres brigadas, hizo preparar la comida y acondicionó una amplia sala para recibir a los caudillos convocados. Conforme transcurría la mañana fueron presentándose Calixto Contreras, Severino Ceniceros, Orestes Pereyra y José Carrillo, de Durango; y Eugenio Aguirre Benavides, Raúl Madero, José Isabel Robles, Benjamín Yuriar y Juan E. García, de La Laguna. Lo que pasó en aquella reunión lo contamos al principio de este libro: todos aquellos jefes decidieron unir sus fuerzas, llamando a la nueva unidad de combate "División del Norte", y eligieron como comandante en jefe de la misma al general Francisco Villa.<sup>9</sup>

Los caudillos que eligieron a Pancho Villa como jefe tuvieron siempre la conciencia de que éste les debía su mando y era responsable sólo ante ellos, tanto como ellos eran responsables ante sus hombres. Este convencimiento fue reiterado a Pancho Villa el 14 de junio de 1914, en ocasión del primer conflicto serio habido entre el Centauro del Norte y el Primer Jefe. En esa ocasión, Pancho Villa ofreció al Primer Jefe renunciar al mando de la División del Norte, pero inmediatamente los jefes de brigada lo obligaron a rectificar. Según la versión de Villa reescrita por Martín Luis Guzmán:

<sup>8</sup> Calzadiaz, 1958, I:125-126. Guzmán, 1984, 123.

<sup>9</sup> Remito al pòrtico de este trabajo. Véanse PHO/1/75, 6; Calzadiaz, 1958, I:130-131; L. y A. Aguirre Benavides, 1964, 28; Guzmán, 1984, 124-125.





Y me convencí yo, por la urgencia de ellos, de que no debía desamparar mi puesto, pues me decían que así me lo mandaba el deber, y de que eran ellos los que allí me habían colocado, por obra de nuestra junta de la hacienda de la Loma en septiembre de 1913, no el señor Carranza por la autoridad de sus decretos.<sup>10</sup>

El 15 de junio de 1914 los generales de la División del Norte que tenían a sus órdenes las corporaciones que la integraban, enviaron un orgulloso telegrama a Venustiano Carranza en que expresaban la decisión que habían tomado en junta de jefes, sin la participación de Pancho Villa y que partía, insisto, de la convicción de que el mando de Villa, la legitimidad revolucionaria del movimiento norteño, emanaba de ellos en tanto jefes a la vez que representantes de sus soldados. Firmaban este documento los generales Mateo Almanza, jefe de la Brigada Almanza; Eugenio Aguirre Benavides, jefe de la Brigada Zaragoza; Felipe Ángeles, jefe de la Artillería; Severino Ceniceros, jefe de la Brigada Ceniceros; Calixto Contreras, jefe de la Brigada Juárez de Durango; Manuel Chao, jefe de la Brigada Chao; Máximo García, jefe de la Brigada Madero; Rosalío C. Hernández, jefe de la Brigada Leales de Camargo; Maclovio Herrera, jefe de la Brigada Benito Juárez; Toribio Ortega, jefe de la Brigada González Ortega; Orestes Pereyra, jefe de la Brigada Primera de Durango; José Isabel Robles, jefe de la Brigada Robles; José E. Rodríguez, jefe de la Brigada Villa; Trinidad Rodríguez, jefe de la Brigada Cuauhtémoc; Martiniano Servín, jefe de los Tercios de Infantería; y Tomás Urbina, jefe de la Brigada Morelos. Firmaron también los coroneles Manuel Madinabeytia, en su carácter de jefe del Estado Mayor de la División; y Raúl Madero, segundo jefe de la Brigada Zaragoza, a quien se le tenían consideraciones mayores a su rango por ser hermano del presidente sacrificado. De los 18 jefes que en junio de 1914 ratificaron a Pancho Villa como comandante de la División del Norte, basándose en la convicción de que ese mando se debía a ellos, quince estuvieron presentes en la junta de La Loma, aunque varios de ellos aún no fueran jefes de corporación (no estuvieron en La Loma Ángeles, Chao ni Hernández).<sup>11</sup>

Regresemos a La Loma.

---

<sup>10</sup> Guzmán, 1984, 296.

<sup>11</sup> Véase el telegrama, entre otras fuentes, en Barragán, 1985, 1:523-525. Chao no los firmó porque no estaba en Torreón sino en Chihuahua, pero al día siguiente envió a Carranza un breve mensaje cuya parte central dice "Confirmando en todas sus partes y hago mío el mensaje que le dirigieron a usted anoche los generales de la División del Norte".

Tan pronto obtuvo la jefatura de la División, Pancho Villa trazó el plan de ataque contra Lerdo, Gómez Palacio y Torreón, cuyas guarniciones habían sido reforzadas hasta alcanzar los 5000 hombres, mandados por el general Eutiquio Munguía, héroe de la guerra de Intervención. Cerca de la mitad de esas fuerzas estaban formadas por colorados cuyo mando recaía en Benjamín Argumedo, quien tenía a sus órdenes a jefes fogueados, como Emilio P. Campa, Federico Reyna, Luis Caro y Francisco Escajeda.

El mismo 29 de septiembre iniciaron su avance por la ribera norte las brigadas Benito Juárez y Madero, más una fracción de la Juárez de Durango a las órdenes de Eladio Contreras, llevando como reserva a un contingente de voluntarios laguneros (recién incorporados) puestos a las órdenes de Julio Piña. Estas fuerzas pelearon todo el día contra las caballerías de Benjamín Argumedo y Emilio P. Campa, a las que desalojaron de sus posiciones en el Cerro de la Muerta ya entrada la noche.

Por la ribera sur avanzaron las brigadas Villa, Morelos, Primera de Durango y el grueso de la Juárez de Durango, con la gente de Yuriar como reserva. La vanguardia federal, 550 hombres mandados por el general Felipe J. Álvarez, se había hecho fuerte en la población de Avilés, que fue atacada por los villistas al medio día. Al atardecer el combate se había consumado con la derrota absoluta de los federales, que perdieron más de 300 hombres (incluido su jefe, el general Álvarez), 600 fusiles y dos cañones. Villa, cumpliendo otra vez con las disposiciones de Carranza (y obedeciendo también a su temperamento) dio la orden de fusilar a los oficiales, hasta que el coronel Juan N. Medina imploró por la vida de los que restaban, siendo incorporados algunos técnicos de ingenieros y artillería a la División del Norte, entre ellos el capitán ingeniero Elías L. Torres. El general Álvarez había mandado el combate con valor e imprevisión, al encerrarse en la ratonera en que se convirtió Avilés. Los ferroviarios encargados de conducir los trenes en los que Álvarez pensaba retirarse a Gómez Palacio inutilizaron las máquinas y las abandonaron, pasándose a los rebeldes.<sup>12</sup>

Por su parte, la gente de Aguirre Benavides y Robles había avanzado sin combatir desde sus posiciones en Matamoros y San Pedro de las Colonias, llegando a la vista de Torreón, colocándose en posición para intentar forzar la entrada a la ciudad desde el oriente.

Al amanecer del día siguiente, 30 de septiembre, cruzaron el río las brigadas Juárez de Durango y Villa. El mando de ésta última lo llevaba el coronel Ortega. Poco después, el

<sup>12</sup> Terrones, 1957 (81), 27-28.

general Villa, con los coroneles José Rodríguez y Juan N. Medina, cruzó por el mismo camino para dirigir personalmente el ataque a Lerdo y Gómez Palacio, mientras Urbina, al frente de su gente, de la Brigada de Pereyra y de los hombres de Yuriar, avanzaba desde Avilés por la ribera sur del Nazas, cubriendo el flanco derecho de la formación. Villa atacó de frente con la gente de Ortega, Rodríguez y Contreras, mientras Herrera y García hacían un movimiento envolvente para situarse frente al cerro de la Pila. En la noche la gente de Villa y Ortega expugnó el cañón del Huarache, con lo que Gómez Palacio quedó a su alcance. Los federales se replegaron y la gente de Maclovio Herrera pudo ocupar Gómez Palacio desde el norte. Hacia las 15:00 horas, todos los contingentes federales estaban encerrados en Torreón, con los cerros de la Polvorera, Calabazas y la Unión como línea defensiva exterior. Las fuerzas con las que podía contar Munguía a esas alturas apenas sumaban los 2,500 hombres.

Pasadas las 17:00 horas, los revolucionarios atacaron por toda la línea: las brigadas Villa y Morelos el cerro de Calabazas y la gente de Aguirre Benavides y Yuriar el de Polvorera; Contreras, García y Pereyra avanzaron entre esta última posición y el cerro de la Cruz; y Robles atacó el rumbo de la Alameda, por el oriente. Maclovio Herrera permaneció de reserva con su gente, en Gómez Palacio. Antes de la media noche las infanterías federales que habían sido desalojadas del cerro de la Cruz emprendieron la retirada rumbo a Matamoros y a las tres de la madrugada del 1º de octubre, Munguía reunió al resto de sus fuerzas, 1,700 hombres, y evacuó la plaza protegido por las caballerías de Argumedo.

## **2. La División del Norte se organiza.**

Las tropas de la División del Norte entraron en perfecto orden a la plaza de Torreón y los conatos de saqueo y vandalismo por parte de la población fueron rápida y vigorosamente sofocados, de modo que no pudo dejar de establecerse la comparación entre la disciplina de las tropas puestas a las órdenes de Pancho Villa, y el desorden que fracciones de esas mismas tropas habían mostrado en la toma de Torreón en abril de 1911 y la de Durango en junio de 1913. que habían terminado con escenas sangrientas y lamentables. La comparación, altamente favorable al general Villa, disminuyó mucho el temor que a la Revolución tenían las

clases medias y los representantes extranjeros, facilitando mucho el camino de la División del Norte.<sup>13</sup>

En resumen, le habían bastado tres días a Pancho Villa para tomar Torreón, siendo puntualmente obedecido por todos los contingentes que lo acababan de elegir como jefe. Así empezó a convertir a los revolucionarios de Durango y La Laguna, que para Carranza y sus oficiales eran "chusmas indisciplinadas", en cuerpos bien organizados. Pancho Villa sabía imponer la disciplina con rigor, pero más importante que eso era que los soldados revolucionarios que se habían opuesto frontalmente a los intentos organizadores de Carranza y sus oficiales, aceptaron las drásticas disposiciones de Villa. No sabemos por qué lo hicieron, pero podemos suponer que la capacidad demostrada por Villa, la fácil comunicación que tenía con los soldados, cuyo lenguaje hablaba y cuyos problemas entendía, y la leyenda que sobre él se había ido construyendo, fueron factores que influyeron en la actitud de los soldados.

El 2 de octubre, mientras el grueso de la División vivaqueaba en Torreón, la gente de Robles fue enviada en persecución de los federales derrotados, mientras las fuerzas de Urbina y Yuríar se desplegaban en posición defensiva al oriente de la plaza y por los caminos a Matamoros y San Pedro. Una vez asegurada la defensa, Villa repartió el botín militar entre las distintas corporaciones, se hizo de fondos recurriendo a los ya habituales préstamos forzosos y, sobre todo, dedicó unos días a organizar el conglomerado de fuerzas que habían quedado a sus órdenes.

Del 2 al 5 de octubre el Cuartel General realizó una actividad febril: el general Emilio Madero, que acababa de llegar de los Estados Unidos, auxiliado por un ingeniero Licona y el señor Lázaro de la Garza, gestionó que el comercio y los servicios funcionaran normalmente y obligó a los ricos a prestarle dinero a la División del Norte. El señor Eusebio Calzada se ocupó de la administración de los ferrocarriles, auxiliado por tres ferroviarios que hasta entonces habían servido como oficiales de la Brigada Morelos: los hermanos Julio y Natividad Reza Pérez, y Rodolfo Fierro, quien recibió el encargo de preparar los trenes que deberían salir a la próxima campaña. Luego, el general Villa procedió a la reorganización de las fuerzas.

El 2 de octubre Pancho Villa hizo formar a la Brigada Villa a lo largo de la Alameda entre Lerdo y Gómez Palacio, y separando de ella 900 hombres pertenecientes a los

<sup>13</sup> Véanse los partes de Guerra de Pancho Villa y de Eutiquio Munguía en L. y A. Aguirre Benavides, 1964, 31-45. Véase también Calzadiaz, 1958, I:131-142; Sánchez Lamego, 1956, III:88-

regimientos 1º y 4º, formó la Brigada González Ortega, con el coronel Toribio Ortega como comandante en jefe y el teniente coronel Porfirio Ornelas como segundo. Los mayores Joaquín Terrazas, José Valles Jordán, Canuto Leyva, Melitón Ortega, Isidro Chavira, José San Román y José María Fernández serían los jefes de los distintos regimientos, con Epitacio Villanueva como pagador y jefe de Estado Mayor y Francisco de P. Ontiveros como jefe del detall. Todos los oficiales y más de la mitad de los soldados de esta corporación eran de la región de Ojinaga.

El coronel José E. Rodríguez, que por comisión del general Villa venía desempeñándose como segundo jefe de la Brigada Morelos, fue nombrado comandante en jefe de la Brigada Villa en sustitución del coronel Ortega. Una semana después, en Ciudad Jiménez, se tomaron de la Brigada Villa los jefes, oficiales y el cuadro de una nueva brigada, la Cuauhtémoc. Estos hombres eran nativos de la región de Huejotitán y Balleza, Chihuahua, y Guanaceví, Durango. Fue nombrado jefe de la Brigada Cuauhtémoc el teniente coronel Trinidad Rodríguez; segundo al mando y jefe de Estado Mayor, el teniente coronel Isaac Arroyo; con los mayores Macedonio Almada, Rafael Castro, Juan Pedroza, Rafael Licón, Manuel Tarango y Samuel Rodríguez (hermano del jefe Trini). Luego de esta segunda amputación, quedaron en la Brigada Villa como jefes con mando de tropa los coroneles Agustín Estrada y Fidel Ávila, más los teniente coroneles Miguel González, Santiago Ramírez, Carlos Almeida, Julián Granados y Anacleto Girón, y los mayores Margarito Gómez, Enrique Portillo, Benito Artalejo, Crispín Juárez, Porfirio Talamantes, Martín López, Gorgonio Beltrán, Cruz Domínguez, Feliciano Domínguez y Espiridión Piña. El doctor Saúl Navarro continuó al frente de los servicios médicos de la Brigada Villa.

El día 3 de octubre se pasó revista a la gente de Eugenio Aguirre Benavides, que fue reforzada con las fuerzas de Toribio de los Santos y de Julio Piña, hasta entonces mayor de la Brigada Villa a quien se había dado el mando de los laguneros que se presentaron como voluntarios para servir a las órdenes de Pancho Villa desde la llegada del caudillo a la Comarca. En vísperas de la batalla se habían sumado a las fuerzas de Aguirre Benavides las guerrillas de Fortunato B. Aguirre y Nefalí González, con gente de La Laguna de Durango. Con toda esa gente se constituyó la Brigada Zaragoza, con Aguirre Benavides como jefe, el coronel Raúl Madero como segundo, y los jefes subalternos Felipe Macías, Raúl Molina,

---

95; y Katz, 1998, 1:253-254.

Lauro Guerra, José Hernández Centeno, Lucio Joven, Sixto Ugalde Guillén, Mariano López Ortiz, Enrique Rodríguez, Pablo Díaz Dávila, Mariano Rivas y los ya nombrados.

El día 4, el regimiento de Juan Pablo Estrada Lozano fue segregado de la Brigada Juárez de Durango y, sumado a la gente de Juan E. García, constituyó la Brigada Madero, con don Juan como jefe y Juan Pablo Estrada y Máximo García como jefes de regimiento. Ese mismo día Víctor Elizondo, que había operado más o menos independiente, a veces con Aguirre Benavides y a veces con Robles, fue puesto a las órdenes de éste último, cuya corporación adquirió la categoría de Brigada. La gente de Yuriar permaneció independiente, aunque como "Fracción", sin llegar a ser Brigada. Pocos días después, en Ciudad Jiménez, Chihuahua, los hombres de Yuriar, mandados por Elías Uribe, Bernabé González, Hilario Rodríguez y Cipriano Puentes, fueron divididos entre las brigadas Robles y Juárez de Durango, luego del fusilamiento del jefe Yuriar.

Las brigadas Benito Juárez, Morelos y Primera de Durango no sufrieron cambios importantes en su estructura, con excepción de los jefes sustraídos de la Brigada Morelos y colocados en otras corporaciones o en cargos administrativos (José E. Rodríguez, Rodolfo Fierro y los hermanos Reza Pérez). La Brigada Benito Juárez quedó así con Maclovio Herrera como jefe y Luis Herrera, Ernesto García y Apolonio Cano como jefes subalternos. La Brigada Morelos, con Tomás Urbina como jefe, y subalternos Faustino Borunda, Román Arreola, Petronilo Hernández, José Meza y Pablo Scañez (ni Arreola ni Hernández habían tomado parte en la batalla de Torreón, pues permanecieron en el país de Urbina, como avanzadas de la Revolución). La Brigada Primera de Durango, con Orestes Pereyra al frente y José Carrillo como segundo, conservó como jefes de regimiento a los dos hijos del general, Orestes y Gabriel, además de Uriel Loya y Manuel Colunga. La Brigada Juárez de Durango siguió siendo una de las más numerosas a pesar de la segregación del regimiento de Juan Pablo Estrada. Siguieron a su frente el general Calixto Contreras y el coronel Severino Ceniceros, con Mateo Almanza como jefe de Estado Mayor y oficiales fogueados como Eladio y Lucio Contreras, Pedro Favela, Hilario Rodríguez, Bibiano Hernández, Manuel Mestas y Luis Díaz Couder.

El 4 o 5 de octubre se constituyó formalmente el Estado Mayor General, con el coronel Juan N. Medina como jefe del mismo (aunque éste puso reparos para aceptar el nombramiento), y oficiales de diversas corporaciones, entre los que destacaban Eleuterio

Hermosillo y Manuel Madinabeytia. Al mismo tiempo, Pancho Villa tomó la decisión de poner todos los cañones tomados al enemigo, que eran los dos que traía desde San Andrés, más otros dos quitados al enemigo en Avilés y nueve más capturados en Torreón (entre ellos, el famoso "Niño"); sumándolos a los tres que traían Contreras y Pereyra desde Durango (y que dirigía Luis Díaz Couder) en un solo cuerpo cuyo mando fue encomendado a Martiniano Servín, quien había coordinado la artillería durante el ataque a Torreón.<sup>14</sup>

Mientras se realizaba esta reorganización, que no implicó un excesivo movimiento de fuerzas y que dejó a todos los caudillos el mando de sus propios hombres, pero haciéndoles saber suavemente que ya había un jefe supremo, se preparaba el avance rumbo al norte. Desde el 2 de octubre, en junta de jefes, se decidió esperar el menos tiempo posible en Torreón y partir hacia el norte, fijándose la ciudad de Chihuahua como siguiente objetivo: los jefes villistas consideraron que no había mejor base de operaciones que Chihuahua, además de que en el estado grande sólo quedaban las fuerzas de Salvador Mercado y Pascual Orozco, prácticamente aisladas, cuando en La Laguna, por el contrario, se les podían echar encima las propias fuerzas de Chihuahua y, por Saltillo o Zacatecas, cualquier contingente que Huerta pudiera enviarles.

De hecho, eso ya estaba sucediendo: una columna federal mandada por el general Trucey Aubert, fuerte en 3.000 hombres, había salido de Saltillo para encontrarse en Hipólito con lo que quedaba de las fuerzas de Munguía y Argumedo, mientras que Mercado enviaba hacia el sur a 1.900 hombres a las órdenes del general Francisco Castro, con los colorados Caraveo, Salazar, Rojas, Ianda y Orpinel. Ambas columnas debían coordinarse para recuperar Torreón y enfrentar a Pancho Villa, pero este no se sentó a esperarlos, sino que decidió echarse de inmediato sobre la más débil y aislada de estas fuerzas que pretendían cogerlo de por medio: la que venía de Chihuahua.

Esa columna ocupó Ciudad Camargo el 3 de octubre, pero a partir de ahí su marcha se hizo lenta y difícil, pues Rosalío Hernández, sin presentar combate formal, les hizo la vida imposible. Aún no llegaban los federales y colorados a Jiménez cuando supieron que Pancho Villa se les venía encima y Castro dio la orden de replegarse a Chihuahua más que aprisa: de hecho, según Mercado, Castro huyó sin vergüenza dejando comprometido a Caraveo en la

---

<sup>14</sup> Calzadiaz, 1958, I:130 y 142-145. Ontiveros, 1914, 142-149; L. y A. Aguirre Benavides, 1964, 35-39. Terrones, 1957 (71), 50. ACSDN XI/III/2-1140, 118. ACSDN, C.209.XI/III/3-1959, 334 y

retaguardia y sólo el valor de este jefe y de José Inés Salazar, que corrió en su auxilio, impidió que sus fuerzas quedaran cercadas por los villistas).<sup>15</sup>

El grueso de la División del Norte se había embarcado en la estación de Gómez Palacio los días 5 al 8 de octubre. Quedaron en La Laguna Calixto Contreras al frente de 1,500 hombres de su Brigada, de guarnición en Torreón (una fracción de la gente de Contreras marchó al norte, llevando como jefe al coronel Manuel Mestas); José Isabel Robles, quien con Canuto Reyes y Víctor Elizondo empezaba a estorbar el avance de Trucey Aubert; y Juan E. García, que fue enviado como auxiliar de Robles. El mando supremo de toda esta gente recayó en el general Contreras, a quien dejaremos aquí por el momento.

Tras la fuga de Castro, Villa llegó a Ciudad Jiménez sin contratiempos. Ahí formó la Brigada Cuauhtémoc, tal como se consignó atrás, y logró que el coronel Medina aceptara por fin su nombramiento como jefe de Estado Mayor. Medina de inmediato se dio a la tarea de organizar las cuestiones administrativas: de entrada, entre Jiménez y Camargo obligó a los jefes de corporación a entregarle un relación pormenorizada del estado de sus fuerzas (papeles estos que, como casi todos los concernientes a la División del Norte, desaparecieron). "Tantos jefes, tantos oficiales, tanta tropa, tantos caballos". Inconformes con esas órdenes, algunos jefes fueron a quejarse con el Centauro. Según un diálogo reconstruido por Martín Luis Guzmán con base en las memorias dictadas por Pancho Villa, lo jefes le decían:

-Estos son papeles de la Federación.

Yo les contestaba:

-No, amiguitos: son papeles de todos los buenos ejércitos. Lo que pasa es que la Federación no sabe llevarlos y por eso pierde las batallas; pero nosotros los vamos a llevar bien.<sup>16</sup>

El general Urbina era quien con mayor altanería acogía las ordenanzas emanadas del Estado Mayor. Celoso de su autoridad, el león de Durango tenía -ya lo veremos- un concepto muy propio de la administración de sus fuerzas y de los territorios que controlaba. Por eso, a

---

345-349.

<sup>15</sup> AHRM, 67, 123. AHDN, XI/481.5/69, 609-615. Mercado, 1916, 39. Según los partes federales, Castro y Caraveo avanzaron derrotando a las fuerzas rebeldes de Rosalío Hernández, Trinidad Rodríguez y Manuel Chao, pero el segundo de estos hombres estaba en Torreón y el tercero no se había movido de Parral. Véase en Sánchez Lamego, 1957, III:223-225. Sobre la columna de Trucey Aubert, Sánchez Lamego, 1957, III:206-207.

<sup>16</sup> Guzmán, 1984, 130.



sugerencia del coronel Medina, Villa encomendó a su compadre la pequeña guarnición que quedaría en Jiménez y Camargo, llevándose con él al grueso de la Brigada Morelos. Como los jefes de Urbina eran igual de atrabiliarios que él, Villa dio el mando temporal de la brigada a José Rodríguez, quien ya había estado comisionado con esa gente, permaneciendo el coronel Faustino Borunda como segundo. El lugar de Rodríguez al frente de la Brigada Villa fue ocupado por Ortega, y como jefe de la Brigada González Ortega quedó comisionado el coronel Porfirio Ornelas. Fue muy importante que el altivo y atrabiliario general Urbina aceptara sin chistar la efectiva degradación temporal que esto suponía, para mostrar al ejército entero quien mandaba ahora y cómo debían hacerse las cosas. Después, Pancho Villa reintegró a Urbina el mando y posición que le correspondían y lo honró como hombre de su confianza, pero por lo pronto, ponía con este acto fin a las murmuraciones y reticencias.

En Camargo Villa ordenó dar descanso a las tropas mientras resolvía algunos asuntos pendientes. El primero tenía que ver con la disciplina que estaba tratando de imponer a las tropas, haciendo que las demás brigadas se asemejaran a la suya. El general Benjamín Yuriar se había opuesto sistemáticamente a aceptar las nuevas reglas, habiéndose negado incluso a que sus fuerzas fueran fundidas con otras para dar vida a una brigada, comprendidas ya estas como las corporaciones fundamentales de la estructura de la División. No era Yuriar el único en oponerse (también lo hacían, más o menos enérgicamente, Urbina, Herrera y Ortega), pero Villa tenía poca simpatía por él y cuando en Camargo, saliendo de una cantina, se negó a obedecer una orden del Cuartel General y luego retó a Toribio Ortega, mensajero de Villa, el Centauro decidió hacer un escarmiento ejemplar y envió una fuerte escolta formada por oficiales escogidos de su Brigada, a las órdenes de Benito Artalejo, que arrestaron al insubordinado general, al que se le formó un Consejo de Guerra sólo para satisfacer a Juan N. Medina, porque Villa lo condenó de antemano al fusilamiento. Como dijimos atrás, la gente de Yuriar fue refundida en otras corporaciones.<sup>17</sup>

Mientras se preparaba la ejecución de Yuriar, Villa mandó al general Maclovio Herrera, con una fuerte escolta, a reunir todos los elementos revolucionarios concentrados en Parral, y llevarlos a Camargo. Herrera portaba una carta del general Villa para el general Manuel Chao, en que le ordenaba incorporarse en Camargo al frente de todas sus fuerzas para contribuir a la toma de Chihuahua que ya se preparaba. Desde antes de la toma de Torreón

---

<sup>17</sup> Guzmán, 1984, 132. Calzadiaz, 1958, I:146-147.

Villa había invitado al antiguo profesor a que se uniera en el esfuerzo común, pero Chao sentía que cualquier intento de unificación de los revolucionarios de Chihuahua debía emanar de su persona, pues el Primer Jefe acababa de ascenderlo a general nombrándolo jefe de la Revolución en el estado, por lo que no respondió al llamado. Desde Jiménez Villa había vuelto a enviarle un mensajero, al que Chao ignoró, pero esta vez, además de que el enviado era un general con fuerte escolta (aunque muy inferior en número que los elementos que Chao tenía en Parral), iban dos mensajes muy claros: la "degradación" de Urbina y el fusilamiento de Yuriar. Y las órdenes que Herrera llevaba eran tan terminantes, que no obedecerlas hubiera podido interpretarse como insubordinación. Así las cosas, Chao respondió que ya se ponía en marcha, despachando a su rival Herrera, y tras él partió él mismo, con el grueso de su brigada. Al llegar a Camargo, Chao se puso a las órdenes de Villa, quien dictó una más de sus medidas provisionales: ordenó a Chao tomar el mando de la artillería para el ataque a Chihuahua, con Martiniano Servín y Miguel Saavedra como segundos y dejó al frente de la Brigada Chao al lugarteniente de ese general, el coronel Sóstenes Garza.

Según Ramón Puente, cuando Villa le exigió a Chao que lo reconociera como jefe, el profesor enrojeció y se irritó visiblemente, y en la discusión siguiente, en la que esgrimió en su favor el nombramiento de Carranza, contrastaba su enojo con la calma aparente de Villa. Finalmente, Chao llevó la mano a la empuñadura de la pistola, pero antes de poder desenfundar ya tenía el cañón del arma del Centauro apoyado en su pecho y unos dominantes y amedrentadores ojos clavados en los suyos. Entonces cedió blandamente a las razones de Villa y éste, con igual rapidez, se tornó enteramente amigable, lo abrazó efusivamente y empezó a tutearlo de inmediato.<sup>18</sup>

Para no desguarnecer Parral, Pancho Villa envió a la ciudad minera a Orestes Pereyra con la Brigada Primera de Durango. Un día después se presentó en Camargo el último de los caudillos de Chihuahua que aún no se subordinaba formalmente a Villa: el coronel Rosalío Hernández, quien al frente de los 600 jinetes de la Brigada Leales de Camargo llegó simplemente a pedir órdenes.

Antes de partir rumbo a Chihuahua Villa discutió con algunos de los jefes la propuesta de Juan N. Medina, de dirigir la ofensiva contra Ciudad Juárez, pero ante la oposición de varios generales, Ortega principalmente, se decidió atacar al grueso de las fuerzas enemigas,

---

<sup>18</sup> Citado por Katz, 1998, 1:249.

fortificadas en Chihuahua y hacia allá partieron. Todavía, Villa ordenó que en esa batalla Medina mandara la Brigada Villa y que Ortega se hiciera cargo del Estado Mayor.<sup>19</sup>

Nunca más hizo Villa tantos cambios provisionales en la plana mayor de la División del Norte y caída Chihuahua en sus manos regresó a todos los jefes el mando natural que tenían, pero de momento se trataba de hacer sentir la nueva situación: con todas estas medidas Villa tomaba firmemente en sus manos el mando de la recién nacida División del Norte, pero las quejas y las reservas de muchos jefes amenazaban con resquebrajarla. El Centauro tenía ahora que probar la pertinencia de las nuevas reglas y la llamante organización, frente al enemigo que lo esperaba en Chihuahua.

### **3. La conquista de Chihuahua.**

El 28 de octubre de 1913 el general Villa salió de Ciudad Camargo. Ya se había decidido atacar en Chihuahua al grueso de las fuerzas enemigas, desechándose el plan alternativo de rodear la capital del estado y caer sobre Ciudad Juárez. Los que proponían esta segunda opción (Medina, Chao y Aguirre Benavides) habían advertido que Mercado era más capaz que Munguía y que sus tropas eran mucho mejores, pues más de la mitad de sus hombres eran orozquistas de la sierra de Chihuahua, veteranos de tres campañas mandados por jefes valerosos y fogueados; añadiendo que Chihuahua había sido bien fortificada y la guarnición contaba con una artillería superior a la de los rebeldes; pero Villa se engolosinó al ver retroceder casi en fuga a Castro y Caraveo, y decidió atacar frontalmente la plaza, sabiendo que la derrota de Mercado implicaba el fin del huertismo en el estado.<sup>20</sup>

El 2 de noviembre, desde estación Consuelo, a 76 kilómetros de Chihuahua, Pancho Villa escribió a Mercado pidiéndole la entrega de la plaza, o que saliera de ella a pelear en campo abierto, para evitar "a los pacíficos moradores" los daños que conllevaría una toma violenta. Pancho Villa adquirió desde entonces la curiosa costumbre de hacer la misma descabellada petición, que, naturalmente, ninguno de sus enemigos tomó en serio. El día 4, las

---

<sup>19</sup> Calzadiaz, 1958, I:143-147.

<sup>20</sup> Katz, 1998, I:260.

fuerzas de la División del Norte desembarcaron en Ávalos, a 6 kilómetros de Chihuahua, y el día 5 tomaron sus posiciones para el asalto.

La guarnición de la plaza constaba de unos 6,500 hombres con 24 cañones y seis ametralladoras. Unos 4,000 de los defensores pertenecían a las fuerzas irregulares divididas en cuatro brigadas mandadas por Pascual Orozco, Marcelo Caraveo, Blas Orpinel y José Inés Salazar. Mercado distribuyó a sus hombres aprovechando los accidentes topográficos, especialmente los cerros que cubren la población por el oriente, apoyando la defensa en los cerros del Coronel, de Santa Rosa y Grande, y por el poniente sobre el río Chuviscar, siendo el sector más vulnerable el del sur, entre la presa de Chuviscar y el Cerro Grande, línea en la que se atrincheró la brigada que mandaba personalmente Pascual Orozco.

Como hemos dicho, Pancho Villa pensaba que un ataque frontal bastaría para acabar con la resistencia enemiga, y encomendó a las brigadas Benito Juárez (Maclovio Herrera), Zaragoza (Eugenio Aguirre Benavides), Morelos (José Rodríguez, jefe accidental), Leales de Camargo (Rosalío Hernández) y Villa (Juan N. Medina, jefe accidental), que atacaran las distintas posiciones enemigas. Quedaron de reserva las fuerzas de la Brigada González Ortega (Porfirio Ornelas, jefe accidental) y Chao (Sóstenes Garza, jefe accidental).

Hacia las seis de la tarde del día 5 la artillería revolucionaria empezó a bombardear las posiciones enemigas de la presa de Chuviscar, defendidas por Caraveo, y pasadas las ocho de la noche se generalizó el fuego en toda la línea. La noche fue terrible y los ataques frontales causaron gran mortandad entre los villistas, sobre todo entre los cerros Grande y del Álamo, donde la Brigada Villa fue cogida por los fuegos de flanco de ambas posiciones federales. Las fuerzas de Maclovio Herrera, que atacaban la presa Chuviscar, estuvieron a punto de ser rodeadas por los federales, por lo que Villa tuvo que enviar a la Brigada Zaragoza a rescatarlas. Cuando en la mañana del día siguiente los ataques fueron sistemáticamente rechazados por los federales, que habían cubierto bien toda la línea y que utilizaron con prudencia y oportunidad sus reservas, Pancho Villa se convenció de la inutilidad de su táctica y pasado el medio día, ordenó suspender los ataques masivos.

En la noche del día 7 al 8 el grueso de las fuerzas villistas evacuaron silenciosamente sus posiciones y cuando al amanecer del día 8 los federales intentaron un contrataque, se dieron cuenta de que los rebeldes ya no estaban ahí. Mercado ordenó que una columna de caballería, mandada por Caraveo y Salazar, persiguiera a los villistas, suponiéndolos en fuga,

pero estos, que se retiraban en orden, rechazaron a los colorados. El día 9 de noviembre la División del Norte acampó en Charco, treinta kilómetros al sur de Chihuahua, y mientras Mercado enviaba a México un telegrama en que exageraba su triunfo, los villistas contaban sus daños: 700 u 800 bajas entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos. Entre los muertos estaban el teniente coronel Eduardo Marín, de la Brigada Benito Juárez, y el doctor y coronel Saúl Navarro, quien hizo patente por vez primera lo que Felipe Ángeles llamaría "la suerte loca de Pancho Villa": estaban en la línea de fuego el general Villa, el coronel Ortega y el doctor Navarro, observando el desarrollo del combate, cuando el capitán Enrique Santos Coy llegó con un mensaje urgente que hizo que Villa y Ortega se separaran de Navarro, quien instantes después murió por la explosión de una granada que cayó en el preciso lugar en que había estado el Centauro del Norte.<sup>21</sup>

Esta derrota enseñó varias lecciones a Pancho Villa: la primera fue que debía escuchar con mayor atención las opiniones de sus lugartenientes; la segunda, que pronto habría de poner en práctica, que contra enemigos decididos y bien atrincherados no bastaba el mero valor inaudito de los ataques de sus hombres (no hubo cargas de caballería, por cierto: los ataques a las fuertes posiciones federales, en lo alto de los cerros, se hicieron pie a tierra); y la tercera, que había que moverse rápido, sin ceder la iniciativa al enemigo.

No terminaban de reponerse los villistas del golpe sufrido cuando Villa reunió a sus generales y dictó sus nuevas disposiciones: ordenó al general Chao que con todos los trenes, la infantería, la impedimenta y "las viejas" (las soldaderas) se retirara a Parral, mientras que todas las fuerzas montadas amagaran con un nuevo ataque a Chihuahua, presentándose frente a la ciudad en horas del día, y que al oscurecer hicieran un veloz movimiento hacia el norte, luego de rodear la ciudad, para alcanzar esa misma jornada la hacienda del Sauz "o cuando menos la Fundición del Cobre", donde se dejarían 2,500 hombres para destruir los puentes y distraer a la guarnición de Chihuahua, mientras el resto, unos 2,000 hombres, marcharían sobre Ciudad Juárez a marchas forzadas.

Y vivan ustedes seguros –habría afirmado el Centauro– que así, tendremos elementos de sobra para combatir de nuevo al enemigo parapetado en Chihuahua, y para desalojarlo de sus posiciones, y para quitarle la ciudad. Si llegamos a coger un tren en

---

<sup>21</sup> La batalla de Chihuahua en Sánchez Lamego, 1957, III:226-234; Aguirre Benavides, 1964, 47-52; y Guzmán, 1984, 134-135.

el Cobre o el Sauz, entonces verían ustedes como íbamos a meternos a Ciudad Juárez tan rápidamente que ni el mismo enemigo se daba cuenta.

Estas aladas palabras hicieron reír a los jefes de la División del Norte, que aprobaron el tan simple como audaz plan del Centauro, regresándoles la confianza perdida por el anterior fracaso, y de inmediato se movieron. El 12 de noviembre los federales vieron aparecer a los jinetes villistas frente a Chihuahua, lo que no vieron fue el siguiente movimiento, en que los villistas, amparados por las sombras de la noche, rodearon la ciudad, llegando a El Cobre al amanecer. Quiso su buena suerte que en la tarde de ese día llegara a El Sauz un tren de carbón que cayó redondito en manos de los revolucionarios, a quienes los mandos federales creían en el sur (Chao se movía hacia Parral haciendo el mayor ruido posible para atraer sobre sí la atención de los federales, según instrucciones de Villa). El Centauro, entonces, volvió a hablar a sus lugartenientes:

Compañeritos, ya tienen ustedes aquí el tren que yo les pintaba al proponerles nuestro avance sobre Ciudad Juárez. De lo demás yo les respondo: Juárez es de nosotros antes de veinticuatro horas.<sup>22</sup>

Lo que sigue es de sobra conocido, y ha sido llamado “el tren troyano de Pancho Villa”: el general ordenó a Martiniano Servín (quien tenía otra vez el mando de la artillería) que moviera sus cañones sobre la vía, tirados por mulas confiscadas en la misma hacienda de El Sauz; y ordenó a las brigadas González Ortega y Leales de Camargo (y probablemente a la Brigada Zaragoza), con Ortega y Hernández a la cabeza, que quedaran en El Sauz como retén, mientras se embarcaban las brigadas Villa, Morelos y Benito Juárez en el tren capturado.

Con amenazas a los telegrafistas de la estación y a los conductores del tren, Villa logró que se enviaran a Ciudad Juárez mensajes que convencieran al jefe de aquella estación de la pertinencia de hacer regresar el tren de carbón, y de que este seguía siendo, efectivamente, un tren de carbón, y pasada la medianoche del 14 al 15 de noviembre, los soldados villistas bajaron en la estación de Ciudad Juárez. Un ataque sorpresivo y relampagueante acabó en menos de dos horas con la resistencia federal y los enemigos que no habían caído muertos o prisioneros habían cruzado el río Bravo como Dios les dio a entender, entregándose a las

---

<sup>22</sup> Guzmán, 1984, 136.

autoridades estadounidenses de El Paso. Sólo un número pequeño de colorados, a las órdenes de Roque Gómez, eludió el cerco y marchó hacia el sur.<sup>23</sup>

Aunque la caída de Ciudad Juárez acrecentó la fama de Pancho Villa, la situación de la División del Norte era bastante precaria. A pesar de la derrota de Castro, la guarnición de Chihuahua seguía siendo fuerte y se sentía segura luego de su triunfo anterior, y una fuerte columna, a las órdenes de José Inés Salazar y Marcelo Caraveo, se desprendió de la capital rumbo a Ciudad Juárez. El tiempo apremiaba, porque se sabía que José Refugio Velasco estaba cada vez más cerca de Torreón y reconquistada esa plaza, los federales podrían romper el aislamiento de la guarnición de Chihuahua y reforzarla. Además, si bien la toma de la ciudad fronteriza había calmado las inquietudes de los jefes rebeldes, la unidad de mando distaba de haberse consolidado: Maclovio Herrera, que más de una vez se había quejado de los procedimientos de Villa y que no miraba con buenos ojos su jefatura, abandonó el mando de su brigada en manos de su hermano Luis, y se fue a El Paso dispuesto a apartarse de la guerra. El caudillo parralense criticaba las medidas organizativas dictadas desde el Estado Mayor, y protestaba porque sus hombres, muy castigados en los anteriores combates (efectivamente, en el asalto a Chihuahua la Brigada Benito Juárez tuvo grandes bajas, lo que en parte se debió a la imprudente audacia de su propio jefe), tuvieran que salir otra vez al frente. El general Villa mandó al más diplomático y persuasivo de sus generales, Eugenio Aguirre Benavides, a convencer a Maclovio de no desamparar a su gente y de continuar en las filas de la División y, el valiente "caporal" regresó a territorio nacional a reconciliarse con Villa, quien lo recibió con un abrazo.<sup>24</sup>

Mientras tanto, la vanguardia de los colorados, a las órdenes de Caraveo, había alcanzado a las fuerzas dejadas por Villa como retén, en un rancho situado sobre la vía del tren, 105 Kilómetros al norte de Chihuahua. Estas fuerzas, a las órdenes de Rosalío Hernández, Toribio Ortega, Julián Granados y Fidel Ávila, combatieron contra las de Caraveo

---

<sup>23</sup> Sánchez Lamego, 1957, III:235-240; Aguirre Benavides, 1964, 53-59; Guzmán, 1984, 138-140. Por otro lado, Villa aprovechó para pagar una deuda: el general Francisco Castro, que junto con Guillermo Rubio Navarrete, Raúl Madero y otros oficiales federales e irregulares había intercedido por su vida en 1912, cuando Huerta intentó fusilarlo, era ahora el jefe de la derrotada guarnición de Ciudad Juárez, y Villa encomendó encarecidamente a Juan N. Medina que lo buscara hasta encontrarlo y lo pusiera del otro lado de la frontera, con medios suficientes.

<sup>24</sup> Katz, 1998, I:261-262. Aguirre Benavides, 1964, 70. Guzmán, 1984, 141-144.

durante seis horas, luego de las cuales los villistas se retiraron en orden, aunque derrotados. Esta acción de armas se libró el 16 de noviembre.<sup>25</sup>

Ante el avance de la columna de Salazar y Caraveo, fuerte en unos 4,000 hombres y con ocho de los cañones que habían decidido la victoria obtenida por Mercado y Orozco en Chihuahua, Pancho Villa decidió no esperarlos tras las trincheras de Ciudad Juárez, entre otras cosas para ahorrar a la Revolución las protestas que el gobierno de los Estados Unidos presentaba cada vez que se libraba una batalla en la línea fronteriza (sobre todo en Ciudad Juárez, pues los vecinos de El Paso solían apostarse tras el río o en los edificios más altos, para ver el espectáculo que se desarrollaba a sus ojos, y que terminaba siempre con un puñado de ciudadanos americanos muertos). El caudillo de Durango envió a Rodolfo Fierro y Martín López a levantar las vías para retrasar el avance de los colorados, y en la madrugada del 21 o 22 de noviembre ordenó que todas las fuerzas se formaran en la estación para pasarles revista. Ahí distribuyó entre las distintas corporaciones las últimas existencias de municiones, dictó sus instrucciones y los soldados, unos 6,400, se embarcaron. Con extremo sigilo, Pancho Villa había visitado el lugar en que se desarrollaría el combate y preparado los pertrechos que habrían de llevarse, sin que conocieran sus planes más personas que los oficiales de su Estado Mayor: Juan N. Medina, Manuel Madinabeitia, Manuel Banda, Carlitos Jáuregui, Darío Silva, Primitivo Uro, Enrique Santos Coy y algún otro. En Ciudad Juárez, al frente de sólo cincuenta hombres, quedaron Juan N. Medina y el pagador general, Alfredo Rueda Quijano.

El lugar que Francisco Villa había elegido para librar el combate era la llanura que se extiende entre las estaciones Meza y Tierra Blanca (16 y 31 kilómetros al sur de Ciudad Juárez). Las fuerzas revolucionarias formarían un amplio semicírculo sobre la parte firme del terreno, en la que había además agujeros suficientes, dejando a los colorados el terreno arenoso y escaso de fuentes del vital líquido. El ala oriental de la formación estaba integrada por las brigadas Morelos (José Rodríguez) y Leales de Camargo (Rosalio Hernández); al centro se colocaron las brigadas Villa (Toribio Ortega) y González Ortega (Porfirio Ornelas); y a la derecha las brigadas Benito Juárez (Maclovio Herrera) y Zaragoza (Eugenio Aguirre Benavides). La artillería (Martiniano Servín) quedó ligeramente atrás del centro, junto con las fuerzas de reserva (brigadas Cuauhtémoc, de Trinidad Rodríguez, y fracción de la Juárez de

---

<sup>25</sup> Sánchez Lamego, 1957, III:242.



Durango, más el Cuerpo de Guías que mandaba Francisco Sáenz) y puesta las órdenes directas de Porfirio Talamantes y Manuel Madinabeytia (subjefe del Estado Mayor).

El combate que siguió fue la primera auténtica batalla que librarían los villistas: un poco más de 6,200 rebeldes se enfrentarían contra un poco menos de 5,500 federales y colorados. La desventaja de número y posición de los segundos se compensaba con la superioridad de sus pertrechos y su artillería. En ambos bandos pelearían fuerzas decididas y fogueadas, mandadas por jefes con similares antecedentes y experiencia: Francisco Villa, el antiguo bandolero, contra José Inés Salazar, el antiguo conspirador.

Tal como Villa había previsto, los colorados se vieron obligados a apearse en la estación de Tierra Blanca y a aceptar el combate en el terreno por él elegido. Los gobiernistas empezaron a bajar de los trenes al anochecer del día 22 y tomaron posiciones frente a los rebeldes a lo largo del día 23. No se sabe cual era el plan de Pancho Villa, pero sí que éste esperó pacientemente a que los federales se desplegaran sobre el terreno que él les había dejado. La tarde y la noche de ese día transcurrieron entre escaramuzas de las avanzadas.

Al amanecer del día siguiente los gobiernistas atacaron en los tres sectores: Caraveo y Landa por la derecha villista (Herrera y Aguirre), la infantería regular que acompañaba a los colorados por el centro, y Salazar por la izquierda. En los tres sectores del frente, luego de varias horas de combate, los rebeldes rechazaron el ataque y al final del día las posiciones de ambos bandos estaban como al principio. Por primera vez en su carrera militar Villa había empleado parte de sus reservas oportunamente: 400 jinetes a las órdenes de Fidel Ávila llegaron a reforzar a Aguirre y Herrera en el momento más comprometido y después, fuerzas conducidas por Porfirio Talamantes convirtieron en avance el retroceso de José Rodríguez y Rosalío Hernández. En esa acción recibió una herida mortal el valiente coronel Talamantes, aquel denodado defensor de las tierras del pueblo de Janos.

Esa noche la emplearon ambos bandos en reponer fuerzas y el 25 los colorados redoblaron sus esfuerzos, atacando otra vez en toda la línea. En un momento del combate el general José Rodríguez recibió una herida de cierta gravedad que desordenó las filas de la Brigada Morelos, lo que aprovechó por José Inés Salazar para tratar de destruir el ala izquierda villista; pero el Centauro, desde el Cuartel General, ordenó que la Brigada Villa se moviera hacia esa posición, mientras la reserva ocupaba el lugar que esa corporación dejaba vacío. La llegada de la Brigada Villa al ala izquierda obligó a Salazar a retroceder, momento que

aprovechó Pancho Villa para ordenar un contraataque por el centro y la izquierda, que terminó con la derrota de los colorados en todas las líneas y su desordenada fuga. Anocheceía cuando los revolucionarios, en su empuje, llegaron hasta los trenes dejados por los colorados en su retaguardia, y el coronel Rodolfo Fierro, al frente de una fracción del Cuerpo de Guías (base de la futura escolta personal del general en jefe, los "Dorados"),

se tendió sobre su caballo para dar alcance a un tren que se escapaba lleno de tropa enemiga, y entre una lluvia de balas saltó del caballo al tren y se fue así, cogiéndose de los carros, y llegó a la tubería de los frenos, y en la violencia de toda aquella carrera puso al aire al tren y lo paró. ¡Hermosa hazaña, señor!<sup>26</sup>

A raíz de esa acción, Fierro, que ya era un oficial de confianza, se convirtió en uno de los favoritos del Centauro. En cuanto a los colorados que huían en el tren, fueron exterminados por los soldados del Cuerpo de Guías y otros de la Brigada Villa. En total, las fuerzas del gobierno habían perdido más de mil hombres, diez cañones (entre ellos, "El Rorro" y "El Chavalito", que con "El Niño" hacían ya una muy respetable fuerza de artillería pesada) y tres trenes, y huían en desorden rumbo a Chihuahua. Villa había mandado así su primera batalla campal, resistiendo los embates del enemigo y pasando a la ofensiva en el momento adecuado, obteniendo una victoria de gran trascendencia.<sup>27</sup>

Mientras un destacamento reparaba la vía delante de Tierra Blanca, el grueso de la División regresó a Ciudad Juárez, donde Pancho Villa empezó a tomar providencias relativas a la administración del estado, pues estaba convencido de que tras la derrota de Salazar y Caraveo, Chihuahua caería naturalmente en sus manos. Durante un momento pensó en la conveniencia de entregar la administración al coronel Juan N. Medina, pero los conflictos que había tenido con demasiados jefes (Urbina, Herrera y Ortega, principalmente pero no nada más) lo hacían poco viable para el cargo. Llegó entonces a Ciudad Juárez el licenciado Jesús Acuña, secretario particular del Primer Jefe, quien alertó a Villa contra supuestas intrigas de Medina, trayéndole además la orden de poner al general Chao al frente del gobierno del estado. Algo trascendió de esta enésima intriga contra Medina porque el coronel se retiró a

<sup>26</sup> Guzmán, 1984, 150.

<sup>27</sup> Aguirre B., 1964, 70-78; Calzadiaz, 1958, I:156-160; Sánchez Lamego, 1957, III:241-246; Guzmán, 1984, 146-150. Al salir de Chihuahua, Salazar llevaba ocho cañones y recibió dos más en el camino.

Ciudad Juárez y envió una carta al Centauro por la que renunciaba a todos sus cargos. Cuatro meses estuvo Medina en El Paso, hasta que Villa, convencido de la falsedad de las acusaciones, lo llamó de nuevo a su lado, aunque no recuperó nunca la preponderante posición que había tenido en 1913.

También llegó Luis Aguirre Benavides, trayendo 300,000 pesos enviados por Carranza. Villa le pidió que se quedara a su lado como secretario particular, pero Luisito, como sería conocido entre los villistas el hermano menor del jefe de la Brigada Zaragoza alegó compromisos anteriores, aunque prometió que trataría de librarse de ellos para servir el cargo que ahora se le ofrecía.<sup>28</sup>

Pancho Villa dictó diversas providencias para normalizar la vida y reactivar el comercio en Ciudad Juárez y entregó a Carlos Jáuregui la administración de las casas de juego, fuente segura de divisas. Organizó también una agencia comercial encargada de la adquisición de pertrechos para la División del norte y la venta de los más variados productos, y la encomendó a su hermano Hipólito y a Lázaro de la Garza, y el 3 de diciembre salió rumbo a Chihuahua, a donde llegó cinco días después. Desde el 1º de diciembre, las últimas fuerzas federales habían abandonado la capital del estado.

Y es que al llegar a la ciudad de Chihuahua las noticias de la batalla de Tierra Blanca, el pánico cundió entre todos aquellos partidarios de Huerta y de Orozco que de todos los rincones del estado habían confluído en la capital conforme crecía la marea revolucionaria. Mercado convocó a una reunión de generales, en la que se dio una feroz disputa entre los federales Mercado, Mancilla, Aduna, Romero y Landa y los colorados Orozco, Caraveo, Salazar, Rojas y Terrazas: los primeros abogaban por evacuar la ciudad rumbo a Ojinaga, pues se les figuraba que hacia esa ciudad fronteriza encontrarían vía libre, pues, en verdad, no había ningún contingente de consideración: sólo el destacamento de Canuto Leyva, de las fuerzas de Toribio Ortega, guarnicionaba Cuchillo Parado, aunque con eso tuvieron los federales para que su marcha fuera un infierno, pues para eso bastaba con inutilizar las vías férreas. Los colorados, en cambio, exigían que se defendiera la ciudad y que al mismo tiempo se preparara una evacuación, pero rumbo a Torreón o al distrito Guerrero, donde había mucho más recursos que en la región de Ojinaga, donde

---

<sup>28</sup> Guzmán, 1984, 153-154.

contaban todavía con numerosos partidarios y donde, por su conocimiento del terreno, en el peor de los casos podrían desarrollar una eficaz guerra de guerrillas contra el villismo.

Naturalmente se impuso el criterio de Mercado sobre el de Orozco y los 6000 hombres que quedaban de la División del Norte del Ejército Federal marcharon rumbo a Ojinaga, acompañados por numerosos particulares. Desde San Francisco las vías habían sido destruidas por los villistas, por lo que, abandonando la artillería y la impedimenta, los huertistas hicieron a pie el resto del camino. Fue el peor de los desastrosos: cierto que en Torreón había una importante guarnición revolucionaria a las órdenes de Calisto Contreras, pero la división federal del general José Refugio Velasco estaba casi a las puertas de la Perla de la Laguna (de hecho, ocupó la plaza el 9 de diciembre), y entre esta y Chihuahua, sólo había en Camargo y Jiménez, unos 600 revolucionarios a las órdenes de Rosalío Hernández y Tomás Urbina. La decisión de Mercado obligó a sus hombres a una marcha llena de penalidades por el desierto y los dejó aislados, sin otra cosa que hacer que esperar a que Pancho Villa se le ocurriera darles el tiro de gracia.<sup>29</sup>

Tan pronto como los federales evacuaron Chihuahua, Manuel Chao y Orestes Pereyra salieron de Parral, estableciendo sus campamentos a la vista de Chihuahua, pues no querían entrar a la ciudad antes que Pancho Villa. Éste, dejando de guarnición en Juárez a la Brigada Zaragoza, avanzó hacia Chihuahua con el resto de las tropas que habían tomado parte en la batalla de Tierra Blanca, que el 8 de diciembre, junto con las fuerzas de Chao y Pereyra, hicieron su entrada triunfal en la ciudad de Chihuahua, donde fueron recibidos por una entusiasta multitud.<sup>30</sup>

El mismo día Pancho Villa asumió el gobierno del estado, legitimando el hecho con un acta apresuradamente redactada, en que algunos de los generales de la División (Herrera, Rodríguez, Chao y el propio Villa), basándose en el punto siete del Plan de Guadalupe,<sup>31</sup> acordaban y aprobaban "que el puesto de Gobernador Provisional del Estado Libre y Soberano

<sup>29</sup> Ontiveros, 1914, 102-104. Según su testimonio posterior, Mercado decidió irse a Ojinaga porque la vía estaba en mucho mejores condiciones que la vía a Torreón, y el tramo de desierto a recorrer era menor que el que había entre Jiménez y Bermejillo, camino a Torreón; además, según él, las fuerzas villistas situadas entre Chihuahua y Torreón eran muy numerosas: no eran sino disculpas por una decisión claramente equivocada. Mercado, 1916, 52-54.

<sup>30</sup> Ontiveros, 1914, 104. Terrazas, 1984, 89.

<sup>31</sup> "El ciudadano que funja como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista en los Estados cuyos Gobiernos hubieren reconocido al de Huerta asumirá el cargo de Gobernador Provisional [...]" Cfr. Altamirano y Villa, 1985, III:326.

de Chihuahua recaiga en el Señor general Francisco Villa", facultándolo, además, para separarse del cargo cuantas veces fuera necesario, para atender "las exigencias de la guerra".<sup>32</sup>

#### **4. Las avanzadas de la rebelión.**

En el capítulo siguiente contaremos lo que hicieron los villistas cuando tuvieron en sus manos el poder a nivel local, que es lo que sigue en el curso de los acontecimientos que venimos contando, pero antes de ir a ello abriremos un paréntesis para no dejar de lado las últimas acciones militares anteriores a la profesionalización del ejército villista, realizadas al mismo tiempo que los sucesos que se narran en el próximo capítulo. Estos hechos de armas tuvieron lugar en torno a Ojinaga y en la Comarca Lagunera.

En Ojinaga se habían refugiado los restos de la División del Norte federal, mandados por Salvador R. Mercado y Pascual Orozco. Desde que la columna arribó a la plaza fronteriza, luego de abandonar la impedimenta y destruir la artillería, el conflicto entre Mercado y Orozco alcanzó un nuevo nivel, cuando el caudillo de San Isidro resolvió desconocer de plano la autoridad del pusilánime jefe que le habían dado. Tal como Orozco había advertido enérgicamente al oponerse a marchar hacia Ojinaga, la situación de los federales en esa plaza era terrible: en vísperas de los primeros combates, que se realizaron a fines de diciembre, los 6000 hombres que salieron de Chihuahua estaban reducidos a cosa de 3500 o 4000. En el camino habían desertado unos pocos oficiales y soldados que pensaban unirse al villismo (entre ellos el coronel Manuel García Santibáñez, incorporado a la artillería, y el mayor José Bauche Alcalde, que terminaría en las filas de la Brigada Chao),<sup>33</sup> aunque las corporaciones llegaron casi completas a Ojinaga: nadie quería afrontar su suerte en el desierto, pero una vez en Ojinaga, cientos de soldados, sin armas ni mochilas, con los uniformes destrozados y muertos de hambre, cruzaron a nado el río para presentarse a las autoridades estadounidenses, quienes los fueron encerrando en galpones preparados al efecto. Los que se quedaron en

---

<sup>32</sup> Publicado en el POECh el 23 de diciembre de 1913.

<sup>33</sup> José Bauche Alcalde se incorporó al ejército federal como veterinario en 1909, y en 1913 era el jefe de los servicios veterinarios de la División del Norte federal. En la marcha a Ojinaga desertó con sus subalternos y materiales que puso a disposición de los villistas. ACSDN, XI/III/6-980. De Santibáñez hablaremos más adelante.

Ojinaga resueltos a esperar lo que Villa quisiera echarles encima lo hicieron por orgullo: sin artillería, casi sin parque, sin esperanza ninguna de obtener refuerzos, se sabían derrotados de antemano.<sup>34</sup>

Mientras tanto, Pancho Villa organizó en Chihuahua una columna encargada de ocupar Ojinaga. Las corporaciones designadas para esta última fase de la campaña de Chihuahua fueron una fracción de la Brigada Villa (500 hombres a las órdenes de José E. Rodríguez); 550 hombres de la Brigada González Ortega a las órdenes de sus jefes natos, Toribio Ortega y Porfirio Ornelas; 450 hombres de la Brigada Morelos, a las órdenes de Faustino Borunda; los 450 hombres de la Brigada Cuauhtémoc, mandada por Trinidad Rodríguez e Isaac Arroyo; una fracción de la Brigada Juárez de Durango, unos 300 hombres con Luis Díaz Couder y Manuel Mestas al frente; y el regimiento del teniente coronel Miguel González, que poco después habría de constituir la Brigada Guadalupe Victoria. La artillería iba mandada por Martiniano Servín y el jefe de Estado Mayor de la columna sería César Felipe Moya.<sup>35</sup>

El mando de los 3,500 hombres que formaban la columna debía recaer en el general Toribio Ortega, un buen jefe que conocía perfectamente el terreno en que habría de librarse la batalla y que ya había entrado en son de guerra a Ojinaga y conocía las características de una plaza situada en una elevación natural y protegida por los ríos Bravo y Conchos. Villa convocó a una junta de jefes en la que participaron Tomás Urbina, Maclovio Herrera, Rosalío Hernández, Toribio Ortega, José Rodríguez, Manuel Chao, Trinidad Rodríguez y algún otro. También estuvo presente el general Pánfilo Natera García, zacatecano que venía desarrollando una importante campaña guerrillera en su estado natal y al que Venustiano Carranza había nombrado jefe de una inexistente División del Centro. Natera estaba en Chihuahua porque había tratado de ir a Sonora a conferenciar con Carranza, pero las autoridades norteamericanas le negaron el paso en Ciudad Juárez.

Francisco Villa explicó a sus compañeros que no pudiendo tomar personalmente el mando de las operaciones sobre Ojinaga, había que elegir, de entre los presentes, a quien lo hiciera, para lo cual él proponía al general Ortega, "que conoce bien aquella región", o como

---

<sup>34</sup> Sobre los gobiernistas en Ojinaga, véase Reed, 1975, 15-20. Sobre el número de efectivos federales, véase AIHRM, 67, 133. Mercado explicó después sus conflictos con Orozco diciendo que él nunca tuvo enemistad alguna con el caudillo de San Isidro, pero éste lo culpaba del hecho de que Huerta hubiese incumplido la promesa de nombrarlo gobernador de Chihuahua y de que los hubiese abandonado a su suerte en el estado grande. Mercado, 1916, 22-23.

<sup>35</sup> Calzadía, 1958, I:162-163. Aguirre B., 1964, 80.

muestra de cortesía y compañerismo, al general Natera. El jefe zacatecano se excusó por desconocer tanto la región como a los contingentes que habría de mandar y pidió que se nombrara a Ortega quien, para no ser menos, alabó a Natera y dijo que no veía inconveniente en actuar a sus órdenes, aunque sus palabras reflejaban que sí aspiraba al mando de la columna. Fue entonces que los generales presentes, que no tenían ninguna gana de subordinarse a Toribio Ortega, eligieron a Natera, quedando Ortega como segundo. Fue esta una decisión claramente equivocada, que puso de relieve una vez más los celos y la competencia que reinaba entre los jefes de las corporaciones villistas.<sup>36</sup>

La columna salió de Chihuahua el 22 de diciembre y el 29, adelante de El Mulato, la vanguardia combatió contra las caballerías de Caraveo y Flores Alatorre, a las que les hicieron 265 prisioneros. El 2 de enero los villistas estaban a la vista de Ojinaga, del otro lado del Conchos, y el 3 se tomaron posiciones por el sur y oriente de la plaza. Natera ordenó que se atacara la plaza al amanecer del día 4, a pesar de que Ortega advirtió que el ataque debía realizarse en horas de la noche, porque de otro modo los atacantes serían batidos. También sugirió que el ataque no fuera general, pero ninguna de sus sugerencias fue escuchada y se retiró sumamente disgustado. El día 4 se sucedieron los ataques sobre la plaza, hechos sin orden ni concierto. La Brigada González Ortega y un regimiento de la Brigada Villa (que mandaban Carlos Almeida y Onésimo Martínez) llegaron hasta las líneas enemigas, pero fueron rechazados con grandes pérdidas. Se rumoraba con insistencia que Ortega desobedecía sistemáticamente a Natera, lo que causaba el desorden y desconcierto de los ataques, y el día 5 las fuerzas villistas, muy maltratadas, se retiraron a Cuchillo Parado dejando en manos de los enemigos más de 130 prisioneros, sin contra los hospitales de sangre quemados por los colorados. En el combate murió el coronel Felipe Moya y en la quema de los hospitales, el coronel Onésimo Martínez, por cuya muerte Villa lloró.

En Cuchillo Parado José Rodríguez, Trinidad Rodríguez, Carlos Almeida, Martín López y Faustino Borunda exigieron a Natera que se fusilara a Toribio Ortega o, de lo contrario, cada uno de ellos regresaría por su cuenta a Chihuahua o a Camargo. Sólo la disciplina de Martíniano Servín impidió que las airadas exigencias de aquellos jefes se cumplieran, al convencerlos de que había que esperar instrucciones de Pancho Villa. El Centauro, que se enteró esa misma noche de los sucesos, ordenó a los jefes que lo esperaran en

---

<sup>36</sup> Guzmán, 1984, 157.

Cuchillo Parado, sin tomar ninguna determinación, y se embarcó con la Brigada Leales de Camargo, de Rosalío Hernández, mientras telegrafiaba a Ciudad Jiménez ordenando a Maclovio Herrera que se pusiera en marcha de inmediato con toda su gente (Brigada Benito Juárez). El día 10, mientras Hernández y Herrera tomaban posiciones frente a Ojinaga, Villa marchó a la hacienda de San Juan, donde estaba acampadas las fuerzas derrotadas en la batalla anterior, y convocó a junta de jefes, a los que dijo que la culpa del fracaso recaía en él como comandante en jefe, pues Natera le había advertido de su desconocimiento de la tierra y la gente, y aunque había mandado bien y con valor, eso se había notado. Ahora él tomaría el mando y dictó sus órdenes para que a la mañana siguiente se tomaran posiciones frente al enemigo. En un aparte con Toribio Ortega le reprochó no haber explorado el terreno antes del combate, como él le había pedido desde Chihuahua y, sobre todo, haber regateado su apoyo a Natera, y amenazó con fusilarlo si volvía a portarse mal frente al enemigo.

El plan de Villa consistía en realizar un ataque nocturno por tres puntos: Rosalío Hernández y José Rodríguez, al frente de 800 hombres, entrarían por el sur con el apoyo de la artillería de Servín. Por el oriente, entre el Conchos y el Bravo, avanzarían los 900 hombres de Maclovio Herrera y Trinidad Rodríguez. Por el poniente, luego de cruzar el Conchos, atacaría Toribio Ortega con su Brigada y otras fuerzas (probablemente Díaz Couder y Borunda), hasta sumar 700 soldados. Sólo un corto número de tropas permaneció de reserva con Pancho Villa, pues éste jefe pensaba que un ataque de esa magnitud acabaría en menos de dos horas con la resistencia federal, y así fue en efecto: cuando al caer la noche se realizaron los ataques simultáneos, los federales resistieron menos de las dos horas previstas y, en relativo orden, cruzaron el río entregándose a las autoridades estadounidenses. Villa permaneció tres o cuatro días ahí, y luego ordenó que todas las fuerzas regresaran a Chihuahua, menos Toribio Ortega y la Brigada González Ortega, que debía hacer volver la calma a toda la región.<sup>37</sup>

Los jefes colorados Marcelo Caraveo y Rodrigo M. Quevedo, cuyas fuerzas eran las que mayor resistencia habían opuesto, rompieron las líneas villistas al frente de una veintena de hombres, y marcharon a San Carlos, donde los pobladores los atacaron, obligándolos a cruzar el Bolsón de Mapimí. Varios días después el valiente general de San Isidro y el bravo coronel de Casas Grandes, que no quisieron ser prisioneros de los estadounidenses, llegaron con sus compañeros a Sacramento, Coahuila. Por su parte,

---

<sup>37</sup> Guzmán, 1984, 157-161. Calzadiaz, 1958, 1:163-167. Aguirre B., 1964, 79-85.



Pascual Orozco, al frente de otro pequeño grupo, cruzó el Río Bravo como el grueso de las fuerzas, pero en lugar de entregarse burló a las tropas estadounidenses, que lo persiguieron por los breñales del Big Bend hasta que regresó a México cruzando al oriente del Cañón de Santa Elena, e imitando la hazaña de su primo Caraveo cruzó el Bolsón de Mapimí para presentarse en Torreón. José Inés Salazar y otros jefes colorados sí pasaron por la humillante prisión en Texas.<sup>38</sup>

Mientras Pancho Villa coronaba la campaña de Chihuahua, el general Calixto Contreras había quedado como jefe de armas de La Laguna desde que en la primera semana de octubre de 1913 el grueso de la División salió de Torreón rumbo a Chihuahua. Como antes dijimos, Contreras quedó al frente del grueso de su Brigada, quitando a unos 550 hombres que salieron a Chihuahua a las órdenes de Manuel Mestas y Luis Díaz Couder; y de las Brigadas Robles y Madero, que mandaban José Isabel Robles y Juan E. García.

Luego de la partida del grueso de la División, Contreras hizo que Robles y García avanzaran rumbo a Saltillo, mientras retrocedían las fuerzas federales que habían quedado al mando de Trucey Aubert, compuestas por los restos de la guarnición de Torreón y la columna de refuerzo que había mandado el propio Trucey. Los villistas avanzaron hasta General Cepeda, unos 50 kilómetros al poniente de Saltillo, quedando dueños de toda la Comarca Lagunera y parte de la región de Saltillo, donde se estaba formando una columna federal que con el nombre de División del Nazas y a las órdenes del general José Refugio Velasco con Fernando Trucey Aubert como segundo, tenía la misión de reconquistar La Laguna.

A principios de noviembre Velasco salió de Saltillo, enviando por delante a los "colorados" Benjamín Argumedo, Juan Andrew Almazán y Emilio P. Campa.<sup>39</sup> El 9 de noviembre Argumedo tomó General Cepeda, ante lo cual Calixto Contreras ordenó la salida del grueso de los villistas (unos 3,000 hombres) hacia el oriente de la Comarca. En Torreón y Gómez Palacio quedaron de guarnición, respectivamente, los regimientos de Eladio Contreras (Brigada Juárez de Durango) y Juan Pablo Estrada (Brigada Madero).

---

<sup>38</sup> El tránsito de los colorados a través del Bolsón de Mapimí, en que algunos murieron de sed y agotamiento, en Caraveo, 1992, 83-84; y Meyers, 1984, 136-135. La prisión de Salazar, en Brondo, 1994, 9.

<sup>39</sup> Emilio P. Campa había salido de México con Velasco en compañía de un general colorado nacido en Guerrero y que venía del Sur: Juan Andrew Almazán, un simpático y valiente exaprendiz de médico que sobreviviría a la Revolución y se haría famoso, rico y poderoso en la posrevolución.

Los días 17 y 18 de noviembre los rebeldes, mandados por Contreras, José Isabel Robles y Juan E. García, se enfrentaron con las caballerías de Argumedo, Campa y Almazán en diversos puntos entre Parras (que ocuparon las fuerzas de Argumedo) y General Cepeda. En uno de esos combates, en Estación Madero, murió el general Juan E. García y sobre el campo de batalla sus hombres decidieron, por unanimidad, que el mando de la Brigada Madero recayera en el hermano del jefe fallecido, coronel Máximo García Contreras.

Según recuerdos de algunos supervivientes, José Isabel Robles, joven de sereno valor, aconsejaba al general García que no provocara a la muerte y le decía que era un exceso de temeridad su empeño en ser el primero en entrar al combate y el último en retirarse, pero don Juan no le hacía caso alguno, hasta que sucedió lo inevitable en Estación Madero: quedó rodeado de enemigos y fue conminado a rendirse por dos oficiales que lo reconocieron, quienes le preguntaron "¿Y ahora quien vive, don Juan?", a lo que contestó el general sin dejar de accionar su arma: "¡Viven Madero y yo!", cayendo acribillado instantes después.<sup>40</sup>

La muerte del pundonoroso general García y el fracaso en su intento de recuperar General Cepeda, desanimaron a los revolucionarios, que se fueron replegando hacia Torreón. Así, el 28 de noviembre Argumedo ocupó Viesca, el 4 de diciembre San Pedro de las Colonias, y el 7 de diciembre el valiente ex-sastre de Matamoros estaba frente a Torreón, donde el día 8 lo alcanzó Velasco con el grueso de la División del Nazas.

Calixto Contreras ofreció una resistencia más bien simbólica y el 9 de diciembre evacuó Torreón, estableciéndose en Pedriceña. Juan Pablo Estrada conservó unos días más Gómez Palacio, combatiendo cotidianamente contra Argumedo, y Robles fue enviado a hacer la guerra de guerrillas en la región de Parras, Viesca, San Pedro y Matamoros. Máximo García, con el grueso de la Brigada Madero, se replegó a Chihuahua por órdenes de Villa, mientras era enviada en su lugar, para apoyar a Contreras, la Brigada Primera de Durango, que había entrado en son de triunfo a Chihuahua con el grueso de la División.<sup>41</sup>

Durante todo el invierno el tramo del ferrocarril comprendido entre La Loma y Velardeña se convirtió en teatro de frecuentes combates entre los villistas de las brigadas Juárez de Durango y Primera de Durango contra los colorados de Argumedo, Campa,

<sup>40</sup> Arrieta, 1991, 184.

<sup>41</sup> Sobre las operaciones en La Laguna, véase AHRM, 67, 125-129; ACSND, XI/III/4-2045, 2-3; ACSND, XI/III/2-70, 5-6 (hoja de servicios en el ejército huertista del general Benjamín Argumedo); AHDN, XI/481.5/30, 1164-1167; y Sánchez Lamego, 1957, III:203-221.

Almázán y Caravco. Por su parte, el general Robles desarrollaba una activa campaña guerrillera, sin defender posiciones fijas y llegando a tomar Viesca y Matamoros en enero.<sup>42</sup>

El 7 de enero de 1914, en Pedriceña, el Regimiento Carranza, de la Brigada Primera de Durango, fue elevado a la categoría de Brigada añadiéndosele nuevos reclutas y gente de Andrés Arrieta. La nueva corporación, fuerte en 980 hombres, tenía por jefe al coronel José Carrillo, con los mayores Francisco Hernández, Guadalupe Menchaca y Valente de Ita. Al tener su origen en una corporación perteneciente a la División del Norte, se consideró que la Brigada Carranza también formaba parte de ésta.<sup>43</sup>

Así estaban las cosas cuando Calixto Contreras recibió en Pedriceña un propio del general Francisco Villa, fechado en estación Yermo, Dgo., el 19 de marzo de 1914, ordenándole (no invitándolo, como seis meses antes) que marchara inmediatamente, con todas sus fuerzas, hacia Lerdo y Gómez Palacio. Contreras reunió a su gente, la de Pereyra, la de Carrillo y 400 hombres de Andrés Arrieta, contingentes que estaban repartidos entre Pedriceña, Velardeña, Pasaje, Cuencamé y Ocuila, y a primera hora del día 21 los guerrilleros de Durango abordaron los trenes en Pedriceña: iban, otra vez, a tomar Torreón.<sup>44</sup>

Mientras Robles combatía en Coahuila y Contreras y Pereyra defendían Durango de los federales acantonados en Torreón, las fuerzas de la Brigada Morelos, del general Urbina, también realizaban actividades de protección: destacadas en el norte de Durango, en Villa Ocampo, Nieves, Indé, El Oro y otras poblaciones, los guerrilleros de Urbina protegían el flanco sur de los dominios villistas de la misma manera que las fuerzas de Contreras y Pereyra cubrían el sureste de los mismos y el corazón de Durango. Estas fuerzas combatieron durante todo el invierno contra las guerrillas oroquistas de diversos lugartenientes de Argumedo como Caro, Escajeda, el indio Mariano y José Galaviz.

El único testimonio de primera mano sobre estas acciones lo escribió John Reed, quien pasó unos días con 150 rebeldes apostados en el paso de La Cadena, a la vista de Mapímí, población ocupada por un millar de colorados. Era jefe de la avanzada el coronel Pablo Seáñez, pero luego Urbina relevó a los harapientos pero bien armados y equipados soldados de Seáñez por tropas que no eran suyas sino de la gente de los Arrieta. Cuenta Reed:

---

<sup>42</sup> AIHRM, v. 67, ff. 125, 126, 128 y 129 (informes enviados a Chihuahua sobre los combates sostenidos en La Laguna en el invierno de 1913 a 1914); y ACSNDN, XI/III/4-2045, 2-3. Véase el resumen detallado de algunos de estos hechos de armas en Terrones, 1958 (89 y 90).

<sup>43</sup> Terrones Benítez, 1958 (89).

La nueva guarnición de La Cadena estaba compuesta por una clase distinta de hombres. Sólo Dios sabía de donde venían, pero era un lugar donde la tropa se moría de hambre. Eran los más miserables peones pobres que había visto: la mitad no tenían sarape.

A esta gente, bisoña y mal armada, Urbina les había dado por jefe al coronel Petronilo Hernández, un buen y valiente oficial de su Brigada, pero la gente no le obedecía:

Todos los soldados veían al general bajo cuyas órdenes eran reclutados, como un señor feudal. Se llamaban a sí mismos su gente –sus hombres–; y ningún oficial quienquiera que fuese, de otra gente, tenía mucha autoridad sobre ellos. Petronilo era de la gente de Urbina; pero dos tercios de la guarnición de La Cadena pertenecían a la División de Arrieta.<sup>45</sup>

La víspera del ataque de los colorados, unos cincuenta soldados se amotinaron y don Petronilo los desarmó, remitiéndolos a Las Nieves, cuartel general de Urbina (donde seguramente fueron fusilados por Faustino Borunda o Pablo Seáñez), y los pocos villistas que quedaron resistieron heroica pero inútilmente antes de emprender veloz huida. Reed consignó en esa crónica los nombres de guerreros de fama, oficiales de Urbina, a quien idolatraban, varios de los cuales cayeron en La Cadena: Longino Güereca, Juan Santillana, Juan Vallejo, Fernando Silveyra y otros.<sup>46</sup>

Durante ese invierno, el general Urbina se convirtió en señor de horea y cuchillo de la extensa comarca (como un señor feudal con derecho “de alta y baja justicia”). Desde su Cuartel General, en Nieves, vigilaba la producción de las haciendas que había requisado sin tomarse la molestia de emitir algún documento similar al decreto de expropiación dictado por Villa en Chihuahua, y “partía” con la Revolución las ganancias obtenidas: la mitad para el sostenimiento de su Brigada, la mitad para él mismo.<sup>47</sup> Enrique Pérez Rul, que fue secretario de Villa, escribió:

---

<sup>44</sup> Terrones Benítez, 1955 (57), 32-33.

<sup>45</sup> Reed, 1975, 58.

<sup>46</sup> Reed, 1975, 55-76.

<sup>47</sup> Eso queda claro en Reed, 1975, 21-31. Véase también Katz, 1998, 1:306-307.

En el apogeo de Villa, Urbina se encumbra y se hace dueño de una importante región del país en que no hay más ley que su capricho o el de sus numerosos favoritos, casi tan pícaros como él; y en ese tiempo nadie puede evitar esa inmoralidad desastrosa y trascendental, porque Villa cree que son puras calumnias cuanto se dice acerca de su compadrito.<sup>48</sup>

Ahí estaba Urbina cuando recibió un propio de Pancho Villa en que éste le ordenaba reunir al grueso de sus fuerzas y arrebatar Mapimí a los colorados para esperar ahí nuevas instrucciones. Esta orden, como la que recibió Calixto Contreras, estaba fechada en Yermo, Dgo., el 19 de marzo de 1914, y hacia Mapimí salió el león de Durango. Ahí lo encontraremos luego.

---

<sup>48</sup> Citado por Katz, 1998, 1:306.

## IX. UN PROYECTO REVOLUCIONARIO

### 1. Chihuahua a la hora de Villa.

Cuando Pancho Villa asumió el gobierno de Chihuahua, el 8 de diciembre de 1913, el estado llevaba tres años de guerra casi ininterrumpida, que había destruido buena parte de su vital sistema ferroviario, mermado los hatos ganaderos y obligado a cerrar a muchas fábricas y minas. En muchos lugares faltaba trabajo, alimento y dinero circulante. La población estaba muy dividida, pues además de algunos simpatizantes del antiguo régimen (había más a fines de 1913 que en noviembre de 1910), los oroquistas seguían teniendo un importante apoyo popular y en los últimos meses la prensa había hecho fuerte propaganda antivillista mostrando al caudillo revolucionario como un sanguinario criminal.

Pancho Villa, que había palpado los sentimientos de desilusión y amargura que numerosos revolucionarios experimentaron tras los Acuerdos de Ciudad Juárez y por lo poco que obtuvieron durante el gobierno de Abraham González, sabía que tenía que dar mucho más de lo que ofrecían las promesas y moderadas concesiones de Madero y González si quería conservar el apoyo de sus partidarios y ganarse a los que habían secundado la rebelión de Orozco. También sabía que si quería gobernar efectivamente Chihuahua, debía conservar el apoyo de las clases medias que habían respaldado a Abraham González y a las que la propaganda antivillista había alertado en contra suya, pero no al grado de llevarlas a apoyar al gobierno de Huerta. Muchas medidas tomadas por don Abraham, como el restablecimiento de la autonomía municipal, la disminución de las cargas fiscales de las clases medias y el recambio de la clase política estatal, habían complacido a esos sectores medios que seguían siendo revolucionarios.<sup>1</sup>

Para formar su gobierno, Pancho Villa echó mano de los miembros de la Junta Constitucionalista de Chihuahua, que se había formado en El Paso, Texas, en marzo de 1913, asumiendo la representación de los grupos revolucionarios del estado, aunque

---

<sup>1</sup> Katz, 1998, I:268-270.

mantenía escasos nexos formales con ellos, salvo con Pancho Villa durante la estancia de ese jefe en La Ascensión. Aunque esta Junta tenía una influencia muy limitada sobre el desarrollo de la lucha en el estado grande, representaba la continuidad legal de la Revolución en el estado, en virtud de que la integraban exfuncionarios y exdiputados del periodo maderista; además, prestaba el apoyo material que sus posibilidades le permitían y vinculó a la revuelta chihuahuense con la Revolución nacional al suscribir el Plan de Guadalupe y aceptar a Carranza como Primer Jefe (en la "Convención de Monclova", celebrada el 17 de abril de 1913, donde la Junta estuvo representada por el Dr. Samuel Navarro). La Junta estuvo dirigida por Silvestre Terrazas, Samuel Navarro, Matías C. García, Sebastián Vargas hijo y Aureliano S. González. Tuvieron contacto con la junta el coronel Juan N. Medina, Juan T. Burns, Juan N. Amador y Roque González Garza. El coronel Medina y el doctor Navarro se incorporaron a Pancho Villa en La Ascensión. Los demás lo hicieron en Ciudad Juárez.<sup>2</sup>

Los miembros de esta junta fueron, en un primer momento, los únicos personajes con estudios formales en los que Pancho Villa podía confiar y a los que recurrió. Con ellos hizo el viaje de Ciudad Juárez a Chihuahua y en los días siguientes a su (auto)designación. Pancho Villa formó su gobierno con Silvestre Terrazas, a quien encargó la Secretaría General de Gobierno; Sebastián Vargas jr., nombrado Tesorero General del Estado, cargo que ya había servido durante la administración de don Abraham; y Matías C. García, como Director General de Instrucción Pública.<sup>3</sup> El nombramiento de mayor significación fue el de Terrazas, quien fungiría como el verdadero gobernador en lo referente a la administración pública y a todo lo concerniente al ramo civil. No designó para el cargo de secretario general de Gobierno a Aureliano González, lo que hubiera representado una clara continuidad con el periodo maderista, porque don Aureliano, valiente abogado de oposición, había sido un gobernante gris y mediocre; por el contrario, el prestigio de don Silvestre no había disminuido durante el periodo maderista, y buena parte de las clases

---

<sup>2</sup> Barragán, 1985, I:136. Almada, 1965, II:24. Burns fue el secretario particular de don Abraham. Navarro era un médico militar de guarnición en Ciudad Juárez que desertó cuando Madero fue asesinado. Aureliano González había sido abogado de los mutualistas y sustituto de don Abraham en el Palacio de Gobierno De Terrazas y González Garza se ha hablado en extenso, y se seguirá hablando; y Vargas, ya lo hemos dicho, también fue tesorero general durante el gobierno de don Abraham.

<sup>3</sup> AHRM. 67, 134 y 197-198. Terrazas, 1984, 90.

medias lo seguían considerando la conciencia pública del estado. De hecho, el general Villa le ofreció, en primera instancia, que se hiciera cargo del gobierno, pero Terrazas rehusó por considerar que los atrabiliarios caudillos no respetarían a un civil aparentemente recién llegado y solo accedió a encargarse de la administración a la sombra de Villa.<sup>4</sup>

Luego de algunas disposiciones tendientes a regularizar la administración pública y los servicios ferroviarios y telegráficos, de fijar los precios (muy módicos) de la carne vendida en los expendios municipales,<sup>5</sup> el 12 de diciembre, a cuatro días de haber tomado el poder, Pancho Villa hizo publicar un documento espectacular y de hondas repercusiones, algunas de ellas inmediatas: el "Decreto de confiscación de bienes de los enemigos de la Revolución", que transcribimos íntegramente:

General Francisco Villa, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista en el Estado de Chihuahua y, conforme al Plan de Guadalupe, Gobernador Provisional del mismo Estado, de acuerdo con las facultades extraordinarias de que me hallo investido, he tenido a bien decretar lo que sigue:

Teniendo suficientes pruebas relativas a la intervención que diversos capitalistas del Estado han tenido en las últimas dificultades que ha tenido que resolver nuestra patria, causando, por la natural defensa contra las expoliaciones, cuartelazos y traiciones, numerosas víctimas que entre viudas y huérfanos lloran la desaparición de quienes eran el sostén de esos seres inocentes cuya culpa solo ha sido el envidiable patriotismo con que han sostenido la dignidad de la patria y hallándose también entre esos malamente enriquecidos, quienes han defraudado por mil medios al erario público por más de medio siglo de dominación por el engaño y por la fuerza, creo de justicia que es llegada la hora de que rindan cuentas ante la vindicta pública, formándose a su tiempo los procesos ante quienes deban dilucidarse todas las responsabilidades que han contraído ante el pueblo mexicano. Y como ya en ocasiones anteriores se ha probado plenamente que la posesión de sus intereses solo ha servido para comprar traidores y asesinar mandatarios cuya excesiva bondad sirvió de incentivo a sus maldades, necesario es, para salvar a nuestra nacionalidad, cortar el mal de raíz, teniendo que llevar a cabo, además de otros procedimientos de salud pública conforme se vayan haciendo necesarios, la confiscación de los bienes pertenecientes a los malos mexicanos que han comerciado con la vida humana y que son los inmediatos responsables del derramamiento de nuestra sangre.

Por tales razones, que justifican nuestra actitud ante la dignidad del mundo entero, decreto lo siguiente:

Primero. Son confiscables y se confiscan, en bien de la salud pública y a fin de garantizar las pensiones a viudas y huérfanos causados por la defensa que contra los explotadores de la Administración ha hecho el pueblo mexicano, y para cubrir

<sup>4</sup> Terrazas, 1984, 91.

<sup>5</sup> Véanse los primeros decretos del gobernador Villa en AHRM, 67, 197-202.



también las responsabilidades que por sus procedimientos les resulten en los juicios que a su tiempo harán conocer los Juzgados especiales que a título de restitución de bienes mal habidos se establecerán en las regiones convenientes, fijando la cuantía de esas responsabilidades, destinándolos íntegros para esos fines, los bienes muebles e inmuebles y documentaciones de todas clases pertenecientes a los individuos Luis Terrazas e hijos, hermanos Creel, hermanos Falomir, José María Sánchez, hermanos Cuilly, hermanos Luján, J. Francisco Molinar y todos los familiares de ellos y demás cómplices que con ellos se hubieren mezclado en los negocios sucios y en las fraudulentas combinaciones que en otro tiempo se llamaron políticas.

Segundo. Una ley reglamentaria que se dictará al triunfo de nuestra causa, determinará lo relativo a la equitativa distribución de esos bienes, pensionando primeramente a las viudas y huérfanos cuyos miembros hayan defendido la causa de la justicia desde 1910; en seguida se tendrán en cuenta los defensores de nuestra causa para el reparto módico de esos terrenos; se cubrirán al erario los fraudes cometidos por los individuos citados por la falta de pago de contribuciones en los muchos años que tal cosa hicieron y se restituirán también a sus legítimos dueños, las propiedades que valiéndose del poder les fueron arrebatadas por dichos individuos, haciéndose así plena justicia a tanta víctima de la usurpación.

Tercero. Todos los bienes confiscados serán administrados por el Banco del Estado, quien llevará cuenta minuciosa, correctamente documentada, de los ingresos y egresos que hubiere por tal motivo.

Dado en el Palacio de Gobierno, a los 12 días del mes de diciembre de 1913. General Francisco Villa, Gobernador Militar del Estado. S. Terrazas, Secretario.<sup>6</sup>

En este decreto está expuesta la política agraria del villismo: los revolucionarios campesinos del norte llevaban tres años pensando en el tipo de sociedad que querían para “después del triunfo” y cómo habría de construirse ésta, de modo que tan pronto tuvieron el poder, así fuera a escala local, lo aplicaron, de acuerdo con el “sueño de Pancho Villa”, que citamos también íntegramente y que Pancho Villa le expuso a John Reed más o menos al mismo tiempo que hizo público el decreto anterior:

Quando se establezca la nueva República, no habrá más ejército en México. Los ejércitos son los más grandes apoyos de la tiranía. No pude haber dictador sin su ejército. Pondremos al ejército a trabajar. Serán establecidas en toda la República colonias militares formadas por veteranos de la Revolución. El Estado les dará posesión de tierras agrícolas y creará grandes empresas industriales para darles trabajo. Laborarán tres días de la semana y lo harán duro, porque el trabajo honrado es más importante que el pelear y sólo el trabajo así produce buenos ciudadanos. En los otros días recibirán instrucción militar, la que, a su vez, impartirán a todo el

<sup>6</sup> Publicado en el POECH el 21 de diciembre de 1913. Puede verse en todos lados, vgr., Cervantes, 1985, 79-81.

pueblo para enseñarlo a pelear. Entonces, cuando la patria sea invadida, únicamente con tomar el teléfono desde el Palacio Nacional en la ciudad de México, en medio día se levantará todo el pueblo mexicano de sus campos y fábricas [...]<sup>7</sup>

De ambos textos (y otros posteriores, que los complementan) se desprende lo que un historiador ha llamado la "vaga utopía del México del futuro" que forma parte fundamental "del ser y el ideal del villismo".<sup>8</sup> Más adelante revisaremos esa vaga utopía, que fue convirtiéndose en un proyecto revolucionario. Por lo pronto, hay que señalar la expedita justicia ranchera inherente al decreto de confiscación: aunque en términos sociales los resultados se verían más adelante ("al triunfo de nuestra causa"), sin esperar ese momento se expropiaban los latifundios del clan Terrazas-Creel y de otras familias vinculadas a ellos, justificando el hecho, en primer término, por las acciones políticas de los referidos oligarcas. Es altamente significativo que las propiedades de los Zuloaga, administradas por Alberto Madero, no estén incluidas en el decreto, como tampoco lo están, para ahorrarse problemas, los latifundios propiedad de compañías o particulares estadounidenses o británicos. Tampoco fueron expropiadas, al parecer, las tierras de los Gameros, quizá porque don Tomás y don Manuel habían colaborado con los mutualistas y en 1909 y 1910 respaldaron tibiamente al antirreeleccionismo.

Mientras triunfaba la causa y se repartían, esas extensas y prósperas heredades serían administradas por el Banco del Estado y sus beneficios serían utilizados para cubrir los crecientes gastos de la guerra. Gracias a estos recursos se homogeneizó el armamento de las tropas, se uniformó a los soldados y empezó a pagárseles con regularidad, convirtiendo a la División del Norte en un ejército profesional, aunque por el momento no recibieron esos beneficios las brigadas que combatían en la frontera del dominio villista (las brigadas Juárez de Durango, Robles, Primera de Durango y Morelos).

Hay muy pocos testimonios sobre la administración los bienes expropiados. Se sabe que los administradores eran jefes designados por Villa, revolucionarios de confianza como Julio Acosta, Baudelio Caraveo, Andrés Rivera y Juan N. Medina, que eran celosamente supervisados por los funcionarios del Banco del Estado, dependientes de Silvestre Terrazas, y por la aguda mirada de Pancho Villa. Un testimonio de primera mano, del coronel José

---

<sup>7</sup> Reed, 1975, 121.

<sup>8</sup> Córdova, 1973, 155-156.

Martínez Valles, oficial de la Brigada Leales de Camargo, cuenta cómo a fines del invierno de 1913 a 1914 recibió la encomienda de administrar la fábrica de hilados y tejidos "Río Florido", de Ciudad Camargo, una de las grandes factorías textiles de los Terrazas, que se encontraba completamente abandonada. Contó Martínez Valles:

El Ejército de la Revolución, según me lo dijo el propio general Villa, la necesitaba para la manufactura de la ropa para los soldados, además de que representaba una fuente de trabajo para la región. Me extendió una orden escrita dirigida a su hermano Hipólito que se encontraba en Ciudad Juárez, Chih., ordenándole me proporcionara el dinero necesario y las refacciones que se requirieran para el funcionamiento de esa industria. Así lo hice y desde mediados del mes de abril de 1914, hasta el mes de noviembre de 1915, la administré y funcionó con toda normalidad [...] Durante este periodo cuidamos que se produjera al máximo y evitamos que fuera saqueada. Los libros de contabilidad que todavía existen allí comprueban que se obtuvo, además de los beneficios para la Revolución, una utilidad de más de 700 mil pesos.<sup>9</sup>

Por otro decreto, fechado también el 12 de diciembre, se creaba el Banco del Estado de que se ha hablado. Según el texto, se establecía una institución denominada "Banco del Estado" con capacidad de emitir hasta 10 millones de pesos, cuyas operaciones serían las correspondientes a un banco, "mas las que sean necesarias para facilitar préstamos sobre propiedades que garanticen plenamente el Capital, especialmente a los agricultores pobres que necesiten elementos pecuniarios para labrar sus tierras". El punto cuarto del decreto disponía que "La primera garantía del Banco del Estado será el total de los bienes que se confiscan, conforme a decreto especial de esta fecha, y de las cuales pertenece a la Administración Pública por el solo capítulo de contribuciones no pagadas, una cantidad mayor que la del capital de dicho Banco".<sup>10</sup>

Los dos o tres asesores de Villa, como de costumbre, le dijeron cómo había que hacer las cosas, pero lo que estaba detrás era la voluntad expresa del general, que en los primeros días de su mandato se enfrentó con problemas enormes, uno de los cuales era la ausencia casi absoluta de dinero circulante, que no tardó en colapsar los mercados, haciendo aparecer el fantasma del hambre en las casas pobres de las principales ciudades

---

<sup>9</sup> Aboites, 1988, 97. Apud en un texto de José Martínez Alvidrez, Revolucionarios camarguenses, que no pude conseguir en ninguna parte. Los libros de contabilidad de la fábrica se guardaron hasta 1969, cuando su nuevo dueño hizo una fogata con ellos, según cuenta Aboites.

del estado. Y Pancho Villa, después de haber escuchado numerosas propuestas de solución, algunas de ellas descabelladas, decidió:

“-Bueno, si todo lo que se necesita es dinero, emitámoslo”.<sup>11</sup>

Y ya fue cosa de Terrazas y Vargas (cuyas firmas aparecían en los billetes del Banco del Estado, llamados “dos caritas” porque se reproducían en ellos los retratos de los dos mártires del villismo: Francisco I. Madero y Abraham González) encontrar la manera de garantizar la emisión de acuerdo con las normas elementales de la economía, gracias al otro decreto que reflejaba la voluntad de Villa y sus lugartenientes rancheros. La emisión de billetes no solo eliminó la ausencia de circulante, sino que llenó las áreas de la División del Norte con plata acuñada que Villa pudo cambiarle a numerosos especuladores, caudal pronto acrecentado con 500.000 pesos en plata descubiertos en una columna falsa del Banco Minero, uno de cuyos principales accionistas, Luis Terrazas Culty, había tenido la mala ocurrencia de no largarse más que aprisa de Chihuahua al mismo tiempo que Mercado y Orozco, lo que le costó, además del medio millón en plata, algunas humillaciones innecesarias y una amenaza de fusilamiento.<sup>12</sup>

Otros dos hechos muy comentados ocurrieron en ese diciembre de 1913 pródigo en acontecimientos: la expulsión de los españoles de Chihuahua y los funerales de Abraham González. La expulsión de los españoles fue uno más de los actos de “justicia plebeya” elemental y arbitraria: con el pretexto de que como comunidad habían apoyado a Félix Díaz y Victoriano Huerta, Villa los concentró en la ciudad de Chihuahua y decretó la confiscación de sus bienes y su expulsión del estado, aunque algunos súbditos españoles permanecieron en el territorio del estado.<sup>13</sup> Los funerales de don Abraham también fueron un acto de justicia: el cuerpo del gobernador asesinado fue exhumado del erial donde sus asesinos lo habían dejado, y enterrado con toda pompa en un mausoleo en el panteón de

---

<sup>10</sup> POECh, 21 de diciembre de 1913. AHRM, 67, 209.

<sup>11</sup> Reed, 1975, 103. Véase también Terrazas, 1984, 106-108.

<sup>12</sup> Según un informe anónimo recibido por Silvestre Terrazas, su primo lejano se había quedado en Chihuahua para “tener el gusto de comprar al mismo gobierno y al mismo general Villa”, lo que refleja tanta audacia como desconocimiento de los nuevos hombres. El primogénito del general Terrazas se quedó también como custodio de los bienes de la familia, en razón de que nunca había participado en política y gozaba de general consideración. Pero resultó un error de cálculo que no evitó la expropiación de los bienes del clan y costó medio millón de pesos más al clan Terrazas. Katz, 1998, 1:283-284.

<sup>13</sup> Katz, 1998, 1:281-282.

Chihuahua, en medio de una multitudinaria manifestación popular encabezada por el propio Villa.<sup>14</sup>

Todas esto lo instrumentaba Pancho Villa "a la ranchera". John Reed, corresponsal de un diario estadounidense, testigo de lujo, revolucionario y admirador de Pancho Villa, retrató con pluma magistral "el estilo personal de gobernar" del iletrado caudillo, que otros testigos ratificaron.<sup>15</sup> Cuenta Reed:

Se ha dicho a menudo que Villa tuvo éxito porque disponía de consejeros educados. En realidad, estaba casi solo. Los consejeros que tenía pasaban la mayor parte de su tiempo dando respuesta a su preguntas impacientes y haciendo lo que él les decía que hicieran [...] Silvestre Terrazas, secretario de gobierno, Sebastián Vargas, tesorero del estado y Manuel Chao, entonces interventor, llegaban como a las ocho, muy bulliciosos y atareados, con enormes legajos de informes, sugerencias y decretos que habían elaborado. Villa mismo se presentaba como a las ocho y media, se arrellanaba en una silla y les hacía leer en alta voz lo que había. A cada minuto intercalaba una observación, corrección o sugerión. De vez en cuando movía su dedo atrás y adelante y decía:

-No sirve.

Cuando todos habían terminado, comenzaba rápidamente y sin detenerse a delinear la política del estado de Chihuahua: legislativa, hacendaria, judicial y aun educativa. Cuando llegaba a un punto en que no podía salir del paso, decía:

-¿Cómo hacen eso?

Y, entonces, después que le era explicado cuidadosamente el porqué, le parecía que la mayor parte de los actos y costumbres del gobierno eran extraordinariamente innecesarios y enredosos.<sup>16</sup>

De esa manera, con ese estilo y prácticamente sólo, trazó la política revolucionaria de Chihuahua que revisamos en las páginas precedentes y que sería la base del proyecto revolucionario villista. Al mismo tiempo, Chihuahua estaba recuperando la paz perdida, en parte como resultado de la popularidad de las acciones antes reseñadas y en parte también por la creciente potencia de fuego y la movilidad de las columnas villistas: Elfego Bencomo y Baudelio Caraveo, que estaban al frente de las pequeñas partidas que guarnicionaban los pueblos de la sierra, informaron que a mediados de diciembre de 1913, numerosos grupos de colorados se fueron presentando en dichos pueblos, entregando sus armas y sometiéndose a los constitucionalistas. El 13 de diciembre los periódicos anunciaron que se

---

<sup>14</sup> Reed, 1975, 112-114.

<sup>15</sup> Vgr. Cervantes, 1985, 73-76.

habían restablecido los servicios de carga y pasajeros entre Chihuahua y Juárez y entre Chihuahua y Jiménez. El primer tren fue despedido por los generales Villa y Chao, y “el señor Fierro, superintendente de los ferrocarriles”,<sup>17</sup> anunciaba medidas para asegurar las vías. Pocos días después, empezó a funcionar el telégrafo inalámbrico en Chihuahua, con lo que el estado dejó de estar incomunicado con el resto del país. De Chihuahua partieron columnas de caballería ligera mandadas por los jefes con mayor experiencia guerrillera y conocimiento de las regiones donde abundaban los colorados, y entre el 10 y el 20 de diciembre llegaron a Chihuahua reportes de combates exitosos, de descubrimiento de “entierros” de armas y de sometimiento de bandas de colorados. Entre los jefes destinados a estas operaciones destacaban Trinidad Rodríguez, Fortunato Casavantes, Candelario Cervantes,<sup>18</sup> Julio Acosta y Epitacio Villanueva. De este modo, y aunque no dejaron de sufrirse incursiones aisladas de colorados en los pueblos más remotos del estado, al iniciar 1914 Chihuahua estaba en paz.<sup>19</sup>

El 7 de enero de 1914, poco más de cuatro semanas después de convertirse en gobernador de Chihuahua, Pancho Villa renunció en respuesta a una “sugerencia” del Primer Jefe, quien le pidió que resignara esa responsabilidad en Manuel Chao. Al mismo tiempo, Carranza le informó a Villa de su próximo arribo a Chihuahua, con el objetivo de colocarse en el centro de los acontecimientos y, también, para vigilar más de cerca de Villa, ese potencial rival que había surgido casi de la nada en pocos meses. Villa respondió a don Venustiano que ya ponía a Chao al frente del gobierno del estado y que él se dedicaría de lleno a preparar la marcha del ejército rumbo al sur, otra vez a Torreón, donde lo esperaba el general José Refugio Velasco, quizá el mejor de los jefes del viejo ejército, con una poderosa división federal reforzada por los valientes irregulares de nuestros viejos

---

<sup>16</sup> Reed, 1975, 102.

<sup>17</sup> Reed, 1975, 112. No tardaría Fierro en mostrar que el cargo le quedaba bastante grande y fue removido sin ruido. Sobre este desacertado nombramiento y la personalidad de Fierro, véase Katz, 1998, 1:310-312, aunque en el segundo tomo de esta historia lo veremos cumplir con responsabilidades aún mayores, sin dejar por ello de ser el sanguinario asesino que siempre fue.

<sup>18</sup> Este jefe, acompañado por Pedro Luján, Carmen Ortiz y otros villistas de Namiquipa y Cruces, había ultimado el 24 de octubre de 1913 a varios oficiales de las fuerzas del coronel José Rascón Tena, jefe de los “colorados” de la misma municipalidad, entre ellos José María Calzadía y José Jiménez. Calzadía, 1958, 1:146.

<sup>19</sup> AHIRM, 67, 27, 126-131. Caraveo, 1996, 210-217. Katz, 1998, 1:288-292.

conocidos Benjamín Argumedo, Emilio P. Campa, Marcelo Caraveo y Juan Andrew Almazán.

Con la renuncia al gobierno del estado no cedía Villa el poder real, como explica Friedrich Katz:

Aunque Carranza no le hubiera ordenado renunciar, Villa probablemente lo hubiera hecho de todas maneras. Le era muy difícil, si no imposible, encarar las responsabilidades del gobierno mientras preparaba su ejército para el ataque contra Torreón. La renuncia no significaba que abandonaba el poder real. En las pocas semanas en que controló Chihuahua había puesto en práctica las medidas sociales y económicas básicas que afectarían al estado no sólo en los dos años que su facción siguió controlándolo, sino durante muchos años más. Por añadidura, Villa se había asegurado que tanto de facto como de jure él seguiría teniendo el control. De facto porque uno de sus hombres, Silvestre Terrazas, desempeñaba un papel importante en el gobierno. De jure porque había promulgado un decreto según el cual el poder residía en última instancia no en el gobierno civil, sino en el militar.<sup>20</sup>

Y ocurría no solo con el gobernador Chao, que en tanto general en jefe de una Brigada de la División del Norte era subordinado de Villa, sino a nivel municipal, donde los presidentes municipales estaban subordinados a los jefes de armas regionales, como Julio Acosta, Andrés Rivera, Epitacio Villanueva, Baudelio Caraveo y Elfego Bencomo.

Estos decretos se habían podido aplicar con enorme efectividad porque Pancho Villa había creado las condiciones para ponerlos en práctica mediante el firme control que ejercía sobre todas las fuerzas de la División del Norte,<sup>21</sup> y no es gratuito que las brigadas más indisciplinadas, particularmente la Morelos, del general Urbina, y la Juárez de Durango, del general Contreras, estuvieran todo ese tiempo destacadas en Durango, en los límites del territorio controlado por el villismo. La eficacia de su gobierno se explica también por los recursos económicos de que pudo disponer; y, sobre todo, porque tuvo la capacidad de canalizar las fuerzas populares desatadas por la Revolución, suscitando una enorme simpatía por los actos de su gobierno y un apoyo que iba más allá de las clases populares.

Más adelante veremos como esta justicia ranchera y este estilo ranchero de gobernar se fueron traduciendo en un proyecto revolucionario. Mientras tanto, Pancho Villa, sin dejar de tener un ojo puesto en lo que Chao hacía, se preparaba para la campaña por venir.

---

<sup>20</sup> Katz, 1998, I:289.

<sup>21</sup> Katz, 1998, I:291-292.

Fue entonces cuando empezaron a llegar a Chihuahua los hombres que aportaron al villismo un elemento de que hasta entonces carecía, convirtiéndose en el último grupo que hay que atender para comprender al peculiar movimiento revolucionario que estamos estudiando: "los intelectuales maderistas".

## 2. Los intelectuales maderistas.

En el invierno de 1913 a 1914, al mismo tiempo que Pancho Villa echaba a andar el gobierno revolucionario de Chihuahua, fueron presentándose en la capital del estado y poniéndose a sus órdenes un número no despreciable de personas a las que podemos aplicar el nombre genérico de "intelectuales maderistas", que serían el último grupo importante que hay que tomar en cuenta para entender al villismo, su heterogeneidad, sus demandas y su estructura, porque participaron activamente en la definición política del villismo, en labores administrativas y de gobierno, en los debates políticos y sociales de la Revolución y en la redacción de la legislación villista y convencionista.

Es cierto que algunos de los hombres que habrían de integrar este grupo ya se habían incorporado a la División del Norte desde su nacimiento, principalmente los jefes de la Brigada Zaragoza, Eugenio Aguirre Benavides y Raúl Madero, quienes, de acuerdo con los jefes de los regimientos, habrían de hacer de esta brigada una especie de brazo armado de este grupo, lo mismo que el jefe de la Brigada Robles, José Isabel Robles, aunque en las filas de su Brigada hubiese jefes que nunca se identificaron con los intelectuales, como el coronel Canuto Reyes. Pero el grueso de los intelectuales maderistas, los que habrían de constituir grupo, llegaron a Chihuahua entre diciembre de 1913 y marzo de 1914.

No fue casual que la Chihuahua villista se convirtiera en el polo de atracción de numerosos políticos maderistas. Además de que los jefes villistas habían sido maderistas leales en 1912, Pancho Villa se consideraba en la primavera de 1913 una especie de vengador de Madero, y desde el principio, a diferencia de Carranza, trató con grandes consideraciones a Raúl Madero y luego a su hermano Emilio. También está clara la alianza que desde 1910 Pancho Villa tenía con don Alberto Madero, que se debió en un principio a que Villa era el jefe revolucionario que actuaba en la región en que estaban las haciendas de



Bustillos y Tres Hermanos, pero que pronto se convirtió en respeto mutuo, tanto que pertenecían a la Brigada Villa los vaqueros de la hacienda metidos a revolucionarios con permiso y respaldo de don Alberto, y cuyo jefe era José Ruiz Núñez (que en las campañas reseñadas en los dos capítulos anteriores, había militado en la Brigada Villa, en las fuerzas de Benito Artalejo). Otro factor determinante fue el trato que el señor Carranza, el general Obregón y los más cercanos colaboradores de ambos solían dispensar a los antiguos lugartenientes políticos de Madero, que contrastaba violentamente con el respeto y la deferencia con la que los trataba Pancho Villa.

Así, poco a poco fue integrándose un grupo de funcionarios, administradores, asesores o aliados que incluyó a dos secretarios de Estado del gabinete de Madero, Miguel Díaz Lombardo, de Instrucción Pública; y Manuel Bonilla, de Comunicaciones. Siete gobernadores del período maderista: José María Maytorena, de Sonora; Felipe Riveros, de Sinaloa; Miguel Silva, de Michoacán; Emiliano G. Saravia y Murúa, de Durango; Francisco Lagos Cházaro, de Veracruz; Aureliano S. González, de Chihuahua; y Federico González Garza, del Distrito Federal. Varios diputados del bloque maderista de la XXVI Legislatura, entre ellos Adrián Aguirre Benavides, Roque González Garza, Juan Hurtado y Francisco Escudero. No pocos parientes cercanos del presidente asesinado, entre los que destacaban sus hermanos, Raúl y Emilio, sus tíos Alberto y Ernesto, y sus primos Eugenio, Adrián y Luis Aguirre Benavides. Y algunos otros maderistas destacados, como Luis de la Garza Cárdenas, Juan N. Medina, Ramón Puente y (debemos contarlos aquí) Silvestre Terrazas.

Hay que añadir a un puñado de militares egresados del Colegio Militar que en el mismo invierno de 1913 a 1914 fueron presentándose en Chihuahua siguiendo al general Felipe Ángeles, quien había anunciado su simpatía por Villa, entre sus íntimos, varios meses antes de llegar al estado grande. También pueden contarse algunos intelectuales maderistas que, sin terminar nunca de incluirse en las filas villistas, fueron aliados del grupo de ex-maderistas formado a la sombra de la División del Norte, como José Vasconcelos, Valentín Gama, David Berlanga y Martín Luis Guzmán.

Es menester que contemos quiénes eran estos hombres, en qué condiciones se unieron al villismo, y qué cargos ocuparon en sus filas.

Los primeros en incorporarse fueron, ya lo dijimos, los más belicosos o, mejor dicho, los de armas tomar. De Eugenio Aguirre Benavides y José Isabel Robles, bravos

jefes de brigada, ya se ha hablado, lo mismo que de Raúl Madero González, quienes en septiembre de 1913 confluyeron en la junta de La Loma. El coronel Fortunato B. Aguirre, revolucionario de 1910 y que en 1912 administró una negociación agrícola propiedad de José María Rodríguez, Jesús Carranza y Eugenio Aguirre Benavides, fue otros de los clientes laguneros de los Madero que participó en la junta de La Loma, como jefe de Estado Mayor de la Brigada Zaragoza.<sup>22</sup>

Poco después se incorporaron otros dos connotados maderistas que habían alcanzado un importante rango militar en 1911: el general Emilio Madero González y el coronel Roque González Garza. Luego de haber instrumentado los primeros pasos de la transición en Durango y Coahuila, Emilio Madero había recibido el mando de la Segunda Zona Rural de la Federación, que abarcaba esas dos entidades y, como tal, estuvo nominalmente al frente de los contingentes irregulares que combatieron a la rebelión de Orozco. Defendió personalmente San Pedro de las Colonias contra fuerzas de Argumedo, y luego de la derrota de González Salas en Rellano, quedó al mando del único grupo que resistió contra los orozquistas en La Laguna hasta la llegada a Torreón de la división de Victoriano Huerta, quien le dio el mando en jefe de la caballería divisionaria, cargo con el que participó en las batallas de Conejos, Rellano y Bachimba.

Cuando fueron asesinados Pino Suárez y Francisco y Gustavo Madero, sus hermanos Emilio y Raul pudieron huir del país (es una lástima que no hayan contado los pormenores de su fuga). Estuvieron en distintas ciudades del sur de los Estados Unidos en compañía de otros miembros de la familia (su padre Francisco y sus tíos Ernesto y Alberto, sobre todo). Raúl regresó muy pronto a territorio nacional, uniéndose a Eugenio Aguirre Benavides, mientras Emilio participó en las redes de apoyo logístico de la Revolución, y cuando Francisco Villa tomó Torreón, en octubre de 1913, lo ayudó a esquilmar a los ricos de la Comarca, conocidos suyos todos, y a poner en orden la ciudad. Luego de la segunda toma de Torreón por las fuerzas villistas, en la primavera de 1914, fue designado jefe de armas de la Perla de la Laguna, con jurisdicción militar sobre buena parte de la Comarca.<sup>23</sup>

El derrotero de Roque González Garza entre el asesinato de Madero y su incorporación a la División del Norte fue parecido al de Emilio Madero: después de haber

<sup>22</sup> ACSDN, D/III/4-86, 13 (expediente del general Fortunato B. Aguirre).

<sup>23</sup> ACSDN, XI/III/1-155, 2-3, 9-12 y 13-16 (expediente del general Emilio Madero).

sido, en 1911, miembro del Estado Mayor de Madero, tras los Acuerdos de Ciudad Juárez Roque volvió a hacer tareas muy parecidas a las que había desempeñado entre 1909 y 1910, que consistían básicamente en ser el auxiliar de absoluta confianza y operador de su hermano Federico, quien sirvió varios cargos de primer nivel durante la administración de Madero. En 1911 fue electo diputado y formó parte del bloque maderista o "renovador" en el Congreso. En 1912 fue jefe de la 3ª Zona Rural, con jurisdicción en Jalisco, Colima y el territorio de Tepic, y combatió al lado del general Martín Espinosa contra algunos brotes orozquistas de poca gravedad en la sierra del Nayar.<sup>24</sup>

Roque se fugó de la ciudad de México en los últimos días de febrero de 1913 para ponerse a las órdenes de Carranza. Como muchos otros maderistas, Roque se sintió postergado por el Primer Jefe, pero, sobre todo, sintió que a su hermano Federico no se le daba el trato que le correspondía y en enero de 1914 solicitó y obtuvo permiso para abandonar a Carranza e incorporarse a Villa. Tiempo después, Roque declaró que Carranza no era maderista y que, sistemáticamente, hacía a un lado a los maderistas honestos, sobre todo los civiles, por lo que estos, "al distinguirse el general Villa, por medio de sus grandes acciones [...] todos en masa se fueron con él".<sup>25</sup> Al presentarse en Chihuahua, durante el periodo de reorganización, Villa lo nombró presidente del Consejo de Guerra Permanente de la División, el 1º de febrero de 1914. Con ese cargo tomó parte en la campaña de 1914 y estuvo muy cerca de Pancho Villa, convirtiéndose en un hombre de toda su confianza.<sup>26</sup>

Eusebio Calzada, quien en diversos momentos administraría los ferrocarriles o los telégrafos de los territorios ocupados por el villismo, también era oriundo de La Laguna, cliente de los Madero y, sobre todo, amigo cercano de Federico González Garza.<sup>27</sup>

Otros antiguos maderistas fueron llegando desde Sonora, donde los ejércitos revolucionarios habían conquistado la base más firme para la Revolución (recuérdese que incluso Pancho Villa, en La Ascensión, recibió ayuda de los sonorenses) y donde Carranza

---

<sup>24</sup> Lomeli Cerezo, 1974, 29-32.

<sup>25</sup> PIO/1/18, 51-52 (entrevista al general Roque González Garza).

<sup>26</sup> ACS DN, XI/III/1-250, 32-43. PIO/1/18, 22-30.

<sup>27</sup> Eusebio Calzada y Federico González Garza fueron condiscípulos en los estudios medios, en Saltillo, y compañeros de juergas. Véase en una carta autógrafa de González Garza, fechada en 1891, en AFGG, I, 10, 1.

se había establecido desde el 24 de septiembre de 1913,<sup>28</sup> formando a principios de octubre su primer gobierno provisional, en el que estaban encargados de los distintos despachos Isidro Fabela (Relaciones), Rafael Zubarán Capmany (Gobernación), Francisco Escudero (Hacienda), Felipe Ángeles (Guerra), Ignacio Bonillas (Comunicaciones y Fomento), con Jacinto B. Treviño como jefe del Estado Mayor y Gustavo Espinosa Mireles como secretario particular.<sup>29</sup> A Sonora empezaron a llegar muchos políticos revolucionarios y de Sonora partieron varios de ellos rumbo a Chihuahua, incluidos dos de los encargados de despacho del primer gobierno de Carranza, el general Ángeles y el licenciado Escudero.

Uno de estos políticos dejó un vivo retrato de la situación de los maderistas en Hermosillo: Leopoldo Hurtado y Espinosa, mediano empresario textil michoacano e impulsor del maderismo en aquel estado, que fue electo diputado a la XXVI Legislatura, en la que formó parte del bloque maderista. El 19 de febrero de 1913 fue uno de los cuatro diputados que votaron contra la aceptación de la renuncia de Madero, por lo que a la salida de la sesión tuvo que esconderse. Lo ayudó a huir su primo Conrado Magaña, padre del zapatista Gildardo Magaña. En noviembre de 1913 Hurtado se presentó en Hermosillo, poniéndose a las órdenes de Carranza. En las semanas anteriores habían llegado a la capital sonorensis Francisco Escudero, Miguel Díaz Lombardo, Miguel Silva y otros maderistas, quienes, como él, sintieron que Carranza los ninguneaba y llegaron a la conclusión de que no defendía los mismos ideales que Francisco I. Madero, por lo que poco a poco fueron acrecentándose sus simpatías por Pancho Villa, hasta que optaron, finalmente, por irse a Chihuahua tan pronto pudieron, a unirse a Villa, que si bien "era un hombre muy inculto", era "sincero" en su maderismo.<sup>30</sup>

Los hermanos del general Eugenio Aguirre Benavides también fueron bien recibidos por Villa. Adrián, hábil abogado, se encargó de varias misiones confidenciales y Luis ocupó al lado de Pancho Villa el mismo cargo que había servido junto a Gustavo A. Madero: el de secretario particular. Durante la Decena Trágica Adrián y Luis

<sup>28</sup> Luego de dejar Parral, donde Maclovio Herrera y Manuel Chao le facilitaron algunos elementos para la travesía que le esperaba, el Primer Jefe, escoltado por 120 hombres, salió para Sonora pasando por Santiago Papasquiari y Guadalupe y Calvo, llegando a Chinibampo, Sinaloa, el 12 de septiembre de 1913; el 15 lo recibieron Alvaro Obregón, Benjamín Hill y Ramón F. Iturbe en El Fuerte, y el 24 hizo su entrada triunfal en Hermosillo.

<sup>29</sup> Barragán, 1985, I:219.

<sup>30</sup> PHIO/1/30.

permanecieron al lado de don Gustavo, a quien ambos consideraban su jefe. Cuando se conocieron la prisión del presidente y el asesinato de Gustavo, Luis Aguirre Benavides rescató de manos de los asesinos el cuerpo sin vida de su jefe y primo.<sup>31</sup>

A principios de mayo, Eugenio y Luis pudieron escapar de la ciudad de México y mientras el primero regresaba a la campaña en La Laguna, Luis fue incorporado al Estado Mayor del Primer Jefe, donde

observé, con pena, que el ambiente era marcadamente antimaderista, pues con frecuencia se criticaba a Madero diciendo que no había tenido capacidad para gobernar y que lo que había pasado era consecuencia natural de su ineptitud y mala administración [...] estos ataques eran sumamente frecuentes y me herían en lo más íntimo.<sup>32</sup>

Disgustado, solicitó permiso para separarse del Estado Mayor. Estuvo en varias agencias constitucionalistas en los Estados Unidos y la frontera de Sonora, hasta que el licenciado Francisco Escudero, encargado del despacho de Hacienda, lo empleó como secretario particular. Servía ese cargo cuando fue comisionado por el señor Carranza para llevar dinero a Villa, inmediatamente después de la toma de Ciudad Juárez, en noviembre de 1913. Villa le ofreció su secretaría particular, a la que Luisito rehusó, porque ya estaba comprometido con Escudero, pero éste, comisionado también en Chihuahua, armó varios escándalos bajo la influencia del alcohol, que lo enemistaron con Pancho Villa y causaron, poco después, su despido del gabinete de Carranza. Luisito, libre de su compromiso, aceptó la secretaría particular del general Villa, en la que empleó a Miguel Trillo, quien acompañó a Villa hasta la muerte. literalmente, y a Enrique Pérez Rul, antiguo director de la escuela de Matamoros, amigo y empleado de don Evaristo Madero Elizondo.<sup>33</sup>

En el mes de enero de 1914 llegaron a Chihuahua Macario Bracamontes (hermano de Pedro, quien se había incorporado a la División del Norte en La Ascensión), Anaeto Girón, Gustavo Padrés y Ramón P. Denegri, revolucionarios sonorenses disgustados con el antinaderismo que campeaba en el grupo de Carranza. El periodista Manuel Bauche Alcalde (hermano de José, a la sazón oficial de la Brigada Chao), a quien Villa le dictó sus

---

<sup>31</sup> L. Aguirre, 1966, 55-62.

<sup>32</sup> L. Aguirre, 1966, 69.

<sup>33</sup> L. Aguirre, 1966, 71-76. Sobre Pérez Rul, véase Santos Valdés, 1973, 149 y 315.

memorias, luego rescritas por Martín Luis Guzmán; Adrían Aguirre Benavides y José Garza Zertuche.<sup>34</sup> El propio Martín Luis Guzmán, llegado a fines del invierno, retrató admirablemente los sentimientos de esos maderistas que afluían a Chihuahua:

Largos meses de estancia en Chihuahua se tradujeron para mí en un gradual alejamiento –gradual y voluntario– de la facción que iba formándose en torno de Carranza y sus incondicionales. La facción opuesta –rebeldes dentro de la rebeldía, descontentadiza, libérrima– representaba un sentido de la Revolución con el cual me sentía más espontáneamente en contacto. En este segundo núcleo se agrupaban ya, por mera selección simpática, Maytorena, Cabral, Ángeles, Escudero, Díaz Lombardo, Silva, Vasconcelos, Puente, Malváez y todos aquellos que aspiraban a conservar a la Revolución su carácter democrático e impersonal.<sup>35</sup>

Luis de la Garza Cárdenas, Federico González Garza y Francisco Escudero, personajes que habrían de convertirse en consejeros y funcionarios importantísimos en las filas villistas, no dejaron rastro de su llegada a Chihuahua. Garza Cárdenas era un médico regiomontano radicado en Ciudad Juárez, antirreleccionista, diputado local de 1911 a 1913 y miembro de la Junta Constitucionalista de Chihuahua. Escudero llegó a Chihuahua luego de su rompimiento con Carranza y alguna disculpa debe haberle pedido a Pancho Villa luego de sus arrebatos anteriores. Federico González Garza había sido uno de los primeros colaboradores de Madero, en cuyo gobierno sirvió varios cargos de primer nivel.

Miguel Díaz Lombardo era sobrino del general Miguel Miramón (por parte de la esposa del caudillo conservador, doña Concha Lombardo), cuyo nombre llevaba con orgullo. Como otros villistas, tenía vínculos estrechos con la tradición católica mexicana. En 1910 era un abogado famoso y profesor de la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Fue un activo propagandista del antirreleccionismo y durante el gobierno de Madero ocupó la cartera de Instrucción Pública y luego desempeñó un cargo diplomático en Europa, donde estaba cuando asesinaron a Madero. De inmediato, junto con Juan Sánchez Azcona y Luis Quintanilla, instaló la Junta Constitucionalista en París, que se dio a la tarea de difundir la ilegalidad del nuevo gobierno mexicano, hacer propaganda a favor de la causa constitucionalista y buscar contactos con los gobiernos y los capitalistas europeos. Además, Díaz Lombardo facilitó que viajaran de Francia a México Felipe Ángeles, Federico

<sup>34</sup> L. Aguirre, 1966, 96-99.

<sup>35</sup> Guzmán, 1987, 217.

Cervantes, José Vasconcelos y otros personajes, que se pusieron a las órdenes de Carranza. A principios de 1914, no sabemos cómo, el propio Díaz Lombardo estaba en Chihuahua.

También estuvo un tiempo en Chihuahua José Vasconcelos, el culto abogado que había sido uno de los capitanes del Ateneo de la Juventud y uno de los más brillantes partidarios de Madero desde los primeros días. Vasconcelos negó años después haber sido villista, pero se enorgullecía de su cercanía con Felipe Ángeles y José María Maytorena. Sea lo que fuere, es verdad que no sirvió cargo alguno en las filas villistas.<sup>36</sup>

Al final de este periodo, cuando la División del Norte estaba lista para emprender la marcha rumbo al sur (de hecho sólo a él lo esperaban), llegó el hombre que sería visto como la cabeza del grupo maderista del villismo: el general Felipe Ángeles, “el más notable de los militares de carrera que abandonaron el Ejército Federal para incorporarse a las filas de la Revolución Mexicana”.<sup>37</sup>

Como habíamos dicho, cuando el 9 de febrero se frustró el intento de golpe de mano de Félix Díaz, Bernardo Reyes y Manuel Mondragón, el presidente fue a buscar a Ángeles a Cuernavaca y quiso darle el mando de las fuerzas leales, pero tuvo que ponerlo a las órdenes de Huerta, quien tenía mayor rango militar. El 18 de febrero, antes de que trascendiera la noticia de la prisión de Madero y Pino Suárez, Ángeles recibió la orden de presentarse en Palacio Nacional, donde fue aprehendido. Fue encerrado junto con el presidente y sus colaboradores y ahí lo encontró don Manuel Márquez Sterling, ministro de Cuba y ardiente defensor de Madero, quien en su invaluable testimonio de la Decena Trágica lo pinta así: “Echado en un sofá, el Gral. Ángeles sonreía con tristeza. Es hombre de porte distinguido; alto, delgado, sereno; ojos grandes, expresivos; fisonomía inteligente y finas maneras”. Era el único, cuenta Márquez Sterling, que no confiaba en la salvación del presidente: “A Don Pancho lo truenan”, le confió en un aparte.<sup>38</sup>

---

<sup>36</sup> Véase su alegato posterior en Vasconcelos, 1936, 87-94.

<sup>37</sup> Matute en Documentos..., 1982, 5. Sobre Ángeles hay una prolífica bibliografía, en la que destacan los textos complementarios de Mena Brito, 1936 y 1938 que muestran la versión de los enemigos del general Ángeles, y la muy elogiosa y bien fundamentada cuidada biografía escrita por uno de sus discípulos y lugartenientes, Cervantes, 1943. A estos libros se agregan los Documentos..., 1982, con una introducción muy enriquecedora, debida a la pluma de Álvaro Matute y, finalmente, Guilpain, 1991. Considérese, además, que no hay historia general de la Revolución que no dedique tiempo y espacio suficientes al general Ángeles.

<sup>38</sup> Cervantes, 1943, 46-47.

A su vez, Madero estaba preocupado por la suerte que pudiera correr Ángeles, sospechando que sería enjuiciado (como en efecto sucedió) y fusilado (Pino Suárez, en cambio, acertó: "al Gral. Ángeles no se atreverán a tocarlo. El Ejército lo quiere, porque vale mucho"). Cuando los asesinos sacaron a Madero y Pino Suárez de Palacio Nacional con el pretexto de llevarlos a la penitenciaría, en cuyos patios fueron ejecutados, Ángeles insistió que a él también lo llevaran, sospechando que había llegado la hora fatal.<sup>39</sup>

Luego del asesinato de Madero, Ángeles fue liberado para ser recluido otra vez en la prisión militar, al formarse un proceso por un asunto baladí. Salió de la cárcel para desempeñar en Europa una comisión sin importancia. Tanto en el trayecto como en su estancia en aquella nación estuvo estrechamente vigilado, hasta que el 17 de octubre rompió el cerco y escapó rumbo a Nueva York. Díaz Lombardo le facilitó los medios para regresar a México.<sup>40</sup>

A fines de octubre de 1913 Ángeles entró a territorio nacional por Nogales, Sonora, y fue recibido con una fiesta en su honor y con la oferta, hecha por el señor Carranza, de la Secretaría de Guerra y Marina del gobierno constitucionalista. A los pocos días esta oferta se tradujo en su nombramiento como subsecretario encargado del despacho de Guerra pues el general Álvaro Obregón se opuso terminantemente a que Ángeles fuera nombrado ministro: Obregón acababa de ser confirmado como general en jefe de la División del Noroeste sorteando la enemistad y la envidia de no pocos jefes revolucionarios gracias a su incontestable capacidad militar.<sup>41</sup> Al enterarse del nombramiento de Ángeles pidió permiso para presentarse en Hermosillo, dejando al ejército en su avance hacia Culiacán, llevando su disgusto personal y el de los más prestigiados jefes del Noroeste, como Manuel M. Diéguez y Benjamín Hill. En Hermosillo Obregón se entrevistó con el Primer Jefe, quien le prometió que el papel de Ángeles sería limitado pues las disposiciones sobre el sentido general de las operaciones militares emanarían de la primera jefatura, resultando además que Ángeles fuera nombrado encargado del despacho y no secretario de Guerra.<sup>42</sup>

<sup>39</sup> Márquez Sterling, 1985, 513-515. Cervantes, 1943, 48-49.

<sup>40</sup> Cervantes, 1943, 50-54. Matute, 1982, 13.

<sup>41</sup> Álvaro Obregón, a quien vimos en acción en Ojitos, había alcanzado fama tras conducir una rápida campaña que limpió de enemigos la frontera de Sonora, para luego ganar las batallas de Santa Rosa y Santa María, que lo colocaron por mérito propio en la primera fila de la Revolución.

<sup>42</sup> Obregón, 1959, 84-85.



No había entonces enemistad personal entre Ángeles y Obregón o cualquiera otro de los jefes sonorenses, pero estos recibieron como una ofensa, luego de las resonantes victorias de Santa Rosa y Santa María, que un recién llegado fuera puesto por encima de ellos, máxime cuando ese advenedizo había pertenecido al ejército federal.<sup>43</sup>

El caso es que Ángeles quedó en Hermosillo en una posición falsa, y aunque el Primer Jefe siempre lo trató con deferencia, muchos de sus cercanos colaboradores hicieron exactamente lo contrario, lo mismo que varios oficiales sonorenses. Esta actitud fue causando un hondo resentimiento en Ángeles, quien se fue acercando cada vez más al gobernador de Sonora, José María Maytorena, quien resentía el mismo trato de parte de la misma gente. Así empezó a formarse, en Hermosillo, el grupo maderista que habría de pasarse al villismo, en torno a las enérgicas figuras de Ángeles y Maytorena.<sup>44</sup>

Como los demás, Ángeles encontró también, junto a ese trato inmerecido, un argumento político: veía en Carranza no un maderista, sino un antimaderista, un dirigente que "tenía particular antipatía y desprecio por los maderistas" y que era de notorios "procedimientos dictatoriales" que contrastaban con la voluntad democrática de Madero.<sup>45</sup>

Por consejo de Maytorena, Ángeles se puso en contacto con el general Villa, ofreciéndole por interpósitas personas (Luis Cabrera y Enrique C. Lorente) sus servicios para organizar la artillería de la División del Norte. Para entonces el general había pedido en vano varias veces que lo enviaran al frente, petición hecha también por algunos oficiales de origen federal llegados al campo revolucionario, entre los que destacaban Gustavo Garmendia, Federico Cervantes, Gustavo Bazán y José Herón González. El único que lo logró fue Garmendia, que murió en combate en la toma de Culiacán, a las órdenes de Obregón, en noviembre de 1913.

Enterado de los deseos de Felipe Ángeles, Pancho Villa envió un telegrama a Carranza en que le pedía que le enviara al famoso artillero, y el Primer Jefe, no sin dudarlo, accedió. Esto sucedió en vísperas del avance de la División del Norte hacia Torreón y cuando el Primer Jefe se dirigía por tierra hacia el estado de Chihuahua. Inmediatamente Ángeles se separó de la comitiva del Primer Jefe dirigiéndose por el lado estadounidense a

---

<sup>43</sup> Cervantes, 1943, 57.

<sup>44</sup> De la trayectoria de Maytorena, que lo fue arrojando casi fatalmente al villismo, hablaremos en el segundo tomo, porque esta alianza empezó a verse y a tener resultados en el verano de 1914.

Ciudad Juárez. A su llegada a Chihuahua recibió el mando de la artillería de la División del Norte, que sólo lo esperaba a él para partir rumbo a Torreón. Con él llegaron sus ayudantes Gustavo Bazán y José Herón González.<sup>46</sup>

Estos oficiales de Ángeles venían también de Francia, a donde habían sido enviados a realizar estudios técnicos durante el gobierno de Madero. Varios de ellos eran discípulos del general Ángeles, que había intervenido en la decisión de enviarlos a Europa. Algunos de estos oficiales sostuvieron reuniones en París cuando se enteraron, aunque de manera extremadamente sesgada e imperfecta, del cuartelazo de la Ciudadela y del asesinato de Madero, y luego de no pocas vueltas, causadas tanto por la tardanza de las noticias llegadas de México como por la fuerza del espíritu de cuerpo que privaba entre ellos, resolvieron incorporarse a la Revolución, no sin antes encontrar un jefe que los encabezara.

Pensaron desde luego en el general Ángeles, que ya estaba en París, y el capitán Federico Cervantes Muñozcano lo buscó, aunque demasiado tarde: luego de darle largas y excusas varias, la esposa del general le confesó que hacía unos días que había salido a México. Pocos días después, el capitán Gustavo Bazán, otro de los miembros de ese grupo, recibió una carta del general Ángeles invitándolo a seguirlo y los dos capitanes, únicos de la docena que se había comprometido a hacerlo, abandonaron sus deberes y viajaron al lejano Hermosillo, a donde llegaron a principios de diciembre. Otros dos jóvenes oficiales llegaron por distintas rutas a Hermosillo en las mismas fechas, Gustavo Durón González y José Herón González, a quien los villistas llamaban "el general Gonzalitos".<sup>47</sup>

Federico Cervantes nació en Oaxaca en 1885 y estudió en el Colegio Militar de 1902 a 1909. Estuvo en Francia en 1910 agregado al 1er Regimiento de Ingenieros de ese país y en 1912 fue nombrado ayudante de su antiguo maestro, el coronel Ángeles, flamante director del Colegio Militar. A fines de 1912 fue enviado otra vez a Francia para que estudiara aeronáutica militar y en aquel país lo sorprendieron los trágicos hechos de febrero de 1913.<sup>48</sup> Luego de impulsar la conspiración entre los oficiales comisionados abandonó Francia junto con Bazán. Al salir de París enviaron una carta al secretario de Guerra, en la que pedían su baja del ejército por ser sus "convicciones antagonistas de la existencia y de

---

<sup>45</sup> PHO/I/1, 12-14. Cervantes, 1943, 56-59. Calzadiaz, 1958, I:230-233. Véase también Guilpain, 1991, 131-132.

<sup>46</sup> Cervantes, 1943, 65-67.

<sup>47</sup> Cervantes, 1943, 54-55. PHO/I/1, 8-10.

los procedimientos del actual gobierno". El 22 de diciembre un oficio de la Secretaría de Guerra y Marina informaba de la desertión del capitán 1° de ingenieros Federico Cervantes y del capitán 1° de artillería Gustavo Bazán, que para entonces estaban en Hermosillo.<sup>49</sup>

No fue posible conseguir más datos de Bazán ni de Gonzalitos. Durón González era de Coahuila y su madre era hermana de Federico y Roque González Garza, a quienes manifestó en 1910 sus deseos de unirse a la Revolución, haciéndoles algunos servicios de espionaje en 1911.<sup>50</sup> De Gonzalitos existe un plástico retrato debido a la pluma de Rafael F. Muñoz, el brillante cuentista de la Revolución:

El general Gonzalitos... un muchacho menudito, cuya pequeña estatura veíase ridícula entre los gigantones jefes de la División del Norte. Fino como una señorita [...] Había sido alumno del Colegio Militar, donde hizo notables estudios; era un atleta, enérgico, convencido de las ventajas de una severa disciplina [...] Entró a la División del Norte antes de los combates de Torreón [los de la primavera de 1914], formando parte del estado mayor del general Ángeles, con el hermano de éste, Alberto, el mayor Bazán y otros oficiales. Ganó pronto fama de arrojado y valiente. Desdeñoso del peligro, audaz, enérgico con oficiales y soldados que temblequeaban a la hora de la batalla. Pero tenía estos defectos: daba consejos cuando nadie se los pedía, órdenes a quienes no dependían de él, y sobre todo, trataba de aplicar las enseñanzas que supo derivar del estudio de las grandes batallas del mundo, a ejércitos que tenían su modo propio de combatir.<sup>51</sup>

Durón, Bazán y Gonzalitos llegaron a Chihuahua con Ángeles, luego de haber pertenecido por unas semanas al Estado Mayor del Primer Jefe, quien no accedió a enviarlos al frente pese a sus reiterados ruegos. Cervantes había llegado un poco antes, con la encomienda de pilotar el primer aeroplano que se recibió en el campo villista y de supervisar la fabricación de bombas para ese y para otros aeroplanos que ya había en Sonora. Cervantes se presentó ante Villa y según contó después, "me di cuenta que le causé mala impresión: por currito", aunque al sufrir un aparatoso accidente probando el aeroplano, se ganó el respeto del Centauro, como se lo ganó Gonzalitos haciendo gala de su valor.<sup>52</sup> Otro oficial, Fausto Becerril Arcaute, quien estaba comisionado en Japón por el

---

<sup>48</sup> PHIO/1/1, 3-10.

<sup>49</sup> ACSDN XI/III/2-1053, 1966, 631, 633 y 634.

<sup>50</sup> AFGG, 8, 776 y 15, 1498.

<sup>51</sup> Muñoz, 1976, 120-121.

<sup>52</sup> PHIO/1/1, 14-17.

presidente Madero, se incorporó a las filas de la División del Norte a principios de 1914, gracias también a la intermediación de Díaz Lombardo.<sup>53</sup>

Dos oficiales federales que habían luchado contra la rebelión maderista llegaron a reforzar el grupo cercano a Felipe Ángeles: el coronel Manuel García Santibáñez, que nació en Oaxaca hacia 1880, era egresado del Colegio Militar y tenía una hoja de servicios sin más manchas que un par de arrestos por hacer "santiaguitos" y otras suertes ecuestres en estado de ebriedad (en 1904 y 1908). En 1912, como capitán primero de artillería y jefe de una sección de cañones de montaña, había tomado parte en las batallas primera de Rellano (en la que los orozquistas derrotaron a González Salas), Conejos, segunda de Rellano y Bachimba, entrando triunfalmente a Chihuahua con la columna de Huerta. Permaneció en Chihuahua, a las órdenes de Rábago y Mercado, hasta la huida rumbo a Ojinaga. En el camino a Ojinaga, con cinco de tropa, el teniente coronel García Santibáñez desertó, entregando valiosos informes a las avanzadas villistas, que lo remitieron a Chihuahua. Ahí estuvo a disposición del general en jefe hasta que llegó Ángeles quien lo ascendió a coronel y le dio el mando de uno de los dos regimientos de la Brigada de Artillería.<sup>54</sup>

El otro, último en unirse al grupo de Ángeles, fue el coronel Vito Alessio Robles, que nació en Saltillo en 1879 y era ingeniero militar egresado del Colegio. En 1910 luchó contra la columna de Madero y Orozco.<sup>55</sup> Durante el gobierno de Madero, su amigo Federico González Garza lo nombró director general de la Policía del Distrito Federal y luego fue enviado a Italia como agregado militar de la embajada mexicana. Cuando se enteró del asesinato de Madero solicitó su baja absoluta del ejército y regresó a México para unirse a la Revolución, pero aprehendido por la policía fue encarcelado en San Juan de Ulúa hasta que los estadounidenses tomaron Veraacruz y soltaron a los presos políticos.

<sup>53</sup> PIJO/1/61.

<sup>54</sup> ACSDN, XI/III/5-2569, 1, 5, 35-37, 217, 231 y 236. Cervantes, 1943, 66.

<sup>55</sup> Con el grado de mayor, Alessio tomó parte en el desastre de los federales en el cañón de Malpaso, el 12 de diciembre de 1910, en el que murieron el coronel Martín Luis Guzmán y el teniente coronel Ángel Vallejo, saliendo herido el propio Alessio, tercer oficial de la columna. La huida de los federales se interrumpió cuando Alessio volvió en sí de sus heridas, a la altura de Bustillos, y ordenó que los restos de la columna regresaran a cumplir su misión original, de reforzar al sitiado general Juan J. Navarro. Luego de esos hechos fue jefe de estado mayor de las columnas que a las órdenes de Manuel Gordillo Escudero y Gonzalo Luque trataban de poner un dique a la marea revolucionaria en Chihuahua, recibió después la difícil encomienda de mantener abiertas las comunicaciones ferroviarias entre Chihuahua y Ciudad Juárez, y en marzo y abril de 1911 luchó contra las fuerzas revolucionarias mandadas por el señor Madero en el distrito Galeana.

Pudo entonces incorporarse a las fuerzas revolucionarias del general Alberto Carrera Torres, que operaba entre San Luis Potosí y Tamaulipas, quien le reconoció el grado de coronel y se le dio el mando de una fuerza de 300 hombres, al frente de los cuales Alessio hizo sus primeras armas contra sus antiguos compañeros, aunque pronto se fue a Chihuahua, donde Carranza lo nombró jefe de Estado Mayor de la Brigada de Artillería de la División del Norte. Carranza buscaba poner un paisano suyo con el que tenía viejos lazos, como cuña entre la oficialidad de Ángeles, pero el futuro historiador se entendió de inmediato con su nuevo jefe, de quien fue seguidor incondicional y ferviente partidario.<sup>56</sup>

Salvo Vasconcelos, los hombres a los que hemos pasado revista hasta aquí no eran intelectuales destacados. Guzmán y Alessio, que llegaron a serlo, por entonces no eran más que un joven escritor y un ingeniero militar. Algunos habían sido exitosos abogados pero, en general, se trataba de "intelectuales orgánicos" que influyeron profundamente en la construcción del proyecto y a la definición ideológica del villismo.<sup>57</sup>

### 3. Un proyecto en embrión.

El invierno de 1913 a 1914 fue fundamental en la conformación del villismo: las decisiones de Villa al frente del gobierno de Chihuahua, las acciones revolucionarias de los caudillos de Durango y la contribución de los intelectuales maderistas desataron importantes discusiones en las filas villistas, que fueron decantándose en un proyecto revolucionario, en embrión si se quiere, que empezaba a tener claras sus líneas principales. De la confluencia de los múltiples grupos e intereses que hemos intentado presentar fueron surgiendo algunas

---

<sup>56</sup> AHDN, XI/481.5/63, ff. varias. Homenaje a Don Vito..., 1973, 52-60.

<sup>57</sup> Los carrancistas llamaron a estos polítiocos "maderistas medias tintas", argumentando que fueron rechazados por Carranza por su evidente mediocridad y su escaso compromiso revolucionario, con el que contribuyeron a la caída del régimen maderista, para después medrar a la sombra de Pancho Villa, con lo que el villismo se convirtió en la corriente revolucionaria de los "medias tintas", que con su tibieza e incapacidad habían llevado al fracaso al maderismo y condenarían a igual fin al villismo, además de convertirlo en el refugio natural de los defensores del antiguo régimen. Véase, entre otras argumentaciones, la de González Ramírez, 1960, I:476.

demandas comunes que actuaron como catalizadores del proyecto de un movimiento revolucionario que conforme crecía en poder lo hacía también en expectativas y ambición.

Dos fueron los temas centrales de esas discusiones: el problema agrario y la democracia. Desde 1911 algunos de los caudillos regionales que luego confluirían en la División del Norte y que tenían en sus manos el poder regional o suficientes elementos de presión, habían fomentado o tolerado la recuperación de las tierras usurpadas por las haciendas a los pueblos. Los dos casos más documentados son los de las regiones de Cuernavaca y de Ojinaga, donde actuaban Calixto Contreras y Toribio Ortega, pero también hemos visto que en muchos pueblos de Chihuahua, Durango y La Laguna, la agitación agraria era uno de los ingredientes más notables del explosivo coctel político. Con esas experiencias en su haber y sobre la base de la incipiente (e inaplicada) legislación agraria de don Abraham González, Francisco Villa dictó el decreto de expropiación del 12 de diciembre de 1913. En ese momento estaban a su lado, aconsejándolo, Toribio Ortega y Orestes Pereyra, así como varios de los revolucionarios que habían tomado parte en los fuertes conflictos agrarios de las regiones de Satevó y San Andrés y los compañeros del recién fallecido Porfirio Talamantes. Las ideas de Villa y sus compañeros fueron puestas en el papel por Silvestre Terrazas, en un lenguaje que todos podían entender.

En el texto del decreto y "el sueño de Pancho Villa" que transcribimos en el primer apartado de este capítulo, están las líneas principales del proyecto agrario del villismo, que habría de ser complementado por otros documentos promulgados en abril y mayo de 1914 por los gobernadores que sucedieron a Pancho Villa, el general Manuel Chao y el general Fidel Ávila, y que pasando por la Ley General Agraria de julio de 1915, habría de alcanzar su expresión más acabada, luego de la confluencia del villismo con el zapatismo, en el "Programa de Reformas Económicas, Políticas y Sociales de la Convención".

Por el decreto del 12 de diciembre no sólo se expropiaban los latifundios de los enemigos de la Revolución (que eran casi todos los latifundistas del estado de origen mexicano), sino que se prometía repartirlos al triunfo de la Revolución y, mientras tanto, sus enormes recursos se ponían al servicio de la División del Norte.

Además, hay un elemento que no había aparecido en la legislación de Abraham González y que parece claro resultado de la influencia de Toribio Ortega, Calixto Contreras y Porfirio Talamantes: la promesa de restituir "a sus legítimos dueños, las propiedades que

valiéndose del poder les fueron arrebatadas por dichos individuos [los oligarcas comprendidos en el decreto], haciéndose así plena justicia a tanta víctima de la usurpación". Pronto empezó a entenderse que esta promesa rezaba con las tierras de los pueblos fraccionadas de acuerdo con la Ley de 1905, independientemente de que en el proyecto villista (en decretos posteriores al del 12 de diciembre) también se considerara la reducción a propiedad particular de estas tierras, aunque de manera equitativa y justa. Es decir, los villistas no estaban contra los efectos buscados por Creel mediante la Ley de 1905, sino contra la injusta y desigual manera en que ésta fue aplicada.<sup>58</sup>

Aparecen así los pueblos como sujetos activos, y esos pueblos son los pueblos del norte, y base de la concepción democrático-militar del "sueño de Pancho Villa": la república de pequeños propietarios independientes, armados, agrupados en pueblos o "colonias militares" autárquicos y autosuficientes. La legislación villista posterior trató de dar forma no tanto a esta utopía, pero sí al ideal de la pequeña propiedad agraria, productiva e independiente, como base de la riqueza del país, un ideal, dicho sea de paso, constante en los clásicos del liberalismo mexicano. Las disposiciones villistas estaban encaminadas a impulsar por todos los medios la pequeña propiedad: tras la expropiación de los latifundios vinieron otros decretos sobre compra de terrenos, fraccionamiento de tierras municipales y baldías y expropiación "por causa de utilidad pública": todas las figuras legales posibles para, sin violentar el derecho a la propiedad ni la concepción capitalista de tal derecho, poder repartir tierras entre los campesinos o "los pobres" (categoría recurrente en la documentación villista que muestra la influencia del catolicismo social).

Pero no se proyectaba repartir las tierras y dejar a los nuevos propietarios a su suerte, pues entre las responsabilidades y funciones del Banco del Estado estaban las de otorgar créditos de avío a estos agricultores e impulsar las obras de irrigación y otras mejoras. Por su parte el gobierno se comprometía a construir escuelas en los núcleos rurales y dar vida a escuelas agrícolas y a laboratorios de experimentación con semillas e insumos. Según las leyes agrarias, las adjudicaciones de tierras no serían gratuitas, sino en cómodos

---

<sup>58</sup> Véase el Decreto relativo al deslinde y adjudicación de los terrenos militares a los soldados en servicio activo, sus deudos y los pobres, publicado por el gobernador Manuel Chao el 5 de marzo de 1914, en el que quedaba vedado a los beneficiarios adquirir más de un lote, estos no podían ser mayores de 25 hectáreas y siendo considerados "patrimonio familiar", eran inembargables y no podían ser vendidos durante los primeros diez años posteriores a su adjudicación. POECh, 8 de marzo de 1914; AHIRM, 167, 261-263.

y módicos pagos, y la venta o enajenación de las tierras adjudicadas encontraba innumerables obstáculos o prohibiciones. Si no se hicieron efectivos los repartos se debió a que Villa pensaba que los primeros beneficiarios debían ser los soldados y estos hacían la guerra fuera de los países villistas.<sup>59</sup>

Por su parte, el gobernador Pastor Rouaix procuraba hacer volver a la normalidad a Durango, pero a una nueva normalidad, como quedó claro con la expedición de una Ley Agraria que fue recibida jubilosamente por Calixto Contreras y Orestes Pereyra, cuyas fuerzas, posicionadas entre Cuencamé y Gomez Palacio, eran un muro de contención entre la poderosa División del Nazas, que a las órdenes de José Refugio Velasco estaba acantonada en Torreón, y el gobierno revolucionario de Durango, del que era árbitro el general Contreras.

La Ley Agraria dictada por Rouaix permitía la legitimación de las restituciones y expropiaciones de facto realizadas desde 1911 por los campesinos de Ocuila, Cuencamé, Pasaje y Peñón Blanco. De inmediato, en el suroeste del partido de Cuencamé, al amparo de la nueva ley, un grupo de peones de las haciendas de Tapona y San Gabriel formaron un nuevo núcleo agrario, denominado Villa Madero, con 400 hectáreas antiguamente pertenecientes a dichas haciendas: la Revolución de los campesinos seguía su camino en el oriente de Durango, mientras su brazo armado, la Brigada Juárez, continuaba luchando.<sup>60</sup>

Es importante destacar que esta forma de concebir la solución del problema de la tierra era acorde con la planteada por los militantes católicos de Chihuahua y por el propio Madero, aunque la forma en que se hizo (o empezó a hacerse) fue mucho más expedita, sin para mientes en consideraciones que habrían paralizado a los católicos militantes y que habían hecho avanzar a Madero a paso de tortuga. Según diversas fuentes de la época, aunque el catolicismo social chihuahuense estuvo más preocupado por los problemas de los trabajadores y el de la democracia, no por eso dejaba de lado el problema agrario. A fines de 1907 El Correo publicó un largo artículo de un democristiano español, José de Polse, titulado "Acción católica social. Sindicatos agrícolas", cuyos postulados fueron defendidos o esgrimidos en posteriores editoriales del periódico y en artículos de Silvestre Terrazas. En ese artículo, que visto a la luz de la Revolución es indudablemente tibio y tímido, pero que en 1907 no lo era, se dice que los militantes católicos deben promover los sindicatos

<sup>59</sup> Gómez, 1966, 27-30 y 82-87. Córdova, 1973, 158-165. Katz, 1998, 1:288-295.

<sup>60</sup> Rouaix, 1959, 277-282. Altamirano, 2000, 128-131.





agrícolas y las uniones mutualistas entre campesinos, organizaciones que debían tener fines “religiosos y morales”, “instructivos, y “sociales y económicos”, los que apuntaban al impulso de la pequeña propiedad y al fomento del mutualismo y cooperativismo, entendiéndose por esto no la propiedad colectiva, sino el trabajo cooperativo entre propietarios privados de riqueza similar.<sup>61</sup> Poco más de un año después, un editorial del diario hizo la defensa del homestead estadounidense, urgiendo para que en México se aplicaran políticas similares, que impidieran que la pequeña propiedad agraria fuera garantía de préstamos y dificultaran legalmente su venta o enajenación. El editorial exigía mecanismos legales que protegieran a la pequeña propiedad y criticaba la manera en que se habían desamortizado o se estaban desamortizando las tierras de comunidad, pues en vez de crear pequeña propiedad, estaban dando lugar a desmesurados latifundios.<sup>62</sup>

Por otro lado, dijimos que es falso que Madero fuera ciego a los problemas sociales que empujaron a miles de mexicanos a la lucha armada, sino que pensaba que la solución de tales problemas vendría como consecuencia del cambio político, es decir, de la democracia y del respeto a la ley. Ante el desafío de la rebelión de Zapata, Madero declaró que el futuro de la República estaba ligado a la solución del problema agrario y ya como presidente, su política apuntó soluciones que partían de dos ideas fundamentales: el impulso de la pequeña propiedad dentro del marco del respeto irrestricto a la propiedad privada, aunque creando el patrimonio familiar inalienable al modo del homestead y la creación del crédito agrícola que refaccionara a estos pequeños propietarios. En función de estas dos ideas el presidente Madero dictó varias disposiciones que tendían a la búsqueda de mecanismos legales que permitieran redistribuir la tierra en detrimento de los latifundios y buscando el soñado ideal de la pequeña propiedad.<sup>63</sup>

Es decir, que las dos tradiciones de que partían los principales “ideólogos” del villismo estaba en consonancia con lo que querían los jefes rancheros villistas que dictaron las primeras y fundamentales disposiciones agrarias en la Chihuahua revolucionaria. Pero además, estas dos tradiciones apuntaban al otro gran problema de la temprana definición ideológica del villismo: la democracia, porque el otro aspecto de la ideología villista consistía en la exigencia de la restauración en todo su vigor del orden constitucional,

---

<sup>61</sup> El Correo, 19 de diciembre de 1907.

<sup>62</sup> El Correo, 28 de enero de 1909.

poniendo énfasis tanto en la división de poderes como en la autonomía municipal, que emanaban de esa Carta Magna, y que eran acordes con las demandas autonomistas de los jefes populares del villismo.<sup>64</sup>

Francisco I. Madero había sido un dirigente extremadamente carismático, y contagió su profunda convicción democrática a muchos de sus partidarios: para él, bastaba con eliminar los males de la dictadura para que se fueran solucionando, dentro del marco legal, los grandes problemas nacionales. Nada más natural entonces que aquellos de sus cercanos colaboradores que fueron a dar a las filas villistas insistieran en que el programa democrático del maderismo fuera cobijado y defendido por la poderosa División del Norte. Desde principios de 1914 fue estableciéndose que el programa democrático implicaba la restauración de la Constitución de 1857 en todo su vigor y la defensa a ultranza del lema maderista, "Sufragio Efectivo. No Reelección". Felipe Ángeles habría de resumir esa posición pocos años después:

Lo más firme y respetable de una nación debe ser su ley fundamental, porque es la base de sus instituciones, y porque es la expresión de la suprema voluntad del pueblo.

Todas las reformas que pretendan hacerle los representantes de éste, para adaptarla a la evolución de la sociedad, deben hacerse por los medios cautos que la misma Constitución prescribe, dando completas libertades a todas las formas de manifestación del pensamiento, para consultar concienzudamente la opinión de toda la República [...]

La Revolución de 1910 tuvo por causa las usurpaciones de poder de Porfirio Díaz, y por fin principal, hacer respetar los preceptos de la Constitución.

La Revolución de 1913 fue iniciada enarbolando la bandera de nuestra Ley Fundamental para derrocar al gobierno de Huerta, constituido mediante una violación de esa ley.<sup>65</sup>

Cuando escribieron sus memorias Federico y Roque González Garza, Adrián y Luis Aguirre Benavides, Federico Cervantes y algún otro de los intelectuales villistas, hicieron una defensa similar de la democracia desde la perspectiva maderista, y del intento de continuidad de la misma en el villismo. Ya en 1914, en un momento en que el villismo había alcanzado mayor madurez, Roque González Garza resumió ante los delegados a la

---

<sup>63</sup> Manuel González Ramírez, en Arnáiz, 1963, 48-50.

<sup>64</sup> Córdova, 1973, 158-165.

<sup>65</sup> Felipe Ángeles, "Al margen de la Constitución de Querétaro", en Matute, 1982, 135.

Convención de Aguascalientes el programa villista, diciendo que consistía en la instalación de un gobierno provisional que restaurara el orden para hacer dos cosas: "darle al pueblo la tierra que nos está pidiendo a gritos" y preparar "el advenimiento de un gobierno democrático constitucional".<sup>66</sup>

Por su parte, Silvestre Terrazas había sido un decidido impulsor de la democracia cristiana que, como solía pasar con las ideas del aguerrido periodista, había sufrido importantes cambios en el transecurso de su militancia opositora y revolucionaria. Pero estas quedaron claras desde que en marzo de 1908 apareció en El Correo el programa de la democracia cristiana tal como lo concebía Terrazas, programa que en materia política exigía la supresión del caciquismo, la integración de todos los ciudadanos a la vida pública a través del ejercicio de la democracia, una amplia "descentralización administrativa" y que la representación popular fuese con criterios sectoriales o gremiales y no geográficos. Esta última petición, que parece tomada de los principios conservadores de la primera mitad del siglo XIX, está perfectamente de acuerdo con el corporativismo y el colectivismo defendidos por Terrazas.<sup>67</sup>

En torno a los dos principios cuyos planteamientos tempranos hemos aquí esbozado, se fue construyendo el proyecto de nación del villismo en el verano y el otoño de 1914, en el que además de desarrollarse y decantarse lo relativo a la redistribución de la propiedad raíz y la restauración del orden constitucional, se añadieron proyectos sobre la conducción económica del Estado, el federalismo y el municipio libre; sobre las condiciones de vida de los obreros y el carácter del Estado como árbitro entre las clases. Esto habría de llevarse su tiempo pero, por lo pronto, cuando el grueso de la División del Norte salió de Chihuahua rumbo al sur, para enfrentar a los mayores contingentes del Ejército federal, sus hombres ya llevaban en sus mochilas un proyecto revolucionario en embrión.

---

<sup>66</sup> Discurso de presentación ante la Soberana Convención, el 10 de octubre de 1914, del coronel Roque González Garza, representante del general Francisco Villa, jefe de la División del Norte. En ACSDN, XI/III/1-250, 87-90.

#### 4. El ejército se prepara (los jefes de Brigada).

Al mismo tiempo que llegaban la mayor parte de los "intelectuales maderistas" y se daban las definiciones políticas arriba revisadas, durante las cuatro semanas de su gobierno, Pancho Villa tomó el control de vastos recursos y suscitó una inmensa popularidad hacia su causa al expropiarlos y distribuir una porción de esa riqueza entre los pobres. La transformación de esos éxitos inmediatos en logros a largo plazo era un asunto mucho más complejo que dependía de diversos factores, sobre algunos de ellos los jefes de la División del Norte tenían un control muy limitado, pero había otros que sí dependían de Villa y su gente: la construcción de un proyecto revolucionario y la transformación de las guerrillas rebeldes en un ejército ofensivo. A partir del momento en que resignó en Manuel Chao y Silvestre Terrazas el gobierno del estado y la administración de los enormes recursos expropiados, Villa dedicó sus principales energías a esa segunda tarea.<sup>67</sup>

Pancho Villa concentró en Chihuahua a todas las fuerzas de la División, con excepción de las brigadas Robles, Juárez de Durango y Primera de Durango, que habían quedado en La Laguna y Cuencamé, y de la Brigada Morelos, enviada al norte de Durango. Fracciones de las brigadas Zaragoza y Chao quedaron de guarnición en Purrul y Juárez, y destacamentos de las brigadas Villa, González Ortega y Cuauhtémoc desarrollaron las últimas acciones contra los colorados que resistían en la sierra. Las brigadas que estuvieron en Chihuahua fueron disciplinadas, reforzadas y divididas en regimientos y escuadrones de la manera más sistemática posible. La herramienta fundamental con la que Pancho Villa obligó a los caudillos a aceptar sus disposiciones fueron los recursos de que empezaba a disponer, en una cantidad hasta entonces no soñada por los revolucionarios.

Gracias a las ganancias obtenidas de los bienes administrados por el Banco del Estado, las agencias comerciales villistas adquirieron en enero y febrero de 1914 uniformes color verde olivo para los soldados, 2,500 sombreros texanos para los oficiales y ciertas tropas escogidas y 27,000 pares de zapatos para la tropa. Buena parte de los uniformes fueron manufacturados en la fábrica de ropa "La Paz", de Chihuahua, que era parte de los bienes confiscados y trabajaba al máximo de su capacidad; al mismo tiempo que los

<sup>67</sup> El Correo, 9 de marzo de 1908.

<sup>68</sup> Katz, 1998, 1:288-289.

zapateros del barrio del Pacífico contribuían con las botas para la oficialidad y en la Escuela de Artes y Oficios las fraguas no paraban de producir herraduras para la caballada. Los talabarteros de Jiménez, San Borja y otros pueblos se dedicaban igualmente a la producción más rápida posible de monturas y correajes. Además, empezó a almacenarse en Chihuahua arroz, azúcar, manteca, café, carne seca, harina, frijol y otros víveres para la campaña que se avecinaba, sin contar con que por instrucciones de Villa tenían que atenderse también las necesidades de la población civil.

El 8 de febrero de 1914 el presidente Wilson levantó el embargo de armas a los revolucionarios y las pertrechos de guerra, que hasta entonces habían entrado de contrabando,<sup>69</sup> empezaron a entrar en grandes cantidades: la Agencia Financiera de la División del Norte, manejada por Hipólito Villa y Lázaro de la Garza, hizo importantes compras a la Winchester Firearms Co.<sup>70</sup> También se empezó a pagar regularmente a los soldados de algunas brigadas, y en marzo en vísperas de la salida de las fuerzas rumbo a Torreón, se habilitó un pagador para que, de acuerdo con las listas proporcionadas por los jefes del detall de cada brigada, se pagara a las familias de los soldados.<sup>71</sup>

Entre enero y marzo de 1914 se pusieron a punto cuatro corporaciones que dependerían directamente del Cuartel General: el Estado Mayor, la Escolta Personal del General en Jefe ("Dorados"), la Artillería y la Brigada Sanitaria. El Estado Mayor fue reestructurado con Manuel Madinabeitia como jefe y Enrique Santos Coy como subjefe, con oficiales como Carlos Cervantes, Darío Silva, Pedro Rodríguez y José Covarrubias. Madinabeitia y Santoscoy habían pertenecido en 1912 al Batallón Ferrocarrilero de Eugenio Aguirre Benavides, pero Madinabeitia había militado desde principios de la Revolución de 1913 en las fuerzas de Francisco Villa, en tanto que Santos Coy siguió con el jefe Eugenio. El trabajo del Estado Mayor consistía en centralizar la información militar, disponer de los servicios logísticos, de modo que a las brigadas no carecieran de víveres y pertrechos durante las marchas y los combates (de acuerdo con los servicios comerciales de

---

<sup>69</sup> Enriqueciendo a personajes como Lázaro de la Garza, agente comercial de la División del Norte, y Félix Sommerfield, que oficialmente fungía como cónsul de los Estados Unidos en Torreón, pero que empezaba a desempeñarse como agente confidencial de su gobierno ante Pancho Villa.

<sup>70</sup> Esto empezó a generar una creciente dependencia frente a los Estados Unidos, que habría de tener importantes consecuencias y de la que se hablará en su lugar.

<sup>71</sup> Calzadiaz, 1958, I:170-173. PHO/1/33, 7-11. PHO/1/44, 24. PHO/1/46, 22. PHO/1/58, 25. AIHRM, 67, 266. POECh, 15 de marzo de 1914.

Hipólito Villa, Lázaro de la Garza y Carlos Jáuregui) y, en el combate, actuar como oficiales de órdenes del general en jefe.<sup>72</sup>

Los antecedentes directos de la Escolta Personal del general en Jefe ("Dorados"), estaba en el Cuerpo de Guías de la Brigada Villa, que mandó hasta su muerte el capitán Encarnación Márquez, nacido y muerto en San Andrés. Luego fue el serrano Pancho Sáenz el jefe del Cuerpo. Ya ocupada Chihuahua, el general Villa seleccionó personalmente, de las distintas brigadas, a 99 oficiales "que mayor número de hazañas habían consumado" y que además de su valor se distinguieran por sus capacidades, resistencia y, sobre todo, por su lealtad. Con ellos se formaron tres secciones mandadas cada una de ellas por un capitán primero. El primer jefe de la Escolta, que ajustaba el número 100, fue el valiente coronel de la sierra de Chihuahua Jesús M. Ríos, y entre los oficiales escogidos para la primera hornada de "Dorados" estaban Nicolás Fernández, Candelario Cervantes, Martín López, Manuel Baca, José I. Prieto, Pedro Luján, Juan B. Vargas y otros oficiales famosos por su valor. Cuenta Juan B. Vargas:

La misión especial de la escolta consistía en proporcionar guardia al general Villa, general en jefe, dondequiera que se estableciera el cuartel general, y servirle de escolta personal. En campaña y principalmente en los combates desempeñaba la misión de un cuerpo de ayudantes del comandante en jefe [...], pero muchas veces fue lanzada como catapultilla sobre el enemigo para coronar el éxito de una victoria. Era algo así como una pequeña guardia imperial, semejante a la que usaba le petit caporal para remachar con broche de oro alguna de sus brillantes batallas.<sup>73</sup>

Los hombres que integraban la escolta eran experimentados y valientes, y de ellos surgieron generales afamados. Transmitían órdenes verbales a los jefes de las corporaciones, que se tomaban como si vinieran del propio general en jefe; cooperaban para

---

<sup>72</sup> PHO/1/13, 4-6 (testimonio de Carlos Cervantes, oficial del Estado Mayor). También en numerosos documentos firmados por el general Manuel Madinabeitia Esquivel en diversos expedientes del ACSN citados a lo largo del presente trabajo. Es decir, las funciones asignadas al Estado Mayor de la División eran las mismas que se atribuían a los estados mayores de las corporaciones del Ejército Federal, según las ordenanzas vigentes: el jefe de Estado Mayor tenía como responsabilidad cuidar que estuvieran siempre "a disposición del General en Jefe, todos los datos necesarios sobre fuerza, armamento, municiones y viveres., así como memorias, proyectos, informes y planos, y cuanto más ocurra, para formar cabal idea de la situación y estado de las tropas en cualquier instante, y los que fuere posible adquirir referentes al Ejército y país enemigo". Ordenanza..., 1912, 243-245.

<sup>73</sup> Vargas, 1988, 27.

hacer entrar en combate en orden a las fuerzas de la División; en los avances de la División se distribuían por grupos en las brigadas para formar un cuerpo permanente de enlace con el cuartel general; y al mismo tiempo tenían como misión más delicada escoltar y darle seguridad a Villa. Eran tan eficaces y afamados que muchas veces bastaba su sola presencia para intensificar las acciones de guerra en un punto dado: eran la élite de la oficialidad villista, una verdadera punta de lanza y un cuerpo que adquirió estatura legendaria.<sup>74</sup>

La artillería mantuvo la organización que se le había dado desde la primera toma de Torreón, pero cambió de jefes: estaría al frente de la brigada, en cuanto llegara, el general Felipe Ángeles, quien organizaría la cadena de mandos con técnicos extraídos, casi todos, del viejo ejército, como García Santibáñez, Gonzalitos, Cervantes, Bazán y Durón González, aunque hubo también oficiales revolucionarios como Martiniano Servín y Miguel Saavedra. Para entonces, la artillería de la División del Norte contaba con 28 cañones,<sup>75</sup> dos de ellos pesados y montados sobre plataformas de ferrocarril: "El Niño" y "El Chavalito". En Torreón, y por vez primera, los revolucionarios tendrían sobre los federales una ligera superioridad artillera a la que Ángeles habría de sacarle jugo.

Los orígenes de la Brigada Sanitaria estaban en el cuerpo de camilleros de la Brigada Villa organizado por el doctor Samuel Navarro (muerto en el ataque a Chihuahua), pero los recursos de que ahora disponía la División y la sensibilidad de Villa frente al sufrimiento de sus soldados la transformó en una corporación ejemplar, sin parangón en la Revolución mexicana. A principios de febrero de 1914 empezó a organizarse la Brigada Sanitaria, puesta a las órdenes de Andrés Villarreal, un médico regiomontano avecindado en Torreón y partidario del maderismo, al que Villa otorgó el grado de coronel. Lo primero que se hizo fue congregar en el mismo cuerpo a los médicos, enfermeros y camilleros de las distintas brigadas y que tenían experiencia en combate, y sobre esa base se admitieron nuevos médicos y ayudantes hasta sumar alrededor de sesenta, por cada uno de los cuales había ocho o diez camilleros.

Además del reclutamiento de personal capacitado (como no bastó con los mexicanos, muchos jóvenes médicos o pasantes de nacionalidad estadounidense, sedientos de aventuras, completaron la planta de la Brigada), se preparó un tren-hospital con todos los

---

<sup>74</sup> Vargas, 1988, 27-30. Calzadía, 1967, I:245. Hay muchos otros testimonios sobre la eficacia, calidad y valor de este cuerpo escogido.

adelantos de la ciencia médica.<sup>76</sup> Y esta flamante Brigada Sanitaria cumplió en la batalla de Torreón con el penoso deber que se la había encomendado. John Reed, el periodista estadounidense que tantas migas hizo entre los villistas, cuenta que, a la mitad de la larga y terrible batalla, el Centauro le dijo a varios periodistas:

-No tengo tiempo para pensar en ustedes; de modo que deben tener cuidado de no desafiar el peligro. Es malo resultar herido. Hay centenares. Son valientes aquellos muchachos, los más bravos del mundo. Pero -prosiguió complacido-, ustedes deben ir a ver el tren-hospital. Allí hay algo admirable sobre lo cual deben escribir para sus periódicos.

Y realmente era una cosa maravillosa, digna de verse. El tren-hospital [...]: cuarenta carros-caja esmaltados por dentro, con grandes cruces azules en el exterior, así como el letrero "Servicio Sanitario", atendía a los heridos tan pronto los traían del frente. Estaban provistos con el equipo quirúrgico más moderno, manejado por sesenta doctores competentes, mexicanos y norteamericanos. Todos los días salían trenes rápidos para transportar a los heridos graves a los hospitales de base en Chihuahua y en Parral.<sup>77</sup>

En fin: al mismo tiempo que Pancho Villa consolidaba su papel de comandante en jefe, los caudillos regionales devenidos en jefes de brigada también aseguraban sus propias posiciones, conservando el control de sus hombres y la influencia en sus regiones. La mayor parte de los testimonios de los soldados confirman cómo los nuevos reclutas (voluntarios procedentes de todos los puntos del estado, e incluso algunos de fuera del mismo) fueron encuadrados en las unidades correspondientes a su región de origen, y las brigadas de menor número o más castigadas en la campaña, aumentaron el número de sus efectivos y su potencia de fuego.<sup>78</sup>

Cuando la División del Norte salió rumbo a Torreón, en marzo de 1914, paró en Estación Yermo. Durango, donde el general Villa le pasó revista a todas las fuerzas:

Las brigadas que pasaron revista ese día 18 en Estación Yermo, fueron las siguientes: Brigada Villa, comandada por el general José E. Rodríguez y los coroneles Andrés U. Vargas, Carlos Almeida y tenientes coroneles Saúl Navarro, Antonio Villa, Santiago Ramírez, y Tomás Rivas [...] Antonio Villa era hermano del general.

<sup>75</sup> Cervantes, 1943, 65-66.

<sup>76</sup> De las memorias del doctor Encarnación Brondo, nativo de Ciudad Guerrero y oficial médico de la Brigada Sanitaria, en Brondo, 1994, 12-16. Véase también Torres, 1938, 54-55.

<sup>77</sup> Reed, 1985, 197.

<sup>78</sup> Ontiveros, 1914, 119-120. PHO/1/33, 19. PHO/1/46, 24-27. Katz, 1998, 1:337-338.



Brigada Benito Juárez, de los hermanos, generales Maclovio y Luis Herrera con los coroneles Eulogio Ortiz, Ernesto García, Chapoy [Federico] y Triana [Martín].  
Brigada Madero, del coronel Máximo García y los jefes subalternos Benito García, Alejandro Ceniceros, Carlos García Gutiérrez y Juan Pablo Estrada.  
Brigada González Ortega, del general Toribio Ortega y [el coronel] Porfirio Ornelas.  
Brigada Guadalupe Victoria, del coronel Miguel González, con los jefes subalternos M. N. Montes, Mercedes Luján y Liborio Pedroza, etc. Con esta gente andaban el capitán Francisco Montoya Meléndez y el teniente coronel Fortunato Casavantes.  
Brigada Leales de Camargo, del general Rosalío Hernández.  
Brigada Zaragoza del general Eugenio Aguirre Benavides y los coroneles Raúl Madero y Julio Piña. Toda esta gente era de la región lagunera.  
Fracción de la brigada Juárez de Durango, al mando del coronel Manuel Mestas, Jesús Díaz Couder, Pedro Favela, etc.  
Brigada Cuauhtémoc del coronel Trinidad Rodríguez, con los jefes subalternos Isaac Arroyo, Rafael Licón, Manuel Tarango, Macedonio Aldama, etc. Esta gente era de la región de Huejotitán, Chih.  
La artillería, con 28 cañones y 300 artilleros, al mando del brigadier Felipe Ángeles; coroneles Martiniano Servín y Manuel García Santibáñez, con los mayores Federico Cervantes, Miguel Saavedra Pérez, José Felipe Martínez, etc.  
El cuerpo sanitario al mando del coronel doctor Andrés Villarreal, con muchos doctores, entre ellos Luis García Cardoso, Miguel Silva, Uranga, etc. Este cuerpo fue el mejor de todos los que se organizaron durante la Revolución.  
Estos fueron los últimos de los distintos cuerpos a que les pasó revista. La escolta del general Villa se componía de 300 y tantos hombres escogidos.<sup>79</sup>

A estas tropas hay que añadir el grueso de la Brigada Juárez de Durango, que estaba en Pedriceña, Durango, con sus jefes natos, general Calixto Contreras Espinosa y coronel Severino Ceniceros Bocanegra, más la Brigada Primera de Durango, de Orestes Pereyra, y la Brigada Carranza, de José Carrillo, acantonadas también en la región de Cuencamé; la Brigada Morelos, del general Tomás Urbina y los jefes subalternos Faustino Borunda, Petronilo Hernández, Pablo Séañez y Salvador Rueda Quijano, destacada entre Mapimí y Nieves; la Brigada Robles, del joven general Isabel Robles y los coroneles Sixto Ugalde, Víctor Elizondo y Canuto Reyes, que desarrollaba una campaña guerrillera entre Torreón, Matamoros y San Pedro; y la Brigada Chao, que a las órdenes directas de Sóstenes Garza, Donato López Payán, Roberto Limón y Mariano Tamez, quedo de guarnición en las ciudades de Chihuahua, Parral y Juárez, mientras el general Chao detentaba el cargo de

<sup>79</sup> Calzadiaz, 1958, 1:179-180. En otras fuentes aparecen exactamente las mismas brigadas, pero preferi esta por la enumeración de los principales jefes subalternos de cada una. La Brigada Guadalupe Victoria había sido segregado de la Cuauhtémoc en vísperas de la salida a Torreón, y tuvo una vida efímera: poco después su jefe, el coronel Miguel González, murió en combate, y la brigada fue refundida en la

gobernador: en conjunto, unos 22 o 23,000 hombres bien armados, de los que cerca de 20,000 se empeñarían en la batalla de Torreón.

Es decir, eran jefes de brigada José E. Rodríguez, Toribio Ortega, Trinidad Rodríguez, Tomás Urbina, Maelovio Herrera, Máximo García, Eugenio Aguirre Benavides, Calixto Contreras, Orestes Pereyra, José Isabel Robles, Manuel Chao, Rosalío Hernández, José Carrillo y Miguel González. Por su parte, Felipe Ángeles, Manuel Madinabeytia, Jesús M. Ríos y Andrés Villarreal tenían el mando de corporaciones no vinculadas a región alguna sino a cuestiones estrictamente militares, y debían su mando al general en jefe, del que dependían directamente.

Los jefes de brigada no sólo eran lugartenientes de Francisco Villa o jefes de diversas corporaciones militares, sino, antes que eso, "caudillos regionales". Caudillos por la connotación militar del término y porque debían su posición a sus cualidades carismáticas,<sup>80</sup> que les permitieron construir extensas redes de apoyo en sus respectivos territorios, y por su innegable vocación por el cambio social. Y en ese sentido, Pancho Villa empezó siendo un caudillo regional, como todos los otros, pero desde que teniendo Chihuahua como base avanzó hacia el sur, en el preciso momento a que hemos llegado en esta historia, trascendió la categoría de caudillo regional para alcanzar proyección nacional.<sup>81</sup>

Así pues, los jefes de brigada eran "caudillos" porque la legitimidad de la dominación sobre sus hombres se basaba en el "carisma", por la connotación militar del término, porque tenían construidas redes importantes de lealtades antes de la Revolución y por su indudable vocación por el cambio social. "Regionales", porque sólo unidos pudieron tener una trascendencia nacional, pero individualmente nunca superaron su dimensión regional, y por el claro dominio militar y político que llegaron a ejercer sobre sus regiones, dominio fundado en el prestigio y respeto que en muchos casos se habían labrado desde antes de la Revolución.

---

Cauhtémoc otra vez. Los "Dorados" no eran 300 en esa fecha (llegaron a serlo en el verano), sino 99.

<sup>80</sup> Según Max Weber, "Debe entenderse por "carisma" la cualidad, que pasa por extraordinaria (condicionada mágicamente en su origen, lo mismo si se trata de profetas que de hechiceros, árbitros, jefes de cacería o caudillos militares), de una personalidad, por cuya virtud se la considera en posesión de fuerzas sobrenaturales o sobrehumanas -o por lo menos específicamente extracotidianas y no asequibles a cualquier otro-, o como enviados del dios, o como ejemplar y, en consecuencia, como jefe, caudillo, guía o líder". Weber, 1964, I:193.

<sup>81</sup> Sobre las características de la "dominación carismática", véase Weber, 1964. Para la aplicación de estas categorías en México, Díaz Díaz, 1972, 3-4; González Navarro, 1968, 86; Matute, 1993, 187-202; y Salmerón, 2001, 136-139.

Maclovio Herrera, Rosalio Hernández, Toribio Ortega, Calixto Contreras, y muy probablemente José Rodríguez, pertenecían a esa clase de rancheros del norte (o al ámbito ranchero), tan orgullosos e independientes y cuyos agravios contra la élite porfiriana revisamos en los primeros capítulos de este trabajo. José Isabel Robles y Manuel Chao eran profesores de primeras letras; y con Eugenio Aguirre Benavides y Severino Ceniceros (ascendido a jefe de Brigada en abril de 1914) los podríamos llamar "intelectuales de pueblo". Máximo García estaba más cerca de ser un hacendado que un ranchero, aunque más bien era un mediano propietario. Orestes Pereyra era artesano. Por último, Tomás Urbina y Trinidad Rodríguez, con las salvedades del caso dichas en su momento, eran rancheros-ladrones.

Los datos que hemos ido presentando dejan muy pocas dudas sobre la calidad de caudillos regionales de la mayoría de ellos. Las formas en que llegaron a serlo difieren: algunos habían sido dirigentes de sus pueblos o su grupo social desde mucho antes de 1910 y habían conocido cárceles y persecuciones: Ortega, Pereyra, Contreras y Ceniceros eran de esos. La mayoría se convirtieron en caudillos cuando empezaron a difundir los programas maderistas, cuando llamaron a la rebelión y cuando demostraron en ella más que su capacidad, su valor. Sin embargo, desde antes de eso eran hombres respetados en sus respectivas regiones.

No quiero que se entienda mal lo que dije sobre su valor y su capacidad: la leyenda napoleónica convierte a los mariscales del Imperio en una punta de inútiles que estorbaban más de lo que ayudaban al Emperador. Nada más lejano de la realidad: un jefe militar con tamaños de leyenda (y si les resulta excesivo el símil pongan Simón Bolívar, José María Morelos, Alvaro Obregón, Miguel Miramón o quien ustedes gusten) no puede serlo sin tener oficiales dignos de él. Aquí también: los generales de la División del Norte eran jefes excelentes, foguados, de alta moral de combate, gran capacidad de organización, agudo don de mando, reflejos rápidos y extraordinario valor personal, y eso empezaría a mostrarse en toda su fuerza en la campaña que iniciaría en marzo de 1914.

Sin embargo, la mayoría de sus notables cualidades como lugartenientes aún no estaban desarrolladas en 1910, por eso, lo que entonces importaba era el valor, lo demás lo irían aprendiendo sobre la marcha: el mismo Villa, como vimos, conoció la derrota no pocas veces durante la campaña guerrillera de 1910-1911, derrotas muchas veces debidas a lamentables descuidos y errores de mando. Ahora bien, tampoco sus soldados (los

“ciudadanos armados”, como bien se decía) hubieran podido ejecutar en 1910 o 1912 las órdenes que estos jefes dictaban en 1914 o 1915.

Tenían algunos antecedentes comunes: todos se levantaron en armas al grito de “¡viva Madero!” en 1910 o 1911. Todos (menos Robles, el único “colorado”) combatieron a la rebelión de Orozco. Casi todos eran jefes u oficiales de un regimiento irregular cuando Madero fue asesinado. Ninguno dudó en desconocer al gobierno de Huerta. Todos tenían demandas sociales, agrarias y políticas más o menos vagas, pero que fueron condensándose y dando vida al programa villista. La abrumadora mayoría de ellos (y de los generales villistas que alcanzaron ese grado en 1914) murieron en combate o fusilados antes de 1920. Todos eran oriundos del norte villista (el veracruzano Chao, única excepción, llegó a vivir a Chihuahua desde muy joven). Por fin, el margen de edades era bastante amplio: el más viejo, Orestes Pereyra, tenía 53 años en 1914; José E. Rodríguez, el más joven, tenía 22.

En fin, este nuevo y poderoso ejército, con estos jefes fogueados y capaces, al que su jefe le pasó revista en Estación Yermo, tenía en la mira la ciudad de Torreón, donde le esperaba un muy duro sinodal, la División del Nazas, de José Refugio Velasco: terminaba la guerrilla, iba a empezar la guerra.

## EPÍLOGO Y CONCLUSIONES

1. Empezaba la guerra, la guerra para la que la División del Norte se había preparado durante su aparente descanso invernal: entre el 19 de marzo y el 23 de junio de 1914 la División del Norte rompió el espinazo del Ejército federal en cuatro sangrientas batallas y numerosas acciones menores. Las dos primeras de esas batallas (Torreón y San Pedro de las Colonias) le dieron a los villistas el control de la Comarca Lagunera, asegurándole la posesión de Chihuahua y Durango. La tercera (Paredón) les abrió las puertas de Saltillo, entregando todo el estado de Coahuila a la Revolución. Y la última (Zacatecas) acabó con la voluntad de resistencia del régimen huertista, que sobrevivió dos meses más gracias a que la inminente escisión revolucionaria detuvo a la División del Norte en sus terrenos. Esa batalla fue la última en la que Pancho Villa tuvo a sus órdenes a la pléyade de generales formados en las campañas del norte.

Durante la campaña de la primavera de 1914 se cocinó la escisión revolucionaria causante de la guerra civil de 1915: en Sonora don Venustiano se había convertido en el Primer Jefe de la Revolución de manera efectiva. Una vez consolidada su posición sintió la imperiosa necesidad de controlar al poderoso movimiento revolucionario que había conquistado Chihuahua y estaba aplicando medidas inadmisibles desde su punto de vista. En vísperas de la salida de los villistas hacia Torreón, Carranza inició su viaje a Chihuahua, a cuya capital llegó el 6 de abril de 1914, cuatro días después de la toma de Torreón.

Los intentos del Primer Jefe por someter al villismo dieron como resultado una violenta ruptura que se manifestó cuando quiso impedir que la División del Norte marchara sobre Zacatecas, que se había convertido en la llave militar del centro del país. Entonces los jefes de brigada de la División del Norte se agruparon retadoramente en torno a su jefe y arrojaron el guante a los pies de Carranza (o a su rostro, según una plástica narración posterior de Felipe Ángeles), en cuyas órdenes no veían ya otra cosa que autoritarismo, malevolencia y doble juego. En el áspero intercambio de telegramas que terminó con la insubordinación de los generales villistas, éstos dejaron claramente sentada su convicción de que Pancho Villa debía a ellos, y solo a ellos, el mando de la División del Norte, en

virtud de la elección hecha en la junta de La Loma y ratificada al momento de la ocupación de Chihuahua.

Zacatecas cayó en manos de Villa luego de una terrible batalla, pero la División del Norte no pudo seguir avanzando porque las tropas del Noreste, leales a Carranza, se movieron amenazadoramente contra su flanco y le cerraron el acceso al carbón producido en el corazón de Coahuila. Ante la disyuntiva de atacar a los carrancistas antes de que la caída de Huerta fuera un hecho, o permitir que otros cosecharan las mieles del triunfo, los jefes villistas prefirieron esto último y pactaron con el Primer Jefe.

Siguieron cuatro meses de negociaciones y definiciones que sirvieron para deslindar los campos de la nueva lucha. Durante esos meses los villistas emitieron sus primeros discursos y documentos de alcance nacional, como la "Cláusula de Oro" del Pacto de Torreón, el desconocimiento de Carranza como Primer Jefe y algunos discursos de los delegados villistas en la Convención de Aguascalientes.

En noviembre de 1914 inició la nueva guerra civil o la nueva etapa de la Revolución mexicana, que enfrentó a los carrancistas contra la División del Norte, el Ejército Libertador del Sur y otras fuerzas menores, aunque en realidad fue la División del Norte la que llevó todo el peso de la lucha desde enero de 1915. Mientras se libraban las batallas más sangrientas de nuestra historia, los representantes del villismo y el zapatismo construían trabajosamente un proyecto de nación que oponer al carrancista, pero cuando el proyecto estuvo listo, la División del Norte había perdido la guerra.

El 25 de diciembre de 1915, en la hacienda de Bustillos, Chihuahua, con los ejércitos carrancistas pisándole los talones a sus últimas fuerzas, el general Francisco Villa declaró disuelta la División del Norte: terminaba la guerra, empezaba la resistencia, que sería implacable y se prolongaría durante cinco años. Cuando en 1920 Pancho Villa se rindió, no era ya el jefe de un ejército revolucionario con un programa social, sino un guerrillero acosado y terrible.

Eso es lo que contaremos en el siguiente tomo de esta verdadera historia. Pero ahí no terminó el villismo: el resto puede contarse en tono cinematográfico, siguiendo el destino -trágico, por lo general- de los principales personajes: de 1914 a 1919 hay un largo desfile de muertos de muerte violenta: Porfirio Talamantes, Miguel González, Toribio Ortega, Trinidad Rodríguez, Agustín Estrada, Andrés U. Vargas, Maclovio Herrera,

Rodolfo Fierro, Pablo Séañez, Tomás Urbina, José E. Rodríguez, Eugenio Aguirre Benavides, Julián Granados, "Gonzalitos", Calixto Contreras, José Isabel Robles, Benjamín Argumedo (¡murió como villista!), Felipe Ángeles, Martín López, Benito Artalejo...

Sobrevivieron los segundones, retirados de la política, y alguno de los jefes de brigada de los tiempos heroicos que de pronto daban un campanazo, como Isaac Arroyo, muerto misteriosamente en 1923; Manuel Chao, fusilado en 1924 luego de sumarse a la rebelión delahuertista; o Rosalío Hernández, rebelde escobarista en 1929. Al margen del nuevo Estado quedaron los políticos villistas, como Federico González Garza, Miguel Díaz Lombardo, Federico Cervantes, Silvestre Terrazas y Luis Aguirre Benavides.

No faltaron los que pudieron incorporarse al nuevo orden de cosas, como Manuel Madinabeitia, que llegó a ser oficial de confianza del general Calles; Eulogio Ortiz, convertido en terrateniente de La Laguna y torturador de Librado Rivera, el último magonista; Praxedes Giner Durán, gobernador de Chihuahua de infausta memoria; Raúl Madero González, gobernador de Coahuila y vividor de su nombre; o Juan B. Vargas, eficaz perseguidor de cristeros y plástico historiador del villismo. Hay incluso un Nicolás Fernández fundador de unos "Camisas Doradas", pero ese señor no aparece como jefe villista en ninguna de mi fuentes.

2. Más allá de esta saturnalia, de estos destinos personales, la continuación de esta historia puede contarse de otra forma: hay que contar, por ejemplo, que casi todos los pueblos villistas de Chihuahua recibieron las tierras que exigían, o parte de ellas, durante los gobiernos de Obregón y Calles: en el Archivo de la Secretaría de la Reforma Agraria son bastante explícitos los expedientes de pueblos como San Andrés, Santa Isabel, Valle de Zaragoza, Satevó, Huejotitán y muchos más. Incluso se fundaron dos grandes núcleos ejidales basados en el moderno aprovechamiento del agua: Ciudad Delicias en la región de Camargo y Ciudad Cuauhtémoc, en tierras que fueron de la hacienda de Bustillos. Friedrich Katz ha contado la presión ejercida por Pancho Villa en persona, desde su retiro en Canutillo, en favor de las demandas agrarias de sus antiguos soldados.

Podríamos hablar también de la inspiración popular de la guerra cristera y la participación de muchísimos villistas en ella, porque aunque los veteranos de la División

del Norte convertidos en jefes cristeros no hayan tenido renombre en la época dorada del villismo, su número es impresionante.<sup>1</sup>

¿Y qué decir del agrarismo de los valles y llanuras de Durango? Calixto Contreras murió como villista y Severino Ceniceros terminó rindiéndose, pero las tierras que los campesinos del partido de Cuencamé expropiaron a las haciendas no les fueron devueltas a los latifundistas. Tres hombres que habían estado vinculados al villismo duranguense o a los jefes. Contreras y Pereyra, fueron diputados constituyentes, del ala radical de ese congreso, e influyeron en la redacción del artículo 27 en su versión definitiva: Pastor Rouaix, Alberto Terrones Benítez y Silvestre Dorador.

El nuevo marco legal fue utilizado por los pueblos para exigir y obtener dotaciones y restituciones, de tal modo que en 1929 Pastor Rouaix pudo escribir que la transformación de la región de Cuencamé era "la mejor justificación del movimiento revolucionario", porque en claro contraste con lo que antes de la Revolución pasaba, cuando todos los extensos valles del sur del antiguo partido de Cuencamé pertenecían a dos enormes haciendas, "en la actualidad toda la llanura está cubierta de poblados libres con tierras propias".<sup>2</sup>

Los veteranos villistas, encabezados por el general Severino Ceniceros, senador de la República y dirigente local del Partido Nacional Agrario, organizaron el Sindicato Agrario Confederado de Durango, que fue un poderoso instrumento de presión para formalizar y agilizar el reparto. Ceniceros terminó su periodo como senador y regresó a Cuencamé. Una década después ocupó interinamente, por unas semanas de 1935, el gobierno de su estado natal. Murió en la ciudad de México en 1937.<sup>3</sup>

---

<sup>1</sup> Véase la lista en Meyer, 1974, 3:92-98.

<sup>2</sup> Rouaix, 1929g, 137. Efectivamente, durante el periodo de Obregón y Calles se dio en Durango el mayor número de dotaciones de tierras en el norte, con la excepción de Chihuahua, y las tierras repartidas se concentraron en la región central del estado, entre Durango y San Juan del Río, y en el sur del antiguo partido de Cuencamé; sólo durante el cardenismo se repartieron mas tierras en Durango (en La Laguna). Véanse las cifras en Aboites Aguilar, 1991, 56-61.

<sup>3</sup> El presidente Cárdenas recibió un telegrama en el que el "pueblo revolucionario de Cuencamé", habiéndose enterado que Ceniceros había fallecido en la ciudad de México, solicitaba se le permitiera trasladar el cuerpo a Cuencamé, "donde se le ha preparado una capilla ardiente, para que descanse en su tierra". Firmaban Francisco Gómez, Margarito García, Nicolás Espinosa, José Dolores Espinosa, José Antonio Favela, Ignacio Machado, "por sí y cinco mil firmas más". El general Cárdenas dispuso que una escolta militar especial llevara los restos del antiguo revolucionario a su tierra y le rindiera los honores correspondientes a su grado. ACSDN, XI/III-2-156, ff. varias. Ceniceros, que había sido senador y gobernado y mandado miles de hombres en campaña, no dejó a su viuda bienes de ninguna especie, salvo su pensión militar.



Podríamos decir, pues, que la Revolución agraria del oriente de Durango, derrotada en los campos de batalla, obtuvo una peculiar victoria en la derrota, al ver resueltos los agravios que los hicieron tomar las armas en 1910. Pero también podríamos preguntarnos ¿era esto lo único que pedían los cuencamenses rebeldes? ¿Su praxis revolucionaria no los llevó a posiciones que trascendían la mera demanda de tierras? ¿Les bastaba con eso que, a fin de cuentas, sólo aumentó el número de campesinos pobres en una zona antes semideshabitada? Ellos mismos dieron importantes respuestas a estas preguntas y a otras que podrían ocurrírseles cuando entre 1925 y 1929 (justo cuando Pastor Rouaix, revolucionario oficial, escribía que la situación regional era “la mejor justificación del movimiento revolucionario”):

un creciente número de campesinos agraristas de Durango se organizaron y desplegaron sus luchas enarbolando las banderas rojas con los emblemas de la hoz y el martillo. Los principales destacamentos de este renovado movimiento agrario brotaron entre los pueblos, rancherías y comunidades que, apenas unos años atrás, se habían alzado como bastiones del villismo [...] De esta manera, una década después, en los mismos valles y semiáridas regiones por donde se extendió la rebelión agraria encabezada por los revolucionarios villistas, ésta encontró una continuidad en la lucha de los jornaleros, peones y campesinos agraristas que reclamaban la destrucción del latifundio, el reparto de la tierra entre los pobres y que además ahora se proponían luchar para construir una sociedad sin propietarios y sin explotados.<sup>4</sup>

También en la Comarca Lagunera muchos antiguos villistas alimentaban el agrarismo rojo y no fue casual que el candidato de la Liga Nacional Agraria “Úrsulo Galván” y del Partido Comunista Mexicano para las elecciones presidenciales de 1929, fuera un antiguo villista, a la sazón dirigente del agrarismo lagunero: el general Pedro V. Rodríguez Triana.

Siete años después, el general Rodríguez Triana y el general Lorenzo Ávalos Puentes, uno de los leales compañeros de Pancho Villa en su retiro de Canutillo, fueron dos de los asesores más cercanos al general Lázaro Cárdenas durante la preparación del reparto agrario en La Laguna. Ávalos acompañó al presidente durante las semanas en que éste, con Santa

<sup>4</sup> Navarro, 2000, 169. Este movimiento de creciente importancia, duramente reprimido en 1929, fue acompañado en su inicio por Severino Ceniceros y Alberto Terrones Benítez, quienes se desligaron cuando el movimiento adoptó abiertamente la bandera comunista (Terrones terminaría convertido en un revolucionario oficial, y fue senador de la República por segunda y tercera ocasiones durante los sexenios de Ruiz Cortines y Díaz Ordaz). Era, pues, el ala radical de un movimiento agrario del que los grupos acudillados por aquellos eran el ala moderada. En la “Confederación Roja” de Durango había, en 1927, sendas organizaciones campesinas de Cuencamé, Ocuila, Peñón Blanco, Ignacio Allende, Guadalupe Victoria y Pedriceña.

Lucía como base de operaciones, recorrió buena parte de la Comarca para ver con sus propios ojos las tierras que su gobierno iba a expropiar y repartir. Estos dos generales villistas y otros antiguos combatientes de la División del Norte habían impulsado la férrea organización campesina que hizo posible el reparto lagunero.

Pero más allá de estos y otros hechos parecidos, que muestran la persistencia del villismo más allá del fin formal del movimiento y del asesinato del caudillo, Pancho Villa y la División del Norte permanecen en la imaginación y el mito popular como el gran ejército de los desposeídos, como los vengadores de los pobres, como los únicos que invadieron Estados Unidos, como símbolo de "lo mexicano", lo que quiera que esto sea. Todavía se grita, todavía se seguirá gritando "¡Viva Villa!"

3. Pero eso es lo que falta por contar. De lo que hemos contado podemos concluir que es posible identificar la tradición de lucha de los pueblos libres y otros sectores de la sociedad norteña, con su participación colectiva en la revolución villista y la manera en que esta participación colectiva fue dando vida a una práctica y un proyecto revolucionarios. De acuerdo con eso, podemos afirmar qué:

a) El villismo fue la revolución popular y agraria acorde con las tradiciones y necesidades del norte del país.

b) El principal detonador de la violencia revolucionaria en el norte puede encontrarse en los pueblos de campesinos libres (rancheros). Muchas veces la resistencia de los pueblos durante el porfiriato, la defensa de sus tierras y su autonomía local, se ligan directamente con la revolución.

c) La unidad estructural fundamental de la División del Norte fueron las brigadas que, al menos al principio (1913-1914), reunían a la gente de una región determinada, que tenía demandas similares. Las brigadas eran dirigidas por el caudillo natural de la región.

d) Esta estructura de la División del Norte permitió la existencia de una serie de lealtades políticas, militares, personales y clientelistas que se superponían unas a otras y cruzaban como una correa de transmisión todo el escalafón militar de la División, desde los soldados hasta el general en jefe.

e) Estos grupos encontraron una expresión política y militar común, condensada en la División del Norte.

f) La División del Norte nació como una confederación de grupos rebeldes regionales de Chihuahua, Durango y La Laguna que, sin perder su identidad, se fueron transformando en una nueva y poderosa unidad de combate, en la que los rancheros formaban el pie veterano en torno al cual se unieron otros grupos sociales que sumaron su empuje y sus demandas a las de los rancheros.

g) La historia de los pueblos del norte, de sus tradiciones y necesidades, permiten entender la peculiar concepción villista de la reforma agraria, la movilidad social de sus jefes y soldados, su potencia ofensiva y la relativa autonomía de sus brigadas.

h) Las necesidades de la campaña militar y el carisma de Pancho Villa fueron las primeras razones que llevaron a los diversos grupos rebeldes a unirse y dar vida a la División, en el otoño de 1913. Con el tiempo, la comunidad de demandas, la búsqueda de un proyecto propio y la necesidad de hacer frente a los carrancistas, le darían gran firmeza a esa alianza.

i) La alianza entre los caudillos agraristas y populares del villismo con los intelectuales maderistas permitió que en el otoño de 1914 grupos de antecedentes y lugares muy diversos se unieran al villismo, pero dificultó la construcción de un proyecto de nación y una forma alternativa de gobierno. Es decir, uno de los factores de la fuerza militar y la debilidad política del villismo fue la temprana confluencia de estos dos grupos, los caudillos populares, que exigían cambios estructurales profundos e inmediatos, aunque no tenían claros los mecanismos de esa transformación, y los intelectuales maderistas, para quienes los problemas fundamentales del país eran la democracia política y la restauración de la normatividad constitucional, en cuyo marco debían efectuarse las reformas sociales que se estimasen necesarias.

## MAPAS

### Breve explicación de los mapas:

Los mapas 1 y 2 muestran algunas peculiaridades de la frontera y los límites de la colonización española en el septentrión, por lo que ilustran muchas de las cosas dichas a lo largo de los cuatro capítulos de la primera parte.

El mapa 3 muestra la reconstrucción hecha por Luis Aboites de los latifundios de los Terrazas y los Zuloaga y la hacienda Santa Clara, y corresponde a partes de los capítulos I y II, sobre todo I:1 y II:1.

El mapa 4 muestra las regiones fisiogeográficas de Durango. hay que decir que las líneas diagonales que dividen esas zonas se prolongan de manera parecida en Chihuahua. Puede explicar algunos de los problemas que presenta la vasta geografía revisada en esta tesis.

Las fincas algodoneras de La Laguna hacia 1900 están ilustradas en el mapa 5. Ilustran lo dicho en el capítulo IV, sobre todo IV:2 y IV:3.

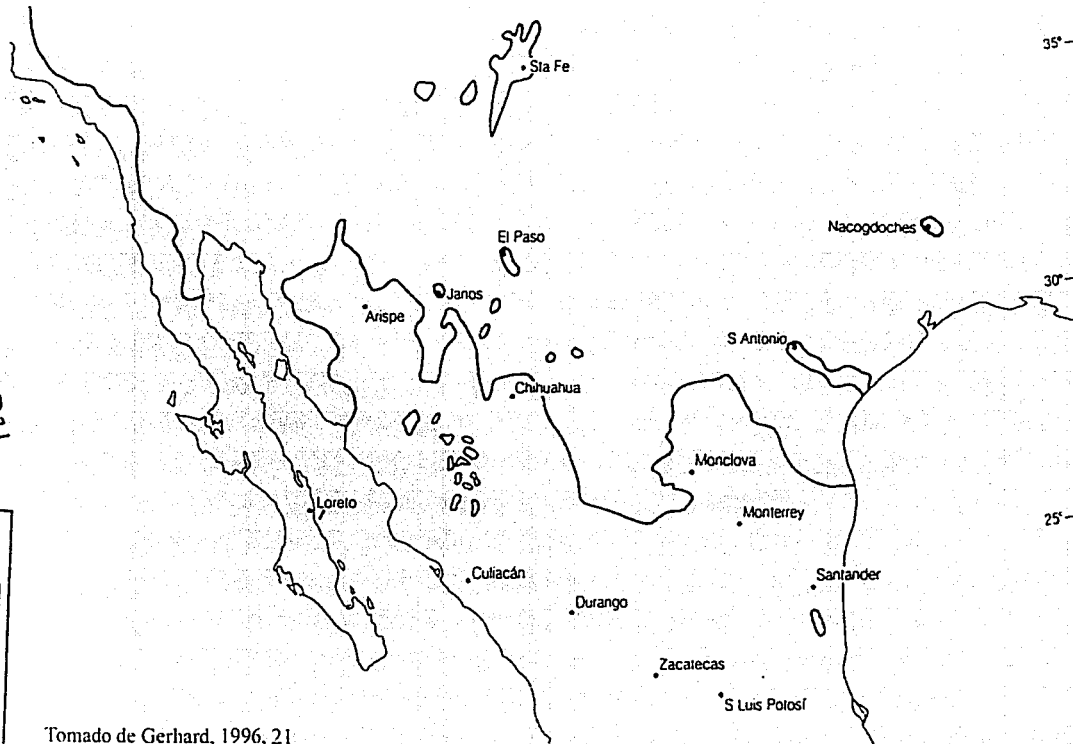
Los mapas 6 y 7 son la llave de los siguientes y más importantes mapas de esta sección. En ellos vemos los distritos y partidos del territorio villista, que nos permitirán entender las líneas divisorias y la ubicación de los siguientes.

Los mapas 8 al 15 muestran la ubicación de los pueblos de los diversos "países" en que dividí esta tesis, y siguen el orden de la exposición de los cuatro primeros capítulos y, casi siempre, los títulos de los capítulos y apartados. Sólo hay que aclarar que cuando una ciudad aparece entre paréntesis, está ahí sólo para precisar la ubicación de los pueblos de cada zona.

Los mapas 16 al 21 ilustran diversos aspectos y movimientos militares de la rebelión de 1910-11. Podrían estar seguidos de muchos mapas más, pero basta con estos para ilustrar el tipo de movimientos y distancias recorridas en las campañas del norte, con la certeza de que los mapas equivalentes para las rebeliones de 1912 y 1913 no harían sino repetir los patrones de levantamiento de 1910-11, como se insiste a lo largo de la tesis.

Sólo resta decir que los mapas 1 a 4 y 16 están tomados de otros libros, que se especifican en cada caso. El resto de los mapas fueron dibujados por Oscar Sanginés Coral, siguiendo mis indicaciones.

1. Límites de la ocupación española en 1800, según Peter Gerhard

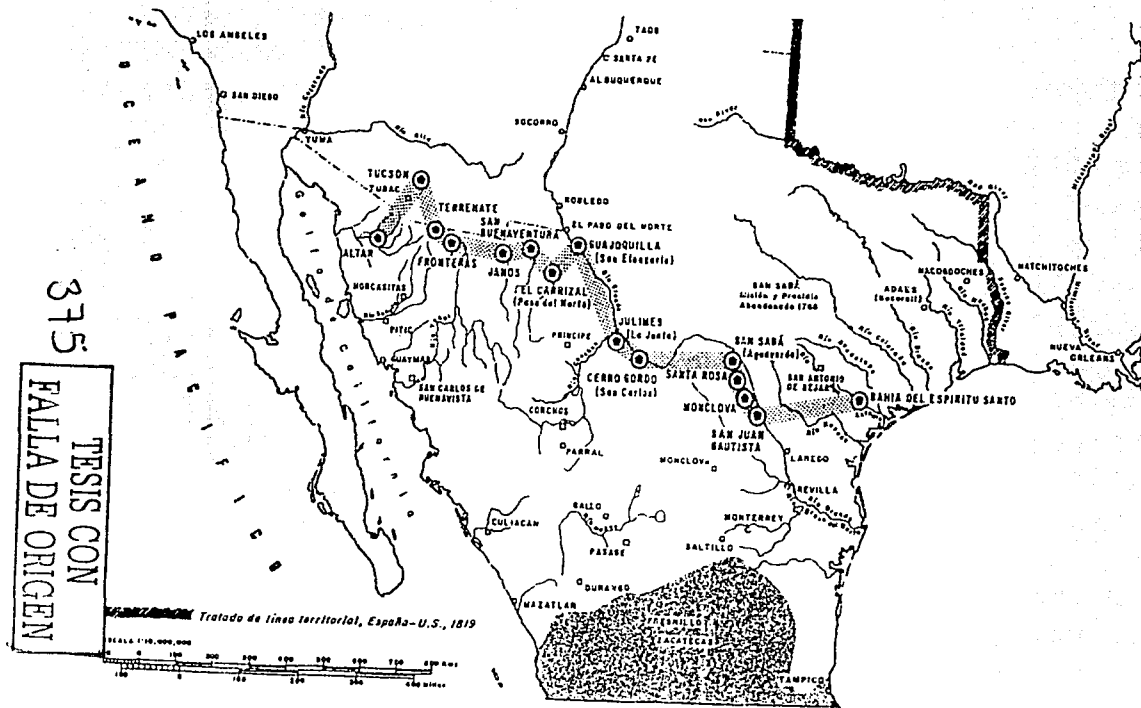


Tomado de Gerhard, 1996, 21

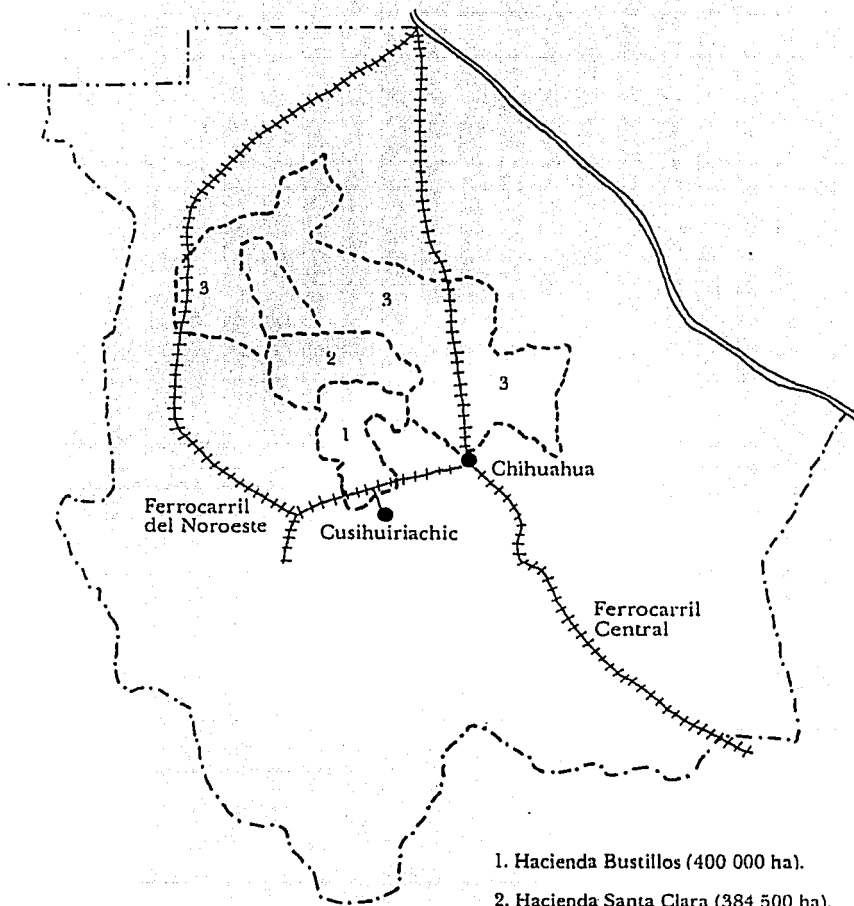
TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

374

2. La línea de presidios internos, 1772. En Velazquez, 1974, 172.



3. Tres latifundios de Chihuahua. Tomado de Aboites, 1995, 161.

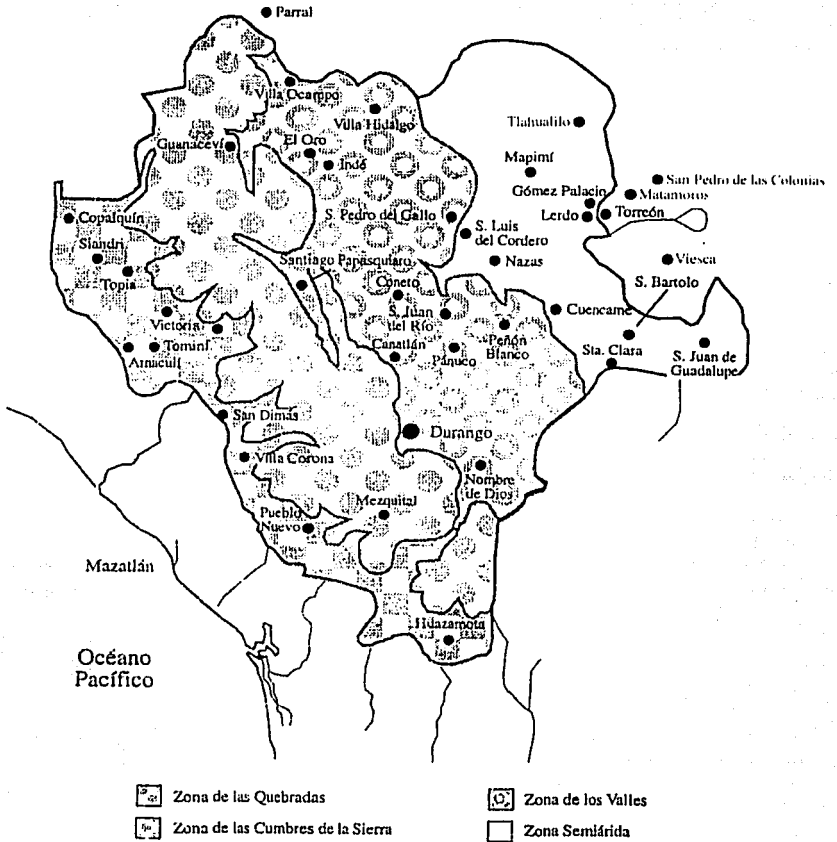


1. Hacienda Bustillos (400 000 ha).
2. Hacienda Santa Clara (384 500 ha).
3. Latifundio Terrazas (2 600 000 ha).

376

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

#### 4. Regiones fisiogeográficas de Durango



Tomado de Altamirano, 1997, 1:329.

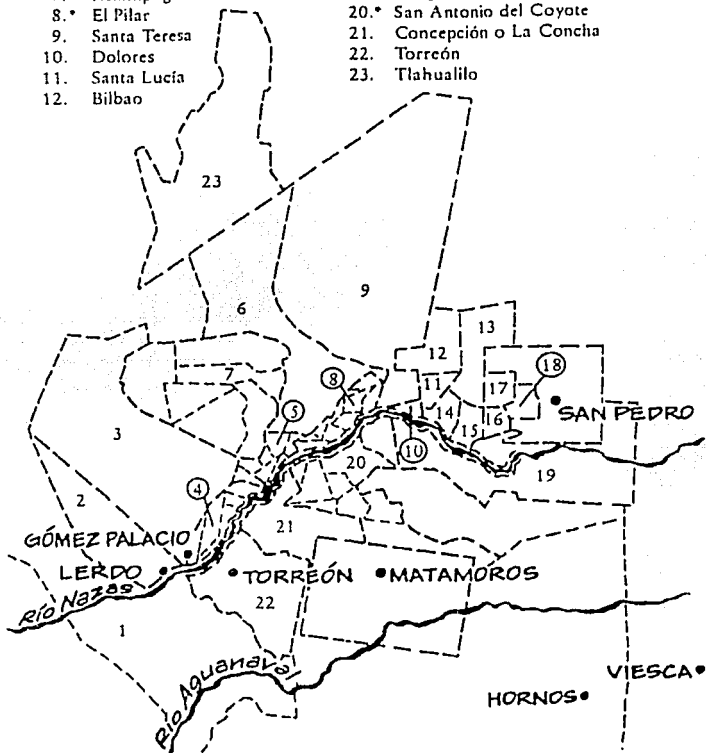
377

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN



5. Fincas algononeras de La Laguna. Tomado de Meyers, 1996, 76.

- |                      |                             |
|----------------------|-----------------------------|
| 1. San Juan de Casta | 13. Concordia               |
| 2. San Fernando      | 14. San Francisco           |
| 3. Noé               | 15. San Ignacio             |
| 4.* Santa Rosa       | 16. San Pablo               |
| 5.* Santa Cruz       | 17. San Antonio del Norte   |
| 6. Sacramento        | 18. Bolívar                 |
| 7.* Relámpago        | 19. San José de los Alamos  |
| 8.* El Pilar         | 20.* San Antonio del Coyote |
| 9. Santa Teresa      | 21. Concepción o La Concha  |
| 10. Dolores          | 22. Torreón                 |
| 11. Santa Lucía      | 23. Tlahualilo              |

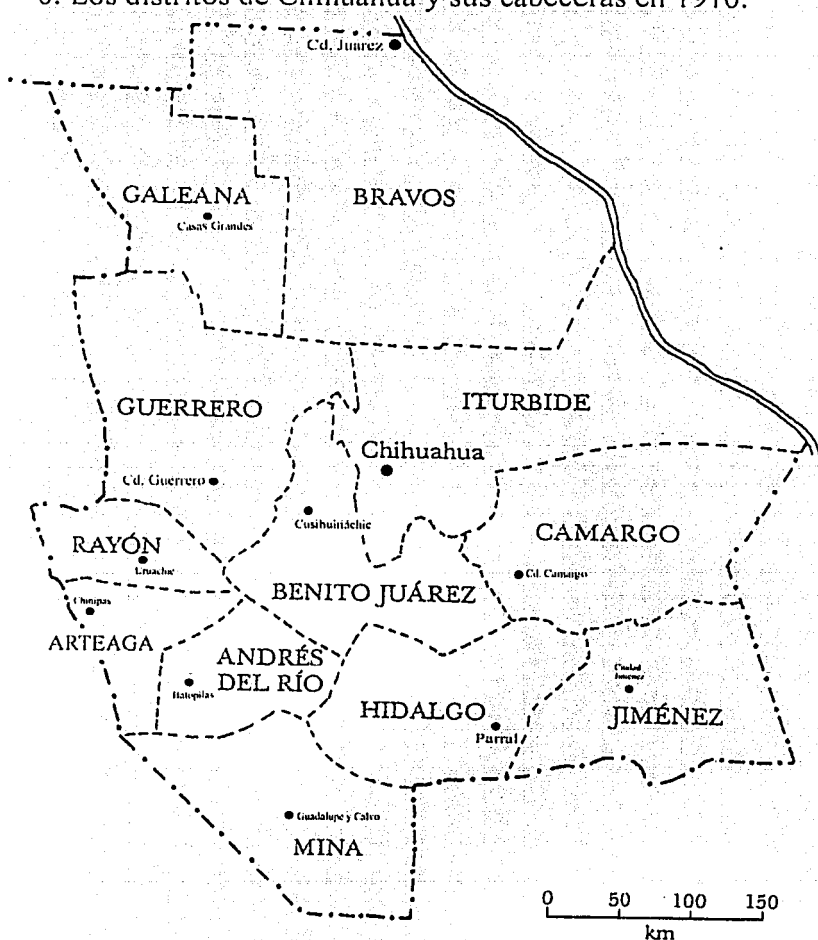


Fraccionamiento de las haciendas de La Laguna desde 1876 hasta 1910.

El asterisco (\*) indica las propiedades fraccionadas después de 1895.

Fuente: MOB, Colección General, núm. 1492, "Plano de la comarca algononera de La Laguna, Durango y Coahuila, región del río Nazas, Ing. Federico Wulff, 1914".

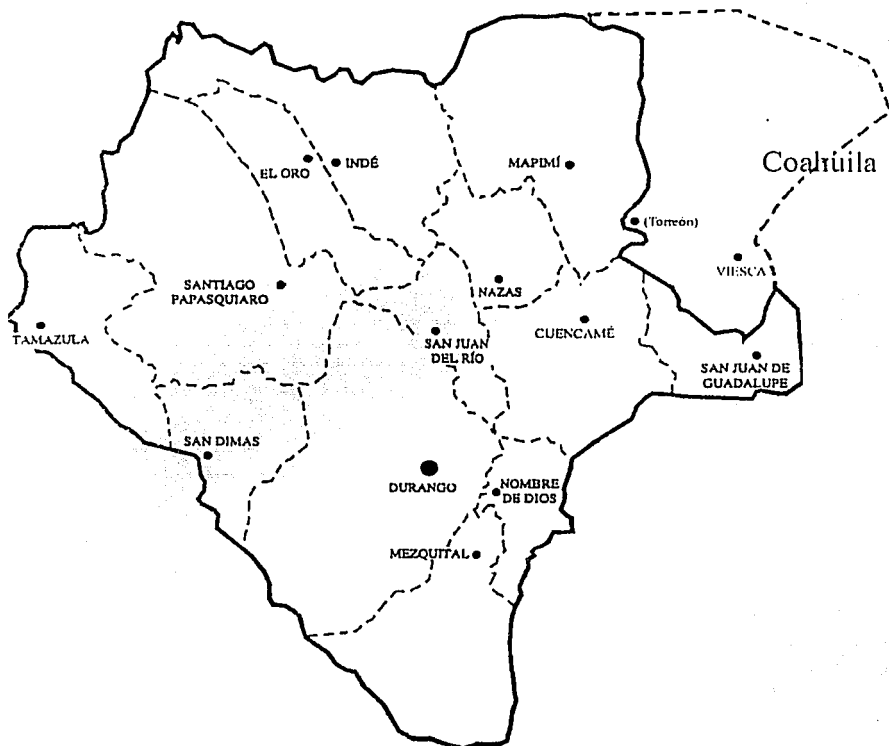
## 6. Los distritos de Chihuahua y sus cabeceras en 1910.



379

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

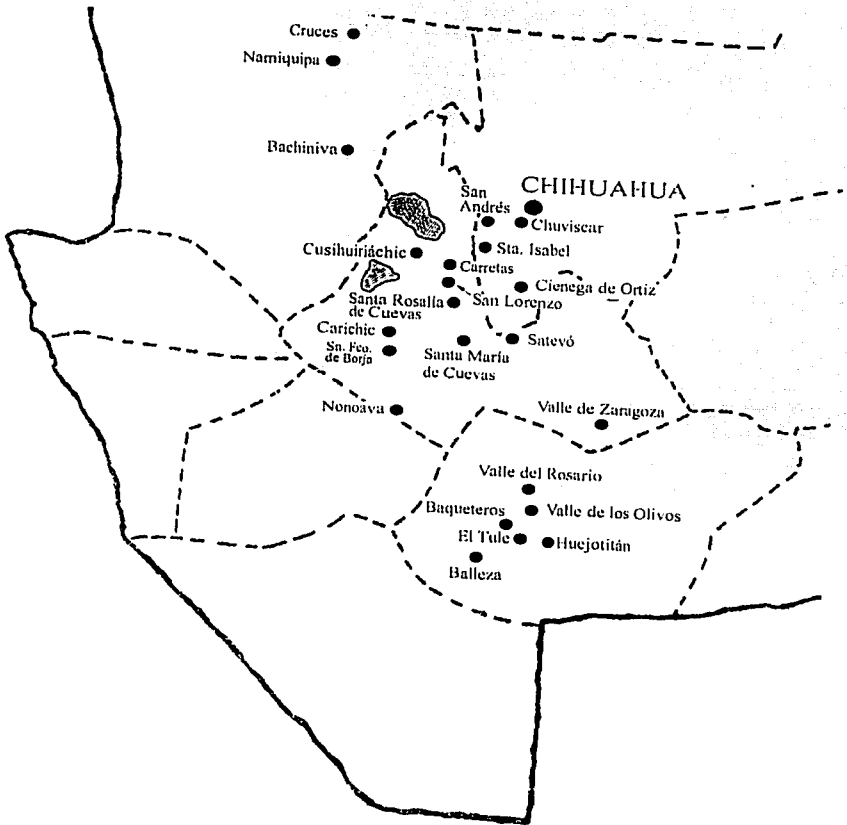
7. Los partidos de Durango y sus cabeceras,  
y distrito de Viesca, Coahuila, en 1910.



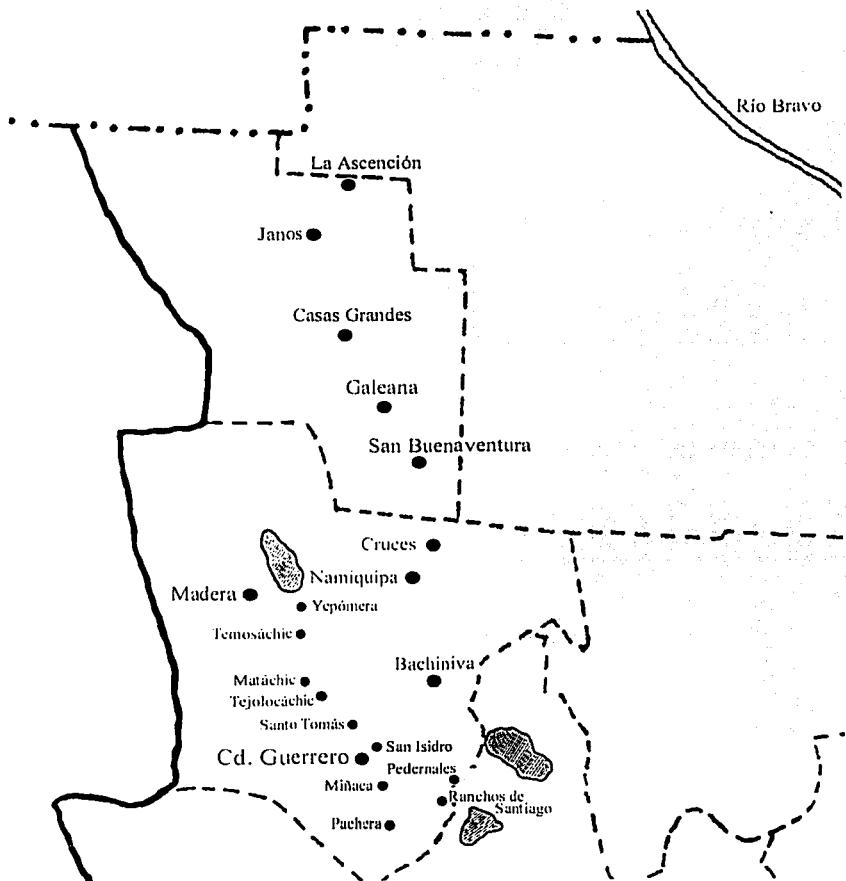
380

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

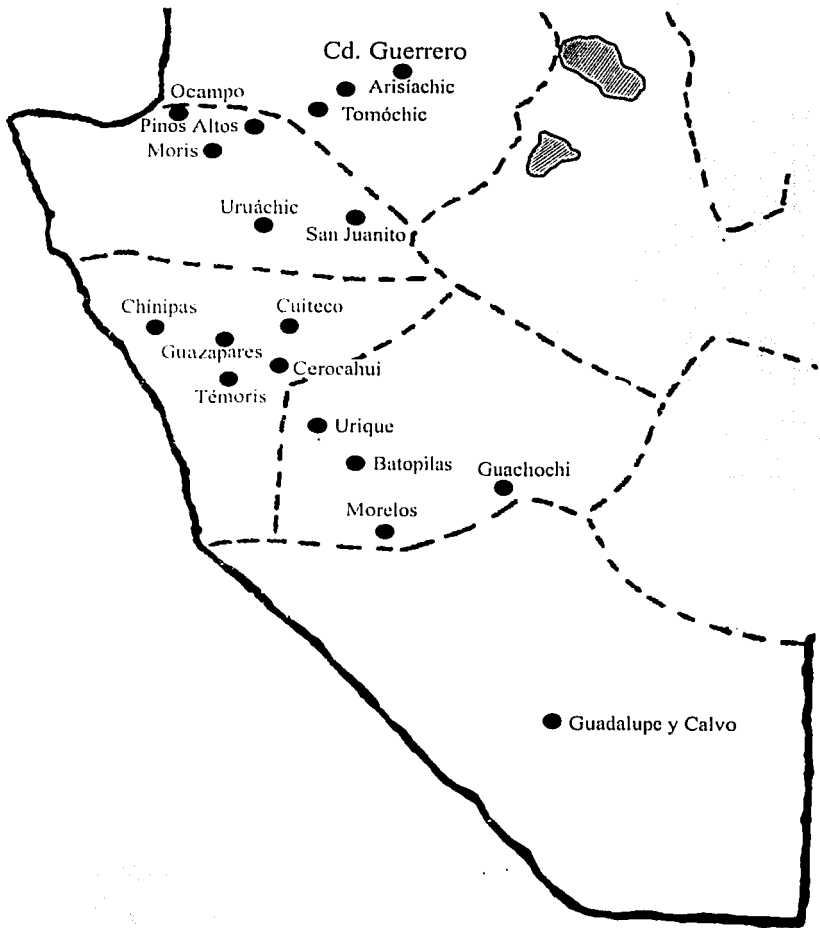
## 8. El país de Villa.



## 9. El País de Orozco (1)



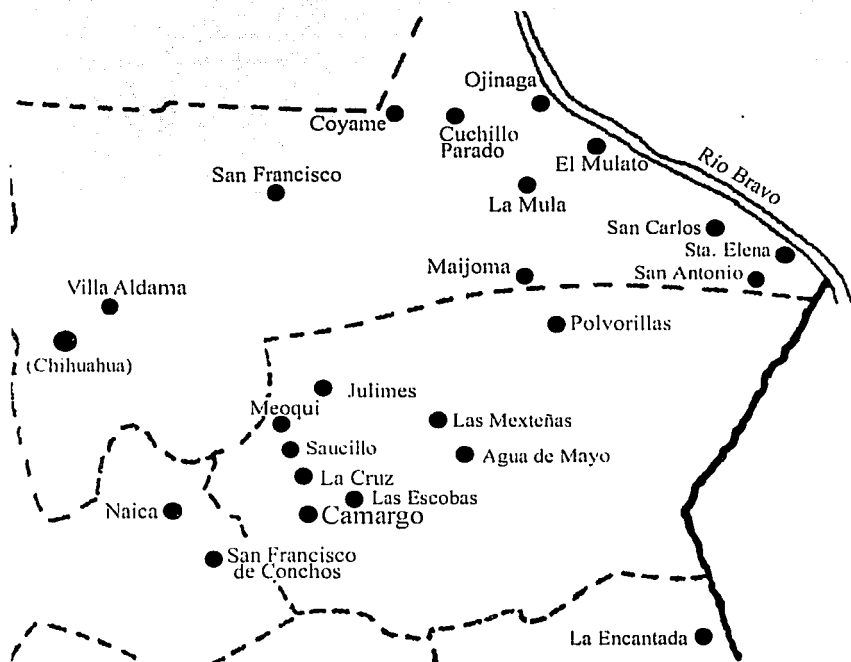
## 10. El País de Orozco (2).



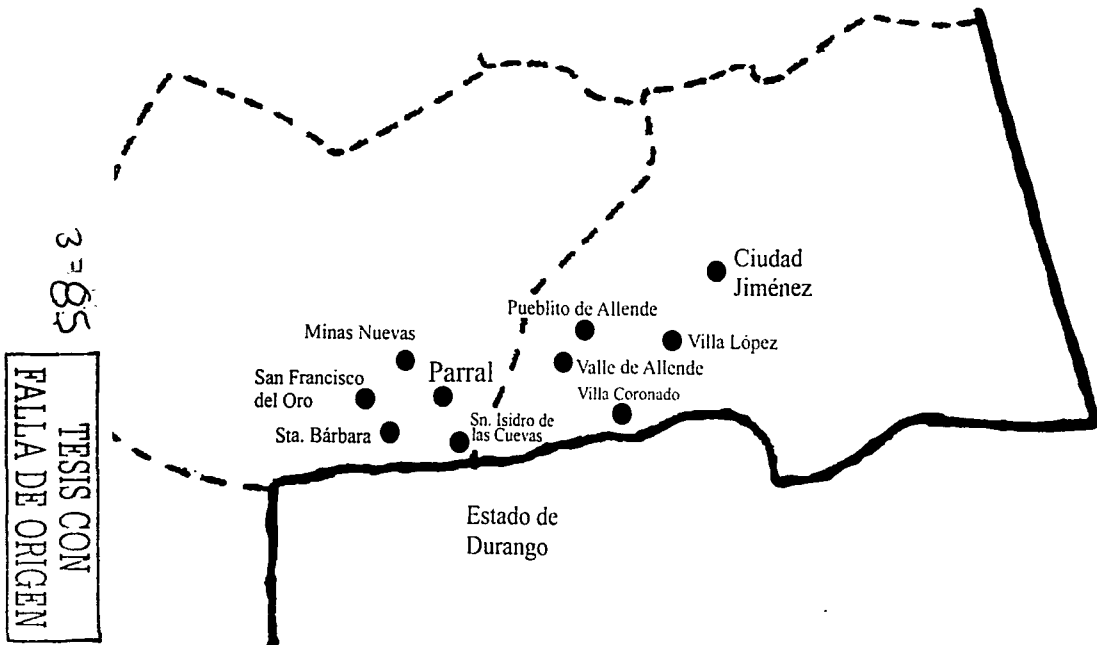
383

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

## 11. El país de Ortega. El país de Hernández.

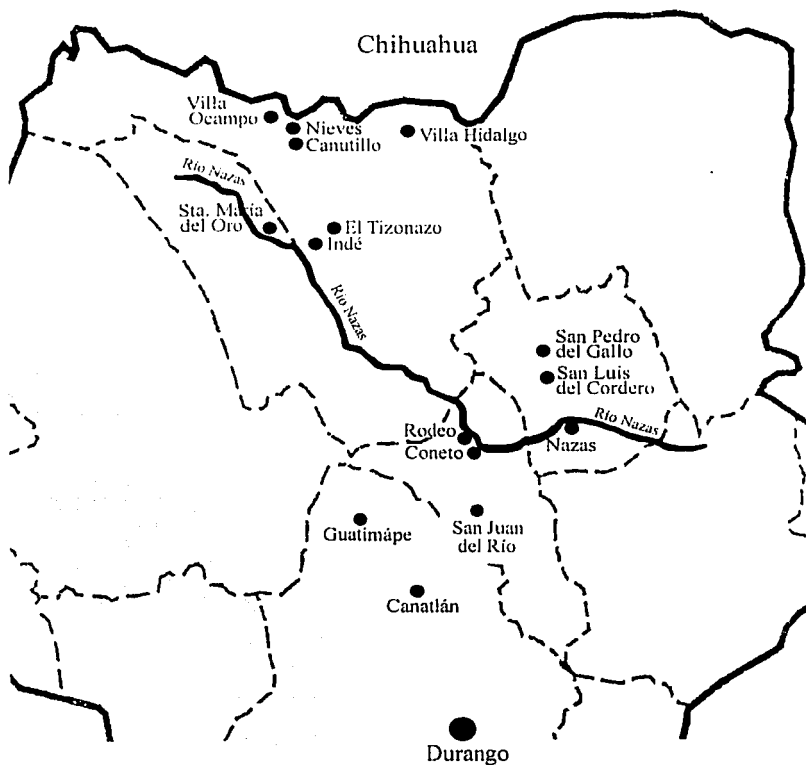


12. De Jiménez a Parral





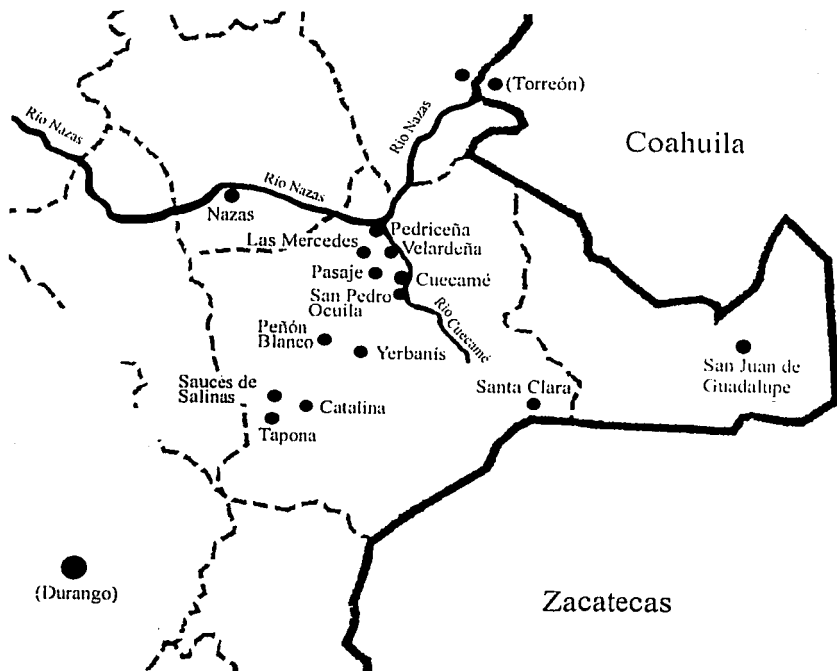
### 13. El país de Urbina y pueblos del centro de Durango



386

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

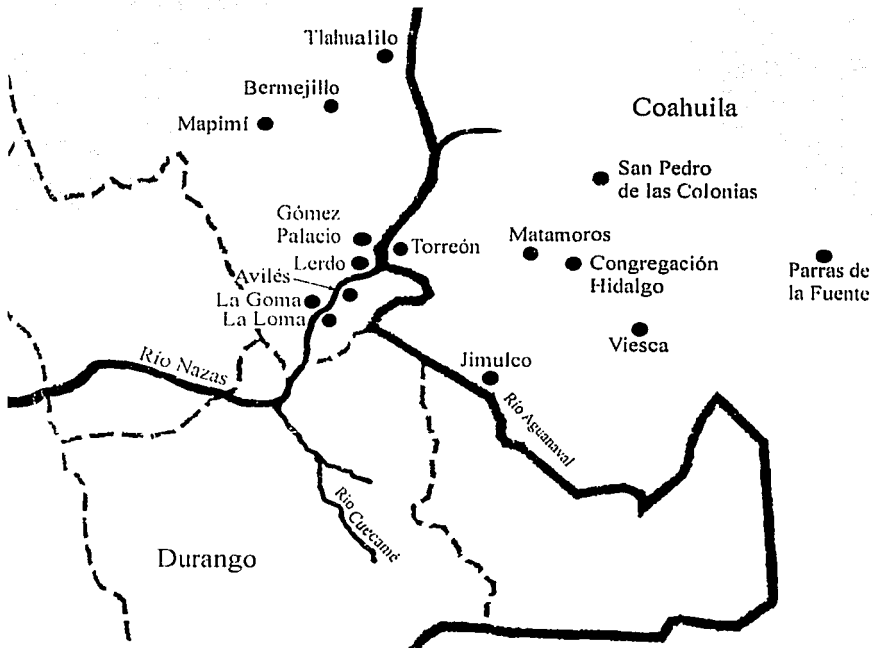
#### 14. El país de Contreras



387

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

## 15. La Laguna



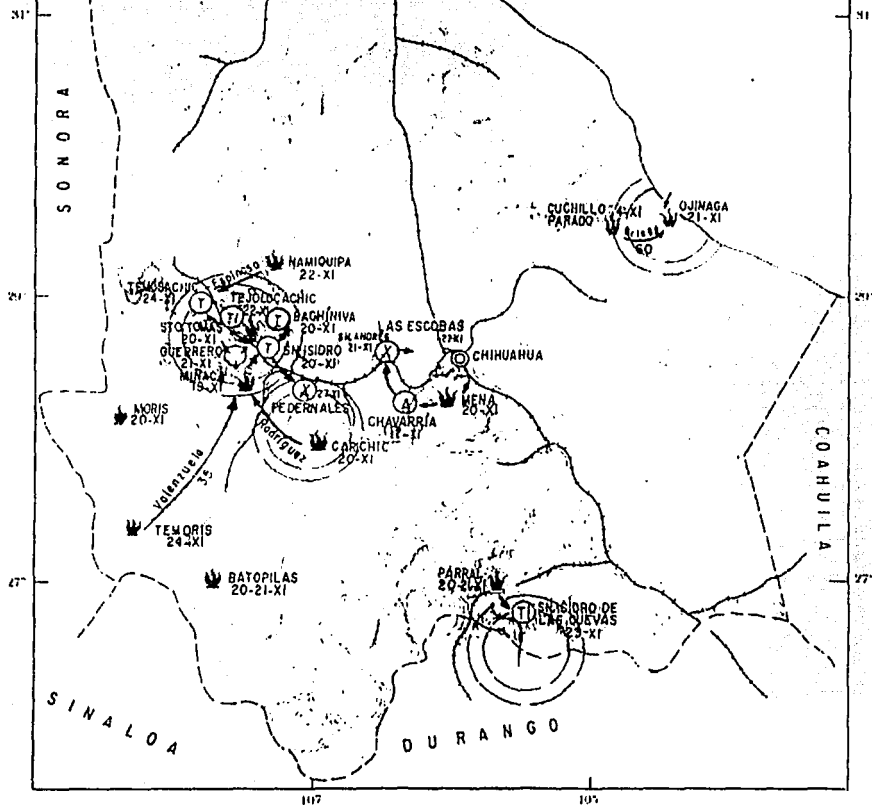
388

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

107°

105°

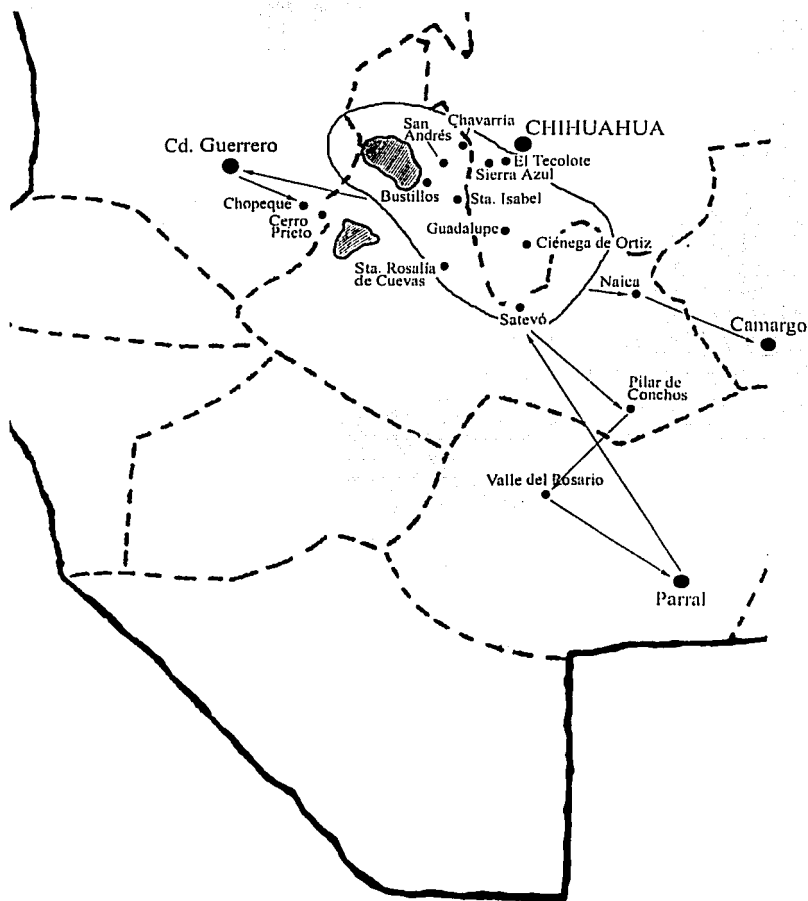
16. CHIHUAHUA  
ACCIONES REBELDES  
EN NOVIEMBRE  
Tomado de Potilla, 1995.



389

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

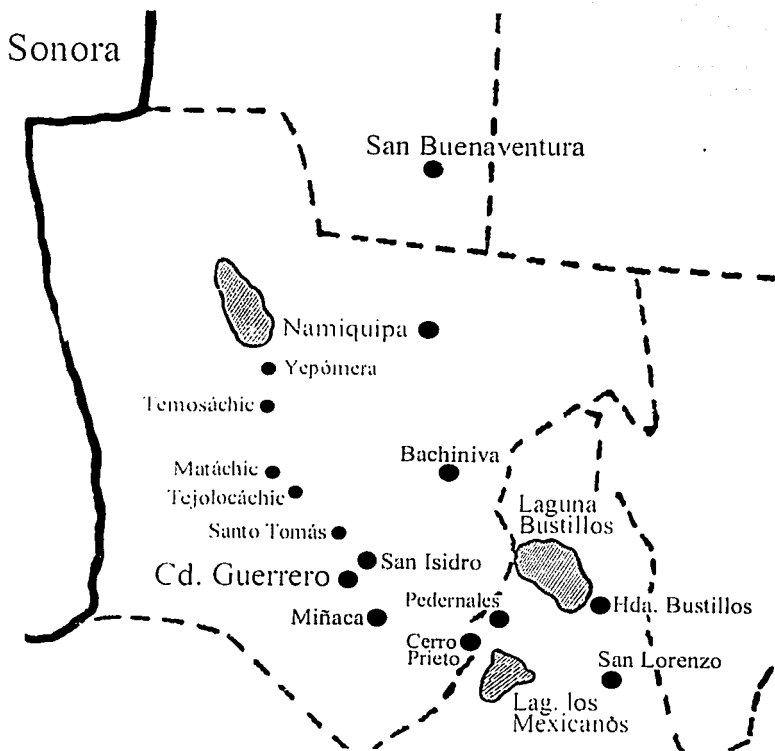
17. Operaciones de Pancho Villa, hasta  
su encuentro con Madero (1910-11).



390

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

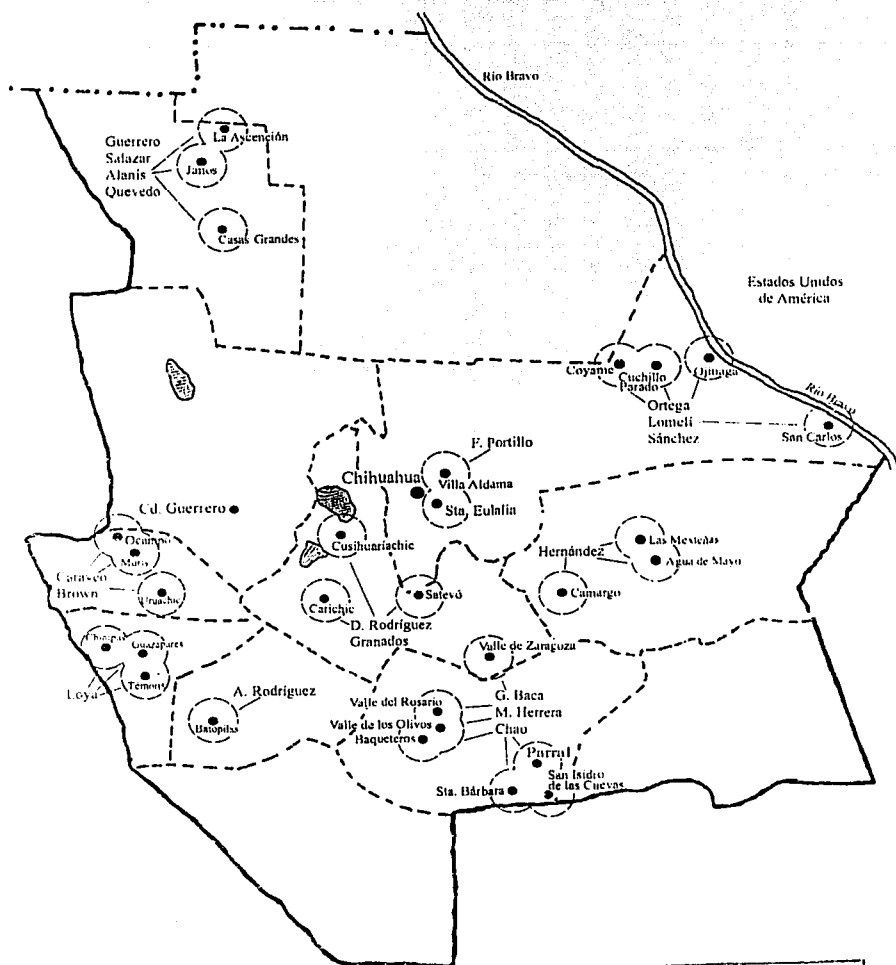
18. Zona de operaciones de Orozco  
en el invierno de 1910-11.



391

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

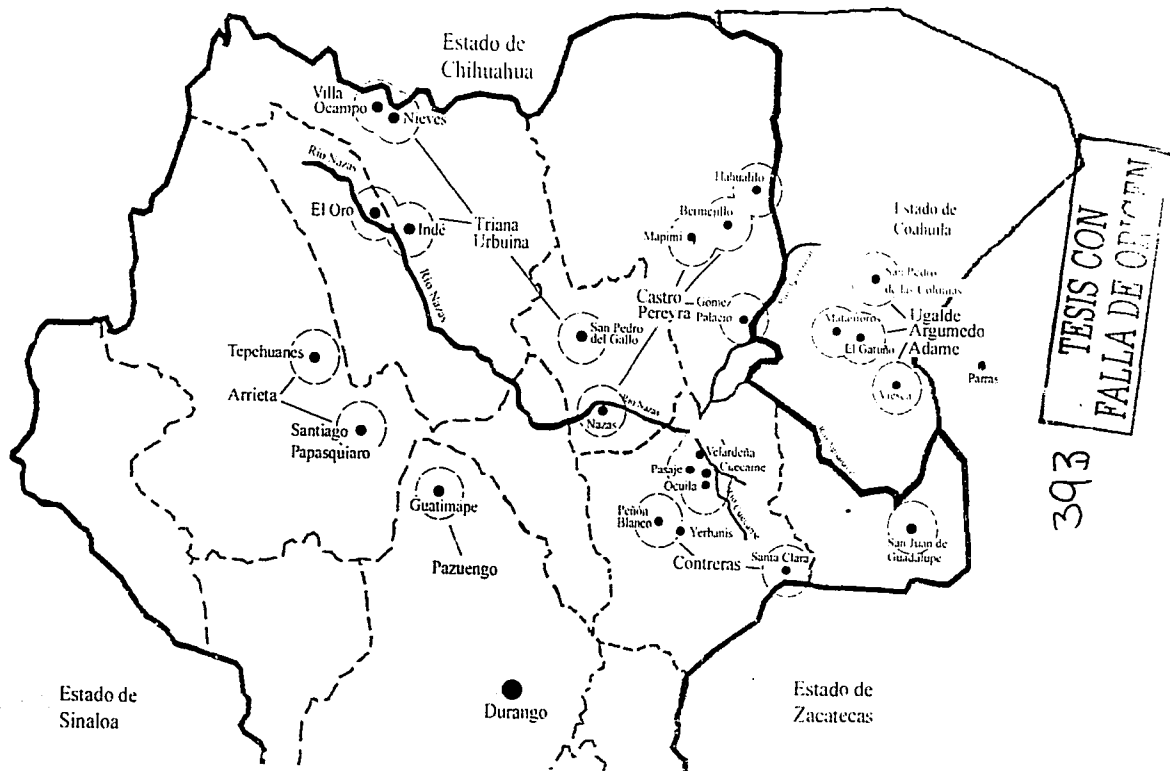
## 19. Otros núcleos rebeldes en Chihuahua, hasta febrero de 1911



392

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

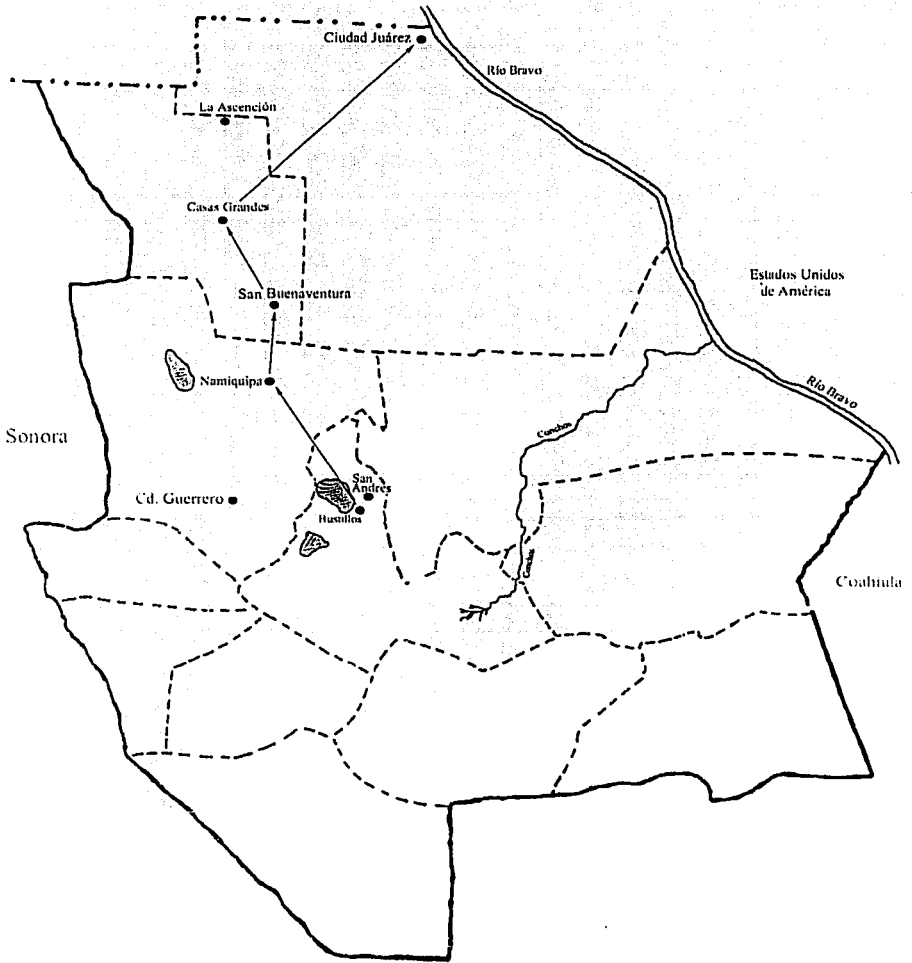
20. Rebeldes en Durango y La Laguna, 1911.





394

21. De Bustillos a Ciudad Juárez, 1911.



395

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

## FUENTES CONSULTADAS.

### 1.- Archivos

- (ACSDN) Archivo "Cancelados" de la Secretaría de la Defensa Nacional.  
(AFGG) Archivo Federico González Garza, Centro de Estudios de Historia de México Conudem.  
(AHRM) Archivo Histórico de la Revolución Mexicana, Patronato para la historia de Sonora.  
(AHSN) Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional.  
(AHSRA) Archivo Histórico de la Secretaría de la Reforma Agraria.  
(PIIO) Archivo de la Palabra-Proyecto de Historia Oral, INAH-Instituto Mora.

### 2.- Hemerografía

- (DOD) Diario Oficial de Durango.  
(El Correo) El Correo de Chihuahua.  
(POECH) Periódico Oficial del Estado de Chihuahua.

### 3. Fuentes bibliográficas de primera mano.<sup>1</sup>

- AGUIRRE BENAVIDES, Adrián, Errores de Madero, México, Editorial Jus, 1980, 178 pp.  
AGUIRRE BENAVIDES, Adrián, Madero el immaculado, México, Diana, 541 p.  
AGUIRRE BENAVIDES, Luis y Adrián, Las grandes batallas de la División del Norte al mando del general Francisco Villa, México, Editorial Diana, 1964, 205 pp.  
AGUIRRE BENAVIDES, Luis, De Francisco I. Madero a Francisco Villa. Memorias de un revolucionario. Prólogo de Martín Luis Guzmán, México, A. del Bosque Editor, 1966, 273 pp.  
ALESSIO ROBLES, Vito, La Convención Revolucionaria de Aguascalientes, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (Ediciones conmemorativas, Soberana Convención Revolucionaria de Aguascalientes, LXXV Aniversario), 1989, 475 pp.  
ALTAMIRANO, Graziella y Guadalupe VILLA (compiladoras), Chihuahua. Textos de su historia. 1824-1921, México, Gobierno del Estado de Chihuahua-Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1988, 3 v.  
ALTAMIRANO, Graziella y Guadalupe Villa (Investigación y compilación), La Revolución Mexicana. Textos de su historia, México, Secretaría de Educación Pública-Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1985, III t.  
AMAYA, Juan Gualberto, Madero y los auténticos revolucionarios de 1910. Hasta la Decena Trágica y fin del Gral. Pascual Orozco..., México, el autor, 1946, 488 pp.  
AMAYA, Juan Gualberto, Venustiano Carranza, caudillo constitucionalista. Segunda etapa, febrero de 1913 a mayo de 1920, México, edición del autor, 1947, 499 pp.  
ÁNGELES, Felipe, et. al., La batalla de Zacatecas, Zacatecas, s/e, 1999, 309 pp.  
AZCONA, Francisco B., Luz y verdad: Pancho Villa, el científico y la intervención, N. Orleans, 1914.  
BARRAGÁN RODRIGUEZ, Juan, Historia del Ejército y la Revolución Constitucionalista, (Edición facsimilar), México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (Biblioteca de Obras Fundamentales de la Independencia y la Revolución), 1985, 2 v.

<sup>1</sup> Considero como tales las memorias e historias escritas por protagonistas de la Revolución, así como los censos, leyes, documentos e informes de la época.

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

BARRERA FUENTES, Florencio (Introducción y notas), Crónicas y debates de las sesiones de la Soberana Convención Revolucionaria, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (Conmemoraciones Cívicas de 1964), 1964-65, III t.

BARTRA, Armando (prólogo, recopilación y notas), Regeneración 1900-1918. La corriente más radical de la revolución de 1910 a través de su periódico de combate, México, Hadise, 1972, 541 pp.

BONILLA JR., Manuel, Diez años de guerra, (Edición facsimilar de la de 1922), México, Fondo para la Historia de las Ideas Revolucionarias en México, 1976, 337 pp.

BONILLA JR., Manuel, El régimen maderista, México, El Universal, 1922, 124 pp.

BRECFEDA, Alfredo, México revolucionario, (Edición facsimilar), México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (Biblioteca de Obras Fundamentales de la Independencia y la Revolución), 1985, II t.

BRONDO WHITE, Encarnación, La División del Norte, Chihuahua, Ayuntamiento de Chihuahua, 1994, 362 pp.

BUIÑES, Francisco, Toda la verdad acerca de la Revolución mexicana. La responsabilidad criminal del presidente Wilson en el desastre mexicano, México, Libro-Mex Editores, 1977, 313 pp.

CALZADIAZ BARRERA, Alberto, Hechos reales de la Revolución, México, Editorial Patria, 1958-1982, VIII t.

CAMPOBELLO, Nellie, "Cartucho. Relatos de la lucha en el Norte", en Antonio Castro Leal (Selección), La novela de la Revolución mexicana, México, Aguilar Mexicana de Ediciones, 1960, II t. Tomo I, pp. 929-968.

CAMPOBELLO, Nellie, Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa, México, Edición y Distribución Ibero-Americana de Publicaciones, 1940, 207 pp.

CARAVEO ESTRADA, Baudelio B., Historias de mi odisea revolucionaria. La revolución en la Sierra de Chihuahua y la Convención de Aguascalientes, presentación de Jesús Vargas Valdez, Chihuahua, Doble Hélice ediciones, 1996, 428 pp.

CARAVEO, Marcelo, Crónica de la Revolución (1910-1929), México, Ed. Trillas, 1992, 207 pp.

CARTA abierta que al señor presidente de la república general don Porfirio Díaz dirigen los indígenas de los pueblos unidos de Santiago y San Pedro Ocuila, de la municipalidad de Cuencamé, estado de Durango, exponiéndole los atentados de que han sido objeto por parte de algunas autoridades de aquel estado, México, s/c, 1901, 30 pp.

Censo General de la República Mexicana, verificado el 20 de octubre de 1895. Censo de Coahuila, México, Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, 1898,

Censo General de la República Mexicana, verificado el 20 de octubre de 1895. Censo de Chihuahua, México, Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, 1898, 80 pp.

Censo General de la República Mexicana, verificado el 20 de octubre de 1895. Censo de Durango, México, Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, 1898,

Censo y división territorial del Estado de Coahuila, México, Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, 1904, 172-33 pp.

Censo y división territorial del Estado de Chihuahua, México, Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, 1904, 258-23 pp.

Censo y división territorial del Estado de Durango, México, Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, 1902, 167-51 pp.

CERVANTES, Federico, Felipe Angeles y la Revolución de 1913. Biografía (1869-1919), (Segunda edición), México, s/c, 1943, 381 pp.

CERVANTES, Federico, Francisco Villa y la Revolución, (Edición facsimilar), México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (Biblioteca de Obras Fundamentales de la Independencia y la Revolución), 1985, 828 pp.

CORRAL DE VILLA, Luz, Pancho Villa en la intimidad, prólogo de José Vasconcelos, México, Edición de la autora, 1948.

CREEL, Enrique C., Agricultura y agrarismo, México, Centro de Estudios Histórico del Agrarismo en México, 1986.

- De cómo vino Huerta y cómo se fue... apuntes para la historia de un régimen militar (Primer tomo), México, Librería General, 1914, 412 pp.
- División territorial de los Estados Unidos Mexicanos. Coahuila, México, Imprenta y Fototipia de la Secretaría de Fomento, 1913.
- División territorial de los Estados Unidos Mexicanos. Chihuahua, México, Imprenta y Fototipia de la Secretaría de Fomento, 1913, 72 pp.
- División territorial de los Estados Unidos Mexicanos. Durango, México, Imprenta y Fototipia de la Secretaría de Fomento, 1913. (resultados del Censo de 1910).
- DORADOR, Silvestre, Mi prisión, la defensa social y la verdad del caso: una página para la historia de la Revolución Constitucionalista en Durango, México, Departamento de Talleres Gráficos, 1916, 253 pp.
- ESCUADERO, José Agustín de, Noticia Estadística del Estado de Durango, México, 1849.
- ESCUADERO, José Agustín de, Noticias estadísticas del estado de Chihuahua, México, Juan Ojeda, 1834, 253 pp.
- ESCUADERO, José Agustín de, Observaciones sobre el estado actual del departamento de Chihuahua y los medios de ponerlo a cubierto de las invasiones de los bárbaros, México, Juan Ojeda, 1839, 29 pp.
- ESTRADA, Roque, La Revolución y Francisco I. Madero. Primera, segunda y tercera etapas, (Edición facsimilar de la de 1912), México, INEHRM, 1985, 502 pp.
- FABELA, Isidro (editor), Documentos históricos de la Revolución Mexicana. Revolución y régimen constitucionalista I, México, FCE, 1960, VIII+553 pp.
- FABELA, Isidro y Josefina E. de Fabela (editores), Documentos históricos de la Revolución Mexicana. XXI: Emiliano Zapata, el Plan de Ayala y su política agraria, México, Editorial Jus, 1970, 334 pp.
- FRÍAS, Heriberto, Tomóhcic, México, Editorial Porrúa ("Sepan Cuántos..." 92), 1973.
- GIMENO, Conrado, La Canalla Roja. Notas acerca del movimiento sedicioso por... capitán que fue de las fuerzas rebeldes de Pascual Orozco, El Paso, Texas, s/e, 1912, 20 pp.
- GOMEZ, Marte R., La reforma agraria en las filas villistas, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1966, 355 pp.
- GONZÁLEZ GARZA, Federico, La revolución mexicana. Mi contribución político-literaria, México, INEHRM, 1985, 478 pp.
- GUZMAN, Martín Luis, El águila y la serpiente, México, Editorial Porrúa (Colección de Escritores Mexicanos), 1987, 471 pp.
- GUZMAN, Martín Luis, Memorias de Pancho Villa, México, Editorial Porrúa (Colección "Sepan cuantos..." Núm. 438), 1984, 612 pp.
- HERRERA, Celia, Francisco Villa ante la historia, 4ª Edición, México, Costa-Amic, 1981.
- JAURRIETA, José María, Con Villa (1916-1920), memorias de campaña, Introducción y notas Guadalupe Villa Guerrero, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Memorias Mexicanas), 1997, 281 pp.
- MADERO, Francisco I., Epistolario, México, INEHRM, 1985, II t.
- MADERO, Francisco I., Estudio sobre la conveniencia de la construcción de una presa..., San Pedro de las Colonias, s.p.l., 1907.
- MADERO, Francisco I., La sucesión presidencial en 1910, prólogo de Alfonso Taracena, Saltillo, Ediciones del Gobierno de Coahuila (Colección del pensamiento revolucionario de México, 1), 1958, XVI-398 pp.
- MADERO, Francisco I., La sucesión presidencial, prólogo de Enrique Krauze, México, Cifo, 1994, 95 pp.
- MAGAÑA, Gildardo, Emiliano Zapata y el agrarismo en México, tercera edición, México, Comisión para la Conmemoración del Centenario del Natalicio del General Emiliano Zapata, 1979, tt. I a III.
- MÁRQUEZ STERLING, Manuel, Los últimos días del presidente Madero (mi gestión diplomática en México), México, INEHRM, 1995, 686 pp.
- MARQUEZ, J. M., El veintuno. Hombres de la Revolución y sus hechos, Oaxaca, s/e, 1916.

- MATUTE, Álvaro (Compilación y prólogo), Documentos relativos al general Felipe Angeles, México, Editorial Domés, 1982, 368 pp.
- MENA BRITO, Bernardino, Carranza, sus amigos, sus enemigos, Méxco, Ediciones Botas, 1935, 689 pp.
- MENA BRITO, Bernardino, El lugarteniente gris de Pancho Villa (Felipe Angeles), México, Mariano Coli, 1938, 456 pp.
- MENA BRITO, Bernardino, Felipe Angeles federal, México, Ediciones Herreras, 1936, 303 pp.
- MENA BRITO, Bernardino, Ocho diálogos con Carranza, (2a. Edición. Corregida y aumentada), México, Editores Mexicanos Unidos, 1964, 340 pp.
- MERCADO, Salvador R., Revelaciones históricas, 1913-1914, México, s/e, 1916, 93 pp.
- MOLINA ENRIQUEZ, Andrés, Los grandes problemas nacionales, Prólogo de Arnaldo Córdova, México, Ediciones Era (Colección Problemas de México), 1978, 523 pp.
- MUÑOZ, Ignacio, Verdad y mito de la Revolución mexicana, México, Ediciones Populares, 1962, III t.
- OBREGÓN, Alvaro, Ocho mil kilómetros en campaña, (Segunda edición), Estudios preliminares de Francisco L. Urquiza y Francisco J. Grajales, Apéndice de Manuel González Ramírez, México, Fondo de Cultura Económica (Fuentes para la Historia de la Revolución Mexicana, V), 1959, CXXVIII-619 pp.
- OLEA ARIAS, Heliódoro, Apuntes históricos de la Revolución de 1910-1911: de Bachiniva a Cd. Juárez, Chihuahua, s.p.i., 1961, 121 pp.
- ONTIVEROS, Francisco de Paula, Toribio Ortega y la Brigada González Ortega, Chihuahua, Imprenta El Norte, 1914, 168 pp.
- Ordenanza general del Ejército promulgada por decreto número 224 de 11 de diciembre de 1911, México, Secretaría de Guerra y Marina, 1912, 261 pp.
- OROZCO, Wistano Luis, Legislación y jurisprudencia sobre terrenos baldíos, México, 1895.
- OSORIO, Rubén, La correspondencia de Francisco Villa. Cartas y telegramas de 1912 a 1923, Chihuahua, Premio Chihuahua de Ciencias Sociales, 1986.
- PARRA DURÁN, Lorenzo, Cómo empezó la Revolución en Durango hace veinte años, Mérida, Tipográfica Yucateca, 1930, 95 pp.
- PAZUENGO, Matías, La Revolución en Durango, Durango, Comisión Editora del Gobierno del Estado, 1988, 66 pp.
- PONCE DE LEÓN, José María, Datos geográficos y estadísticos del estado de Chihuahua, Chihuahua, Imprenta del Gobierno, 1907, 99 pp.
- PUENTE, Ramón, Hombres de la Revolución. Villa (sus auténticas memorias), Los Angeles, California, Spanish-American Publishing Co., 1931, 250 pp.
- PUENTE, Ramón, Pascual Orozco y la revuelta de Chihuahua, México, E. Gómez de la Puente, 1912, 122 pp.
- PUENTE, Ramón, Villa en pie, México, Editorial México Nuevo, 1937, 181 pp.
- RABASA, Emilio O., Santa Catalina del Alamo. Amparo promovido por la Testamentaria Martínez del Río contra resoluciones administrativas en materia agraria. Alegatos del Lic... ante la Suprema Corte de la Nación, México, s.p.i., 1923, 29 pp.
- RAMÍREZ, José Fernando, Noticias históricas y estadísticas de Durango, 1849-1850, México, Ignacio Cumplido, 1851, 87 pp.
- RAMÍREZ, Santiago, Noticia histórica de la riqueza minera de México y de su actual estado de explotación, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1884, 768 pp.
- REED, John, México insurgente, (Tercera Edición), México, Ediciones de Cultura Popular, 1975, 255 pp.
- REED, John, Villa y la Revolución mexicana, prólogo de Jorge Ruffinelli, México, Editorial Nueva Imagen, 1983, 214 pp.
- ROBLEDO, Federico P., El constitucionalismo y el traidor F. Villa a la luz de la verdad, Matamoros, Ediciones El Demócrata, 1916, 174 pp.

ROUAIX, Pastor, Consideraciones generales sobre el estado social mexicano antes de la Revolución. Régimen político del estado de Durango durante la administración porfirista, Durango, Gobierno del Estado, 1927, 74 pp.

ROUAIX, Pastor, Diccionario geográfico, histórico y biográfico del estado de Durango, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1946, 518 pp.

ROUAIX, Pastor, Geografía del estado de Durango, Tacubaya, Talleres Gráficos de la Secretaría de Agricultura y Fomento, 1929, 268 pp.

ROUAIX, Pastor, Régimen agrario del estado de Durango anterior a 1910, Durango, Gobierno del Estado, 1927, 29 pp.

SHEPHERD, Grant, Batopilas, Chihuahua, Ayuntamiento de Chihuahua, 1995, 331 pp.

SHEPHERD, Grant, Magnate de plata (Batopilas), Chihuahua, Centro Librero La Prensa, 1994, 329 pp.

TERRAZAS, Joaquín, Memorias. La guerra contra los apaches, Chihuahua, Centro Librero La Prensa, 1994, 165 pp.

TERRAZAS, Silvestre, El verdadero Pancho Villa. El Centauro del Norte... sus heroicas batallas y acciones revolucionarias, Presentación de Friedrich Katz, Biografía de Silvestre Terrazas por Margarita Terrazas Perches, México, Ediciones Era (Colección Problemas de México), 1985, 243 pp.

TERRONES BENITEZ, Adolfo, "Campaña en la Comarca Lagunera", en El Legionario; Órgano Mensual de Divulgación Doctrinaria e Información, Vol. 8, no. 92, México, Secretaría de la Defensa Nacional, Legión de Honor Mexicana, Comandancia General, octubre de 1958, pp. 15-19.

TERRONES BENITEZ, Adolfo, "Campaña en la Comarca Lagunera", en El Legionario; Órgano Mensual de Divulgación Doctrinaria e Información, Vol. 8, no. 93, México, Secretaría de la Defensa Nacional, Legión de Honor Mexicana, Comandancia General, noviembre de 1958, pp. 34-38.

TERRONES BENITEZ, Adolfo, "Combate en la estación y pueblo de San Carlos el 22 de julio de 1937", en El Legionario. Órgano de la Legión de Honor Mexicana, v. 7, núm 72 (México, febrero de 1957), pp. 12-17.

TERRONES BENITEZ, Adolfo, "Combate en la Hacienda de Loma, Dgo.", en El Legionario; Órgano Mensual de Divulgación Doctrinaria e Información, Vol. 8, no. 91, México, Secretaría de la Defensa Nacional, Legión de Honor Mexicana, Comandancia General, septiembre de 1958, pp. 36-40.

TERRONES BENITEZ, Adolfo, "El combate en Canatlán, Dgo., en contra de las fuerzas orozquistas al mando del Gral. Luis Caro", en El Legionario. Órgano de la Legión de Honor Mexicana, v. 6, núm 66 (México, agosto de 1956), pp.19-23.

TERRONES BENITEZ, Adolfo, "La batalla en el poblado de Avilés, Dgo. (20 de septiembre de 1913)", en El Legionario; Órgano Mensual de Divulgación Doctrinaria e Información, Vol. 7, no. 81, México, Secretaría de la Defensa Nacional, Legión de Honor Mexicana, Comandancia General, noviembre de 1957, pp. 21-28.

TERRONES BENITEZ, Adolfo, "La marcha a la Plaza de Torreón", en El Legionario. Órgano de la Legión de Honor Mexicana, v. 7, núm 71 (México, enero de 1957), pp. 50-55.

TERRONES BENITEZ, Adolfo, "La última batalla de Torreón (Cap. VII)", en El Legionario. Órgano de la Legión de Honor Mexicana, v. 6, núm 63 (México, mayo de 1956), pp. 36-39.

TERRONES BENITEZ, Adolfo, "La última batalla de Torreón, (Capítulo V)", en El Legionario. Órgano de la Legión de Honor Mexicana, v. 6, núm 61 (México, marzo de 1956), pp. 35-42.

TERRONES BENITEZ, Adolfo, "La última batalla de Torreón, verificada en marzo y abril de 1914 (Cap. VI)", en El Legionario. Órgano de la Legión de Honor Mexicana, v. 6, núm 62 (México, abril de 1956), pp. 27-34.

TERRONES BENITEZ, Adolfo, "La última batalla de Torreón. Verificada en marzo y abril de 1914 (Capítulo III)", en El Legionario. Órgano de la Legión de Honor Mexicana, v. 6, núm 59 (México, enero de 1956), pp. 18-25.

TERRONES BENITEZ, Adolfo, "Pedriceña Dgo. (5 de agosto de 1913)", capítulo I, en El Legionario; Órgano Mensual de Divulgación Doctrinaria e Información, Vol. 7, no. 78, México, Secretaría de la Defensa Nacional, Legión de Honor Mexicana, Comandancia General, agosto de 1957, pp. 8-13.

TERRONES BENITEZ, Adolfo, "Pedriceña Dgo. (5 de agosto de 1913)", capítulo II, en El Legionario; Órgano Mensual de Divulgación Doctrinaria e Información, Vol. 7, no. 79, México, Secretaría de la Defensa Nacional, Legión de Honor Mexicana, Comandancia General, septiembre de 1957, pp. 27-32.

TERRONES BENITEZ, Adolfo, "Preparativos para el ataque a Durango (Cap. II)", en El Legionario, Órgano de la Legión de Honor Mexicana, v. 6, núm 70 (México, diciembre de 1956), pp. 13-15.

TERRONES BENITEZ, Adolfo, "Preparativos para lograr un nuevo ataque a la plaza de Durango (Cap. I)", en El Legionario, Órgano de la Legión de Honor Mexicana, v. 6, núm 69 (México, noviembre de 1956), pp. 21-23.

TERRONES BENITEZ, Adolfo, "Primer ataque a la Plaza de Durango (Cap. II)", en El Legionario, Órgano de la Legión de Honor Mexicana, v. 6, núm 65 (México, julio de 1956), pp. 22-29.

TERRONES BENITEZ, Adolfo, "Primer ataque a la Plaza de Durango, efectuado del 24 al 26 de abril de 1913", en El Legionario, Órgano de la Legión de Honor Mexicana, v. 6, núm 64 (México, junio de 1956), pp. 13-20.

TERRONES BENITEZ, Adolfo, "Primera batalla de Torreón (Cap. II)", en El Legionario, Órgano de la Legión de Honor Mexicana, v. 7, núm 74 (México, abril de 1957), pp. 11-15.

TERRONES BENITEZ, Adolfo, "Primera batalla de Torreón (Cap. III)", en El Legionario, Órgano de la Legión de Honor Mexicana, v. 7, núm 75 (México, mayo de 1957), pp. 27-33.

TERRONES BENITEZ, Adolfo, "Primera batalla de Torreón, del 23 de julio al 2 de agosto de 1913", en El Legionario, Órgano de la Legión de Honor Mexicana, v. 7, núm 73 (México, marzo de 1957), pp. 11-15.

TERRONES BENITEZ, Adolfo, "Se inician la retirada de Pedriceña", en El Legionario; Órgano Mensual de Divulgación Doctrinaria e Información, Vol. 8, no. 88, México, Secretaría de la Defensa Nacional, Legión de Honor Mexicana, Comandancia General, junio de 1958, pp. 20-25.

TERRONES BENITEZ, Adolfo, "Se inician los preparativos para el auxilio a la plaza de Torreón, Coah.", en El Legionario; Órgano Mensual de Divulgación Doctrinaria e Información, Vol. 8, no. 87, México, Secretaría de la Defensa Nacional, Legión de Honor Mexicana, Comandancia General, mayo de 1958, pp. 9-18.

TERRONES BENITEZ, Adolfo, "Se levanta el sitio de Torreón", capítulo II, en El Legionario; Órgano Mensual de Divulgación Doctrinaria e Información, Vol. 7, no. 76, México, Secretaría de la Defensa Nacional, Legión de Honor Mexicana, Comandancia General, junio de 1957, pp. 6-10.

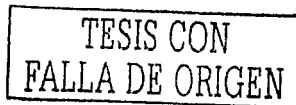
TERRONES BENITEZ, Adolfo, "Se organizan las brigadas para emprender futuras operaciones militares", capítulo I, en El Legionario; Órgano Mensual de Divulgación Doctrinaria e Información, Vol. 8, no. 89, México, Secretaría de la Defensa Nacional, Legión de Honor Mexicana, Comandancia General, julio de 1958, pp. 28-33.

TERRONES BENITEZ, Adolfo, "Se organizan las brigadas para emprender futuras operaciones militares", capítulo II, en El Legionario; Órgano Mensual de Divulgación Doctrinaria e Información, Vol. 8, no. 90, México, Secretaría de la Defensa Nacional, Legión de Honor Mexicana, Comandancia General, agosto de 1958, pp. 50-55.

TERRONES BENITEZ, Adolfo, "Segunda batalla de Torreón, Coah. (1 de octubre de 1913)", capítulo I, en El Legionario; Órgano Mensual de Divulgación Doctrinaria e Información, Vol. 7, no. 82, México, Secretaría de la Defensa Nacional, Legión de Honor Mexicana, Comandancia General, diciembre de 1957, pp. 20-23.

TERRONES BENITEZ, Adolfo, "Segunda batalla de Torreón, Coah. (1 de octubre de 1913)", capítulo II, en El Legionario; Órgano Mensual de Divulgación Doctrinaria e Información, Vol. 8, no. 83, México, Secretaría de la Defensa Nacional, Legión de Honor Mexicana, Comandancia General, enero de 1958, pp. 19-22.

TERRONES BENITEZ, Adolfo, "Segundo ataque y toma de Durango, Dgo. (Cap. II), en El Legionario, Órgano de la Legión de Honor Mexicana, v. 6, núm 68 (México, octubre de 1956), pp. 15-22.





- TERRONES BENITEZ, Adolfo, "Segundo ataque y toma de la plaza de Durango, Dgo. (Cap. 1o), en El Legionario. Organó de la Legión de Honor Mexicana, v. 6, núm 67 (México, septiembre de 1956), pp. 24-31.
- TERRONES BENITEZ, Adolfo, "Última batalla de Torreón. Marzo y abril de 1914 (Capítulo II)", en El Legionario. Organó de la Legión de Honor Mexicana, v. 5, núm 58 (México, diciembre de 1955), pp. 31-37.
- TERRONES BENITEZ, Adolfo, "Última batalla de Torreón. Marzo y abril de 1914 (Capítulo IV)", en El Legionario. Organó de la Legión de Honor Mexicana, v. 6, núm 60 (México, febrero de 1956), pp. 45-51.
- TERRONES BENITEZ, Adolfo, "Última batalla de Torreón", en El Legionario. Organó de la Legión de Honor Mexicana, v. 5, núm 57 (México, noviembre de 1955), pp. 31-36.
- TORRES, Elías L., 20 vibrantes episodios de la vida de Villa. (Fragmentos de la vida revolucionaria del General Francisco Villa), México, Editorial Sayrols, 1934, 193 pp.
- TORRES, Elías L., La cabeza de Villa y 20 episodios más, México, Editorial Tatos, 1938, 208 pp.
- TORRES, Elías L., Vida y hazañas de Pancho Villa, México, El Libro Español, s/f, 189 pp.
- UN LLAMAMIENTO a la opinión pública con motivo de la injusta resolución de la Comisión Nacional Agraria, que declaró propiedad de los habitantes del Pasaje, los terrenos de que son legítimos dueños los señores Martínez del Río..., México, Imprenta Comercial, 1921, 80 pp.
- URIÓSTEGUI MIRANDA, Pindaro, Testimonios del proceso revolucionario de México, México, INEHRM, 1987, 701 pp.
- URQUIZO, Francisco L., Páginas de la Revolución, México, INEHRM, 1956.
- URQUIZO, Francisco L., Recuerdo que..., México, INEHRM, 1985.
- VARGAS ARREOLA, Juan Bautista, A sangre y fuego con Pancho Villa, Compilación y semblanza de Bertha Vargas de Corona. Prólogo de Jorge Aguilar Mora, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, 366 pp.
- VASCONCELOS, José, La Tormenta, (4ª Edición), México, Ediciones Botas, 1936, 592 pp.
- VASCONCELOS, José, Ulises criollo, (Tercera edición), México, Ediciones Botas, 1935, 534 pp.
- VÁZQUEZ GÓMEZ, Francisco, Memorias políticas, 1909-1913, México, Imprenta Mundial, 1933, 600 pp.
- VELASCO, Alfonso Luis, Geografía y estadística del Estado de Coahuila de Zaragoza, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1897, 202 pp.
- VERA ESTANOL, Jorge, La Revolución mexicana: Orígenes y resultados, México, Editorial Porrúa, 1957, 797 pp.
- WULFF JAMIESSON, Tullitas, Tullitas de Torreón: Recuerdos de la vida en México... como fue contado a Evelyn Jamieson Payne, Torreón, Presidencia Municipal de Torreón, Coah.-Universidad Iberoamericana, Laguna, 2001, 180 pp.
- ZERTUCHE GONZALEZ, Ernesto, Los Caloca en la Revolución. Reseña de sus inquietudes y vicisitudes, Lampazos, N. L., Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística, 1969, 59 pp.

#### 4.- Otras obras consultadas.

- ABASCAL, Salvador, Madero, dictador infortunado. Anti-agrарista autor de la reforma política, México, Editorial Tradición, 1983, 284 pp.
- ABOITES AGUILAR, Luis y Alba Dolores Morales Cosme (compiladores) Breve compilación sobre tierras y aguas de Santa Cruz de Tapacolmes, Chihuahua (1713-1927), México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social et. al., 1998, 125 pp.
- ABOITES AGUILAR, Luis, (Compilación, presentación y notas), Agua y tierra en la región del Conchos-San Pedro, Chihuahua, 1720-1938. (Fuentes para una historia agraria), México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (Cuadernos de la Casa Chata 131), 1986, 187 pp.

- ABOITES AGUILAR, Luis, Breve historia de Chihuahua, México, El Colegio de México, 1994, 186 pp.
- ABOITES AGUILAR, Luis, Cuentas del reparto agrario noroeste 1920-1940, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1991.
- ABOITES AGUILAR, Luis, La irrigación revolucionaria. Historia del sistema nacional de riego del río Conchos, Chihuahua, 1927-1938, México, Secretaría de Educación Pública-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1988, 350 pp.
- ABOITES AGUILAR, Luis, Norte precario. Poblamiento y colonización en México (1760-1940), México, El Colegio de México-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1995, 312 pp.
- ADAMS, David Bergen, Las colonias tlaxcaltecas de Coahuila y Nuevo León en la Nueva España: Un aspecto de la colonización del norte de México, Saltillo, Archivo Municipal, 1992, 303 pp.
- AGUILAR CAMIN, Héctor, La frontera nómada, Sonora y la Revolución Mexicana, México, Secretaría de Educación Pública-Siglo XXI (Cien de México), 1985, 450 pp.
- AGUILAR MORA, Jorge, Una muerte sencilla, justa, eterna. Cultura y guerra durante la revolución mexicana, México, Ediciones Era (Biblioteca Era), 1990, 439 pp.
- ALATRISTE, Oscar, Desarrollo de la industria y la comunidad minera de Hidalgo del Parral durante la segunda mitad del siglo XVIII (1765-1810), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983, 182 pp.
- ALCUBIERRE, Beatriz y Tania CARREÑO, Los niños villistas, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana,
- ALESSIO ROBLES, Vito, Coahuila y Tejas en la época colonial, México, Cultura, 1938, 751 pp.
- ALESSIO ROBLES, Vito, Coahuila y Texas, desde la consumación de la Independencia hasta el Tratado de Paz de Guadalupe-Hidalgo, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1945-46, 2 v.
- ALMADA, Francisco R., Apuntes históricos de la región de Chínipas, Chihuahua, Talleres Gráficos del Gobierno del Estado, 1937, 452 pp.
- ALMADA, Francisco R., Diccionario de historia, geografía y biografía chihuahuenses, 2ª Edición, Chihuahua, Universidad de Chihuahua, 1986, 578 pp.
- ALMADA, Francisco R., Gobernadores del estado de Chihuahua, México, Cámara de Diputados, 1950, 607 pp.
- ALMADA, Francisco R., Juárez y Terrazas (Aclaraciones históricas), México, Libros Mexicanos, 1958, 734 pp.
- ALMADA, Francisco R., La rebelión de Tomochi, Chihuahua, Talleres Gráficos del Gobierno del Estado, 1938.
- ALMADA, Francisco R., La Revolución en el estado de Chihuahua, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1964-1965, II t.
- ALMADA, Francisco R., Vida, proceso y muerte de Abraham González, México, Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1967, 251 pp.
- ALMADA, Francisco R., Vida, proceso y muerte de Abraham González, México, INEHRM, 1967, 251 pp.
- ALMADA; Francisco R., Geografía del estado de Chihuahua.
- ALONSO, Ana Maria, Thread of blood: Colonialism, revolution, and gender on Mexico's northern frontier, Tucson, University of Arizona, 1995, 303 pp.
- ALTAMIRANO COZZI, Graziella, "Confiscaciones revolucionarias en Durango", en Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales, nueva época, núm. 46 (México, enero-abril de 2000), pp. 121-162.
- ALTAMIRANO COZZI, Graziella, "Fortuna y redes familiares. Una familia de prestigio en Durango", en Graziella Altamirano Cozzi (coord.), En la cima del poder: Elites mexicanas, 1830-1930, México, Instituto Mora, 1999, pp. 102-138.
- ALTAMIRANO, Graziella y Guadalupe Villa, Chihuahua. Una historia compartida, 1824-1921, México, Gobierno del Estado de Chihuahua-Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1988, 416 pp.

- ALTAMIRANO, Graziella, "Movimientos sociales en Chihuahua, 1906-1912", en La Revolución en las regiones, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1986, t. 1, pp. 27-63.
- ALTAMIRANO, Graziella, Rosa Helia V. de MEBIUS, César NAVARRO G. y Guadalupe VILLA G., Durango: Una historia compartida, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1997, II t.
- ÁLVAREZ, Alfredo, El limantourismo de Francisco I. Madero, México, s.p.i., 1934, 20 pp.
- AMAYA C., Luis Fernando, La Soberana Convención Revolucionaria, 1914-1916, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (Ediciones conmemorativas, Soberana Convención Revolucionaria de Aguascalientes, LXXV Aniversario), 1989, 468 pp.
- ÁNGELES CONTRERAS, Jesús, El verdadero Felipe Ángeles, Pachuca, Universidad Autónoma de Hidalgo, 1992, 251 pp.
- ARAUJO MONTES, Jesús José, Uruachi: semblanzas y remembranzas, Historia, Chihuahua, Doble hélice editor, 1999, 186 pp.
- ARENAS GUZMÁN, Diego, El régimen del general Huerta en proyección histórica, México, Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1970, 209 pp.
- ARIAS GOMEZ, María Eugenia, "El proceso historiográfico en torno a Emiliano Zapata (1911-1940)", México, Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras, Tesis de licenciatura en historia, 1979, 345 pp.
- ARNAÍZ Y FREG, Arturo, Madero y Pino Suárez en el cincuentenario de su sacrificio 1913-1963, Testimonios históricos seleccionados por..., México, Secretaría de Educación Pública, 1963, 252 pp.
- ARRIOJA VIZCAINO, Adolfo, El suceso que se fue con Pancho Villa. Aventuras de un mercenario en la Revolución mexicana, México, Editorial Oceano, 2000, 415 pp.
- ÁVILA ESPINOSA, Felipe Arturo, El pensamiento económico, político y social de la Convención de Aguascalientes, México, Instituto Cultural de Aguascalientes-Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1991, 234 pp.
- ÁVILA ESPINOSA, Felipe Arturo, Los orígenes del zapatismo, México, El Colegio de México/UNAM, 2001.
- AVITIA HERNÁNDEZ, Antonio, Los alcaeranes alzados. Historia de la Revolución en el estado de Durango, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998, 159 pp.
- BARGELLINI, Clara (coord.), Historia y arte en un pueblo rural: San Bartolomé, hoy Valle de Acllende, Chihuahua, México, UNAM, 1998.
- BARGELLINI, Clara, Misiones y presidios de Chihuahua, Chihuahua, Gobierno del Estado, 1997, 160 pp.
- BARRAGÁN, Juan Ignacio y Mario Cerutti, Juan F. Brittingham y la industria en México, Monterrey, Urbi Internacional, 1993, 199 pp.
- BEEZLEY, William Howard, Insurgent Governor: Abraham González and the Mexican Revolution in Chihuahua, Lincoln, University of Nebraska, 1973, 195 pp.
- BLANCO MOHENO, Roberto, Pancho Villa, que es su padre, México, Editorial Diana, 1969, 285 pp.
- BOJÓRQUEZ, Juan de Dios (Djed Bórquez), Forjadores de la Revolución mexicana, México, INEHRM, 1960, 175 pp.
- BOUCHÉ MAYNEZ, Walter Humberto, "Consolidación de la reforma agraria en la región de Babicora", tesis de licenciatura en derecho, UNAM, México, 1956.
- CALZADÍAZ BARRERA, Alberto, Anatomía de un guerrero. El general Martín López, hijo militar de Pancho Villa, México, Editores Mexicanos Unidos, 1968, 232 pp.
- CALZADÍAZ BARRERA, Alberto, Dos gigantes: Sonora y Chihuahua, Hermosillo, Escritores Asociados del Norte, 1964, 2 v.
- CANO COOLEY, Gloria Estela y Mario Cerutti (coords.), Porfiriato y revolución en Durango, Durango, Universidad Juárez del Estado de Durango-Gobierno del Estado de Durango, 1999, 286 pp.
- CARDOSO, Ciro F. S., Francisco G. Hermosillo y Salvador Hernández, La clase obrera en la historia de México. 3: de la dictadura porfirista a los tiempos libertarios, México, Siglo XXI-Instituto de Investigaciones Sociales/UNAM, 1980, 248 pp.

- CASTAÑEDA GONZÁLEZ, Rocio. Irrigación y reforma agraria: Las comunidades de riego del valle de Santa Rosalía, Chihuahua, 1920-1945, México, CIESAS, 1995.
- CASTRO MARTÍNEZ, Pedro. Ciudad Cuauhtémoc, Chihuahua: Crónica de su fundación, México, CONACULTA/UAM, 2000, 132 pp.
- CEBALLOS RAMÍREZ, Manuel. El catolicismo social: un tercero en discordia. *Rerum Novarum*, la "cuestión social" y la movilización de los católicos mexicanos (1891-1911), México, El Colegio de México, 1991, 447 pp.
- CERUTTI, Mario. Burguesía y capitalismo en Monterrey (1850-1910), México, Claves Latinoamericanas, 1983.
- CHEVALIER, François. La formación de los latifundios en México. Haciendas y sociedad en los siglos XVI, XVII y XVIII, Tercera edición (corregida y aumentada), México, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- COATSWORTH, John H. El impacto económico de los ferrocarriles en el porfiriato, México, Ediciones Era, 1984.
- COCKCROFT, James D., Precursores intelectuales de la revolución mexicana, 1900-1913, (14a. edición), Traducción de María Eunice Barrales, México, Siglo XXI Editores (Historia), 1991, 290 pp.
- CORDOVA, Arnaldo. La ideología de la Revolución mexicana. La formación el nuevo régimen, México, Ediciones Era (El hombre y su tiempo), 1973, 508 pp.
- CORDOVA, Arnaldo. La Revolución y el estado en México, México, Ediciones Era (Colección Problemas de México), 1989, 393 pp.
- COSÍO VILLEGAS, Daniel. El sistema político mexicano. Las posibilidades de cambio, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1982, 117 pp.
- COSÍO VILLEGAS, Daniel (coord.), Historia moderna de México. El porfiriato: vida económica, México, Editorial Hermes, 1965, II t.
- CRAMAUSSEL, Chantal. La provincia de Santa Bárbara en Nueva Vizcaya, 1563-1631, Chihuahua, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1990, 113 pp.
- CRUZ, Salvador. Vida y obra de Pastor Rouaix, México, INAH, 1980, 430 pp.
- CUELLEN VALDES, Pablo M., Historia del Estado de Coahuila, Saltillo, Universidad Autónoma de Coahuila, 1979, 419 pp.
- CUMBERLAND, Charles C., La Revolución mexicana. Los años constitucionales, Introducción y material añadido por Charles C. Bailey, Traducción de Héctor Aguilar Camín, México, Fondo de Cultura Económica, 1975, 389 pp.
- CUMBERLAND, Charles C., Madero y la Revolución mexicana, México, Siglo XXI Editores (Colección Nuestra América), 1979, 317 pp.
- CURRIEL, Gustavo. Los bienes del mayorazgo de los Cortés del Rey en 1729: La casa de San José del Parral y las haciendas del Río Conchos, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Estéticas (Estudios y fuentes del arte en México), 1993, 90 pp.
- DE LOS REYES, Aurelio. Con Villa en México. Testimonios sobre camarógrafos norteamericanos en la Revolución, 1911-1916, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Estéticas, 1985, 411 pp.
- DEUTSCHER, Isaac, Trotsky, El profeta desarmado, México, Ediciones Era, 1968.
- DÍAZ DÍAZ, Fernando. Caudillos y caciques: Antonio López de Santa Anna y Juan Álvarez, México, El Colegio de México, 1972.
- DÍAZ, Victoriano. Puerta a la Sierra: recuento histórico de Cuauhtémoc, Ciudad Cuauhtémoc, Asterisco Editorial, 1999.
- ENRIQUEZ TERRAZAS, Eduardo y José Luis García Valero. Coahuila. Una historia compartida, México, Gobierno del Estado de Coahuila-Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1989, 416 pp.
- ESCÁRCEGA, Alfonso. El principio del fin: La apachería en Chihuahua, Chihuahua, Centro Librero la Prensa, 1976, 354 pp.

- FALCÓN, Romana, "El estado incapaz. Lucha entre naciones: Poder, territorio, salvajes y gefes de departamento", en Las formas y las políticas del dominio agrario: Homenaje a Francois Chevalier, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1993, 189-214 pp.
- FALCÓN, Romana, "Logros y límites de la centralización Porfirista: Coahuila vista desde arriba", en Anne Staples, et. al., El dominio de las minorías. República restaurada y porfiriato, México, El Colegio de México, 1989, pp. 95-135.
- FALCÓN, Romana, "Raíces de la revolución: Evaristo Madero, el primer eslabón de la cadena", en Jaime E. Rodríguez O. (ed.), The Revolutionary Process in México: Essays on Political and Social Change, 1880-1940, Los Angeles, UCLA, 1990, pp. 33-56.
- FAYA MARTÍNEZ, Jacinto, Precursores de la Comarca Lagunera, Torreón, Editorial del Norte Mexicano, 1993, 168 pp.
- FLORES HERNÁNDEZ, Ivonne, Cusihuiriachi: Minería e historia regional, Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (Estudios Regionales 5), 1992, 160 pp.
- FOIX, Pere, Pancho Villa, México, Editorial Xóchitl, 1950, 278 pp.
- FUENTES DÍAZ, Vicente, La clase obrera. Entre el anarquismo y la religión, presentación José Francisco Ruiz Massieu, México, UNAM, 1994, 313pp.
- FUENTES MARES, José, Monterrey: Una ciudad creadora y sus capitanes, México, Editorial Jus, 1976.
- FUENTES MARES, José, Y México se refugió en el desierto: Luis Terrazas, historia y destino, México, Editorial Jus, 1954, 298 pp.
- FURET, Francois, Pensar la Revolución francesa, Madrid, Petrel, 1980.
- GALLEGOS, José Ignacio, Compendio de Historia de Durango, 1821-1910, Prólogo de Vito Alessio Robles, México, Editorial Jus, 1955, 252 pp.
- GAMIZ OLIVAS, Everardo, La revolución en el estado de Durango, México, INEHRM, 1963, 72 pp.
- GARCIADIEGO DANTAN, Javier (Coordinador), Así fue la Revolución Mexicana, México, Comisión Nacional para las Celebraciones del 175 Aniversario de la Independencia Nacional y 75 Aniversario de la Revolución Mexicana, 1985, 8 v.
- GARCIADIEGO DANTAN, Javier, "Revolución constitucionalista y contrarrevolución: Movimientos reaccionarios en México, 1914-1920", México, El Colegio de México. Tesis de doctorado en historia, 1981, 392 pp.
- GARRITZ RUIZ, Amaya, "La presidencia interina de Francisco León de la Barra. Política interna", tesis de licenciatura en historia, México, FFyL-UNAM, 1965, 285 pp. + apéndices.
- GERHARD, Peter, Geografía histórica de la Nueva España, 1519-1821, México, Instituto de Investigaciones Históricas/Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- GERHARD, Peter, La frontera norte de la Nueva España, Traducción de Patricia Esecandón Bolaños, Mapas de Bruce Campbell, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas (Espacio y Tiempo 3), 1996, 554 pp.
- GILLY, Adolfo, et. al., Interpretaciones de la Revolución mexicana, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Editorial Nueva Imagen, 1979, 150 pp.
- GILLY, Adolfo, La revolución interrumpida. (Edición corregida y aumentada), México, Ediciones Era (Colección Problemas de México), 1994, 367 pp.
- GÓMEZ ANTILLÓN, Pedro, Crónicas chihuahuenses. De la conquista al cardenismo, México, s.p.i., 1992, 517 pp.
- GÓMEZ, Marte R., Pancho Villa, México, Fondo de Cultura Económica (Lecturas Mexicanas 94), 1985, 85 pp.
- GONZÁLEZ DE LA VARA, Marín, "La formación y desarrollo de los vascos en la élite del norte de la Nueva Vizcaya, 1740-1820", en Amaya GARRITZ (Coord), Los vascos en las regiones de México. Siglos XVI a XX, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Ministerio de Cultura del Gobierno Vasco-Instituto Vasco Mexicano de Desarrollo, 1996, III t. T. I, pp.137-145.
- GONZÁLEZ HERRERA, Carlos y Ricardo León García, Civilizar o exterminar: Tarahumaras y apaches en Chihuahua, siglo XIX, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en

- Antropología Social-Instituto Nacional Indigenista (Historia de los Pueblos Indígenas de México), 2000, 304 pp.
- GONZÁLEZ HERRERA, Carlos, "La agricultura en el proyecto económico de Chihuahua durante el porfiriato", en Siglo XIX. Cuadernos de historia, año II, núm. 5 (México, febrero de 1993), pp. 9-37.
- GONZÁLEZ HERRERA, Carlos, "La ciudad de Chihuahua: Centro del desarrollo económico del norte de México", en Pancho Villa, la revolución y la ciudad de Chihuahua, Chihuahua, Ayuntamiento Chihuahua/Doble Hélice, 2001, pp. 39-51.
- GONZÁLEZ HERRERA, Carlos, "La estructura agraria de Chihuahua al fin del porfiriato" (manuscrito inédito).
- GONZÁLEZ HERRERA, Carlos, "La formación y desarrollo de una élite política del occidente de Chihuahua. Los pueblos de la cuenca del Papigochic", México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, Tesis de licenciatura en antropología social, 1986b, 193 pp.
- GONZÁLEZ HERRERA, Carlos, "Las consecuencias de un auge o los antecedentes de una revolución. Transformaciones de las estructuras económicas y sociales en el periodo anterior a la Revolución", en La Revolución en las regiones, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1986, t. I, pp. 1-25.
- GONZÁLEZ HERRERA, Carlos, "Las propuestas agrarias del villismo", en El Medio Milenio. Las costumbres de la gente de razón frente a las razones de la gente de costumbre, núm. 2 (Oaxaca, septiembre de 1987), pp. 57-70.
- GONZÁLEZ NAVARRO, Moisés, La Confederación Nacional Campesina. Un grupo de presión en la reforma agraria mexicana, México, Costa Amic, 1968.
- GONZÁLEZ RAMÍREZ, Manuel, La revolución social de México, México, Fondo de Cultura Económica (Vida y pensamiento de México), 1960, III t.
- GRIFFEN, William B., Apaches at War and peace: The Janos Presidio, 1750-1858, Albuquerque, University of New Mexico, 1988, 300 pp.
- GUERRA, Eduardo, Historia de La Laguna: Primer siglo agrícola algodonero, Saltillo, Universidad Autónoma de Coahuila, 1984, 398 pp.
- GUERRA, Eduardo, Historia de La Laguna: Torreón, su origen y sus fundadores, Saltillo, Imp. de Coahuila, 1932, 366 pp.
- GUERRA, Francois Xavier, "Territorio minado: más allá de Zapata en la Revolución mexicana", en Nexos. Sociedad, ciencia, literatura, Num. 65 (México, mayo de 1983).
- GUERRA, Francois Xavier, México: del antiguo régimen a la Revolución, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, II t.
- GUILAPAIN PEULIARD, Odile, Felipe Angeles y los destinos de la Revolución mexicana, Prólogo de Adolfo Gilly, México, Fondo de Cultura Económica, 1991, 241 pp.
- HART, John Mason, El México revolucionario. Gestación y proceso de la Revolución Mexicana, Versión española de Manuel Arbolí, Prólogo de Carlos Fuentes, México, Alianza Editorial (Colección Raíces y razones), 1990, 574 pp.
- HOMENAJE a Don Vito Alessio Robles. Ingeniero, general, historiador, político, diplomático, periodista, México, 1973.
- ILLADES AGUIAR, Lilian, La rebelión de Tomóchic, 1891-1892, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1993.
- JORDAN, Fernando, Crónica de un país bárbaro, México, Asociación Mexicana de Periodistas, 1956, 494 pp.
- KATZ, Friedrich (comp.), Revolución, rebelión y revolución. La lucha rural en México, del siglo XVI al siglo XX, México, Ediciones Era, 1990, II t.
- KATZ, Friedrich y Jane Dale Lloyd (comp.), Porfirio Díaz frente al descontento popular regional, México, Universidad Iberoamericana, 1986.
- KATZ, Friedrich, "Pancho Villa y la Revolución mexicana", en Revista Mexicana de Sociología, Año LI, Núm. 2 (México, abril-junio 1989), pp. 87-114.
- KATZ, Friedrich, "Pancho Villa, los movimientos campesinos y la reforma agraria en el norte de México", en David A. Brading (Compilador), Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana, Traducción de Carlos Valdés, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, pp. 86-105.

- KATZ, Friedrich, "Volvámonos con Pancho Villa", en Nexos, Año IX, Vol. IX, No. 107 (México, noviembre de 1986), pp. 37-48.
- KATZ, Friedrich, "El pensamiento social de Francisco Villa", en Actas del Primer Congreso de Historia Regional Comparada, 1989, Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1990, pp. 289-294.
- KATZ, Friedrich, Ensayos mexicanos, Prólogo de John H. Coatsworth, México, Alianza Editorial (Colección Raíces y razones), 1994, 467 pp.
- KATZ, Friedrich, La guerra secreta en México, México, Ediciones Era (Colección Problemas de México), 1982, 2 t.
- KATZ, Friedrich, La servidumbre agraria en México en la época porfiriana, México, SEP (Sepsetentas, 303), 1976, 181 pp.
- KATZ, Friedrich, Pancho Villa, México, Ediciones Era, 1998, II t.
- KEEGAN, John, El rostro de la batalla, Madrid, Ediciones del Ejército, 1990, 373 pp.
- KEEGAN, John, Historia de la guerra, Barcelona, Editorial Planeta, 1995, 499 pp.
- KNIGHT, Alan, La Revolución mexicana. Del porfiriato al nuevo régimen constitucional, Traducción: Luis Cortez Bargalló, México, Editorial Grijalbo, 1996, II v.
- KORECK, María Teresa, "Social Organization and Land Tenure in a Revolutionary Community in Northern Mexico: Cuchillo Parado, Chihuahua, 1865-1910", trabajo entregado en la VII Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos, Oaxaca, México, 25 y 26 de octubre de 1985.
- KORECK, María Teresa, "Space and Revolution in Northeastern Chihuahua", en Daniel Nugent (comp.), Rural Revolution in Mexico and U.S. Intervention, San Diego, University of California, 1988, pp. 127-148.
- KRAUZE, Enrique, Francisco Villa. Entre el ángel y el fierro, México, Fondo de Cultura Económica (Biografía del poder/4), 1987, 117 pp.
- KROEBER, Clifton B., "La cuestión del Nazas hasta 1913", en Historia Mexicana, vol. XX, núm. 3 (México, enero-marzo de 1971), pp. 428-456.
- LAFORA, Nicolás, Relación del viaje que hizo a los Presidios Internos situados en la frontera de la América Septentrional pertenecientes al rey de España, Edición a cargo de Vito Alessio Robles, México, Librería de Robredo, 1939.
- LANGLE RAMÍREZ, Arturo, "El significado de la toma de Zacatecas", en Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México, Vol. I (México, 1965), pp. 125-133.
- LANGLE RAMÍREZ, Arturo, El ejército villista, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia (Serie Historia, V), 1961, 162 pp.
- LARRAZOLO, María, Coahuila 1893: Una respuesta a la centralización política, México, INEHRM, 1997, 130 pp.
- LAVRETSKI, Iosif, y Adolfo Gilly, Pancho Villa. Dos ensayos, México, Editorial Macehual, 1978, 229 pp.
- LEARNER, Victoria, "La suerte de las haciendas: decadencia y cambio de propietarios (1910-1920)", en Historia Mexicana, vol. XXXVI, núm. 4 (México, abril-junio de 1987), pp. 661-697.
- LEVY AGUIRRÉ, Abraham, "El general Eugenio Aguirre Benavides. Recuerdos de familia", en Revista coahuilense de historia, núm. 7 (Saltillo, mayo-junio 1979), pp. 36-43.
- LLOYD DALE, Jane Dale, "Entre el rancho y la mina. Las peculiaridades de la cultura política del rancho norteño, 1886-1911", en Historia y Geografía, Núm. 2 (México, 1994), pp. 145-178.
- LLOYD DALEY, Jane Dale, "Cultura material ranchera en el noroeste de Chihuahua", México, Universidad Iberoamericana, Tesis de doctorado en historia, 1995, 379 pp.
- LLOYD DALEY, Jane Dale, El proceso de modernización capitalista en el noroeste de Chihuahua, 1880-1910, México, Universidad Iberoamericana, 1987, 168 pp.
- LOMELÍ CERESO, Consolación, "Roque González Garza. Un esbozo biográfico", México, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM (Tesis de licenciatura en historia), 1974, 231 pp.
- Los municipios de Chihuahua, México, Secretaría de Gobernación-Gobierno del Estado de Chihuahua (Colección Enciclopedia de los Municipios de México), 1988, 328 pp.

- Los municipios de Coahuila, México, Secretaría de Gobernación-Gobierno del Estado de Coahuila (Colección Enciclopedia de los Municipios de México), 1988, 209 pp.
- Los municipios de Durango, México, Secretaría de Gobernación-Gobierno del Estado de Durango (Colección Enciclopedia de los Municipios de México), 1988, 183 pp.
- LOZOYA CIGARROA, Manuel, General de división J. Jesús Arias S., el gallo dorado de Pancho Villa. Memorias de un soldado que militó con Villa, de 1913 hasta el armisticio, Durango, s/e, 1982, 33 pp.
- MACHUCA MACÍAS, Pablo, La revolución en una ciudad del norte. Segunda versión corregida y aumentada con nuevos relatos, Gómez Palacio, La Voz de Gómez Palacio, 1985, 200 pp.
- MAILLEFERT, Alfredo, El doctor Miguel Silva, México, Ediciones de la Universidad Nacional (Biografías populares), 1937.
- MÁRQUEZ TERRAZAS, Zacarías, Memoria del Papigóchic. Siglos XVII y XVIII, Chihuahua, Gobierno del Estado, 1993, 377 pp.
- MÁRQUEZ TERRAZAS, Zacarías, Terrazas y su siglo, Chihuahua, Centro Librero La Prensa, 1998, 292 pp.
- MARTÍNEZ ASSAD, Carlos, "El gran poder de Dios en el origen de un mito", en Ricardo Ávila Palafox et al., Las formas y las políticas del dominio agrario. Homenaje a Francois Chevalier, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1992, pp. 260-275.
- MARTÍNEZ GARCÍA, Roberto, La visión agrarista del general Pedro V. Rodríguez Triana, Torreón, Universidad Iberoamericana, Laguna-Gobierno del Estado de Durango, 1997, 205 pp.
- MARTÍNEZ GARCÍA, Roberto, Santa Anna de los Hornos y La Flor de Jimulco. Dos haciendas laguneras, Torreón, Ediciones Cardenche, 1995.
- MARTÍNEZ GUZMAN, Gabino y Juan Angel Chávez Ramírez, Durango: Un volcán en erupción, México, Gobierno del Estado de Durango-Fondo de Cultura Económica, 1998, 342 pp.
- MARTÍNEZ NÚÑEZ, Eugenio, Perfiles revolucionarios. La vida heroica de Praxedis G. Guerrero, México, BINEHRM, 1960, 258 pp.
- MARTÍNEZ SALDAÑA, Tomás, "Origen y evolución de la hacienda algodонера en la región de La Laguna de Coahuila-Durango, México", en Origen y evolución de la hacienda en México: siglos XVI al XX, México, El Colegio Mexiquense, 1990, 263 pp.
- MATUTE AGUIRRE, Alvaro, "La enserujada de 1929: Caudillismo versus institucionalización", en Jaime E. Rodríguez (Edited by), The Evolution of the Mexican Political System, Wilmington, Delaware, Scholarly Resources Inc., 1993, pp. 187-202.
- MATUTE, Alvaro, "Historiografía del catolicismo social", en Manuel Ceballos Ramírez y Alejandro Garza Rangel (coordinadores), Catolicismo social en México. Teoría, fuentes e historiografía, Monterrey, Academia de Investigación Humanística, 2000, t. I, pp. 29-74.
- MATUTE, Alvaro, La Revolución mexicana, actores, escenarios y acciones. (Vida cultural y política, 1901-1929), México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1993, 268 pp.
- MEDILLÍN, José de Jesús, Las ideas agrarias en la Convención de Aguascalientes, México, Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México, 1986, 204 pp.
- MEDINA RUIZ, Fernando, Francisco Villa, cuando el rencor estalla, (2a. Edición), México, Editorial Jus, 1972, 189 pp.
- MÉNDEZ REYES, Jesús, La política económica durante el gobierno de Francisco I. Madero, México, INEHRM, 1996, 166 pp.
- MEYER, Eugenia y Alicia Olivera de Bonfil, "La historia oral. Origen, metodología, historia y perspectivas", en Historia Mexicana, Núm. 82, vol. XXI (México, octubre-diciembre 1971), pp. 372-387.
- MEYER, Eugenia, et al., Francisco Villa y la Revolución mexicana en el norte: Primer coloquio internacional homenaje al Dr. Friedrich Katz (Memoria, Durango, 6-8 de junio 1994), Durango, Universidad Juárez del Estado de Durango, 1998, 209 pp.
- MEYER, Jean, La cristiada. 3 : Los cristeros, México, Siglo XXI editores, 1974, 328 pp.



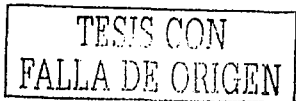
- MEYER, Jean, "Haciendas y ranchos, peones y campesinos en el porfiriato. Algunas falacias estadísticas", en Historia Mexicana, Núm. 139, vol. XXXV (México, enero-marzo 1986), pp. 477-509.
- MEYER, Jean, La Revolución mexicana. 1910-1940, Traducción de Héctor Pérez-Rincón G., México, Editorial Jus, 1991, 297 pp.
- MEYER, Michael C., "Villa, Sommerfeld, Columbus y los alemanes", en Historia Mexicana, Núm. 112, vol. XXVIII (México, abril-junio 1979), pp. 546-566.
- MEYER, Michael C., El rebelde del norte. Pascual Orozco y la Revolución, Traducción de Carolina Espejel Sherman, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas (Serie de historia moderna y contemporánea: 16), 1984, 199 pp.
- MEYER, Michael C., Huerta. Un retrato político, México, Editorial Domés, 1983, XVI-315 pp.
- MEYERS, William K., Forja del progreso, crisis de la revuelta. Los orígenes de la Revolución Mexicana en la Comarca Lagunera, 1880-1911, México, Gobierno del Estado de Coahuila-Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana-Universidad Iberoamericana, 1996, 360 pp.
- MEYERS, William K., Interest group conflict and revolutionary politics. A social history of the Comarca Lagunera, México, 1880-1911, Chicago, University of Chicago, 1982, 377 pp.
- MIRAFUENTES GALVAN, José Luis, Movimientos de resistencia y rebeliones indígenas en el norte de México (1680-1821). Guía documental, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas (Serie Bibliográfica 8), 1989, 11 t.
- MONFORT RUBÍN, Carlos, La cultura del algodón. Torreón de La Laguna, Torreón, s/c, 1997, 342 pp.
- MORENO, Héctor, La Laguna de Coahuila, México, Banamex, 1987, 101 pp.
- MUÑOZ AGUILAR, Estanislao, "Breves apuntes históricos sobre la revolución en el municipio de Camargo", en Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos, Memoria del VII Congreso Nacional de Historia de la Revolución Mexicana, celebrado en la ciudad de Chihuahua en noviembre de 1976.
- MUÑOZ, Rafael F., Pancho Villa, rayo y azote, México, Populibros "La Prensa", 1955, 192 pp.
- MUÑOZ, Rafael F., Relatos de la Revolución. Cuentos completos, México, Utopía (Palabra y Tiempo), 1976, 311 pp.
- NAVARRO, César, "El agrarismo rojo duranguense", en Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales, nueva época, núm. 46 (México, enero-abril de 2000), pp. 163-205.
- NAVARRO, César, "Militares, caciques y poder. Partidos y lucha política en Durango, 1926-1929", en Graziella Altamirano Cozzi (coord.), En la cima del poder. Elites mexicanas, 1830-1930, México, Instituto Mora, 1999, pp. 235-272.
- NUGENT, Daniel, "Paradojas del desarrollo de la 'cuestión agraria' en Chihuahua, 1885-1935", en Actas del Primer Congreso de Historia Regional Comparada, 1989, Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1990, pp. 295-306.
- NUGENT, Daniel, Spent cartridges of revolution: an anthropological history of Namiquipa, Chihuahua, Chicago, The University of Chicago Press, 1984, 225 pp.
- O'CONNOR, Hugo de, Informe de Hugo de O'Connor sobre el estado de las provincias internas del norte, 1771-76. Texto original con prólogo del Lic. Enrique González Flores, México, Cultura, 1952, 119 pp.
- OROZCO OROZCO, Victor, Diez ensayos sobre Chihuahua, Chihuahua, Doble Hélice, 2003, 279 pp.
- OROZCO OROZCO, Victor, "Los hitos en la historia chihuahuense" (manuscrito inédito, 23 pp).
- OROZCO OROZCO, Victor, "Prolegómenos de la revolución en Chihuahua. Notas sobre su contexto socio-político" (Manuscrito inédito, 19 pp).
- OROZCO OROZCO, Victor, Las guerras indias en la historia de Chihuahua. Primeras fases, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Regiones), 1992, 181 pp.
- OROZCO OROZCO, Victor, Tierra de libres: Los pueblos del distrito de Guerrero en el siglo XIX, Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez-Gobierno del Estado de Chihuahua (Historia General de Chihuahua III. Primera parte), 1995, 166 pp.
- ORTEGA Y GASSET, José, "Ideas y creencias", en Obras, Madrid, Espasa-Calpe, 1943, t. II, p. 1657-1700.

- OSORIO ZUÑIGA, Rubén, Tomochic en llamas, Prólogo de Friedrich Katz, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995, 389 pp.
- OSORIO, Rubén, La familia secreta de Pancho Villa: Una historia oral, Alpine, Tx., Sul Ross State University, s/f, 216 pp.
- PALOMARES PEÑA, Noé, Proprietarios norteamericanos y reforma agraria en Chihuahua, 1917-1942, Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (Estudios Regionales 4), 1991, 165 pp.
- PLANA, Manuel, El reino del algodón en México. La estructura agraria de La Laguna (1855-1910), Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León-Universidad Iberoamericana, Plantel Laguna-Centro de Estudios Sociales y Humanísticos de Saltillo, 1996, 279 pp.
- PORRAS MUÑOZ, Guillermo, Haciendas de Chihuahua, Chihuahua, Gobierno del Estado, 1993, 133 pp.
- PORRAS MUÑOZ, Guillermo, La Frontera con los Indios de Nueva Vizcaya en el siglo XVII, México, Fomento Cultural Banamex, 1980, 457 pp.
- PORRAS MUÑOZ, Guillermo, El nuevo descubrimiento de San José del Parral, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas (Serie Historia Novohispana, 39), 1988, 245 pp.
- PORTILLA, Santiago, Una sociedad en armas: Insurrección antirreeleccionista en México, 1910-1911, México, El Colegio de México, 1995, 653 pp.
- PORTILLO, Esteban I., Catecismo geográfico, político e histórico del estado de Coahuila de Zaragoza, Saltillo, Tipografía del Gobierno en Palacio, 1897.
- POWELL, Philip Wayne, "Génesis del presidio como institución fronteriza, 1569-1600", en Estudios de Historia Novohispana, Vol. 9 (México, 1987), pp. 19-36.
- POWELL, Phillip, La guerra chichimeca (1550-1600), Traducción de Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica-Secretaría de Educación Pública (Lecturas Mexicanas 52), 1984, 308 pp.
- POZO MARRERO, Acalá, "Dos movimientos populares en el noroeste de Chihuahua", México, Universidad Iberoamericana (tesis de maestría), 1991.
- PRIETO QUIMPER, Salvador, El Parral de mis recuerdos. Datos para la biografía de una noble ciudad de provincia, México, Jus, 1948, 304 pp.
- PUIG, Juan, Entre el río Perla y el Nazas. La China decimonónica y sus braceros emigrantes, la colonia china de Torreón y la matanza de 1911, México, CONACULTA (regiones), 1992, 321 pp.
- PY, Pierre, Francia y la Revolución Mexicana, 1910-1920, o la desaparición de una potencia mediana, México, Fondo de Cultura Económica, 1991, 307 pp.
- QUEVEDO RIVERO, Arturo, Los colorados. Novela histórica, Chihuahua, Centro Libroero La Prensa, 1998, 385 pp.
- QUEVEDO RIVERO, Arturo, Los colorados. Segunda parte. En aquel año de 1913, México, Diana, 2002, 275 pp. Chihuahua, Centro Libroero La Prensa, 1998, 385 pp.
- QUEZADA PRADO, Humberto, Nonoaya, historia desde lejos, Chihuahua, Gobierno del Estado, 2001.
- QUIRK, Robert E., La Revolución Mexicana 1914-1915. La Convención de Aguascalientes, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (Ediciones conmemorativas, Soberana Convención Revolucionaria de Aguascalientes, LXXV Aniversario), 1989, 253 pp.
- RICHMOND, Douglas W., La frontera México-Estados Unidos durante la época revolucionaria, 1910-1920. Antología documental, Saltillo, Gobierno del estado de Coahuila, 1996.
- RICHMOND, Douglas W., La lucha nacionalista de Venustiano Carranza, 1893-1920, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, 334 pp.
- RIVAS LÓPEZ, Angel, El verdadero Pancho Villa, México, Costa-Amic, 1970, 310 pp.
- RODRÍGUEZ, Martha, La guerra entre bárbaros y civilizados. El exterminio dl nómada en Coahuila, 1840-1880, Saltillo, Centro de Estudios Sociales y Humanísticos A. C., 1998, 288 pp.
- RODRÍGUEZ, Martha, Los indios de Coahuila durante el siglo XIX, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Instituto Nacional Indigenista, 1995, 212 pp.
- ROMERO QUIROZ, Javier (estudio), Relación del pueblo de Ocuila a la parte del mediodía, por el Prior Fray Andrés de Aguirre..., México, Gobierno del Estado de México, 1979, 148 pp.

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

- ROSS, Stanley R., Madero, apostol de la democracia mexicana, México, Biografías Ganesa, 1959, 339 pp.
- RUIZ, Eduardo, Historia de la guerra de Intervención en Michoacán, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1940, 744 pp.
- RUIZ, Ramón Eduardo, México: La gran rebelión 1905-1924, México, Ediciones Era (Colección "Problemas de México"), 1984, 444 pp.
- SÁENZ CARRETE, Eduardo, Haciendas y minas: una historia de Santa María del Oro, Durango y su región, Durango, Universidad Juárez del Estado de Durango-Potrerillos Editores, 1999, 330 pp.
- SALAS LOYO, Raymundo, "Semblanza militar del C. general de División Maclovio Herrera", en Secretaría de la Defensa Nacional, Semblanza militar de los CC. Generales de División Maclovio Herrera y Francisco Murguía, México, 1969, pp. 3-74.
- SALDAÑA, María Isabel (textos y selección de fotografías), Pedro V. Rodríguez Triana. Un general de la revolución en Coahuila. Iconografía, Torreón, CONACULTA/Instituto Coahuilense de Cultura/Universidad Iberoamericana, Laguna, 1997.
- SALDAÑA, María Isabel y Mario Cerruti, Vascos, agricultura y empresa en México. Rafael Arocena: la siembra comenzó en La Laguna, México, Universidad Iberoamericana, Laguna/Fundación E. Arocena/Miguel Ángel Porrúa, 1999.
- SALMERÓN SANGINÉS, Pedro Agustín, "Pensar el villismo", en Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México, Núm. 20 (México, 2000), pp. 101-128.
- SALMERÓN SANGINÉS, Pedro, Aarón Sáenz Garza. Militar, diplomático, político, empresario, México, Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, 2001, 318 pp.
- SÁNCHEZ DE ANDA, Guillermo, Chao: Revolucionario en dos países, México, Ediciones Etoile, 2003, 151 pp.
- SÁNCHEZ LAMEGO, Miguel Ángel, Historia militar de la Revolución constitucionalista, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1956-1960, V t.
- SÁNCHEZ LAMEGO, Miguel Ángel, Historia militar de la Revolución Mexicana en la época maderista, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (Biblioteca del INEHRM, 67), 1976, III t.
- SANDELS, Robert, "Antecedentes de la Revolución en Chihuahua", en Historia Mexicana, vol. XXIV, núm. 3 (México, enero-marzo 1975), pp. 390-402.
- SANDELS, Robert, "Silvestre Terrazas and the Old Régime in Chihuahua", en Américas, 28, octubre de 1971.
- SANDELS, Robert, Silvestre Terrazas; the press and the origins of the Mexican Revolution in Chihuahua, University of Oregon (PhD), 1967, 238 pp.
- SANTOS VALDES, José, Cuatro monografías: Mapimí, Lerdo, Gómez Palacio, Tlahualilo. Relato general, Victoria de Durango, Imprenta del Gobierno, 236 pp.
- SANTOS VALDES, José, Matamoros, ciudad lagunera, México, Editora y Distribuidora Nacional de Publicaciones, 1973.
- SARAVIA, Atanasio G., Obras. Apuntes para la historia de la Nueva Vizcaya, Introducción, compilación, bibliografía e índices de Guadalupe Pérez San Vicente, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Cordinación de Humanidades (Nueva Biblioteca Mexicana), 1978-79, III t.
- SARAVIA, Emiliano G., Historia de la comarca de la Laguna y del río Nazas, San Pedro de las Colonias, Sindicato de Riberenos inferiores del Río Nazas, 1908, 285 pp.
- SAVORIT, Antonio, Los doblados de Tomóchic. Un episodio de historia y literatura, México, Cal y Arena, 1994, 229 pp.
- SCHULZE, Karl, "La idea y la política agrarias de Francisco Villa: la situación social agraria en Chihuahua a fines del porfiriato y durante la revolución", en Actas del Primer Congreso de Historia Regional Comparada, 1989, Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1990, pp. 277-288.
- SEPULVEDA OTAIZA, Ximena, La revolución en Bachajón, México, INAH (Serie Estudios 7), 1975, 19 pp.

- TARACENA, Alfonso, La labor social del Presidente Madero, Saltillo, Gobierno del Estado de Coahuila (Colección del Pensamiento Revolucionario de México, 3), 1959, 101 pp.
- TARACENA, Alfonso, Madero, vida del hombre y del político, Segunda edición, Prólogo de José Vasconcelos, México, Ediciones Botas, 1938, 604 pp.
- TARACENA, Alfonso, Venustiano Carranza, México, Editorial Jus (Colección México Heroico), 1963, 319 pp.
- TERÁN LIRA, Manuel, "Torreón en la Revolución Mexicana", en Nueva historia de Torreón, Torreón, R. Ayuntamiento de Torreón, 1993, pp. 179-210.
- TERRAZAS SÁNCHEZ, Filiberto, La guerra apache en México, 4ª Edición, México, Costa Amic, 1995, 190 pp.
- TURNER, Frederick Jackson, La frontera en la historia americana, Madrid, Ediciones Castilla, 1961, 326 pp.
- TUTINO, John, De la insurrección a la Revolución en México. Las bases sociales de la violencia agraria, 1750-1940, México, Ediciones Era, 1990.
- VALADES, José C., Historia general de la Revolución Mexicana, (4a. Edición), México, Editorial del Valle de México, 1988, 5 v.
- VALADES, José C., Imaginación y realidad de Francisco I. Madero, México, Antigua Librería Robledo, 1960, II t.
- VALADES, José C., Rafael Buelna. Las caballerías de la Revolución, México, Leega-Júcar (Crónica General de México I), 1984, 158 pp.
- VALERO MARTÍNEZ, Felipe, Ciudad Cuauhtémoc... su historia, Chihuahua, Servicios Informativos del Norte, 1991.
- VALLEBUENO, Miguel F., Haciendas de Durango, Durango, Universidad Juárez de Durango, 1997, 183 pp.
- VANDERWOOD, Paul J., Del púlpito a la trinchera: El levantamiento religioso de Tomóchic, México, Taurus, 2003, 539 pp.
- VARGAS VALDEZ, Jesús (comp.), Tomóchic: La revolución adelantada. Resistencia y lucha de un pueblo de Chihuahua contra el sistema porfirista (1891-1892), Chihuahua, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1994, II v.
- VARGAS VALDEZ, Jesús, "Villa en Chihuahua (1910)", en Pancho Villa, la revolución y la ciudad de Chihuahua, Chihuahua, Ayuntamiento Chihuahua/Doble Hélice, 2001, pp. 57-77.
- VARGAS VALDEZ, Jesús, Francisco Villa. El aguafuerte de la Revolución, Chihuahua, Centro de Información del Estado de Chihuahua, 1995.
- VARGAS-LOBSINGER, María, Formación y decadencia de una fortuna: Los mayorazgos de San Miguel de Aguayo y de San Pedro del Ajamo, 1583-1823, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, 1992, 237 pp.
- VARGAS-LOBSINGER, María, La Comarca Lagunera de la Revolución a la expropiación de las haciendas, 1910-1940, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, 1999, 229 pp.
- VARGAS-LOBSINGER, María, La hacienda de "La Concha": Una empresa algodona de La Laguna, 1883-1917, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, 1984, 166 pp.
- VASCONCELOS, José, Don Evaristo Madero. Biografía de un patricio, México, Ediciones Modernas, 1958, 343 pp.
- VELAZQUEZ, María del Carmen, Establecimiento y pérdida del septentrion de Nueva España, México, El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos (Nueva Serie 17), 1974, 260 pp.
- VILLA GUERRERO, Guadalupe, "Elites y revolución en Cuernamé, Durango: El caso de la familia López Negrete", en Graziella Altamirano Cozzi (coord.), En la cima del poder: Elites mexicanas, 1830-1930, México, Instituto Mora, 1999, pp. 139-187.
- VILLA GUERRERO, Guadalupe, "La industria guayulera", en Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales, nueva época, núm. 46 (México, enero-abril de 2000), pp. 93-120.



- VILLA GUERRERO, Guadalupe, Francisco Villa: Historia, leyenda y mito, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras, Tesis de licenciatura en historia, 1976, 290 pp.
- VILLARELLO VELEZ, Hldefonso, Historia de Coahuila, Saltillo, Escuela Normal de Coahuila, 1969, 192 p.
- VILLARELLO VELEZ, Hldefonso, Historia de la Revolución Mexicana en Coahuila, Saltillo, Biblioteca de la Universidad Autónoma de Coahuila, 1983, 317pp.
- VILLORO, Luis, "Sobre el concepto de revolución", en Teoría. Revista de Filosofía, año 1, núm. 1 (México, julio de 1993), pp. 69-86.
- WALLERSTEIN, Immanuel, "1968: Revolución en el sistema-mundo. Tesis e interrogantes", en Estudios Sociológicos de El Colegio de México, vol. VII, núm. 20 (México, mayo agosto de 1989), pp. 229-249.
- WALLERSTEIN, Immanuel, Utopística o las opciones históricas del siglo XXI, México, FCE/UNAM, 1998.
- WASSERMAN, Marc, Capitalistas, caciques y revolución. La familia Terrazas de Chihuahua, 1854-1911, México, Editorial Grijalbo, 1987, 388 pp.
- WEBER, David J. (antología de), El México perdido. Ensayos escogidos sobre el antiguo norte de México (1540-1821), México, Secretaría de Educación Pública (Sep/Setentas 265), 1976, 168 pp.
- WEBER, Max, Economía y sociedad. Esbozo de una sociología comprensiva, México, Fondo de Cultura Económica, 1964, 2 vols.
- WOMACK Jr., John, "Villa y Katz, historias paralelas", en Letras Libres, año 1, núm. 3 (México, marzo de 1999), pp. 74-81.
- WOMACK Jr., John, Zapata y la Revolución mexicana, (Tercera edición), Traducción de Francisco González Aramburo, México, Siglo XXI (Colección Nuestra América), 1970, XII-443 pp.

## AGRADECIMIENTOS

La Universidad nos permite, muy generosamente, dedicarnos de tiempo completo a la investigación. Sin eso, este libro no existiría o, al menos, no así, ni ahora. Pero también nos exige resultados y sus vías de acceso son cada vez menores y más complicadas. Por eso puse fin al trabajo donde lo puse: sin la beca, sin una plaza, no podía dedicarme más tiempo al archivo, a la biblioteca, y habría tardado cuatro o cinco años más en llevar esta historia hasta su conclusión lógica y legítima, en diciembre de 1915. Pensé esperar, pero sin el grado de doctor, tampoco podría conseguir los apoyos que faltan para terminar el trabajo. No fue fácil decidir el corte, mal explicado en la introducción, porque esta es su verdadera razón.

De cualquier modo, la academia, la que yo conozco, es una colectividad muy generosa, de manera que tengo que agradecer a muchísimos maestros, colegas y amigos que leyeron partes de este trabajo o subproductos suyos y las discutieron conmigo; y a quienes respaldaron de distintas formas el proceso de investigación.

Los primeros que tengo que mencionar son Álvaro Matute y Arnaldo Córdova, mis maestros, que acompañaron este trabajo durante varios años, con enorme generosidad y aliento. Entre tantas cosas, al primero le debo una forma de pensar la historia que ha guiado esta investigación y guiará otras futuras; al segundo, la manera de resolver los problemas propios de la investigación histórica.

También fueron de suma utilidad los comentarios y el respaldo de Enrique Plasencia de la Parra, tercer miembro de mi comité tutorial, y de los profesores que leyeron atentamente al trabajo y lo aprobaron luego de criticarlo rigurosamente: Héctor Aguilar Camín, Felipe Ávila Espinosa, Carlos Martínez Assad y Víctor Orozco Orozco. Debo agradecer también al profesor Friedrich Katz por su confianza y generosidad y a Oscar Sanginés Coral, estudiante de arquitectura, que dibujó los mapas que acompañan la tesis.

Entre el resto de los lectores y comentaristas de borradores, de versiones preliminares o qué se yo, y no sin correr el riesgo de omitir a algún amigo generoso, hay que mencionar a Teresa Álvarez-Icaza, Alfredo Ávila Rueda, Gibran Bautista y Lugo, Felipe Castro Gutiérrez, Rodrigo Díaz Maldonado, Javier Garciadiego, María José Garrido, Carlos González Herrera, Margarita Guevara Sanginés, Bernardo Ibarrola Zamora, Lucrecia Infante Vargas, Gerardo Lara Cisneros, Leonardo Lomelí Vanegas, Martha López

Cortés, Josefina MacGregor G., Juan Manuel Romero García, Luis Romo Cedano, Luis Arturo Salmerón, Esther Sanginés García, Lorelay Schleichach, Pablo Serrano Álvarez, Marcela Terrazas Basante, Evelia Trejo Estrada y Jesús Vargas Valdés. Y cuéntense también las gratitudes institucionales: con la Universidad Nacional Autónoma de México, a través de su Facultad de Filosofía y Letras y su Instituto de Investigaciones Históricas y, por otro lado, con el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.

Una gratitud distinta y más profunda es la que tengo con mis dos Marías, inspiración y aliento de este libro y de mis trabajos. Para ellas es este libro.

# ÍNDICE

<i>La junta de La Loma</i> .....	1
INTRODUCCIÓN .....	3
PRIMERA PARTE: La tierra y la gente de la División del Norte .....	16
I. El país de Villa .....	19
1. Los pueblos y sus agravios .....	21
2. Un tal Francisco Villa .....	41
3. La ciudad de Chihuahua y su entorno .....	47
II. El país de Orozco.....	61
1. La última frontera .....	62
2. El corazón del país de Orozco.....	77
3. Los caminos de la sierra.....	90
III. Tierra de jinetes.....	101
1. El país de Ortega.....	102
2. Camargo, Jiménez, Hidalgo (o Hernández, Herrera y Chao).....	110
3. El país de Urbina.....	120
IV. La tierra del algodón y del guayule.....	126
1.- El país de Contreras (la fábrica de generales).....	127
2.- Haciendas y pueblos libres en la Comarca Lagunera.....	139
3.- Los desequilibrios de un auge (y don Pancho Madero).....	146
SEGUNDA PARTE: La conformación de la División del Norte.....	165
V. "¡Viva Madero!".....	166
1.- La política.....	166
2.- La guerra.....	177
3.- La paz.....	201
VI. Licenciados, colorados e irregulares.....	209
1.- La transición.....	209
2.- Otra rebelión, mismos rebeldes .....	228
3.- Contra Orozco.....	240
VII. La rebelión de los coroneles.....	252
1.- Pronunciamientos.....	252
2.- "Chihuahua para soldados" (o la rebelión <i>no</i> administrada).....	267
3.- Los guerrilleros (Durango y La Laguna).....	282

417

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN



VIII. El nacimiento de la División del Norte.....	295
1.- "¡A Torreón!".....	295
2.- La División del Norte se organiza.....	300
3.- La conquista de Chihuahua.....	308
4.- Las avanzadas de la rebelión.....	318
IX. Un proyecto revolucionario.....	327
1.- Chihuahua a la hora de Villa.....	327
2.- Los intelectuales maderistas.....	337
3.- Un proyecto en embrión.....	350
4.- El ejército se prepara (los jefes de brigada).....	357
Epílogo y conclusiones .....	366
Mapas .....	373
Fuentes consultadas .....	396
Agradecimientos .....	415